

DAVID KING

EL JUICIO DE ADOLF HITLER

El *putsch* de la cervecería
y el nacimiento de la Alemania nazi

Seix Barral

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
FRONTISPICIO
DEDICATORIA
CITA
MÚNICH, 1923-1924: PERSONAJES PRINCIPALES
PRÓLOGO
PRIMERA PARTE. LA CERVECERÍA
1. BÜRGERBRÄUKELLER
2. MULTIMILLONARIOS FAMÉLICOS
3. CUATRO BALAS
4. EL ULISES ALEMÁN
5. «VULGAR, TOSCO Y ESCANDALOSO»
6. LA METRÓPOLIS EFERVESCENTE
7. EL REGALO DE HARVARD
8. EL NUEVO RÉGIMEN
9. «ENTREGA REALIZADA CON ÉXITO»
10. EL CONTRAGOLPE
11. LA INICIATIVA
12. LAS HORDAS BÁRBARAS
13. MEDIANOCHE EN MÚNICH
14. ORDENANZA N.º 264
15. «¡NO SOY NINGÚN COBARDE!»
16. EL MOMENTO DECISIVO
17. EN EL PATIO
18. LA LEGIÓN EXTRANJERA DE HITLER
19. LA ESCABECHINA
20. LA DESBANDADA
21. LA PESADILLA DE LOS REHENES
22. LOS NUEVOS CRIMINALES DE NOVIEMBRE
23. EL TESTAMENTO
24. CAE EL TELÓN
25. LOS JUICIOS ANTES DEL JUICIO
SEGUNDA PARTE. EL JUZGADO
26. «¡NUNCA PERJUDICAREMOS A ALEMANIA!»

27. EL ACUSADO HITLER
28. CONFESIONES Y TERGIVERSACIONES
29. A PUERTA CERRADA
30. EL ATAQUE DE LA DEFENSA
31. UNA OBRA MAESTRA DE LA IGNORANCIA
32. EL VASO DE LA AMARGURA
33. EL DR. FRICK
34. LOS PRIMEROS TESTIGOS
35. LAS DESVENTURAS DEL FISCAL
36. PRIORIDADES
37. «UNOS INDIVIDUOS PECULIARES»
38. UNA APUESTA ARRIESGADA
39. SORTEANDO LOS ESCOMBROS
40. LA JORNADA NÚMERO TRECE
41. EL PUTSCH QUE NO ERA UN PUTSCH
42. EL ESTALLIDO
43. INSINUACIONES
44. EL GUARDAESPALDAS DE HITLER SUBE AL ESTRADO
45. UN GIRO DRAMÁTICO
46. «BUENOS TIEMPOS PARA LA TRAICIÓN»
47. DE MÚNICH AL VALHALLA
48. ÚLTIMAS PALABRAS
49. FINALES Y PRINCIPIOS
50. NOMEN EST OMEN

TERCERA PARTE. LA CÁRCEL

51. EL CÉSAR EN LA CELDA NÚMERO 7
52. CARA A CARA
53. MENTIRAS, ESTUPIDEZ Y COBARDÍA
54. «UNA AMENAZA CONSTANTE»

EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
NOTAS Y FUENTES BIBLIOGRÁFICAS
CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES
LÁMINAS
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

La tarde del 8 de noviembre de 1923, un Adolf Hitler de 34 años irrumpió en una de las mayores cervecerías de Múnich, disparó su pistola al aire y proclamó la revolución. Comenzaba así el llamado Putsch de Múnich, por el que fueron procesados y condenados a prisión Hitler y otros dirigentes nazis. Su carrera política parecía acabada. Este ensayo cuenta la verdadera historia del proceso judicial que cayó sobre Hitler y otros compañeros. Periodistas de todo el mundo aterrizaron en Múnich para cubrir un espectáculo sensacional que duró cuatro semanas. Tras el juicio, cumplió sólo nueve meses de los cinco años a los que había sido condenado. Y lo que es más importante, Hitler supo transformar el intento fallido de golpe de Estado en una victoria: fue este el juicio que puso a Hitler en primer plano, dotándolo de una posición sin precedentes para desarrollar su demagogia y colocándolo en el camino al poder.

Seix Barral Los Tres Mundos

David King

El juicio de Adolf Hitler

El *putsch* de la cervecería y el nacimiento de la Alemania nazi

Traducción del inglés por
Íñigo F. Lomana



Una multitud se agolpa a las puertas de la Bürgerbräukeller en el año 1923. «En Baviera no hay política sin cerveza», decía el diario catalán *La Veu de Catalunya*.

En memoria de Van King

Fue el juicio político más importante del siglo XX. Con él se allanó el camino al régimen criminal de Adolf Hitler.

OTTO GRITSCHNEDER

MÚNICH, 1923-1924: PERSONAJES PRINCIPALES

Amann, **Max:** Sargento al cargo del batallón en el que luchó Hitler durante la Primera Guerra Mundial. En el momento de los hechos era el responsable de asuntos económicos del Partido Nazi.

Bechstein, **Helene:** Esposa de un fabricante de pianos berlinés y una de las figuras más influyentes de la alta sociedad alemana.

Berchtold, **Josef:** Contrabandista de tabaco y cabecilla del recién creado Stosstrupp Hitler, o «Escuadrón de Asalto de Hitler».

Brückner, **Wilhelm:** Cabecilla de las Tropas de Asalto destacadas en Múnich.

Danner, Jakob Ritter von: General de división y comandante de la guarnición del ejército en Múnich.

Ebert, **Friedrich:** Miembro del Partido Socialdemócrata y primer presidente de la república alemana.

Ehard, **Hans:** Ayudante del fiscal en el juicio contra Adolf Hitler y futuro primer ministro de Baviera.

Esser, **Hermann:** Joven periodista y agitador al servicio del Partido Nazi.

Feder, **Gottfried:** Propietario de una constructora y uno de los primeros asesores económicos de Adolf Hitler.

Frank, **Hans:** Estudiante de Derecho destacado en una unidad de las Tropas de Asalto.

Frick, **Wilhelm:** Director del Departamento de Inteligencia Política de la policía de Múnich.

Gademann, **Otto:** Abogado de Hermann Kriebel.

Göring, **Carin:** Aristócrata sueca que se enamoró de Hermann Göring y lo ayudó a escapar después del *putsch*.

Göring, **Hermann:** Reputado piloto de guerra y uno de los miembros más conocidos del Partido Nazi. Durante el *putsch* estaba al frente de las Tropas de Asalto.

Götz, **Georg:** Abogado de Wilhelm Frick.

Graf, **Ulrich:** Guardaespaldas de Adolf Hitler.

Gürtner, **Franz:** Ministro de Justicia en el gobierno nacionalista de Baviera.

Hanfstaengl *(Putzi)*, **Ernst:** Heredero de una conocida saga de editores formado en la Universidad de Harvard.

Hanfstaengl, **Helen Niemeyer:** Esposa de Ernst Hanfstaengl. De origen estadounidense, fue quien ofreció cobijo a Adolf Hitler para evitar que lo detuvieran.

Hemmeter, **Walther:** Abogado de Ernst Pöhner y Robert Wagner.

Hemmrich, **Franz:** Guardia de la cárcel de Landsberg.

Hess, **Rudolf:** Estudiante de la Universidad de Múnich cuya lealtad a Adolf Hitler fue inquebrantable.

Himmler, **Heinrich:** Uno de los miembros más jóvenes del Reichskriegsflagge, o «Bandera Imperial de Guerra», cuerpo paramilitar dirigido por el capitán Röhm.

Hitler, **Adolf:** Fanático antisemita y demagogo austriaco de treinta y cuatro años que presidía el Partido Nazi.

Hoffmann, **Heinrich:** Fotógrafo que tenía la exclusiva de retratar a Adolf Hitler.

Holl, **Alfred:** Abogado de Friedrich Weber.

Imhoff, **Sigmund Freiherr von:** Comandante de la policía estatal de Baviera.

Kahr, **Gustav Ritter von:** Político designado para ocupar el cargo de comisionado general del Estado bávaro, en ese momento, un puesto de reciente creación que gozaba de amplios poderes ejecutivos.

Knilling, **Eugen Ritter von:** Primer ministro conservador de Baviera. Desempeñó un papel fundamental en el nombramiento de Gustav von Kahr como comisionado general del Estado.

Kohl, **Karl:** Abogado de Wilhelm Brückner.

Kriebel, **Hermann:** Teniente coronel en la reserva del ejército y responsable militar de la Kampfbund, o «Liga de Combate».

Leybold, **Otto:** Director de la cárcel de Landsberg.

Lossow, **Otto Hermann von:** Jefe de la región militar de Baviera. Trabajaba en estrecha colaboración con Gustav von Kahr, comisionado general del Estado, y con el coronel Hans von Seisser, jefe de la policía estatal.

Ludendorff, **Erich Friedrich:** General del Cuerpo de Intendencia del ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial y una de las figuras más admiradas en los círculos de la extrema derecha.

Luetgebrune, **Walter:** Uno de los dos abogados del general Erich Ludendorff. El otro miembro de su equipo legal fue Willibald von Zezschwitz.

Maurice, **Emil:** Conseguidor, chófer y agitador profesional al servicio del Stosstrupp Hitler, o «Escuadrón de Asalto de Hitler».

Mayer, **Hellmuth:** Abogado de Friedrich Weber, a cuya representación legal pronto se incorporó el jurista Alfred Holl.

Murphy, **Robert:** Vicecónsul estadounidense de veintinueve años que, con su traslado a Múnich, pasó de una ciudad de tradición cervecera como Milwaukee a otra.

Neithardt, **Georg:** Presidente del Tribunal Supremo y del tribunal que juzgó el caso contra Adolf Hitler.

Pacelli, **Eugenio:** Nuncio apostólico de su santidad en Múnich. Al cabo de unos años se convertiría en el papa Pío XII.

Pernet, **Heinz:** Hijastro del general Erich Ludendorff.

Pöhner, **Ernst:** Juez del Tribunal Supremo del Estado de Baviera y antiguo jefe de la policía de Múnich.

Roder, **Lorenz:** Abogado de Adolf Hitler. Colaboró también en la defensa de Ernst Pöhner y Wilhelm Frick.

Röhm, **Ernst:** Capitán del ejército alemán al frente del cuerpo paramilitar conocido como Reichskriegsflagge, o «Bandera Imperial de Guerra».

Rosenberg, **Alfred:** Alemán de origen báltico y violentas ideas antisemitas que dirigía el diario nazi *Völkischer Beobachter*.

Scheubner-Richter, **Max Erwin von:** Conocido conspirador y propagandista de origen báltico con gran influencia sobre los grupúsculos de extrema derecha y los círculos de emigrados rusos muniqueses.

Schramm, **Christoph:** Jefe del equipo legal que representaba a Ernst Röhm.

Schweyer, **Franz Xaver:** Ministro bávaro del Interior y uno de los miembros del gobierno más críticos con Hitler y el Partido Nazi.

Seeckt, **Hans von:** Comandante en jefe del Reichswehr, el ejército alemán.

Seisser, **Hans Ritter von:** Jefe de la policía del Estado de Baviera, colaborador muy estrecho de Gustav von Kahr y Hermann von Lossow.

Stenglein, **Ludwig:** Fiscal jefe en el juicio contra Hitler. Su ayudante era Hans Ehard.

Streicher, **Julius:** Director de una escuela primaria en Núremberg y dueño del semanario de marcada tendencia antisemita *Der Stürmer*.

Stresemann, **Gustav:** En esos momentos, canciller de la república alemana. Posteriormente ocupará la cartera de Exteriores en el gobierno alemán.

Wagner, **Robert:** Cadete en la Academia de Infantería de Múnich.

Weber, **Friedrich:** Veterinario y responsable político de la sociedad paramilitar conocida como Bund Oberland.

Zezschwitz, **Willibald von:** Uno de los dos abogados que representaban al general Erich Ludendorff.

PRÓLOGO

Una multitud se había congregado en la Blutenburgstrasse, una calle habitualmente tranquila situada al oeste del centro de Múnich. Policías a caballo, detectives de paisano y dos batallones de la policía estatal custodiaban la entrada de un edificio de ladrillo rojo. Nadie podía acceder a él sin el pase correspondiente y un documento de identidad con foto.[1] Una vez dentro, en una pequeña sala[2] situada al final de un largo pasillo, el personal de seguridad registraba a los visitantes para comprobar que no ocultaban granadas en las bolsas[3] o puñales en las medias.

Corría el 26 de febrero del año 1924, el primer día del esperado juicio por alta traición[4] que tenía en vilo al país entero. De acuerdo con algunas informaciones[5] recabadas por la policía, era posible que grupos de vándalos y matones irrumpieran en la ciudad con el fin de interrumpir la vista, liberar a los imputados o incluso preparar otra sublevación.

Poco antes de las ocho y media de la mañana, el acusado Adolf Hitler hizo su entrada en la sala donde iba a celebrarse el juicio, que estaba repleta de público. Vestía un traje de color negro con dos condecoraciones prendidas en la americana: una Cruz de Hierro de primera clase y otra de segunda clase. Llevaba el flequillo peinado hacia la izquierda con gomina y un bigote recortado en forma de cuadradito, de esos que despectivamente se conocían como «recogemocos».[6]

Medía un metro setenta y cinco[7] y su peso era de setenta y siete kilos, el más alto que había alcanzado en toda su vida. Aun así parecía,[8] como señaló un periodista del diario berlinés *Vossische Zeitung*, pequeño e insignificante y en persona imponía mucho

menos de lo que cabía esperar por las fotos que difundía el Partido Nacionalsocialista. De camino a su sitio en la primera fila, Hitler se detuvo a besar[9] la mano de algunas mujeres que se encontraban entre el público. Una clara muestra de su educación austriaca,[10] dijo el corresponsal del diario parisino *Le Matin*.

Nueve de los diez acusados —entre ellos el propio Hitler— habían sido trasladados esa mañana desde los calabozos situados en el mismo recinto donde se celebraba el juicio. El décimo y último de ellos, sin embargo, llegó en limusina. Se trataba del general Erich Ludendorff, artífice de la victoria alemana en el frente oriental durante la Primera Guerra Mundial y de la audaz estrategia que a punto estuvo de permitirles ganar también en el frente occidental. Sin embargo, la serie de arriesgadas ofensivas que comandó durante la primavera del año 1918 terminaron por agotar los exiguos recursos del ejército alemán y, en opinión de algunos críticos, fueron la causa de su derrota definitiva.

Serio, corpulento, con el pelo cano y muy corto, Ludendorff parecía el prusiano arquetípico, arrogante y engreído. Según el corresponsal de United Press, cruzó la sala «con aire orgulloso y expresión de suficiencia»,[11] como si estuviera convencido de que a él nadie podía tocarlo. Lucía un bigote estrecho con las puntas hacia arriba y por el cuello alto de su casaca asomaba una voluminosa papada. Ludendorff tomó asiento al lado de Hitler. Como diría más tarde el nacionalista alemán Kurt Lüdecke, parecía «una torre que desafía al mundo entero».[12]

Sin lugar a dudas, el procesamiento del militar más famoso del país por alta traición iba a provocar una tremenda conmoción en Alemania. Pocos de cuantos habían acudido al juzgado esa mañana se esperaban, sin embargo, que la verdadera estrella de aquel drama legal fuera el cabo que Ludendorff tenía a su lado.

La víspera del juicio, Adolf Hitler era una figura política menor, si bien bastante ambiciosa, a la que un grupo relativamente pequeño de incondicionales idolatraba. En la prensa internacional, su nombre seguía apareciendo mal escrito, y los perfiles biográficos que le

dedicaban contenían numerosas imprecisiones; y eso cuando se referían a él para algo que no fuera ridiculizarlo por su papel al frente de lo que *The New York Times* calificó de «ópera bufa bávara».[13] En cuanto comenzara el juicio, sin embargo, esos días estarían contados.

Mientras los jueces se preparaban para entrar en la sala, las puertas laterales continuaban cerradas por razones de seguridad. El corresponsal de la Associated Press vio a Hitler y Ludendorff dándose la mano[14] y charlando cordialmente. Ludendorff parecía sereno. A Hitler, en cambio, se lo veía tenso y nervioso. Y no le faltaban motivos para estar preocupado.

Si los declaraban culpables, el artículo 81 del Código Penal establecía una pena máxima de cadena perpetua. Sin embargo, a Hitler —que había nacido en Austria y aún no tenía la nacionalidad alemana— podía aplicársele una segunda disposición legal. La sección 9, párrafo segundo, de la Ley para la Defensa de la República señalaba que los ciudadanos extranjeros condenados por alta traición debían ser deportados después de cumplir su sentencia.

¿Sería Hitler condenado, encarcelado, deportado y posteriormente olvidado?

Ése era el desenlace que él más temía[15] la mañana que empezó el juicio.

Primera parte

LA CERVECERÍA

1

BÜRGERBRÄUKELLER

> En el extrarradio de las grandes ciudades,[1] allí donde las farolas escasean y los gendarmes van de patrulla siempre en pareja, hay casas en las que, cuando uno sube por las escaleras hasta que ya no es posible seguir avanzando, se llega a unos desvanes habitados por genios jóvenes y demacrados, unos criminales del ideal que se pasan el día entero sentados de brazos cruzados, perdidos en sus cavilaciones.
>
> THOMAS MANN,
> *En casa del profeta*

8 de noviembre de 1923

Cerca de las diez de una mañana gélida y gris, Adolf Hitler —que no acostumbraba a levantarse temprano— se despertó con una jaqueca horrible y un dolor intenso[2] en la boca. Llevaba días negándose a recibir tratamiento para el dolor de muelas que padecía. Según él, no podía perder tiempo en ir al dentista.

Tenía treinta y cuatro años y vivía en una pequeña habitación alquilada que daba al patio interior[3] de un inmueble situado en el número 41 de la Thierschstrasse. El cuarto, con apenas dos metros y medio de largo y cuatro y medio de ancho, estaba decorado de forma muy austera: poco más había en él aparte de una silla, una mesa, una estantería y una cama grande cuyo cabecero bloqueaba parcialmente la única ventana. De las paredes colgaban algunos dibujos y el suelo de linóleo estaba cubierto por unas alfombras

raídas. A pesar de que Hitler rara vez recibía visitas, en su último cumpleaños la habitación se había llenado de flores y tartas decoradas con esvásticas de nata.

Se abrochó el cinturón de la gabardina, se colocó una fusta alrededor de la muñeca y salió a toda velocidad hacia la sede del *Völkischer Beobachter* —el periódico del Partido Nacionalsocialista—, ubicada en el número 39 de la Schellingstrasse, al norte del casco antiguo de Múnich y a pocas manzanas de los grandes bulevares de la ciudad. En las oficinas de paredes encaladas y escaso mobiliario de la segunda planta se encontraba ya Alfred Rosenberg, el introvertido editor de origen báltico que a sus treinta años se veía como[4] el verdadero ideólogo del partido. Llevaba una camisa violeta, un chaleco marrón, una americana azul y una corbata de un intenso color rojo. En el escritorio, sobre una montaña de documentos, había un revólver haciendo las veces de pisapapeles.

Rosenberg estaba enfrascado en una conversación[5] con el también miembro del Partido Nazi Ernst Hanfstaengl, un aficionado al arte de treinta y cinco años, alto y vanidoso, cuya familia poseía una conocida editorial especializada en libros de arte. Estaban hablando de la edición del periódico de esa mañana, que —debido a la inflación rampante que atenazaba al país— costaba cinco mil millones de marcos,[6] tres mil millones menos[7] que el *Münchener Post*, el diario de tendencia socialista que les hacía la competencia. Rosenberg y Hanfstaengl guardaron silencio al oír a Hitler avanzando por el pasillo mientras gritaba:

—¿Dónde está el capitán Göring?[8]

Nadie lo sabía a ciencia cierta. Hermann Göring solía llegar tarde al trabajo y muchos días comía fuera con amigos, normalmente en algún restaurante caro de la ciudad. Esa mañana, sin embargo, se había quedado en su casa, a las afueras de Obermenzing, para cuidar de Carin —su mujer, de origen sueco—, aquejada de neumonía.[9]

Cuando Hitler entró en el despacho, Rosenberg y Hanfstaengl se pusieron de pie. Les hizo jurar que no le contarían a nadie lo que iba a decirles y fue directo al grano: Rosenberg tenía que diseñar una serie de carteles y sacar una edición especial[10] del periódico. La misión de Hanfstaengl, por su parte, consistía en avisar a los corresponsales extranjeros de la manera más sutil y discreta posible para que se desplazaran a última hora de esa misma tarde a la cervecería Bürgerbräu sin desvelarles la razón. Después, los dos debían presentarse en las oficinas del periódico con sus revólveres para informar de la situación.

—El momento de la verdad ha llegado[11] —dijo Hitler—. Ya sabéis lo que eso significa.

Alrededor de las ocho[12] de esa tarde oscura y desprovista de estrellas,[13] un llamativo Benz[14] de color rojo se detuvo a las puertas de la Bürgerbräukeller, una cervecería situada al sur de Múnich, a poco más de medio kilómetro del centro. Este tipo de locales gozaban de una popularidad inmensa como centros de reuniones[15] políticas: prometían comida y bebida en abundancia, así como una atmósfera bulliciosa que propiciaba el contacto directo con los seguidores más incondicionales. Y ofrecían un aliciente añadido: se podía acudir a ellos para reventar los actos que celebraban los grupos rivales.

La multitud que se había concentrado esa noche excedía, sin embargo, todas las previsiones. Sólo un periódico, el *München-Augsburger Abendzeitung*, había informado de la reunión a través de una nota breve y se habían enviado apenas cincuenta invitaciones, la mayoría de ellas en el último minuto. Aun así, cerca de tres mil personas abarrotaban el local para asistir al mitin de esa noche.

La policía municipal de Múnich llevaba ya cuarenta y cinco minutos impidiendo que entrara más público al local, y el gentío que se había ido formando en las escaleras de piedra, por debajo de las líneas policiales, llegaba hasta los raíles del tranvía.

La puerta del Benz se abrió y de él emergió Hitler. Según sus propias palabras, se vio «asediado por una muchedumbre inmensa»[16] que gritaba y trataba de abrirse paso hasta él para que los ayudara a entrar. Pero como simple invitado que era,[17] carecía de autoridad para cursar invitaciones, dijo, y se dirigió directamente[18] a la puerta en forma de arco que daba acceso a la cervecería.

Escoltado por Rosenberg, Hitler entró en el comedor de la Bürgerbräu, una sala oscura y un tanto tétrica inundada del humo de los puros y los cigarrillos. Al fondo, una banda interpretaba canciones populares alemanas y las camareras circulaban entre las mesas de madera con las manos llenas de jarras de cerveza. Por todo el local flotaba un poderoso olor a filete de buey y a *sauerbraten*.

Había políticos, diplomáticos, periodistas, banqueros, dueños de imperios cerveceros, empresarios... Los hombres llevaban traje oscuro o uniforme, y las mujeres, abrigos de piel, joyas y vestidos de noche largos. El ropero estaba repleto de espadas, sombreros de copa y abrigos militares de gala. Como señaló un redactor del *Münchener Zeitung*, toda la élite política y patriótica[19] de la capital alemana de la cerveza parecía haberse dado cita allí.

El único que faltaba era el orador de la noche, el comisionado general del Estado de Baviera Gustav Ritter von Kahr, la persona que estaba llamada a pronunciar un importante discurso ante sus partidarios. Llegaba con más de media hora de retraso y el público empezaba a impacientarse. Cuando Kahr, un hombre de sesenta y un años, menudo y con el pelo oscuro, entró por fin en la sala abarrotada, iba acompañado de Otto Hermann von Lossow, el militar bávaro de más alto rango, que apareció con su habitual monóculo, el rostro surcado por una cicatriz de sable y un uniforme militar con espada de gala al cinto. Los dos mandatarios se las arreglaron[20] para llegar a la parte delantera del local con la sola ayuda de un policía.

Después de una breve presentación a cargo del organizador de la velada, un comerciante de tabaco llamado Eugen Zentz, Kahr subió al estrado para pronunciar —o, mejor dicho, leer— su discurso. Se hizo largo, farragoso y poco atractivo. Habló del régimen marxista, de su ascenso imparable y de lo que tendría que hacer la ciudad de Múnich para protegerse de la «plaga», de la «encarnación del mal por excelencia».[21] Un confidente de la policía que se encontraba entre los asistentes comparó el discurso con una conferencia de historia llena de paja.[22]

—¿Sabe alguien de qué está hablando Kahr?[23] —preguntó Hitler con igual falta de entusiasmo.

Tal y como estaba previsto, Hitler y Rosenberg se habían reunido en el vestíbulo con un grupo de incondicionales. Cuando Hanfstaengl consiguió llegar hasta allí con unos cuantos periodistas y los vio, lo primero que pensó fue que llamaban demasiado la atención. Se abrió paso hasta el bar y volvió con una ronda de cervezas que le costó miles de millones de marcos.

«En Múnich nadie habría pensado[24] —afirmaría Hanfstaengl más tarde— que alguien con la nariz metida en una jarra de cerveza podía abrigar intenciones turbias.»

Apoyado en una columna, Hitler daba sorbos a su cerveza y esperaba.

Cerca de allí, en el almacén de una fábrica abandonada, Josef Berchtold —un contrabandista de tabaco[25] de veintiséis años— estaba repartiendo rifles,[26] armas automáticas y granadas de mano. A la pequeña unidad de élite que comandaba se la conocía como Stosstrupp Hitler, o «Escuadrón de Asalto de Hitler». Había sido creada tan sólo seis meses antes y estaba formada por un grupo de hombres a quienes se había escogido especialmente por su valentía y por su lealtad.

Sus cerca de ciento veinticinco efectivos[27] estaban entrenados para participar en peleas callejeras y altercados en espacios cerrados —como una cervecería, por ejemplo—, y a menudo se les encargaban «misiones especialmente peligrosas»,[28] tales como actuar de vanguardia en algunas operaciones o realizar labores de limpieza al final de una reyerta. Vestían uniforme de campo de color gris, botas negras de caña y gorra de esquí decorada con una calavera plateada sobre un fondo rojo. El Stosstrupp Hitler compondría el núcleo original de las SS[29] o Schutzstaffel, la mortífera «brigada de protección» del Partido Nazi.

Al lado de Berchtold había un hombre de espaldas anchas que llevaba puesto un casco de acero con una esvástica enorme y una espada de oficial al cinto. Se trataba del capitán de treinta años Hermann Göring, el héroe de guerra que había sucedido al barón Manfred von Richthofen al frente del prestigioso escuadrón Circo volador después de que el Barón Rojo se estrellara en abril del año 1918. Göring se había unido al partido de Hitler hacía casi un año y era uno de sus miembros más célebres.

Aún no se había convertido en ese adicto a la morfina obeso con un anillo en cada dedo del que Rebecca West diría años después que parecía la «*madame* de un burdel».[30] Era un aventurero valiente y fanfarrón a quien en los salones muniqueses se recibía como a un «caballero del aire». Le habían concedido la condecoración militar más alta de Alemania, la Pour le Mérite, y alardeaba de haber derribado más de veintisiete aparatos durante la guerra. Después de la contienda se trasladó primero a Dinamarca y luego a Suecia, donde trabajó como piloto acrobático y comercial, y también como representante de la compañía aeronáutica Fokker.

Ocho meses antes, a Göring lo habían nombrado responsable de las bien nutridas y a menudo indisciplinadas Sturmabteilung, las Divisiones o Tropas de Asalto del Partido Nacionalsocialista. Esta organización fue fundada a principios de los años veinte como una suerte de «servicio de protección del local»,[31] pero con el tiempo se transformó en una sección «de gimnasia y deporte» para que sus

miembros practicasen boxeo, *jiu-jitsu* o ejercicios de calistenia. Desde entonces, su estructura organizativa adoptó un carácter más militar —con compañías, batallones y regimientos— y fue bautizada en honor a un comando de élite del ejército alemán que luchó en la Primera Guerra Mundial.

Las Tropas de Asalto vestían uniforme de color gris[32] —excedentes de la guerra en su mayor parte—, gorra de esquí, cazadora y un brazalete rojo de diez centímetros de ancho con una esvástica dentro de un círculo en el brazo izquierdo. Sus tristemente célebres camisas pardas —inspiradas en el atuendo de las tropas coloniales alemanas destacadas en el África oriental— se vieron por primera vez a los pocos meses, pero no se incorporaron al uniforme oficial[33] hasta el año 1926. Un estadounidense que había tenido ocasión de observar a estas bandas haciendo el paso de la oca por las calles de Múnich y gritando «¡Muerte a los judíos!» los definió como «los matones más violentos»[34] que había visto en su vida.

Bajo la dirección de Göring, las Tropas de Asalto destacaron sobre todo por su destreza en el manejo de las armas improvisadas, que solían ser habituales en las reyertas que acostumbraban producirse en las cervecerías: patas de sillas rotas, jarras de cerveza pesadas, puñales escondidos, cachiporras, porras, puños americanos y pistolas. «La crueldad impresiona»,[35] solía decirles Hitler a los soldados de este ejército. También les recomendaba no abandonar nunca una pelea «a menos que sea con los pies por delante».[36]

Mientras Göring y Berchtold hacían los últimos preparativos, uno de sus hombres volvió de una ronda de reconocimiento por la zona y les informó de que la policía había conseguido por fin dispersar a la multitud[37] que se había concentrado frente a la Bürgerbräu. La entrada estaba despejada. Y lo que era todavía mejor: en el exterior sólo se veía a una docena de policías municipales.

Berchtold miró su reloj.[38] Göring y él ordenaron que todo el mundo subiera a los camiones.

Al poco rato, el resplandor de unos faros[39] iluminó una callejuela oscura que daba a la Rosenheimerstrasse. Un convoy de cuatro camiones con plataforma se detuvo en mitad de la calle, frente a la entrada principal de la Bürgerbräu.

—¡Vosotros, quitaos de en medio![40] —gritó Josef Berchtold a un destacamento de la policía municipal de Múnich.

Cuando los miembros del Stosstrupp Hitler bajaron del primer camión armados con metralletas y bayonetas, algunos policías[41] los confundieron con una unidad del ejército alemán. Como señaló el comandante Berchtold, las fuerzas de seguridad estaban «desconcertadas y muy poco preparadas», y pronto se vieron superadas.

Göring desenvainó la espada[42] y saltó de un camión en marcha. Gritó algo[43] acerca de que el gobierno de Berlín había sido derrocado y que sus hombres sólo reconocían al régimen de Ludendorff y Hitler. Dos docenas de hombres lo siguieron al interior del edificio al grito de *«Heil, Hitler!»*.

A las 20.25 horas, alrededor de un centenar de efectivos se habían desplegado por el local con el fin de bloquear las salidas, tomar el control de los teléfonos, cubrir las ventanas y rodear la sala principal. Un pequeño grupo portaba estandartes con esvásticas y otro puñado de hombres arrastraba una ametralladora por el camino de grava de la entrada para introducirla en la cervecería.

Para entonces, Hitler se había deshecho ya de su gabardina y lucía un chaqué amplio de color negro. De su pecho colgaba una Cruz de Hierro de primera clase y otra de segunda clase. Dio un último sorbo a su jarra de cerveza y, según cuentan, la estampó contra el suelo.[44] Desenfundó su Browning,[45] apuntó con la pistola al techo y se dirigió al comedor.

Inmediatamente detrás de Hitler se encontraba su guardaespaldas,[46] Ulrich Graf *el Rojo*: un carnicero y exboxeador aficionado de cuarenta y cinco años con un poblado bigote estilo imperial. A éste lo seguían varios hombres más.

—Presta atención,[47] no vayan a dispararnos por la espalda —le dijo Hitler a Graf.

En el estrado, el orador de la velada —Gustav von Kahr— levantó la mirada de sus papeles y vio cómo se abría «un pasillo estrecho[48] entre el público». Lo primero que pensaron tanto él como el general Von Lossow —que estaba sentado al pie del escenario junto a otros oficiales— fue que se trataba de alborotadores comunistas.[49]

Los gritos sonaban como una discusión cada vez más acalorada.

—¡Alto! ¡Atrás![50] ¿Qué es lo que quieren?

Los patrocinadores del acto se subieron a las mesas redondas y a las sillas para ver si podían identificar el origen del revuelo. Karl Alexander von Müller, profesor de Historia en la Universidad de Múnich, vio un mar de cascos de acero avanzando entre el humo que cubría el comedor. También pudo distinguir los brazaletes de color rojo.

Kahr se quedó petrificado. Los hombres, que empuñaban diferentes armas de fuego, iban derribando las mesas y las sillas a su paso[51] y lanzaban al suelo los platos de comida y las jarras de cerveza. La audiencia no daba crédito a lo que pasaba y tenía la sensación de estar a punto de presenciar un asesinato.

Los gritos aislados no tardaron en dar paso a la confusión y el pánico.[52] Las Tropas de Asalto habían montado la ametralladora[53] en el vestíbulo y apuntaban con el cañón hacia el público.

Cuando Hitler llegó a la parte delantera de la sala, a cinco o seis pasos del estrado, se subió a una silla y empezó a gritar, probablemente para pedir silencio. Su voz, sin embargo, se perdió entre el tumulto. Alguien disparó al aire. Varios testigos que se encontraban cerca del escenario afirmaron que el autor fue uno de los colaboradores de Hitler, tal vez su guardaespaldas. Como la multitud seguía sin guardar silencio, Hitler levantó su Browning, apretó el gatillo y realizó un segundo disparo[54] al aire.

Al bajarse de la silla tuvo que esquivar una mesa para acercarse al escenario. Un policía, el mayor Franz Hunglinger, se interpuso en su camino.[55] Hitler bajó la pistola, se la puso al oficial en la frente y le ordenó que se apartara. El coronel Hans Ritter von Seisser —jefe de la policía estatal de Baviera— le indicó con un gesto que obedeciera.

—¡La revolución nacional ha estallado![56] —gritó Hitler desde la parte delantera de la sala.

Seiscientos hombres tenían la cervecería rodeada y nadie podía salir de ella. Los gobiernos de Baviera y Berlín habían sido derrocados, prosiguió Hitler a gritos con una voz aguda y ronca, y los cuarteles del ejército y la policía habían sido tomados. Por supuesto, todo aquello era mentira, pero Hitler confiaba en que pronto se hiciera realidad. Estaba sudando a mares. Parecía un loco o un borracho, o tal vez ambas cosas.

Se volvió hacia los tres hombres más poderosos de Baviera: Gustav von Kahr, el general Von Lossow y el coronel Von Seisser, y les pidió que lo acompañaran a una pequeña sala que Rudolf Hess había reservado ese mismo día.[57] Les aseguró que no tardarían más de diez minutos.[58] Los mandatarios dudaron,[59] pero acabaron accediendo a su petición y salieron lentamente del comedor.

2

MULTIMILLONARIOS FAMÉLICOS

Resultaba muy emocionante[1] intentar reunir un billón.
ROBERT MURPHY,
vicecónsul estadounidense en Múnich,
durante una partida de póquer
en el otoño de 1923

Enclavada al pie de los Alpes, Múnich era una preciosa gema barroca y neoclásica rebosante de cafés, cabarés, terrazas, galerías de arte y óperas. Su población había aumentado vertiginosamente[2] a lo largo del siglo anterior: había pasado de ser un mercado de provincia de apenas treinta y cuatro mil habitantes a convertirse en una metrópoli imperial de casi seiscientos mil. Gracias al generoso mecenazgo cultural del rey de Baviera Luis I y sus sucesores de la dinastía Wittelsbach, la ciudad se ganó el sobrenombre de la «Atenas del Isar».[3]

Cuando el canciller de origen prusiano Otto von Bismarck unificó Alemania en 1871, Múnich tuvo que ser incorporada a la federación prácticamente a rastras. Prusia controlaba el nuevo país; de hecho, su superficie era mayor que la de los otros veinticuatro estados juntos. La ciudad se encontró de pronto en la periferia. Había dejado de ser la capital de un Estado soberano y se había convertido en la tercera ciudad del país, por detrás de dos urbes mucho más grandes y ricas de las que, además, se encontraba a bastante distancia: Berlín y Hamburgo.

Tal vez para compensar esa pérdida de estatus, Múnich se centró en cultivar su carácter excepcional como ciudad acogedora y hospitalaria, capital de la cerveza y las artes. Con la llegada del nuevo siglo, la ciudad se distanció todavía más de la capital. Todo un mundo de diferencias sociales y culturales separaban al sur católico, relativamente tolerante, tradicionalista y agrícola, del norte industrial, agresivo, altanero y protestante. En Múnich no había peor insulto que llamar a alguien «cerdo prusiano».[4]

La Primera Guerra Mundial llevó esa relación ya de por sí tensa a un punto casi insostenible. Como en muchas otras zonas de Alemania, en Múnich se recibió la guerra con entusiasmo, y todo el mundo confiaba en que fuera una campaña corta y victoriosa. El conflicto, por el contrario, se eternizó y trajo consigo una infinidad de reveses: escasez, racionamiento, economía sumergida, así como la proliferación de una serie de bienes sustitutivos que hicieron que el café supiera a nabo[5] y la cerveza pareciera aguachirle.[6] El bloqueo británico agravó las dificultades. Y cerca de setecientas cincuenta mil personas[7] murieron por desnutrición en todo el país.

Además de crear expectativas falsas, el gobierno central decidió gestionar el esfuerzo bélico reforzando la burocracia federal y, al hacerlo, se convirtió en un blanco fácil para la masa de ciudadanos hambrientos y contrariados. Eran muchos en Múnich los que veían a Berlín, y no a los Aliados, como el verdadero enemigo. El gobierno prusiano era el responsable tanto de haber empezado la guerra como de haberla perdido. Y por si esto fuera poco, las noticias de las victorias alemanas habían sido tan exageradas —y las derrotas tan sistemáticamente censuradas— que la rendición causó una auténtica conmoción.

El precio que el país tuvo que pagar por los mil quinientos sesenta días de guerra fue altísimo.[8] Hubo cerca de dos millones de muertos y casi cinco de heridos. A finales de 1918, la guerra costaba ciento treinta y seis millones de marcos diarios. El gobierno, que había tenido que financiarla por medio de préstamos, estaba

endeudado hasta las cejas. La economía estaba hundida, las infraestructuras, destrozadas, y la confianza en las autoridades, por los suelos.

Y, por último, después de todo el derramamiento de sangre y los sacrificios, el gobierno de Berlín se atrevió a firmar el Tratado de Versalles. Alemania sería despojada de un plumazo[9] de un diez por ciento de su población, un trece por ciento de su superficie, todas sus colonias de ultramar y casi toda su fuerza militar, a excepción de un contingente simbólico formado por cien mil hombres. El país tampoco podría tener aviones, submarinos, tanques, artillería pesada ni barcos con capacidad superior a diez mil toneladas. El artículo 231 del tratado señalaba a Alemania como la única responsable de la guerra y establecía el pago de unas reparaciones que acabarían superando los treinta y tres mil millones de dólares. Para muchos alemanes, aquélla fue la «paz de la vergüenza»[10] y una humillación nacional sin precedentes.

Alemania había perdido su condición de régimen monárquico y su estatus de potencia internacional. Ya no sería el Estado más rico y poderoso del continente europeo. Y aunque los países que formaban la victoriosa Entente no paraban de pontificar sobre el derecho de autodeterminación nacional, cuando llegó el momento de redibujar el mapa de Europa, no dudaron en ceder a Francia, Bélgica, Italia, Dinamarca, el restablecido reino de Polonia y el nuevo Estado checoslovaco algunos territorios cuya población era en gran parte germanoparlante. Parecía existir un abismo entre los nobles ideales de los vencedores y sus actos, que fueron duramente criticados por su hipocresía e iniquidad.

Para pasmo tanto de los monárquicos como de los militaristas, Alemania se había convertido —por primera vez en su historia— en una república. Y lo que para ellos era todavía peor: una república que, gracias a la fuerza que había adquirido el Partido Socialdemócrata en Berlín y otras ciudades industriales del norte y el oeste, estaba gobernada por el primer dirigente socialista del país. Los líderes de la joven república habían sido aupados al poder justo

a tiempo para firmar el armisticio, y eso impidió que el ejército tuviera que cargar con el estigma de la derrota, al tiempo que ofrecía un nuevo motivo a Múnich para despreciar a los políticos de Berlín.

En el otoño de 1923, la desilusión de la posguerra llegó a su apogeo. Tras cinco años de confusión, el país estaba al borde de la anarquía. Las facciones políticas rivales se enfrentaban en un clima de auténtica guerra civil. La ley y el orden parecían haberse desintegrado o, cuando menos, debilitado de forma considerable. Los comunistas se estaban levantando en Sajonia, Turingia y el puerto de Hamburgo. Y en Baviera y Renania habían surgido movimientos separatistas.

La extrema derecha de Múnich confiaba en poder restaurar la monarquía y la grandeza militar del país. La izquierda radical —inspirada en Lenin y los bolcheviques rusos— pretendía iniciar una revolución. Los partidos tradicionales, atrapados en un centro político cada vez más reducido, trataban de sostener la inestable república. La mayor parte de la población, alienada y resentida, se escoraba cada vez más hacia los extremos. Como advirtió el socialdemócrata Paul Löbe, Alemania se estaba convirtiendo en una «democracia sin demócratas».[11]

En Baviera, la situación se agravó todavía más por la pérdida de los muchos privilegios[12] que dicho territorio había tenido bajo el reinado del káiser. La República de Weimar había arrebatado al Estado de Baviera el control de su red ferroviaria, su servicio postal y su sistema de recaudación de impuestos. Muchos ciudadanos tenían la sensación de que ese reino, tan orgulloso en otros tiempos, había entrado en barrena.

Toda esta incertidumbre sobre el futuro se vio reflejada en la inestabilidad de la moneda. El coste de la guerra y la necesidad de financiarlo por medio de préstamos hizo que el marco, cuyo tipo de cambio en vísperas del conflicto era de 4,2 por cada dólar

estadounidense, cayera hasta los 8 marcos por dólar en diciembre de 1918. Y eso no fue más que el principio. En enero de 1923, cuando Alemania empezó a retrasarse en el pago de las reparaciones de guerra, el cambio se desplomó hasta los 18.000 marcos por dólar. Francia acusó a Alemania de haber entrado en suspensión de pagos y decidió invadir la cuenca del Ruhr, el lugar del que salían ocho décimas partes de la producción total de carbón, hierro y acero del país. Los trabajadores alemanes respondieron con un programa de «resistencia pasiva»[13] auspiciado por el gobierno, que se centraba en organizar una huelga general. Para ayudarlos, Berlín empezó a imprimir dinero.

Casi dos mil imprentas trabajaban día y noche a pleno rendimiento. El marco alemán estaba fuera de control. En julio, el tipo de cambio era de trescientos cincuenta mil, y poco después, el 1 de agosto, de un millón. Una semana más tarde, cayó a más de cuatro millones y medio, y pronto llegaría a varios millones, luego a miles de millones y por fin a cientos de miles de millones, hasta alcanzar su mínimo histórico de 6,7 billones por cada dólar estadounidense en diciembre de 1923. Alemania había sucumbido al episodio de hiperinflación[14] más devastador de la historia de la economía industrial moderna.

Dos semanas antes de que Hitler irrumpiera en la cervecería, una simple rebanada de pan podía alcanzar el escalofriante precio de mil ochocientos millones de marcos; ese mismo día costaba ya treinta y dos mil millones y seguía subiendo. El precio de un solo huevo[15] pronto equivaldría a lo que costaba un billón de huevos antes de la guerra. La pesadilla de la hiperinflación hizo que los ahorros de la clase media se esfumaran: años enteros de esfuerzos y penurias no habían valido para nada.

Las grandes empresas se aprovecharon de este apocalipsis monetario para explotar a sus trabajadores, a los que pagaban unos suelos míseros que, además, perdían valor a cada minuto. Carretillas enteras llenas de marcos eran insuficientes para garantizar la subsistencia mínima. Mientras tanto, los extranjeros con divisas

fuertes se lanzaban en picado sobre el negocio inmobiliario y se hacían con los bienes más preciados de las familias a cambio de cantidades ridículas. Alemania se había convertido en una nación de multimillonarios famélicos. Al devaluar la moneda hasta convertirla en un pedazo de papel sin valor alguno, el gobierno de la república había privado a los ciudadanos de su riqueza y, como dijo Hitler, se había convertido en «¡el peor grupo de delincuentes y estafadores [que había existido nunca]!».[16] Muchos nacionalistas pensaban que el líder fascista italiano Benito Mussolini era el modelo[17] en el que había que inspirarse para resolver la crisis alemana. En octubre de 1922, este hombre había marchado sobre Roma y se había alzado con el poder, o eso era al menos lo que decía la leyenda que había consagrado esa operación. Lo que ocurrió en realidad fue que el grupo liderado por Mussolini —poco más de veinte mil hombres mal equipados y apenas armados— se había detenido a las afueras de la ciudad, donde el ejército italiano podría haberlo aplastado sin esfuerzo. Sin embargo, el rey Víctor Manuel III prefirió sencillamente nombrar primer ministro a Mussolini. Aun así, de este episodio surgió un mito en el que se inspirarían durante mucho tiempo los movimientos de extrema derecha para buscar liderazgos férreos y dinámicos con los que dar respuesta a los problemas nacionales.

«Si en Alemania apareciera un Mussolini[18] —le dijo Hitler a un periodista del diario londinense *Daily Mail* en vísperas del *putsch*—, la gente se postraría ante él y lo aclamaría más de lo que jamás han aclamado a Mussolini.» Al periodista en cuestión no parecieron impresionarle mucho las palabras de Hitler y en privado se refirió a él, con cierto desprecio, como un «vendedor de humo»[19] más. El líder alemán, sin embargo, decidió seguir el ejemplo de los fascistas italianos y marchar sobre Berlín.

Muchos asesores insistieron en que aquélla era una medida necesaria. Hitler llevaba tanto tiempo hablando de la revolución —y criticando a los líderes rivales por su quietismo— que incumplir su promesa habría resultado desastroso para él y para el partido. Como advirtió Wilhelm Brückner, el responsable de las Tropas de Asalto, no

tardaría en llegar el día en que le resultaría imposible seguir conteniendo a sus hombres. Y Hitler, como siempre hacía, redujo la situación a un escenario con sólo dos opciones: o actuaba o dejaba que alguien lo humillase.

De acuerdo con el plan inicial,[20] el *putsch* se produciría la noche del sábado 10 de noviembre. En fin de semana, pues Hitler creía que era el mejor momento para iniciar la revolución. Las autoridades se encontrarían lejos de sus despachos, la plantilla de la policía se habría reducido al mínimo y el movimiento de las tropas y los camiones no se vería entorpecido por el tráfico. La fecha tenía también una dimensión simbólica: a la mañana siguiente, justo cuando se alzaran con la victoria, se cumplía el quinto aniversario del abominable armisticio con el que había acabado la Primera Guerra Mundial.

El 7 de noviembre,[21] sin embargo, Hitler cambió de opinión. Le habían informado de que Gustav von Kahr iba a pronunciar un discurso en la Bürgerbräu a la noche siguiente, y se temió que esa velada sirviese para realizar algún anuncio importante, tal vez el plan del propio Kahr[22] para marchar sobre Berlín o declarar la independencia de Baviera. Pero, aun en el caso de que el discurso no tuviera ninguna repercusión —lo cual era mucho más probable—, Hitler supuso que en la cervecería se darían cita todos los líderes del régimen bávaro y que le resultaría fácil persuadirlos para que se unieran a él en su marcha hacia el norte.

Fuera como fuere, Hitler llegó a la conclusión[23] de que, dada la situación de caos sin precedentes en la que se encontraba el país, no valía la pena arriesgarse a que alguien se le adelantara o lo eclipsara. Pensó que quizá no volviese a presentársele una oportunidad semejante, y ordenó que el ataque comenzara al cabo de veinticuatro horas.

3

CUATRO BALAS

> Las Tropas de Asalto[1] nacionalsocialistas no eran precisamente lo que se conoce como un club de caballeros.
>
> Teniente coronel HERMANN KRIEBEL

Mientras los hombres armados escoltaban a los tres líderes bávaros fuera del comedor —para lo cual tuvieron que sortear la ametralladora[2] que estaba colocada en el vestíbulo—, las Tropas de Asalto de Göring estaban ocupadas tratando de cercar a los policías municipales, a quienes se conocía con el sobrenombre de «policía azul», por el color de sus uniformes. El cuerpo estaba compuesto por cerca de mil quinientos efectivos,[3] pero esa noche sólo estaba de servicio un pequeño destacamento de cuarenta hombres. Las unidades de Göring no tuvieron la menor dificultad en capturar a la mayoría de los que se encontraban en el local.

En una de las mesas de la parte delantera de la sala, situada muy cerca de los invitados de honor, estaba sentado un tipo esbelto vestido con el uniforme militar bávaro. Se trataba de Rudolf Hess,[4] un estudiante de la Universidad de Múnich. Hess, de veintinueve años, sacó una hoja de papel que le había entregado Hitler y empezó a leerla.

En ella figuraba una lista con los nombres[5] del primer ministro bávaro, Eugen Ritter von Knilling, tres miembros de su gabinete y el presidente de la policía, Karl Mantel. Hess les pidió que dieran un paso al frente. Todos ellos iban a ser detenidos.[6] El porqué de la detención no se dio a conocer.

Hess se hizo cargo de los prisioneros. Era un hombre callado, tímido e introspectivo que siempre llamaba la atención por su aspecto retraído, cuando no directamente ceñudo, y porque casi nunca miraba a los demás a los ojos[7] ni sonreía. Como muchas de las personas famosas que se afiliaron al partido durante los primeros años, Hess había nacido fuera de Alemania, concretamente en Alejandría, Egipto, donde su padre tenía una empresa de exportación al por mayor. Vivió en el extranjero hasta que a los doce años fue internado en un colegio de Bad Godesberg, a orillas del Rin.

Durante la guerra, sirvió en una unidad bávara (aunque no en la misma que Hitler, como suele creerse) y después se convirtió en piloto. Los dos hombres no se conocieron hasta el año 1920. Hess se había quedado entusiasmado con uno de los discursos de Hitler, y desde su afiliación al partido con el carnet número 1.600, el 1 de julio de ese mismo año, trabajó activamente en la flamante «división de inteligencia» de la organización, hasta que al cabo de un tiempo lo pusieron al frente de un batallón de las Tropas de Asalto. Por lo demás, siguió con sus estudios de geopolíti ca, su afición por la poesía, la música clásica y la astrología, y, sobre todo, tratando de estrechar sus lazos con el líder nazi.

Cuando Hitler lo llamó, Hess se encontraba en su finca familiar de Fichtelgebirge. A primera hora de la mañana le informaron de que debía capturar al primer ministro bávaro y a varios miembros de su gabinete, y regresó de inmediato a Múnich. Según afirmó él mismo, se trataba de una «misión noble y trascendental».[8]

Hess condujo a los siete prisioneros por una escalera angosta[9] hasta un cuarto situado en la segunda planta de la cervecería, cerca de los aposentos de Korbinian Reindl, el gerente. Pronto se sumaron a ellos tres soldados de asalto con rifles y granadas de mano; dos más hacían guardia en el pasillo.

Hess esperaba órdenes.

En el piso de abajo, mientras tanto,[10] Ulrich Graf le dio a Hitler[11] otra jarra de cerveza y volvió a comprobar que su pistola Mauser estaba cargada.

—¡Nadie saldrá de aquí vivo[12] sin mi permiso! —les gritó Hitler a los tres mandatarios bávaros que se encontraban en la pequeña sala.

Se dirigía a ellos como si estuviera arengando a una nutrida audiencia, sudando[13] y agitando el arma entre cada uno de los sorbos que daba a la jarra de cerveza para aclarar su garganta reseca, secuela del ataque con gas que sufrió durante la Primera Guerra Mundial.

Les anunció que pronto se formaría un nuevo gobierno en Alemania y se apresuró a añadir que lo encabezaría él mismo. Les dijo también que el general Ludendorff se haría cargo del ejército y luego les ofreció un puesto en el nuevo régimen.

—Sé que todo esto es muy difícil[14] para ustedes, caballeros —dijo Hitler—, pero era necesario dar este paso.

Trató de racionalizar la decisión que había tomado para que a las autoridades les fuera más fácil aceptar el papel que se les había asignado.

—Tengo cuatro balas en la pistola —añadió—, tres son para mis colaboradores, por si desertan, y la cuarta es para mí.

Luego, mientras se llevaba la pistola a la sien, añadió que el nuevo amanecer sólo podría traerles el éxito o la muerte. El coronel Von Seisser le recordó que pocos meses antes se había comprometido a no dar ningún golpe.

—Eso fue lo que prometí, en efecto —contestó Hitler—. Pero, por el bien de la patria, tengo que pedirles que me perdonen.

Y no ofreció ninguna otra explicación sobre las razones que lo habían llevado a incumplir su palabra.

Cuando Lossow se volvió para susurrar algo a sus colegas, Hitler les prohibió que hablaran entre ellos. Lossow, a quien sin duda le parecía raro que Ludendorff no estuviera allí, le preguntó si el

general estaba realmente involucrado en la trama. Hitler le contestó que ya se habían puesto en contacto con él y que no tardaría en llegar.

Kahr les advirtió de lo difícil que les sería unirse al nuevo gobierno dado que, según sus propias palabras, «los habían sacado del auditorio por la fuerza» y la gente desconfiaría de ellos. Ni siquiera le habían dejado terminar su discurso.

Hitler parecía indeciso y vacilante. Pero al cabo de unos instantes salió a toda velocidad de la sala, como si acabara de ocurrírsele una idea.

Nadie dijo una sola palabra. Kahr estaba junto a la ventana,[15] pensativo; Lossow, apoyado en una mesa, fumaba, y Seisser se encontraba cerca de la puerta. Fue Kahr quien rompió el silencio:

—Me parece indignante[16] que me tengan secuestrado de esta manera... ¡No se puede retener a alguien así, como si fuera un criminal!

Müller, un profesor de Historia de la Universidad de Múnich, estaba hablando con unos amigos en su mesa, situada cerca de la parte delantera del comedor. Alguien preguntó si de verdad Hitler pretendía salirse con la suya pasando por encima de todo el mundo. Otra persona comentó que a Kahr le había llegado, como llovida del cielo, la oportunidad que tanto tiempo llevaba esperando: participar en un complot para instaurar un gobierno nacionalista sin tener que asumir la responsabilidad de organizarlo o liderarlo.

—Seguro que no logran ponerse de acuerdo[17] —afirmó Müller —. ¿No ha dicho Hitler que estaría todo arreglado en diez minutos y que después volverían aquí?

El público empezó a impacientarse.

—¿Es ésta la famosa lealtad alemana?[18] —preguntó alguien—. ¿Es ésta la famosa unidad alemana?

—¡Esto parece Sudamérica! —gritó otra persona.

—¡Menudo paripé![19] —añadió un tercero a voces.

Algunos empezaron a silbar, a abuchear e incluso a reírse del atuendo de Hitler. Con su chaqué negro[20] mal cortado, a muchos les recordaba a un *maître*, al portero de un hotel de poca categoría, a un recaudador de impuestos con su traje de los domingos o al típico novio de pueblo que no puede disimular los nervios el día de su boda.

Pistola en mano, Hermann Göring subió al escenario para contener a la imprevisible audiencia. A Hitler le movían «¡las intenciones más nobles!»,[21] dijo a gritos entre el estruendo. También él tuvo que realizar un disparo al aire para que le prestaran atención. Aseguró que el plan del líder nazi no estaba dirigido «en modo alguno contra Kahr» ni contra el ejército o la policía, sino contra el «gobierno de judíos que se había establecido en Berlín». Ese comentario desencadenó una salva de aplausos.

Tenían que ser pacientes. Una nueva Alemania estaba a punto de nacer. Además, dijo con una voz atronadora que resonó por todo el comedor: «Tienen ustedes sus cervezas. ¿Qué otra cosa podría preocuparlos?».

A pesar de los torpes intentos de Göring por calmar al público, mucha gente estaba inquieta por la seguridad de los mandatarios bávaros y, desde luego, también por la suya propia. Las Tropas de Asalto habían tomado el control del local, tenían rodeado el perímetro del edificio y bloqueaban las salidas —todas las salidas—, fuertemente armados y, como describió el general Von Lossow, con «los rostros demudados en una especie de trance».[22] El profesor Müller, por lo pronto, temía que los tuvieran encerrados toda la noche. Más grave aún era el riesgo de que alguien cometiera una imprudencia o una estupidez, se desatase el caos y todo terminara en un baño de sangre.

4

EL ULISES ALEMÁN

> Esto es más[1] que una simple derrota en una guerra. Todo un mundo ha llegado a su fin.
>
> WALTER GROPIUS

Al salir de la sala privada, Hitler se volvió hacia un hombre pequeño y calvo que llevaba puestos unos quevedos, y le dijo que era el momento de ir a buscar a Ludendorff.[2] Ese individuo no era otro que el teniente Dr. Max Ewin von Scheubner-Richter, una de las muchas figuras enigmáticas que poblaban las filas del recién creado Partido Nacionalsocialista.

De profesión ingeniero, y con una especialidad en Química, Scheubner-Richter era un alemán nacido en Riga, tenía treinta y nueve años y muy buenos contactos en las altas esferas. Se había trasladado[3] a Múnich en el año 1910 en compañía de Mathilde von Scheubner, la aristócrata casi treinta años mayor que él con la que acababa de casarse. Se habían conocido durante el levantamiento de 1905, cuando a la unidad de caballería de la que él formaba parte se le encomendó la tarea de custodiar las propiedades del padre de su futura mujer. Luego decidió adoptar el apellido de ésta (el de su familia paterna era Richter) y se convirtió en Scheubner-Richter.

Durante la guerra se presentó voluntario para servir en una brigada de caballería ligera y en diciembre de 1914 se incorporó al consulado alemán en Erzurum, Turquía. Pronto fue ascendido a vicecónsul, puesto que le permitió conocer de primera mano el genocidio[4] del pueblo armenio. En los cables diplomáticos que

enviaba a Berlín describía con detalles escalofriantes la manera en que el régimen otomano estaba convirtiendo a la minoría armenia en un chivo expiatorio tras las diversas derrotas militares que les había infligido Rusia.

Aldeas enteras fueron evacuadas y saqueadas; las mujeres y los niños tuvieron que desplazarse en caravanas para ser reubicados en otros lugares, donde lo único que en realidad los esperaba eran el hambre, la enfermedad y la muerte. Sus cuerpos quemados y cosidos a bayonetazos podían verse desperdigados por las carreteras. Los despachos de Scheubner-Richter, así como las protestas oficiales que realizó para denunciar las matanzas, siguen siendo uno de los primeros y más valiosos testimonios de esta tragedia humanitaria en la que murieron entre trescientos mil y un millón y medio de armenios.

Paradójicamente, al tiempo que se indignaba por el hostigamiento y el genocidio que sufría esa minoría, Scheubner-Richter fue alimentando un antisemitismo furibundo que no hizo sino agravarse con el tiempo. Cuando lo trasladaron al Báltico para que ocupara un puesto de oficial de prensa en el 8.º Ejército alemán, Scheubner-Richter condenó enérgicamente los efectos de la Revolución rusa. El bolchevismo no era para él más que un régimen basado en el terror, el saqueo, la explotación y el hambre, que tenía como única finalidad aniquilar a las clases medias y altas y acabar con la civilización occidental. También era, según él, una conspiración orquestada por judíos.

En octubre de 1920, Scheubner-Richter creó una sociedad secreta de élite, la Aufbau o «Reconstrucción», con el fin de establecer una alianza entre Alemania y los nacionalistas rusos. Quería luchar contra el «judaísmo internacional», derribar los regímenes supuestamente judíos de Rusia y la República de Weimar y, por último, restaurar la monarquía tanto en Moscú como en Berlín.

Ésa fue la atmósfera de intrigas y fanatismo ultraderechista en la que Scheubner-Richter entró por primera vez en contacto con el Partido Nacionalsocialista de Múnich, al que todavía no se conocía

popularmente con el sobrenombre abreviado de «Nazi». Al principio, dicha formación —con tan sólo cuatro años de andadura— no era más que una de las casi cuarenta organizaciones de extrema derecha, todas ellas muy parecidas, que habían brotado en el caótico Múnich de la posguerra. Como les sucedía a la mayoría de las organizaciones nacionalistas rivales, al joven partido se lo conocía más por aquello a lo que se oponía que por lo que defendía: estaba en contra de la república, de los judíos y de un Parlamento dominado por los comunistas.

No obstante, el Partido Nazi les llevaba una ventaja considerable en cuanto a táctica y organización.[5] Su dirección política era especialmente hábil en cuestiones de propaganda. El ala paramilitar, cada vez más militarizada, lo convirtió en uno de los primeros partidos políticos de Múnich en disponer de un ejército privado real. Habían diseñado una política de reclutamiento muy agresiva, dirigida en especial a jóvenes capaces de aportar fuerza y entusiasmo a la organización. De hecho, y de acuerdo con estimaciones actuales,[6] en noviembre de 1923, dos terceras partes de sus afiliados tenían menos de treinta y un años. Y luego estaba, por supuesto, la atracción principal del partido: un orador capaz de llenar las cervecerías y enardecer a las masas.

Scheubner-Richter escuchó a Hitler por primera vez el 22 de noviembre de 1920. Lo hizo aconsejado por Alfred Rosenberg, otro alemán de origen báltico al que conocía de sus tiempos en Riga, donde habían compartido fraternidad. Scheubner-Richter se afilió al Partido Nazi muy poco tiempo después y, como Rosenberg, se convirtió en un habitual de la escena política. Parecían formar parte de una camarilla poderosa, una especie de «mafia báltica», en las altas esferas del partido.

A lo largo de los tres años siguientes, Scheubner-Richter prestó a Hitler infinidad de servicios. Estrechó los lazos con la nutrida comunidad de emigrados rusos y ucranianos de derechas que había en Múnich, muchos de los cuales eran viejos aristócratas zaristas que habían huido de la revolución y de la guerra civil. Trató de

contagiar su espíritu antibolchevique y se encargó de recaudar donaciones entre sus conocidos de los círculos de industriales y terratenientes conservadores preocupados por el ascenso político de la izquierda. Supo sacar partido a los contactos que tenía en el mundo de la realeza, entre los que se encontraban nada menos que el príncipe Ruperto de Baviera y el gran duque Cirilo de Rusia. A Hitler no le pasó desapercibida su contribución a la causa: «Todos son prescindibles,[7] menos él», dijo algún tiempo después.

Scheubner-Richter fue sin duda uno de los muchos que lo animaron a dar el *putsch* de la cervecería. De entre las múltiples lecciones[8] que ofrecía la Revolución bolchevique, lo impresionó sobre todo que Lenin —al frente de una minoría exigua pero muy decidida— hubiera sido capaz de llevar a cabo semejante proeza y cambiar el rumbo de la historia. Lo mismo habían hecho Mussolini en Italia y Mustafá Kemal (a quien luego se conocería como «Atatürk») en Turquía. En su opinión, los integrantes de la conspiración de Múnich no podían fracasar. El régimen corrupto de Berlín se tambaleaba. Había llegado el momento de derribarlo.

Así pues, siguiendo las órdenes que le había dado Hitler, Scheubner-Richter se abrió paso a través del vestíbulo de la Bürgerbräu, atestado ya de Tropas de Asalto. Lo acompañaban tres personas:[9] su mayordomo, Johann Aigner; el ayuda de cámara de Ludendorff, Kurt Neubauer, y el hijastro del general, un joven piloto de guerra llamado Heinz Pernet.

En el exterior, pasaron junto a una hilera de camiones que formaban una barricada frente a la puerta principal de la cervecería para evitar la posible llegada de refuerzos policiales. La campanilla de un tranvía[10] sonó a lo lejos para que los vehículos se apartasen.

Un soldado de asalto les indicó con un gesto que pasaran y los cuatro emprendieron un viaje de más de veinte kilómetros para recoger al general Ludendorff, la persona de la que dependía el éxito de la operación.

Esa noche, el general Erich Friedrich Wilhelm Ludendorff se encontraba en el despacho situado en el último piso de su casa. En vez de estar frente al escritorio, como acostumbraba hacer a esas horas, llevaba un buen rato dando vueltas[11] por la estancia. Poco después de las ocho y media, el teléfono de su casa había sonado y una voz desconocida le había comunicado que su presencia «se requería urgentemente»[12] en la Bürgerbräu. Cuando trató de averiguar lo que pasaba, según contó después, lo único que le contestaron fue que pronto sería informado. Aseguró también que no conocía ni la identidad de su interlocutor ni los planes de Hitler. (La persona que lo había llamado era Scheubner-Richter.)

A sus cincuenta y ocho años, el general Ludendorff hacía lo que podía para adaptarse a su nueva vida de civil, ya que había sido soldado o cadete desde su ingreso en la academia militar de Holstein a los doce años. Nació en la localidad de Kruszewnia, en la provincia prusiano-occidental de Posen, que actualmente forma parte de Polonia. A pesar de que ya por aquel entonces mucha gente lo llamaba erróneamente «Von Ludendorff», era hijo de un comerciante venido a menos sin conexión alguna con la aristocracia. Debido a sus orígenes plebeyos, Ludendorff no consiguió ingresar en el prestigioso cuerpo de caballería. Sí fue admitido, en cambio, en el Estado Mayor del ejército, donde obtuvo sus galones rojos en 1894.

Consiguió hacerse un nombre al comienzo de la Primera Guerra Mundial tras una inesperada victoria en la ciudadela de Lieja. Después de rodear al ejército ruso en Tannenberg, en el frente oriental, y de capturar a más de noventa mil prisioneros, su fama aumentó todavía más. Junto a su superior, el general Paul von Hindenburg, fue el principal artífice de la retirada de Rusia de la guerra, lo cual sirvió para consolidar su reputación como estratega.

H. L. Mencken, que por aquella época trabajaba de corresponsal en Alemania, describió a Ludendorff como un hombre de gran inteligencia que valía «por diez káiseres». En un artículo para el *Atlantic Monthly*, publicado en el verano de 1917, añadió más detalles a su descripción:

> En cuanto toma una decisión, se pone inmediatamente manos a la obra. Tiene imaginación. Es capaz de captar el significado profundo de las cosas, de anticipar lo que va a ocurrir. Más aún, le encanta planificar, proyectar y resolver problemas. Y, por si esto fuera poco, no está cegado por el idealismo. ¿Lo han escuchado ustedes alguna vez suspirando por la patria o soltando ñoñerías como a Hindenburg? Por supuesto que no. Le gusta jugar, y sabe hacerlo muy bien.

Según Mencken, Ludendorff fue aclamado como «el enigmático Ulises de la guerra».[13]

Sin embargo, a quienes se lo cruzaban en los cuarteles del ejército les parecía una persona soberbia, fría y distante, alguien incapaz de aceptar que había cometido un error. Tampoco podía soportar que le llevaran la contraria. Trataba con desprecio a sus subordinados, una categoría en la cual parecía incluir a casi todo el mundo, en especial a los civiles, y se ponía con tanta frecuencia el monóculo que se rumoreaba que dormía con él. Su característica falta de humor se convirtió en fuente de innumerables chistes.

De acuerdo con Margarethe, su mujer, Ludendorff no siempre había sido así de ambicioso e intransigente. Ella todavía se acordaba de la época en que su marido era una persona «alegre y despreocupada»,[14] y su expresión facial no se había quedado congelada aún en ese «rictus de obstinación inquebrantable». En su opinión, había sido la guerra —y la fama que ésta trajo consigo— la que lo había insensibilizado hasta el punto de transformarlo en un hombre temible y autoritario, en alguien cuyo corazón se «había convertido en un témpano de hielo».

Pero a medida que el ejército alemán se derrumbaba en el frente occidental y los más críticos con sus arriesgadas propuestas estratégicas iban ganando posiciones, Ludendorff sufrió una suerte de crisis mental. Apenas podía dormir, reaccionaba con furia a la menor provocación y sucumbía a unos ataques de llanto para los que no parecía haber consuelo. Su adicción al alcohol se agravó y

empezó a tener sueños recurrentes en los que imaginaba que la gripe española llegaba a las trincheras, diezmaba las tropas enemigas y allanaba el camino para la victoria alemana.

En octubre de 1918, Ludendorff fue expulsado del ejército. «El káiser se ha deshecho de mí»,[15] le dijo a su mujer poco después, desconcertado por el giro que habían tomado los acontecimientos. Su destitución y la derrota de Alemania en la guerra al cabo de un mes fueron, de acuerdo con sus propias palabras, «los dos episodios más amargos de toda mi vida». El antiguo comandante del ejército se vio obligado a salir del país con un pasaporte falso, una barba postiza y unas gafas de sol, rumbo primero a Dinamarca y luego a Suecia, donde recalaría finalmente para establecer su residencia en una finca rural próxima a Hässleholm.

«No ha existido destino humano más duro que el mío», escribiría Ludendorff más tarde en un texto en el que se comparaba con el general cartaginés Aníbal, que después de luchar contra Roma tuvo que exiliarse y terminó envenenándose. Ya nada le hacía ilusión, según afirmaba; se sentía en guerra consigo mismo y con el mundo. Dedicaba los días a pasear por el bosque y a rememorar sus experiencias bélicas para escribir las memorias que publicaría algún tiempo después.

Regresó a Alemania en febrero de 1919, un tanto arrepentido de no haber reaccionado con mayor determinación al finalizar la guerra para, como él mismo dijo, ponerse «al frente de una dictadura». Un año más tarde, después de participar en un complot descabellado para instaurar un régimen militar de extrema derecha en Berlín —el conocido como «*putsch* de Kapp»—, Ludendorff se vio obligado por segunda vez a reconocer su derrota. En el verano de 1920 se subió a un tren con destino a Múnich,[16] más sabio —según dijo— gracias a las lecciones que le había enseñado aquella experiencia. La Baviera de Kahr lo recibió con los brazos abiertos.

Ludendorff se obsesionó cada vez más con la idea de que Alemania en realidad no había perdido la guerra —en cualquier caso, no porque sus jugadas temerarias en el frente occidental hubieran

agotado los recursos del ejército y mermado sus efectivos, y tampoco, por supuesto, porque su insistencia en una guerra submarina ilimitada hubiera contribuido a la entrada de Estados Unidos en la contienda—, sino que había sido «apuñalada por la espalda». Los políticos de izquierdas habían traicionado con total cobardía a su propio país, primero rindiéndose en el campo de batalla y después firmando el Tratado de Versalles. Como resultado de aquello, Alemania había quedado debilitada y expuesta y, mientras tanto, las potencias extranjeras aguardaban como buitres para lanzarse sobre su cadáver.

El general se dio cuenta de que esas mismas fuerzas siniestras de cobardía y traición seguían dominando la sociedad de la posguerra y amenazaban con destruir el tejido moral de la nación. Culpó de la decadencia y la caída de Alemania sobre todo a los judíos, a los bolcheviques y a los católicos, a todos los cuales identificaba con algún tipo de influencia extranjera perniciosa. Se unió a la Aufbau, la sociedad secreta creada por Scheubner-Richer, y en marzo de 1921 coincidió por primera vez con Adolf Hitler.[17] Fue el propio Scheubner-Richter quien los presentó.

Hitler no tardó mucho en empezar a elogiar a Ludendorff públicamente como el «comandante más grande de Alemania».[18] Aseguró que su último libro, *War Leadership and Politics*, le había servido para conocer infinidad de detalles acerca del mundo moderno, en especial sobre la poderosa influencia que el contubernio judío internacional había ejercido sobre Francia e Inglaterra, por no hablar de la manera en que controlaba a los gobiernos de las potencias aliadas. Ludendorff, por su parte, admiraba a Hitler por su «determinación firme», y decía de él que era el único líder político[19] del país al que le quedaba algo de sentido común.

Para el verano de 1923, Ludendorff había convertido su villa a las afueras de Múnich en un auténtico cuartel general del Partido Nazi. Su mujer llegó a comparar el trasiego que veía en su casa con el «constante ir y venir de un palomar».[20] Y añadió que el general

había creado una buena tapadera para sus maquinaciones: solía salir al jardín, como cualquier jubilado, a podar los rosales, regar las flores y cuidar el césped, aparentemente al margen del torbellino de intrigas que se estaba orquestando a su alrededor.

Cuando la comitiva procedente de la cervecería llegó al exclusivo barrio de Sollen-Ludwigshöhe, el coche dobló la esquina de la Heilmannstrasse y se detuvo frente al número cinco. El conductor tocó la bocina. Scheubner-Richter se bajó del asiento trasero de un salto y entró en la casa con Heinz Pernet.[21] Ludendorff los recibió vestido con una chaqueta de caza de *tweed* marrón.[22] Según dijo, había preferido no ponerse el uniforme para no perder tiempo.

Tenían, en efecto, bastante prisa, pero sin duda había otra explicación para esa extraña falta de formalidad por parte del general. Si la intentona golpista fracasaba, Ludendorff —el civil— podría aducir que no estaba al corriente de ningún complot contra el Estado.

Después de mantener una breve conversación en aquel despacho atestado de libros y presidido por un cuadro en el que se veía al general estudiando unos mapas en compañía de Hindenburg, Ludendorff se puso el abrigo, cogió un sombrero de fieltro de color verde, subió al coche y se internó en la noche neblinosa[23] a una «velocidad endiablada»,[24] como él mismo describiría más tarde. Había empezado a nevar.[25]

5

«VULGAR, TOSCO Y ESCANDALOSO»

> Me he visto obligado[1] a tomar decisiones rápidas en situaciones complicadas muchas veces, y eso es lo que me limité a hacer en aquel momento.
>
> General ERICH LUDENDORFF

Cuando Hitler volvió al comedor —tarde, solo y, en contra de lo que había prometido, sin el triunvirato de autoridades—, se encontró con un público cada vez más inquieto que parecía dispuesto a volverse contra él. Se oyeron unos cuantos abucheos y algunos silbidos. Hitler pidió silencio y les recordó que había una ametralladora en el vestíbulo.

Después trató de convencer a los presentes, igual que había hecho Göring, de que la revolución nacional no estaba dirigida contra el régimen bávaro de Kahr ni tampoco contra la policía o el ejército; su único objetivo era el gobierno berlinés que habían formado los «criminales de noviembre». Tras anunciar la composición de su nuevo gabinete —sin olvidarse de dejar caer el nombre del general Ludendorff, todavía ausente, como comandante en jefe de su hipotético ejército—, Hitler aseguró que estaban preparados para «empezar el avance hacia Berlín, esa Babilonia de la corrupción».[2]

¿Cómo reaccionaron los asistentes?

La estruendosa ovación no dejó lugar a dudas, como apuntó un policía fuera de servicio que se encontraba en mitad de la sala y que también oyó gritos de *«Heil, Hitler!»*[3] entre el público. Hitler pidió a

los presentes que mandaran un mensaje a Kahr, Lossow y Seisser, quienes —según dijo— en aquel momento «estaban tratando de tomar una decisión». Se cuidó, eso sí, de revelar lo mucho que se habían resistido los mandatarios.

—¿Puedo decirles que cuenten con vosotros?[4]

El discurso sonó manido y al reportero del periódico suizo *Neue Zürcher Zeitung* el orador le pareció «vulgar, tosco y escandaloso»,[5] pero el público asintió entre vítores.[6] El profesor Müller consideró, sin embargo, que la intervención de Hitler había sido magistral. Nunca había visto a una audiencia transformarse de una manera tan drástica y repentina. Para él fue algo mágico, fascinante. El líder nazi los había hecho cambiar de opinión completamente, «los había vuelto del revés como a un guante»[7] o, como dijo Hanfstaengl, los había manejado a su antojo, igual que hace un virtuoso con su Stradivarius.

La estrepitosa aprobación llegó hasta el salón privado,[8] donde se encontraban retenidos los mandatarios. Una vez que consiguió lo que quería, Hitler volvió con ellos.

—¿Han oído la ovación en el comedor? —les preguntó.

Fuera, en la terraza de la cervecería, un joven partidario de Hitler llamado Max o «Marc» Sesselmann estaba charlando con uno de los hombres que montaban guardia. Cuando se aproximó a la luz que salía del interior para contemplar su pistola, Sesselmann tuvo ocasión de echar un vistazo por la ventana y, para su sorpresa, ante sus ojos apareció el pequeño cuarto trasero donde tenían lugar las negociaciones. En ese momento, Kahr estaba sentado a una mesa redonda, con las manos en la cabeza y la mirada perdida. En opinión de Sesselmann,[9] parecía aterrorizado.

El tiempo seguía pasando, y las personas que se encontraban en aquel salón privado parecían incapaces de llegar a un acuerdo. La impaciencia de quienes aguardaban en el comedor iba en aumento.

De pronto se oyó otra salva de aplausos y algunos gritos acompañados de saludos y el entrechocar de las botas. Al cabo de un instante, se oyó a alguien gritar la orden de «¡Firmes!».[10]

El general Ludendorff acababa de llegar[11] a la Bürgerbräu. Karl August Ritter von Kleinhenz,[12] un colega suyo que se encontraba entre el público, pensó que jamás lo había visto tan serio. Hitler salió a recibir a Ludendorff[13] a la puerta del salón privado.

—Caballeros, yo estoy tan sorprendido[14] como ustedes —les dijo a los mandatarios sin dignarse siquiera mirar a Hitler.

El desaire no pasó desapercibido.

¿Por qué parecía Ludendorff más enfadado que de costumbre? Puede que no estuviera de acuerdo con la decisión que había tomado Hitler, que la considerase prematura. Tal vez considerara una ofensa que se hubieran llevado del comedor a Kahr, Lossow y Seisser a punta de pistola. Puede que le molestara que un soldado raso le estuviera dando órdenes a él, un general condecorado. O, por el contrario, que todo aquello no fuera más que una pantomima para ocultar su participación en la trama.

Ludendorff jamás admitió haber participado en los preparativos del *putsch*. Sin embargo, Heinz Pernet, su hijastro —y una de las personas que lo llevaron en coche a la Bürgerbräu—, declaró muchos años después[15] que el general nunca estuvo del todo al margen de lo que sucedía. Sea como fuere, y con independencia de si sabía o no de antemano cuáles era los planes de Hitler, lo cierto es que, llegado el momento, Ludendorff no dudó en apoyarlo. Habló del «gran movimiento nacional *völkisch*» que daba comienzo esa noche y, dirigiéndose a los tres mandatarios, les dijo exactamente las siguientes palabras: «Cooperen con nosotros». A continuación, les tendió la mano.

Lossow fue el primero en ponerse del lado del general; empuñó su sable y dio su consentimiento en voz baja, casi en un susurro. Seisser, que parecía estar esperando a que alguien diera el primer paso, también tendió la mano a Ludendorff. Kahr, sin embargo, no parecía dispuesto a ceder. Se sentía «personalmente ofendido» por

los malos modos de Hitler. Ludendorff trató de persuadirlo para que colaborase y añadió que no podía «abandonar al pueblo alemán en semejante tesitura».

Kahr replicó[16] que el golpe no podía más que fracasar o durar muy poco. Si Hitler hubiera tenido el temple necesario para esperar una o dos semanas, las perspectivas habrían sido más halagüeñas.

A las personas que se encontraban en el reservado se les unió en ese momento Ernst Pöhner, un magistrado de la corte bávara y antiguo director de la policía que había estado sentado hasta entonces con sus compañeros del cuerpo en una mesa del comedor. El apoyo que Pöhner brindó al Partido Nazi en sus inicios fue esencial. En una ocasión, cuando ocupaba el puesto de director de la policía, le preguntaron si estaba al corriente de que algunos grupos descontrolados de extrema derecha campaban a sus anchas por Baviera. Su célebre respuesta fue la siguiente: «Sí, sí, pero a mí me parece que son muy pocos».[17]

A Pöhner lo llamaron al salón privado porque conocía a Kahr mejor que ningún otro de los colaboradores de Hitler. Los dos llevaban trabajando juntos desde que Kahr se hiciera con las riendas del poder en marzo de 1920.

—Me es imposible participar [en este *putsch*] —insistió Kahr, que se definió como un monárquico convencido a quien le era necesario contar con el permiso del rey para dar un paso tan dramático.

Kahr se refería al príncipe Ruperto, heredero al trono del reino de Baviera cuya abolición había sido decretada al término de la Primera Guerra Mundial.

—Eso es justo lo que opino yo, su excelencia[18] —dijo el desgarbado Pöhner, elevándose por encima de Kahr desde su casi metro noventa de altura.

Como súbditos fieles del rey, tenían la obligación de velar por los intereses de la monarquía. Según Pöhner, Kahr parecía «muy angustiado» y todos los demás se sumieron en un «incómodo silencio».[19]

El primero en intervenir fue Hitler. Dijo que su único propósito era reparar las ofensas que había sufrido la corona a manos de quienes habían derrocado a la dinastía real. Además, añadió, ¿acaso cabía la posibilidad de volver al comedor para anunciar que todo aquello no había sido «más que un error[20] [y] que, después de todo, esa noche no se produciría ninguna revolución?».

Al cabo de unos cuarenta o cincuenta minutos, Kahr accedió y aceptó un puesto en el gobierno de Hitler con la condición de poder actuar en calidad de «virrey del régimen monárquico».[21]

Como portavoces del antiguo ejército y de la antigua policía, Ludendorff y Pöhner desempeñaron un papel esencial a la hora de facilitar el acuerdo al que se llegó en aquel reservado. Y resultaron de gran ayuda para convencer a los desconfiados mandatarios de que regresaran al comedor y compartiesen el escenario con algunos miembros del Partido Nazi. Según Lossow afirmó después, fue en ese momento cuando les susurró a sus colegas: «Hagamos un poco de teatro».[22]

Mientras se preparaban para volver al comedor, repleto para entonces de casi tantos seguidores nazis como Tropas de Asalto, dio la impresión de que Kahr —asediado por las dudas— flaqueaba. Hitler se dirigió a su receloso aliado y le aseguró que en el comedor le dedicarían el aplauso más grande que había recibido en toda su vida. Kahr se sobrepuso. En cualquier caso, le dijo Hitler, «¡ahora ya no hay vuelta atrás!».[23]

6

LA METRÓPOLIS EFERVESCENTE

> Antes, esta ciudad tan agradable y bella[1] atraía a las mentes mejor preparadas del Reich. ¿Cómo era posible que todas ellas hubieran desaparecido y en su lugar ya sólo llegara a Múnich, como mágicamente convocado por la propia ciudad, todo lo que era corrupto o inmoral o no podía suceder en otra parte?
>
> LION FEUCHTWANGER, *Erfolg*

Diez años antes, habría sido inconcebible que alguien como Adolf Hitler se codease con alguien tan célebre como el general Ludendorff, no digamos ya que se aliara con él. Hitler llegó a Múnich el 25 de mayo de 1913. Por aquel entonces no era más que un pintor austriaco de veinticuatro años sin un céntimo y con todas sus pertenencias en una maleta de color negro.[2]

Respondió a un anuncio manuscrito que había colgado de una ventana en el que se ofrecían «habitaciones amuebladas para caballeros respetables»[3] y poco después estaba ya enfilando las escaleras en penumbra que lo conducirían hasta un desván situado en la tercera planta del número 34 de la Schleissheimerstrasse, justo encima de una sastrería. Lo acompañaba un tipo al que había conocido tres meses antes, durante su estancia en una pensión masculina vienesa: un dependiente en paro de veintiún años llamado Rudolf Häusler.[4]

El cuarto, que apenas llegaba a los dos metros y medio de ancho por cinco de largo, se encontraba en el extremo occidental de Schwabing, el barrio bohemio de Múnich. Los artistas parecían estar

por todas partes, tirando de sus caballetes, de sus cajas de pintura, de sus lienzos enrollados y de sus carpetas. Ya en el siglo XIX, este barrio se jactaba de tener más pintores y escultores[5] que Berlín y Viena juntos.

Hitler soñaba con formar parte de esa comunidad. Se dedicaba a pintar postales y acuarelas de los monumentos más representativos de Múnich —la iglesia medieval de la Frauenkirche, con sus agujas de casi cien metros de altura; la impresionante cervecería Hofbräuhaus, en la Platzl, y la Feldherrnhalle, o «Logia de los Mariscales», una construcción de inspiración italiana que se encontraba en la Odeonsplatz—, y luego las vendía en los cafés, en las cervecerías o incluso por la calle. Según se cree, la palabra *kitsch*[6] fue acuñada en Múnich en dicha época para referirse a los recuerdos turísticos de ínfima calidad que se vendían allí por unas cuantas monedas.

A diferencia de casi todos los artistas que vivían en el barrio, Hitler no trabajaba al aire libre. Prefería quedarse en su habitación pintando con el caballete al lado de la ventana, desde la que podía ver el patio de un colegio. Para realizar sus obras, se inspiraba en las postales y fotografías que le conseguía[7] Josef Popp Jr., también conocido como *Peppi*, el hijo de doce años de su casera. Hitler describió los quince primeros meses que pasó en Múnich como «los más felices y, con diferencia, los más satisfactorios» de toda su vida.

Múnich lo cautivó desde el primer momento. Como dijo tiempo después, era «una ciudad verdaderamente alemana», muy diferente de Viena, el lugar donde había vivido los últimos cinco años y al que solía referirse de forma despectiva como «esa Babilonia racial».[8] Sin embargo, según Anna Popp —su casera— no salía mucho a descubrir la ciudad. Ella lo recordaba más como una especie de ermitaño, encerrado siempre en su habitación. Las pocas veces que ponía un pie en la calle, solía volver con unas cuantas salchichas o empanadas. Al margen de esas escapadas, Hitler acostumbraba pasar la mayor parte del tiempo pintando y leyendo.

Nadie en aquella casa lo vio jamás recibir visitas o cartas personales, salvo las que esporádicamente le enviaba desde Viena su hermana pequeña, Paula. Tampoco parecía tener amigos íntimos. En el barrio de Schwabing sólo un par de personas se acordaban de él, entre ellas un panadero al que le llamaba la atención lo goloso y educado que era, así como el chaqué que llevaba, siempre impoluto y que le planchaba la casera.

A pesar de lo que él mismo afirmó después, no hay prueba alguna de que Hitler dedicase este periodo a leer con avidez las obras de Platón, Karl Marx[9] y Arthur Schopenhauer. Peppi, sin embargo, sí recordaba haber ido a la cercana Bayerische Staatsbibliothek, la biblioteca del Estado de Baviera, a buscarle algunos títulos, como *De la guerra*, de Clausewitz[10] o el almanaque ilustrado de la marina alemana. En una ocasión, la casera le preguntó cómo podían ayudarle esos libros a pintar.

«Querida Frau Popp,[11] ¿acaso sabe alguien qué cosas pueden o no serle a uno de utilidad en esta vida?», fue, según ella, la respuesta de Hitler.

Cuando Hitler llegó a Múnich, la ciudad estaba viviendo una auténtica «época dorada»[12] en el campo artístico y cultural. Había sido allí donde Richard Wagner, el compositor favorito de Hitler, había compuesto sus óperas *Tristán e Isolda*, *Los maestros cantores de Núremberg* y *El oro del Rin*. Y también fue en Múnich donde Gustav Mahler —que tuvo que salir de Viena para huir del antisemitismo— estrenó su Octava Sinfonía con un coro de ochocientos cincuenta y ocho cantantes y una orquesta de ciento setenta y un músicos.

Muchos artistas se trasladaron a Múnich para empaparse de su atmósfera y aprovecharse de los alquileres baratos. El dramaturgo noruego Henrik Ibsen vivió una temporada en el número 30 de la Schellingstrasse, a poca distancia del lugar donde se encontraría la futura sede del periódico nazi. En Múnich, Ibsen se dedicó

exclusivamente a escribir obras en prosa de temas contemporáneos y ambientación noruega, y concibió muchas de las obras de teatro que abrirían después el camino al realismo social, entre ellas *Casa de muñecas*,[13] *Espectros*, *El pato salvaje* y *Hedda Gabler*. Por su parte, el escritor estadounidense Mark Twain vivió un breve periodo de tiempo en el número 45 de la Nymphenburgerstrasse, lugar en el que escribió *Un vagabundo en el extranjero* y terminó su obra maestra *Las aventuras de Huckleberry Finn*.

Por supuesto, desde la partida de Ibsen en 1891, los artistas muniqueses impulsaron muchos otros movimientos de estética modernista y aliento vanguardista. En música, por ejemplo, Richard Strauss se embarcó en la composición de una serie de piezas atonales y disonantes en las que se prescindía por completo de la melodía y la armonía. En pintura, Paul Klee y Vasili Kandinski centraron sus experimentos en el campo de la abstracción, y el segundo de ellos revolucionó el arte moderno con su búsqueda de una «pintura pura», capaz de trascender los límites de ese modo de representación realista que tanto apasionaba a Hitler.

Múnich estaba a la cabeza del modernismo y de la experimentación vanguardista. Los miembros del colectivo Jinete Azul[14] —bautizado así en honor al famoso cuadro de Kandinski— fueron los primeros en hacer uso de las sorprendentes composiciones cromáticas que luego servirían de inspiración al expresionismo alemán y, mientras, otro grupo rupturista de arquitectos y diseñadores transformaban la ciudad en uno de los centros más vibrantes del Art Nouveau. La secesión muniquesa surgió, de hecho, mucho tiempo antes que sus equivalentes más célebres de Viena y Berlín.

La ciudad adoptiva de Hitler fue la primera en acoger una exposición en solitario de Pablo Picasso y en estrenar una obra del bávaro Bertolt Brecht. Por aquel entonces, Múnich se jactaba de tener más cabarés que Berlín o que cualquier otra ciudad europea al este de París. En la pequeña sala trasera de una taberna situada en la Türkenstrasse, en Schwabing, se ubicaba un cabaré muy

influyente e innovador, aunque ciertamente efímero, conocido como Los Once Verdugos. Los actores —vestidos con túnicas de color rojo y capuchas— se dedicaban a cuestionar los valores de la sociedad tradicional: colocaban sus preceptos morales y sus convenciones en el cadalso y les aplicaban unas críticas tan afiladas como el hacha de un verdugo.

A lo largo de más de medio siglo, Múnich había sido un baluarte de tolerancia y cosmopolitismo que sirvió de refugio a inmigrantes, marginados sociales y librepensadores. El dramaturgo y poeta anarquista Erich Mühsam describió con las siguientes palabras la nómina de personajes que pululaban por los cafés y cabarés del barrio bohemio de Múnich:

> Pintores, escultores, escritores,[15] modelos, gandules, filósofos, fundadores de movimientos religiosos, revolucionarios, reformadores, educadores sexuales, psicoanalistas, músicos, arquitectos, artesanas, hijas descarriadas de buenas familias, allí estaban los que no paraban de trabajar y los que no hacían nada, los que querían aprovechar la vida al máximo y los que se habían cansado del mundo...

En la misma calle que Hitler, a tan sólo dos manzanas, vivía un carpintero que le había alquilado una habitación a un emigrado ruso. Éste se hacía llamar Herr Meyer, aunque su verdadero nombre era Vladímir Ilich Uliánov, y se había trasladado a Múnich en 1901, donde adoptó el sobrenombre de «Lenin». En un año y medio, entre los constantes debates intelectuales y las partidas de ajedrez que disputaba en el Schwabinger Café, Lenin había conseguido publicar un panfleto revolucionario titulado «¿Qué hacer?» y una gacetilla conocida como «La chispa». Las obras que escribió durante su estancia en Múnich fueron introducidas de forma clandestina en la Rusia zarista y gracias a ellas consiguió muchos adeptos nuevos, entre ellos Iósif Stalin. También sirvieron de acicate para que León Trotski se trasladara a la ciudad, donde estuvo viviendo alrededor de seis meses en el año 1904.

Múnich fue una urbe progresista y también algo decadente que se esforzó al máximo por distinguirse de la Berlín del káiser, llena de intolerancia y represión. Poco antes de la llegada de Hitler, Thomas Mann, otro de los artistas que residían allí, había publicado *La muerte en Venecia*, una novela breve sobre la decadencia de la clase media en la que se reflejaba a la perfección el espíritu de la época finisecular. En su monumental tratado *La decadencia de Occidente*, Oswald Spengler[16] —un antiguo profesor de instituto de Hamburgo que se había trasladado hacía poco a Múnich— tomó esa sensación casi palpable de desmoronamiento y la proyectó sobre la civilización occidental. Spengler se propuso convertir el conocimiento histórico en una filosofía e incluso en una suerte de profecía, y predijo la inminente destrucción de Occidente y el surgimiento de un nuevo César al que la turba seguiría a ciegas.

Sin embargo, la metrópolis efervescente también tuvo que enfrentarse a su propia decadencia. En los años veinte, Múnich atraía a menos pintores, escritores y artistas que en ningún otro momento del siglo anterior. Ahora engendraba a un tipo de persona muy diferente, cuyos propósitos eran mucho más agresivos. La ciudad estaba a punto de convertirse en el escenario de un enfrentamiento encarnizado entre la vanguardia modernista y la reacción xenófoba y violenta. Esta batalla por el control de Múnich acabaría dejando una huella perdurable en Alemania y en el resto del mundo.

Ya antes de la Primera Guerra Mundial, muchos creadores habían comenzado a apartarse de una escena artística que parecía haberse dormido en sus laureles y que, según decían muchos de ellos, coartaba su energía creativa para adaptarla a un modelo preconcebido de inconformismo. Franz Marc y August Macke, dos pintores pertenecientes al colectivo Jinete Azul, se ofrecieron como voluntarios para combatir en la guerra y ambos murieron en el frente occidental. Kandinski se fue de Múnich para siempre en el año

1914. El pianista de fuertes convicciones pacifistas Hugo Ball se trasladó con su mujer, Emmy Hennings, a Zúrich[17] y allí, en el año 1916, fundó el Cabaret Voltaire y el movimiento artístico de protesta que pasó a la historia con el nombre de dadaísmo.

Los escritores y actores que se quedaron en Múnich sufrieron bastantes apuros, ya que muchas editoriales y muchos teatros se vieron obligados a cerrar las puertas o a reducir su actividad. En los meses invernales, la escasez de carbón dificultaba que pudieran llevar a cabo sus actividades y los estragos de la guerra eran tales que los habitantes de Múnich se mostraban bastante reacios a derrochar sus escasos recursos en obras o novelas. Y lo que era todavía peor, el carácter cosmopolita por el que la ciudad se había hecho famosa empezaba también a languidecer bajo el peso de una xenofobia galopante. Shakespeare, Molière, Racine, George Bernard Shaw y otros muchos artistas procedentes de países enemigos no eran ya bien recibidos en sus escenarios.

El 7 de noviembre de 1918, cuando la maquinaria bélica alemana se vino abajo, Múnich fue la primera ciudad alemana que expulsó a sus gobernantes, y puso fin al reinado de la dinastía Wittelsbach después de más de setecientos cincuenta años en el trono. Luis III tuvo que huir de palacio por la noche. Una de las princesas escondió las joyas de la corona envolviéndolas en un pañuelo, y el propio rey tuvo que acarrear una caja de puros.[18] La familia real se vio obligada a alquilar un coche para salir del país porque su chófer se había unido a la revolución. Luis encontró finalmente refugio en Hungría, de donde jamás regresó.

Kurt Eisner, un periodista de cincuenta y seis años que trabajaba para el diario socialista *Münchener Post* y un revolucionario ciertamente inverosímil, fue aupado al poder. Durante un mitin en el Theresienwiese, un enorme parque donde solían celebrarse los actos del Oktoberfest, no muy lejos del lugar en el que se encontraba la estatua de Baviera —la escultura en bronce más grande del mundo hasta la construcción de la Estatua de la Libertad—, Eisner animó a la multitud a asaltar los cuarteles militares, tomar las armas y ocupar

algunos centros estratégicos de la ciudad, como las estaciones de tren, los periódicos y la cervecería Mathäser. Nadie opuso resistencia.

«¿No es maravilloso[19] que hayamos sido capaces de hacer una revolución sin derramar una sola gota de sangre?», dijo Eisner.

Pálido, desastrado, con una barba larga y canosa, unos quevedos y un chaqué sucio, Eisner encarnaba a la perfección, como señaló un periodista, la «idea que cualquier persona inculta podía tener de un bohemio».[20] Y, por si eso fuera poco, ese hombre lleno de idealismo ni siquiera era de Múnich o Baviera, era un judío berlinés.

La toma de posesión de Eisner ese mes de noviembre marcó el camino hacia el «reino de luz, belleza y razón»[21] que él pretendía instaurar. La Filarmónica de Múnich, dirigida por Bruno Walter, interpretó la *Obertura «Leonora»*, de Beethoven; una compañía de teatro representó una escena de *El despertar de Epiménides*, de Goethe, y un coro cantó un fragmento de *El Mesías*, de Haendel. La ceremonia concluyó con Eisner recitando el *Himno a los pueblos* —un poema que él mismo había compuesto— acompañado por el público. No cabía duda de que aquel antiguo crítico teatral se las había arreglado para llevar a escena su propia producción surrealista. Sin embargo, como predijo el diario socialista de Berlín *Vorwärts*, «el telón acabará cayendo y todo terminará».

No obstante, a pesar de la ceremonia esplendorosa, los problemas sociales y económicos más acuciantes del país siguieron sin resolverse. La popularidad de Eisner se desplomó. En las elecciones parlamentarias que se celebraron a principios de 1919, su partido obtuvo menos del tres por ciento de los votos. La mañana del 21 de febrero, Eisner decidió ir a pie desde su despacho en el palacio de Montgelas hasta el Parlamento, adonde probablemente se dirigía para presentar su dimisión. En la puerta de uno de los edificios por los que pasó lo esperaba, armado con una pistola, el conde Anton Graf von Arco auf Valley, un oficial de caballería de veintidós años que simpatizaba con la extrema derecha. Al ver a

Eisner, emergió de entre las sombras y le disparó dos veces. Una de las balas lo alcanzó en la cabeza, la otra, en la espalda. Murió de manera fulminante.

Muchas de las personas que habían criticado a Eisner pasaron, de la noche a la mañana, a llorarlo como si fuera un mártir, y sus partidarios supieron maniobrar con habilidad para aprovecharse de ese repentino cambio de popularidad. El poeta anarquista de veinticinco años Ernst Toller —con la ayuda de su amigo el dramaturgo Erich Mühsam y otros habituales de los cafés de Schwabing— se hizo con el poder. El idealismo se desbocó. A pesar de que muchos ciudadanos carecían de trabajo, casa o incluso comida, los líderes políticos hicieron un nuevo llamamiento para que se trabajara en la creación de nuevas formas artísticas. La reforma educativa se dejó en manos de un especialista en Shakespeare llamado Gustav Landauer, cuya propuesta consistió en eliminar las tasas universitarias, los exámenes y los títulos, así como los estudios de historia, a los que se consideraba una amenaza para la civilización. La enseñanza primaria, por su parte, habría de centrarse en la obra de Walt Whitman. «El mundo tiene que convertirse en un prado lleno de flores del que cada uno pueda coger lo que necesite»,[22] declaró el responsable de la reforma.

Esa Arcadia bávara, sin embargo, nunca tendría lugar. Después de tan sólo una semana, esos «anarquistas de café»,[23] como se los conocía popularmente, fueron apartados del poder por una camarilla de revolucionarios mucho más radical: bolcheviques que se burlaban del programa de reformas burguesas[24] y exigían, en cambio, una revolución auténtica. Este nuevo Ejército Rojo se dedicó a asaltar los bancos, los negocios, las imprentas y los hogares de Múnich con el fin de requisar dinero, comida, ropa, joyas o cualquier otra propiedad. Desarmaron a la policía y a la población civil para entregar las armas incautadas a los trabajadores que jurasen lealtad al nuevo régimen.

El acto más controvertido de la revolución tuvo lugar el 30 de abril de 1919, cuando el Ejército Rojo muniqués secuestró a un grupo de aristócratas bávaros y los asesinó en el gimnasio Luitpold,[25] el instituto en el que había estudiado Albert Einstein. Este episodio de violencia, que pronto se vio envuelto en una ola de rumores sensacionalistas, de acuerdo con los cuales los soldados habrían descuartizado a las víctimas y les habrían cortado los genitales, desempeñaron un papel esencial en la propaganda que puso en marcha la extrema derecha.

A principios de mayo, cuatro semanas después de que se estableciera el gobierno bolchevique, un ejército de mercenarios de derechas reclutados por la república alemana tomó Múnich para restaurar el orden. Este cuerpo de voluntarios semioficial, conocido como Freikorps, terminaría comportándose de una manera mucho más brutal que los propios revolucionarios, segando la vida, entre enemigos reales e imaginarios, de unos seiscientos «bolcheviques».[26] Aun así, a pesar de esa carnicería, los Freikorps fueron saludados como auténticos libertadores.[27]

El llamado «régimen bolchevique de Múnich» quedaría asociado en la mente de muchas personas a sus líderes, de quienes se rumoreaba que eran judíos, y al «terror rojo» que se había desatado. Los políticos de derechas explotarían durante mucho tiempo los recuerdos de este periodo de agitación como excusa para propagar el antisemitismo más violento e imponer un gobierno autoritario. Uno de esos políticos fue Gustav von Kahr.

Después de hacerse con el poder por medio de un golpe de Estado en marzo de 1920, Kahr empezó a transformar Múnich en una «célula de ley y orden».[28] Animó a muchos extremistas de derechas a establecerse en la región, gran parte de los cuales se afiliaron, a su vez, a las sociedades paramilitares que se crearon al término de la guerra y de la revolución. Kahr consiguió también aglutinar a buena parte de esas bandas en una coalición muy amplia a la que se dio el nombre de Einwohnerwehren,[29] o «milicia popular», que no tardaría mucho en sobrepasar los tres mil

efectivos. Kahr recurrió a esta guardia de voluntarios para infinidad de tareas, desde gestionar la seguridad pública hasta controlar las fronteras. Eran tan necesarios, dijo en una ocasión, como «un cuerpo de bomberos».

Kahr había ganado mucho peso en los círculos extremistas por su apoyo a la Einwohnerwehren. Sin embargo, Francia empezó a protestar por la existencia de este «ejército en la sombra» y el gobierno de Berlín, presionado por los Aliados, se vio obligado a desmantelarlo. Kahr se había comprometido a apoyar[30] a esta milicia ciudadana o a caer con ella. Sin embargo, mientras ésta se disolvía, siguió aferrado a su cargo. La situación se prolongó hasta el mes de septiembre de 1921, momento en el que —abrumado por la pérdida de popularidad entre sus propias bases— se vio obligado a dimitir.

Para entonces, gran parte de los antiguos miembros de la Einwohnerwehren se habían unido ya a las sociedades paramilitares mucho más extremistas y xenófobas que surgieron de sus cenizas, como por ejemplo las Tropas de Asalto del Partido Nazi.

Al ver que, en el otoño de 1923, Alemania se hundía cada vez más en la crisis, el gobierno bávaro declaró el estado de emergencia y designó a Kahr para el recién creado puesto de comisionado general del Estado,[31] cuyas enormes atribuciones ejecutivas rayaban lo dictatorial. Como señaló un comentarista de la época, la idea era utilizar a Kahr como paraguas[32] durante la crisis para deshacerse después de él de manera discreta.

Sin embargo, no había un consenso claro sobre cómo iba a lograr Kahr sortear la catástrofe en Baviera. Algunos de sus partidarios querían que recurriese a sus poderes dictatoriales para restaurar la monarquía y declarar la independencia. Otros trataron de presionarlo para que creara una nueva «monarquía del Danubio»[33] con Austria y los estados vecinos de Baden y Württemberg. Y un último grupo pretendía que un contingente de combatientes bávaros marchara sobre la capital para expulsar a los izquierdistas que la gobernaban, imponer un régimen dictatorial y restaurar la grandeza de la nación.

En medio de esta cacofonía de voces, había también algunos extremistas desencantados que estaban convencidos de que Kahr no haría nada a menos que se lo forzara a ello.

7

EL REGALO DE HARVARD

> Hay una diferencia enorme[1] entre Harvard y Hitler, pero para mí la conexión resulta evidente.
>
> ERNST HANFSTAENGL

Al ver que las Tropas de Asalto se llevaban al primer ministro y a los otros mandatarios y los confinaban en el piso de arriba, a Ernst Hanfstaengl le dio miedo que esos vándalos pudieran lastimar a los rehenes o hacer algo que terminara dañando la imagen del partido ante la prensa extranjera.

Antes de subir a la pequeña sala, Hanfstaengl pasó por el bar y se dejó los últimos miles de millones de marcos que llevaba en una ronda de cervezas. Todos aceptaron la bebida menos Franz Schweyer, el ministro del Interior, que se negó a beber con sus secuestradores. «Por lo menos no les han hecho daño», pensó Hanfstaengl.

Ernst F. Sedgwick Hanfstaengl era uno de los individuos más peculiares de cuantos rodeaban a Hitler. Este hombre de treinta y seis años, espesa mata de pelo negro y aires cosmopolitas, era una mole de casi un metro noventa y cinco de altura a quien desde su juventud se conocía como *Putzi* o *Canijo*.[2] Por parte de padre, descendía de tres generaciones de consejeros personales del duque de Sajonia-Coburgo-Gotha y, por el lado materno, de dos generales que habían combatido en la guerra civil estadounidense: John

Sedgwick, cuya estatua se alza todavía hoy en la Academia de West Point, y William Heine, una de las personas que portaron el féretro de Abraham Lincoln en su funeral.

Putzi había vivido en Estados Unidos durante dieciséis años y se había hecho cargo hacía poco de la delegación que la editorial familiar especializada en libros de arte[3] tenía en Nueva York. Su labor al frente de ese negocio, que a instancias suyas se había trasladado a un local en la esquina de la Quinta Avenida con la calle Cuarenta y Cinco, le permitió conocer a un gran número de celebridades, entre ellas Henry Ford, Charlie Chaplin y J. Pierpont Morgan. Ya antes de eso, durante su paso por la Universidad de Harvard, había tenido ocasión de trabar amistad con T. S. Eliot y Theodore Roosevelt Jr., el hijo mayor del presidente del país. A Putzi, que también era un pianista excelente, le encantaba contar que la noche que estuvo en la Casa Blanca de despedida de soltero rompió «siete cuerdas de las notas más graves de un impresionante Steinway Grand».

En el verano del año 1921, Putzi, Helen Niemeyer, su mujer, de nacionalidad estadounidense, y Egon, su hijo, pusieron rumbo a Europa a bordo del *SS Amerika*. Pronto descubrieron que Alemania era una «casa de locos»[4] plagada de intrigas políticas y económicas. A finales del año siguiente, mientras cursaba sus estudios de Historia en la Universidad de Múnich, Putzi conoció a Hitler en uno de los múltiples actos que éste celebraba por las cervecerías de la cuidad. Se quedó completamente perplejo, maravillado del control absoluto que aquel orador ejercía sobre su audiencia. Esa noche, los nervios le impidieron conciliar el sueño.

Sin pensárselo dos veces, Putzi ofreció un préstamo[5] al Partido Nazi y acordó el pago de una asignación mensual gracias a la cual pudieron comprarse dos rotativas para el *Völkischer Beobachter*. En un momento en que muchas publicaciones alemanas estaban reduciendo su periodicidad o se veían amenazadas por el cierre, el periódico de Hitler empezó a expandirse[6] por primera vez en su historia. Adoptó un formato más grande y, gracias a Putzi —que

contrató al ilustrador[7] del diario satírico de izquierdas *Simplicissimus* para mejorar el diseño—, pudo contar con una cabecera nueva. Putzi se atribuyó también el mérito por lo bien que captaba el nuevo lema del periódico su deseo de dirigirse a quienes más estaban sufriendo las consecuencias de la crisis económica: «Trabajo y pan».

A lo largo de los dos últimos años, Hitler había sido una de las personas que visitaba con mayor frecuencia el apartamento de tres habitaciones que los Hanfstaengl tenían en la Gentzstrasse, en el barrio bohemio de Schwabing, al norte de la universidad. Acudió tantas veces a verlos, que el propio Putzi empezó a referirse a su casa con el nombre de «Café Gentz». El líder nazi era, como se sabe, muy goloso[8] y cuando estaba allí siempre se daba algún capricho, como mojar una onza de chocolate[9] en el café o atiborrarse a pasteles rellenos de nata montada. Putzi lo ayudó a introducirse en los círculos más exclusivos de la sociedad muniquesa y pasó a formar parte de lo que un miembro del Partido Nazi denominó «la flor y nata»[10] del revoltijo humano tan peculiar que rodeaba a Hitler.

Aunque Putzi nunca reconoció haber enseñado modales a Hitler, desde luego tuvo cierta responsabilidad en su cambio de estilo. Fue él quien le propuso que se deshiciera de su «sombrero de matón»[11] negro y de las viejas botas militares con las que iba dando zapatazos por la salita de estar de los Hanfstaengl. Pero lo que no consiguió —a pesar de su insistencia— fue convencerlo para que se quitara el bigotillo con forma de cepillo de dientes o, como el propio Putzi lo llamaba, «aquel ridículo churrete».[12]

Putzi se vio nuevamente en la tesitura de tener que pulir los aspectos más bastos de la imagen de Hitler, aunque en esa ocasión lo hizo de cara a la prensa internacional. El corresponsal estadounidense Hubert Renfro Knickerbocker, un joven de veinticinco años nacido en Texas, hablaba en nombre de muchos de sus compañeros cuando destacó lo siguiente de la impresión que le había causado Hitler: la mirada desdeñosa, el bigote diminuto, el

mechón de pelo cayéndole sobre la frente y esa manera tan estudiada de sacar la mandíbula para mostrar determinación. «No pude evitar echarme a reír»,[13] dijo.

Muchos de los corresponsales extranjeros que se encontraban en la cervecería esa noche, incluido Knickerbocker, estaban allí gracias a Putzi, que se había pasado las últimas horas de la mañana persiguiendo a periodistas por los hoteles y restaurantes más elegantes de Múnich. Esa misma noche cenó en el Hungaria con el reportero del *Chicago Daily Tribune* Larry Rue, un periodista estrella que solía servirse de su experiencia como piloto para viajar en avioneta privada hasta los puntos informativos más candentes del continente. Después de disfrutar de un menú a base de caviar, faisán y frambuesas con nata,[14] regado con brandi y café, Putzi le aseguró que esa noche encontraría en la Bürgerbräu una «guinda informativa»[15] muy de su gusto.

Philipp Kiefer, el inspector jefe de cincuenta y cuatro años que se encontraba al frente de la sección criminal de la policía de Múnich, observaba el desarrollo de los acontecimientos[16] en la Bürgerbräu con creciente preocupación. Se encontraba en el ropero cuando, alrededor de las ocho y media, oyó algunos gritos y poco después un disparo. Al regresar al vestíbulo, vio una larga fila de hombres uniformados que entraban a toda velocidad en el local con carabinas o armas automáticas.

Como no tardó mucho en descubrir, la mayoría de los treinta agentes que formaban su equipo habían sido capturados por los nazis. Otro pequeño grupo había decido ponerse el brazalete con la esvástica para mostrar su apoyo a Hitler. De hecho, pudo ver a uno de ellos, un tal Josef Gerum, ayudando a los soldados de asalto a montar la metralleta en el vestíbulo.

Kiefer trató de salir para pedir refuerzos, pero uno de los hombres de Hitler le informó de que estaba prohibido entrar o salir del edificio. Luego huyó hasta la cocina para localizar el teléfono,

pero, por desgracia, alguien lo estaba usando en ese momento. Consciente de que no podía perder más tiempo, a Kiefer se le ocurrió que tal vez podría aprovechar el caos reinante para llegar hasta el patio y, una vez allí, escabullirse entre los soldados que estaban descargando armas de los camiones. Esta vez su plan funcionó: encontró una salida sin vigilar y al poco rato estaba en la calle.

Kiefer llamó al cuartel general desde la comisaría del Distrito Quince, que se encontraba a unas pocas manzanas en dirección sur. El teléfono comunicaba. Pero cuando por fin consiguió que se lo cogieran, después de insistir con el número de la sala de guardia, Kiefer informó de que un grupo de hombres armados había tomado la Bürgerbräu y tenía acordonados los alrededores, con todas sus patrullas y agentes en el interior. Como inspector jefe, «no podía hacer absolutamente nada».[17]

El oficial de guardia, el capitán Fritz Stumpf, le dijo que lo volverían a llamar.

Kiefer se quedó esperando.

Diez minutos después, minutos que se le hicieron eternos, el teléfono empezó a sonar.

Era el Dr. Wilhelm Frick, el jefe del Departamento VI de la policía de Múnich, la división encargada de la inteligencia política y la seguridad. Frick escuchó con atención el informe de Kiefer acerca de lo que estaba sucediendo en la cervecería y a continuación le dio al inspector unas instrucciones que no dejaban lugar a dudas: «En efecto, no hay nada que usted pueda hacer».[18] Le recordó también[19] que en la cervecería se encontraban algunas autoridades del más alto rango, entre ellas el mismísimo director de la policía y varios miembros del gobierno. Ellos sabrían cómo actuar.

Kiefer estaba perplejo. ¿Acaso no comprendía aquel oficial que esos hombres habían sido capturados?

Esa misma tarde, un poco antes, Frick se había quedado remoloneando en la comisaría al acabar su turno y había estado preguntando a los oficiales si tenían pensado asistir al mitin. Ahora

parecía que estaba obstaculizando las operaciones, tratando de impedir que se tomara ninguna decisión para ayudar a los hombres que se encontraban en la Bürgerbräu claramente superados en número y armamento. Según él, la prioridad era «evitar un baño de sangre»,[20] y no paraba de repetir la misma cantinela: «Esperemos instrucciones».[21]

Frick, un hombre de cuarenta y seis años con el pelo cano muy corto, se había ido abriendo camino[22] en las filas de la policía hasta llegar a la jefatura de su división política. Había empezado su carrera en el cuartel general del distrito el 1 de agosto de 1915 y, desde entonces, había ido ascendiendo gracias, sobre todo, a su trabajo en la lucha contra la especulación y contra las mafias del mercado negro durante la guerra. Había obtenido un doctorado en Derecho y durante un tiempo se había dedicado a la abogacía. Estaba casado y tenía tres hijos, todos ellos menores de doce años. Sus compañeros de cuartel conocían bien todos esos datos. Lo que pocos de ellos sabían era que el Dr. Wilhelm Frick acababa de afiliarse al Partido Nazi.

8

EL NUEVO RÉGIMEN

> Tenemos que darle un buen susto a la chusma.[1] Para ello no conviene que recurramos a un policía porque nadie les tiene ya ningún respeto. Lo mejor sería buscar a algún trabajador con labia... Tampoco hace falta que sea muy avispado; la política es el negocio más tonto del mundo.
>
> DIETRICH ECKART

Desde el fondo del comedor se oyó un *«Heil!»*. Instantes después, los mandatarios bávaros, acompañados por sus captores, regresaron del salón privado en el que habían estado retenidos y subieron al estrado.

El primero en tomar la palabra fue Kahr. Hizo una serie de juramentos, proclamas y anunció ciertos compromisos de fidelidad que a buena parte de la audiencia le trajeron a la memoria los gritos de libertad de *Guillermo Tell*, de Friedrich Schiller.[2] «No sin un gran pesar», dijo, se había visto en la obligación de responder a la llamada de la patria en «esa hora aciaga para asumir la responsabilidad de dirigir los destinos de Baviera en calidad de virrey de la monarquía».[3] De acuerdo con un informador de la policía que se encontraba entre el público, el aplauso que le dedicaron fue ensordecedor. Al profesor Müller le dio la impresión de que aquélla era la ovación más clamorosa y entusiasta que se había producido en toda la noche.

Después de estrechar la mano de Kahr —con tanta fuerza que parecía querer arrancársela o zarandearla—, Hitler anunció triunfalmente la formación del nuevo gobierno entre una nueva salva

de aplausos. Luego dijo que por fin podría cumplir la promesa que se hizo cuando estaba en el hospital militar de Pasewalk recuperándose de un ataque con gas mostaza: «No descansaría en paz hasta que los criminales de noviembre fueran depuestos». Estaba decidido a «levantar una Alemania grande y poderosa, una tierra de libertad y prosperidad, sobre las ruinas de la Alemania actual».[4]

Gritos de *«Heil, Hitler!»*[5] resonaron por toda la sala.

A medida que se lo indicaban, cada uno de los miembros del nuevo gobierno manifestaba su firme intención de ponerse a trabajar con el fin de expulsar de Berlín a todos esos criminales —como el propio Hitler los había calificado—, cuyas traiciones habían resultado en la deshonra de la patria y la masacre del pueblo alemán. Con ese aire suyo tan característico de «yo me enteré primero»,[6] Ludendorff dirigió también unas breves palabras al público. Insistió en que la revolución lo había cogido por sorpresa, pero reconoció que ese nuevo tiempo constituía un auténtico «punto de inflexión en nuestra historia».[7] Sentado en una de las sillas del comedor, el enorme Putzi iba traduciendo las intervenciones a los corresponsales extranjeros.

El profesor Müller pudo ver[8] a Hitler en el estrado casi mareado de placer. Ludendorff también parecía conmovido: su rostro delataba, por un lado, la convicción de que aquél era un momento histórico y, al mismo tiempo, la determinación de que iba a hacer frente a todos los retos que trajera el futuro. El público, enfervorizado, empezó a cantar el *Deutschland über Alles*, la canción que desde el año anterior se había adoptado como himno nacional de Alemania. Ernst Pöhner, una de las personas que se encontraban en el estrado junto a los miembros del nuevo gobierno, dijo que aquél fue el aplauso más atronador[9] que había presenciado desde la declaración[10] de guerra en agosto de 1914.

No todo el mundo, sin embargo, se dejó arrastrar por el clima de histeria. Un informador de la policía pudo escuchar que alguien entre el público decía en broma que allí sólo faltaba[11] un psiquiatra.

Una vez proclamado el nuevo gobierno, Hitler decidió dejar a los presentes en libertad.[12] Quienes quisieran salir de la cervecería serían sometidos a un interrogatorio. Los buenos patriotas podrían marcharse. Los demás —los corresponsales extranjeros, los comunistas y, en general, cualquier persona sospechosa de ser un enemigo del nuevo régimen— quedarían detenidos. Le pidió a Göring que se encargase de supervisar el proceso.

Mientras tanto, Hitler fue a comprobar cómo se encontraban Hess, el primer ministro bávaro y todos los miembros de su gabinete que seguían apresados. Algo le decía que nunca darían su apoyo a la revolución.

Les pidió disculpas[13] por todos los inconvenientes que hubiera podido causarles y se comprometió a no hacerles daño, mientras trataba en todo momento de evitar la mirada de Franz Xaver Schweyer, el responsable de la cartera de Interior. Aquel hombre llevaba algún tiempo oponiéndose a los nazis y los había denunciado públicamente «por su falta de escrúpulos y por su naturaleza terrorista y cerril».[14] Era también una de las personas ante las que Hitler se había comprometido, hacía tan sólo un año,[15] a no tomar parte en ningún golpe de Estado.

Schweyer se acercó a Hitler «como un maestro enfadado»,[16] le dio unos golpecitos en el pecho con un dedo y lo reprendió por haber roto su promesa.

Hitler se volvió y se dirigió a la puerta sin pronunciar palabra.

Después ordenó a Hess[17] que se llevara a aquellos hombres.

9

«ENTREGA REALIZADA CON ÉXITO»

> Si las personas diligentes pudieran[1] comprender el verdadero significado de lo que hacen —y los perezosos pudieran a su vez comprender el verdadero significado de lo que no hacen—, la humanidad dejaría de ser la peor enemiga de sí misma.
>
> ERNST TOLLER

La noche muniquesa estaba llegando a su máximo apogeo. El gentío[2] que había acudido a la representación del *Fidelio* de Beethoven empezaba a salir del teatro de la ópera y, una vez acabada la función, el público que había ido a ver *Madame Pompadour* en el teatro de la Gärtnerplatz desfilaba ya por sus puertas. Los juerguistas se bajaban de los tranvías dispuestos a dejarse miles de millones de marcos en los diferentes restaurantes, bares, cabarés y cines de la ciudad.

Entre ellos se encontraba un estadounidense nacido en Wisconsin llamado Robert Murphy. Este joven musculoso de veintinueve años, cabellera rojiza y casi un metro noventa de altura ocupaba el cargo de vicecónsul de Estados Unidos[3] en Múnich. De hecho, tras el ascenso y posterior traslado de su superior, Murphy ocupaba el cargo más alto de la legación estadounidense en Baviera. Vivía con su mujer, Mildred, en la Prinzregentenstrasse, separados del que algún tiempo después sería el domicilio de Adolf Hitler por una plaza.

Los Murphy habían aterrizado en Múnich hacía dos años. Desde su llegada, el diplomático había estado trabajando para conseguir que se restableciesen por primera vez desde el inicio de la guerra las relaciones consulares entre Estados Unidos y Alemania. Con la ayuda de un personal escasísimo, Murphy consiguió recuperar de un depósito el mobiliario de la antigua legación y reabrió el consulado en un local de la Ledererstrasse. La sede que ocupaba anteriormente se la habían alquilado a una fraternidad estudiantil.

Murphy conoció a Hitler en marzo de ese mismo año. El escenario en el que se desarrolló el encuentro —«una oficina fría y casi sin amueblar de cuyo techo colgaba una bombilla»—[4] mostraba bien a las claras las deficiencias organizativas de la joven formación nazi. La impresión que se llevó de aquella reunión no fue muy buena. No creía que Hitler tuviera la más mínima posibilidad de ganarse el favor de un pueblo tan sofisticado como el bávaro. Como declaró posteriormente ante una Comisión de Inteligencia del Congreso estadounidense, habrían bastado cincuenta mil[5] dólares para desmantelar por completo el entramado nazi.

La carrera diplomática de Murphy había empezado el 23 de abril de 1917, tan sólo diecisiete días después de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. Su primer destino fue Berna, en la neutral Suiza, donde trabajó descifrando mensajes en clave junto al futuro director de la CIA, Allen Dulles. Tras la guerra, regresó a Estados Unidos y terminó sus estudios de Derecho en la Universidad George Washington.

A Murphy jamás se le pasó por la cabeza que pudiera acabar en algo así. Su padre, un operario de instalaciones ferroviarias de origen irlandés, sólo había cursado los estudios primarios y su infancia había transcurrido en un barrio deprimido de Milwaukee.[6] Fue la beca para estudiar en la Universidad Marquette lo que cambió por completo el rumbo de su vida: gracias a ella pudo presentarse a unas oposiciones en las que obtuvo unas calificaciones lo bastante altas para conseguir una plaza en la Oficina Central de Correos en

Washington, D. C. Su deseo de servir al país y sus ganas de conocer mundo no tardarían en encaminar sus pasos hacia el ámbito de las relaciones internacionales.

El trabajo de Murphy en el consulado[7] consistía fundamentalmente en redactar informes económicos, expedir pasaportes y reunir las firmas necesarias para completar el papeleo de las casi cuatrocientas solicitudes de visado que recibían a diario. Sin embargo, el vicecónsul tenía ahora un acontecimiento muy importante del que informar. El telegrama que remitió al secretario de Estado —marcado como «urgente» y «confidencial»— se basaba en el testimonio de un testigo ocular que se encontraba en la cervecería:

> Según Hitler,[8] la tarea fundamental de este gobierno es marchar hacia Berlín, librar una batalla en las próximas doce horas; asegura que el amanecer sólo puede traer o un nuevo gobierno nacional o su propia muerte.

Murphy pensó que Washington debía estar al corriente de lo que sucedía.

Entre ochocientos y mil quinientos hombres se echaron a las calles de la ciudad esa noche para acudir a la «velada de confraternización»[9] que se celebraba en el imponente local de la Löwenbräukeller. Las insignias y los brazaletes que muchos de los presentes exhibían delataban su pertenencia a alguna de las diferentes organizaciones paramilitares que habían decidido coaligarse recientemente.

El nombre que se le dio a esa nueva alianza, creada tan sólo dos meses antes, fue Kampfbund o «Liga de Combate». El núcleo de la organización lo formaban tres grupos de extrema derecha que se habían conjurado para luchar contra los judíos, los marxistas, los pacifistas, los demócratas y los defensores del Tratado de Versalles: las Tropas de Asalto del Partido Nazi, otra sociedad afín a ésta

conocida como Bund Oberland y la recién creada Reichskriegsflagge, o «Bandera Imperial de Guerra», que era además la organización encargada de organizar la velada aquella noche.

El comedor había sido decorado con los colores distintivos del Imperio alemán —el blanco, el rojo y el negro— y del Estado de Baviera —el amarillo y el azul—. En la parte delantera se habían desplegado estandartes con águilas imperiales y esvásticas. Dos bandas de música interpretaban marchas militares y oberturas operísticas.

El *Völkischer Beobachter* —el periódico oficial del Partido Nazi— había anunciado que Hitler, líder político de la Kampfbund, pronunciaría unas palabras. No obstante, la persona que se dirigía hacia el estrado era Hermann Esser, un periodista de veinticuatro años al que habían sacado a rastras de la cama —donde se encontraba aquejado de ictericia—[10] para que lo sustituyera.[11] A Esser, antiguo editor del *Völkischer Beobachter*, se lo consideraba uno de los oradores más avispados del partido. Era un manipulador de masas muy hábil o, como dijo uno de sus compañeros, «un charlatán diabólico, pero de los círculos inferiores del infierno».[12]

En algún momento antes de que dieran las nueve de la noche, mientras Esser despotricaba contra «las grandes empresas judías»,[13] uno de los teléfonos públicos que había en el exterior de la cervecería empezó a sonar. Al otro lado de la línea, alguien pronunció las siguientes palabras: «Entrega realizada con éxito».[14] La llamada[15] se había hecho desde las cocinas de la Bürgerbräu. El mensaje[16] —una referencia en clave al estallido de la revolución alemana— se trasladó de inmediato al comedor y se le entregó a un hombre vestido con uniforme que se encontraba sentado a la mesa presidencial.

Se trataba del capitán Ernst Röhm, un antiguo oficial del Estado Mayor[17] del general Von Lossow que en esos momentos lideraba la Reichskriegsflagge. Röhm era un hombre fornido, de un metro

sesenta y cinco, con el pelo cobrizo, los ojos verdes y unas cicatrices profundas[18] en la barbilla, la mejilla y la nariz: «la viva imagen de la guerra»,[19] como dijo en una ocasión su compañero Kurt Lüdecke.

Röhm formaba parte de la órbita nazi desde el principio. Había sido una de las ciento once personas que habían asistido al primer discurso de envergadura pronunciado por Hitler, el 16 de octubre de 1919. Después de afiliarse al partido tres meses más tarde, Röhm se había convertido en uno de los hombres de confianza de su frío y distante líder. Era una de las pocas personas[20] que utilizaba el «*du*» reservado a los íntimos para dirigirse a él.

Aprovechó su enorme prestigio en los círculos nacionalistas para presentar a Hitler como una opción política creíble ante los soldados del ejército alemán y los veteranos de guerra desmovilizados tras la firma del Tratado de Versalles que ahora militaban en las sociedades de combate. Monárquico convencido, Röhm fue también una figura clave en el universo clandestino de las organizaciones paramilitares. No sólo tenía escondido un importante arsenal y abundante material bélico prohibido por el Tratado de Versalles, sino que además solía prestárselo a las organizaciones paramilitares cuando éstas se lo pedían. En reconocimiento por estos servicios, lo bautizaron como el «Rey de las metralletas».[21]

Exultante por el éxito que se había cosechado en la Bürgerbräu, Röhm subió al escenario de un salto en mitad del discurso que estaba pronunciando Esser y le susurró algo al oído.[22] A continuación, Esser comunicó[23] las últimas noticias sobre la revolución al público, gran parte del cual no había parado de hincharse a cerveza.

Tras un breve silencio, la multitud estalló en una ovación ensordecedora. Empezaron a gritar, a aplaudir y a abrazarse los unos a los otros, y muchos de los militares que se encontraban allí arrancaron las insignias de la república[24] de sus gorras. Algunos se subieron a las sillas y a las mesas. Los músicos de una de las bandas[25] bailaban por el escenario y después empezaron a tocar el

Deutschland über Alles a todo volumen. En medio del estruendo, Röhm se desgañitaba para ordenar a todos los asistentes que se pusieran en movimiento para unirse a Hitler y Ludendorff.

Con las dos bandas de música tocando a plena potencia, una por delante de los alborotadores y otra por detrás, los gamberros que se encontraban en la Löwenbräu se echaron a la calle para marchar en una procesión escandalosa hacia la Bürgerbräu. A su paso, muchas personas salieron de los cafés para tratar de identificar la causa de la algarada. Al frente del grupo,[26] justo detrás de unos músicos que tocaban la tuba, un joven de veintitrés años que trabajaba como ayudante en una planta de fertilizantes químicos portaba la bandera de la sociedad de combate.[27] Llevaba puesta una gorra de esquí de color gris, unas gruesas gafas con montura al aire y lucía un bigote de cepillo. Se llamaba Heinrich Himmler.

De camino a la cervecería, el capitán Röhm envió un destacamento de Tropas de Asalto a la abadía franciscana de Santa Ana,[28] en el centro de Múnich. La unidad estaba comandada por Wilhelm Brückner, un estudiante de Ciencias Políticas de treinta y nueve años, alto y de espaldas anchas que en el pasado había figurado entre los mejores tenistas del país. Brückner condujo[29] a sus hombres hasta la iglesia neorrománica de dos torres, atravesaron un largo pasillo de piedra y llegaron hasta un sótano que estaba iluminado por unas velas. En su interior se encontraba una cripta repleta de rifles.

Unos pocos días antes, a los monjes de la abadía se les había dicho que era necesario esconder allí esas armas por si se producía un levantamiento comunista. Al padre Policarpo —el abad de Santa Ana— no le pareció que esa noche existiera una amenaza de semejante calibre. Empezó a desconfiar de aquellos hombres y decidió llamar a su amigo Gustav von Kahr para pedirle consejo.

Los miembros de la unidad de las Tropas de Asalto, sin embargo, no se quedaron esperando una respuesta; se abrieron paso hasta la cripta y se incautaron del arsenal. Obligaron a los monjes a hacer una cadena con el fin de llevar los tres mil trescientos rifles de infantería desde el sótano hasta los camiones que esperaban en una plaza. Otros monjes les ofrecieron café[30] y ron. Era evidente que aquellas armas contravenían las estipulaciones del Tratado de Versalles y que habían sido escondidas para evitar que las autoridades aliadas las requisasen.

Lo mismo pasaba con las armas que se encontraban almacenadas en el Corpshaus Palatia,[31] sede de una sociedad estudiantil de esgrima. Al despertarse, Andreas Mutz —el encargado de la sociedad— se encontró al joven Heinrich Himmler esperando en el exterior con un grupo de soldados de la Reichskriegsflagge. Cuando les abrió la puerta, lo apartaron de un empujón, se dirigieron como una exhalación al sótano y se apoderaron del alijo de rifles, munición, cascos y demás suministros que unos compañeros suyos habían ocultado en la bolera.[32]

Himmler y su grupo se reunieron después con Röhm para continuar la marcha hacia la Bürgerbräu.[33] De camino, sin embargo, un motociclista los alcanzó y les entregó un mensaje en el que se detallaban las instrucciones para una operación mucho más arriesgada: tomar el Ministerio de la Guerra[34] —el puesto de mando del general Von Lossow— y establecer allí el cuartel general desde el que se planearía el ataque a Berlín.

El comandante que custodiaba el ministerio no estaba en condiciones de oponer resistencia a Röhm y a los más de cien hombres que lideraba[35] ni aunque se lo hubiese propuesto, cosa que, por otro lado, no estaba muy claro que quisiese hacer. Más tarde aseguraría que su principal objetivo era evitar un baño de sangre y que, en atención al rango y a la reputación de Röhm, dio por buena la información de que Lossow y Kahr apoyaban el *putsch*. El Ministerio bávaro de la Guerra fue tomado en nombre de Adolf Hitler sin que se efectuase un solo disparo.

Mientras los hombres de Röhm asaltaban la iglesia de Santa Ana y la sede de la sociedad de esgrima, otros socios de la Kampfbund se habían puesto también en acción. Hitler había enviado un destacamento de la Bund Oberland al cuartel del Cuerpo de Ingenieros del ejército para incautarse de más armamento.

Fundada en octubre de 1921 por miembros de los Freikorps Oberland, la Bund Oberland había ido creciendo hasta convertirse en una de las organizaciones paramilitares más grandes[36] y poderosas del país. Todos sus miembros tenían que comprometerse a luchar «por la grandeza del Reich alemán» y contra el Tratado de Versalles, esa «pena de muerte que se le había impuesto a la raza alemana». La mayoría de sus componentes procedían de la zona montañosa de Baviera. Su símbolo era una *edelweiss*, o «flor de las nieves».

La Bund Oberland ya tenía programadas unas maniobras[37] para esa tarde —como acostumbraba hacer todos los martes y los jueves (así como los sábados por la tarde)— y, por lo tanto, no esperaba encontrar resistencia. Después de hacerse con las armas, los soldados de la Oberland tenían instrucciones de tomar la estación central de trenes para, como dijo uno de ellos, evitar que «la chusma judía huyese despavorida hacia el este con su cargamento de divisas extranjeras».[38]

Sin embargo, de acuerdo con uno de los informes que llegó a la Bürgerbräu, varias horas después de que se lo hubieran ordenado, los hombres de la Bund Oberland no habían tomado aún la estación. La causa del retraso no estaba del todo clara. Cegado por la serie de éxitos que había cosechado hasta ese momento, un exultante Hitler tomó la decisión un tanto impulsiva de ir en persona a evaluar la situación y resolver el contratiempo. Abandonar la Bürgerbräu en ese momento constituiría, sin embargo, un gravísimo error.

La situación que se encontró Hitler en el cuartel del Cuerpo de Ingenieros[39] era mucho más seria de lo que indicaban algunas informaciones. El oficial al cargo de la instrucción, el capitán Oskar Cantzler, de la primera compañía del 7.º Batallón de Ingenieros, se

las había arreglado para encerrar a los cuatrocientos miembros de la Oberland en el pabellón deportivo con tan sólo un puñado de soldados.

La manera en que ese perspicaz capitán consiguió imponerse fue increíblemente sencilla. Cuando los soldados de la Oberland le pidieron armas para entrenarse, Cantzler empezó a sospechar. Les dijo que si de verdad querían hacer maniobras, tendría que ser en el interior de las instalaciones. Molesto, Max Ritter von Müller, el comandante de la Oberland, decidió de forma precipitada entrar en el pabellón con todo su destacamento y Cantzler sólo tuvo que echar el cerrojo. Desde luego, allí no había ni una sola arma y, por si se les ocurría intentar salir por la fuerza, Cantzler dispuso dos metralletas apuntando hacia la entrada.

Por si esto fuera poco, cuando llegó Hitler, el capitán se negó a abrir el portón del cuartel. Presa de un ataque de ira, el líder nazi consideró fugazmente la posibilidad de resolver aquel enredo tan humillante desplazando a la artillería para destrozar el portón. Pero debió de cambiar de idea cuando reparó en que bastaba con volver a la Bürgerbräu para convencer al general Von Lossow de que ordenase la liberación de los soldados.

Esa expedición absurda al cuartel del Cuerpo de Ingenieros no había sido sólo una completa pérdida de tiempo: al volver a la Bürgerbräu, Hitler descubrió[40] que, durante su ausencia, Kahr, Lossow y Seisser habían desaparecido. Al parecer, el general Ludendorff había llegado a la conclusión[41] de que estaban demasiado cansados y los había liberado con la promesa de que se reunieran más tarde con él en el Ministerio de la Guerra a fin de preparar la marcha hacia Berlín.

Hitler nunca se habría imaginado[42] que Ludendorff iba a dejar salir de la cervecería a aquellos hombres, aunque es probable que en un primer momento no se mostrara tan preocupado como a menudo se ha dicho: también él había aceptado la palabra de los

mandatarios y había creído que apoyaban la revolución. Al fin y al cabo, tres mil personas habían sido testigos de su juramento de lealtad.

Mucho más inquieto estaba, sin embargo, Scheubner-Richter, el consejero de Hitler. Le preguntó a Ludendorff si de verdad creía que los mandatarios bávaros iban a regresar, teniendo en cuenta que habían sido liberados sin «vigilancia alguna».

Poco acostumbrado a que cuestionasen sus decisiones, Ludendorff le prohibió,[43] a él y a cualquiera de los presentes en la sala, volver a poner en tela de juicio la palabra de un oficial alemán.

10

EL CONTRAGOLPE

> Los líderes del Partido Nacionalsocialista[1] carecían de las habilidades necesarias para desempeñar los cargos de responsabilidad que ocupaban.
>
> HANS FEIL,
> informe de la policía de Múnich,
> 18 de diciembre de 1923

Scheubner-Richter no fue el único que expresó sus reservas por la decisión que había tomado Ludendorff. Que eso era una «verdadera locura», fue lo que dijo Hermann Esser cuando llegó a la entrada de la cervecería después de pronunciar su discurso en la Löwenbräu. «¿Quién ha dejado que se vayan? ¿Quién es el responsable de este despropósito?»[2]

Tampoco Putzi podía dar crédito.[3] Por sus estudios de historia, sabía bien que quienes aspiran a liderar una revolución no pueden bajo ningún concepto dejar que los responsables del gobierno legítimo queden en libertad. Esser y él entraron en la cervecería y, a instancias de este último, pidieron otra ronda de cervezas para animarse.

Para entonces, el comedor estaba casi vacío, a excepción de unos cuantos soldados de las Tropas de Asalto y algunos miembros del Partido Nazi que todavía deambulaban por allí bebiendo o engullendo las pocas salchichas que quedaban. Las mesas y las sillas seguían tiradas desordenadamente por el suelo y había cristales rotos por todas partes. La sala parecía Múnich después del carnaval.

Alguien señaló un agujero en el techo y dijo que aquél había sido el disparo con el que había comenzado la revolución. Marc Sesselmann, un miembro del partido, reunió los trozos de la jarra de cerveza[4] que, al parecer, había hecho añicos Hitler antes de subirse al escenario. Estaba naciendo toda una nueva leyenda en torno al *putsch* de la cervecería.

Cerca de las once de la noche, Hitler, Ludendorff y algunos conspiradores abandonaron el local en coche para coordinar la estrategia en la recién tomada sede del Ministerio de la Guerra. Aún creían que los mandatarios bávaros se reunirían allí con ellos para planear el ataque a Berlín.

Sin embargo, Gustav von Kahr no tenía la menor intención de hacer acto de presencia. Prefirió regresar[5] al apartamento anejo a sus oficinas, en el laberíntico edificio neogótico de la Maximilianstrasse, donde se encontraba el centro del poder político muniqués. Se enfrentaba a un dilema terrible.

Kahr llevaba unas seis semanas, desde su nombramiento como comisionado general del Estado —un puesto con poderes casi dictatoriales creado para luchar contra los efectos de la crisis económica sin precedentes que sufría el país—, desafiando la autoridad del gobierno berlinés, en ocasiones abiertamente. No veía con malos ojos que se derrocase la república —era un conocido defensor de la monarquía— y a veces parecía dispuesto a involucrarse en alguna intentona golpista o a organizar una él mismo. Tenía, sin embargo, la impresión de que ese *putsch* en concreto iba a fracasar. Por desgracia para él, lo había apoyado ante un comedor abarrotado de gente.

Se dirigió al piso de arriba, saludó a su hija[6] y le dio su abrigo. Pidió un té y, después de cambiarse de ropa a toda velocidad, subió a su despacho, en la sala número 125 de la tercera planta, donde algunos de sus asesores estaban ya tratando de movilizar algunos efectivos para detener a Hitler.

Kahr parecía nervioso.[7] No había tenido otra elección o alternativa, dijo para explicar las razones que lo habían llevado a dar su aparente apoyo a Hitler en la Bürgerbräu. Luego culpó a la policía por no haber tomado las precauciones necesarias, lo cual no dejaba de ser irónico, ya que era él quien les había pedido que redujeran su presencia esa noche para no dar la impresión de que necesitaba protegerse de sus propios partidarios.

Como le dijo Eberhardt Kautter, uno de sus asesores —responsable, a la sazón, de una unidad local de la Bund Wiking, la milicia paramilitar que se creó tras la disolución de la Marinebrigade Ehrhardt, uno de los grupos que formaban parte de los despiadados Freikorps—, la situación estaba lejos de ser desesperada. Según él, Hitler carecía de apoyos en Baviera, por no hablar del resto de Alemania, y no había planificado bien la operación. Si Kahr respondía con rapidez, tenía muchas posibilidades de salir ganando. Y él sabía cómo lograrlo.

Kahr tenía que suspender la Constitución de la República de Weimar para instaurar un régimen dictatorial en el que debía ocupar el puesto de virrey o representante del monarca depuesto. A la opinión pública podía decírsele que se trataba de una medida necesaria para prevenir un posible levantamiento comunista. Las sociedades paramilitares se unirían con toda seguridad a la causa —él mismo había movilizado[8] ya a su propia unidad de la Bund Wiking — y el pueblo también se pondría de su lado. De este modo, Hitler y Ludendorff tendrían las manos atadas y no les quedaría más remedio que acatar las órdenes de Kahr o verse arrastrados por la fuerza que tomaría el movimiento revolucionario.

Mientras valoraba la propuesta, Kahr se dio cuenta de que la principal prioridad consistía en averiguar qué posición habían adoptado sus colegas Lossow y Seisser con respecto al *putsch* de Hitler. Los tres mandatarios bávaros no habían tenido ocasión de hablar con libertad sin la presencia de los nazis.

En plena discusión del plan, empezó a sonar el teléfono del despacho. No era ni Lossow ni Seisser, sino Franz Matt, el antiguo rival de Kahr que ahora ocupaba el puesto de viceprimer ministro y ministro de Educación y Cultura en su gabinete. Matt no había podido asistir al discurso del comisionado general en la cervecería porque estaba supuestamente invitado a una cena con el arzobispo de Múnich y con monseñor Eugenio Pacelli, el nuncio apostólico de su santidad en la capital bávara y futuro papa Pío XII.

—¿Qué es lo que quiere Hitler realmente? —preguntó Matt.

—Realizar la famosa marcha sobre Berlín[9] —contestó Kahr.

—Pues espero que le vaya muy bien —replicó con sarcasmo Matt.

Cuando colgaron, a Matt no le quedó la menor duda de que o bien Kahr apoyaba la intentona golpista, o bien no podía enfrentarse a Hitler. En cualquier caso, no se podía confiar en él.

Esa misma noche, Matt propuso a los demás miembros del gabinete que se refugiasen en Ratisbona,[10] una ciudad situada en la ribera del Danubio, a unos cien kilómetros al norte de Múnich. Desde allí podrían seguir actuando como gobierno legítimo de Baviera con el fin de asegurar la integridad del Estado. Sin embargo, en un momento de caos como aquél, lo único que eso significaba era que una nueva facción acababa de incorporarse a la lucha por el poder.

Mientras tanto, en los cuarteles de la policía empezaban a surgir fuerzas dispuestas a detener la intentona golpista.

Sigmund Freiherr von Imhoff, mayor de la policía del Estado de Baviera, había acabado de impartir su curso sobre control de disturbios en torno a las nueve y cuarto de la noche.[11] Estaba a punto de salir del cuartel, cuando se le acercó un detective «casi sin resuello»[12] para informarle del ataque de Hitler en la cervecería. Era habitual oír cosas así en aquel hervidero de rumores en que se había convertido Múnich, pero Imhoff se percató al instante de que no se trataba de una exageración.

Con su retórica de contención y prudencia, Frick seguía haciendo todo lo posible para impedir que la policía tomase cartas en el asunto. Sin embargo, Imhoff se dio cuenta de a quién apoyaba realmente su colega, fingió estar de acuerdo con él y, en cuanto salió del despacho, levantó el teléfono.

Puso a toda la Landespolizei, o «policía estatal» (a la que también se conocía como «policía verde», por el color de su uniforme), en estado de máxima alerta y tomó la decisión de enviar varias unidades para que vigilaran la oficina de telégrafos, la central telefónica, la oficina central de correos, algunos edificios gubernamentales de especial importancia y los puentes con mayor valor estratégico, por si eran atacados.

Gracias a su rápida reacción, pudo mantenerse el control de los centros de comunicaciones más importantes de la ciudad. Y lo que es todavía más importante, Imhoff realizó semejante proeza a pesar de la vigilancia constante de Frick, que no paraba de asomarse a su despacho para ver qué hacía, al tiempo que trataba de aparentar calma y normalidad.

No obstante, no fue ése el único éxito que Imhoff cosechó aquella noche. También consiguió localizar al general de división Jakob Ritter von Danner, el comandante al frente de las tropas del ejército acuarteladas en Múnich, para informarle de lo que estaba sucediendo. Danner se presentó de inmediato[13] en la comisaría, pero como también él sospechaba que Frick podía intentar sabotear las operaciones, no tardó en marcharse a su despacho, en el edificio neobarroco que servía de sede al Museo del ejército. Tenía la firme intención —igual que Imhoff— de valerse de su autoridad para derrotar a Hitler.

Como comandante condecorado cuya carrera militar había comenzado en la fuerza expedicionaria alemana en China durante el Levantamiento de los bóxers, Danner veía el *putsch* como un ataque inaceptable a las autoridades legítimas del Estado. También estaba furioso con el general Von Lossow, su superior jerárquico inmediato, y no sólo por haber sucumbido a las tentaciones de la política, sino

también por haber sido incapaz de poner a aquella despreciable cuadrilla de delincuentes nazis en el lugar que les correspondía. Según él, Lossow era «un hombre patético»[14] y, por encima de cualquier otra cosa, «un cobarde».

Cuando llegó a su despacho, Danner se dio cuenta de que los cuarteles del ejército tampoco eran un lugar seguro. El Ministerio de la Guerra ya había sido ocupado por la Reichskriegsflagge de Röhm, y se había visto a algunos efectivos de las Tropas de Asalto rondando la iglesia de Santa Ana. Danner decidió establecer un nuevo puesto de mando en la parte noroccidental de la ciudad, lejos del centro de Múnich: concretamente en el barracón de madera que albergaba el centro de comunicaciones en el cuartel del 19.º Regimiento de Infantería.

Después de pedir refuerzos a las autoridades militares de Augsburgo, Landsberg, Ratisbona, Núremberg y otras ciudades, Danner emitió una orden tajante para todos los oficiales al mando: que no obedecieran bajo ningún concepto las instrucciones del general Von Lossow. Para no cuestionar abiertamente la lealtad de su comandante en jefe, dijo que debía considerárselo «un prisionero»[15] y que, por tanto, cualquier comunicación emitida por él tenía que ser ignorada. En otras palabras, los oficiales al mando debían atender sólo las órdenes que diera él o alguien en su nombre.

11

LA INICIATIVA

Si no tomamos la iniciativa,[1] alguien lo hará por nosotros.
ADOLF HITLER a ERNST PÖHNER

Rudolf Hess y algunos guardias de asalto metieron a punta de pistola a siete personas en el camión que los esperaba frente a la Bürgerbräu: se trataba del primer ministro bávaro, tres miembros de su gabinete, un asesor del príncipe Ruperto y dos policías, entre ellos el propio director del cuerpo, Karl Mantel. Al cabo de un rato, el grupo de detenidos ilustres emprendió su viaje en dirección al bosque de Grosshesselohe.

La caravana se detuvo frente al camino de grava de una enorme propiedad de estilo victoriano, muy parecida a la que se encontraba en el número 2 de la Holzkirchnerstrasse.[2] La vivienda pertenecía a Julius F. Lehmann, fundador de una prestigiosa editorial —la Lehmanns Verlag— especializada en textos médicos y obras de carácter nacionalista y antisemita. Lehmann había cedido su casa por recomendación de su yerno,[3] un joven veterinario llamado Friedrich Weber, que además era el responsable político de la Bund Oberland.

«Les ruego que se consideren mis invitados»,[4] les dijo Lehmann al llegar.

En privado, sin embargo, la decisión de alojar a los rehenes en su casa —una decisión que se había tomado a última hora— no parecía hacerle tanta gracia. Como él mismo señaló, «fue un regalo envenenado de mi querido yerno».[5]

A cada uno de los «invitados», como Lehmann insistía en llamarlos, se le asignó una habitación de la inhóspita casa que, además, carecía de calefacción. Dos guardias de asalto se apostaron en el exterior de cada una de esas celdas improvisadas, mientras otros vigilaban el jardín y la zona boscosa de los alrededores por si la policía conseguía localizar a los rehenes y trataba de liberarlos. Instalaron una metralleta en el exterior, apuntando a la carretera, y otra en el vestíbulo. A los rehenes se les prohibió terminantemente hablar entre ellos, y Hess les advirtió que los guardias de asalto tenían orden de disparar a cualquier persona que intentara salir del recinto.

A diferencia de lo que ocurría en el Ministerio de la Guerra, que estaba ya abarrotado de soldados al mando de Röhm, en la sede del Partido Nazi, en la Corneliusstrasse, reinaba una paz extraña. No había rastro alguno del caótico trasiego de «conspiraciones e intrigas»,[6] como lo definió en una ocasión Putzi, que era habitual por allí. Sólo había tres personas: Philipp Bouhler, el joven de veinticuatro años que ocupaba el cargo de subdirector de Asuntos Económicos del partido, y dos mecanógrafas que también rondaban la veintena llamadas Else Gisler y Anna Schürz.

Bouhler advirtió a las jóvenes que esa noche tendrían mucho trabajo y les recomendó que cenaran temprano.[7] Cinco horas más tarde, sin embargo, las mecanógrafas seguían esperando sentadas a sus escritorios. Hacía rato ya que habían terminado con la correspondencia y el resto del papeleo que tenían pendiente. No había llegado ninguna instrucción nueva en toda la noche ni tampoco se había producido señal alguna de actividad. Pero, de repente, alrededor de las once, Bouhler entró en su despacho como una exhalación y les dijo que recogieran sus cosas. Se trasladaban a otro local.

Max Amann[8] —responsable de Economía del partido— había encontrado un emplazamiento mucho más lujoso para que hiciera las veces de cuartel general del nuevo régimen. Amann era el sargento a cuyas órdenes había luchado Hitler en la guerra y, en cierta manera, seguía comportándose como si aún lo fuera.[9] Bajo, con el pelo rubio y un cuello corto que parecía hundírsele entre los hombros, se trataba, como dijo Helen, la mujer de Putzi, de un hombre «despiadado, testarudo... [y] carente por completo de escrúpulos».[10] Cuenta una leyenda que en una ocasión cogió en brazos[11] a un miembro del partido y lo echó de la sede por atreverse simplemente a pedir que le enseñara los libros de cuentas de la organización.

Años después, la OSS —la organización de inteligencia estadounidense que precedió a la CIA— definiría a Amann como «un hombre rudimentario [que] sabía muy bien hasta qué punto lo era»[12] y, aun así, no se arredraba a la hora de tomar decisiones que excedían con mucho sus competencias. La agencia añadía que Hitler tenía a ese sargento fanfarrón y a menudo violento por modelo para desarrollar sus propias dotes de mando.

Esa misma noche, unas horas antes, Amann había irrumpido en un banco y lo había expropiado en nombre del gobierno del líder nazi. La oficina que había escogido —la sucursal que el Siedelungs- und Landbank tenía en el número 29 de la Kanalstrasse— no era precisamente desconocida para él: vivía en la cuarta planta[13] del mismo inmueble y había trabajado allí hacía algún tiempo.

La apertura de la flamante sede del Partido Nazi tenía que servir de colofón a las operaciones militares que se estaban planificando en el Ministerio de la Guerra. Uno de los despachos albergaría el nuevo Departamento Financiero, del que se iba a hacer cargo un ingeniero y constructor llamado Gottfried Feder que llevaba en el partido desde su fundación. Él fue el encargado[14] de pronunciar el discurso en la Sterneckerbräu la tarde del 12 de septiembre de 1919, la

primera vez que Hitler asistió a una asamblea de la formación nazi. El título de su intervención era: «¿Cómo y por qué medios se puede abolir el capitalismo?».

Como responsable provisional del nuevo comité financiero,[15] Feder tenía pensado congelar todas las cuentas bancarias del país; eso sí, a primera hora de esa tarde había tomado la precaución de retirar los fondos de sus propias cuentas.[16] Por la noche, cuando Hitler subió al escenario de la cervecería, Feder sintió como si acabara de despertarse de un sueño.

En otro de los despachos ubicarían el centro de propaganda, que dirigiría Julius Streicher, el hombre bajito, calvo y cuellicorto al frente del *Der Stürmer*,[17] una de las publicaciones más ferozmente antisemitas del país. Streicher se había trasladado[18] a Múnich esa misma tarde desde Núremberg, donde trabajaba como profesor en un colegio.

Un tercer despacho estaba reservado para Hermann Esser —el orador que había dado el mitin en la Löwenbräu—, a quien se le había encomendado la tarea de redactar la nota para proclamar el nuevo gobierno[19] que luego aparecería en la prensa y en la cartelería del partido. Ésa era la razón por la que se había tenido a las dos mecanógrafas esperando delante de sus escritorios.

Las primeras notas del partido empezarían a circular a primera hora de la mañana y en ellas se anunciaría de manera triunfal la formación del nuevo gobierno y el fin del «periodo más vergonzoso de la historia de Alemania».[20] Algunas de ellas iban firmadas con una de las primeras referencias conocidas[21] al título que posteriormente adoptaría Adolf Hitler: canciller del Reich alemán.[22]

En las notas que se emitieron después aparecían algunos llamamientos incendiarios para que la gente se movilizase, y en ellas se declaraba también «abierta la veda [...] para dar caza a la canalla responsable de la traición que había tenido lugar el 9 de noviembre de 1918». Unos carteles de color rojo exhortaban a los verdaderos patriotas a capturar a Friedrich Ebert, el presidente del gobierno, y a todos los miembros de su gabinete: «vivos o muertos».[23]

Mientras Amann se establecía en la oficina bancaria, Hitler envió a Ernst Pöhner al cuartel general de la policía para que trazara los planes oportunos con sus antiguos compañeros y el personal del cuerpo.

Lo primero que hizo cuando llegó fue localizar al Dr. Wilhelm Frick, su viejo amigo y protegido. Lo condujo al despacho del director Mantel, que seguía retenido por las Tropas de Asalto, y le comunicó con cierta solemnidad que ésa sería a partir de entonces su oficina.

La propuesta de nombrar a Frick director de la policía la había hecho en realidad Gustav von Kahr —que conocía perfectamente el estrecho vínculo que existía entre éste y Pöhner— en el pequeño reservado de la Bürgerbräu donde se encerró a los mandatarios bávaros. En mayo de 1919, tan sólo dos semanas después de tomar posesión de su cargo como director de la policía, Pöhner puso a Frick al frente de su todopoderosa división política. Pöhner pensaba que su personal estaba dividido en dos grandes grupos: por un lado, estaban los hombres prometedores, que eran básicamente los oficiales, y por otro los que, según él, tan sólo aspiraban a cobrar un sueldo y disfrutar de cierta seguridad laboral. A estos últimos los llamaba las «putas».

Para Pöhner, Frick era sin ningún tipo de duda un oficial: había demostrado ser una persona independiente que cumplía diligentemente con sus responsabilidades y tenía una fuerza de voluntad increíble. De acuerdo con sus propias palabras, no era ningún «veleta».[24] A raíz de su estrecha colaboración se convirtieron en unas figuras tan inseparables y complementarias como los Castor y Pólux de la mitología clásica.

Fue el capitán Röhm quien mejor supo explicar esta analogía. Según él, Pöhner era un exaltado brillante, un hombre «enérgico, audaz y muy rápido a la hora de tomar decisiones»[25] que, sin embargo, sabía cambiar de opinión cuando se enfrentaba a algún obstáculo insalvable. Frick, por su parte, estaba dotado de una inteligencia mucho más fina y calculadora y era especialmente tenaz

cuando tenía que superar algún reto. Juntos consiguieron forjar una inmensa red de poder e influencia dentro de la policía de Múnich. Hitler confiaba en que pudieran hacerlo de nuevo en su nombre.

Pöhner y Frick se quedaron en el despacho del director estudiando cuál era la mejor manera de presentar el nuevo régimen al pueblo que decía representar. Decidieron convocar a los directores y propietarios de los principales medios muniqueses a una rueda de prensa que se celebraría a medianoche[26] en la biblioteca del cuartel general de la policía.

Cuando ya estaban todos allí, Pöhner apeló al patriotismo de los periodistas y les advirtió de las posibles repercusiones que podrían sufrir en caso de que no fueran capaces de ver la «luz» y ofrecer una versión positiva de los acontecimientos que se estaban produciendo esa noche. Las principales figuras del nuevo régimen tenían que ser ensalzadas por haber sacado al país de la pesadilla de 1918. Si los dueños de los medios de comunicación hacían su trabajo con responsabilidad o con «disciplina»,[27] como él dijo, no habría necesidad ni de ejercer la censura ni de tomar otras medidas más drásticas.

Cuando Pöhner abrió el turno de preguntas,[28] Paul Egenter —del diario monárquico *Bayerischer Kurier*— quiso saber si Kahr se había asegurado el apoyo del príncipe Ruperto antes de proclamarse representante del rey. Se trataba de una buena pregunta —la respuesta era que no—, pero Pöhner intentó eludirla. Y lo mismo hizo con la siguiente, en la que se le pedía que comentara la aparente contradicción que había entre la posición monárquica de Kahr y las ambiciones «republicanas y dictatoriales» de Hitler.

Fritz Gerlich, el dueño del *Münchner Neueste Nachrichten*, quiso saber qué había de cierto en las informaciones que afirmaban que las Tropas de Asalto estaban hostigando a la población judía. El empresario judío Ludwig Wassermann había sido detenido[29] cuando intentaba salir de la Bürgerbräu y continuaba allí bajo custodia.

Pöhner ni siquiera se inmutó.[30]

12

LAS HORDAS BÁRBARAS

> Carecemos del derecho[1] o la autoridad para ejecutar a nadie; al menos por el momento.
>
> HERMANN GÖRING,
> 9 de noviembre de 1923

A primera hora de esa noche, la Bürgerbräu se había sumido en un clima de violencia e intimidación. Las primeras señales de que los ánimos estaban crispados se vieron muy pronto. Cuando el organizador auguró la llegada de un futuro más esperanzador, alguien entre el público lo interrumpió con un sonoro «¡y sin judíos!»[2] al que el público respondió con una salva de aplausos. Más tarde, las Tropas de Asalto empezaron a recorrer el comedor en busca de personas a las que detener. Como señaló el Dr. Matatyahu Hindes, el corresponsal de la Jewish Telegraphic Agency, parecían «genocidas ucranianos» blandiendo sus espadas y sus pistolas.

En cuanto Göring terminó de despotricar contra el gobierno «judío» de Berlín, los guardias de asalto reunieron a los corresponsales extranjeros cerca del escenario y los encañonaron con las armas. «Los periodistas no son más que una panda de judíos», les dijeron en tono intimidatorio. Cuando uno de los reporteros exigió que lo pusieran inmediatamente en libertad, se oyó a Hitler burlándose de ellos con el comentario siguiente: «Si nosotros hemos esperado cinco años, estoy seguro de que los representantes de la prensa podrán esperar un poco». El momento más desagradable de la noche se produjo cuando un sector del

público —el que se encontraba más cerca de Hindes— empezó a entonar cánticos nacionalistas y a gritar: «¡Qué pena que no haya aquí ningún judío al que poder matar!».[3]

Al final, el reportero pudo aprovechar el desconcierto que reinaba en la cervecería y consiguió escapar por una de las pocas puertas laterales que no estaban vigiladas, seguramente la misma que habían descubierto con anterioridad otros compañeros suyos. Es probable que mientras se alejaba no pudiese dejar de preguntarse si los soldados de la Bürgerbräu estarían dispuestos a cumplir la amenaza que la Jewish Telegraphic Agency había difundido en otro despacho tan sólo tres días antes: «Ludendorff y Hitler declaran la guerra a los judíos».[4]

Un estruendo de cristales rotos proveniente de un edificio situado en el número 19 de la Altheimer Eck resonó por toda la ciudad.

Algunos efectivos de las Stosstrupp Hitler, las tropas de élite del Partido Nazi, salieron a toda velocidad de unos camiones y cortaron el pequeño callejón adoquinado que discurría frente a las oficinas del *Münchener Post*, el periódico del Partido Socialdemócrata. Los nazis odiaban esa «publicación judía»[5] por las críticas y denuncias constantes que les dedicaban. La llamaban *«Münchener Pest»*, la «peste muniquesa»,[6] y también la «fábrica de veneno»,[7] aprovechándose así de la imaginería que había servido durante siglos para culpabilizar a las minorías judías y justificar los pogromos que se organizaban contra ellas.

Josef Berchtold, el comandante de las tropas, le puso una pistola en la cabeza al director financiero del periódico y le exigió que abriera los portones de hierro de la entrada. Una vez dentro,[8] el escuadrón de asalto empezó a destrozar escritorios, a derribar estanterías y archivadores, a lanzar tinteros contra las paredes y a cortar las líneas telefónicas.

Otros soldados rompieron a culatazos los cuatro ventanales enormes[9] que daban a la parte delantera. Unos trescientos veinte paneles de cristal —o trescientos ochenta si atendemos a las estimaciones posteriores de la acusación— quedaron destruidos en el curso de ese estallido de violencia. Algún tiempo después, se hicieron postales[10] con las imágenes de las oficinas arrasadas.

«Forzamos la puerta de entrada, desvalijamos el local y arrojamos por la ventana todo el material impreso que nos íbamos encontrando»,[11] afirmó más tarde Berchtold. Eso incluía los registros del personal, las direcciones de correo de los suscriptores, los datos bancarios de los anunciantes y los manuscritos inacabados, así como cualquier retrato o busto[12] de cualquier líder socialdemócrata o cualquier bandera republicana. Cuando terminaron, prendieron fuego al edificio.

Un policía apareció en mitad de la operación para tratar de impedir ese ataque brutal. Aunque es mucho más probable[13] que quisiera asegurarse de que las rotativas no sufrían daño alguno, pues Hitler pretendía aprovecharlas para el *Heimatland*, el diario de la Kampfbund.

Las Stosstrupp Hitler se llevaron[14] un cargamento entero de material, incluyendo cinco o seis máquinas de escribir, varias pilas de documentos y alrededor de seis billones de marcos de una caja de caudales. Tampoco se olvidaron del garaje, aunque fueron incapaces de arrancar el único vehículo del que disponía el diario y tuvieron que conformarse con las ruedas de repuesto.[15]

Cuando uno de los soldados que formaban parte del escuadrón dio con las señas de Erhard Auer —editor del periódico y responsable local del Partido Socialdemócrata—, decidieron que él sería su próximo objetivo, aunque no se puede descartar que lo tuvieran en mente desde el primer momento. Mientras Berchtold y sus hombres volvían a los camiones, una esvástica sobre fondo rojo y blanco[16] empezó a ondear en la segunda planta del periódico socialista, cuyas oficinas habían quedado reducidas a lo que un testigo nazi describió como «un montón de ruinas humeantes».[17]

Alrededor de las doce y media de la noche, entre quince y veinte miembros de las Stosstrupp Hitler enfilaron las escaleras que conducían al apartamento de Auer, en la cuarta planta del número 10 de la Nussbaumstrasse. Emil Maurice,[18] o *Maurizl* —un relojero de veintiséis años que trabajaba como chófer de Hitler y había sido el primer responsable[19] de las Tropas de Asalto—, fue el primero en entrar.

—¿Dónde está su marido? —preguntó, encañonando con la pistola a Sophie Auer, la mujer, de cincuenta y cinco años, del director.

Ella le contestó que no lo sabía.

Entre amenazas, Maurice exigió que le dijera dónde se encontraba su marido y después le dio tal empujón que a punto estuvo de tirarla al suelo. Dos de sus hombres la encerraron en una de las habitaciones mientras los demás registraban el piso.

Erhard Auer, en efecto, no estaba allí. Alertado del riesgo que corría su vida, se había refugiado en la casa que su amigo y compañero de partido Wilhelm Hoegner tenía en la Schellingstrasse; de hecho, estaba a tan sólo una manzana del principal centro de reunión de las Tropas de Asalto.

Sophie, la hija mayor de Auer, pidió a los asaltantes que hicieran el menor ruido posible para no despertar a su hija de dos años. Sin embargo, Maurice, sin prestarle la más mínima atención, le preguntó dónde estaba su padre y siguió hurgando en los armarios y rebuscando entre las sábanas y la colada, casi más interesado en encontrar armas u objetos de valor que en dar con alguna pista sobre el paradero del director del periódico.

—Ahora mandamos nosotros, nos hemos hecho con el gobierno[20] —se jactó Maurice.

Antes de que Berchtold ordenase el fin del registro, Maurice y sus secuaces tuvieron todavía ocasión de abrir la caja fuerte de Auer para hacerse con lo poco que contenía: unas cuantas cartas del presidente Ebert, unos informes sobre el Partido Nazi y las cartillas de notas de sus dos hijas.

Algunos de esos documentos fueron posteriormente trasladados a la cervecería y exhibidos como si se tratara de un gran trofeo, aunque era evidente que los responsables del asalto se sentían decepcionados. No habían encontrado a Auer y tampoco tenían ninguna pista sobre su paradero. En vez de eso, decidieron llevarse como premio[21] de consolación el arma del director del periódico y una pistola antigua. Y también apresaron al Dr. Karl Luber —el marido de Emile, la hija pequeña de Auer— para tenerlo de rehén en su lugar[22] hasta que localizasen al hombre que se había atrevido a decir que el Partido Nazi era una organización violenta y racista.

Esa noche se registraron más incidentes en la ciudad de Múnich, algunos de los cuales no fueron ordenados ni ejecutados por los responsables del *putsch*. Al frente de uno de los grupos que llevaron a cabo esos ataques se encontraba Ernst Hübner. Este joven empleado de banca había estado bebiendo en la cervecería Donisl, situada frente al ayuntamiento, completamente ajeno a los acontecimientos de la Bürgerbräu. Después de muchas jarras de cerveza, Hübner se encontró en la calle con unos amigos de la Bund Oberland que habían salido por su cuenta en busca de «judíos y otros enemigos del pueblo»[23] a los que agredir.

Como oficial de esa organización, Hübner se hizo cargo del grupo y los condujo hasta el café del Hotel Fürstenhof, que a esas horas estaba abarrotado. «¡Que salgan todos los judíos!»,[24] gritó al entrar. Nadie movió un músculo. Al parecer, el director del hotel le contestó que allí, en ese momento, no había ningún judío. En vista del fracaso, los vándalos de la Oberland pusieron rumbo al restaurante Spatenbräu y al Hotel Excelsior, para ver si corrían mejor suerte.

Por desgracia, los informes policiales[25] ofrecen un cuadro parcial e incompleto de los incidentes que tuvieron lugar aquella noche, y en las crónicas posteriores del *putsch* se colaron numerosas tergiversaciones. La más flagrante de ellas es la afirmación de que

esos episodios de violencia gratuita preocuparon de tal manera a Hitler que se vio en la obligación de intervenir para frenar los ataques, y que llegó incluso a expulsar del partido a los responsables del asalto a una tienda o charcutería judía.[26]

El origen de estas afirmaciones se encuentra en el testimonio de un sargento de policía llamado Matthäus Hofmann. Éste era, sin embargo, miembro del Partido Nazi (y alguien tan de confianza que Ulrich Graf lo eligió para que cuidara del perro de Hitler cuando éste ingresó en prisión). Aun así, lo que declaró no indica de ninguna manera que Hitler intercediese en favor de las víctimas judías.

Para empezar, el ataque a la charcutería judía, según Hofmann, no tuvo lugar la noche del *putsch*, sino en una fecha anterior indeterminada. Y todavía más, el motivo del enfado de Hitler no fue ni la magnitud de la violencia ni el grado de sufrimiento causado ni la mala impresión que pudiera haber generado en la opinión pública: la verdadera razón por la que Hitler reprendió a los agresores de las Tropas de Asalto fue porque se habían quitado las insignias del partido antes de saquear el local.

Para la comunidad judía de Múnich, el *putsch* de la cervecería supondría una noche de terror.[27] Bandas como la de Hübner recorrieron las calles del centro y los alrededores de la estación de tren en busca de judíos a los que robar o agredir. Algunas llegaron incluso a revisar los buzones o a repasar el listín telefónico para ver si daban con apellidos de resonancia judía. Rompieron los escaparates de algunas tiendas, como la *boutique* que regentaban unos judíos que se encontraba en la Franziskanerstrasse, y se llevaron a rastras a todos los judíos con los que se cruzaron.

Se desconoce el número exacto de judíos que se vieron sometidos a esta angustiosa persecución. Según el historiador Erich Eyck, hasta veinticuatro fueron apresados.[28] Pero la cifra podría ser mucho más alta. Una de las personas que se encontraban en la cervecería —y que pertenecía al círculo más próximo a Hitler, ya que trabajaba como ayudante de Scheubner-Richter— afirmó en unas memorias inéditas que, entre las detenciones practicadas en la

ciudad y en la cervecería, fueron en torno a sesenta y cuatro los judíos que quedaron bajo la «custodia provisional» de los golpistas y se vieron obligados a pasar la noche en la Bürgerbräu, muchos de ellos temiendo por sus vidas.

13

MEDIANOCHE EN MÚNICH

> Es preciso desplumar[1] a los pavos reales antes de poder arrojarlos sobre sus propias plumas.
>
> HERMANN GÖRING

En Berlín, el canciller Gustav Stresemann y el Dr. Hjalmar H. G. Schacht —al frente de la cartera de Economía— estaban terminando la cena tardía que habían compartido en un salón privado del Hotel Continental.[2] A las once y media de la noche, justo cuando pasaban a los postres, un mensajero se acercó sigilosamente a la mesa y se inclinó para comunicarle al canciller al oído que la prensa estaba informando de «un *putsch* en Múnich».[3] Stresemann se disculpó y salió a toda velocidad hacia la Cancillería del Reich para convocar un gabinete de crisis.[4]

Este hombre valiente, avispado y completamente calvo era uno de los políticos más brillantes de la República de Weimar. Llevaba todo el otoño —sus primeros meses en el cargo— trabajando a pleno rendimiento para sacar al país del caos inflacionario y del aislamiento internacional en el que se encontraba. Era, al mismo tiempo, alguien impredecible. El vizconde D'Abernon, el embajador británico en Alemania, dijo de él que «tenía algo de temerario» y «una acusada predilección por lo heterodoxo». Stresemann, añadió, «podría haber sido el hermano de Winston Churchill».[5]

A Stresemann pronto se le unió Friedrich Ebert, el primer presidente de la república alemana. Este socialdemócrata de cincuenta y tres años no tenía más que el graduado escolar. Y, entre

muchos otros oficios, había trabajado[6] como guarnicionero especializado en sillas de montar. Al cabo de un tiempo compró un bar en Bremen y empezó a involucrarse activamente en la lucha sindical. En febrero de 1919, Ebert ganó contra todo pronóstico las primeras elecciones nacionales. Y, durante los cuatro años y medio de profunda inestabilidad que habían transcurrido desde entonces, había dirigido el destino del país entre los insultos que le lanzaban sus rivales políticos de la izquierda y de la derecha.

El presidente Ebert, el canciller Stresemann y sus asesores consensuaron una serie de medidas para atajar la crisis que acababa de desatarse en Múnich. Impusieron la censura sobre todas las informaciones procedentes de Baviera, congelaron las transacciones financieras con la ciudad y reforzaron la seguridad en las líneas férreas, en las estaciones de tren y en todas las vías de comunicación con aquel Estado tan problemático.

Resultaba evidente que uno de los factores de los que iba a depender el éxito del *putsch* era la posición que adoptara el ejército. ¿Obedecerían los soldados las órdenes de la república que habían jurado defender o preferirían unirse a los conspiradores encabezados por un ídolo tan admirado en los círculos nacionalistas como el general Ludendorff?

El presidente Ebert le planteó esa misma cuestión al jefe del Estado Mayor del ejército, el general Hans von Seeckt. Este militar de cincuenta y siete años, antiguo jefe del Estado Mayor del general August von Mackensen y principal estratega en las victorias de Alemania sobre Rusia y Turquía, ya había tenido que desplegar tropas en Hamburgo, Sajonia y Turingia para sofocar algunos levantamientos comunistas. Sin embargo, ¿estaría dispuesto ese conocido simpatizante de la derecha a hacer lo mismo con esta revuelta en particular?

—Señor presidente[7] —respondió el general mientras miraba a través del monóculo que llevaba en el ojo izquierdo—, los soldados del Reichswehr harán lo que yo les ordene.

Ahora bien, ¿lo harían de verdad? Mucha gente lo dudaba, entre ellos el propio Stresemann. Según algunas informaciones, varias unidades del ejército habían desertado ya para unirse a Ludendorff y Hitler. Pero, aun en el caso de que las tropas obedeciesen, ¿qué les ordenaría Von Seeckt? Mucha gente sospechaba que él mismo estaba conspirando para hacerse con el poder. Y, desde luego, no podía considerárselo un aliado de la república. Había razones más que sobradas para que a ese general inescrutable que jamás se quitaba el monóculo[8] se le hubiese puesto el sobrenombre de «la Esfinge».[9]

Para poder hacer frente a la amenaza de la revolución y la guerra civil, al presidente Ebert no le quedó más remedio que activar esa noche el polémico artículo 48 de la carta magna, una disposición que otorgaba al presidente poderes ejecutivos extraordinarios en caso de que «la seguridad pública y el orden constitucional se vieran comprometidos o estuviesen en peligro».[10] Ebert volvería a hacer uso de esa prerrogativa nada menos que en ciento treinta y seis ocasiones[11] más, una costumbre que no ayudó en nada a cimentar la estabilidad o la legitimidad de la frágil república alemana.

A continuación, el presidente decidió delegar esos poderes extraordinarios en el general Von Seeckt. El proceso duró tan sólo unos minutos. Nunca antes en la historia de Alemania se había otorgado de manera legal tanto poder a un militar en tan poco tiempo.

La cuestión fundamental para el gobierno de Berlín era, desde luego, la siguiente: ¿qué haría Hitler si se las arreglaba para llegar hasta la capital?

¿Proclamarían él y el resto de los conspiradores la independencia de Baviera? Aunque era lo que deseaban muchos de sus partidarios, parecía bastante improbable. Resultaba evidente que los golpistas destituirían al presidente Ebert y a todos los miembros de su gabinete, pero ¿desmantelarían el régimen republicano? Y, si

lo desmantelaban, ¿instaurarían en su lugar un régimen dictatorial[12] o restaurarían la monarquía? Si se decantaban por esta última opción, ¿qué dinastía implantarían? ¿Los Wittelsbach de Baviera o los Hohenzollern, que habían ocupado el trono alemán hasta el término de la Primera Guerra Mundial? Kahr era un firme defensor de los primeros, pero Ludendorff apoyaba a los segundos. Había muchas cuestiones en el aire, y los hombres de Múnich seguían sin darles respuesta.

Por si eso fuera poco, se temía además que el triunfo de la revolución pudiera significar —como el propio Hitler había prometido— que Alemania rechazase los términos del Tratado de Versalles y no continuase pagando las reparaciones de guerra. Y aun en el caso de que el *putsch* fracasara, existía la posibilidad de que Francia aprovechase el incidente —y la participación en él de Ludendorff— como «burdo pretexto» para imponer sanciones todavía más duras. Ésa era la opinión del cardenal Pietro Gasparri, el secretario de Estado del papa Pío XI, que también advirtió de que el *putsch* podía marcar el camino al separatismo bávaro y traer «consecuencias imprevisibles»[13] tanto para la propia Baviera como para Alemania.

Francia, por descontado, demostró estar muy atenta a lo que sucedía. Inmediatamente después de oír las noticias sobre el *putsch*, Pierre de Margèrie —su embajador en Berlín— envió un comunicado al gobierno en el que afirmaba que su país no había derrochado tanta sangre y tantos recursos en la Primera Guerra Mundial en contra del «militarismo prusiano» para permitir que renaciese ahora bajo la apariencia de una «dictadura nacional liderada por una serie de individuos que se han comprometido a incumplir el Tratado de Versalles».[14] Y lo más probable, añadió, era que el Reino Unido compartiera esa posición.

Mientras, en Múnich, el capitán Röhm no paraba de dar instrucciones a voz en grito[15] por el Ministerio de la Guerra para que todo estuviera a punto de cara a la reunión con los mandatarios bávaros

que en teoría iba a celebrarse allí. Después de montar el dispositivo de seguridad en torno al edificio, decidió situar la sala de guerra —el centro de mando desde el que se planearía el ataque a Berlín— en la antecámara del despacho de Lossow.

Cuando llegaron Ludendorff y Hitler, todo estaba dispuesto ya para la reunión decisiva. ¿Dónde se encontraban, sin embargo, Kahr, Lossow y Seisser?

A esas horas tendrían que haber estado en el ministerio. En el despacho de Kahr, nadie cogía el teléfono o, lo que era todavía más exasperante, éste comunicaba. Cuando por fin contestaran, alguien diría que Kahr estaba de camino o que había ido al cuartel del Cuerpo de Ingenieros o que estaba hablando por la otra línea y ésta quedaría inexplicablemente fuera de servicio tras una larga espera. Y otro tanto ocurría con Lossow y Seisser.

La ausencia de los mandatarios bávaros no parecía inquietar a Ludendorff, que confiaba en su palabra. Hitler tampoco estaba demasiado preocupado.[16] Sin embargo, no tardaron mucho en surgir las primeras señales de nerviosismo. Putzi recordaría más tarde cómo el líder nazi —aún con la gabardina que llevaba durante la operación en la cervecería— empezó a «[dar vueltas] de un lado para otro como un poseso».[17]

El general Von Lossow tenía detrás de él a un buen número de personas tratando de averiguar dónde estaba y cuáles eran sus intenciones.

Lossow era probablemente la última persona que esperaban encontrarse esa noche los miembros del Estado Mayor del ejército que estaban en el acuartelamiento de la ciudad. Sin embargo, después de emitir una serie de órdenes, el general Jakob von Danner —el segundo al mando— entró en un despacho de la segunda planta y, para su sorpresa, se topó allí con Lossow, que acababa de llegar en coche de la Bürgerbräu.

—Todo esto no ha sido más que un farol,[18] ¿verdad, su excelencia? —preguntó Danner.

Lossow le contestó que por supuesto y lo hizo mostrando tal desprecio por ese «asalto traicionero»[19] de Hitler que a muchos de los oficiales presentes les dio la impresión de que se sentía culpable. Según Hans Bergen, capitán de la policía del Estado, no paraba de caminar por la sala «tremendamente irritado y nervioso»[20] y sin que pareciese saber muy bien qué paso dar a continuación.

Por mucho que desconfiara de Lossow, Danner era consciente de que lo necesitaba para tener acceso a los efectivos que estaban bajo el mando de Kahr y Seisser. Como responsable de la policía estatal, este último, por ejemplo, tenía a su disposición el contingente más numeroso de la ciudad,[21] incluyendo en él a los cerca de mil ochocientos hombres que se encontraban en el cuartel. Hasta que llegaran los refuerzos militares, la policía estatal sería una pieza clave para mantener el orden en Múnich y para tratar de contener a Hitler.

En opinión de Danner, la prioridad era, por tanto, trasladarse a un emplazamiento más seguro, en el cuartel del 19.º Regimiento de Infantería. Se enviaron mensajes al despacho de Kahr y al cuartel de la policía donde se encontraba Lossow para que se presentaran allí de inmediato. Atrincherados en el nuevo puesto de mando —que se estableció en el barracón de madera de un solo piso donde se encontraba el centro de comunicaciones del regimiento—, Lossow, Danner y sus respectivos Estados Mayores podrían tomar las medidas oportunas para sofocar el levantamiento encabezado por Hitler.

14

ORDENANZA N.º 264

No quiero mostrar[1] mis cartas demasiado pronto.
GUSTAV VON KAHR

La madrugada del 9 de noviembre de 1923 —cerca de la una de la mañana o, en todo caso, no mucho después—,[2] Kahr, Lossow y Seisser se desplazaron al nuevo puesto de mando de las fuerzas leales a la república. Hasta allí habían llegado también dos informaciones de vital importancia: la primera de ellas era que el príncipe heredero Ruperto de Baviera[3] condenaba enérgicamente el *putsch*; la segunda, que el general Von Seeckt,[4] jefe del ejército en Berlín, también se oponía a lo que definió como «un motín disparatado».[5] Exigió a las autoridades bávaras que sofocaran la rebelión de inmediato o, de lo contrario, se vería obligado a hacerlo él.

A las 2.50 horas,[6] más de cuatro horas después de dejar la cervecería, los tres mandatarios bávaros enviaron un comunicado conjunto a todas las emisoras de radio del Reich:

> El comisionado general del Estado[7] Von Kahr, el general Von Lossow y el coronel Von Seisser rechazan el golpe orquestado por Hitler. Queda anulada cualquier declaración obtenida por la fuerza durante el acto celebrado en la Bürgerbräukeller. Puede que los nombres de los arriba firmantes sean usados de forma indebida (usurpados) y se ruega, por tanto, extremar las precauciones.

Los mandatarios bávaros redactaron también un texto más largo para los carteles oficiales en el que acusaban a Hitler de haberlos «engañado y haber incumplido su palabra»,[8] y se comprometían a castigar con la máxima dureza esa traición.

El Partido Nazi, así como todas las organizaciones aliadas de la Kampfbund, fue ilegalizado y disuelto. La resolución de Kahr, conocida como Ordenanza n.º 264,[9] decretaba también la confiscación de todo el patrimonio de las organizaciones prohibidas, incluyendo divisas, armas, equipamiento militar y vehículos, y establecía penas de hasta quince años de cárcel para sus afiliados. De acuerdo con una orden posterior,[10] el general Ludendorff, Hitler y sus partidarios debían ser detenidos «en el acto».

Se imprimieron con rapidez, y se distribuyeron por toda la ciudad, una serie de proclamas en contra de Hitler, que, sin embargo, tuvieron que competir con los carteles que los nazis estaban pegando para anunciar la instauración del régimen liderado por Hitler, Ludendorff, Kahr, Lossow y Seisser. Los hombres del líder nazi les llevaban una ventaja considerable en la batalla por el control de los quioscos.

Por si esto fuera poco, el triunvirato tendría que intentar desmentir también las informaciones de los periódicos que estaban a punto de llegar a las calles. Adolf Schiedt —el director del *Münchener Zeitung* y el encargado de escribir los discursos de Kahr — había advertido que la prensa sólo publicaría lo que sus redactores hubieran presenciado en la cervecería, esto es, los discursos de los tres líderes bávaros en los que éstos daban su apoyo a la revolución. Dicho de otra manera, los habitantes de Múnich tendrían ocasión de leer esa mañana un sinfín de informaciones en las que se daría cuenta de la alianza entre Kahr, Lossow, Seisser y Hitler, pero no verían una palabra acerca de sus desmentidos oficiales. Schiedt les conminó a que detuvieran las rotativas para evitar el «gravísimo riesgo»[11] de desconcertar a todo el país.

Aunque las autoridades bávaras coincidieron en que era una buena idea, nadie parecía estar dispuesto a mover un dedo en medio del caos reinante. En algún momento entre las tres y las cuatro de la madrugada, Schiedt pudo por fin llegar hasta el teléfono y llamar a Hans Buchner, dueño del *Münchener Zeitung* y el presidente de la asociación de la prensa de Múnich. Le comunicó que «se prohibía la publicación de todos los diarios de la mañana»[12] y le pidió que transmitiera esa orden a sus colegas junto con la advertencia de que quienes la contraviniesen serían castigados con pena de muerte.

La respuesta del dueño del *Münchener Zeitung* no ha quedado registrada, pero sí se sabe que al poco rato empezó a llamar obedientemente a sus compañeros de la asociación. Despertó a Fritz Gerlich, el director del *Münchner Neueste Nachrichten*, que se había ido a la cama después de la conferencia de prensa ofrecida a medianoche en los archivos del cuartel de la policía.

Gerlich le dijo que de su periódico se habían imprimido ya unas treinta mil copias y que estaban a punto de ser distribuidas. A esas alturas era imposible detener el proceso. Por mucho que quisiera, no iba a poder cumplir la orden.

El director llamó después[13] a Ernst Pöhner para quejarse de ese ataque inesperado a la libertad de expresión, pero su interlocutor parecía tan sorprendido como él por la noticia.

Pöhner, que inmediatamente después de la conferencia de prensa se había echado una cabezada y acababa de despertarse, le aseguró que él no había dado esa orden. Y estaba seguro de que Kahr tampoco la habría emitido. Tenía que ser un error. Incapaz de conciliar el sueño, intentó llamar[14] a Wilhelm Frick, su mano derecha.

El oficial al cargo de la centralita le dijo que un sinfín de personas habían estado preguntando por Frick, pero que éste no estaba ni en su despacho ni en su apartamento; de hecho, nadie sabía dónde se encontraba.

Pocos minutos después, Gerlich volvió a llamar a Pöhner. Le comunicó que, tras hacer unas cuantas pesquisas, estaba en condiciones de afirmar que la orden de detener las rotativas había partido del despacho de Kahr. Pöhner se quedó anonadado. Kahr era un viejo amigo suyo y le parecía imposible que hubiese emitido un comunicado como aquél sin informarlo primero. Aun así, empezó a preocuparse. ¿Dónde estaba Frick? No era propio de él dejar su puesto de trabajo sin comentárselo a sus subordinados.

Mientras daba vueltas a todo aquello, sonó el timbre de la puerta.[15] Era Max von Scheubner-Richter, que tenía instrucciones de acompañar a Pöhner hasta el Ministerio de la Guerra. Le dijo que algo había salido mal y que Hitler lo necesitaba de inmediato.

15

«¡NO SOY NINGÚN COBARDE!»

Me temo que tu sueño[1] se desvanecerá muy pronto.
EBERHARDT KAUTTER
a un partidario
del complot Hitler-Ludendorff

Una de las primeras cosas que acordaron las autoridades bávaras tras reunirse en el cuartel de infantería fue la detención de Wilhelm Frick.[2] Hacía tiempo que el coronel Josef Banzer, comandante de la policía estatal de Múnich, y el mayor Sigmund von Imhoff, jefe de su Estado Mayor, desconfiaban de las motivaciones de Frick y, por lo tanto, estaban más que encantados de poder cumplir esa orden. La complejidad que entrañaba su misión[3] quedó allanada cuando, a eso de las tres y media de la madrugada, Frick entró en su despacho para preguntar si se sabía algo nuevo de los tres mandatarios bávaros.

Mientras Banzer conversaba con él, Imhoff salió discretamente en busca de refuerzos. Cuando volvió y Frick hizo ademán de acercarse a la puerta para abandonar el despacho, Imhoff se interpuso en su camino.

—Lo siento mucho, Herr Frick,[4] pero debo cumplir con mi deber —le dijo.

Banzer le aclaró lo que eso significaba: que estaba detenido.

—¿Quién lo ordena? —preguntó Frick.

—El gobierno.

—¿Qué gobierno, coronel?[5]

Frick se quedó atónito al escuchar la respuesta. ¿De verdad ésas eran órdenes de Gustav von Kahr, el mismo hombre que tan sólo cuatro horas antes había prometido dar su apoyo al régimen de Hitler?

Imhoff llamó a dos policías para que escoltaran a Frick hasta otra sala. La siguiente misión que se les había encomendado era detener a Pöhner.

Cuando Scheubner-Richter y Pöhner llegaron al Ministerio de la Guerra,[6] se encontraron todas las estancias y los pasillos del edificio repletos de soldados fumando, charlando o intentando echar una cabezada. En la tercera planta, Hitler estaba conversando con Röhm, acusando al general Von Lossow de haberlos traicionado. Prácticamente todos los presentes se mostraron de acuerdo con él a excepción de Ludendorff, que aún se negaba a creer que un oficial del ejército alemán hubiera incumplido su palabra.

Hitler confiaba en que el arte de la persuasión pudiera sacarlos del atolladero en el que se encontraban. Pronto habría cerca de cien mil carteles oficiales del nuevo régimen pegados por toda la ciudad. Demagogos exaltados como Julius Streicher no tardarían en salir a las calles para ofrecer sus discursos[7] y se convocarían cerca de catorce mítines. Hermann Esser publicaría artículos y difundiría proclamas. El *Völkischer Beobachter* y otros diarios llevarían las noticias del *putsch* a las mesas del desayuno de todos los hogares muniqueses. «Propaganda y nada más que propaganda»,[8] dijo Hitler.

En las nuevas oficinas del partido, en la sucursal bancaria que habían ocupado, Esser se dedicaba en cuerpo y alma precisamente a eso. El texto que estaba a punto de entregar a la prensa, así como la rapidez con la que fue capaz de redactarlo a pesar de encontrarse enfermo, le valieron la admiración de los partidarios del líder nazi:

> La revolución de los criminales de noviembre llega hoy a su fin. [...] Han pasado ya cinco años desde aquel día en que una pandilla de desertores cobardes y miserables huidos de nuestras cárceles apuñalaron por la espalda al heroico pueblo alemán. Los traidores de la patria mintieron a nuestros ingenuos ciudadanos y les prometieron paz, libertad, belleza y dignidad. [...] ¿Y qué frutos ha dado todo eso?

Esser continuaba describiendo el hambre y las privaciones que había padecido el pueblo, sometido a la explotación despiadada de «los especuladores, los estafadores, los políticos corruptos» y todos los mandatarios criminales de Berlín que decidieron regalar las posesiones del país. Diecisiete millones de alemanes habían sido «arrancados de nuestros brazos y deshonrados de forma humillante» como consecuencia de la paz de Versalles. Y el hecho de que «el antiguo dueño de un prostíbulo», dijo en clara referencia al presidente Ebert, hubiera usurpado «el título de presidente del Reich» era «una mancha en el honor del pueblo y de la república alemanes».

«Hay que ser idiota[9] para esperar ayuda de sitios así.»

Sin embargo, a pesar del triunfalismo arrollador que transmitían sus palabras, Esser estaba preocupado. Después de dejar una copia del comunicado en las oficinas del periódico —donde Alfred Rosenberg lo estaba[10] esperando con ansiedad—, se dirigió al estudio de fotografía que su amigo Heinrich Hoffmann tenía en la acera de enfrente para compartir con él sus inquietudes.

Según Hoffmann, cuando se sentó en el sofá dijo: «Se terminó».[11] Y después añadió que el principal error de Ludendorff y Hitler había sido permitir que los mandatarios bávaros se fueran de la cervecería. Lossow conseguiría el apoyo del ejército —y Seisser, el de la policía estatal— y responderían con un potente ataque militar. Los nazis, por su parte, se estaban desmoronando.

En efecto, a medida que pasaban las horas, el *putsch* parecía estar haciendo aguas, minado en gran medida por la falta de organización, las decisiones precipitadas y una tendencia a la

improvisación más chapucera que delataba, a su vez, un desprecio absoluto por los detalles.

La falta de coordinación en materia de comunicaciones y la predilección por los discursos prolijos y las soflamas grandilocuentes tampoco contribuyeron en nada al éxito de la empresa. Por otro lado, el cambio de planes de última hora que obligó a adelantar la operación al 8 de noviembre no les permitió organizarse adecuadamente ni tampoco, por supuesto, asegurarse las alianzas necesarias. Como consecuencia de todo esto, el Partido Nacionalsocialista no logró forjar una base de apoyo lo bastante sólida para poder contrarrestar los inmensos recursos militares, industriales y económicos que se utilizarían en su contra.

Hitler y los demás responsables del *putsch* estaban atrapados en una fantasía irreal: eran incapaces de distinguir la realidad de sus deseos, y eso les impidió darse cuenta de que los mandatarios bávaros jamás cooperarían con ellos. Para las seis de la mañana, sin embargo, no les quedaría otro remedio que aceptar los hechos.

Y fue un viejo conocido, el coronel Ludwig Leupold —un militar de cincuenta y cinco años que ocupaba el puesto de instructor en la Academia de Infantería de Múnich— quien les abrió los ojos. Después de que lo despertaran en mitad de la noche para comunicarle que el general Ludendorff deseaba hablar con él, Leupold se presentó[12] en el Ministerio de la Guerra. Tras una larga espera, lo condujeron a una sala en la que se encontraban Hitler y Ludendorff. Este último expresó su frustración por el hecho de que Lossow llevara más de siete horas haciéndoles esperar. Nadie atendía las llamadas telefónicas y los mensajes no recibían respuesta. Ludendorff le preguntó abiertamente por el paradero de Lossow.

Leupold les confirmó que el general no iría al Ministerio de la Guerra y aseguró que ya había dado órdenes para que el ejército se posicionase en contra de Hitler y sus partidarios. Según declararía

más tarde, Ludendorff parecía no dar crédito. Debía de ser la única persona que no se había percatado aún de que Lossow no iba a presentarse ante ellos.

Ludendorff le pidió después al instructor que mediase para conseguir que Lossow se atuviera a su palabra. Sin embargo, antes de que la reunión concluyese, Hitler estalló de rabia y empezó a gritar que llevaba cuatro años trabajando por el país y que estaba «preparado para luchar por [su] causa. ¡No soy ningún cobarde!», bramó. En cuanto a Lossow, dijo que si se atrevía a destruir el trabajo que él había hecho por Alemania, perdería su «derecho a existir».[13]

Pero, pese a las bravatas, el líder nazi debió de comprender que a sus hombres les resultaría muy difícil defender el Ministerio de la Guerra si el Reichswehr se movilizaba. Decidieron trasladarse[14] a la Bürgerbräu. Los protagonistas del *putsch* volverían al escenario en el que se urdió y allí, en el territorio natural de Hitler, se prepararían para un enfrentamiento final con las autoridades, fuese éste del tipo que fuese. Los nazis carecían de programa de acción —no digamos ya de alternativa o plan de emergencia— en caso de que la intentona fracasara. Tendrían que improvisar de nuevo.

De camino a la cervecería, Hitler pasaría por su apartamento para cambiarse. Ludendorff y otros cabecillas se encontrarían con él en la Bürgerbräukeller. A Röhm le ordenaron que se quedara en el Ministerio de la Guerra para conservarlo costase lo que costase.

16

EL MOMENTO DECISIVO

> Cuando la gente le ofrecía consejo[1] o le hacía alguna advertencia, él solía contestar: «Lo haré a mi manera». Pero ni él mismo sabía o imaginaba hasta dónde podía llevarlo esa manera.
>
> MARGARETHE LUDENDORFF

Después de una noche larguísima, los cerca de mil hombres,[2] entre guardias de asalto y efectivos de la Kampfbund, que había desplegados en la cervecería empezaron a caer al suelo rendidos, a echarse sobre las mesas o a tumbarse en las sillas. A los más afortunados los esperaba un desayuno a base de pan negro, queso, salchichas[3] y café solo; productos que en su mayoría habían sido robados del restaurante situado al otro lado de la calle. Hitler, por su parte, había tomado dos huevos fritos, dos lonchas de hígado embutido, un par de rebanadas de pan y una taza de té.

Larry Rue, un corresponsal extranjero que había pasado la noche entera en las oficinas del *Völkischer Beobachter*, pudo acceder esa mañana al interior de la cervecería y, al ver el local cubierto de comida, provisiones y munición, lo primero que le vino a la cabeza fue la imagen de un campo de batalla. Los más jóvenes habían empezado a hacer maniobras en el jardín y, a pesar del hambre y el cansancio, casi todos creían que el *putsch* contra la república había triunfado. Hitler, Ludendorff y un reducido grupo de asesores se habían recluido en un pequeño comedor privado de la segunda planta. La atmósfera lúgubre que se respiraba allí dentro contrastaba

con el optimismo de los hombres que se encontraban fuera. «La cosa pinta muy mal para nosotros»,[4] le había confesado Hitler a su guardaespaldas, Ulrich Graf, esa misma mañana.

Envuelto en una nube de olor a tabaco rancio y humo, Ludendorff —que aún vestía americana de *tweed*— acariciaba con las manos una copa de vino tinto. Un corresponsal de *The New York Times* tuvo ocasión de ver a Hitler inclinado sobre un plano de Múnich con aspecto de estar «claramente nervioso y agotado».

Hitler se presentaba como el caudillo de la nueva dictadura, pero —como señaló el corresponsal de *The New York Times*— «en absoluto parecía estar a la altura de ese papel». No era más que un «hombre canijo, que iba despeinado y sin afeitar, con una gabardina vieja y una pistola en la cintura, y que estaba tan ronco que apenas podía hablar». Ludendorff, por su parte, se mostraba «extremadamente cordial», aunque se le veía también «preocupado e inquieto mientras hablaba con Hitler y otros asesores políticos». El general manifestó su deseo de conseguir el reconocimiento de Inglaterra, pero de lo que hablaba más que de ninguna otra cosa era de «la gloria que aguardaba a la nueva Alemania».[5]

Era obvio que Hitler y Ludendorff diferían sobre la naturaleza del dilema al que se enfrentaban y sobre cuál era la mejor manera de resolverlo. El respeto que Hitler sentía por el general no hacía más que disminuir. Ya no se comportaba con ese servilismo que, según dijo un colega suyo, lo asemejaba a un ordenanza atendiendo a un general o a un camarero sirviendo a su mejor cliente. ¿Culpaba a Ludendorff por haber dejado que los mandatarios se fueran de la cervecería?

Lo único que dijo Hitler fue que le habría gustado hablar con Kahr, Lossow y Seisser una vez más. Ludendorff respondió al reproche señalando que él, por su parte, jamás debería haber encerrado a aquellos tres hombres en el salón privado a punta de pistola. En su opinión, los tres bávaros estaban a favor del *putsch*.

Ésa era, en todo caso, la situación en la que se encontraban en aquel momento: con unas perspectivas cada vez menos halagüeñas, con los ánimos por los suelos y con unos cabecillas paralizados e incapaces de tomar una decisión. Hitler insistió en su idea de montar una campaña de propaganda y envió al violento antisemita Julius Streicher a las calles de Múnich para que «hablara en cada esquina» si fuera necesario. Y luego puso a Göring y a Max Amann al frente de un operativo para que las Tropas de Asalto recogieran los carteles de las imprentas y los pegaran por toda la ciudad.

Con el fin de reunir el dinero que con tanta urgencia necesitaban para pagar a sus partidarios, Hitler ordenó que algunos hombres asaltasen dos establecimientos: Firma Parcus,[6] en la Promenadeplatz —cuyos propietarios eran judíos—, y E. Mühlthaler y asociados, en Dachauer Strasse. Ambos negocios se dedicaban a la impresión de papel moneda y fueron elegidos porque eran el mejor lugar para conseguir una buena cantidad de dinero en un tiempo récord.

Los guardias de asalto regresarían poco después con 14.605 billones[7] de marcos en veintitrés cajas de madera. Cuando las apilaron encima del escenario, donde antes había estado tocando la orquesta, casi llegaban al metro y medio de altura. En realidad, la orquesta seguía ahí, pero ya sólo tocaba a ratos y sin demasiada convicción. Los intérpretes estaban cansados y hambrientos, y no paraban de lamentarse porque tenían sobradas razones para sospechar que no recibirían un solo marco del botín.

La última orden que dio Hitler lo distanció aún más si cabe de Ludendorff: mandar a un emisario personal[8] a Berchtesgaden para que intercediese ante el príncipe Ruperto y le hiciese ver que sólo él podía conseguir el apoyo de Kahr. Aunque se sabía que Ludendorff era contrario a la dinastía católica de los Wittelsbach, Hitler pensaba que la ayuda del príncipe podía ser un factor decisivo en el éxito del *putsch*.

Aquella mañana gélida y nubosa, la nieve seguía cayendo.[9] Salvo por unas cuantas personas que se dirigían apresuradamente al trabajo, como cualquier otro viernes, las calles estaban vacías. La ciudad de Múnich no parecía,[10] desde luego, estar sufriendo los estragos de un estallido revolucionario.

La mayoría de sus habitantes se habían enterado de lo ocurrido en la Bürgerbräu por la prensa. El diario nazi *Völkischer Beobachter* abría su edición con el titular «EL TRIUNFO DE LA ESVÁSTICA», y celebraba la victoria de Hitler sobre «cinco años de humillación insoportable» perpetrada por los judíos y el régimen judío. El diario afirmaba también que una nueva era daba comienzo. Al parecer, el águila del Imperio alemán estaba a punto de remontar el vuelo.

Alfred Rosenberg había preparado la edición de esa mañana con sumo cuidado. Dedicó elogios a todos los cabecillas de la revolución: por descontado a Hitler y Ludendorff, pero también a los mandatarios bávaros que los habían acompañado en el escenario de la cervecería. A Kahr se lo describió como un funcionario modélico, fiel a su país y a su pueblo; a Lossow lo presentaban como un «líder militar intrépido», y de Seisser se dijo que su trabajo y su apoyo inquebrantable habían contribuido decisivamente al despertar de la «nueva Alemania nacionalsocialista».[11] Eran hombres que estaban a punto de hacer historia.

Los primeros ejemplares de la mañana desaparecieron rápidamente. El *Münchner Neueste Nachrichten*, el diario más influyente de Múnich, ofrecía también una crónica vibrante[12] del aparente triunfo. Como ya había advertido Adolf Schiedt, el asesor de Kahr, al difundir unos hechos que habían ocurrido más de doce horas antes, la prensa daría aliento al incipiente *putsch* y haría creer a sus responsables que la causa no estaba del todo perdida.

Fuera de Alemania, las noticias del golpe llegaron a la mayoría de las redacciones europeas demasiado tarde para que pudieran ofrecer algo más que una somera pincelada. En París, el diario *Le Matin* señalaba que el general Ludendorff se había[13] proclamado dictador y que un grupo de fascistas muniqueses había encarcelado

a los representantes del gobierno bávaro. Según *Le Petit Parisien*, el temor a que los revolucionarios[14] rechazasen los términos del Tratado de Versalles era generalizado. El *Times* de Londres y otros muchos periódicos británicos alertaban de que Alemania[15] se encaminaba a una guerra civil.

Al otro lado del Atlántico, pudieron dar una información más completa gracias a la diferencia horaria. En uno de los seis artículos que dedicaba esa mañana al *putsch*, *The New York Times* informaba de que «las tropas bajo el mando de Adolph [sic] Hitler[16] habían iniciado una ofensiva contra Berlín». Gran parte de la prensa —tanto en Alemania como en el exterior— destacaba el papel del general Ludendorff, sin duda el personaje más célebre de toda la trama. El *Völkischer Beobachter* fue uno de los pocos periódicos que mencionó el nombre de pila del líder nazi.

Algunos diarios lo relegaban al papel de mero comparsa, como *The New York World*, que lo describió como un «ayudante de Ludendorff».[17] Otros reproducían mal su nombre, como el *Daily News*, que lo convirtió en «Hittler»,[18] o le atribuían erróneamente el rango de teniente, como el *New York Tribune*. La revista *Time* —por aquel entonces en su primer año de andadura— lo definió como un monárquico bávaro[19] y *La Croix* se refirió a él como «el general Hitler».[20]

Sin embargo, Hitler no era general ni ayudante de Ludendorff ni partidario de la monarquía y, desde luego, tampoco estaba camino de Berlín. Seguía en la segunda planta de la Bürgerbräu, dando vueltas como un loco, buscando la manera de recuperar el control de una revolución que amenazaba con desbocarse.

Mientras tanto, Ernst Röhm y otros oficiales de alta graduación estaban transformando el Ministerio de la Guerra en un fortín nazi. Lo acordonaron con alambradas, esparcieron objetos punzantes alrededor del perímetro y colocaron ametralladoras en las ventanas.

Había también efectivos montando guardia en los accesos o patrullando por el patio. Dentro del edificio, en la sala de guerra, seguían a la espera.

Hacía horas que no llegaba ninguna orden dictada por Hitler y Ludendorff. Tampoco Pöhner había enviado mensaje alguno desde el cuartel general de la policía, al que había ido para localizar a Frick por orden de Hitler, y no se sabía nada del general Von Lossow, que debería estar ya allí. Röhm se sentía, como él mismo declaró después, «solo, abandonado y desconcertado por el curso de los acontecimientos».[21]

Desesperado por la falta de noticias, Röhm tendría que enfrentarse muy pronto a la nutrida fuerza del Reichswehr, que había sido movilizada por el general Jakob von Danner y, al parecer, se dirigía al Ministerio de la Guerra. Algunas de esas tropas avanzaban ya por la Ludwigstrasse: dos batallones de infantería, tres baterías de artillería y dos compañías con baterías de mortero, así como ocho vehículos acorazados y un numeroso destacamento de la policía estatal. Se habían desplegado francotiradores por los puntos más estratégicos y allí, apostados en las azoteas de los edificios cercanos y en las ventanas de los pisos más altos, también ellos esperaban órdenes.

A pesar de las iniciativas para reprimir el *putsch*, Hitler todavía tenía a su disposición más hombres y armas que las autoridades muniquesas. Las Tropas de Asalto y las fuerzas de la Kampfbund contaban entre las dos con cerca de cuatro mil hombres;[22] el gobierno, por su parte, tan sólo disponía de dos mil seiscientos efectivos, de los cuales cerca de mil ochocientos pertenecían a la policía estatal.

No obstante, de los alrededores de Baviera estaban llegando refuerzos abundantes. Las unidades de la policía se apostaban ya en los puentes y en las vías de acceso a la ciudad que habían sido

tomados con anterioridad. El líder nazi estaba perdiendo su inicial ventaja numérica.

En el pequeño comedor privado de la segunda planta, Hitler, Ludendorff y el resto de su equipo discutían la estrategia a seguir. El teniente coronel Hermann Kriebel, comandante de la Kampfbund, definió la situación como «desesperada» y aconsejó una «retirada ordenada».[23] Göring se mostró de acuerdo con él, siempre y cuando pudieran aprovechar la oportunidad para reagruparse y volver a atacar en otro momento más propicio.

Mientras tanto, podían establecer una nueva base de operaciones en Rosenheim,[24] una pequeña localidad a unos sesenta y cinco kilómetros al sur de Múnich, muy cerca de la frontera con Austria. La ciudad era un importante bastión nazi: en ella se había fundado la primera delegación del partido fuera de Múnich y Göring la conocía muy bien porque había nacido y crecido allí.

En un primer momento, Hitler dio su apoyo al plan. Pero después empezó fantasear con la posibilidad de que la situación diera un vuelco gracias a la intervención del príncipe heredero y a la campaña propagandística. Ludendorff, por su parte, estaba en contra tanto de la pasividad que propugnaba Hitler como del plan de retirada a Rosenheim que sugería Göring, del que dijo despectivamente que era como arrojar la revolución nacional a la cuneta de un «camino de barro»[25] en mitad de la nada.

Poco después de las once de la mañana llegaron informaciones[26] de que la policía estatal estaba cortando los puentes sobre el río Isar que daban acceso a la ciudad. Los cabecillas del *putsch* tendrían que tomar pronto una decisión. No podían quedarse en la cervecería o, de lo contrario, acabarían sitiados como Röhm.

Ludendorff propuso organizar una manifestación o una demostración pública de fuerza. Debían marchar por las calles de la ciudad con sus seguidores, animando a la ciudadanía a unirse a ellos o, cuando menos, a que los aplaudieran. Así acabarían también con la situación de letargo y aburrimiento en la que se encontraban sus hombres después de tanto tiempo en la cervecería de brazos

cruzados y sin rumbo. No hay nada tan dañino para la moral de un grupo como sentarse a esperar mientras el enemigo se fortalece y sigue avanzando.

Tal vez la muestra de apoyo popular sirviera para que Kahr, Lossow y Seisser reconsiderasen su posición. Supusieron, asimismo, que el ejército no se atrevería bajo ningún concepto a abrir fuego contra una concentración encabezada por alguien como el general Ludendorff. Como él mismo le había dicho a un colega el día anterior: «Los cielos se abrirán antes de que las tropas se atrevan a dispararme».[27] Y cabía la posibilidad también de que los soldados se uniesen a la causa nazi. Con un poco de suerte, el nuevo empuje del movimiento nacionalista podría valer para llevar a Hitler a Berlín, igual que había servido para catapultar a Mussolini hasta Roma.

El tiempo para las dudas y las indecisiones se había agotado, dijo Ludendorff. «Es hora de marchar.»[28]

17

EN EL PATIO

> Como soy una persona[1] perversa e inmadura, la guerra y el caos —lo quiera o no— me seducen mucho más que la vida ordenada de cualquier burgués respetable.
>
> Capitán Ernst Röhm

Göring procedió a dar instrucciones a Josef Berchtold, el comandante de las Stosstrupp Hitler, para que llevase a cabo una última operación. Tenían la orden de capturar a Eduard Schmid, el alcalde de Múnich, y a todos los concejales del Partido Socialdemócrata o, como lo llamaba el teniente coronel Kriebel, «el partido de rojos más rojo de todos».[2]

Sin embargo, el avance de esos cerca de cincuenta hombres[3] hacia el centro de la ciudad se vio interrumpido por el mismísimo Julius Streicher, el orador que Hitler había elegido especialmente para ejecutar su campaña propagandística. El mitin que estaba dando en la Marienplatz, la plaza más grande de Múnich, había causado un atasco impresionante.

El nuevo gobierno «¡colgará a los especuladores judíos de las farolas!»,[4] gritaba Streicher desde el asiento trasero de un coche descapotable. Hitler cerraría todas las bolsas «judías» y nacionalizaría la banca. Prometió pan para los hambrientos y ley para los sinvergüenzas que, más que gobernarlos, habían estado estafándolos. «¡Se acabaron las humillaciones!», chillaba.

Después de sortear al público, gran parte del cual no paraba de corear *«Heil, Hitler! Heil, Ludendorff!»*,[5] el destacamento de las Stosstrupp Hitler[6] pudo por fin llegar al ayuntamiento.

Berchtold seleccionó a doce hombres armados con automáticas y rifles, entró en el edificio,[7] subió la escalera como una exhalación e irrumpió en una de las salas gritando que todos los miembros del consistorio quedaban detenidos. A continuación ordenó que los socialistas, los marxistas y los judíos se pusieran en pie. Nadie se movió.

En cambio, uno de los concejales, el vicealcalde Hans Küffner, tuvo el valor de preguntar: «¿Qué es para usted un socialista?».[8]

Cogieron por el cuello a aquel hombre de sesenta y dos años y lo arrojaron contra la pared. Al concejal Albert Nussbaum[9] lo agarraron de la muñeca y de la parte de atrás de la chaqueta y le pusieron una pistola en la sien izquierda. Todos los concejales fueron sacados a la calle a rastras, y obligados a pasar delante de una multitud enardecida por las soflamas demagógicas que acababan de escuchar. Los escupieron, los zarandearon y los insultaron, al tiempo que animaban a sus captores a que les dieran su merecido.

Heinrich Hoffmann, un antiguo fotógrafo aéreo que trabajaba como retratista personal de Hitler desde hacía tan sólo dos meses, había llegado a la plaza un rato antes con su cámara y sus placas de cristal, y tuvo ocasión de hacer una instantánea[10] escalofriante del momento en que el alcalde y los siete concejales eran introducidos en el camión que los llevaría a la Bürgerbräu.

En mitad de todo ese revuelo, cuando dieron las once de la mañana, los bufones y caballeros del Rathaus-Glockenspiel se pusieron a danzar automáticamente.

A menos de un kilómetro y medio en dirección norte, las tropas del Reichswehr continuaban avanzando hacia el Ministerio de la Guerra, tomado por los rebeldes. La policía estatal protegía los flancos y la

retaguardia. En las ventanas de los inmuebles más cercanos se habían colocado ametralladoras que apuntaban a la entrada principal del edificio de piedra.

Los hombres de Röhm conservaban sus posiciones en torno al ministerio y el patio. Uno de ellos, Heinrich Himmler, izó un estandarte de la Reichskriegsflagge en la barricada de alambre que cortaba la Ludwigstrasse. De las ventanas asomaban armas automáticas dirigidas al ejército enemigo. Sus hombres, dijo Röhm con orgullo, iban a ser «hermanos de sangre hasta la muerte».[11]

Cuando vio que la situación llegaba a un punto muerto, el oficial del Reichswehr al frente de la operación, el general Von Danner, envió a una delegación de negociadores con banderas blancas[12] para intentar hacer entrar en razón a los sublevados y ofrecerles una última oportunidad de abandonar el local pacíficamente.

Uno de los componentes de la comitiva era el general de división Franz Xaver Ritter von Epp, antiguo comandante y mentor[13] del capitán Röhm. Epp había ayudado a reducir el levantamiento comunista del año 1919 al frente de la unidad más potente de los Freikorps —la Freikorps Epp— y había recaudado[14] cerca de sesenta mil marcos para que el Partido Nazi pudiera fundar su propio periódico. En otras palabras: era una figura con un prestigio enorme en los círculos de la extrema derecha.

Rodeados por una multitud de curiosos, muchos de los cuales enseñaban amenazadoramente sus puños a los negociadores, Epp y sus compañeros atravesaron la línea de hombres que montaban guardia frente al Ministerio de la Guerra y entraron en el edificio.

Algunas personas pudieron escuchar a los negociadores diciéndole a Röhm que no tenía sentido resistirse.[15] Kahr, Lossow y Seisser estaban decididos a hacer caer sobre los golpistas todo el peso del Estado. Röhm se encontraba «en clara desventaja numérica y armamentística»,[16] dijo Epp, y no le quedaba otra opción que rendirse. Pero Röhm se negó: tenía una misión que cumplir y sólo se replegaría si lo ordenaba Ludendorff.

Uno de los negociadores adujo que, en realidad, los sublevados ya habían ganado, puesto que el gobierno de Berlín había activado el artículo 48 y se le habían otorgado poderes especiales al general Von Seeckt. Les prometieron una «rendición honrosa».[17]

Röhm solicitó verse con su comandante, el general Von Danner, y un alto el fuego de dos horas para que les diera tiempo a mantener una conversación en el cuartel que la policía estatal tenía en la Türkenstrasse. Sin embargo, pocos minutos antes de salir hacia allí, se oyeron algunos disparos[18] en el exterior del ministerio.

Por supuesto, hubo una controversia enorme en torno a quién disparó primero. Según el mando del Reichswehr, los disparos se efectuaron en un ala ocupada por los hombres de Röhm, los cuales, a su vez, acusaron al ejército de haberse desplegado en la tercera planta de un garaje situado frente a la parte trasera del ministerio. Años después, sin embargo, Röhm admitió que el responsable de los disparos podría haber sido alguno de los fanáticos que había entre sus hombres.

Los primeros tiros aislados dieron paso a varias ráfagas: sólo de parte de la policía se efectuaron diecisiete disparos.[19] Dos soldados del Reichswehr[20] que se encontraban parapetados detrás de un muro en la cercana Kaulbachstrasse resultaron heridos. Uno de los hombres de Röhm —un joven empleado de banca llamado Martin Faust—[21] también fue alcanzado en el patio oriental[22] del ministerio. La bala le entró por detrás de la oreja derecha y cayó de bruces al suelo.

El teniente Theodor Casella, el superior de Faust, levantó la mano derecha[23] y pidió a gritos que cesara el fuego. Se acercó desarmado al cuerpo de Faust y recibió un disparo en el muslo. Himmler y sus hombres consiguieron rescatarlos a los dos. Faust estaba ya muerto y Casella fallecería esa misma tarde después de ser evacuado a la Klinik Josephinum. El *putsch* de la cervecería se había cobrado sus primeras víctimas.

18

LA LEGIÓN EXTRANJERA DE HITLER

> No sigan adelante[1] con esto, Herr Rosenberg. Es un auténtico suicidio.
>
> ADOLF MÜLLER, cajista

A Ernst Pöhner, el exdirector de la policía de Múnich, se le había encomendado la elaboración de un plan para que el gobierno de Hitler acabase con la inflación galopante. Uno de los objetivos prioritarios era detener la «fuga de capitales por parte de la población judía y demás enemigos políticos».[2] Se había convocado una reunión a las ocho de la mañana para discutir los detalles. Sin embargo, Pöhner no se presentó.

Cuando Marc Sesselmann llamó a su apartamento para hablar con él, Margarethe —la mujer de Pöhner— cogió el teléfono claramente alterada. «¿Es que no se ha enterado todavía?», le preguntó. Kahr había retirado su apoyo a Hitler. Los hombres del líder nazi habían sido traicionados y su marido había sido puesto a disposición policial. Las autoridades habían estado ya en su apartamento, habían rebuscando en todos los cajones «como unos auténticos cerdos» y se habían llevado todo lo que habían encontrado en los archivadores. «Escóndanse. ¡No hay nada que hacer!»,[3] le aconsejó.

Pöhner, en efecto, había sido detenido[4] esa mañana. Tras enterarse de la negativa del triunvirato a apoyar el *putsch*, Hitler lo había enviado al cuartel general de la policía para que recurriese a sus contactos y tomase el control del edificio. Sin embargo, los

oficiales de la policía estatal Banzer e Imhoff lo habían detenido al instante, igual que habían hecho con Frick. Según Pöhner, aquello supuso para él «un verdadero mazazo».[5]

Sólo quedaban ya dos focos de resistencia nazi: la cervecería y el Ministerio de la Guerra. Pero ¿en cuál de ellos se encontraban[6] Hitler y Ludendorff?, preguntaba el diario *Berliner Tageblatt* en su edición matutina. Aún se desconocía ese detalle cuando el periódico llegó a las rotativas.

Poco antes de que dieran las doce del mediodía, unos dos mil hombres[7] se congregaron a las puertas de la Bürgerbräu y trataron de colocarse en formación aunque de manera un tanto caótica. Por delante de ellos iban dos abanderados: el primero llevaba un estandarte sobre cuyo fondo negro, rojo y blanco destacaba una esvástica, y el segundo, la enseña de la Bund Oberland con el *edelweiss* de color blanco sobre un diamante azul.

Inmediatamente detrás de ellos se encontraba Adolf Hitler, con la gabardina puesta, el sombrero arrugado en la mano y la Browning al costado. A su izquierda[8] estaba Scheubner-Richter y a su derecha el general Ludendorff. Por detrás tenían al teniente coronel Kriebel, a Ulrich Graf y a Hermann Göring. El grupo de manifestantes estaba a punto de embarcarse en lo que Hitler llamaría después «la decisión más desesperada y temeraria de toda mi vida».[9]

Cuando Rosenberg llegó de las oficinas del *Völkischer Beobachter* para ocupar su puesto cerca de la cabecera de la manifestación, su viejo amigo Scheubner-Richter le dijo: «La cosa no pinta bien».[10] El mismo Scheubner-Richter también le confesó a Hitler un poco más tarde que tenía miedo de que aquélla fuera la última vez que paseaban juntos.[11]

La nieve que caía desde primera hora de la mañana se había detenido y unos débiles rayos de sol[12] trataron de abrirse paso a través de la capa grisácea que cubría el cielo: el amanecer de la Alemania libre,[13] como dijo uno de los manifestantes. La policía estatal llevaba horas movilizando a sus efectivos y desplegándolos por diversos puntos de la ciudad con el fin de garantizar el control

de la estación de tren, la central telefónica y la oficina de telégrafos. El gobierno legítimo conservaba también el cuartel general de la policía, que Hitler había intentado tomar sin éxito.

Pero Göring tenía un plan para neutralizar la ventaja cada vez mayor que el Reichswehr y la policía les sacaban: quería que el alcalde y los concejales,[14] a los que tenían secuestrados, los acompañasen en la manifestación. Si la policía se atrevía a disparar, Göring amenazaría con «ejecutar a los rehenes».[15] Y si la policía cooperaba, siempre podrían servir como moneda de cambio para conseguir la liberación de Pöhner y Frick. Cuando se enteró de esa maquinación, Josef Berchtold, el responsable de las Stosstrupp Hitler, o alguien que se encontraba cerca de él, replicó que los rehenes no «valían ni una bala»[16] y propuso, en cambio, que sus hombres los lincharan. Hitler, sin embargo, zanjó la discusión y ordenó que los prisioneros regresaran[17] a la Bürgerbräu. No quería mártires.[18]

Más o menos a esa hora, la edición del mediodía del *Münchener Zeitung* llegó a los quioscos. Poco antes de que entrara en las rotativas, el director y Adolf Schiedt —la persona encargada de redactar los discursos de Kahr— habían conseguido añadir una nota en la que informaban del rechazo al *putsch* por parte de los mandatarios bávaros. El periódico publicaba también un editorial breve en el que criticaban a Hitler por sus engaños y por haber faltado a su palabra. «EL *PUTSCH* DE HITLER: UNA AGRESIÓN A KAHR»,[19] rezaba el titular. El Estado bávaro estaba dispuesto a imponer su autoridad.

Los manifestantes nazis —en su mayoría hambrientos y con resaca después de la larga noche que habían pasado en la cervecería— pusieron rumbo al noroeste, hacia el centro de la ciudad, mientras hacían ondear las esvásticas y cantaban su himno, el *Sturm-Lied*: «¡Despierta, Alemania! ¡Rompe tus cadenas!». Su compositor era Dietrich Eckart, la persona que había traducido y adaptado la obra *Peer Gynt*, de Ibsen. A Eckart no le había sido

posible asistir al asalto a la cervecería y ahora contemplaba la marcha desde la acera, no muy lejos de la estación de trenes de Isartor.

Al margen de unos cuantos embotellamientos, el tráfico fluía con normalidad y los tranvías recogían y dejaban a la gente en las paradas para que continuaran con las rutinas habituales de un viernes por la mañana. Los manifestantes atravesaron un escenario surrealista. Según el teniente coronel Kriebel, los simpatizantes nazis los seguían «igual que un enjambre de abejas».[20] Los vendedores callejeros ofrecían sus productos a una multitud que parecía estar ya festejando la victoria, mientras los músicos tocaban las trompetas y golpeaban los tambores.

Hans Hinkel, uno de los manifestantes, recordaría años más tarde «el entusiasmo desbordante» que marcó aquella jornada. «Allí había trabajadores, estudiantes, funcionarios, burgueses, artesanos, jóvenes y viejos»,[21] hermanados en un arrebato de euforia y optimismo, dijo.

Aún se veían colgados algunos carteles proclamando el triunfo de la revolución y otros en los que se informaba de la oposición de los mandatarios bávaros. Muchas personas se detenían a mirar, aplaudir o gritar: *«Heil!»*. Otros se echaban a reír. Mientras Hans Frank —un joven estudiante de Derecho—[22] montaba una metralleta en el Puente del Museo, un curioso le preguntó si su mamá le había dado permiso para jugar con un trasto tan peligroso.

Quince minutos después de emprender la marcha, los manifestantes llegaron al puente Ludwig. Alrededor de una hora antes, se había desplegado por la zona un pequeño destacamento formado por unos treinta efectivos de la policía estatal o «policía verde».[23] Iban armados con ametralladoras y tenían orden de no dejar pasar a los sublevados.

Muchos de los hombres que bajaban en ese momento por la colina en dirección al puente[24] estaban convencidos también de que la policía se uniría a ellos o no intervendría. El oficial al mando de las fuerzas policiales desplegadas, el teniente Georg Höfler, ordenó a sus hombres que se colocaran en formación y dio el alto a los manifestantes. Göring no le hizo el menor caso. Tal y como se les había ordenado, los policías cargaron las armas.

—¡No disparéis a vuestros camaradas![25] —gritó Göring a la columna de agentes que se encontraba en el puente.

Antes de que les diera tiempo a responder, sonó una trompeta y los soldados de las Stosstrupp Hitler liderados por Berchtold cargaron contra los policías, los apartaron, se apoderaron de las armas y, en algunos casos, los golpearon con las culatas de los rifles. Otros manifestantes empezaron a escupir y a insultar a los oficiales. Cerca de veintiocho policías[26] fueron apresados y conducidos de vuelta a la cervecería con las manos en la cabeza. La propaganda nazi describió después este altercado como un ejemplo de «confraternización con la policía».

Después de cruzar el río Isar, la marcha encabezada por Hitler enfiló hacia el este por la Zweibrückenstrasse, donde se había congregado un gentío enorme. Algunas personas agitaban banderolas con esvásticas, otras decidieron unirse a la manifestación. «El clima que se respira en la ciudad[27] —como dijo Johann Aigner, testigo ocular de los hechos— era, sin reservas, favorable a nuestro proyecto.» Los manifestantes cruzaron la puerta Isartor y se internaron por la avenida Tal en dirección a las callejuelas estrechas del centro.

El historiador Karl Alexander von Müller pudo contemplar aquel tumulto desde una esquina de la Marienplatz. En su opinión, Ludendorff avanzaba con la prestancia de «un valeroso general del antiguo ejército alemán».[28] Los hombres que iban detrás de él le recordaron, por el contrario, a «una chusma anárquica [...] en desbandada».[29] Parecían «revolucionarios desmoralizados» o, como

dijo alguien despectivamente, la legión extranjera de Hitler. Incluso a Hans Frank, que marchaba con ellos, le parecieron «un ejército derrotado que no se había enfrentado a nadie».[30]

Según el joven dramaturgo Carl Zuckmayer, que estaba comiendo en ese preciso instante en la Marienplatz, la manifestación se asemejaba a la celebración descontrolada de una victoria, como un segundo Oktoberfest.[31]

19

LA ESCABECHINA

Si cruzas el Rubicón,[1] tienes que marchar sobre Roma.
ADOLF HITLER,
26 de febrero de 1924

Esa misma mañana, poco después de las once, Putzi salió de la cervecería y se dirigió a su despacho en el *Völkischer Beobachter*, el periódico del partido. Pero las perspectivas eran tan desalentadoras que decidió volver a casa con el fin de, según dijo, «preparar la huida».[2] Sin embargo, mientras hacía las maletas, su hermana Erna lo llamó para informarle de la marcha que discurría ya por las calles de la ciudad. Y Putzi, que no quería perdérsela, partió de inmediato para unirse a los manifestantes. Cerca de los museos de la Pinakothek, se encontró con una multitud que salía despavorida de la Odeonsplatz y se dirigía hacia él.

«Es horrible, Herr Hanfstaengl —le dijo un guardia de asalto—. ¡Es el final de Alemania!»[3] Según le contó, el ejército había abierto fuego contra los patriotas y se había producido una masacre. Ludendorff había conducido a los manifestantes hasta la Marienplatz. Pero, en contra de la opinión de la mayoría, no se había detenido ahí. Tampoco había dado la vuelta para regresar a la cervecería por una calle lateral, como esperaban muchos, entre ellos su estratega militar Hermann Kriebel.

En vez de eso, había girado a la derecha por la Wienstrasse y luego otra vez por la Perusastrasse. Ludendorff nunca llegó a explicar bien sus motivos. «En determinadas ocasiones —diría

después—, uno reacciona de forma instintiva, sin saber muy bien por qué.»[4] ¿Se dirigían al Ministerio de la Guerra con la intención de auxiliar a Röhm, que se encontraba allí sitiado, y quizá también unir los dos contingentes?

Es lo más probable. Sin embargo —tal y como pudieron oír varios testigos que se encontraban en la concentración—, un policía alertó a Ludendorff[5] de que en la Odeonsplatz los esperaba un destacamento de la policía estatal con un tanque. Es muy posible que el general tomase en consideración dicho consejo, si bien decidió ignorar su segunda parte: que bajaran por la Maximilianstrasse para evitar una confrontación. En lugar de eso, los manifestantes fueron conducidos hacia la Residenzstrasse, una callejuela que discurría por delante del palacio real y que supuestamente[6] les permitiría sorprender a las fuerzas policiales por la retaguardia.

Al frente de la segunda compañía de la policía estatal desplegada en la Odeonsplatz se encontraba el teniente primero Michael Freiherr von Godin,[7] un aristócrata bávaro de veintisiete años. Su hermano[8] Emmerich había sido el comandante del regimiento en el que luchó Hitler en la fase final de la guerra y, de hecho, fue él quien presentó la solicitud para que se le concediera la Cruz de Hierro de primera clase.

Godin sabía que en un espacio abierto los nazis podrían aprovecharse de su evidente superioridad numérica —cerca de dos mil hombres frente a sólo cien policías— y, por tanto, era imperativo que no se les permitiera acceder a la plaza desde las callejuelas estrechas que la rodeaban.

Los sublevados bajaban por la Residenzstrasse exhibiendo rifles, pistolas y bayonetas. La muchedumbre no paraba de chillar, aplaudir y cantar el himno nacionalista *O Deutschland hoch in Ehren* [«Oh, honrosa Alemania»], mientras el eco de sus voces reverberaba en los muros del palacio y se amplificaba.

En la Feldherrnhalle, casi en la desembocadura con la Odeonsplatz, la policía había colocado una ametralladora y los agentes esperaban agachados detrás de las estatuas. El teniente Von Godin reunió a unos cuantos hombres y se acercó a la cabecera de la marcha para ordenarles que se detuvieran.

Los manifestantes desoyeron sus órdenes y prosiguieron.

—¡No disparen,[9] Ludendorff y Hitler vienen con nosotros! —gritó Ulrich Graf.

Los nazis estaban lanzándose literalmente contra aquellas armas. Hitler cogió del brazo a Scheubner-Richter[10] y, armándose de valor, continuaron adelante.

Nadie —ni entonces ni después— ha conseguido responder adecuadamente a la pregunta de quién disparó primero. Los golpistas culparon a la policía, y la policía, a los golpistas. Godin dijo que, en teoría, los efectivos de su compañía sólo estaban autorizados a emplear «las culatas de los fusiles y las porras».[11] Pero, cuando una bala pasó silbando a su lado y alcanzó en la cabeza al sargento Nikolaus Hollweg, ni siquiera le dio tiempo a dar la orden de disparar: los oficiales descargaron sus armas en una ráfaga casi simultánea. Y lo mismo hicieron los hombres de Hitler, provocando un estruendo ensordecedor que resonó por toda la calle.

Resulta difícil encontrar testigos creíbles que no pertenecieran a alguno de los bandos y puedan confirmar la versión de Godin. Una maestra jubilada[12] que estaba intentando atravesar un cordón policial cerca de la Feldherrnhalle oyó a los manifestantes aproximándose entre chillidos y gritos de *«Heil!»*. Al cabo de unos instantes, un grupo de policías con cascos de acero se acuclillaron a su alrededor y, según afirmó de forma tajante, fue uno de ellos quien efectuó el primer disparo.

Un estudiante llamado Arno Schmidt, que también se encontraba esa mañana en la zona, declaró que un policía se había acercado a los manifestantes, había puesto una rodilla en el suelo y

había realizado un disparo con el arma en posición «completamente horizontal».[13] Según varios testigos, fueron los policías, y no los hombres de Hitler,[14] quienes, al escuchar los primeros disparos, apuntaron a los manifestantes con las armas.

Algunos veteranos del *putsch*[15] afirmaron también que, dado lo apelotonados que iban, a ellos les habría resultado imposible realizar un solo disparo sin golpear[16] a alguno de sus compañeros. Además, muchas de las armas que llevaban no tenían percutor —a consecuencia, probablemente, de un sabotaje orquestado por los monjes—, y un buen número de manifestantes carecía también de munición. Antes de iniciar la marcha, Hitler les había ordenado que vaciaran los cargadores,[17] aunque no está claro cuántos de ellos le habían obedecido. Muchos no llegaron a oírlo y otros decidieron no hacerle caso.

Berchtold, que había vuelto de dejar en la Bürgerbräu a los policías apresados, tuvo ocasión de ver lo que sucedió después. Los cánticos y los gritos fueron interrumpidos por un disparo, al cual siguió «una aterradora ráfaga de metralleta».

Y después de eso «todo fue caos, confusión y gritos de dolor».[18]

La policía —apostada en la Odeonsplatz, la galería de la Feldherrnhalle, la torre del palacio Residenz y el callejón trasero del Palais Preysing— disparó despiadadamente a los manifestantes desde la parte delantera de la marcha y desde el costado.[19] Como dijo Ludendorff refiriéndose a la corta pero brutal batalla, todo sucedió «a la velocidad del rayo».[20]

Hitler fue uno de los primeros en caer. O bien alguien lo tiró al suelo —tal vez Scheubner-Richter o su guardaespaldas—, o bien se puso a cubierto de forma instintiva como había hecho tantas veces cuando servía de emisario en la guerra. Sintió un dolor desgarrador y, temiendo que lo hubieran herido, se llevó una mano al hombro izquierdo. La sangre que lo cubría era en realidad de Scheubner-Richter, que había sido alcanzado[21] en los pulmones y murió al instante. La bala pasó a tan sólo tres centímetros de Hitler.

El líder del Partido Nacionalsocialista cayó al suelo con tal fuerza que se dislocó el hombro.[22] Su guardaespaldas resultó gravemente herido cuando intentaba protegerlo[23] y probablemente le salvó la vida. Los disparos alcanzaron a Graf[24] en los pulmones, el pecho, los dos muslos y el brazo izquierdo, que fue acribillado desde el codo hasta el hombro. Podía verse a varias personas más tendidas a su lado. Graf confundió a una de ellas —un hombre que llevaba puesto un abrigo oscuro y estaba cubierto de sangre— con Ludendorff.

Göring, por su parte, resultó herido[25] en el muslo y la ingle. Retorciéndose de dolor, consiguió arrastrarse hasta uno de los leones de piedra del palacio real. Al verlo, varios colegas echaron a correr para intentar ayudarlo. También Rosenberg se tiró al suelo para protegerse, pero no tardó mucho en darse cuenta de que otro compañero lo estaba usando de saco terrero mientras disparaba a la policía. Al final consiguió zafarse y se puso a cubierto no muy lejos de los mismos leones de piedra. Desde allí pudo ver a otro de los sublevados tendido sobre la acera con la cabeza abierta y los sesos desparramados y «humeantes». Su cuerpo aún se veía sacudido por las convulsiones.

El teniente coronel Kriebel echó a correr en dirección a la Feldherrnhalle para tratar de ponerse a cubierto. Vio a un hombre con un abrigo de color marrón oscuro empapado en sangre y creyó también que se trataba de Ludendorff. Las dos banderas de combate yacían en el suelo, sobre otros dos cuerpos sin vida. Reconoció a Scheubner-Richter, también muerto. Según recordaría más tarde, vio cómo un policía se acercaba a un camarada caído y le descerrajaba tres tiros: «Con cada uno de los disparos, el cuerpo se elevó».[26]

Se produjeron varios disparos desde una ventana del palacio, pero ninguno de ellos logró alcanzar a Kriebel y probablemente se estrellaron contra el muro de la Feldherrnhalle. El teniente coronel se tiró al suelo como si le hubieran dado para ver si así cesaba el tiroteo. Estaba convencido de que acabarían alcanzándolo y, en medio de aquel caos generalizado, no paraba de maldecir[27] a la policía.

Los tiros parecían venir de todas partes. Algunos manifestantes trataban de esconderse en los portales y otros se daban la vuelta para abrirse paso entre sus propios compañeros, desatando así un caos aún mayor. Hans Rickmers, miembro de la Bund Oberland, vio cómo una mujer con un abrigo de piel[28] caía de rodillas delante de él y cómo otra con gabardina se desplomaba en el suelo. Después sintió un fuerte impacto en la nuca, pero se las arregló para llegar hasta una habitación situada encima de un club automovilístico donde lo atendió un médico y pudo reconfortarse con una botella de *schnapps*. Allí oyó el rumor de que Ludendorff había sido asesinado y, tal y como él mismo dijo después, se sintió embargado por la ira, el miedo y el odio. Murió tres semanas más tarde.

Wilhelm Brückner, el responsable de las Tropas de Asalto en Múnich, logró esconderse en una farmacia. Según dijo posteriormente, de todas las escaramuzas callejeras en las que había participado, «la escabechina en la Odeonsplatz fue la más repugnante». Aquello lo dejó, de acuerdo con sus propias palabras, «completamente destrozado».[29]

Los sublevados trataron de ponerse a salvo en cualquier parte. Otto Engelbrecht, también de la Bund Oberland, corrió a refugiarse en el restaurante Bauerngirgl;[30] Johann Prem, que se había unido a la marcha al acabar su turno en la oficina de correos, llegó hasta el Ministerio del Interior[31] y empezó a aporrear las ventanas hasta que el encargado le abrió la puerta. Los disparos le habían rozado la rodilla, la barbilla y el hombro derecho. Karl Kessler, un soldado de la segunda compañía de las Tropas de Asalto, consiguió llegar ileso hasta una cafetería cercana.[32] Allí se encontró con un compañero que había corrido peor suerte que él: le habían disparado en la cabeza.

—¡Esto es una locura![33] —gritó el guardia de asalto Richard Kolb.

A pesar de los rumores, Ludendorff no estaba ni muerto ni herido. De hecho, pronto sería elogiado por mantener la compostura y seguir marchando sin dejarse intimidar por las balas que silbaban

a su alrededor. John W. Wheeler-Bennett, profesor de Historia en la Universidad de Oxford, describió el porte erguido con el que supuestamente avanzaba[34] el general como «el último gesto del viejo ejército imperial alemán».[35] Para muchos testigos, sin embargo, la realidad no estuvo en absoluto a la altura de esa leyenda incipiente.

El vicecónsul Robert Murphy, que al parecer también estaba observando los acontecimientos desde un lugar cercano, aseguró que Ludendorff hizo lo mismo que todo el mundo: «Se tiró al suelo para tratar de esquivar[36] la lluvia de balas». Al fin y al cabo, él también era humano y reaccionó según le dictaba su instinto militar. Varios testigos confirmaron esta versión. De hecho, según otro rumor que pronto empezó a circular, Ludendorff se tiró al suelo y fingió estar muerto hasta que la policía le ordenó que se levantase. Fuera como fuese, Ludendorff debió de ponerse en pie rápidamente y siguió avanzando en dirección a la policía. No sufrió un solo rasguño.

Kurt Neubauer —el ayudante de Ludendorff— resultó herido en el estómago cuando al parecer saltaba[37] para ponerse delante del general y después se desplomó en el suelo echando espuma por la boca. Al acercarse para tratar de ayudarlo, Johann Aigner —el ayudante de Scheubner-Richter— notó que algo tibio le resbalaba[38] por el cuello y vio que tenía sangre en la nuca. Supuso que a él también lo habrían alcanzado, pero la sangre resultó ser de un hombre que yacía a su lado y al que habían herido en la garganta.

La mayoría de los policías apuntaban al suelo, tal y como se les había ordenado, pero las balas, al rebotar,[39] hacían que de las aceras y las fachadas saltaran unas esquirlas de granito que se clavaban en el hueso y en la carne como cuchillas.

«La gente caía abatida por todas partes[40] —recordaría después Josef Berchtold—, muchos se retorcían en el suelo; unos estaban muertos, otros agonizaban. Y, en medio de esa estampida, las pistolas continuaban sembrando la muerte. [...] [los] supervivientes pisoteaban los cadáveres y se caían [se tropezaban] con ellos; la

sangre discurría entre los adoquines grisáceos. Era un espectáculo espeluznante. Los gritos y los llantos retumbaban de forma desgarradora. Pero, a pesar de todo, aquel demencial tiroteo continuaba.»

El Dr. Friedrich Weber se apoyó en la fachada de una casa y rompió a llorar.[41] Era una auténtica masacre.

Cuando se disipó el humo —menos de un minuto después de que se iniciara el tiroteo—, del *putsch* de la cervecería no quedaba más que un rastro de destrucción. La marcha sobre Berlín había terminado en la Odeonsplatz, a poco más de quinientos metros del punto de partida. La acera estaba repleta de cadáveres ensangrentados y acribillados.

Murieron veinte personas, entre ellas cuatro oficiales de la policía estatal: Nikolaus Hollweg, Friedrich Fink, Max Schoberth y Rudolf Schaut. Este último se había casado tan sólo cinco meses antes. También falleció Oskar Körner, el propietario de una juguetería[42] que había donado recientemente al Partido Nazi gran parte de sus beneficios y marchaba en la tercera línea de la manifestación. Hubo muchos heridos, seguramente más de cien. El Dr. Ferdinand Sauerbruch, profesor de cirugía, y su equipo en el Hospital Universitario de Múnich hicieron todo lo posible por salvar la vida[43] de las diecinueve personas que llegaron al servicio de urgencias.

A un joven que había recibido un disparo en la cabeza[44] no pudieron identificarlo[45] hasta varios días después. Cuando murió, se supo que no era ni un manifestante ni un miembro de la policía, sino un camarero llamado Karl Kuhn que atravesaba la plaza de camino al trabajo. Suzanne St. Barbe Baker, una ciudadana inglesa que se dirigía al consulado británico con la esperanza de alargar su estancia en Múnich unos días más, corrió mejor suerte que él: consiguió alejarse de aquella «batalla campal»[46] a rastras y se refugió en una cafetería cuyos ventanales habían quedado destrozados.

La policía detuvo a todos los manifestantes que encontró, empezando por los que yacían en el suelo aullando de dolor y maldiciendo a las autoridades. Ludendorff, sorprendido de que las fuerzas de seguridad del Estado hubieran sido capaces de disparar contra él y contra unos hombres a quienes consideraba unos auténticos patriotas alemanes, decidió rendirse. Se negó a que lo llamasen[47] «excelencia» o «general» y, ofendido, juró que jamás volvería a vestir el uniforme del ejército.

Otra de las personas abatidas por los disparos —el hombre corpulento con el abrigo de color oscuro al que muchos confundieron con Ludendorff—[48] era Theodor von der Pfordten, presidente del Tribunal Superior de Justicia de Baviera y buen amigo de Ernst Pöhner. En uno de los bolsillos de su abrigo encontraron una copia ensangrentada de la nueva Constitución. En ella se sentaban las bases de un férreo régimen dictatorial y se establecía la abolición del Parlamento, la expulsión de los judíos, la confiscación de todos sus bienes y el encarcelamiento de todos los enemigos de Alemania en lo que el magistrado denominaba «campos de internamiento».[49] Una premonición escalofriante de lo que estaba en juego esa mañana en aquella estrecha calleja frente al palacio real.

20

LA DESBANDADA

Ludendorff arrestado.[1] Hitler consigue escapar.

Daily Mail,
Brisbane, 11 de noviembre de 1923

En algún momento de la refriega, Hitler logró levantarse del suelo y ponerse a salvo.[2] El Dr. Walter Schultze, jefe del cuerpo médico de las Tropas de Asalto, condujo al aturdido líder hasta el coche que tenía aparcado en la Max-Josef-Platz, muy cerca del Ministerio de Economía. Un testigo pudo ver[3] cómo se alejaba a toda velocidad con un pasajero muy pálido.

Desorientado, confundido y con un dolor terrible en el hombro, a Hitler le quedaban muy pocas opciones. Estaba tan convencido de que el *putsch* triunfaría, que no se había molestado en trazar ni el más rudimentario plan de emergencia. Ahora que la marcha había fracasado de forma estrepitosa, tenía que improvisar una huida.

Muchos de sus hombres habían muerto, otros estaban heridos y —como dijo Friedrich Wilhelm Heinz, un antiguo miembro de los Freikorps que posteriormente se convertiría en un destacado combatiente antinazi— hasta el mismísimo responsable de la intentona había salido corriendo. «Adolf, el engreído, desapareció [...] y dejó a sus hombres en la estacada. [...] ¿Acaso podía esperarse otra cosa de él?»[4]

Poco después se empezó a difundir un bulo por toda la ciudad para intentar justificar la cobardía de Hitler. De acuerdo con este rumor,[5] el líder nazi había visto a un niño de unos diez años

desangrándose en una esquina y se había acercado a él para ayudarlo. En versiones posteriores se llegó a afirmar incluso que se lo había tenido que llevar a hombros (¡y eso a pesar de que tenía uno de ellos dislocado!).

Circularon muchas otras mentiras y medias verdades para intentar explicar el comportamiento del dictador. Se dijo, por ejemplo, que le había sido imposible volver a la cervecería porque tuvo que dar esquinazo a la policía, que iba pisándole los talones y disparando contra su coche. No había punto de comparación posible entre él y Ludendorff, que no sólo no había abandonado a sus camaradas, sino que, además —como no paraba de repetirse a pesar de lo inverosímil que resultaba—, había seguido caminando entre los disparos sin mostrar el más mínimo asomo de miedo.

Göring, herido en la parte superior del muslo y la ingle, se retorcía de dolor junto a los leones de piedra del palacio real. Un grupo de partidarios lo condujo calle abajo hasta un patio de la Residenzstrasse. A pesar de que era el comandante de las Tropas de Asalto de Hitler, dos vecinos de origen judío[6] llamados Robert y Martin Ballin —propietarios, en aquella época, de la fábrica de muebles Royal Bavarian— aceptaron meter al herido en el inmueble. Bella, la mujer de Robert, había sido enfermera durante la Primera Guerra Mundial y pudo hacerle una cura de emergencia en una peluquería del primer piso.

Otro de los vecinos, el Dr. Emil Neustadt, había estado observando la manifestación desde una ventana que daba a la Theatinerstrasse y, cuando acabó el tiroteo, bajó a la calle. Para entonces no quedaban allí más que unos cuantos hombres de uniforme. Vio a un grupo de guardias de asalto apoyados en un muro «parcialmente cubiertos de sangre, con la ropa rasgada y aullando de dolor»[7] y empezó a poner inyecciones a los heridos que estaban más graves, muchos de los cuales yacían semiinconscientes. Nunca supo sus nombres ni qué fue de ellos.

Putzi bajaba como una exhalación por la Arcisstrasse cuando un coche que pasaba a toda velocidad por su lado dio un frenazo. Dentro iban sus amigos Hermann Esser, Dietrich Eckart y Heinrich Hoffmann. Subió de un salto y los cuatro se dirigieron al estudio fotográfico de este último, donde decidieron separarse para salir de Múnich. Gracias a Paul von Hintze, otro de sus amigos, Putzi consiguió un pasaporte falso y pronto pudo cruzar la frontera.

Algunos sublevados consiguieron huir hasta una escuela para niñas próxima a la Odeonsplatz y se escondieron en los armarios y debajo de las camas. Otro guardia de asalto se dirigió a una pastelería —la Konditorei Rottenhöfer— y empezó a esconder armas[8] y munición bajo los hornos, en los sacos de harina, en las cajas de las tartas y detrás de las cafeteras. Hans Frank y su pandilla de matones entraron en la Compañía Cafetera Eiles, ocultaron sus uniformes de las SA en la trastienda y fingieron que habían pasado la mañana entera charlando y tomando café.

La policía detuvo[9] a treinta y un sospechosos de haber participado en el *putsch* y se decretó su «ingreso preventivo en prisión» a la espera de que se presentaran cargos. Doscientas tres personas más fueron fichadas por delitos menores, tales como ofensas a la autoridad y distribución de panfletos sediciosos. Seguirían produciéndose detenciones a lo largo de todo el día. Röhm se rindió[10] en torno a las dos de la tarde. Sus hombres fueron conducidos al patio del ministerio y allí se les requisaron las armas, la munición y las insignias, que al parecer les fueron arracadas de los uniformes. Cuando se reunió con los otros cabecillas nazis que habían sido apresados, Röhm estaba visiblemente afectado.

Las fuerzas del orden acordonaron la Odeonsplatz y las inmediaciones del palacio Residenz. La acera estaba repleta de cuerpos sin vida, banderolas con esvásticas abandonadas y brazaletes. Hubo que ahuyentar a las palomas para que no se posaran sobre los cadáveres, que fueron trasladados al patio del

palacio. Hasta allí llevaron también a los heridos para que se les pudieran administrar los primeros auxilios. Los más graves fueron evacuados en coche al hospital.

«Estaba a punto de perder la cabeza», dijo Johann Aigner cuando un agente de policía afín al partido lo dejó acceder a la zona acordonada. Pudo ver una larguísima fila de cadáveres cerca de la puerta principal del palacio. Entre ellos se encontraban Scheubner-Richter y su buen amigo Kurt Neubauer, el ayudante de Ludendorff. «Se me revolvieron las tripas y me sentí completamente abatido.»[11]

Las primeras informaciones sobre la escaramuza eran imprecisas y, en general, contradictorias. Muchos diarios,[12] entre ellos el *Vossische Zeitung* de Berlín, el diario parisino *Le Figaro* y el *Times* de Londres, afirmaban que Hitler y Ludendorff se habían atrincherado en el Ministerio de la Guerra. *Le Petit Parisien* identificaba el lugar sitiado como el cuartel Prince Arnulf,[13] situado cerca de los museos de la Pinakothek, e informaba de que el ejército había capturado a los dos cabecillas del *putsch*. Sin embargo, en otro artículo de la misma edición, apuntaba correctamente que Hitler estaba herido pero que había escapado.

Según los primeros rumores, Hitler podría haber escapado[14] a Rosenheim, Troenum,[15] o a alguna otra localidad del valle del Isar. Se dijo también que algunos grupúsculos monárquicos se habían concentrado[16] al este de Múnich para esconderlo y preparar un nuevo alzamiento. *Le Petit Parisien*, por el contrario, señalaba que el líder nazi había conseguido cruzar la frontera y pasar al Tirol. «Bien está lo que bien acaba»,[17] escribió el corresponsal del diario, dando a entender que Hitler había regresado por fin al agujero austriaco del que había salido.

En la salita de la segunda planta del chalé que los Hanfstaengl tenían en Uffing, una pequeña localidad situada a unos veintidós kilómetros al sur de Múnich, Helen —la mujer de Putzi— y su hijo,

Egon, estaban terminando de cenar. Poco después de las siete de la tarde, una de las criadas entró para informar de que alguien estaba llamando con discreción a la puerta.

Corrían rumores de que algunos «grupos descontrolados deambulaban por la campiña», y hacía ya rato que Helen había echado todas las llaves de la casa y bajado todas las persianas. Se dirigió al vestíbulo para hablar con los extraños que estaban al otro lado de la puerta. «Para mi sorpresa —diría luego—, lo que oí fue la voz débil pero inconfundible de Hitler.»

Así describió Helen la imagen con la que se encontró al abrir la puerta: «Allí estaba Hitler, pálido como la cera, sin sombrero, con la cara y la ropa cubiertas de barro, el brazo colgando y el hombro extrañamente inclinado». El Dr. Shultze y un ordenanza intentaban sostenerlo, aunque —según ella— ninguno de los dos parecía encontrarse mejor que él. «Estaban absolutamente deshechos», dijo.

Los tres habían estado barajando la posibilidad de huir a Austria. Durante mucho tiempo se ha creído que Hitler rechazó en redondo esa opción debido al odio que al parecer sentía por su país. Sin embargo, según el médico, no fue eso lo que ocurrió. En realidad, iban ya camino de Austria, como muchos otros[18] golpistas, cuando el coche en el que viajaban se averió en algún punto de la carretera que llevaba a Garmisch, probablemente cerca de Murnau.

Como había una operación policial en marcha, prefirieron no arriesgarse a ir andando hasta un taller de la ciudad y decidieron esconderse en un bosque cercano hasta que se hiciera de noche. Mientras esperaban, Hitler se acordó de la casa que los Hanfstaengl tenían en Uffing. Dejaron al conductor a cargo del vehículo y le pidieron que tratase de reestablecer el contacto con Göring, de cuyo grave estado de salud nada sabían. Los demás —Hitler, Schultze y el ordenanza— echaron a andar con cuidado de no acercarse demasiado a la carretera principal.

Después de lo que debió de ser una caminata insoportable, teniendo en cuenta la lesión de Hitler, por fin llegaron al chalé. Helen condujo a los hombres hasta la salita del segundo piso.

—*Also doch?* —les preguntó, que en alemán quiere decir: «Así que es cierto, ¿verdad?».

Hitler se limitó a bajar la cabeza.

Helen les preguntó también por su marido, a quien no veía desde primera hora de la mañana.

Hitler suponía que Putzi se habría quedado en las oficinas del periódico durante la marcha y le aseguró que regresaría muy pronto.

El líder nazi tenía un aspecto horrible y estaba destrozado por los nervios. Después de dos noches sin dormir, se sentía agotado. Habló de las muertes de Ludendorff y de su guardaespaldas como si las diera por hechas y aseguró que él mismo esperaba morir pronto para dejar de sufrir. Al mismo tiempo, sin embargo, acusó al general del fracaso del *putsch* por haber dejado salir de la cervecería a los tres mandatarios bávaros. Luego sufrió un repentimo cambio de humor y juró que «seguiría luchando [...] hasta el último aliento».[19]

A Hitler parecía estar subiéndole la fiebre, y Helen le sugirió que se echara un rato. El médico y el ordenanza[20] lo ayudaron a llegar hasta un cuarto del último piso y allí trataron de colocarle el hombro, que se le había salido y presentaba una rotura en la cabeza del húmero. Como señaló Helen en sus notas manuscritas, los gritos de dolor desgarradores que salieron del dormitorio pudieron oírse hasta en el piso de abajo.

Al cabo de un rato, Hitler se quedó adormilado entre los libros que abarrotaban la buhardilla, envuelto en un montón de mantas de viaje inglesas[21] que Putzi se había llevado a Harvard y solía dejar encima de un arcón. El ordenanza se fue a descansar a una habitación situada en un ala de la casa que habían reformado el verano anterior.[22] Mientras, Helen y el Dr. Schultze conversaron sobre el extraño curso que habían tomado los acontecimientos tras la marcha a la Odeonsplatz y estudiaron las opciones que les quedaban. No tenían manera alguna de saber si el chófer

conseguiría arreglar u ocultar el coche y, mucho menos, si lograría localizar a Göring. Lo que sí sabían era que la policía estaría vigilando las carreteras principales, las calles y las estaciones de tren en busca de Hitler y que, en una comunidad tan unida como la de Uffing, la noticia de la llegada de unos forasteros correría como la pólvora. Hitler no podía quedarse allí indefinidamente.

21

LA PESADILLA DE LOS REHENES

> Querido Rosenberg,[1] de ahora en adelante tú estarás al frente del movimiento.
>
> ADOLF HITLER,
> 11 de noviembre de 1923

Göring, mientras tanto, estaba planeando su huida. Gracias a Bella Ballin[2] —la mujer que lo había atendido en su apartamento del centro de Múnich—, el piloto pudo llamar a su esposa. Carin salió de la cama a toda velocidad y, a pesar de la fiebre altísima que tenía, cogió un taxi para reunirse con él en el despacho de otro simpatizante nazi: el Dr. Alwin Ritter von Ach.

Las Tropas de Asalto recogieron allí a Göring —que, como recordó después la propia Carin, iba envuelto en «pieles y mantas»,[3] delirando de dolor— y lo ayudaron a llegar en coche hasta su nuevo refugio en Garmisch, a unos cien kilómetros al sur de Múnich. Estuvieron allí dos días, rodeados de amigos y tratando de pasar desapercibidos. Sin embargo, cuando una multitud de curiosos empezó a congregarse en la localidad para ver al célebre piloto que comandaba las Tropas de Asalto, Göring y su mujer se vieron obligados a huir.

El teniente coronel Kriebel intentó echarle una mano incluyendo su nombre en la lista de fallecidos[4] que publicó el *Münchner Neueste Nachrichten*. Varios periódicos de gran difusión se hicieron eco de la

noticia, entre ellos el *München-Augsburger Abendzeitung*, en cuyas páginas se preguntaban si el famoso piloto «sería la víctima número veinte».[5] La policía, sin embargo, no suspendió la búsqueda.

Mientras tanto, Julius Schaub —el ayudante de Göring— continuaba custodiando en la Bürgerbräu al alcalde y los miembros del consistorio que habían sido secuestrados. Cerca de la una del mediodía, un agente de las Stosstrupp Hitler[6] volvió de la marcha visiblemente nervioso y con sangre en la cara. Estaba furioso con las autoridades, a las que acusaba de haber ocasionado un baño de sangre en el que habían perecido, además de Hitler y Ludendorff, un buen número de manifestantes. Como se preveían represalias, los rehenes fueron introducidos en un camión y trasladados fuera de la ciudad, en dirección sureste.

Cuando el concejal Albert Nussbaum intentó hablar con uno de los guardias, un oficial de las Tropas de Asalto se acercó a él con la pistola en la mano y le dijo: «Una sola palabra más y os pego un tiro a los dos».[7]

El camión se detuvo en mitad de un bosque. En ese momento, el alcalde y el resto de los concejales se temieron lo peor.[8] Pero, para su alivio, pronto descubrieron que lo que querían los captores era quitarles la ropa, no la vida. Después de acceder a sus exigencias y de entregarles los sombreros, las chaquetas y los abrigos,[9] los rehenes fueron conducidos a un bar en la cercana localidad de Höhenkirchen.

El alcalde y los demás políticos no tardarían en ser liberados. Según un informe policial, esto fue posible gracias a la intervención de un funcionario del ayuntamiento que había estado siguiendo al camión de las Tropas de Asalto[10] con su coche. Cuando se encontró con los secuestradores en la taberna, les informó de que los miembros del consistorio tenían que regresar cuanto antes a sus despachos para firmar los documentos que autorizaban el pago de los subsidios por desempleo. Los guardias de asalto, que evidentemente no querían ser culpados de un retraso en el pago de las ayudas, se tragaron el embuste. A cambio de comprometerse a

no revelar ningún detalle de su cautiverio, los concejales fueron liberados. El alcalde fue trasladado en coche a su despacho y los demás miembros del consistorio volvieron en el primer tren[11] con destino a Múnich.

Al mismo tiempo, en el chalé del editor Julius Lehmann, Rudolf Hess y los miembros del gabinete bávaro secuestrados empezaron también a oír rumores sobre el fracaso del *putsch*. Según se decía, a Ludendorff se lo daba por muerto, Hitler había recibido «un disparo en la cabeza»[12] y gran parte de sus compañeros habían sido asesinados, o incluso decapitados, en la masacre. Esas primeras informaciones parecieron quedar confirmadas cuando un destacamento de la Oberland que trataba de huir del cerco policial apareció de pronto con los veinte billones de marcos que habían robado durante el asalto a las fábricas de papel moneda.

Como dijo el primer ministro Eugen von Knilling, uno de los rehenes, ése fue el momento más tenso de aquella pesadilla. El propietario del chalé también estaba preocupado. Incluso en el caso de que los guardias de asalto decidieran que no habría represalias, cabía la posibilidad de que la policía los sitiara y ellos resolvieran plantar cara.

A pesar de las metralletas que había en el jardín, les sería muy difícil resistir allí. Era evidente que la policía acabaría localizándolos, y, por otro lado, la comida y demás suministros que almacenaban en el chalé no iban a durar para siempre. En ese momento, a Hess se le ocurrió un plan alternativo: llevarse a dos de los rehenes más destacados —a Franz Schweyer, el ministro del Interior, y a Johann Wutzlhofer, el ministro de Agricultura— a un lugar más seguro en los Alpes, probablemente a un refugio o a la cabaña de unos esquiadores.[13] Desde allí podría utilizarlos como moneda de cambio si se iniciaba una negociación.

A las 16.10 horas,[14] Hess salió del chalé con los dos prisioneros, un puñado de guardias de asalto y los veinte billones de marcos. Se dirigía a Bad Tölz, donde al parecer conocía a un veterinario de la Bund Oberland que podía guiarlos hasta las montañas.

Empezaron a subir y bajar colinas, y atravesaron amplias zonas boscosas sin cruzarse con un alma. Según los cálculos de Schweyer, Hess detuvo el coche unas cuatro veces esa noche, para a continuación encender los faros y adentrarse en el bosque con uno de los guardias de asalto. En cada una de esas ocasiones, el ministro temió[15] que estuvieran buscando un lugar para ejecutarlo.

Los caminos por los que se internaban eran cada vez más angostos, tortuosos e impracticables, y el viaje empezó a volverse peligroso. La nieve y la oscuridad dificultaban todavía más el avance y, al final, tuvieron que dar la vuelta. En semejantes circunstancias, era imposible llegar hasta la cabaña. Carecían de la equipación necesaria para escalar, y sus dos rehenes, ya mayores, no estaban en condiciones de afrontar ese reto.

Por eso, cuando vieron una casa muy cerca decidieron establecerse allí. Hess y el guía se adelantaron para inspeccionarla y dejaron a los rehenes con los guardias de asalto y los veinte billones de marcos. El tiempo pasaba muy despacio en el interior gélido del coche. Hess estuvo fuera más de una hora.

Durante la espera, los guardias de asalto —visiblemente tensos e impacientes— salieron del vehículo y empezaron a discutir. Al cabo de unos instantes regresaron al interior y, para sorpresa de los rehenes, emprendieron el viaje de vuelta a Múnich. Durante el trayecto, se detuvieron en Holzkirchen y tomaron la repentina decisión de liberarlos. Y así fue como terminó[16] la pesadilla para esos dos miembros del gobierno bávaro. Del dinero, sin embargo, no volvió a saberse nada.

Los cinco prisioneros que Hess había dejado en el chalé del editor[17] también serían liberados la noche del viernes. Ahora bien, durante las tres horas que transcurrieron desde la partida de Hess, vivieron momentos de gran tensión. Al irse la luz, temieron que la

policía los estuviera sitiando o, incluso, que fuera a producirse un tiroteo. Lo que ocurrió, no obstante, fue que los guardias de asalto habían ido saliendo del chalé de uno en uno o en pequeños grupos. Finalmente, Lehmann llamó a la policía para informar de que los miembros del gobierno se encontraban en su casa.

Cuando Hess volvió al lugar en el que había dejado el coche y vio que ya no estaba allí, se quedó atónito. Buscó a los rehenes y a sus captores por todas partes. Se culpó de la desaparición y no tardó en empezar a hablar de suicidarse, igual que Hitler. Pero al final, en vez de quitarse la vida, se puso en contacto con Ilse Pröhl, su prometida, y se escondió con algunos amigos hasta la primavera de 1924.

22

LOS NUEVOS CRIMINALES DE NOVIEMBRE[1]

> Era incapaz[2] de mover un solo dedo sin el aplauso de los bebedores de cerveza de Múnich.
>
> OTTO STRASSER sobre Hitler

El 9 de noviembre, a primera hora de la tarde, la policía había expulsado ya de la Bürgerbräu a los pocos partidarios de Hitler que aún seguían allí. Liberaron a los últimos prisioneros —que se encontraban retenidos en un salón privado de la segunda planta— y requisaron un arsenal de armas y munición[3] para cuyo traslado necesitaron cerca de cuatro camiones.

Después de valorar los desperfectos que habían producido, el gerente de la Bürgerbräu[4] envió al Partido Nazi —que ya había sido ilegalizado— una cuenta que ascendía a 11.344.000.000.000 marcos. A las enormes cantidades de comida, cerveza y café que se habían consumido se sumó una larga lista de objetos rotos o que habían desaparecido: ciento cuarenta y tres jarras de cerveza, ochenta vasos, noventa y ocho banquetas, dos atriles para partituras, un espejo y ciento cuarenta y ocho juegos de cubiertos. Curiosamente, en este recuento de daños no se hacía mención alguna a los agujeros que habían dejado las balas en el techo.

Cerca de las tres de la tarde,[5] Lossow hizo llegar a Gustav von Kahr el siguiente mensaje: «Su excelencia, el *putsch* orquestado[6] por Ludendorff y Hitler ha sido aplastado». Sin embargo, no era ésa la conclusión que podía extraerse de lo que estaba ocurriendo en el centro de Múnich.

Algunos manifestantes se habían desplazado hasta la Odeonsplatz al grito de *«Heil, Hitler!»* y «¡Abajo Kahr!».[7] Muchas personas tenían los puños levantados e insultaban a la policía, llamándolos «traidores», «perros sedientos de sangre» y «defensores de los judíos».[8] El capitán Johann Salbey, uno de los oficiales que se encontraban allí en ese momento, recordaría posteriormente cómo les «gritaba, silbaba, abucheaba y amenazaba»[9] la multitud. Como respuesta a esas agresiones, Salbey ordenó a sus hombres que mostraran las porras y que detuvieran a los agitadores más violentos.

Con el fin de calmar a la gente, el sargento Alfons Gruber dio instrucciones a los suyos para que arrojaran dieciocho jarras[10] de agua y limpiaran la sangre que se había acumulado en los aledaños de la Feldherrnhalle. Los cadáveres de las víctimas seguían en el patio del palacio Residenz. La policía solicitó[11] que no fueran trasladados hasta la noche debido al creciente clima de malestar que se respiraba en la ciudad.

Las Tropas de Asalto parecían estar reagrupándose. Se vio a algunos de sus efectivos cantando y gritando por el centro de Múnich. Una muchedumbre empezaba a concentrarse en los alrededores del hospital y del Teatro Nacional, y varios grupos de personas se dirigían al palacio Residenz —donde se creía que estaba retenido Ludendorff— con la intención de liberarlo. La amenaza de un estallido de violencia era cada vez más palpable, y a los responsables de la policía estatal les pareció desaconsejable retirar las ametralladoras que seguían colocadas en algunas esquinas.

Circulaban rumores de que Hitler saldría pronto de su escondite en las montañas y volvería triunfante a Múnich como un moderno Federico Barbarroja. Se decía que lo habían visto en un refugio para cazadores de Otterfing, al sur de Baviera, o en la localidad tirolesa de Kufstein.[12] Otros pensaban que se haría ocultado en alguna de las diminutas aldeas austriacas situadas entre Innsbruck y

Salzburgo. No importaba dónde estuviese Hitler, muchos creían que no tardaría en reunir a sus partidarios[13] para llevar a cabo su ambicioso plan de rodear Múnich y ejecutar la venganza.

A las seis de la tarde, la policía informó de que una multitud formada por unos mil «seguidores de Hitler» se dirigía a la estación de tren. Alrededor de las nueve menos cuarto, una turba compuesta por entre mil quinientas y dos mil personas se concentró frente a la sede del *Münchner Neueste Nachrichten*. Las autoridades temían que fuese objeto de un ataque similar al que había sufrido el *Münchener Post*.

Los ciudadanos parecían estar fuera de control y había un miedo creciente a que se produjeran disturbios y saqueos. Según informaba el *Chicago Sunday Tribune*, policías a caballo[14] armados con lanzas habían cargado contra la multitud al este de la ciudad. Cinco personas tuvieron que ser evacuadas en camilla y muchas otras resultaron heridas de gravedad, entre ellas un periodista del *Daily Graphic* de Londres llamado Percy Brown, que fue golpeado mientras trataba de fotografiar los altercados.

Muchos habitantes de Múnich estaban furiosos con las autoridades bávaras por haber acabado con la revolución nacional y por haber lanzado a sus «cosacos del Danubio»[15] contra el pueblo. Podrían haber hecho suyas las palabras de Josef Berchtold, el comandante de las Stosstrupp Hitler, que poco después calificó aquello como «pura cobardía reaccionaria»[16] y «traición a la causa». Las manifestaciones contra Kahr y el triunvirato se prolongaron durante toda la noche del viernes y hasta bien entrada la madrugada del sábado.

La policía acordonó las principales plazas, dispuso equipos de francotiradores en las azoteas de algunos edificios y estableció una férrea vigilancia en las calles. Se prohibieron las concentraciones[17] de más de tres personas, así como la distribución de cualquier panfleto, octavilla o cartel que no partiera de los canales oficiales. Se impuso el toque de queda a las ocho de la tarde. Las cafeterías, los restaurantes y las cervecerías debían cerrar las puertas a las siete y

media y todos los demás centros de entretenimiento público —teatros, cines, salas de concierto y salas de baile— quedaron clausurados. Se suspendió el tráfico ferroviario en la estación central de la ciudad para evitar que Hitler llegara hasta Múnich en tren e iniciara desde allí su inminente asalto.

Mientras la policía trataba de garantizar la seguridad en el centro de la ciudad, la prensa nacional e internacional se entretenía haciéndole la autopsia a la fallida intentona golpista. Según un artículo publicado en el *New York World* el 10 de noviembre, «el general Von Ludendorff»[18] —a quien seguían atribuyéndosele unos orígenes falsamente aristocráticos con la partícula *von* que añadían a su apellido— había sido «el hombre más peligroso de Alemania durante los cuatro últimos años». En esos momentos, sin embargo, se encontraba «con la soga al cuello».

> Cegado por su ambición de aglutinar a todos los pueblos germánicos en una sola fuerza militar capaz de conquistar el mundo entero, Ludendorff decidió asociarse con Hitler. Y, cuando éste saltó anoche al vacío y declaró la revolución fascista en Múnich, el general se vio arrastrado con él en su caída.

Después, el *putsch* se había «desinflado como un globo...».

Como dijo Ernst Feder en las páginas del *Berliner Tageblatt*, la intervención de la policía estatal marcó «el final de aquella astracanada»,[19] de ese «segundo *putsch* encabezado por Ludendorff», que había fallado de forma aún más estrepitosa que su primer intento de tomar el poder en Berlín en 1920. El plan de los golpistas le recordaba a una travesura infantil lastrada por infinidad de errores tácticos y estratégicos. En su desesperación por vengarse de «los criminales de noviembre», Hitler y Ludendorff habían acabado convirtiéndose en los nuevos criminales de noviembre.

No se disponía de información fiable ni sobre el paradero de Adolf Hitler ni sobre sus orígenes. *The New York Times* publicó el 10 de noviembre uno de los perfiles más detallados que habían

aparecido hasta la fecha. En él se describía a Hitler como un cartelista y «agitador de origen extranjero»,[20] a quien ni siquiera podía considerarse un verdadero «alemán de Alemania». Se decía, sin embargo, que tenía treinta y nueve años (tenía treinta y cuatro), que había nacido en las afueras de Viena (su ciudad natal era Braunau, a orillas del río Eno), que había realizado su servicio militar en el ejército austriaco (en realidad se había enrolado en el regimiento «List» del ejército bávaro) y que visitó Múnich por primera en enero de 1922 (fue en mayo de 1913).

The New York Times sí describía acertadamente a Hitler como un orador hábil y con mucho empuje, alguien capaz de explotar cualquier resentimiento en beneficio propio. Había conseguido, de hecho, aprovecharse de todos los agravios y todas las frustraciones del pueblo alemán para componer la imagen de un país dominado por una camarilla de comunistas traidores, todos los cuales estaban a su vez al servicio de las élites económicas judías. Hitler era un demagogo extraordinario. Según el redactor, había conseguido crear un pequeño partido político a partir de un grupúsculo de veteranos de guerra, muchos de los cuales eran exhibidos durante los discursos de su líder para causar un efecto más dramático.

La situación preocupaba al diario francés *République Française*, que recomendaba a sus lectores no llegar a la precipitada conclusión de que el *putsch* de la cervecería simbolizaba una pugna entre republicanismo y monarquía, ni mucho menos tampoco un enfrentamiento entre una democracia pacífica y una agresiva reacción militar. Se trataba, por el contrario, de una lucha entre dos visiones diferentes de la dictadura y, para el rotativo francés, la más peligrosa de ellas no era la que había sido sofocada en la Odeonsplatz. Muchos otros periódicos de izquierdas coincidían con este diagnóstico. En su derrota, Hitler parecía mucho más ridículo e inofensivo que las autoridades estatales encargadas de detenerlo. Y esa imagen no haría más que extenderse en los meses posteriores.

23

EL TESTAMENTO

Una promesa rota por aquí,[1] otra por allá.
München-Augsburger Abendzeitung

Mientras las fuerzas leales a Gustav von Kahr cercaban la cuidad para controlarla, la policía de Múnich asaltó la sede central del Partido Nazi en el número 12 de la Corneliusstrasse. Realizaron un registro exhaustivo del local y requisaron todos los bienes de la organización ilegalizada. Se llevaron una buena cantidad de mobiliario y material de oficina: escritorios, archivadores, librerías, armarios, máquinas de escribir y un *schapirograph*, o ciclostil, para hacer octavillas.

La policía se incautó también de todas las obras de arte que decoraban la sede. Entre ellas había paisajes y naturalezas muertas —que reflejaban hasta cierto punto los gustos de Hitler como pintor —, y algunos retratos de Federico el Grande, de Otto von Bismarck, del mariscal Hindenburg y, por supuesto, del propio Hitler. Mayor extrañeza causaron los retratos de dos «gitanos»,[2] un chico y una chica, que debían de pertenecer a alguno de los miembros del partido.

Entre los muchos objetos requisados había también algunos libros de la biblioteca, varias cajas de puros, un par de zapatos, siete bolsas de patatas, una bicicleta de la marca Mifa, un rifle de caza con munición y una enorme cantidad de artículos de papelería con el membrete del partido que la policía decidió aprovechar para notas y borradores. Los bienes incautados más valiosos eran sin duda los

siete coches oficiales, entre los cuales se encontraban el Mercedes de Göring y el Benz de color rojo con el que Hitler había llegado a la Bürgerbräu. Las seis cajas fuertes que aparecieron en el local resultaron estar vacías. Un miembro del partido[3] llamado Ludwig Ess se había llevado previamente las fichas de sus 55.787 afiliados.

Para entonces, las autoridades tenían ya pruebas concluyentes[4] de los vínculos que el Partido Nazi había conseguido establecer fuera de Alemania, un hecho del que tuvieron noticia por primera vez tras la sonada detención que se produjo la noche del *putsch* en la frontera austro-húngara. El detenido era un fanático antisemita llamado Ferenc Ulain, líder del grupo de extrema derecha Amanecer Húngaro.

Cuando registraron el equipaje de Ulain, la policía encontró un «acuerdo preliminar»[5] entre las fuerzas de Hitler y la agrupación húngara, que también pretendía dar un golpe de Estado en Budapest. Eran muchos los puntos en común que tenían ambas organizaciones de extrema derecha, en especial su furibundo antisemitismo y un rechazo frontal al Tratado de Versalles. También Hungría había quedado desmembrada tras la guerra: había perdido cerca de dos tercios de su superficie y casi tres millones y medio de húngaros vivían ahora en el territorio de otros estados fronterizos.

Un emisario de Hitler se había desplazado hasta Budapest el 2 de noviembre de 1923 para presentar a Ulain el convenio que se encontró en su poder. En él se estipulaba que el Partido Nazi proporcionaría a sus socios húngaros soldados y armas de los depósitos que habían conseguido ocultar a los Aliados. A cambio, Hungría se comprometía a enviar a Alemania parte de la producción agrícola que generaban sus abundantes tierras de cultivo. Hitler podría esgrimir ese suministro de alimentos para ganarse el favor de las masas: un claro anticipo de los populares programas para la creación de empleo que se pusieron en marcha en los años treinta gracias al aumento de la producción militar.

El complot tenía un elemento más. La extrema derecha húngara pretendía apresar a todos los judíos del país para amenazar luego a las organizaciones internacionales con ajusticiar a los rehenes si los Aliados, o cualquier otra fuerza militar, se atrevían a intervenir.

Aunque la alianza internacional de extrema derecha no había alcanzado sus objetivos ni en Múnich ni en Budapest, con el malestar economócio y social que arrastraban ambos países, los rescoldos del descontento seguían humeando bajo las cenizas.

La ciudad de Múnich había sufrido una profunda conmoción. Como apuntaba el *Münchener Zeitung* —cuya línea editorial seguía siendo favorable al gobierno de Kahr—, la maniobra precipitada y mal organizada de Hitler había acabado con cualquier esperanza de un renacimiento nacional. En muchos círculos se lo acusaba de ser un demagogo que se dedicaba a difundir una ideología grotesca y patológica. El dueño del *Deutsche Zeitung* lo describió como «un histérico [...] [poseído] por el ego demencial de una *prima donna*».[6]

Sin embargo, la situación en las calles era muy diferente. Kahr parecía ser el hombre más odiado[7] de Baviera.

La tarde del 10 de noviembre, inmediatamente después de ser liberado, el primer ministro Von Knilling convocó una reunión de su gabinete[8] para discutir si debía mantener a Gustav von Kahr en su puesto o no. Knilling propuso también que Lossow y Seisser fueran relevados de sus respectivas responsabilidades al frente del ejército y de la policía estatal.

Franz Gürtner, el ministro de Justicia, intercedió en favor de Kahr y planteó la siguiente pregunta: ¿qué motivos podían aducirse para destituirlo? Knilling contestó de forma tajante que había apoyado el *putsch*, y que había jurado fidelidad a la causa nazi a bombo y platillo en el estrado de la Bürgerbräu.

Gürtner replicó que no estaba del todo claro que lo hubiera hecho en serio. ¿Quién podía criticarlo si resultaba ser un mero ardid? Dejando a un lado la posibilidad del engaño, Kahr, Lossow y

Seisser habían hecho posible que el ejército y la policía estatal frenaran el golpe.

Otro de los asistentes señaló que eso no había sido obra suya. A pesar de ser algo evidente, muchos pasaron este dato por alto entonces y después: cuando Kahr, Lossow y Seisser volvieron a sus despachos, Danner e Imhoff habían hecho la mayor parte del trabajo, como solicitar refuerzos y asegurarse el control de los edificios y centros de comunicación estratégicos de la ciudad.

En ese consejo de ministros a puerta cerrada se sentaron a grandes rasgos las bases del debate que se desarrollaría durante los meses siguientes en torno al papel que habían desempeñado los mandatarios bávaros en el *putsch*. A continuación, tal y como señalan las actas, la reunión tuvo que ser suspendida por los gritos ensordecedores que llegaban desde la calle: «¡Abajo Kahr!»,[9] «¡Viva Hitler!».

En Uffing,[10] mientras tanto, Hitler había tomado la decisión de huir a Austria. Para evitar que lo interceptara la policía, vistieron a su ayudante con una chaqueta vieja y un sombrero de Putzi, le pusieron a la espalda una mochila llena de huevos y mantequilla y lo enviaron a Múnich. Parecía alguien que había ido a visitar a su familia al campo, y confiaban en que así pudiera burlar la vigilancia policial.

La misión que le habían encomendado consistía en localizar a Helene Bechstein, la mujer de un acaudalado fabricante de pianos que, aunque vivía en Berlín, solía pasar largas temporadas en alguna de las múltiples propiedades que tenía en Múnich, o en la *suite* del Hotel Four Seasons que tenía siempre reservada. Hitler había conocido[11] a esa destacada figura de la alta sociedad alemana en junio de 1921, y desde entonces Bechstein se había convertido[12] en uno de sus apoyos más preciados. No en vano, gracias a ella había conseguido trabar amistad con personalidades muy influyentes de la

sociedad bávara, entre ellas la viuda de Richard Wagner, Cosima, y el círculo del compositor en Bayreuth. Bechstein tenía el dinero, el poder y los contactos necesarios para sacarlo del país.

El Dr. Schultze dejó pasar un tiempo prudencial después de que el ordenanza saliera para coger el primer tren a Múnich en una aldea cercana. A continuación, salió en la dirección contraria para tomar otro tren. Su objetivo era traer hasta el chalé a algún especialista que pudiera tratar la lesión de hombro del líder.

Hitler y Helen Hanfstaengl pasaron la mayor parte del sábado 10 de noviembre esperando la llegada del médico y del coche para la huida. Tenían los nervios de punta y, a diferencia del pequeño Egon —que seguía con sus travesuras de siempre—, estaban demasiado alterados para comer.

En opinión de Helen, lo más importante era asegurarse de que ni a su hijo ni a las dos doncellas se les escapaba una sola palabra sobre la presencia de los invitados.

Cuando estaba a punto anochecer, el médico regresó en un coche prestado con un amigo, pero fueron incapaces de bajar la hinchazón del hombro de Hitler y tuvieron que regresar a Múnich. Hitler y Helen se quedaron de nuevo a solas en aquella casa vacía, esperando y haciéndose infinidad de preguntas.

Las noticias llegaban con cuentagotas.

La espera se hacía eterna.

En torno a las once de la noche, el cocinero despertó a Helen —que se había acostado hacía ya rato— para informarle de que había alguien en la puerta. El desconocido se identificó como el jardinero del capitán Göring y dijo tener un importante mensaje del general Ludendorff para «alguien que se hospedaba en la casa».[13] Helen, suspicaz, fingió no saber de qué estaba hablando, le indicó la dirección de un hostal cercano y prometió ponerse en contacto con él si llegaba algún visitante.

¿Era posible que el chófer hubiese localizado ya a Göring?

Helen subió como una exhalación al piso de arriba para contarle lo ocurrido a Hitler. Y éste le contestó que, atendiendo a la descripción que le había dado, podía tratarse del jardinero, pero que no estaba seguro. Juntos decidieron que Helen llamaría a aquel individuo por la mañana y lo invitaría al chalé. El líder nazi confiaba en poder identificarlo si lo veía a escondidas desde el piso de arriba.

Cuando el desconocido se presentó a la mañana siguiente, Hitler confirmó que se trataba del jardinero y se reunió con él en la salita de la planta de abajo. Helen nunca se enteró del motivo de aquella breve visita, tras la cual Hitler se fue directamente a echar una cabezada. Putzi siempre sospechó que aquel hombre era un confidente de la policía, que buscaba información sobre el paradero del líder nazi.

El domingo 11 de noviembre, en lugar de celebrar la victoria sobre la república alemana, Hitler seguía escondido en el desván de los Hanfstaengl. El pijama blanco y el albornoz azul oscuro de felpa que llevaba puestos debían de quedarle muy bien a Putzi, pero a él lo hacían parecer un enano. Eso sí, seguro que le venían estupendamente para su dolorido hombro. Hitler le dijo en broma a Helen que con aquellas prendas enormes se sentía como un senador de la antigua Roma.

Cerca del mediodía, Helen y Egon se sentaron con Hitler a tomar la primera y única comida decente de la que disfrutaría éste a lo largo de su estancia en la casa. El líder nazi parecía encontrarse de mejor humor y no paraba de gastarle bromas a Egon sobre lo mucho que necesitaba tener una «hermanita rubia de ojos azules». Helen se llevó a su hijo para que se echara la siesta en su cuna y al rato volvió con su invitado. El líder nazi se había puesto a dar vueltas por la habitación mientras divagaba sobre el *putsch* de la cervecería y se preguntaba qué habría sido de sus camaradas. Habló de los errores garrafales que había cometido y juró no repetirlos en la siguiente ocasión.

¿Dónde estaba el coche de Bechstein que debía llevarlo a Austria?

Helen se ofreció a llamar a su fontanero. Sabía que era un simpatizante entusiasta del Partido Nazi y que tenía una moto. Hitler podía esconderse bajo la lona del sidecar y viajar entre un montón de mantas y almohadones sin levantar la más mínima sospecha. El líder nazi, sin embargo, declinó la oferta.

A última hora de la tarde, con las persianas bajadas y las cortinas ya echadas, Hitler seguía dando vueltas por la habitación «en silencio y con aire taciturno», según su anfitriona. Cerca de las cinco, la suegra de Helen había llamado para informarle de que la policía estaba registrando su casa a las afueras de Uffing. No había duda de que esa residencia enorme y apartada habría sido un escondite excelente.

Estuvieron registrando la propiedad cerca de dos horas, hasta que uno de los oficiales escuchó la conversación que mantenían Helen y su suegra. Le arrebató el teléfono y le pidió a la persona que estaba al otro lado que se identificase. Cuando Helen les dijo quién era, le preguntaron si conocía el paradero de su marido y cuándo había visto por última vez a Adolf Hitler.

—Hoy mismo[14] —respondió ella sin hacer el menor esfuerzo por encubrir a su invitado.

«¡Pillado!», fue todo lo que escribió Helen al respecto en sus memorias inéditas. Subió de inmediato a la salita del segundo piso y le contó a Hitler que la policía estaba de camino. Según palabras de la propia Helen, el líder nazi «perdió por completo los estribos».

Helen recordó haberle oído gritar: «¡Ya no hay nada que hacer! ¡No tiene sentido huir!». Y, a continuación, se lanzó a por su pistola, que estaba guardada en un armario. Pronto empezó a circular el rumor de que Hitler, absolutamente fuera de sí, había intentado suicidarse. Según Putzi —el creador de esa leyenda—, el líder nazi intentó quitarse la vida. Sin embargo, Helen consiguió arrebatarle el arma con una «llave de *jiu-jitsu*»[15] que le había enseñado su propio

marido —y que él, a su vez, había aprendido de un policía de Boston durante su estancia en Harvard— y después arrojó el arma a un barril de harina.

Helen, por su parte, ofreció en sus memorias una versión[16] mucho más verosímil de lo ocurrido. Al parecer, se limitó a agarrar del brazo a Hitler, con calma pero con firmeza, para quitarle la pistola y le echó en cara que se dejara llevar a las primeras de cambio por unos pensamientos tan derrotistas e improductivos. En su texto no hay ninguna referencia a que se sirviera de una técnica de *jiu-jitsu* para desarmar a Hitler. Lo único que hizo fue aprovechar un momento en que éste se sentó y se llevó las manos a la cabeza para apoderarse del arma, y luego la ocultó en el primer lugar que se le ocurrió: un barril de harina que se encontraba en otra planta de la casa. Con los años, Helen empezaría a dudar de si realmente había evitado el suicidio del líder nazi o si todo aquello no había sido más que «otro de sus habituales melodramas».

Cuando volvió a la habitación, Hitler seguía sentado, con la cabeza entre las manos y absolutamente abatido. Mientras esperaban a que llegara la policía, Helen se ofreció a tomar nota de cualquier instrucción que quisiera transmitir a sus partidarios «mientras quedara tiempo», y Hitler se apresuró a dictarle su «testamento político»:[17] el documento en el que designaba a su sucesor.

El nombre del nuevo presidente del partido supuso una verdadera sorpresa. No era ni Göring ni Hess ni Amann ni ninguna otra de las figuras que habían participado en el *putsch*. Tampoco era Anton Drexler, el cofundador del partido, ni Julius Streicher, que tenía en su poder una nota garabateada a toda prisa por el propio Hitler la noche del golpe en la que le daba el mando de «toda la organización».[18] Es probable que el líder nazi se refiriese tan sólo a la propaganda, pero Streicher no tardaría en afirmar que se trataba de todo el Partido Nazi.

En cambio, el elegido de Hitler fue Alfred Rosenberg.

Helen debió de quedarse perpleja. Igual que su marido, hacía tiempo que no soportaba a Rosenberg y que lo consideraba una persona fría y cínica, carente por completo de las dotes de liderazgo necesarias para dirigir el periódico, no digamos ya el partido. Como dijo en una ocasión Karl Osswald, el segundo de Röhm, Rosenberg era un cobarde «con mucho cuento y poco amor a la patria».[19]

Hasta el propio Rosenberg se quedaría anonadado con la elección. En sus memorias escribió lo siguiente: «Hitler jamás me había tenido en cuenta para las cuestiones organizativas. Pero ¡tuve que hacerme con las riendas del partido en el momento más delicado!».[20] Parecía que Hitler hubiese elegido a propósito a una persona mediocre e impopular para no tener que lidiar luego con un rival peligroso. Por otro lado, es posible que Hitler tomase la decisión de forma apresurada,[21] y Rosenberg era una de las pocas personas que seguían en Múnich de cuya confianza no podía dudar.

El testamento lo escondieron, igual que la pistola, en el barril de harina para evitar que lo encontrara la policía, cuya llegada era inminente. Supieron que se acercaban por el ruido de los motores y el ladrido de los perros. Los oficiales rodearon la casa con rapidez y Rudolf Belleville —un teniente de veintinueve años que trabajaba en la comisaría del distrito de Weilheim— se aproximó a la puerta. No le hacía especial ilusión estar allí.

En primer lugar, porque era domingo y buena parte de sus hombres estaban de permiso. De hecho, tuvo que tomar prestado un camión de una fábrica de cerveza para poder llevar a cabo la misión. En segundo lugar, porque durante la Primera Guerra Mundial había servido como artillero en el mismo escuadrón aéreo que Rudolf Hess y se había afiliado al Partido Nazi en 1920. Detener a Adolf Hitler era lo último que le apetecía hacer.

Belleville llamó y preguntó si podía registrar la casa. Helen lo acompañó hasta el desván y, tras un breve momento de duda, abrió la puerta. Johann Baptist Loritz —un alto cargo del gobierno— describió así lo que ocurrió a continuación:

> En la habitación se encontraba[22] Hitler con un pijama de color blanco y el brazo vendado. [...] El líder nazi lo miró distraídamente. Al oír que venían a detenerlo, extendió las manos y dijo que estaba a su disposición.

Como las temperaturas habían bajado mucho, Helen le ofreció algunas prendas de abrigo de Putzi, pero Hitler las rechazó. Tuvieron que ayudarlo a ponerse el inmenso albornoz, y con él y la gabardina echada sobre los hombros, fue escoltado por la policía hasta la puerta.

El pequeño Egon consiguió zafarse de las doncellas y salió de la cocina gritando a los «hombres malvados»[23] que querían llevarse al «tío Dolf». Hitler le acarició la mejilla, estrechó la mano de Helen y de las asistentas y, sin pronunciar una sola palabra, se dio la vuelta y se marchó con los agentes.

Alrededor de una hora después de que la policía partiera con su prisionero en el camión requisado, otro vehículo se detuvo frente al chalé. Se trataba de Max Amann, que por fin traía el coche de los Bechstein[24] en el que Hitler debía huir a Austria.

24

CAE EL TELÓN

> Tenemos que ser muy cuidadosos[1] a la hora de elegir a sus carceleros o, de lo contrario, les soltará uno de sus discursos y empezarán a lanzar vítores a favor de la revolución.
>
> General Otto von Lossow

El funcionario de prisiones Franz Hemmrich pasó la noche en vela en su cuarto, escuchando el tictac del reloj y los pasos que daba a intervalos regulares uno de sus compañeros en el pasillo. Estaba cayendo tal tromba de agua[2] que se movían hasta los cristales de las ventanas. El timbre sonó al mismo tiempo que alguien llamaba a su puerta. Un auxiliar le avisó de que el director quería verlo inmediatamente.

Al llegar a su despacho, el director Otto Leybold le entregó un telegrama[3] en el que se informaba de que Hitler había sido capturado y llegaría a la prisión esa misma noche. Tenían que organizarlo todo.[4] Les iban a enviar un destacamento formado por treinta y dos soldados de la 7.ª División del ejército bávaro para reforzar la seguridad por si los seguidores de Hitler trataban de liberarlo. Habría patrullas en el exterior del edificio y nidos de ametralladora en el patio. Se instalarían también varias líneas telefónicas adicionales para que pudieran estar en contacto directo con los cuarteles del ejército en caso de que se produjera alguna emergencia.

Oculta en mitad de los Alpes, a unos sesenta y cinco kilómetros al oeste de Múnich, Landsberg am Lech parecía más una casa de campo o una reliquia medieval que una prisión moderna del Estado alemán. Y, sin embargo, este centro penitenciario —con sus dos torres coronadas por sendas cúpulas bulbosas y una puerta principal enorme— tenía tan sólo catorce años de antigüedad. Albergaba a cerca de quinientos internos en cuatro módulos estructurados en forma de cruz, en cuya intersección se encontraba una unidad central de vigilancia. Este modelo de prisión panóptica hacía posible que los guardias observaran a los internos sin que éstos pudieran verlos a ellos. No obstante, ésa no fue la parte del centro en la que ingresó Adolf Hitler.

Landsberg llevaba funcionando desde 1919 como centro de internamiento para presos políticos y duelistas convictos. A estos prisioneros se los condenaba a un tipo de «régimen penitenciario especial» o *custodia honesta* conocido como «confinamiento en fortaleza» *(festungshaft)*. Este régimen especial se introdujo en la legislación bávara en 1813 y estaba reservado para los condenados por delitos leves y para los miembros de las clases privilegiadas. A diferencia del régimen ordinario *(gefängnis)* y de sus modalidades más duras *(zuchthaus)* —que hacían especial hincapié en el silencio, el aislamiento y los trabajos forzados—, el «confinamiento en fortaleza» suponía un estigma social menor para los presos y conllevaba obligaciones más livianas.

En Landsberg, los internos a quienes se los había condenado a este régimen especial tenían su propio módulo en un moderno edificio anexo de dos plantas conocido como *festung* o «fortaleza». En dicho módulo, que se unía al edificio principal por un pasillo, los internos no estaban obligados a vestir uniforme ni a limpiar sus celdas ni a cortarse el pelo, y tampoco se los sometía a muchas de las restricciones habituales en una prisión. Ni siquiera tenían que quedarse en sus celdas.

A lo largo del día, podían realizar visitas a otros internos, recibirlas —aunque sin exceder nunca las seis horas semanales— y disfrutar de un mínimo de cinco horas de ejercicio. Tenían permitido decorar sus celdas con cuadros y flores, así como comprar puros, cigarros, vino y una jarra de cerveza al día en la cantina. La «detención en fortaleza» se encontraba en la cima del sistema penitenciario alemán y comportaba «la pérdida de libertad[5] del reo acompañada de una vigilancia constante de su actividad y de su modo de vida».

Poco antes de que dieran las diez y media de la noche, el pesado portón con tachuelas del penal se abrió con un leve crujido para que entrara el esperado prisionero. Hemmrich bajó a recibirlo vestido con una gorra, un uniforme de color azul oscuro[6] con charreteras y un cinturón del que colgaba un manojo de llaves. El funcionario describió con estas palabras la impresión que le causó el líder nazi al entrar: «Un mechón de pelo oscuro le cubría el rostro lívido. [...] Sus ojos, inexpresivos, se quedaron mirando al vacío».[7]

En cuanto se le abrió ficha, Hitler pasó a convertirse en el interno n.º 45: «Católico, treinta y cuatro años.[8] El padre trabajó como funcionario en el servicio de vigilancia aduanera de Linz. A. H. Nacido el 20 de abril de 1889 en Braunau, a orillas del Eno, norte de Austria. (Nacionalidad austriaca.) Soltero. Profesión: según parece, escritor, antes artista. [...] Padres: los dos fallecidos. No mantiene ningún tipo de correspondencia con la hermana que tiene en Viena. Vive en Múnich, en el número 41 de la Thierschstrasse». En la ficha se mencionaba también que había hecho el servicio militar en el 16.º Regimiento de Infantería en la Reserva y las condecoraciones que había recibido.

Flanqueado por varios policías y un perro, Hitler fue conducido hasta la celda número 5[9] de la segunda planta: una de las más grandes y luminosas de todo el módulo. Medía dos metros y medio de largo por tres y medio de ancho, y tenía una cama de hierro cubierta con mantas de lana, una mesilla de noche, una mesa, un escritorio, un armario y un par de sillas. Durante el día, los rayos de

sol se colaban por los barrotes de la ventana y bañaban las paredes encaladas. En Landsberg la conocían como «la celda de los famosos». Su anterior ocupante —Anton Graf von Arco auf Valley, el asesino del líder socialista Kurt Eisner— había sido trasladado a la enfermería para hacer sitio al nuevo recluso.

Después de rechazar el plato de sopa y el currusco de pan que le ofrecieron para cenar, Hitler se tumbó en la cama. Estaba agotado y era evidente que aún sufría dolores. El diagnóstico del Dr. Josef Brinsteiner, el médico de sesenta y seis años que trabajaba en Landsberg, fue el siguiente: «El paciente sufre una luxación[10] del hombro izquierdo y una rotura de la cabeza del húmero y presenta, a consecuencia de todo ello, un doloroso traumatismo». En su opinión, las lesiones «le producirán una pérdida parcial de la movilidad en el hombro y dolores [permanentes]».

En su exploración, el médico descubrió algo más:[11] Hitler padecía también criptorquidia, una patología provocada por un problema en el descenso de los testículos a la bolsa escrotal. El primero en presentar este hallazgo[12] ante la comunidad científica fue el escritor ruso Lev Bezymenski. Lo hizo en 1968, basándose supuestamente en la autopsia que las autoridades soviéticas realizaron al líder nazi en mayo de 1945. Muchos estudiosos del bloque occidental lo interpretaron como un intento malintencionado para presentar la imagen de un Hitler castrado. Sin embargo, al médico de Landsberg no podían atribuírsele motivaciones ideológicas —de hecho, simpatizaba con la causa nazi—, de ahí que el reciente descubrimiento de este informe haya permitido demostrar que la información aportada por los rusos era fidedigna.

Carl Christian Bry, el corresponsal del periódico argentino *Argentinische Tag- und Wochenblatt*, no había salido aún de su asombro desde que oyó hablar por primera vez del *putsch*. Hitler y sus incondicionales pretendían derrocar al gobierno, pero ¿desde

dónde? ¿Desde algún ministerio? ¿Desde un cuartel del ejército o una comisaría de policía al menos? No, desde una cervecería. «Típico de Múnich[13] y de Hitler», bromeó.

El 9 de noviembre, Bry había bajado corriendo a comprar un ejemplar del *Völkischer Beobachter*, el periódico del Partido Nazi, y se había quedado maravillado al toparse con aquella «preciosa gema» de humor involuntario. Las frases grandilocuentes se abrían paso entre las diatribas despiadadas contra los judíos, y todo ello engarzado en un relato que se leía como una novela de misterio barata. Ahora que el *putsch* había fracasado y su cabecilla había sido detenido, Bry se alegraba de no haber «sobrevalorado a Hitler». Pero, aun así, lo sorprendía que la intentona hubiese tenido un «final tan precipitado».[14]

¿Acaso pensaba Hitler que bastaría con «disparar un par de veces al aire» en una cervecería de Múnich para convertirse en «algo así como el emperador de Alemania?», escribió Victor Serge en una nota de la agencia comunista Correspondance Internationale. Esta supuesta revolución, vaticinaban desde Reuters, sería recordada como la más corta de todos los tiempos. Sin duda, Hitler había conseguido entrar en los libros de historia. Pero el Partido Nazi había sido ilegalizado y sus miembros —la mayoría de los cuales se encontraban en el exilio— pronto tendrían que hacer frente a rencillas y guerras intestinas. La carrera política de Hitler parecía haber acabado casi tan rápido como había empezado. Así lo creía él, desde luego. El *putsch* de la cervecería iba camino de convertirse en un chiste.

«Este golpe de Estado de la Bürgerbräu[15] es una de las farsas más demenciales de las que se tiene recuerdo», concluía *The New York Times*. «Montones de cerveza y retórica» habían servido de inspiración a una pandilla de aficionados mucho más preparada para protagonizar una «ópera bufa que para acabar con el gobierno de Berlín». El diario *Le Petit Parisien* calificó su actuación de mero vodevil,[16] y *Le Matin* la definió como una «aventura carnavalesca».[17]

Al «charlatán»,[18] como llamaba a Hitler el *Vossische Zeitung*, le había llegado su hora. El *Frankfurter Zeitung* publicó la necrológica del partido[19] y, en las páginas de *The New York Times*, Cyril Brown sostenía que «el golpe frustrado y chapucero de Múnich[20] [...] liquidaba por completo a Hitler y a sus seguidores nazis».

Mientras, la restitución de Gustav von Kahr seguía su curso. El comisionado general del Estado continuaría en su puesto gracias en gran parte[21] al apoyo que le había brindado Franz Gürtner, el titular de Justicia. Muchos otros miembros del gabinete se alinearon con él y coincidieron en que, si destituían a Kahr, parecería que Hitler había ganado.

Esa misma tarde, el primer ministro Knilling y Gürtner se reunieron con Kahr, Lossow y Seisser en un nuevo encuentro tempestuoso. Los tres mandatarios bávaros defendieron sin fisuras su actuación la noche del *putsch* y sostuvieron que, en lugar de dimitir, deberían aprovechar el estado de confusión reinante para otorgar más poder a Kahr. Seisser llegó a utilizar la expresión «poderes extraordinarios».[22]

A pesar de que Gürtner había conseguido salvar a Kahr, el gabinete no parecía tener muy claro qué debía hacer a continuación. Resultaba evidente que el primer ministro quería destituir a los tres bávaros, pero al mismo tiempo era consciente de que ellos se resistirían y no sabía si las autoridades disponían del poder suficiente para obligarlos a abandonar sus puestos. Además —como no dejaban de repetir algunos miembros del gabinete—, el gobierno debía ofrecer una imagen de unidad para contrarrestar la ofensiva propagandística que la extrema derecha lanzaría contra ellos.

A lo largo de las siguientes semanas, Kahr, Lossow y Seisser empezarían a aplicar una serie de medidas para poner a la opinión pública bávara de su lado. Prohibieron todos los periódicos de derechas[23] que eran favorables al Partido Nazi, como el *Heimatland* y el *Der Stürmer*, de Julius Streicher, y aprovecharon la coyuntura

para ilegalizar también el Partido Comunista, que había sido muy crítico con el régimen. A estas medidas pronto les siguieron otras prohibiciones, así como un aumento de la censura sobre los medios de ideología socialista. Sin embargo, este ambicioso plan para evitar que se produjera un debate público no tardaría en volverse contra ellos.

Fuera de Baviera, especialmente en los periódicos socialistas o de izquierdas, se creía que Kahr estaba mucho más cerca de los nazis y la extrema derecha de lo que aparentaba. Llevaba mucho tiempo jugando con fuego, y cuando al final terminó quemándose, se había hecho el sorprendido. Otros no tenían del todo claro si Kahr, más que romper su compromiso, no habría «vendido» a Hitler, cediendo así a las presiones de los grandes industriales alemanes o de la camarilla de monárquicos y jesuitas que apoyaban al príncipe heredero y alentaban el separatismo bávaro. Se llegó a decir incluso que había traicionado a Hitler porque un rico comerciante judío lo había sobornado con siete alfombras persas.[24]

«Por todas partes podía verse[25] el destello de cascos y rifles», dijo Franz Hemmrich de la presencia militar en Landsberg. Su compañero Otto Lurker también recordaría el ruido metálico de las armas[26] y las fuertes pisadas en los pasillos. Hitler aseguró[27] que, al ver tal cantidad de soldados en las instalaciones, tuvo miedo de que fueran a fusilarlo.

Seguramente cambió de opinión, si es que alguna vez llegó a creer de verdad que iban a ejecutarlo, cuando le dijeron que el fiscal del Estado estaba de camino para interrogarlo como parte de las diligencias para la instrucción del caso. Hitler, sin embargo, se negó a cooperar. Amenazó con suicidarse e inició una huelga de hambre[28] que duró como mínimo una semana y puede que hasta diez días.

Los guardias intentaron convencerlo para que comiera y recurrieron a los métodos habituales en esos casos, como dejarle la bandeja dentro de la celda hasta que le llevaban la siguiente comida.

Esgrimieron una amplia gama de argumentos para hacer entrar en razón a aquel interno tan tozudo que, según Hemmrich, «se limitaba a quedarse sentado hecho una piltrafa, encogido y mal afeitado [...] mientras escuchaba las frases manidas que le dirigían con una sonrisa cansada e indiferente». El Dr. Brinsteiner anotó[29] en su ficha que, durante esos primeros días, el peso de Hitler había bajado de los setenta y tres kilos que tenía al llegar hasta los sesenta y ocho.

El psicólogo de la prisión, Alois Maria Ott, también recordaría lo desanimado que vio al paciente cuando lo examinó el 19 de noviembre de 1923. Hitler se lamentó de la traición de sus seguidores y del pueblo alemán, y añadió que todo el sufrimiento que había aceptado en su nombre no había valido para nada. Estaba dispuesto a dejar que se revolcaran en el caos que ellos mismos habían causado y a mostrarles lo mal que iban a pasarlo sin él. «Ya he tenido suficiente[30] —dijo, con la boca llena de saliva a causa de la filípica que había soltado—. Si tuviera una pistola, acabaría con todo.»

Al parecer, Hitler también dejaba entrever esos sentimientos melodramáticos a quienes lo visitaban en Landsberg. Cuando Anton Drexler se acercó a verlo ese mismo mes, lo encontró sentado junto a una ventana, lívido y demacrado: «Cada vez más débil, más delgado[31] y más pálido, a medida que la huelga de hambre iba haciendo mella en él». Además, Hitler hacía todo lo que podía para que se notara que era incapaz de aceptar la muerte de aquellos dieciséis hombres a su cargo.

«Estaba completamente desesperado», como diría el propio Drexler algún tiempo después. Lo angustiaba pensar que todo lo que habían hecho para levantar el partido —«el trabajo, la planificación, los desvelos, las privaciones, las estrecheces y los apuros»— quedaría borrado de un plumazo. Drexler, que se atribuyó el mérito de haber conseguido que Hitler no se rindiese a pesar de lo desalentadoras que resultaban las perspectivas, añadió que su desolación era contagiosa.

Hans Knirsch, el fundador del Partido Nazi en los Sudetes checos, también encontró al preso «terriblemente deprimido»[32] cuando lo visitó el 23 de noviembre. Knirsch intentó explicarle que el partido y su programa político se vendrían abajo sin él. Pero Hitler se limitó a negar con la cabeza y «le preguntó tímidamente[33] si creía que había alguien dispuesto a seguir a un hombre que acarreaba semejante fracaso a sus espaldas». Había causado tal cantidad de muertes que no tenía «derecho a continuar viviendo»[34] y no veía otra solución que «matarse de hambre».

De acuerdo con el relato que hizo de la visita, Knirsch reprendió a Hitler por atreverse a pensar siquiera que podía abandonar a sus seguidores y trató de hacerle ver en cambio que el *putsch* había sido un éxito. A corto plazo había contribuido a subir la moral del país. A largo plazo les serviría para alcanzar el triunfo definitivo, porque el fracaso era un componente esencial de la lucha y un preludio del éxito.

Como Drexler y Knirsch, muchas otras visitas se marcharon de Landsberg con la sensación de haber levantado el ánimo del líder nazi o de haber evitado incluso que se quitara la vida. Según Putzi, su mujer —Helen— se encontraba dentro de este grupo, ya que envió un mensaje a Hitler para decirle que ya le había quitado la idea del suicidio de la cabeza una vez y que no pensaba consentir que «ahora se matase de hambre[35] en Landsberg». Si seguía adelante con ese pensamiento estaría, además, haciendo exactamente lo que sus enemigos querían. Puede que Helen enviara una nota a Hitler, pero en los archivos de Landsberg no consta que le hiciera ninguna visita y en sus memorias inéditas no aparece mención alguna a ese mensaje.

Sí hay constancia, sin embargo, de una visita mucho más especial que realmente consiguió levantar el ánimo al deprimido líder nazi. El 3 de diciembre de 1923, un invitado consignó en el registro la entrada en la prisión de un enorme pastor alemán llamado *Wolf*[36] que Hitler había recibido el año anterior como regalo de cumpleaños.[37]

25

LOS JUICIOS ANTES DEL JUICIO

> Debo confesar[1] que, en aquel momento, no me pareció una persona que destacara por su importancia ni desde luego tampoco por su brillantez.
>
> HANS EHARD,
> ayudante del fiscal, después de realizar
> el primer interrogatorio a Hitler

Al general Ludendorff, por supuesto, se le permitió volver a su villa en Sollen-Ludwigshöhe en régimen de arresto domiciliario. Una vez allí, se atrincheró en el estudio y empezó a preparar su defensa. Según su mujer, Margarethe, trabajó mucho más entonces[2] que en vísperas del *putsch*. Tenía permitido recibir visitas y siempre que alguien iba a verlo, ya fuera un desconocido o uno de sus partidarios, Ludendorff se apresuraba a hacer un poco de sitio en la mesita de café,[3] que estaba repleta de libros, revistas y periódicos. «Daba una importancia enorme[4] a todos los chismes que le contaban [las visitas] y a cualquier comentario que pudieran hacerle», dijo su mujer, y añadió que el general lo veía todo como «parte de un mosaico».

Sorpresa, burla, indignación y desconcierto: ésas eran las cuatro reacciones que pugnaban por dominar el debate público que había suscitado la insensata participación de Ludendorff en la intentona. Para muchos de sus críticos, era preferible que el general se suicidara por vergüenza a que tuviera que soportar la humillación

añadida de ser juzgado por traidor. Ya se había redactado hasta su epitafio: «Un buen soldado que naufragó[5] en los arrecifes de la fantasía política».

Göring, por su parte, había conseguido cruzar a Austria y estaba ingresado en una clínica privada de Innsbruck, tratando de recuperarse. La enorme cantidad de sangre que había perdido y la falta de sueño lo habían dejado muy débil. La herida de bala se le había infectado —a consecuencia, quizá, de la mugre[6] que se llevó adherida de la superficie cuando rebotó en los adoquines cenagosos del palacio real— y le causaba unos dolores terribles. Debido al estado de semiinconsciencia en el que se encontraba, en ocasiones imaginaba que seguía luchando[7] en las calles de Múnich y empezaba a morder la almohada entre gritos y sollozos desgarradores.

Ésa fue la primera vez que le administraron morfina.[8] Las inyecciones se convertirían muy pronto en un hábito diario, y Göring acabaría desarrollando una adicción que arrastraría durante muchos años. Tampoco tardaría en ser ingresado en un psiquiátrico de Långbro, Suecia y, durante uno de los múltiples tratamientos a los que se sometió para curarse ese caro hábito, tomaría la costumbre de atiborrarse a comida y entregarse a los festines pantagruélicos que lo harían célebre después.

El 24 de diciembre, Göring abandonó la clínica con muletas, enganchado a la morfina, tembloroso y, según dijo Carin, «pálido como la cera».[9] Los Göring seguían sin poder volver a Múnich porque las autoridades tenían su casa vigilada,[10] su correo, interceptado, y sus cuentas bancarias,[11] congeladas. Decidieron trasladarse al hotel Tiroler Hof, donde unos guardias de asalto les regalaron un árbol de Navidad lleno de velas con lazos de color blanco, negro y rojo. Durante su estancia allí, Carin y Göring pudieron seguir llevando el tren de vida de siempre gracias a la generosidad del propietario y de otros simpatizantes nazis.

A su lado, la mayoría de los exiliados nazis parecían «mendigos»[12] desnortados, como dijo Putzi, que por aquel entonces se veía obligado a llevar un pasaporte falso y se ocultaba bajo unas

gafas de sol y «unas patillas de hacha al estilo del emperador[13] Francisco José». Había conseguido cruzar la frontera austriaca gracias a un grupo de ferroviarios, gran parte de los cuales se habían pasado a la derecha durante la crisis económica. Uno de ellos lo condujo hasta una floristería de Kufstein, donde pudo pasar la noche bajo una hilera de crisantemos.

Entre otras muchas cosas, Putzi aprovechó su estancia en Austria para visitar a Angela Raubal, la hermanastra de cuarenta años de Hitler, que vivía en la más absoluta miseria en la última planta de un edificio de la Schönburgstrasse vienesa. Angela se había casado a los veinte años con un funcionario de Hacienda de Linz llamado Leo Raubal, pero la prematura muerte de su marido siete años después puso punto final a su matrimonio y la obligó a criar sola a sus tres hijos pequeños.

Putzi se quedó anonadado al ver en qué condiciones vivían. Por lo que pudo atisbar cuando fue a visitarlos y Angela entreabrió ligerísimamente la puerta —cosa que él atribuyó a la vergüenza que sentía—, su casa era un lugar nauseabundo. Decidió invitarlas a ella y a su hija mayor a una cafetería, donde no tardó en darse cuenta de que Angela era una mujer tímida. Su hija, sin embargo, le pareció una muchacha elegante y desenvuelta: se trataba de Geli, la joven de dieciséis años que algún tiempo después se convertiría en la amante de Adolf Hitler.

Ese mismo mes de diciembre, Angela viajó a Alemania para visitar a su hermanastro en la cárcel.[14] Lo encontró[15] mucho mejor de lo que esperaba. Parecía tener mejor el brazo[16] gracias a los masajes que le daban de forma regular, aunque aún no podía levantarlo por encima del hombro y seguía doliéndole cuando lo movía. Había empezado a comer otra vez; su primera comida después de la huelga de hambre fue un cuenco de arroz.

Dentro de la celda, los regalos se amontonaban: tenía una edición en cinco volúmenes[17] de las obras completas del filósofo Arthur Schopenhauer (1920), un diccionario de alemán, un libro sin identificar en un «idioma extranjero», así como papel para escribir,

dos plumas con un tintero y un portaplumas. Todo aquello se lo había hecho llegar el 4 de diciembre el responsable de su defensa, un abogado de oficio muniqués de cuarenta y un años llamado Lorenz Roder. Hitler lo había conocido en 1922, cuando representaba a unos compañeros suyos a los que se acusaba de agredir al orador de una facción rival en una cervecería.

Poco antes de que Angela llegara a Landsberg, a Hitler le habían llevado un paquete de Winifred Wagner, la mujer de Siegfried Wagner, hijo del famoso compositor. Contenía lo siguiente: una manta de lana,[18] una chaqueta, unos calzoncillos largos, algunos calcetines, salchichas, biscotes y una copia del libreto que su marido había escrito para la ópera *Schmied von Marienburg*. Como destacaban muchos visitantes, Hitler estaba recobrando poco a poco el ánimo.

The New York Times publicó un artículo sobre su detención en Landsberg que comenzaba así: «En absoluto se trata[19] de un lugar en el que resulte desagradable estar recluido». Luego pasaba a destacar los muchos privilegios de los que disfrutaba el preso, como la lectura, el ejercicio y un régimen de vida relajado y con pocas obligaciones. Hitler estaba aprovechándose al máximo de todas esas comodidades, aunque se negaba a hacer ejercicio por el estado de su hombro. Aún no había fecha para el juicio porque, según el diario, las autoridades bávaras estaban esperando a que la popularidad del líder nazi cayese.

Sin embargo, la popularidad de Hitler no daba muestra alguna de estar disminuyendo, al menos entre los círculos de la derecha nacionalista. De hecho, muchos simpatizantes pedían al gobierno[20] que le concediese un indulto o algún tipo de amnistía. El Dr. Richard Graf du Moulin Eckart, profesor del Departamento de Historia y Filología Alemana de la Universidad Técnica de Múnich, tuvo ocasión de exponerle esa petición directamente a Gustav von Kahr en una reunión privada. No obstante, el político bávaro rechazó la propuesta.

En un memorando interno del gobierno[21] se detallaba un plan mucho más agudo para afrontar la crisis que había desencadenado Hitler con el *putsch*. La nota sugería la adopción de una estrategia con tres ejes fundamentales: hacer caer sobre los responsables del complot todo el peso de la justicia; desarmar por completo a todos los grupos paramilitares, y tratar por todos los medios de identificar y bloquear las fuentes de financiación con las que se costeaban el periódico, la publicación de panfletos, el alquiler de la sede, el sueldo de sus veinte empleados y las diferentes campañas de propaganda que llevaban a cabo. Estaba por ver, no obstante, hasta qué punto serían tomadas en cuenta estas recomendaciones.

En el Blute Café —un local situado en Shwabing, el barrio bohemio de Múnich—, esa Navidad se llevó a escena un *tableau vivant*[22] titulado «Adolf Hitler en prisión». Cuando se levantaba el telón, la audiencia podía ver a un hombre sentado frente a un escritorio, con la cabeza entre las manos y de espaldas al público. Un ángel bajaba de las alturas hasta la lóbrega celda con un árbol de Navidad iluminado y, fuera de escena, un coro masculino cantaba *Noche de paz*.

En el momento culminante de la función, el hombre empezaba a volverse lentamente hacia la audiencia. Durante una fracción de segundo, muchos de los presentes en el café pensaban que podía tratarse del mismísimo Hitler. El fotógrafo Heinrich Hoffmann estaba particularmente orgulloso de lo bien que había elegido al actor que encarnaba al líder nazi. Cuando las luces se encendían, según Hoffmann, muchas personas echaban mano de sus pañuelos con los ojos empañados, tratando de contener los sollozos.

Según se supo en diciembre, a los acusados los juzgaría un tribunal y no un jurado popular. «Mucha gente cree[23] —señalaba el *New York Tribune*— que Hitler será condenado a muerte.» Otros

analistas, como el vicecónsul estadounidense en Múnich Robert Murphy, vaticinaban[24] que, tras una larga pena de cárcel, sería deportado.

Hitler seguía sin cooperar con las autoridades. Después de amenazar con suicidarse y de someterse a una efímera huelga de hambre, ahora se negaba a hablar. El fiscal, un conservador bávaro de cincuenta y cuatro años llamado Ludwig Stenglein, no parecía estar haciendo muchos progresos[25] con aquel recluso obcecado y decidió dejar los interrogatorios en manos de su ayudante. Se trataba de Hans Ehard, un joven jurista criado en el seno de una familia católica de Bamberg que había cumplido ya los treinta y seis pero que aparentaba muchos menos. Ehard acababa de ser ascendido y, de hecho, llevaba en el cargo de ayudante[26] tan sólo un mes cuando Hitler asaltó la cervecería.

Sin embargo, pronto quedó claro que su elección había sido un acierto. Ehard era hijo de un funcionario de la administración local y de pequeño soñaba con ser juez. En las facultades de derecho de Múnich y Würzberg demostró más que de sobra su increíble potencial y acabó graduándose con sobresaliente *cum laude*. Durante la guerra, trabajó como secretario en un juzgado militar. Se trasladó con su regimiento a Rusia, Serbia y Francia y obtuvo, entre otras condecoraciones, una Cruz de Hierro de segunda clase.

Posteriormente, se trasladó a Múnich con su mujer, Anna Eleonore, o Annelore, hija de un fabricante de cerveza, y Carlhans, su hijo de tres años y medio. A Ehard le encantaba leer y tocaba el violonchelo en un cuarteto de cuerda, aunque desde su incorporación al equipo de fiscales ya no tendría mucho tiempo para esas aficiones: acababan de encargarle el caso más importante de su carrera.

El joven fiscal era una persona contemplativa. La gente lo criticaba a menudo, según reconoció él mismo más tarde, por no ser lo bastante enérgico o por vacilar demasiado antes de tomar decisiones importantes. Él aceptaba esas críticas: así era su temperamento. Pausado, reflexivo y metódico. «Conócete a ti

mismo[27] y contrólate siempre», era uno de sus lemas. Otro decía: «Identifica lo importante, confía en la suerte y haz lo que esté en tu mano». Teniendo en cuenta la prueba que se le venía encima, Ehard iba a necesitar todas las ventajas que la experiencia pudiera ofrecerle.

El 13 de diciembre de 1923, el joven fiscal cogió un tren con destino a Landsberg[28] para, como le había pedido Stenglein, «intentar sacarle algo a Hitler».[29] Sería una jornada muy larga. Ehard se sentó a una mesa pequeña frente al líder nazi y éste hizo lo propio en una sillita de mimbre, todavía con el brazo en cabestrillo.

Ehard le preguntó si seguía teniendo dolores.

No recibió respuesta alguna.

¿Se encontraba en condiciones de hablar?, fue su siguiente pregunta.

Hitler se limitó a mirarlo con sus ojos azules, «fríos y desagradables», con los que parecía querer taladrarlo. Como el propio Ehard reconocería más tarde, en aquel momento tuvo la sensación de que el líder nazi «iba a comérselo vivo».[30]

Luego le informó de que tenía derecho a estar representado por un abogado.

Hitler seguía sin contestar.

Él se estaba limitando a hacer su trabajo, añadió Ehard con toda la calma y el tacto que pudo reunir, como si tuviera entre manos «un huevo crudo».[31]

—No tengo nada que decir[32] —contestó Hitler finalmente mientras se volvía hacia la pared.

No pensaba dejar que lo engañaran con artimañas legales, añadió. Sólo contaría su versión en las memorias que tenía pensado escribir.

Cuando Ehard trató de presionarlo un poco más y le preguntó por su participación en los hechos, por sus cómplices y por los antecedentes del *putsch*, Hitler no se inmutó.

—No voy a poner en riesgo mi carrera política ofreciéndole a usted una declaración —afirmó.

Ehard replicó que lo mejor tanto para él mismo como para los demás acusados era que cooperase. Hitler se encogió de hombros. El veredicto del tribunal no podía interesarle menos, lo único que le importaba era lo que la historia diría de él. En ese momento, a Ehard se le ocurrió una idea. Pidió al taquígrafo que se marchara, guardó la pluma y el papel y, fingiendo curiosidad por sus opiniones políticas, le dijo que le gustaría mantener con él una charla informal.

—No quedará registro de lo que digamos y no nos ceñiremos a ningún procedimiento —añadió—. Nos limitaremos a conversar.

Tal y como afirmó el propio Ehard más tarde, esa sencilla treta funcionó «como por ensalmo».

Hitler empezó a pontificar sobre política como si en lugar de estar con un fiscal en la sala de visitas de la cárcel se encontrara en una cervecería ante una marabunta de fanáticos. Era incapaz de contestar a cualquier pregunta, por sencilla que fuese, de una manera clara y concisa. Enseguida se ponía a soltar improperios y a escupir como un loco. Más adelante, Ehard diría en broma que no le habría ido mal llevarse un paraguas.[33]

El sermón duró cerca de cinco horas.[34] Cuando terminó, el fiscal le dio las gracias por esa «conversación tan esclarecedora»[35] y se fue corriendo a mecanografiar todo lo que pudo retener. El documento final ocuparía unas quince páginas.[36] Ese comienzo prometedor le permitía atisbar la estrategia de defensa que seguiría Hitler, aunque Ehard sospechaba que, tal y como el líder nazi le había dado a entender, se estaba guardando las mejores bazas argumentales para el juicio.

Para enero de 1924, la acusación había conseguido reducir la lista de acusados a tan sólo diez. En ella se encontraban, además de Hitler, el general Erich Ludendorff, que seguía bajo arresto domiciliario; el teniente coronel Hermann Kriebel, comandante de la Kampfbund y

supuesto responsable militar de la intentona; Ernst Pöhner, juez y exdirector de la policía, y el Dr. Wilhelm Frick, su principal aliado dentro del departamento.

También fueron incluidos los jefes de las tres organizaciones paramilitares más importantes de la Kampfbund: el capitán Ernst Röhm, de la Reichskriegsflagge; Friedrich Weber, de la Bund Oberland, y Wilhelm Brückner, responsable de las Tropas de Asalto en Múnich. La lista la cerraban dos figuras menores y relativamente jóvenes: Heinz Pernet, el hijastro de Ludendorff, y Robert Wagner, un estudiante a quien se acusaba de haber mediado para que los cadetes de la Academia de Oficiales de Infantería de Múnich se unieran al *putsch*.

A todos los acusados se les imputaba el mismo delito: alta traición. El artículo 80 del código penal alemán lo definía como el intento de subvertir el orden constitucional en todo el país o en alguno de sus estados federados. (La traición, por el contrario, consistía en divulgar secretos de Estado a una potencia extranjera.) De ser condenados, los acusados pasarían el resto de sus vidas en prisión o en régimen de confinamiento en fortaleza.

Pero ¿qué había de la muerte de cuatro policías, del secuestro de algunos miembros del gobierno, de las agresiones que habían sufrido varios ciudadanos judíos, del robo de varios billones de marcos y del asalto al *Munich Post*? Resultaba llamativo que ninguno de los imputados tuviera que responder por aquellos abusos. La decisión de centrar el caso en torno al delito de alta traición generaría una enorme controversia.

Y lo que era todavía más grave, ¿por qué iba a tener lugar el juicio en Múnich? En teoría, el juicio de Adolf Hitler[37] jamás debería haberse celebrado en esa ciudad. El 21 de julio de 1922, poco después de que entrara en vigor la Ley para la Defensa de la República, se había creado en Leipzig el Staatsgerichtshof,[38] un tribunal estatal específico para juzgar los casos de alta traición. El Parlamento, bajo el control del Partido Socialdemócrata, había presionado para que se aprobase esa ley con el fin de atajar la crisis

política y frenar la ola de violencia que había culminado con el asesinato de Walther Rathenau, el ministro judío de Asuntos Exteriores.

Sin embargo, Baviera se había negado a reconocer la nueva disposición legal. Los defensores de esa postura adujeron que se trataba de una mera cuestión de principios. Era necesario que el Estado bávaro conservara sus derechos, o lo que quedara de ellos, ante las constantes injerencias del gobierno central. Además, ya contaban con una instancia para perseguir los delitos contra el Estado: el Tribunal Popular,[39] que se había creado en 1918 como medida de emergencia para procesar a todos los acusados de haber cometido delitos de naturaleza no política, tales como asesinato, homicidio, violación, robo, incendio y pillaje. No obstante, con el tiempo había ido asumiendo entre sus competencias muchos otros delitos, entre ellos el de alta traición.

El Tribunal Popular —que reanudó su actividad en julio de 1919 — presentaba otro rasgo inusual: sus sentencias, rápidas e irrecurribles, lo situaban en cierta medida al margen del ordenamiento jurídico clásico. Se le dio el nombre de «Tribunal Popular» porque de los cinco magistrados que lo componían, dos eran jueces de carrera y los otros tres se elegían al azar entre la población masculina. En la práctica, sin embargo, la opinión del presidente tenía un gran peso a la hora de seleccionar al resto de los miembros de la sala. Como señaló un abogado muniqués, este enorme poder unido a la imposibilidad de recurrir sus decisiones convertía a los presidentes del tribual en verdaderos «reyes judiciales».[40]

Según el ministro de Justicia de Baviera, ésa era la instancia judicial competente para juzgar el caso del *putsch*. El problema radicaba en que, desde la entrada en vigor de la Constitución de Weimar en agosto de 1919, todos los órganos de justicia locales, como el Tribunal Popular, habían sido declarados inconstitucionales. Mucha gente creía que la razón de que las autoridades bávaras se

negaran tan rotundamente a acatar la Constitución era que querían proteger a los acusados y tal vez también ocultar sus propios trapos sucios.

Por mucho que insistieran en que la intentona había fracasado gracias a ellos, lo cierto era que la credibilidad de Kahr, Lossow y Seisser había quedado muy dañada a raíz de su participación en el *putsch*. Con el apoyo de las autoridades estatales —que estaban ansiosas por distanciarse todo lo posible de aquella catástrofe—, los tres mandatarios decidieron aprovechar sus comunicados oficiales para presentar lo sucedido entre el 8 y el 9 de noviembre de 1923 como «el *putsch* de Hitler». A éste, por su parte, no pareció importarle demasiado que aquello supusiera una exageración terrible y aceptó encantado la responsabilidad.

Pero ¿por qué el gobierno de Berlín, con la ley claramente de su lado, no insistió más en esta cuestión? En primer lugar, porque para que los tribunales federales asumieran la jurisdicción del caso seguro que habría sido necesario recurrir[41] a la fuerza, y eso era algo que se quería evitar a toda costa durante los días posteriores al *putsch*. Además, el 23 de noviembre el gobierno de Stresemann había perdido una moción de censura y el canciller había tenido que presentar su dimisión. Las elecciones estaban a la vuelta de la esquina. Los políticos de Berlín eran bastante reacios a entrar en el avispero muniqués para imponer una medida que resultaría tremendamente impopular entre el electorado bávaro.

Para Berlín lo más sencillo, sin duda, era dejar que el juicio se celebrara en Múnich. Para Múnich, sin embargo, el calvario no había hecho más que empezar.

Primero porque la ciudad no disponía de ningún juzgado lo bastante grande y seguro para albergar una cita de semejante calado. Las autoridades estatales no hicieron el menor caso a las lenguas viperinas que sugirieron celebrar el juicio en la Bürgerbäu. Otras propuestas fueron rechazadas por su falta de viabilidad, como por ejemplo que el juicio tuviera lugar en Straubing,[42] en algún otro municipio cercano a Múnich o incluso en la cárcel de Landsberg.[43]

Esta última idea fue desestimada, sin embargo, después de que el director de la prisión, en un arranque de entusiasmo, remodelase la segunda planta de la fortaleza en previsión de que el proceso tuviera lugar allí. Al parecer, también había elegido la celda doble en la que se instalarían Ludendorff y el guardia que se le asignaría como ayudante.

En febrero de 1924, el ministro de Justicia bávaro se decidió finalmente por la Escuela de Infantería del Reichswehr. Esta institución, que a lo largo de su historia había albergado la Academia de Guerra del ejército bávaro y una escuela para la formación de oficiales, había sido clausurada[44] después del *putsch* debido a que la mayoría de sus cadetes se habían unido a Hitler y habían jurado fidelidad a la esvástica para derrocar al gobierno.

Algunos afirmaban que el juicio terminaría convirtiéndose en un espectáculo bochornoso y los políticos implicados tendrían que suspenderlo a los pocos días. Otros vaticinaban que no llegaría siquiera a celebrarse, que, con toda probabilidad, sería pospuesto o cancelado a última hora. A Gustav von Kahr se lo presentaba como una figura maquiavélica en la sombra, como el Dr. Frankenstein[45] de Múnich: el cerebro que había creado aquella monstruosidad que acabaría por destruirlos a todos.

Era evidente que Baviera prefería un proceso rápido y sin sobresaltos, que no acaparase toda la atención. Cuanto menos diera que hablar, mejor. Hitler quería todo lo contrario. Putzi recordaba con claridad una conversación que mantuvieron en su celda antes del juicio. «¿Qué pueden hacerme?»,[46] preguntó el líder nazi mientras devoraba unos dulces y sostenía al pequeño Egon en su regazo. Bastaría con que hiciese pública la participación de las autoridades bávaras en el *putsch* para que la base de la acusación se viniera abajo.

El Tribunal Popular había programado la primera sesión del juicio para la mañana del 18 de febrero de 1924. Pocos días antes, sin embargo, la vista fue suspendida de repente,[47] tal y como los

más escépticos habían vaticinado. Y, luego, el día en que estaba previsto el nuevo comienzo, salió a la luz una noticia escalofriante: Gustav von Kahr y el general Von Lossow habían dimitido.[48]

Berlín llevaba algún tiempo presionando a Baviera para que destituyera al máximo responsable militar del Estado por sus actos «de rebeldía».[49] Para entonces, el gobierno bávaro le había retirado ya su apoyo y tampoco era partidario de que Kahr continuara en su puesto. Éste, por su parte, se sentía cada vez más hastiado de un cargo que, en su opinión, lo convertía en responsable de asuntos muy graves, pero no le otorgaba poderes suficientes para afrontarlos.

Si estos movimientos tenían como finalidad acallar los crecientes rumores acerca de una operación de encubrimiento al más alto nivel, desde luego no lo consiguieron. Múnich era un hervidero de especulaciones y chismorreos. Y la falta de una política de comunicación transparente por parte del gobierno no contribuía en absoluto a que la situación mejorase.

Varias sociedades nacionalistas trataron de recabar apoyos para suspender el juicio, que, según ellos, supondría una terrible humillación nacional. Una importante organización de veteranos de guerra solicitó la intercesión del mismísimo[50] mariscal de campo Paul von Hindenburg. El célebre líder militar se negó a intervenir alegando que su viejo camarada de guerra, el general Ludendorff, no querría ningún trato de favor.

A medida que se acercaba el 26 de febrero, la nueva fecha para el inicio del juicio, mucha gente se preguntaba si éste llegaría a tener lugar alguna vez. Y, si finalmente se celebraba, ¿serían todas las sesiones a puerta cerrada?[51] Otros dudaban de que los testigos se atrevieran a comparecer. Kahr, sin ir más lejos, estaba recibiendo amenazas de muerte. Se había visto obligado a cambiar de despacho y a contratar a un guardaespaldas,[52] y se negaba a asistir[53] al teatro o a la ópera a menos que pudiese quedarse entre bastidores custodiado por agentes de policía. De acuerdo con

algunas informaciones,[54] Kahr había recibido la citación para el juicio en el que por aquel entonces era su último escondite: un hospital psiquiátrico.

Según se decía, muchos de los acusados[55] tenían asimismo problemas de salud y no estaban en condiciones de testificar. Hitler necesitaba operarse del hombro, por eso algunos de sus seguidores estaban tratando de conseguir un nuevo aplazamiento. Otros afirmaban que el líder nazi debía recibir asistencia psiquiátrica[56] por la depresión que padecía. Frick, por su parte, se quejaba de insomnio,[57] arritmias, problemas respiratorios y tendencias suicidas. Pöhner había tenido que ser trasladado de urgencia al hospital por un problema gastrointestinal del que no se quiso dar detalles, lo cual desató todo tipo de especulaciones sobre la posibilidad de que hubiera sido envenenado.[58] Según informaba el *Völkischer Kurier*, otros tres o cuatro acusados más se habían declarado también[59] en huelga de hambre.

De los múltiples rumores que circulaban por las cafeterías y las cervecerías en vísperas del juicio, el más increíble —y también el más preocupante— era el que afirmaba que varios grupos de nazis violentos y fanatizados[60] irrumpirían en la ciudad, accederían a la sala donde iba a celebrarse el juicio, reducirían a las fuerzas de seguridad y liberarían a los acusados con el fin de preparar un segundo *putsch*. Y, como ya habían advertido, esta vez no fallarían.

El gobierno bávaro solicitó refuerzos al ejército y a la policía estatal, y se comprometió a estar alerta.

Segunda parte

EL JUZGADO

26

«¡NUNCA PERJUDICAREMOS A ALEMANIA!»

Que se haga justicia,[1] aunque se hunda el mundo.
GEORG NEITHARDT,
presidente del Tribunal

26 de febrero de 1924

Una larga fila de hombres y mujeres con abrigos de invierno se extendía por la calle que llevaba hasta la entrada del edificio mastodóntico de ladrillo rojo. Dos guardias custodiaban la puerta y varios agentes de la policía estatal patrullaban las callejuelas situadas en torno a los altísimos muros de aquella mole parecida a un castillo. Toda la zona estaba cortada —salvo para los peatones y los vehículos oficiales— con alambradas, barreras de hierro y cincuenta efectivos de la policía estatal.

Los espectadores afortunados que esa mañana gélida y nevada[2] contaban con uno de los escasos pases oficiales[3] atravesaron los cordones de la policía,[4] subieron las escaleras de la academia militar y cruzaron un largo pasillo flanqueado por agentes de la policía estatal que iban armados con carabinas. Serían cacheados dos veces más antes de entrar en la sala de juicios que se había improvisado en la segunda planta. «No había visto[5] un despliegue policial así en toda mi carrera», dijo el corresponsal de *Le Gaulois*.

Dentro de esa fría sala, el antiguo comedor de cadetes, los rayos del sol invernal se colaban ya por sus cuatro ventanales y bañaban con un resplandor anaranjado[6] el papel de las paredes y el artesonado de caoba del techo. La tribuna estaba repleta de gente.

A las ocho de la mañana ya no había ni un solo sitio libre. El corresponsal del *Das Bayerische Vaterland*, un conocido diario de derechas, tenía una queja: había demasiadas mujeres[7] entre el público. El enviado especial del *Markt Grafinger Wochenblatt* tenía otra: había demasiados extranjeros.[8]

Con sus escasos dieciséis metros de largo por once de ancho, la sala[9] parecía demasiado pequeña para albergar una cita judicial de tal importancia. Por si esto fuera poco, según el *Berliner Tageblatt*, la acústica[10] era muy mala. De los cerca de trescientos periodistas que habían solicitado pases de prensa, sólo sesenta[11] habían sido acreditados. La mayoría de los corresponsales extranjeros, columnistas, ilustradores y cronistas se habían quedado fuera. Los redactores con acreditación estaban apretujados en medio de la tribuna,[12] justo detrás de los individuos con ropa cara[13] y buenos contactos que se habían hecho con los mejores asientos.

Al fondo de la sala se habían colocado diez mesas pequeñas, cinco para los acusados y otras cinco para el equipo de la defensa. Detrás de ellos habían dispuesto una hilera de sillas para los testigos, la mayoría de los cuales eran miembros del ejército, de la policía estatal, de la administración pública y del antiguo equipo docente de la academia. Se habían instalado varios atriles de un aula para que pudieran utilizarse durante el juicio. Según pudo saber un periodista del *Münchener Post*, alguien había garabateado unas esvásticas en el que estaba inicialmente reservado[14] para la defensa y tuvo que ser reemplazado un día antes de la sesión inaugural.

Poco antes de las ocho y media de la mañana, un destacamento de la policía condujo a los acusados por el pasillo que llevaba hasta la sala. Al frente[15] iba el general Ludendorff vestido con un traje de color azul oscuro,[16] y no con su uniforme militar, que, por despecho, había prometido no volver a ponerse. Con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta —que al enviado del *L'Ouest-Éclair* le pareció nueva—,[17] se sentó a una pequeña mesa en la parte delantera.

A algunos periodistas les dio la impresión de que mostraba una actitud arrogante y reservada, y que examinaba al público con altivez, despreciando todo lo que no estaba a su altura. Otros creyeron detectar cierta contrariedad, como si estuviera irritado con el tribunal por haber osado molestarlo con sus trivialidades. Y había también quienes opinaban que su aparente altanería enmascaraba en realidad una preocupación profunda por si el juicio acababa dañando su reputación. Los comentaristas más cercanos a la extrema derecha nacionalista, por su parte, sólo veían a un soldado ejemplar aguardando con estoicismo su destino.

Adolf Hitler iba unos pocos pasos por detrás del célebre militar alemán, con un abultado maletín debajo del brazo. Recorrió la sala con sus ojos azules para localizar a los muchos partidarios que habían acudido al juicio. Y, después de saludar con una cortesía exagerada a Ludendorff, se sentó a la misma mesa que él. Al enviado del *Völkischer Kurier* le dio la impresión de que el paso por la cárcel le había sentado muy bien.

«¿Ese dandi de provincias[18] con chaqué, pelo engominado, maneras extravagantes y labia incontenible era de verdad el temible rebelde del que todos hablaban?», se preguntó Edgar Ansel Mowrer, corresponsal del *Chicago Daily News*, después de ver a Hitler por primera vez en la sala. «Cualquiera podría confundirlo con el representante de una firma de ropa.»

De pronto, todo el mundo se puso de pie. Al ser arrastradas por el suelo, las sillas sonaron como un «enjambre de abejas»[19] saliendo de la colmena. Cinco jueces vestidos con togas largas de color negro entraron en la sala acompañados por dos suplentes. Tomaron asiento en las sillas de cuero dispuestas tras la mesa de seis metros cubierta con un tapete que se encontraba al fondo de la sala, bajo unos candelabros.

El presidente del tribunal[20] —que vestía el tradicional birrete— era Georg Neithardt, un jurista de cincuenta y tres años que también presidía el Tribunal Supremo, el puesto más alto al que podía aspirar un juez en la escala judicial alemana. Hijo de un conocido

empresario muniqués, Neithardt era conocido por su oposición a cualquier postura democrática o liberal, incluso en un momento histórico en el que la judicatura, como estamento, ya destacaba por sus opiniones autoritarias. Con su semblante serio y solemne y aquella perilla puntiaguda perfectamente recortada, parecía un personaje recién salido de la corte del káiser Guillermo II.

Neithardt había nacido el 31 de julio de 1871, tan sólo trece días después de que Otto von Bismarck anunciase el nacimiento del Reich alemán al término de la guerra franco-prusiana. Su juventud había transcurrido durante la época de mayor esplendor industrial y militar de Alemania, y jamás llegó a aceptar del todo ni la derrota de su país en la Primera Guerra Mundial ni la democratización que se produjo durante la República de Weimar. De hecho, si su postura ideológica varió en lo más mínimo fue para radicalizarse aún más, y sus sentencias fueron mostrando un sesgo ideológico cada vez más marcado.

¿Se haría justicia en el caso de Hitler? Por supuesto que no, vaticinaba el diario comunista *L'Humanité* . Y mucho menos en una sala[21] presidida por un reaccionario bávaro de extrema derecha que estaría acompañado por unos magistrados todavía más radicales que él: un letrado del Tribunal Supremo de cincuenta y siete años llamado August Leyendecker y los tres jueces no profesionales[22] que completaban el tribunal; dos corredores de seguros llamados Philipp Herrmann y Christian Zimmermann, y un encuadernador llamado Leonhard Beck, regente de una papelería.

Los estudios que había llevado a cabo el estadístico Emil Julius Gumbel indicaban que el periódico francés estaba en lo cierto. Su análisis de los juicios por asesinato político celebrados entre 1918 y el verano de 1922 dejaba claro que las sentencias estaban inequívocamente sesgadas. Los acusados de derechas habían sido absueltos en nada menos que trescientos veintiséis de los trescientos cincuenta y cuatro casos[23] juzgados. No se los había condenado ni una sola vez a muerte y tan sólo tres veces a cadena perpetua. Los acusados de izquierdas, por su parte, habían sido

absueltos en sólo cuatro de veintidós casos y habían sido condenados a pena de muerte en diez ocasiones y a cadena perpetua en otras tres. La duración de las penas también reflejaba el doble rasero: quince años de media para la izquierda y cuatro meses para la derecha. Puede que en Weimar se sentaran las bases políticas de una república, pero no se tomó la precaución de destituir a los jueces nombrados por el káiser que estaban llamados a interpretar sus leyes.

A las 8.52 horas,[24] sin realizar presentación o declaración preliminar alguna, el juez Neithardt procedió a pasar lista a los acusados. A Adolf Hitler, de treinta y cuatro años, se lo describió como un escritor residente en Múnich[25] y nacido en Braunau, Austria; Erich Ludendorff tomó la palabra para corregir la pronunciación de su ciudad natal, Kruszewnia, y Ernst Pöhner asintió con la cabeza cuando le preguntaron si se había recuperado ya de su reciente enfermedad y podía hacer frente al juicio. G. Ward Price, el corresponsal del diario británico *Daily Mail*, creyó ver al presidente de la sala sonriendo fugazmente a los acusados.

Esa misma mañana empezaron a circular[26] algunos rumores sobre la excesiva deferencia que Neithardt había mostrado hacia Ludendorff, de quien había dicho en privado que era «lo único bueno que quedaba de Alemania», y hacia Hitler, a quien, al parecer, había pedido disculpas por no haber tenido ocasión de conocer antes. Estos chismes llegarían a gozar de tal difusión que el juez se vio muy pronto obligado a atajarlos. Neithardt desmintió categóricamente que hubiese dado la bienvenida a Hitler con esas palabras. El corresponsal de *Le Petit Parisien* pudo ver a varias personas sonriendo[27] con incredulidad entre el público.

El juez, al menos en ese punto, estaba diciendo la verdad: Hitler y él se habían conocido antes. En enero de 1922,[28] el líder nazi había tenido que comparecer ante Neithardt por agredir a un rival[29] político durante el discurso que estaba dando en la Löwenbräu. La acusación pidió entre tres y seis meses de cárcel, pero el juez decidió rebajar considerablemente la pena: lo condenó a pasar un

solo mes en prisión,[30] al pago de una multa simbólica, y lo dejó en libertad condicional hasta el 1 de marzo de 1926. El hecho de que Hitler tuviera antecedentes —y de que, de hecho, estuviera en libertad condicional cuando se produjo el *putsch*— es sólo uno de los muchos datos relevantes que se omitieron durante el juicio.

Después de pasar lista, el juez Neithardt ordenó a la acusación que leyera el auto de procesamiento. Ehard fue el encargado de tomar la palabra en nombre de la acusación: «El 8 de noviembre de 1923,[31] en la Bürgerbräukeller de Múnich», empezó. Que él hablara en primer lugar parecía lo más indicado.[32] Este fiscal infatigable no sólo destacaba por ser un orador muy hábil, sino que él debía de haberse encargado seguramente[33] de escribir la mayor parte del escrito. Ehard no tardaría en ganarse los elogios de la opinión pública por ser, como señaló el *Bayerischer Kurier*, el cráneo más privilegiado de la sala.[34]

El fiscal pasó a exponer los fundamentos de la acusación y señaló que Hitler había tomado la cervecería con precisión casi militar. Después de proclamar la destitución del gobierno, había tratado de establecer un nuevo régimen para servirse de él como simple «trampolín[35] desde el que lanzarse sobre el gobierno del Reich». En cuanto llegaran a la capital, los golpistas tenían planeado «ajustar cuentas» con los políticos de Berlín, a quienes el líder nazi definió como «unos criminales que están destruyendo Alemania».

Ehard no hizo en un principio distinción alguna entre los diez acusados y les imputó un delito de alta traición a todos menos a Heinz Pernet —el hijastro del general Ludendorff—, a quien se acusó de «complicidad en un delito de alta traición». A continuación, el fiscal pasó a evaluar la situación de cada uno de ellos por separado.

De Hitler dijo que era el «alma de la intentona golpista».

A Ludendorff se lo señaló como responsable de haber difundido entre los círculos nacionalistas más desencantados el rumor de que él mismo avalaba el proyecto con su fama y su prestigio militar.

Cabía sospechar, además, que aquélla no había sido una decisión espontánea fruto de la exaltación, sino un acto premeditado. «En nuestra opinión —dijo Ehard—, Ludendorff había recibido información detallada del plan mucho antes del 8 de noviembre.»

Ehard siguió arremetiendo contra los acusados durante más de una hora.[36] El escrito, con sus cuarenta y dos páginas de letra apretada, ofrecía pruebas y argumentos irrebatibles sobre la culpabilidad de los acusados y los dejaba muy tocados. Sin embargo, no todo el mundo coincidía con esta valoración. A los partidarios de Hitler las palabras del fiscal les parecieron «ofensivas» —tal y como señaló posteriormente el capitán Röhm—, y al menos un corresponsal extranjero las consideró meras divagaciones. Lo que más llamó la atención a este periodista fue que un documento legal contuviera tal cantidad de referencias a la cerveza.

Cerca de las diez y veinte de esa mañana, el fiscal jefe Stenglein presentó una moción estratégica: después de describir el caso como «una amenaza para la seguridad nacional[37] y el orden público», solicitó al juez que no se permitiese la asistencia de público durante lo que quedaba de juicio.

Era mucho lo que se jugaban tanto la acusación como la defensa. Si el juicio se celebraba a puerta cerrada, Hitler perdería una de sus principales ventajas. De acuerdo con lo dispuesto en la legislación alemana, el líder nazi podría seguir perorando, interrogando a los testigos y «explotando como un volcán» en el estrado cuando lo considerase oportuno, pero de sus intervenciones histriónicas ya sólo podrían disfrutar un puñado de personas.

Lorenz Roder, el abogado defensor de Hitler, se opuso a la moción. El pueblo alemán tenía derecho a decidir por sí solo si los acusados eran culpables o inocentes, y a buen seguro que se sentiría menospreciado por esta maniobra desesperada para conseguir que el juicio se celebrase a puerta cerrada. El país no se

vería dañado por un escrutinio público de los hechos, más bien al contrario: ésa era la manera de defender sus intereses. Tres letrados más secundaron esta postura.

Neithardt ordenó que desalojaran la sala para deliberar sobre la moción del fiscal. En cuanto todos los asistentes salieron, Stenglein destacó que durante la exposición del caso se iba a ver obligado a presentar pruebas que pondrían en evidencia los lazos existentes entre el ejército alemán y las organizaciones paramilitares de Múnich; lazos que podrían desatar un gran escándalo y que, sin duda, contravenían las disposiciones del Tratado de Versalles en las que se limitaba el tamaño y la capacidad de las fuerzas armadas alemanas.

¿Estaba insinuando el fiscal que el juicio podría dar pie a un incidente internacional o tal vez a una guerra con Francia, con Inglaterra o con cualquier otro miembro de la alianza que velaba por el cumplimiento del tratado? Se trataba de un asunto peliagudo, y es que, como señalaba el propio Stenglein, el tribunal estaba «juzgando el caso[38] ante una audiencia de tales dimensiones que prácticamente incluía al mundo entero».

Imposible, replicó el Dr. Alfred Holl —el representante legal de Weber—, un piloto de guerra retirado, enjuto y achaparrado que había perdido una pierna en Verdún y necesitaba un bastón para tenerse en pie. Las opiniones de la audiencia internacional eran irrelevantes para el juicio. «No estaría mal[39] que los franceses y los ingleses se dieran por fin cuenta de que hay gente en Baviera dispuesta a limpiar la porqueriza berlinesa», dijo el abogado.

Todo el mundo quería escuchar la justificación que daban los acusados a cuanto hicieron esa noche de noviembre, terció Willibald von Zezschwitz, abogado del general Ludendorff. Y era esencial que se explicasen, porque los cargos que se le imputaban a su cliente sólo podían calificarse de «monstruosos»[40] y debería tener derecho a defenderse de ellos en público.

El general Ludendorff, persona poco dada a morderse la lengua, también quiso intervenir en el debate. No tardó, sin embargo, en cambiar de tema para arremeter contra el propio auto de procesamiento. La lectura de los cargos le había producido «una honda impresión»,[41] dijo con una voz ronca e inusualmente aguda, y a continuación calificó el escrito como un acto de traición en sí mismo. «Si yo fuera fiscal[42] —añadió—, emprendería acciones legales contra la acusación.»

—Me parece que eso sería excederse un poco —replicó el juez Neithardt.

Cuando la discusión empezaba a subir de tono, Hitler tomó la palabra por primera vez y se comprometió en su nombre y en el del resto de los acusados a guardar cierta discreción. Como soldados que habían luchado por la patria, dijo, «no tenemos la menor intención de perjudicar a Alemania[43] con nuestra defensa».

No obstante, Hitler quiso establecer una clara distinción entre «perjudicar a Alemania» y «perjudicar al puñado de personas que con su comportamiento habían destruido el país». Lo único que pedía era que le dieran la oportunidad de defenderse en público. «¡Nunca perjudicaremos a Alemania!»

El fiscal se percató rápidamente de lo peligroso que podía llegar a ser que un demagogo de ese calibre subiera al estrado, y señaló que sus apelaciones al «interés público»[44] no eran más que artimañas mal disimuladas para poder disponer de una audiencia a la que impresionar con sus bufonadas.

En mitad del revuelo, Hans Ehard consiguió hacerse oír a gritos y le recordó al tribunal que la acusación estaba limitándose a cumplir con su deber. Después se volvió hacia Ludendorff y le recordó que él tendría que ser el primero en darse cuenta de cuándo estaba cumpliendo alguien con su obligación. Ehard se había tomado, además, muy a pecho las acusaciones de alta traición. Si a Ludendorff se le ocurría repetir esas insinuaciones grotescas, añadió, «la acusación actuará en consecuencia[45] y de la manera más contundente posible».

Muchos de los presentes empezaron a hablar otra vez al mismo tiempo.

—¡La acusación no tolerará que se la acuse de traición! —gritó Ehard en medio del barullo.[46]

El juez Neithardt interrumpió de inmediato el debate y leyó una disposición del tribunal para recordar a los presentes que estaban obligados a guardar en secreto los detalles del debate, y se retiró con el resto de los magistrados a deliberar sobre la moción por la que se solicitaba un juicio a puerta cerrada.

Poco antes de la hora de comer reapareció para comunicar su decisión.

—El juicio se celebrará[47] en audiencia pública —dijo, aunque añadió la siguiente salvedad—: El tribunal se reserva el derecho a decidir en cada caso si es necesario desalojar la sala.

Este arreglo, que pretendía ser tan sólo una concesión para calmar a la fiscalía, acabaría dando pie a un sinfín de solicitudes para declarar secretas las vistas; y tanto la frecuencia de dichas peticiones como el momento escogido para presentarlas no hicieron más que acrecentar las dudas sobre la idoneidad del tribunal y las motivaciones ocultas de los magistrados. Hitler sabría sacarle partido a esta situación con auténtica maestría.

Sin embargo, la decisión del tribunal tendría otra consecuencia más grave. Gracias a los titulares impactantes y a la extensa cobertura mediática, Hitler podría dirigirse no sólo a los presentes en la sala, sino a la audiencia más amplia que jamás había tenido a su disposición. Puede que el líder nazi hubiese perdido la batalla de la cervecería, pero el juez Neithardt acababa de concederle una segunda oportunidad para que ganase la guerra por el poder político. La acción judicial contra aquel desconocido escritor de Braunau, Austria, iba camino de convertirse en uno de los juicios más célebres y trascendentales de la historia moderna.

27

EL ACUSADO HITLER

> He tomado la decisión[1] de asumir mi propia defensa y luchar hasta el último suspiro.
>
> ADOLF HITLER,
> 26 de febrero de 1924

Cuando se reanudó el juicio y el presidente de la sala llamó a Adolf Hitler al estrado, el público vibraba de expectación. Todas las miradas se volvieron hacia el líder de la formación política ilegalizada: el cabello impecablemente peinado, los ojos de color azul claro clavados al frente y unos dedos largos y finos[2] que parecían desproporcionados con respecto al tamaño de las manos. No tardaría en empezar a moverlos con histrionismo, como si fuera un actor. Según un periodista del rotativo muniqués *Allgemeine Rundschau*, su rostro se asemejaba al de un «sargento austriaco bastante apuesto».[3]

De acuerdo con lo dispuesto en la ley de enjuiciamiento criminal de aquella época, el presidente de la sala era el encargado de realizar el interrogatorio. Sin embargo, los fiscales habían formulado la mayor parte de las preguntas. Se suponía que, en esa fase del proceso, el juez hablaba en nombre de Stenglein y Ehard.

Uno de los objetivos principales de la presentación con la que se inició el interrogatorio era confirmar que el ciudadano de origen austriaco, Hitler, no tenía la nacionalidad alemana y que, por consiguiente, podía ser deportado si se le condenaba por alta traición.

—Cuando me trasladé a Múnich[4] en 1912 —dijo Hitler, relatando su llegada a Alemania—, no fue para seguir con mi formación [como pintor de obras arquitectónicas]. Por aquel entonces ya lo había dejado. Pero tenía que ganarme el pan de alguna manera.

Y añadió que su objetivo por aquel entonces era convertirse en arquitecto y constructor.

Nadie pareció darse cuenta, pero el líder nazi acababa de engañar al tribunal sobre un aspecto de su pasado que trataría de esconder toda la vida: no había llegado a Múnich en 1912, sino un año después.[5] Hitler se sirvió de este embuste para ocultar que había salido de Austria sin presentarse para cumplir el servicio militar,[6] y que las autoridades de ese país lo buscaban por deserción. La policía alemana lo detuvo en enero de 1914 gracias a un chivatazo de las fuerzas de seguridad austriacas, y fue obligado a volver a su país natal para presentarse ante las autoridades. El 5 de febrero de 1914, sin embargo, Hitler suspendió las pruebas de admisión obligatorias para entrar en el ejército. La oficina de reclutamiento lo declaró «demasiado débil, no apto ni para el combate[7] ni para ningún otro tipo de tarea auxiliar». El embuste que acababa de soltar en el estrado le permitió omitir ese episodio tan bochornoso.

Y así, sin hacer referencia a esa información y sin que nadie realizara un escrutinio riguroso de su pasado, el tribunal pasó a resaltar los méritos militares de Hitler en el ejército alemán. Neithardt leyó su historial completo. Se había alistado como voluntario en agosto de 1914, sirvió en un regimiento de infantería bávara los cuatro años que duró la contienda y recibió varias condecoraciones, entre ellas la codiciada Cruz de Hierro de primera clase que lucía esa misma mañana. En el expediente de Hitler se describía su trayectoria militar como «excelente».

La impresión[8] que se llevó la sala fue que Hitler había estado toda la guerra en las trincheras. No se mencionó ni una sola vez que desde noviembre de 1914 trabajó sobre todo como mensajero *(meldegänger)* del 16.º Regimiento de Infantería. Dicha tarea no lo

libró de atravesar en alguna ocasión la línea de fuego, pero pasó la mayor parte de la guerra en la retaguardia, llevando mensajes desde el cuartel general del Estado Mayor hasta el puesto de mando del batallón.

A diferencia de los compañeros que sí se encontraban en las trincheras, Hitler dispuso casi siempre de mantas de lana secas y pocas veces tuvo que ir con los pies y el uniforme mojados. Su comida era aceptable, y la bebida, más abundante, por mucho que él prefiriese tomar té endulzado con algún sustituto de la miel. A la cartera de piel en la que guardaba los mensajes nunca le salió moho. Los piojos, los ratones y las ratas no formaban parte de su experiencia cotidiana, ni desde luego tampoco las quemaduras por congelación, el tifus o las constantes amenazas de bombardeos enemigos. Los «cerdos del frente» más veteranos solían usar la expresión «gorrino de retaguardia»[9] para referirse a los hombres que, como Hitler, gozaban de mayores privilegios.

El juez le preguntó a continuación por las heridas que había recibido «luchando por el pueblo alemán».[10]

—Durante la guerra,[11] primero sufrí un impacto de metralla en el muslo izquierdo y después fui envenenado con gas —respondió el líder nazi, que en esa ocasión sí decía la verdad.

La primera herida se produjo el 5 de octubre[12] de 1916, cuando una granada explotó cerca del refugio subterráneo en el que se encontraban los mensajeros. La segunda, dos años después, la noche del 13 al 14 de octubre de 1918, en las afueras de Ypres, fue resultado de un ataque británico con gas mostaza que le causó quemaduras en la piel, daños en la retina y hemotisis. Al principio se quedó «completamente ciego», según le dijo al tribunal, y temió haber perdido la vista para siempre.

A las 11.53 horas, tan sólo cinco minutos después de que se reanudara la sesión pública, Neithardt hizo una pausa para comer. Durante el concienzudo interrogatorio del magistrado, Hitler dio la inconfundible impresión de ser un patriota alemán que se había alistado como voluntario en el ejército, que había obtenido las más

altas condecoraciones por su valentía y había estado a punto de dar la vida por su país adoptivo. No dejaba de ser un comienzo bastante curioso para un proceso en el que se juzgaba por alta traición a un ciudadano extranjero.

Durante el receso, la policía condujo[13] a los acusados hasta las celdas que se encontraban también en la segunda planta, en el otro extremo del pasillo. Se habían acondicionado ocho habitaciones[14] para que fueran internados en ellas, y se habían reservado otras dos para que durante las pausas y las comidas las usaran los dos únicos acusados que no estaban obligados a quedarse[15] allí: el general Ludendorff, que volvía cada tarde a su villa, y Ernst Pöhner, que también gozaba de ese privilegio en atención a su estado de salud.

A Hitler se le había asignado la habitación 160, casi al final del pasillo. Se trataba de una estancia modesta y sobria cuya única ornamentación consistía en un mantel blanco y un florero. Mientras durase el juicio, tanto él como el resto de los acusados tenían permitido hacer dos horas diarias de ejercicio en el patio trasero o, excepcionalmente, en el gimnasio de la academia. También podían fumar, si lo deseaban, y beber cerveza con moderación.

Había algunas habitaciones reservadas también para los jueces y los miembros del tribunal, los fiscales, la prensa, los testigos y las diferentes unidades de la policía criminal y los servicios de seguridad que se encontraban destacadas en el edificio. Roder y los demás letrados también disponían de una habitación para las pausas, a la que se podía acceder por una de las puertas traseras que había en la sala. El equipo de la defensa había alquilado asimismo una *suite* en la tercera planta de un edificio situado en la misma calle. La enorme cantidad de trabajo que parecía venírseles encima no les iba a dejar mucho tiempo libre y todo apuntaba a que no tendrían muchas oportunidades de volver a sus casas.

Cuando el tribunal volvió a reunirse en torno a las dos y media para dar comienzo a la sesión de la tarde, el juez Neithardt le pidió a Hitler que realizase su alegato de apertura.

«Señoría»,[16] comenzó el líder nazi desde la parte delantera de la sala, con sus dos cruces de hierro de primera y segunda clase bien visibles en un abrigo de color negro. Tal y como señaló el diario socialista berlinés *Vossiche Zeitung*, Hitler ofreció una actuación impecable con la que, una vez más, dejó claro su incuestionable talento oratorio. El autor del artículo llegó a calificarlo de «genio»[17] por sus constantes apelaciones al proletariado.

Hitler empezó hablando con corrección[18] y comedimiento, casi como si estuviera nervioso.[19] Sin embargo, como señaló el *Frankfurter Zeitung*, a medida que avanzaba el juicio fue adoptando el tono brusco y agresivo de un sargento acostumbrado a gritar las órdenes con violencia. Era capaz de modular su voz según le convenía: la alzaba para gritar y luego, en un *crescendo* emocional, la bajaba otra vez hasta que se convertía en un lamento ronco apenas audible. Según el enviado especial del periódico, sabía aprovecharse de todos esos recursos para crear un efecto teatral.

Según el *Markt Grafinger Wochenblatt*, su actuación fue deslumbrante.[20] Al corresponsal de *La Croix* le pareció que Hitler se dirigía mucho más a la audiencia que a los jueces y que trataba de presentarse como una suerte de tribuno de la plebe[21] moderno. Un periodista de *L'Écho de Paris* lo comparó con un charlatán[22] que pregona las bondades de sus productos en mitad de la calle.

Con su aplomo y su locuacidad inagotable, Hitler parecía crecerse por momentos en el estrado. Solía enfatizar sus afirmaciones levantando una mano con el dedo índice extendido o juntando las dos palmas mientras miraba hacia el techo. Otras veces apuntaba directamente, y con cierta agresividad, al fiscal del Estado. La intensidad de su mirada reflejaba el grado de exaltación con el que hablaba. Según un reportero de *Le Petit Parisien*, no costaba nada[23] imaginarse el éxito que un hombre así podía cosechar entre los jóvenes bávaros asiduos a las cervecerías.

Esa tarde, Hitler hablaría[24] durante más de tres horas. El público de la sala tendría ocasión de asomarse por primera vez a su biografía a través de un relato extraordinariamente bien presentado que, sin embargo, constituía un ejercicio de manipulación escalofriante.

El acusado empezó refiriéndose a la parte de su pasado que para él constituía una evidente fuente de orgullo personal y una pieza esencial de su estrategia defensiva: la carrera militar. Hitler recordó al tribunal que sus seis años de servicio en el ejército habían merecido la calificación de «excelente»,[25] y después se vanaglorió de lo bien que había aprendido a «respetar a sus superiores, a no contradecir a nadie y a obedecer ciegamente».

Tanto insistió en su experiencia militar que el diario neozelandés *Auckland Star* llegó a referirse a él —sin asomo alguno de ironía— como el «teniente coronel Hitler».[26] Y un periodista de la agencia británica United Press lo llamó «Herr von Hitler».[27]

Después de haber intentado mostrar que tenía madera de soldado y que no era ningún traidor, el acusado pasó a hablar de su juventud como la segunda experiencia formativa más importante de su vida. Tuvo que trasladarse a Viena a los diecisiete años y allí, según sus propias palabras, «se vio obligado a ganarse el pan». Hitler repetiría esa expresión varias veces a lo largo de la tarde. Como señalaron algunos periodistas, su vocabulario era un revoltijo de vulgarismos y expresiones de hombre hecho a sí mismo.[28]

En Viena, según continuó explicando, había descubierto las dos crisis más graves a las que se enfrentaba el mundo moderno. La primera era «la situación de miseria y pobreza en la que se encontraban amplios sectores de la sociedad» y la segunda, el problema racial que había dejado a las masas indefensas ante lo que definió como «el enemigo y adversario principal de la humanidad aria». Hitler intentó dejar claro que cuando se marchó de Viena —conocido ejemplo de diversidad— ya era «un antisemita convencido».

El líder nazi se explayaría más sobre este tema, y recalcaría que su antisemitismo se había desarrollado en la capital austriaca y que las duras lecciones aprendidas allí constituían «el fundamento sólido»[29] sobre el que se sustentaba su visión del mundo. Esta idea, que con el tiempo se convertiría en la piedra angular de su autobiografía, persistiría en infinidad de estudios biográficos a lo largo del tiempo, y ello a pesar de que muchos historiadores habían empezado ya a cuestionar su veracidad.

En primer lugar, porque resulta imposible encontrar pruebas concluyentes[30] de que hubiera hecho un solo comentario antisemita durante su estancia en Viena (de septiembre de 1907[31] a mayo de 1913). Su mejor amigo por aquella época era judío (un limpiador de cobre llamado Josef Neumann); su marchante (Samuel Morgenstern) también era judío, y sus clientes eran mayoritariamente judíos, como descubrieron para su disgusto muchos investigadores nazis en los años treinta. Sus conocidos en Viena no recordaban haberle escuchado jamás una declaración antisemita y, de hecho, muchos de ellos estaban seguros de que en aquel entonces no había desarrollado todavía ese prejuicio racial.

En realidad, los primeros comentarios antisemitas de los que hay constancia datan de cuando vivía en Múnich. En el otoño de 1919 ya era habitual oírlo soltar invectivas incendiarias en contra de los judíos en sus mítines políticos. Esto hace sospechar que su furibundo odio por los judíos surgió probablemente en los meses posteriores a la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, durante el estallido de las revueltas izquierdistas que se produjeron en Múnich, y fue con toda seguridad consecuencia de los diversos cursos de entrenamiento militar que recibió en el año 1919.

Si estos datos son correctos, entonces ¿por qué se esforzaba tanto Hitler en el estrado (y luego en *Mi lucha*) por situar el origen de su antisemitismo en Viena? Una de las posibles razones no tardaría en conocerse.

Al contrario de lo que él mismo afirmaría después, Hitler no había regresado[32] a Alemania con su batallón en marzo de 1919. Lo hizo en enero o, como muy tarde, a mediados de febrero de ese mismo año. Esas cuatro o seis semanas de diferencia coincidían con el periodo en el que Múnich había vivido bajo un régimen revolucionario de extrema izquierda, y, como demostró el historiador alemán Anton Joachimsthaler, Hitler había colaborado con él.

El líder nazi había desempeñado el cargo de *vertrauensmann*,[33] o «delegado», del Batallón de Desmovilización del 2.º Regimiento de Infantería del Consejo Revolucionario que se había hecho con el poder durante las semanas de caos que siguieron a la derrota de Alemania en la guerra. Su tarea consistía en difundir materiales «educativos» o propagandísticos para conseguir la adhesión de los solados al régimen de izquierdas. Hitler fue el candidato más votado en las elecciones que se celebraron esa misma primavera y se convirtió en subdelegado del batallón ante el régimen revolucionario de soldados y trabajadores, también conocido como República Roja, de Múnich.

Muchos compañeros de Hitler,[34] desde Hermann Esser hasta Emil Maurice, pertenecieron también a los partidos socialistas que coparon la escena política de Múnich durante ese breve periodo revolucionario. Sin embargo, a diferencia de ellos, Hitler nunca reconoció[35] sus simpatías y se limitó a afirmar vagamente que había trabajado para combatir el clima de agitación social reinante. Cuando se vio obligado a afrontar esta cuestión en el estrado, decidió manipular la cronología para que no se descubriese la verdad sobre su pasado.

Después, sin hacer ningún tipo de pausa, Hitler lanzó una diatriba durísima contra las ideologías de izquierdas y los peligros que éstas encarnaban. El marxismo en particular, dijo el acusado, gozaba cada vez de más respaldo y había supuesto una amenaza para la civilización en todos los lugares donde había surgido. A los buenos ciudadanos de Alemania les había enseñado a rebelarse

contra la autoridad y a establecer una especie de «Estado dentro del Estado»: precisamente los mismos cargos de los que se lo acusaba a él.

El presidente de la sala no interrumpió en ningún momento la cháchara interminable de Hitler. No había duda de que muchas de las personas allí presentes compartían esas opiniones. Nadie protestó cuando dijo que los comunistas no eran «ni siquiera humanos», ni tampoco cuando llegó por fin a su absurda conclusión: «¡Alemania no estará a salvo[36] hasta que el último comunista haya sido convertido o aplastado!».

El diario comunista berlinés *Die Rote Fahne*, en cuyas páginas repasaban las múltiples ocasiones en que el acusado había intentado confundir al desprevenido público de la sala con su «socialismo para bobos»,[37] advertía a sus lectores que no se dejaran engañar. El periódico describiría a Hitler y a su camarilla como «un grupo de exterminadores racistas» deseosos de divulgar una ideología basada «en la desesperación y en la confusión» para atraer a los sectores más desfavorecidos de la sociedad.

Hitler, en efecto, no había perdido un segundo y había convertido su juicio por traición en un espectáculo de propaganda nazi.[38] Y, a la vez, estaba tratando de componer un retrato de sí mismo que pudiera resultar atractivo a sus seguidores. Le convenía, por tanto, situar el origen de su antisemitismo y de su adhesión a la derecha en Viena, ya que eso le permitiría ocultar su colaboración con un partido rival al que ahora atacaba con dureza.

Según el *Times* de Londres, la multitud[39] que se había congregado esa tarde en aquel juzgado de Múnich estaba a favor de Hitler. El «movimiento» nazi, como a él le gustaba llamarlo, no había sido creado «para hacerse con unos cuantos escaños[40] en el Parlamento». Su objetivo era cambiar el destino de Alemania.

Se sentía sencillamente incapaz de quedarse de brazos cruzados, según sus propias palabras, mientras el país era troceado y despedazado. Francia se había apropiado del Ruhr, el corazón industrial de Alemania, y se había propuesto desmantelar lo que en el pasado había sido una gran potencia para crear una serie de estados más pequeños y más débiles. Desde el primer día, la república alemana no había sabido gestionar bien la crisis. Y, después, con la inflación desbocada, se había sumido en la locura económica. Millones de personas lo habían perdido todo; según sus propias palabras, «prácticamente les habían robado del bolsillo los últimos marcos que les quedaban».

El pueblo alemán estaba pasando hambre y el gobierno había decidido regalar las tierras con las que podría haberse alimentado. Con todo, las dificultades no hacían más que agravarse «cada hora». ¿Para eso habían muerto dos millones de jóvenes patriotas en la guerra?, se preguntaba Hitler.

El líder nazi había presentado argumentos muy similares en las charlas que había ido ofreciendo por las cervecerías de Múnich a lo largo de los últimos cuatro años, pero en esta ocasión se dirigía a la audiencia más grande que había tenido nunca. Los periodistas de los diarios más importantes de Alemania, Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y muchos otros países estaban registrando cada una de sus palabras para transmitírselas a millones de lectores en todo el mundo. Se trataba de una campaña de publicidad con la que Hitler no había podido ni siquiera soñar.

Como Neithardt no parecía tener la menor intención de frenar al acusado, Hitler fue cambiando de tema según le convenía, hablando más como un propagandista o un agitador —según destacó el *Münchener Post*— que como un procesado. Hitler disfrutaba de ser el foco de atención y al final encontró el modo de regresar al tema del *putsch* aleccionando al tribunal sobre la mejor manera de librar una guerra.

Para vencer, dijo, es necesario que haya un Estado capaz de organizar los recursos tanto en el frente como en la retaguardia, y ése había sido el objetivo que perseguían sus hombres en la cervecería. Ludendorff garantizaría la victoria en el campo de batalla mientras que él trabajaría para que el pueblo se adhiriese a la causa. No era más que el tamborilero del nuevo régimen. Según el diario suizo *L'Impartial*, daba la impresión de ser una persona cercana y segura de sí misma,[41] si bien en ocasiones resultaba demasiado grandilocuente e histriónico.

Para ganarse a la audiencia, Hitler siguió vanagloriándose de haber mostrado ya con su gestión al frente del Partido Nazi de qué era capaz. Se atribuyó el mérito de haber convertido un grupo de seis personas[42] reunidas en la trastienda de una cervecería en un movimiento que contaba con millones de seguidores. Ésta era otra mentira que, sin embargo, Hitler no se cansaría de repetir en *Mi lucha* y en muchas ocasiones posteriores. Las actas de la reunión del partido a la que asistió el 12 de septiembre de 1919 muestran que aquel día estaban presentes unas cuarenta y una personas, sin contar al propio Hitler y a sus acompañantes. Por otro lado, los archivos del Partido Nazi que sacaron de su sede poco antes de que ésta fuera registrada por la policía indicaban que la organización tenía 55.787 afiliados, no millones. No obstante, los embustes de Hitler serían aplaudidos por la prensa de derechas.

—Debo dejar claro[43] —dijo, prosiguiendo con su impúdica campaña de promoción personal— que me niego a ser modesto con respecto a algo de lo que sé que soy capaz. ¡Si alguien[44] cree estar llamado a cumplir una misión, tiene la obligación de llevarla a cabo!

El líder nazi pasó después a hablar de los mandatarios bávaros que habían compartido escenario con él en la cervecería. Kahr había accedido a acompañarlos, dijo. Seisser había comparado la revolución nacional con una explosión inminente para la que sólo había que preparar la pólvora y encender la mecha. Y Lossow también parecía estar de acuerdo con ellos o, cuando menos —dijo con sorna—, en ningún momento se había negado a sumarse. Los

tres parecían tener la ambición de marchar hacia Berlín. La única diferencia, según Hitler, era que a esos supuestos líderes les había faltado «el arrojo para dar[45] el salto», como «un caballo que se arredra antes de llegar a la valla».

Así pues, si él y el resto de los acusados habían cometido alta traición —concluía Hitler—, los miembros del triunvirato bávaro eran igual de culpables de ese delito. «A lo largo de todos estos meses[46] sólo se ha hablado de lo que hemos hecho nosotros para estar sentados hoy en el banquillo de los acusados.»

Sin embargo, a diferencia de Kahr, Lossow y Seisser —que ahora se escondían para no afrontar las consecuencias de sus palabras y sus actos—, él estaba dispuesto a defender sus acciones y sus convicciones. «No he venido a esta sala[47] a negar nada —fanfarroneó—. Estoy dispuesto a asumir en solitario toda la responsabilidad y todas las consecuencias.» Pero, al mismo tiempo, evitó declararse culpable de los cargos concretos que se le imputaban porque, como él mismo dijo, «¡levantarse contra los traidores[48] de 1918 no puede ser alta traición!».

Antes de acabar con su alegato, Hitler realizó una última petición. Recordó al tribunal que había defendido Alemania, primero en la guerra, «como un soldado obediente», y después cuando volvió a casa. Y, por si esto fuera poco, añadió: «No me he vuelto a sentir austriaco desde la infancia». Prefería verse, en cambio, como un alemán de la mejor especie: como un alemán que quería «lo mejor para su pueblo». Y, con base en todo eso, solicitó al tribunal que le permitiera quedarse en el país.

Muchos periódicos tratarían el juicio como si fuese un combate de boxeo. Hitler se había impuesto con claridad en el primer *round*. Sin embargo, en términos legales la acusación tenía motivos para seguir siendo optimista. Según Stenglein, en su larguísima diatriba, Hitler había proporcionado «pruebas irrefutables[49] de su culpabilidad». El fiscal fue el último en tomar la palabra ese día,

poco antes de que Neithardt tocara la campanilla y diera por finalizada la sesión: «El interrogatorio a los testigos nos permitirá esclarecer mejor los hechos», dijo.

28

CONFESIONES Y TERGIVERSACIONES

> Para entonces,[1] yo ya me había dado cuenta de que en Múnich era imposible distinguir al señor del criado.
>
> ERNST PÖHNER

El miércoles 27 de febrero de 1924 dio comienzo la segunda sesión del juicio. A los fotógrafos y a los equipos de cámaras[2] sólo se les permitía grabar y hacer fotos en el exterior del edificio, y siempre y cuando dispusieran del permiso especial pertinente. Se había prohibido la celebración de mítines políticos en la Löwenbräu y otras cervecerías cercanas. La policía había vuelto a cortar todas las calles circundantes, y los vecinos y los comerciantes de la zona habían presentado infinidad de quejas. Un vendedor de motos[3] estaba particularmente indignado por los daños que se le estaban ocasionando a su negocio.

El personal de seguridad examinaba con detenimiento el arcoíris de pases que daban acceso[4] al recinto: el verde era para la acusación, el equipo de la defensa y los funcionarios del tribunal; el amarillo, para las autoridades del Estado; el marrón, para los invitados famosos y los familiares de los acusados, y el azul, para los periodistas, que también podían llevar un pase de color blanco si sólo tenían permitido acceder a la sala de prensa. Las tarjetas para el público se concedían de forma temporal y, por lo general, eran válidas únicamente para media jornada o una jornada completa. Neithardt era quien se encargaba de expedirlas.

El presidente del tribunal ya había sido criticado por la parcialidad que mostraba a la hora de repartir esos preciados pases. Un comunista bastante conocido que había viajado desde Berlín para asistir al juicio fue rechazado sin miramientos, mientras que los espectadores más cercanos a la derecha no parecían tener dificultades para conseguir un asiento. Neithardt no tardaría en ser acusado de abarrotar la sala con lo que el diario muniqués *Allgemeine Zeitung* definió como «la escoria de la turba hitleriana».[5]

La presencia policial[6] en el juicio parecía haber aumentado considerablemente con respecto al primer día. Tanto los terrenos que formaban parte del complejo como las calles colindantes y los pasillos que conducían a la sala donde se celebraba el juicio estaban atestados de hombres con cascos de acero coronados por pinchos, granadas de mano en sus cintos y fusiles al hombro. Este «estado de sitio»,[7] como lo definió con cierta sorna el *New York Herald*, resultaba mucho más amenazante que los propios golpistas.

Los chistes sobre los «patriotas de la cerveza»[8] y su insignificante «revolución de la cervecería»[9] seguían estando muy en boga. «Muchos consideran el juicio una broma»,[10] titulaba el *Vancouver Sun*. Hitler y sus hombres se habían comprometido a acabar con los socialistas, los comunistas y los judíos —escribía el corresponsal de la agencia United Press— pero, con su «ridículo golpe en una bodega de cervezas»,[11] lo único que lograron fue poner en escena una ópera bufa. *Le Petit Journal* se recreaba con la ironía de que un grupo de patriotas bávaros hubieran tenido que salir corriendo a buscar la ayuda de un archienemigo prusiano como el general Ludendorff y de un «checoslovaco»[12] como Hitler.

A pesar del rechazo que causaban en Berlín, en París y en casi cualquier otra parte, Hitler y sus compañeros de banquillo seguían gozando de una popularidad inmensa en Múnich, y la prensa de derechas no escatimó en elogios para describir el discurso que el líder nazi había pronunciado el día anterior. «En la Blutenburgstrasse, era cuestión de actuar o morir»,[13] señaló un

periodista del diario *Das Bayerische Vaterland*. Según él, Hitler había ofrecido su mejor aspecto y se había revelado como uno de los oradores más brillantes que había visto en su vida.

El redactor antisemita del *Das Bayerische Vaterland* parecía estar también muy satisfecho de escuchar los nuevos ataques que el acusado dedicó a los judíos y que a él en particular le habían recordado al «viejo Hitler»,[14] un calificativo con el que se refería al agitador fanático que había descollado entre 1919 y 1921, justo antes de que se hiciera con las riendas del partido y, en opinión del periodista, suavizase sus ataques para llegar a un público más amplio.

Esta popularidad fue en parte lo que llevó a las autoridades del Estado a albergar a los acusados en la academia militar mientras se celebraba el juicio. Aparte de las cuestiones de seguridad, se esperaba poder evitar así las vergonzosas imágenes de una multitud enfervorecida que los aclamase cada día a la entrada y a la salida.

A Ludendorff, sin embargo, se le dio un trato preferencial. El antiguo comandante del ejército tenía permitido volver cada noche a su villa y, por esa razón, el *Daily Express* de Londres estaba ya refiriéndose al juicio como «una farsa»[15] cuyo subtítulo debería ser «el lavado de imagen de Ludendorff». Su corresponsal vaticinaba que el general sería con toda seguridad absuelto y que lo enviarían de regreso a casa, igual que a un chaval travieso al que se le pide educadamente «que deje de portarse mal».

La prensa de izquierdas se regodeó especialmente con la manera en que Hitler había arremetido contra otros miembros de la derecha conservadora, como los mandatarios del Estado. «¿Por qué no ha sido detenido Kahr?»,[16] se preguntaba —igual que lo había hecho ya Hitler— el rotativo socialista de Berlín *Vossische Zeitung*. El diario comunista francés *L'Humanité* también se dedicó a analizar con detenimiento la relación entre Kahr y Hitler, lo cual no evitó que publicara una foto[17] en la que supuestamente aparecía este último, que, sin embargo, resultó ser el político bávaro.

Cuando empezó la segunda jornada del juicio, el tribunal llevaba acumulado ya un retraso considerable. Los cuatro primeros testigos deberían haber declarado, pero el alegato de Hitler había consumido toda la tarde. Las digresiones, los rodeos y las distracciones no habían hecho más que empezar.

A las 8.35 horas, el juez Neithardt llamó al estrado al Dr. Friedrich Weber, segundo de los acusados y presidente de la Bund Oberland, uno de los grupos paramilitares más solventes[18] de cuantos habían surgido tras la guerra. Este grupo se había creado a partir de la Freikorps Oberland, una organización particularmente despiadada cuyos miembros participaron en la represión tanto de la revolución comunista de 1919 en Múnich como del levantamiento organizado por grupos izquierdistas en el Ruhr en 1920. En la presentación que le dedicó Neithardt, el acusado parecía un luchador por la libertad.

Tras el *putsch*, Weber publicó un panfleto titulado *The Truth*,[19] desde el que lanzó graves acusaciones de complicidad contra el triunvirato bávaro. Muchos periódicos se hicieron eco de esa historia y las autoridades se vieron obligadas a ofrecer un aluvión de desmentidos oficiales. Aun así, era un tema del que se seguía hablando y, como indicó el diario afín *Der Oberbayer*, eran difíciles de rebatir[20] debido a la reputación de hombre de honor que tenía el presidente de la Bund Oberland.

El Dr. Friedrich Weber —un hombre alto, delgado y perfectamente afeitado con un aspecto demasiado juvenil hasta para los treinta y dos años que tenía— trabajaba como investigador en la Facultad de Veterinaria de la Universidad Técnica de Múnich. Según el *Allgemeine Rundschau*, seguía pareciendo un estudiante.[21] Llevaba puestas unas gafas pequeñas de montura redonda y se expresaba con calma y concisión. Su actitud contrastó mucho con el «gran discurso»[22] de Hitler, como lo calificó el *Vossische Zeitung* de Berlín más en referencia a su extensión que a su importancia.

Entre otras muchas cosas, el testimonio de Weber arrojaría luz sobre los motivos que tuvieron los primeros seguidores de Hitler para mostrarle su apoyo. Según su experiencia, dijo, las sociedades paramilitares atraían fundamentalmente a dos tipos de persona. Por un lado, estaban los patriotas alemanes que querían restaurar la monarquía y el universo de tradiciones imperiales que había quedado destruido al término de la Primera Guerra Mundial. Y, por otro, ciudadanos que perseguían objetivos de corte mucho más populista y revolucionario, como eliminar los títulos nobiliarios y las distinciones de clase. Se trataba de dos grupos con programas de acción radicalmente diferentes que, sin embargo, tenían tres cosas en común. El público,[23] como señaló el corresponsal de *Le Petit Parisien*, seguía con atención las palabras de Weber.

Lo primero y más importante era su odio por el Tratado de Versalles, al que veían como un acuerdo de paz forzoso con el que se les había despojado injustamente de una parte de su población, de su territorio, de sus recursos y de su dignidad. En segundo lugar, ambos sectores estaban de acuerdo en que antes de «poder romper las cadenas[24] que los unían a ese humillante documento» tenían que derrotar al principal enemigo de la libertad del pueblo alemán, un enemigo que Weber identificó a grandes rasgos con «el marxismo, los judíos[25] y un sistema democrático parlamentario postrado ante las masas y las mayorías». Si no hacían frente primero a esa amenaza nacional, los patriotas alemanes se arriesgaban a ir a la guerra para acabar recibiendo otra «puñalada por la espalda». Y esta idea llevaba al tercer elemento de consenso: la necesidad de «iniciar una cruzada para la regeneración moral y espiritual, en primer lugar, de nosotros mismos y en segundo lugar, con nuestro ejemplo, de tantos pueblos como sea posible».

Éste era el único camino hacia una Alemania nueva y libre, y Adolf Hitler constituía la mejor esperanza para alcanzar ese destino. Con estas palabras, Weber cerraba filas en torno a su líder.

A través de las preguntas de Neithardt, el acusado confirmó muchas de las afirmaciones que Hitler había hecho en el estrado el día anterior. Los conspiradores de la cervecería esperaban que el ejército del norte de Alemania les prestara su apoyo gracias al enorme prestigio del general Ludendorff, y confiaban en que una alianza entre las sociedades paramilitares y las tropas provocara la caída del gobierno de Berlín, al que «no le quedaría otro remedio[26] que ceder a la presión y hacerse a un lado».

Weber insinuó también que Hitler no habría dado un solo paso si no hubiera creído que tenía el apoyo del ejército bávaro y la policía estatal. Mencionó una serie de reuniones a las que él mismo había asistido en compañía del general Von Lossow y del coronel Von Seisser para preparar la operación.

—¿Cuándo recibió usted[27] el primer comunicado oficial [del cambio de opinión por parte de los mandatarios bávaros]? —preguntó Neithardt.

—No recibimos ningún comunicado oficial —respondió Weber—. Nos enteramos cuando empezaron a dispararnos.

El juez le preguntó a continuación si había creído posible otro desenlace.

Si Kahr, Lossow y Seisser «no hubiesen incumplido su palabra[28] de una manera tan vergonzosa y denigrante, es evidente que habríamos alcanzado nuestro máximo objetivo en Alemania», contestó.

En cuanto el presidente de la sala concluyó su interrogatorio preguntando qué edad tenían los dos hijos pequeños del acusado, Arnold y Friedrich, el ayudante del fiscal, Hans Ehard, tomó la palabra y de inmediato consiguió que Weber perdiera los estribos.

¿Conocía el acusado los planes que había trazado Hitler con sumo cuidado para obligar al gobierno de Berlín a aceptar lo que él llamaba «sus propios objetivos»?, preguntó Ehard.

—Protesto por el uso que se está haciendo de la expresión «perseguir nuestros propios objetivos»[29] —contestó Weber—. Nosotros jamás perseguimos nuestros objetivos, sólo los del pueblo alemán.

—Por el amor de Dios, qué sensible es usted... —replicó Ehard en tono de burla.

Luego tensó un poco más la cuerda y pasó a cuestionar la reputación de Ludendorff:

—¿No estaba usted al corriente[30] de que Ludendorff tenía en realidad muy poca influencia en el ejército, especialmente en el norte?

Muchas personas entre el público se removieron inquietas. «¡Esto es intolerable!»,[31] gritó uno de ellos desde la tribuna. Otro dijo que debería estar prohibido hacer preguntas tan desconsideradas en un tribunal alemán. Un periodista del diario *Le Matin* vio a Ludendorff ponerse de pie[32] en mitad del revuelo para protestar por semejante afrenta personal.

Neithardt reprendió al joven fiscal y le recordó que estaba obligado a mantener el orden en la sala.

Ehard no se dejó intimidar ni por el juez ni por el público y contestó que estaba tratando de dilucidar un punto esencial del interrogatorio.

Fue Weber, sin embargo, el que se ganó el aplauso de los asistentes con un monólogo larguísimo acerca del respeto, la reverencia, de hecho, que sentía por Ludendorff, a quien consideraba el militar más grande no ya de la Primera Guerra Mundial sino de la historia de Alemania.

—Perfecto, eso es[33] lo que quería saber —dijo Ehard.

—No, en realidad, usted quería saber otra cosa —terció el abogado Karl Kohl, que se puso en pie de un salto[34] y empezó a hablar en un tono a todas luces ofensivo.

El letrado —un hombre bajo, de complexión fuerte y voz atronadora— felicitó a Weber por la elegancia que había mostrado absteniéndose de contestar a los insultos del fiscal. Los asistentes le

dedicaron otra ovación.[35] Neithardt dio varios golpes con el mazo y les recordó que no estaban en un teatro.

En cuanto las cosas se calmaron un poco, Weber dijo que —al contrario de lo que habían declarado otras personas— él no había oído en ningún momento que Kahr, Lossow y Seisser tuvieran prohibido hablar entre ellos mientras estaban en el salón privado de la cervecería. El acusado se expresaba con tal confianza y seguridad que todo el mundo se quedó anonadado cuando, apenas unos minutos después, Ehard consiguió que cometiera un desliz con una pregunta sencilla: ¿había tenido ocasión de oír lo que le dijo Lossow a uno de sus ayudantes cuando entró en la sala privada?

Sí, que tenían prohibido hablar, contestó Weber, que de inmediato se dio cuenta de la contradicción en la que acababa de incurrir e intentó rectificar. Lorenz Roder, el abogado de Hitler, se apresuró a salir en su ayuda. Pero los mandatarios bávaros podían moverse libremente por la sala, ¿verdad?, dijo.

Weber contestó que sí.

¿No había un guarda[36] apostado en la puerta?, preguntó Neithardt.

—Sí, fuera de la habitación.

—¿Para que los caballeros no pudieran salir?

Lo habían vuelto a pillar.

Por la tarde subió al estrado el juez y exdirector de la policía Ernst Pöhner. A sus cincuenta y cuatro años, era una de las personas más mayores de cuantas se sentaban en el banquillo. El pelo empezaba a clarearle, iba perfectamente afeitado y encima de su nariz rota destacaban unos quevedos. Al redactor del diario berlinés *Vossische Zeitung* le pareció que tenía más aspecto de bohemio[37] que de alemán.

Igual que Hitler, Pöhner no hizo el menor esfuerzo por ocultar[38] su participación en el complot. Contó que el líder nazi había ido a visitarlo la víspera del *putsch*[39] para presentarle los planes de la

marcha sobre Berlín y pedirle su colaboración. Pöhner reconoció que en la sala privada de la cervecería había intentado persuadir a Kahr para que se uniera a Hitler y aseguró que no había visto la menor señal de que los mandatarios bávaros estuvieran engañándolos, quisieran tenderles una trampa o albergasen siquiera la más mínima reserva.

Pöhner hablaba[40] despacio y con cautela, sin hacer ningún aspaviento, y tuvo en todo momento la mano derecha cerrada detrás de la espalda. Era prudente y razonable, se expresaba con sencillez y, al parecer, no sentía el menor remordimiento. ¿Era acaso posible, se preguntaba, que el general Von Lossow hubiera engañado deliberadamente a un alto mando como Ludendorff después de haberle jurado obediencia como oficial? Parecía mucho más probable, según él, que Lossow se hubiese arrepentido después de sumarse a la intentona en un primer momento y que no le hubiese quedado otro remedio que inventarse la excusa de que estaban «haciendo teatro».[41]

Los letrados de la defensa estaban muy interesados en seguir preguntando sobre la relación de Pöhner y Kahr, más aún teniendo en cuenta que los dos habían trabajado codo con codo en la revuelta de marzo de 1920 para acabar con el régimen republicano. El presidente de la sala estaba visiblemente incómodo por la línea que estaba siguiendo el interrogatorio y sugirió que dejaran esas cuestiones para la sesión a puerta cerrada.

El abogado de Hitler, Lorenz Roder, insistió y alegó que resultaba «sencillamente incomprensible»[42] que se quisiera tratar ese asunto como si fuera una cuestión de seguridad nacional. Si se decidía trasladar ese testimonio a una sesión sin público, el tribunal faltaría a su deber y «daría la impresión de que a Kahr lo estaba protegiendo alguien poderoso». El abogado de Ludendorff coincidió con él.

Stenglein también protestó por la línea que estaba tomando el interrogatorio. «No creo[43] que estas preguntas importen lo más mínimo a la hora de determinar la culpabilidad [de los acusados].»

Los fiscales tendrían ocasión de repetir este mismo argumento en infinidad de ocasiones a lo largo de la vista, ya que la estrategia de la defensa pasaba por sepultar el juicio bajo un aluvión de distracciones y menudencias para exasperar al Ministerio Fiscal y agotar su paciencia.

Cuando, al final de la jornada, el presidente de la sala le preguntó al acusado si le habría gustado participar en una marcha para acabar con el Estado, la respuesta de Pöhner fue que desde luego que le habría encantado. Los políticos de Berlín eran unos criminales y unos «asesinos» que se habían apoderado de unos cargos que no les correspondían para llenarse los bolsillos. Pöhner volvió a provocar otro pequeño revuelo en la sala cuando, con una sonrisa de superioridad[44] dibujada en el rostro, le dijo al juez: «¡Llevamos cinco años[45] siendo víctimas de eso que usted llama ahora "alta traición"!».

29

A PUERTA CERRADA

> He intentado[1] hacerle una pregunta a Hitler manteniendo la calma y la serenidad.
>
> HANS EHARD

La mañana del jueves 28 de febrero de 1924, el público del juicio se encontró con un retraso inesperado. La nieve cubría[2] las calles de Múnich —igual que las de buena parte del continente europeo desde los Pirineos hasta los Apeninos— y, al parecer, el coche de Ludendorff[3] se había quedado bloqueado camino del juzgado.

Los acusados mataban el tiempo charlando entre ellos y leyendo la prensa. Cerca de las 9.20 horas —como dejaron claro los fogonazos de las cámaras y el bullicio que se produjo en los aledaños del edificio—, apareció por fin el comandante del ejército alemán, a quien uno de sus seguidores había tenido que acercar en su propio coche. Aun así, la vista no dio comienzo. Al parecer, según un periodista de la agencia francesa Havas, se habían perdido[4] las llaves de la Sala 130,[5] el lugar en el que el tribunal guardaba las actas del juicio.

Finalmente, el teniente coronel Hermann Kriebel subió al estrado acusado de ser el cerebro militar del *putsch* de la cervecería. A sus cuarenta y ocho años, Kriebel era un tipo musculoso de cejas pobladas y espaldas anchas que, de acuerdo con un periodista de *Le Petit Parisien*, iba acicalado como un novio el día de su boda. El redactor del diario francés conocía bien al acusado de sus

investigaciones sobre los círculos nacionalistas y, en su opinión, no había conocido en toda su vida a un alemán que odiara tanto a Francia como ese «coloso bávaro».[6]

Kriebel empezó repasando su carrera militar. Se centró en las calamidades que padeció después de la guerra, especialmente durante el viaje que le ordenaron hacer a la ciudad belga de Spa como parte de la legación alemana que firmó el armisticio. Aquélla había sido una experiencia humillante y desgarradora. Aún recordaba la sensación de rabia y frustración que sintió al verse agredido en su propio país por «un «hatajo de traidores», después de haber tenido que luchar en el frente occidental contra «un enemigo despiadado e implacable,[7] capaz de cualquier vileza».

Y luego había tenido que ver con auténtico asco cómo los mismos traidores que habían faltado a su juramento de fidelidad al káiser eran recompensados con los cargos de mayor responsabilidad en la nueva república. Habló del tiempo que, al acabar la guerra, había pasado en la zona del Palatinado ocupada por los franceses, y maldijo a los firmantes del armisticio —los «criminales de noviembre»— por no dejar que le pegara una buena paliza al general francés que tenían enfrente y, como él mismo dijo, «[le diera] su merecido a ese tipejo». Cuando oyó esas palabras, el juez Neithardt reprendió al acusado y le pidió sin demasiado convencimiento que moderara su lenguaje.

Un redactor del diario nacionalista francés *L'Action Française* señaló que Kriebel estaba demostrando ser casi tan fanático como Hitler, cuyo nombre reprodujo incorrectamente como «Hittler».[8] Muchos periodistas extranjeros seguían escribiendo mal[9] el apellido del principal acusado. Tanto el periódico *Le Gaulois* como la agencia de noticias alemana Telegraphen-Union continuarían añadiéndole una *t* hasta bien entrado el juicio, aunque este error se volvió cada vez más raro.

A modo de presentación biográfica, Kriebel desgranó ante la sala una serie de anécdotas que ilustraban el estado de decadencia y postración en que se encontraba la Alemania moderna. Contó que,

cuando su tren estaba a punto de salir de la estación de Spa después de firmar el armisticio, se puso a gritar por la ventanilla con el puño levantado: «¡Nos vemos en unos años!».[10] Los belgas respondieron «indignados con una salva de gritos, piedras y disparos». En ese momento, dijo Kriebel, se juró que «no descansaría» hasta cumplir lo que acababa de gritar en la estación.

Kriebel hablaba como un «bávaro de pura cepa»[11] que quería anexionarse a Austria o, como él decía, a «la Austria alemana» y restaurar el poderío y la reputación del país. Su postura a este respecto era muy parecida a la de Hitler. Pero lo que más lo atraía de él no eran ni sus ideas ni sus opiniones sobre ese tema. Sino algo completamente diferente, dijo Kriebel, aunque no estaba seguro de querer hablar de ello delante del público.

El juez Neithardt captó la indirecta, y después de tan sólo quince minutos de testimonio, los asistentes —que ya habían tenido que aguantar el retraso de aquella mañana— se vieron obligados a dejar sus codiciados asientos para que diera comienzo una de las muchas sesiones del juicio que se desarrollarían a puerta cerrada.

El juicio se estaba siguiendo con mucha atención en Gran Bretaña, Francia, Italia, España, Suiza, Escandinavia, Estados Unidos e incluso en Argentina y Australia. Muchos corresponsales extranjeros, en especial los de la prensa parisina, recibieron con escepticismo la decisión del juez de celebrar la vista a puerta cerrada.

Le Petit Parisien creía[12] que en el testimonio de Kriebel al que el público no iba a tener acceso se ofrecerían detalles acerca del ejército secreto que, se sospechaba, estaba creando Alemania, en clara violación de lo estipulado en el Tratado de Versalles. Otros diarios especulaban con la posibilidad de que Kriebel hiciera público que el ejército había ayudado a Hitler a llevar a cabo su planeado ataque contra la república. En cualquier caso, eran muchos los que pensaban que había motivos más que sobrados para ocultar lo que se iba a decir ese día en el juzgado.

Y, en efecto, el testimonio de Kriebel habría servido de pasto a una avalancha de titulares. Empezó dando su opinión sobre el papel que las sociedades paramilitares desempeñaban en «la gran guerra de liberación[13] que, querámoslo o no, tendremos que librar algún día». Se tenía, sin embargo, una idea muy equivocada de lo que eran esas sociedades.

La gente pensaba que el ejército y la policía prestaban ayuda a las organizaciones paramilitares nacionalistas, pero en realidad era al revés. Kriebel elogió a los muchos ciudadanos de a pie que, asumiendo un gran riesgo, se dedicaban a esconder armas para que los inspectores aliados que velaban por el cumplimiento del Tratado de Versalles no las encontraran. Era una labor ingrata por la que en cualquier momento podían tener al fiscal en la puerta de casa, dijo en clara alusión a Stenglein y Ehard. Los patriotas alemanes estaban actuando con valentía a pesar de las leyes que su propio «gobierno de delincuentes»[14] había aprobado para impedírselo.

—¡Teniente coronel![15] —dijo Neithardt—, habla usted de un gobierno de delincuentes y yo no puedo permitirle que use esa expresión.

El acusado pasó a explicar a continuación por qué había apoyado a Hitler. El ejército alemán necesitaba atraer a las masas, en especial a los miembros de la clase trabajadora. El problema era que, desde el final de la guerra, los trabajadores se habían unido de forma mayoritaria al Partido Socialista y al Partido Comunista. Ninguna de las organizaciones patrióticas o nacionalistas de Alemania había logrado atraerlos. Y sus líderes tampoco, excepto uno de ellos: Adolf Hitler.

Las dotes oratorias y el carisma del líder nazi unidos a su «increíble fuerza[16] de voluntad», lo colocaban en una posición inmejorable para ayudar a que Alemania estuviese preparada de cara a la siguiente e inevitable guerra. Había conseguido atraer a los trabajadores jóvenes, que lucharían en el frente, y a los obreros de

mayor edad, que fabricarían las armas y producirían el material militar. Como señaló el propio Kriebel: «Es imposible librar[17] una guerra de liberación sin estos trabajadores».

Esta confesión, que pudo hacerse abiertamente por el carácter secreto de la sesión, permitió comprender una de las razones por las que algunos sectores del ejército se habían sentido seducidos por aquel demagogo de las cervecerías al que, con demasiada frecuencia, sus enemigos subestimaban o incluso menospreciaban como a un simple bufón chapliniano. Kriebel siguió profundizando en su testimonio y ofreció una serie de detalles que, de haber llegado al público, habrían resultado explosivos.

Según declaró, los mandatarios bávaros habían estado informados en todo momento de los preparativos para la marcha hacia Berlín. El coronel Von Seisser había llegado incluso a participar en el entrenamiento de sus hombres. Kriebel describió un encuentro con él en octubre de 1923 en el que habían estado examinando juntos un mapa de Alemania para trazar posibles rutas de avance e identificar diversas áreas de despliegue táctico en su camino hasta la capital.

El plan era, según dijo Kriebel, tomar el poder con la ayuda de la «guardia fronteriza»,[18] compuesta en su mayor parte por miembros de varias sociedades patrióticas. Seisser dio su visto bueno al proyecto. Todo había quedado perfectamente claro, dijo. Hasta que llegó el mes de octubre, «nadie tenía la menor duda[19] de que marcharíamos hacia Berlín».

Kriebel sacó la orden,[20] fechada el 16 de octubre de 1923, que sus hombres habían recibido para participar en la marcha y la ofreció para que los presentes la examinaran.

—¿Tiene que ser ahora?[21] —preguntó Neithardt.

El presidente de la sala le advirtió de que, por ley, el documento tendría que quedar bajo custodia del tribunal.

Aun así, Kriebel entregó la orden y añadió un mapa en el que se detallaban las rutas hacia la capital.

Stenglein echó un vistazo al documento. ¿Era realmente una orden de movilización?

—Sí, y los preparativos para llevarla a cabo —respondió Kriebel.

Ehard preguntó quién había elaborado ese plan.

—Viene de Berlín.

Ehard estudió la orden. Resultaba sorprendente, dijo, que el coronel Von Seisser no hubiera hecho referencia alguna a esa orden, a pesar de su importancia, en ninguna de las declaraciones que prestó durante la instrucción.

—A mí no me sorprende nada —replicó Kriebel.

Habían contado con la colaboración total de las autoridades bávaras.

Otros acusados, como el Dr. Weber y Ernst Pöhner, confirmaron que la policía antidisturbios había servido de tapadera a las sociedades paramilitares que se estaban movilizando para marchar hacia el norte.

Uno de los jueces[22] que formaban parte del tribunal recordó a los acusados que tenían prohibido repetir esa información en público.

Hitler disponía de información adicional que aportar a la sesión secreta. Los guardias de asalto también habían sido entrenados por personal militar. Los entrenamientos habían tenido lugar en el cuartel del ejército y, cuando éste se les quedó pequeño, la policía estatal había ofrecido sus instalaciones. Llevaban colaborando con las autoridades desde que, en enero de 1923, los franceses ocuparon el Ruhr y la cúpula del ejército empezó a temer que la guerra estallaría pronto. Los entrenamientos se intensificaron en otoño.

De hecho, dijo Hitler, eran el ejército y la policía estatal quienes los presionaban a ellos para que actuasen. En noviembre de 1923, los guardias de asalto estaban ya muy inquietos. Después de tantos rumores de guerra y tanto entrenamiento en los cuarteles, dijo Hitler, resultaba casi imposible reprimir a sus hombres.

—¿Fueron entrenados[23] en el cuartel del ejército? —preguntó Neithardt.

Sí, contestó Hitler. Y la instrucción, añadió, tuvo lugar con el consentimiento y el apoyo de las autoridades bávaras, que también les facilitaron algunos uniformes.

—¿Oficiales del Reichswehr estaban al cargo de la instrucción?

—Sí, ellos se encargaron de realizarla.

Se trataba de una violación flagrante del Tratado de Versalles. Si esa información llegaba a oídos de la prensa, dijo Kriebel en un momento de la sesión, «todo el mundo se volvería[24] contra nosotros, incluso los esquimales».

El riesgo de que se produjera un escándalo internacional ya no era una exageración. Los franceses habían entrado en el Ruhr por mucho menos.

A las 14.37 horas, cuando se reanudó la sesión a puerta cerrada, los abogados de Kriebel aportaron una serie de documentos confidenciales en los que se detallaban los planes para la movilización y la marcha hacia Berlín. Era completamente absurdo, dijo el teniente coronel, que sus hombres se planteasen atacar al ejército alemán o a la policía estatal. Eran sus aliados, no sus enemigos.

Hitler tomó la palabra y salió en ayuda de su camarada con una nueva revelación sobre sus propias acciones que no quería hacer en público. Reconoció haber ordenado el robo en las imprentas y sostuvo que el ejército se había comprometido a hacerle llegar algunos fondos «cuando se iniciase la movilización».[25] La mañana del 9 de noviembre, sin embargo, no pudo contactar con Lossow, y sus hombres necesitaban ese dinero para comprar el desayuno y evitar que se produjesen actos de violencia.

—Yo creo que,[26] en una situación así de desesperada, uno está obligado a hacer todo lo que sea necesario.

Cuando Ehard le preguntó por la viabilidad de la marcha a Berlín, teniendo en cuenta la enorme repercusión internacional que podría tener, Hitler respondió con un larguísimo monólogo en el que recorrió siglos enteros de relaciones internacionales y alianzas entre las grandes potencias. Explicó que Francia llevaba mucho tiempo intentando «balcanizar Alemania»,[27] dividiéndola en fragmentos cada vez más pequeños y manejables. También Inglaterra había usado a Alemania como un peón en su tradicional juego de equilibrios para tratar de evitar que un solo país controlase el continente. «Primero fue España,[28] más tarde Holanda, después Francia y por último nosotros.» Alemania sólo podría deshacerse de esos enemigos tan tenaces si explotaba las rencillas que irían surgiendo entre ellos a medida que sus respectivos intereses fueran divergiendo y entrando en conflicto.

Hitler continuó criticando a Berlín por haber fallado a su pueblo con una falta de orgullo y espíritu guerrero que a la postre había causado que perdieran la guerra y el actual desastre. La historia mundial les enseñaba, añadió, que las capitales nunca lideraban los procesos de resurgimiento nacional. Atatürk no era hijo de Constantinopla, sino de Ankara; no fue Roma la que vio nacer a Mussolini, sino el norte de Italia. Y lo mismo ocurriría, según él, con Múnich y el renacimiento de Alemania.

Y lo que era todavía peor, nada hacía presagiar, dada la gravedad de los crímenes cometidos contra Alemania, que se pudiera encontrar una solución pacífica al conflicto. Al contrario: sería necesario «recurrir a un uso desmedido y sin precedentes de la fuerza,[29] y hacer aún más sacrificios». Él, para empezar, estaba dispuesto a morir por la causa. No se arrepentía de nada. Se comprometía a intentar dar un nuevo golpe si era necesario; estaba convencido de que, si los mandatarios bávaros no los hubieran traicionado, habrían triunfado.

El fiscal le preguntó si creía que la mayoría de la población lo apoyaba.

Con una mueca de desprecio, Hitler contestó que por supuesto que no. La historia no la hacían las mayorías sino los individuos, dijo, los héroes que muchas veces actúan a contracorriente y logran imponer su voluntad al conjunto de los ciudadanos. Ni él ni sus camaradas eran unos traidores. «El delito de alta traición es el único cuyo verdadero castigo es el fracaso.»

Hitler —a quien el presidente de la sala seguía sin interrumpir— continuó en esa misma línea y lanzó una advertencia a la acusación: «No piensen[30] que este juicio va a destruirnos. Pueden encerrarnos si quieren..., pueden hacerlo tranquilamente. Pero el pueblo alemán no se olvidará de nosotros. Las puertas de nuestras prisiones se abrirán y llegará el día en que quienes hoy han sido acusados se conviertan en los acusadores».

30

EL ATAQUE DE LA DEFENSA

> Ludendorff está por encima[1] de este cenagal de mentiras, trampas y promesas rotas. Siempre se mostrará orgulloso. No se le caerán los anillos por juntarse con un grupo de ladrones.
>
> Teniente coronel HERMANN KRIEBEL

El juicio copaba los titulares no sólo de la prensa alemana, sino del mundo entero. A muchos periódicos de izquierdas, en especial los de Berlín y el norte del país, les parecía que Hitler y su camarilla estaban protagonizando un circo grotesco o una producción teatral espectacular. Los diarios de derechas del sur, como por ejemplo el *Rosenheimer Anzeiger*, replicaron que en la capital habían pensado que el juicio sería «un paseo»,[2] cuando en realidad lo más indicado era llamarlo «la tragedia de Múnich».

La mañana del 29 de febrero, el público, con más lentitud de lo acostumbrado, ocupó sus asientos en la sala oscura y sombría donde se celebraba el juicio. Muchos temían[3] que se produjera otro retraso prolongado o, quizá, que se decidiese celebrar la sesión a puerta cerrada nada más comenzar la vista. Otros no entendían por qué en aquel extraño proceso se estaba concediendo tal importancia a cuestiones aparentemente menores. «Si las sesiones en audiencia pública[4] se van a dedicar en exclusiva a dar una serie de discursos contra Francia y Bélgica —escribió un periodista del *Times* de Londres en clara referencia al testimonio de Kriebel—, entonces no tiene ningún sentido que el juicio continúe.»

Los lugares reservados al público y a la prensa estaban medio vacíos cuando esa mañana Hitler entró en la sala con paso firme y mirando en todas direcciones. Detrás iba Ludendorff, acompañado de su letrado y seguido por un cortejo de abogados que, a medida que avanzaban, emitían un leve frufrú con las togas.

El *München-Augsburger Abendzeitung* había elogiado a los acusados por su tino a la hora de evitar cualquier tema que pudiera afectar a los intereses de Alemania, aunque no podía decirse lo mismo de sus abogados. Cristoph Schramm, el portavoz del equipo que defendía al capitán Röhm, se sintió ofendido por esos comentarios. Todos los abogados se enfrentaban al reto de defender a sus clientes tratando de no poner en riesgo la seguridad nacional. Como cualquier buen alemán, dijo, quería dejar claro que tanto él como sus colegas antepondrían siempre los intereses de la patria.

Schramm llamó también la atención sobre un artículo del *Völkischer Kurier* acerca de un hombre que al parecer había coincidido en el autobús con dos de los dibujantes acreditados para el juicio. Uno de ellos, a quien se describía como «alguien con apariencia de búlgaro,[5] de húngaro o, en cualquier caso, con rasgos típicamente eslavos», había retratado malintencionadamente a uno de los jueces con aspecto de estafador. Y el otro, del que se decía que era judío, había hecho una caricatura de Ludendorff en la que éste parecía una especie de bruja de rostro demacrado y mejillas hundidas que tenía la mirada perdida en el infinito. Schramm solicitó al presidente del tribunal que prohibiera la entrada en la sala a «esos individuos». Neithardt accedió a su petición.

El fiscal Ludwig Stenglein aprovechó que estaban hablando de la prensa para quejarse de un artículo en el que se aseguraba que había seguido la intervención de Hitler con una indeleble sonrisa de suficiencia[6] dibujada en el rostro. Quería dejar constancia, dijo, de que no era verdad. Los comentaristas más mordaces de Berlín, que no paraban de preguntarse cómo era posible que alguien conservara la seriedad en esa farsa de juicio, lo habrían comprendido perfectamente.

El teniente coronel Kriebel retomó su testimonio. En atención al público, que no había podido asistir a la mayor parte de la vista anterior, el acusado ofreció una versión escueta y expurgada de su papel como responsable militar de las fuerzas que habían tomado la cervecería. En su concisa intervención, Kriebel evitó en todo momento referirse a la inminencia de una nueva guerra, al entrenamiento que sus hombres habían recibido del ejército y, en general, a cualquier detalle que pudiera provocar una reacción airada por parte de la comunidad internacional.

Después de asumir toda la responsabilidad de sus actos, Kriebel pasó a describir los motivos de Hitler y de los demás golpistas, de tal manera que no dejaba lugar a dudas sobre la implicación de las autoridades bávaras en el *putsch*. Reveló ante el tribunal que había mantenido una reunión con Lossow dos días antes de la noche de autos en la que éste se había comprometido a apoyar la marcha siempre y cuando las probabilidades de éxito fueran superiores al cincuenta y uno por ciento. Kriebel dejó claro que esa actitud le parecía despreciable e indigna en un soldado, no hablemos ya en el responsable militar de más alto rango del Estado de Baviera. Si el ejército alemán hubiera compartido esa postura en la última guerra, se habrían rendido en agosto de 1914.

Ésa era la razón por la que los hombres de Hitler decidieron asaltar la cervecería. Fueron allí con la intención de mostrar el camino a aquellos triunviros indecisos y de darles un puntapié en el momento oportuno para que se pusieran en marcha. Él veía aquella acción —dijo, empleando distintas metáforas— como «un trampolín»,[7] o «un ligero empujón», para que los mandatarios perdieran el miedo y se lanzaran al agua.

El acusado admitió que fue a él a quien se le ocurrió utilizar la expresión «Entrega realizada con éxito»[8] como mensaje en clave para indicar que la revolución se había puesto en marcha con éxito y sin derramamiento de sangre en la Bürgerbräu. También reconoció

haber escrito esa expresión en el trozo de papel que encontró la policía, pero negó haber hecho o haber ordenado que se hiciera ninguna llamada al capitán Röhm o al Dr. Frick.

Neithardt le recordó que las palabras «informar primero a Frick»[9] y «Löwenbräuekeller» también figuraban en el papel. ¿Se habían transmitido esos mensajes por teléfono a la cervecería?

—En una palabra: no.

El juez le comunicó que la acusación había logrado identificar al teniente que hizo la llamada.

—Ah, bueno, si esa información puede ponerse en conocimiento del público, entonces no tengo inconveniente en reconocerlo.

Este pequeño enfrentamiento ilustra con claridad una estrategia que los acusados explotarían con efectos devastadores: algunas veces negaban un hecho y después, cuando alguien los corregía, solían alegar que estaban limitándose a actuar con cautela para proteger «la seguridad nacional». Para la defensa era una apuesta ganadora, y para Stenglein y Ehard otro reto más en el procesamiento de Adolf Hitler.

Kriebel, al igual que el resto de los encausados, parecía dispuesto a eximir a Ludendorff de cualquier responsabilidad por el *putsch*. Según declaró, el comandante estaba furioso con los mandatarios bávaros no sólo por haber condenado la revolución al fracaso con su traición, sino también por no haber mandado ningún tipo de advertencia antes de que la policía estatal empezara a dispararles. Este testimonio provocó una reacción airada entre el público que se encontraba en la tribuna.

Kriebel continuó elogiando a Ludendorff por ser una persona de honor, lo cual contrastaba con la sorprendente falta de nobleza que habían mostrado Kahr, Lossow y Seisser. El acusado también estaba anonadado por la actitud de la policía. Cuando uno de los agentes oyó el rumor de que Ludendorff había sido asesinado, otro de sus compañeros le había dicho: «Lo mejor[10] que podía pasar».

Al oír esas palabras de Kriebel, el público presente en la sala empezó a lanzar abucheos.

—¡Es indignante![11] —gritó alguien.

—¡Vergonzoso![12] —soltó otro.

—¡No es digno de llamarse policía!

El presidente del tribunal se puso a dar golpes frenéticamente con el mazo.

El fiscal también protestó. «Me gustaría[13] que tuvieran presente que lo que acaban de oír es sólo una versión parcial de lo sucedido, en la que se incluyen además ataques personales muy graves.» Stenglein solicitó con insistencia al tribunal que el acusado fuera cuando menos amonestado por hacer «esos comentarios tan extraordinariamente duros» y que esperase hasta escuchar a la otra parte para formarse una opinión.

En esta ocasión, Neithardt no quiso darle la razón al fiscal. «No creo que sea competencia del Ministerio Fiscal reprender al presidente de un tribunal que se encuentra reunido.» Según el corresponsal del *Berliner Tageblatt*, empleó un tono «muy duro»[14] y las palabras del juez fueron recibidas por el público con gritos de «¡Bravo!».

Envalentonado por el rapapolvo del juez, el abogado Karl Kohl decidió aprovechar para cebarse con el fiscal. «Todos los alemanes decentes» compartían la opinión que tenía Kriebel de los mandatarios bávaros, dijo, y se preguntó en voz alta si Stenglein se consideraría a sí mismo una persona decente.

—Esto está yendo[15] demasiado lejos —intervino Neithardt—. No pienso tolerar este tipo de ataques personales.

Cuando los ánimos se calmaron, Kriebel recalcó que la marcha por el centro de la ciudad tenía una intención pacífica. A todos los hombres que participaban en ella se les había dado la orden de descargar las armas y abstenerse de disparar. No tenían la menor intención de enfrentarse ni a las tropas del Reichswehr ni a la policía estatal, de lo cual no debería quedar duda —añadió— si se tenía en

cuenta su formación. Ningún comandante con la más mínima experiencia militar mandaría a sus tropas apelotonadas por unas calles tan estrechas y expuestas al fuego enemigo.

Al fiscal no se le ocurrió preguntar qué habían hecho los responsables militares para asegurarse de que aquellos hombres hambrientos y descontentos —que, como ellos mismos habían reconocido, parecían nerviosos y difíciles de controlar— cumplían las órdenes verbales que se les habían dado. Ni tampoco por qué se habían molestado en llevar unas armas tan aparatosas, pesadas e intimidatorias si se suponía que iban a participar en una manifestación pacífica.

Por su parte, Lorenz Roder, el abogado de Hitler, siguió adelante con una serie de preguntas que tenían por objeto confirmar que Kriebel había asistido a varias reuniones con Kahr, Lossow y Seisser durante los diez primeros meses del año 1923. Y posteriormente le preguntó sin miramientos al acusado si habría tomado la decisión de actuar la noche del 8 al 9 de noviembre de no haber creído que su buen amigo el coronel Von Seisser estaba involucrado en la intentona.

—Jamás me habría atrevido[16] a enfrentarme a mi viejo amigo —dijo en referencia a una relación de amistad que se remontaba a su juventud y duraba ya treinta y cinco años—. Estaba completamente seguro de que iba a participar en el *putsch*.

El abogado Karl Kohl continuó en ese mismo tono y recalcó que la policía estatal no había realizado ni una sola advertencia antes de disparar contra los manifestantes. Kriebel confirmó ese hecho.

Además, añadió el acusado, los manifestantes no podían hacer prácticamente nada. En medio del ruido ensordecedor les era muy difícil comunicar órdenes a sus hombres y, aun en el caso de que hubieran logrado hacerlo, detrás de ellos iba tal cantidad de gente que, en aquellas callejuelas tan estrechas, les habría resultado imposible detenerse o darse la vuelta. Por otro lado, si se hubiera

permitido a los manifestantes avanzar unos cincuenta metros más para llegar hasta la plaza, la manifestación pacífica habría acabado de forma natural y se habría evitado la muerte de veinte personas.

Kohl estaba lanzado.

—¡De acuerdo con el sentir popular,[17] lo ocurrido en la Feldherrnhalle sólo puede recibir un nombre: «asesinato»!

El presidente del tribunal no dijo una sola palabra ni puso, cómo no, la menor objeción. Los demás abogados se levantaron de un salto para apoyar a su compañero. Como señaló un periodista del *Völkischer Kurier*, las palabras de Kohl cayeron como una bomba[18] en la sala.

31

UNA OBRA MAESTRA DE LA IGNORANCIA

¿Es Ludendorff un verdadero patriota?[1]

Calgary Daily Herald

Los admiradores de Ludendorff se aferraban a la esperanza de que su ídolo no tuviera que comparecer en audiencia pública. Sus críticos tampoco creían que fuera a subir al estrado. Teniendo en cuenta lo mucho que preocupaban las cuestiones de seguridad nacional, lo más probable era que Neithardt hiciese declarar a Ludendorff también en una sesión a puerta cerrada. El general[2] era una auténtica bomba de relojería, una persona irritable e impredecible capaz de decir lo primero que le pasara por la cabeza. Por eso, cuando en torno a las tres de la tarde quedó claro que Ludendorff testificaría en audiencia pública, la sala vibraba de expectación.

Ludendorff —que aún se negaba a vestir el uniforme militar— llevaba puesto un traje de color azul[3] con una sola cruz de hierro prendida en el pecho. Durante su larguísima declaración —que debió de durar como mínimo tres horas—, se colocaba las gafas de carey[4] en la frente siempre que hojeaba su declaración mecanografiada, de la cual había enviado de antemano copias a la prensa, y después se las ponía en la punta de la nariz para mirar detenidamente a los jueces. Todo el mundo sabía que Ludendorff no era un buen orador y, como no dejó de señalar el *Vossische Zeitung* de Berlín, tampoco parecía tener demasiado interés en serlo.

Trastabillaba, se detenía a mitad de una frase, empezaba a rebuscar entre las pilas de papeles que tenía desperdigados a su alrededor para buscar un documento en concreto... Sudaba, le temblaban las manos y parecía estar pasando un mal rato. Según la prensa nacionalista, su incomodidad se debía menos a los nervios que al odio que sentía por la traición de los mandatarios bávaros.

—Soy incapaz de expresarme[5] igual de bien que lo hizo Hitler ayer durante su espléndida intervención a puerta cerrada —dijo Ludendorff con una voz ronca y aguda que apenas podía oírse en la sala.

No obstante, estaba de acuerdo con el líder nazi en que la difícil situación en que se encontraba Alemania no la habían causado las potencias extranjeras, sino «nuestro propio sentimiento de culpa».

En concreto, señaló a tres enemigos[6] nacionales como responsables de la situación de decadencia y ruina que sufría el país. En primer lugar, estaban los marxistas, o los comunistas, que se habían enfrentado al ejército alemán durante la guerra porque consideraban que las victorias de éste en el campo de batalla «iban en detrimento de sus intereses partidistas». En segundo lugar, cargó contra los judíos por corromper la raza alemana tanto física como moralmente, y sostuvo que no deberían tener más influencia en los asuntos nacionales que cualquier otro pueblo extranjero, como los ingleses o los franceses. Por último, culpó también a la Iglesia católica, a la que acusó de ser otra influencia negativa que minaba la lucha por la liberación nacional y el futuro renacimiento del país.

Esta última afirmación fue recibida con un silencio sepulcral.[7]

Los periódicos de derechas, como el *Rosenheimer Anzeiger*, señalaron que la intervención del general había supuesto «un nuevo hito en el juicio».[8] A los demás corresponsales, sin embargo, el alegato pomposo y deslavazado del general les pareció digno de burla. El redactor de *The New York Times* Thomas R. Ybarra llegó a definirlo como «una obra maestra de la ignorancia política».[9]

En cuanto a su relación con el triunvirato, Ludendorff volvió sobre lo dicho, y recalcó que el general Von Lossow contaba con su «absoluta confianza»[10] y que no tenía la menor duda de que los acusados habían trabajado en colaboración con los mandatarios bávaros. Los tres parecían tener las ideas claras. En su opinión, eran unos políticos de alto nivel bastante ambiciosos acostumbrados a ostentar el poder y poco dispuestos a perderlo.

El general pasó a describir la marcha como una campaña pacífica con la que pretendían convencer a la gente —«una manifestación pedagógica»—.[11] Todo cambió, según él, cuando la policía empezó a dispararles. El partido de Hitler había sido víctima de «un acto de deslealtad, una traición y un intento[12] de asesinato», pero Ludendorff vaticinó que al final lograrían encontrar fuerzas renovadas en la «sangre derramada por los mártires».

Esta regeneración racial sería la base del renacimiento del país, insistió. No querían una Alemania que estuviese bajo el yugo de Francia o —añadió indignado— de los marxistas, los judíos o los católicos. «Lo que queremos es [...] una Alemania que pertenezca sólo a los alemanes; una Alemania fuerte y poderosa que pueda ser al mismo tiempo un remanso de paz, como en tiempos de Bismarck.»

Sin embargo, no dejó del todo claro cómo pensaba construir un Estado-nación así de poderoso. Para la prensa de izquierdas, Ludendorff sólo concebía una solución: hacerse él mismo con el poder. El acusado era un hombre peligroso, decía el diario *Vorwärts* de Berlín: era la viva encarnación «del espíritu que había llevado a Alemania a la ruina».

Cuando Neithardt estaba a punto de dar por concluida la sesión, el fiscal le preguntó al general si era consciente de que su comportamiento durante el *putsch* no había dañado únicamente a las autoridades del Estado de Baviera, sino a Alemania en su conjunto.

—Lo que hice[13] iba dirigido sólo contra los miembros del gobierno —respondió.

Ludendorff obtuvo el aplauso cortés del público presente. Como dijo un periodista cercano a la derecha, aquel comandante que jamás había sido derrotado en el campo de batalla seguía invicto al bajar del estrado. Esa misma tarde, cuando los trabajadores de la Löwenbräu[14] vieron que el coche de Ludendorff echaba a andar, lo detuvieron y le acercaron una jarra de cerveza.

El capitán Ernst Röhm tenía muy poco de lo que quejarse[15] cuando se acomodó en el antiguo dormitorio[16] de la academia que se encontraba enfrente de la sala de vistas, al otro lado de un pasillo larguísimo. La comida y la bebida eran mucho mejores que el rancho al que tuvo que acostumbrarse cuando estuvo allí como cadete en 1907. El menú normal de un día de juicio solía incluir salchichas, chucrut, prétzels, queso, pan de centeno y algún que otro plato típico de Baviera. Según se comentaba, aquélla había sido una decisión premeditada de la administración del juzgado para evitar que los acusados volvieran a declararse en huelga de hambre.[17]

Para satisfacción de Röhm, los abogados de la defensa se habían mostrado muy agresivos. Tal vez podrían haber coordinado mejor sus estrategias y haber sacado más provecho a su ventaja numérica, pero no tenía un sólo *pero* que ponerles. Habían logrado apabullar a los fiscales, y el juicio parecía marchar por buen camino.

Röhm estaba también muy contento de reencontrarse con los demás acusados. La sala de vistas era el primer lugar en el que se veían desde el golpe. A Hitler, en particular, lo encontró de muy buen humor, aliviado sin duda de ver que sus compañeros no lo culpaban por el fiasco de la cervecería. Todos parecían dispuestos a plantear una dura batalla legal.

Poco después de las 8.40 horas del 1 de marzo de 1924, Röhm subió al estrado. Iba vestido de uniforme, llevaba el pelo castaño cuidadosamente peinado con raya al medio y se había puesto unos quevedos para seguir el interrogatorio. Como explicó después, su estrategia consistía únicamente en tratar de ser fiel a sí mismo y a

sus hombres, y, sobre todo, en no cometer el error de internarse por lo que él mismo llamó «la senda de la humillación y el arrepentimiento».[18]

El acusado abrió su intervención con un alegato lleno de vaguedades que marcaría el tono de su testimonio a lo largo de toda la jornada.

> Señoría,[19] creo que hoy debo justificarme. Sigo sin comprender por qué tengo que disculparme por unos hechos que para mí son completamente naturales, tanto que no creo que hubiera tenido que comportarme de otra forma el día 8 de octubre.

¿Acaso pensaba que la alta traición, la toma por la fuerza de edificios oficiales, la detención ilegal de miembros del gobierno, el robo de billones de marcos y el asesinato de cuatro policías no eran delitos punibles?, se preguntaron algunos periodistas.

Röhm empleó un tono[20] engolado y seco, y ofreció sus lacónicas respuestas con una cadencia entrecortada. Con su labio inferior apretado en un gesto de insolencia permanente, dio la impresión de ser una persona altiva y presuntuosa.

Según el corresponsal de *La Justice*, parecía el típico soldado prusiano y se expresaba también como lo haría uno de ellos. El *Berliner Tageblatt* lo encontró «bastante anodino»,[21] salvo quizá como ejemplo del tipo de mercenario o saqueador que había surgido en Alemania durante la posguerra.

«Soy un oficial y un soldado»,[22] dijo Röhm para dar a entender que quería que sus ideas y sus actos fueran evaluados a la luz de esa doble condición; sus memorias también daban comienzo con esa frase. Cuando hablaba, emitía un «ruido extraño, similar a un resoplido»,[23] producto seguramente de las heridas que sufrió en la nariz durante la guerra o de la rudimentaria operación de cirugía estética a la que tuvo que someterse.

Röhm parecía disfrutar hablando de la devoción que sentía por la casa real, a la que atribuía el mérito de haber hecho de Alemania una gran potencia. Se jactó de no haber roto jamás su juramento de

fidelidad al rey. Los intentos por liberarlo de ese compromiso sagrado le habían resultado «muy desalentadores».[24] Como era incapaz de concebir que un soldado pudiera faltar a su palabra de honor, los rechazó todos.

Por muy grande que fuera su lealtad hacia el rey depuesto, dijo con admiración un periodista del *Allgemeine Rundschau*, Röhm destacó aún más por su obediencia ciega[25] a Hitler. El acusado pasó después a rememorar la época trepidante en que el Partido Nazi estaba formado por una docena escasa de hombres que se reunían en una taberna de la Dachauer Strasse. El desprecio que sentía por la república parecía no conocer límites. Llegó a referirse al presidente de Alemania como «camarada Ebert».[26] Neithardt no se molestó siquiera en llamarle la atención.

El testimonio de Röhm no pareció despertar en el público el mismo interés que el de Hitler o Ludendorff. Como apuntaron varios periodistas, fue una sesión soporífera. Cuando Röhm empezó a desgranar todos los detalles de la intentona, muchos de ellos tuvieron que hacer un esfuerzo para no quedarse dormidos. «Fuera, el frío[27] era casi tan espantoso como el aburrimiento que sentían [en el interior]», dijo *L'Écho de Paris.* Por una vez, añadía el rotativo, los presentes en la sala estaban deseando que la sesión se declarase a puerta cerrada para poder librarse de ese testimonio tan tedioso.

Neithardt le preguntó si no había tenido en cuenta la legalidad de sus actos.

Él y sus hombres prefirieron celebrar lo que estaba sucediendo en lugar de ponerse a evaluar las consecuencias legales, respondió.

—Su alegría es comprensible,[28] pero ¿de verdad no se paró en ningún momento a pensar si aquella operación era legal?

—No —insistió Röhm—. Estábamos verdaderamente entusiasmados.

Su abogado, el Dr. Christoph Schramm —cuyo hijo formaba parte de la Reichskriegsflagge liderada por el acusado— sacó a colación el tema de la comida y los suministros que se habían sustraído del Ministerio de la Guerra.

Röhm aseguró que no se había producido ningún acto de pillaje.

Neithardt interrumpió al abogado al considerar que sus preguntas eran irrelevantes. Muchos periodistas tuvieron la impresión de que el juez estaba mucho más interesado en tapar un escándalo que en centrar el debate en torno al delito de alta traición. Y en absoluto era una idea descabellada.

En una de las sesiones a puerta cerrada, Röhm reconoció que como mínimo tres cuartas partes del dinero robado en las imprentas durante el *putsch* había desaparecido. Cuando sus hombres se rindieron, los billetes se encontraron en un despacho del Ministerio de la Guerra, dijo Röhm, tratando así de dar a entender que los responsables de aquel hurto habían sido los policías estatales y los soldados del Reichswehr que se hicieron posteriormente con el control del edificio. El asunto no llegó a esclarecerse.

Tampoco llegó a buen puerto la investigación sobre los robos que se habían producido en el almacén del ejército durante la ocupación por parte de los hombres de Hitler. La lista de bienes robados[29] ascendía a más de cinco mil setecientos artículos, entre ellos doscientas noventa y nueve camisetas, quinientos veintiocho pares de calcetines, ciento veinticinco gorras de combate, ochenta y siete gorras de gala, ochenta y siete pares de botas de infantería, setenta y ocho pares de botas de montar, sesenta y cinco cascos de acero, sesenta y cinco brazaletes, cuarenta y nueve pares de guantes y una serie de pequeños objetos que iban desde libros con letras de canciones hasta portafusiles.

Nadie llevó la contraria a Röhm cuando insistió en que sus actividades en la Löwenbräu no tenían nada que ver con lo sucedido en la Bürgerbräu y que no estaba al tanto del mensaje en clave «Entrega realizada con éxito» que sus hombres recibieron por teléfono. El interrogatorio fue decepcionante y poco concluyente.

El siguiente acusado en realizar su alegato de apertura fue Wilhelm Brückner, el hombre alto y corpulento que comandaba los tres batallones de la Tropas de Asalto muniquesas con los que se tomó la Bürberbräu. A pesar de su imponente envergadura y de su aspecto sofisticado, este estudiante de Ciencias Políticas de cuarenta años no causó muy buena impresión entre los periodistas que se encontraban en la sala. Para el corresponsal del *Vossische Zeitung*, no era más que un «charlatán incoherente»[30] que no paró en ningún momento de exponer sus enrevesadas teorías con un cinismo ofensivo y una indiferencia pavorosa.

Como la mayoría de los guardias de asalto que estaban a sus órdenes, Brückner se sintió atraído por Hitler debido a la «lucha despiadada[31] que lideraba contra el marxismo». Era evidente que Brückner despreciaba esa ideología y cualquier otra opción política de izquierdas. Tanto era así que en un determinado momento tuvo que detenerse a mitad de una frase para no llamar *cerdo* a Kurt Eisner, el mandatario socialista asesinado. Los nacionalsocialistas habían dado un paso al frente para plantar cara a esos enemigos nacionales y, en la actual situación de crisis, Hitler parecía el único capaz de —como él mismo dijo— «rescatar a Alemania».

Según Brückner, uno de los secretos del éxito de Hitler consistía en haber sido la primera persona que ofrecía a los jóvenes desencantados un nuevo ideal en el que creer. Y esto había facilitado a su vez que los alemanes más mayores y desilusionados recuperaran la esperanza en su país. Hitler contrastaba mucho con los gobernantes actuales de Alemania, todos los cuales habían demostrado ser incapaces de hacer frente al caos imperante y se habían encogido de hombros amedrentados por las potencias aliadas.

—Necesitamos y deseamos contar con personas que sientan un amor desbordante por la patria, así como un odio exacerbado y un fervor sin límites —afirmó Brückner.

Hitler había conseguido rodearse de más hombres y mujeres con esas características que ningún otro líder político alemán. Y lo que era más importante, había conseguido atraer a gente de todos los estratos sociales: miembros de la clase media, funcionarios, comerciantes, estudiantes y trabajadores. Brückner ya tenía depositada «toda su fe» en Hitler antes del *putsch*, pero los tres meses que había pasado en la cárcel habían servido para que su confianza en él se incrementase aún más.

Al final, Brückner se mostró desafiante. Después de pensar detenidamente en la cárcel acerca de todo lo ocurrido, dijo, había alcanzado una conclusión:

> Debo decir[32] que me siento orgulloso como alemán, increíblemente orgulloso, de haber participado en los hechos que tuvieron lugar entre los días 8 y 9 de noviembre. Si me viera otra vez en esa tesitura, no me cabe la menor duda de que volvería a ponerme a disposición de mis líderes, Hitler y Ludendorff.

Igual que había pasado con Röhm, muchos periodistas[33] consideraron —no sin cierta razón— que el interrogatorio de la acusación había sido demasiado escueto y muy poco incisivo. La jornada concluyó con el acusado afirmando que, en su opinión, la Constitución de la República de Weimar no estaba ya en vigor.

32

EL VASO DE LA AMARGURA

> Nos ayudó[1] a ponernos en marcha, pero se detuvo de repente y lo arrollamos.
>
> ROBERT WAGNER,
> sobre el general Von Lossow

Como escribió el joven novelista austriaco Joseph Roth, el juicio de Adolf Hitler estaba desarrollándose en una atmósfera de irrealidad casi enfermiza. El principal acusado era un tapicero analfabeto que había logrado convencer a todo el mundo de que era escritor. Se pasaba horas enteras divagando sobre su insignificante vida y después la prensa más zalamera publicaba diligentemente hasta el más mínimo detalle de lo que había dicho. Su cómplice era un general caído en desgracia que parecía sacado del «libro de difuntos»[2] de la historia y que, cuando subió al estrado, sólo dejo clara una cosa: que no había leído nada más que libros militares. Aun así, el capitán Röhm había conseguido superarlos a todos en estupidez. ¿Realmente había creído aquel hombre que el ejército alemán no podía perder la guerra?, se preguntaba Roth.

El verdadero problema del juicio, respondió el *Fränkischer Kurier*, era la «incomprensible incompetencia» de la que había hecho gala el tribunal permitiendo que los extranjeros se inmiscuyeran en un asunto que sólo incumbía a Alemania. El *Deutsche Tageszeitung* estaba de acuerdo. Había muchos enemigos pasándoselo en grande con esa exhibición de las miserias del país. Algunos periódicos

democráticos, como el *Kölnische Zeitung* de Colonia, protestaron por el extraño giro que estaba dando el juicio: ¿por qué se ponía más en entredicho a la república que a los propios acusados?

A las 8.52 horas del lunes 3 de marzo, el juez Neithardt abrió una nueva sesión del conflictivo y polémico juicio. La sexta jornada sería otro espectáculo surrealista en el que las líneas que separaban al tribunal, la acusación y la defensa se difuminarían aún más.

Heinrich Bauer —el letrado de cincuenta y siete años que representaba a Heinz Pernet— tomó de inmediato la palabra para quejarse por la manera en que la prensa de izquierdas de Múnich estaba informando del proceso. Según él, los abogados de la defensa no estaban dedicándose a ofrecer una serie de discursos «triviales»[3] llenos de «pedantería y ambición con el solo fin de que sus compañeros no les comieran el terreno». Lo único que querían era desentrañar la verdad, dijo con la esperanza de que Neithardt retirase los pases de prensa a los periodistas que habían hecho esos comentarios.

Karl Kohl planteó una cuestión mucho más importante. Al hilo de las acusaciones que se habían vertido contra los mandatarios bávaros en la jornada anterior, según las cuales éstos eran culpables poco menos que de asesinato, había decidido consultar el manual de intervención de la policía a fin de ver cuál era el procedimiento indicado para enfrentarse a una manifestación pacífica.

El corneta, el tambor o el responsable de señales debe realizar tres avisos, y a cada uno de ellos debe seguirle una advertencia clara por parte del oficial al cargo del dispositivo. Después se tiene que dar un tiempo prudencial para que la multitud se disperse. El pasado noviembre, la policía no había observado ninguna de esas indicaciones y, en vez de eso, había abierto fuego contra los manifestantes de forma inmediata, a pesar de que entre ellos se encontraban un mariscal de campo alemán y varios veteranos de guerra. Su comportamiento era inexcusable.

—¡No cabe ninguna duda[4] de que la carnicería de la Odeonsplatz, considerada por muchos un asesinato, fue responsabilidad de Herr Kahr, Lossow y Seisser! —dijo Kohl, que solicitó la detención inmediata de los tres mandatarios.

Gracias a este tipo de intervenciones, Karl Kohl no tardaría en ganarse la reputación de ser el letrado más agresivo de la defensa. «Un exaltado»[5] fue como lo definió el *Times* de Londres. Un periodista del diario de extrema derecha *Völkischer Kurier* llegó incluso a reconocer que Kohl no pensaba lo que decía. Era una máquina de producir titulares que trataba por todos los medios de ser el centro de atención y casi siempre lo conseguía. Cuando tomaba la palabra,[6] el entusiasmo del público parecía desbordarse.

En esta ocasión, Stenglein logró desbaratar la estudiada maniobra de la defensa. «Estamos a la espera de que se realice una investigación preliminar[7] sobre lo sucedido en la Odeonsplatz», dijo, convencido de que las autoridades bávaras eran inocentes. Neithardt pasó de inmediato al siguiente punto para impedir que la defensa cumpliese su objetivo de convertir el caso de Hitler en un juicio contra los mandatarios del Estado.

A lo largo de la jornada comparecerían los acusados que habían desempeñado un papel más secundario en la trama golpista. El primero en hacerlo fue el teniente Robert Wagner, un cadete de veintinueve años al que se acusaba de haber persuadido a sus compañeros de la academia para que apoyaran a Hitler. Había sido el primero de los acusados en comparecer en el juicio vestido de uniforme y cuando subió al estrado ese día también lo llevaba puesto. Según un periodista afín del *Völkischer Kurier*, el cadete tenía un aspecto aseado y elegante.

Como habían hecho muchos de los imputados, Wagner situó los inicios de su odio por el marxismo y el socialismo en la época de los levantamientos revolucionarios de 1918 y 1919. Después ofreció un relato ciertamente inverosímil de su encuentro con el «sargento Ebert»,[8] un sobrino del presidente Ebert, que al parecer había

alentado a los miembros de su regimiento a amotinarse. Esa experiencia había sido la gota que había colmado el vaso de su amargura.

Las palabras de Wagner suscitaron bastante curiosidad en la prensa, aunque al final resultó que el supuesto «sargento Ebert» no era sobrino del presidente ni tenía ningún parentesco con él. En realidad, Ebert había perdido a dos de sus hijos en la guerra y el tercero había resultado herido. Pero como nadie por aquel entonces sabía que el protagonista del relato narrado por Wagner era un impostor, el público de la sala no pudo quitarse de la cabeza la imagen de ese supuesto sobrino del presidente que había traicionado a su patria.

Cuando se refirió a lo sucedido en la academia de oficiales, Wagner señaló que tanto él como sus compañeros estaban convencidos de que las autoridades del Estado se habían sumado al *putsch*. El general Von Lossow —director de esa escuela militar hasta 1922— había ordenado a los cadetes que fueran a los mítines de Hitler. Y sus profesores les dijeron que Kahr estaba dispuesto a marchar sobre Berlín y que confiaba en poder contar con Hitler.

Wagner ofreció también algunas pinceladas sobrecogedoras sobre el universo clandestino del nacionalismo bávaro. En un momento de su declaración, dijo que se negaba a aceptar el cargo de alta traición porque, según sus propias palabras, la Constitución carecía ya de validez. Es más, según él Alemania nunca podría ser libre mientras los socialdemócratas estuvieran en el poder y siguieran intentando resolver todos los problemas del país por medio de «conferencias internacionales y negociaciones».[9]

Un periodista del diario berlinés *Vossische Zeitung* se percató de que, en determinados momentos del testimonio de Wagner, algunos oficiales[10] del ejército que estaban sentados en las primeras filas parecían incómodos.

Cuando el acusado pasó a hablar de los acontecimientos acaecidos en la Academia de Infantería el día 8 de noviembre, la acusación solicitó al tribunal que la sesión se celebrara a puerta

cerrada.

Walther Hemmeter, el abogado de treinta y siete años que defendía a Wagner, protestó. A pesar de que la intervención de su cliente podía tener consecuencias devastadoras, en su opinión no había motivo alguno para que se excluyese al público de la vista. Nada de lo que dijera el acusado podía suponer una amenaza para la seguridad nacional.

Los jueces, sin embargo, dieron la razón al fiscal y desalojaron la sala.

A puerta cerrada, Wagner sostuvo que ni él ni sus compañeros de la academia habían quebrantado la disciplina, la obediencia o la lealtad a su país cuando se sumaron al *putsch*. Al contrario, se habían limitado a cumplir órdenes. Lo sucedido el 8 de noviembre parecía la culminación de meses enteros de entrenamientos clandestinos y preparativos para la lucha por la liberación de Alemania.

Ehard le preguntó si él, en tanto que oficial del ejército, había tenido que jurar la Constitución.

Wagner reconoció que la había jurado.

¿Y cómo de bien creía él que había cumplido ese compromiso?, quiso saber Ehard.

El acusado intentó explicar que no había roto su palabra. Lo que él y sus compañeros habían hecho estaba plenamente justificado, puesto que el máximo responsable del ejército bávaro respaldaba al movimiento. Desde ese instante, no les cupo la menor duda de que sus actos se ajustaban a la legalidad.

En ese momento, el presidente del tribunal le recordó que acababa de afirmar que, a su juicio, la Constitución «carecía de validez».[11]

Ehard se volvió hacia el juez y dijo que se alegraba de que la sesión fuese a puerta cerrada porque, de lo contrario, la imagen del acusado, un joven oficial del Reichswehr pisoteando la Constitución,

habría producido una impresión lamentable en la opinión pública. ¿Qué pensaría el pueblo alemán, por no hablar, claro, del resto del mundo, al ver ese flagrante menosprecio de la ley?

—¿Eso es una pregunta[12] o un reproche? —le preguntó Neithardt.

El acusado, incapaz de seguir callado, se lanzó a atacar a Ehard. El ayudante del fiscal, según Wagner, no paraba de insistir en su juventud a pesar de que «la diferencia de edad [entre ellos] no era tan grande». (Ehard parecía mucho más joven de lo que era. A sus treinta y seis años, le sacaba siete al acusado.)

Además, dijo el abogado de Wagner, si la acusación estaba tan preocupada por la impresión que podía producir el juicio, debería tomar en consideración primero el insoportable hedor a escándalo que emanaba del caso. El Estado quería señalar a su cliente como si fuera un criminal mientras que las cerca de doscientas cincuenta personas que formaban parte de la academia, «desde el comandante[13] hasta el más joven de los oficiales», habían hecho exactamente lo mismo que él y seguían en libertad. Igual ocurría con los tres mandatarios bávaros, Kahr, Lossow y Seisser.

Cuando el enfrentamiento amenazaba con transformarse en otra ronda de ataques a las autoridades del Estado, Lorenz Roder —el abogado de Hitler— dijo que su cliente había visto a varios representantes del Reichswehr haciendo señas al fiscal y solicitó que se pusiera fin a esas intromisiones.

Stenglein respondió que no sabía a qué señas se refería.

El presidente de la sala les dijo que el juicio no podía continuar de esa manera. Era una vergüenza para todos. No hizo, sin embargo, el menor esfuerzo por averiguar si los representantes del Reichswehr estaban en efecto tratando de comunicarse con la acusación y se limitó a recuperar sus ya habituales llamamientos a la cautela y la discreción.

Cuando, alrededor de las once y media, la sesión se reanudó en audiencia pública, Wagner retomó su testimonio cuidándose mucho de no mencionar nada que pudiese afectar a la seguridad nacional o

poner en evidencia al ejército. Su versión de los hechos convenientemente expurgada —que muchos consideraron insulsa y carente de interés— no generó demasiados comentarios ni en la prensa alemana ni en la internacional.

Después de un retraso inesperado, que los letrados de la defensa aprovecharon para hacer un corrillo y hablar de la estrategia a seguir, se llamó a declarar al siguiente acusado: Heinz Pernet, el hijastro de Ludendorff. Su testimonio arrojó muy poca luz sobre los hechos y, según el corresponsal de la agencia Havas, estuvo entre[14] los más aburridos que se habían escuchado hasta el momento. Tanto en el *putsch* como en el juicio, Pernet estuvo siempre en un segundo plano y, en opinión del *Bayerischer Kurier*, ese papel secundario le iba como anillo al dedo.[15] El juicio de Hitler, con sus monumentales trifulcas, sus altercados constantes y sus cada vez más numerosas sesiones a puerta cerrada, parecía ir de mal en peor.

33

EL DR. FRICK

> Mandé a casa a todos[1] los oficiales porque pensé que la fiesta no empezaría hasta la mañana siguiente.
>
> DR. WILHELM FRICK

«Una comedia, una comedia lamentable»,[2] escribió André Payer en un artículo de *La Presse*, en el que además definía el juicio como una farsa grotesca de trama previsible cuyos actores no estaban a la altura del papel que representaban. Ludendorff en concreto era quien menos daba la talla. Parecía viejo y cansado. Carecía de sentido común. Como dijo Thomas R. Ybarra, el corresponsal de *The New York Times*, todo lo que logró con la retahíla de «vaguedades, vaguedades[3] y nada más que vaguedades» que había soltado fue propinar «un sonoro guantazo en el rostro del nacionalismo alemán más extremo».

Según el diario suizo *Neue Zürcher Zeitung*, Ludendorff había presentado una «fantasmagoría»[4] en la que los católicos, los marxistas y los judíos figuraban como principales amenazas. Pero la mayoría de las reacciones airadas que había cosechado se debían precisamente a la caracterización de los católicos como enemigos del Estado alemán: una postura sin duda impopular en un país con una población católica tan numerosa como Alemania.

Eugenio Pacelli, el nuncio papal en Múnich, llevaba tiempo siguiendo con intranquilidad el ascenso de esa corriente de opinión. Escribió un despacho al cardenal Pietro Gasparri, el secretario de Estado del Vaticano, en el que denunciaba las maniobras de los nazis

para poner al pueblo alemán en contra de la Iglesia y del papa, y para presentar a los jesuitas como una siniestra organización internacional de naturaleza masónica. Esa campaña de propaganda era —al igual que el propio movimiento nazi— «vulgar y violenta»,[5] aunque eso a Pacelli no podía sorprenderle mucho en vista de la cantidad de bilis que el periódico del partido llevaba soltando desde hacía meses.

El arzobispo de Colonia fue uno de los primeros en protestar por las declaraciones de Ludendorff y se vio obligado a insistir en el papel que los católicos habían desempeñado durante la construcción del Estado alemán. El *Bayerischer Kurier* publicó una extensa réplica a la «guerra contra Roma»[6] declarada por Ludendorff. Muchos periódicos, desde el *Corriere d'Italia* romano hasta el *Daily Mail* de Londres, reprodujeron algunos extractos de esa respuesta en la que se destacaban los muchos y muy valiosos servicios que los católicos habían prestado al país.

¿No fueron el papa Benedicto XV y su secretario de Estado, el cardenal Pietro Gasparri, quienes intercedieron ante los Aliados para que no se juzgara al káiser Guillermo II, a Hindenburg y a otros generales destacados del ejército alemán por crímenes de guerra? Una de las personas que se habían beneficiado de dicha intercesión había sido el propio Ludendorff.

¿Y qué pasaba con todos los soldados católicos que habían luchado a las órdenes de Ludendorff y habían muerto en los distintos campos de batalla del continente europeo? Por no hablar, claro, de los soldados judíos que también habían dado la vida por su país sólo para ser denigrados después por su comandante. Según la revista *Time*, la intervención de Ludendorff había sido «torpemente concebida[7] y torpemente ejecutada». Y sus argumentos eran aún peores. *The Observer* de Londres los calificó de «sencillamente grotescos».

En opinión del *Germania*, el diario del Partido Católico de Centro, Ludendorff había lanzado una ofensiva con la esperanza de mostrar la perversidad de los demás, pero sólo había conseguido

«poner en evidencia su verdadera naturaleza».[8] ¿Cuántos de los que habían escuchado las palabras de Ludendorff ante el tribunal podían imaginar siquiera que se trataba de un general condecorado y brillante? Parecía, como mucho, un joven oficial del Estado Mayor. El *Vossische Zeitung* lo veía más como un cadete de infantería trastornado, y el diario *Vorwärts* se limitó a llamarlo zoquete.

El corresponsal de *L'Écho de Paris* esbozó una teoría para explicar el extraño comportamiento de Ludendorff y, basándose en una serie de entrevistas que le habían hecho al acusado a lo largo de los años, lo describió como un «hombre impulsivo y ambicioso»[9] que estaba amargado por el papel secundario que se le había obligado a desempeñar en el nuevo régimen republicano. Y, como consecuencia de la frustración que sentía, Ludendorff se había ido convirtiendo en una persona lo suficientemente desesperada y crédula para dejarse convencer por alguien tan mediocre como Hitler.

Otros fueron incluso más lejos y se atrevieron a recordar que la falta de criterio de Ludendorff había sido la causa de la derrota de Alemania en la guerra. No era capaz de entender ni a sus compatriotas ni al parecer tampoco el mundo que le había tocado vivir, era como si se hubiera quedado atrapado en la época de Bismarck. También los seguidores de Ludendorff empezaron a insinuar que el general había perdido la cabeza. «Un espectáculo lamentable», zanjó el *Deutsche Allgemeine Zeitung*.

El juicio de Hitler sirvió asimismo de ocasión para realizar algunas reflexiones en torno a la naturaleza de la extrema derecha alemana. En opinión del diario *Vorwärts*, era muy difícil entender el «enredo Hitler-Ludendorff»[10] sin distinguir antes dos bandos cuyas existencias habían salido a la luz durante el proceso. Uno de ellos, mayoritariamente católico y monárquico, tenía por enemigos principales al gobierno de Berlín y, todavía más cerca, a los socialdemócratas y los comunistas. El otro hundía sus raíces espirituales en Nietzsche y en algunos teóricos racistas como Joseph Arthur, conde de Gobineau, y Houston Stewart Chamberlain. Este

último grupo, que poseía un marcado carácter racista y había adoptado la esvástica como símbolo, propugnaba un antisemitismo violento y abrigaba también, aunque en menor medida, opiniones contrarias al cristianismo. Éste fue el único sector que recibió con entusiasmo la invectiva de Ludendorff.

Lo que este análisis debería haber reflejado también era que mientras Ludendorff dividía su base de apoyo en la extrema derecha, Hitler la ampliaba. El líder nazi, que ya había hecho gala de una gran habilidad para consolidar la alianza entre los matones de las Tropas de Asalto y los honestos votantes de clase media que se habían visto arrasados por la hiperinflación, consiguió también aglutinar a estos dos sectores políticos. Había empezado ya a circular por Múnich el rumor[11] de que aprovecharía su creciente popularidad[12] para presentarse al Parlamento.

Primero, sin embargo, tendría que hacer frente al juicio sin que lo deportasen o lo condenasen a una larga pena de cárcel.

El décimo y último acusado en realizar su alegato de apertura fue el Dr. Wilhelm Frick. Como director del Departamento VI, la sección de la policía de Múnich especializada en inteligencia política, Frick estaba acusado de un delito de «dejación de funciones»[13] por no alertar de la crisis que se había desatado en la Bürgerbräu ni a la policía estatal ni al resto de las fuerzas de seguridad.

El acusado era un hombre de cuarenta y seis años, refinado, elegante[14] y —como señaló el corresponsal del *Berliner Tageblatt*— «alto y delgado[15] como un junco». A Frick le hacía mucha gracia toda la expectación que generaba el juicio, gracias a la cual —como le contó por carta a su hermana— se había convertido de forma involuntaria en una celebridad europea. Sin embargo, cuando subió al estrado no parecía quedar en él rastro alguno de humor ni chispa.

Frick empezó exponiendo sus opiniones políticas, centrándose en especial en su concepción del Estado como una encarnación del poder: «Sin [él],[16] el Estado carece de autoridad, dignidad, prestigio

o capacidad de acción». Este principio de poder era lo que lo había guiado —tanto en casa como en el extranjero— a lo largo de su carrera. «Nunca en toda mi vida, ni siquiera por un instante, me he dejado engañar por ideas de naturaleza marxista, pacifista o democrática», dijo con fanfarronería.

El actual gobierno de Alemania —al que Frick consideraba la impotencia personificada— no le inspiraba más que desprecio. El régimen estaba a merced de un «sistema de partidos ine ficaz». En el terreno de las relaciones internacionales no le quedaba otro remedio que ir dando tumbos como un «balón dividido [...] entre un puntapié agresivo y otro, e ir agotándose con peticiones patéticas de auxilio al enemigo o a la comunidad internacional y con protestas inútiles y ridículas».

Uno de los momentos más sorprendentes de su testimonio tuvo lugar esa misma tarde, cuando hizo unos comentarios superficiales, casi de pasada, sobre su labor al frente del Departamento de Inteligencia Política de la policía de Múnich. Frick reconoció que llevaba desde 1919 aprovechándose de su puesto para favorecer los intereses del incipiente Partido Nazi, y en un periodo, además, en el que la organización —como él mismo dijo— era «aún muy pequeña[17] y habría sido muy fácil ilegalizarla». Frick se había decantado por el partido de Hitler porque se había implantado con fuerza entre «una clase trabajadora contaminada[18] por el marxismo» y, precisamente por ello, prometía ser el «germen del renacimiento alemán».

El 8 de noviembre, mientras se producía el *putsch*, Frick se había quedado en el cuartel de la policía porque tenía programadas reuniones hasta las seis y media de la tarde. Recordó que se había planteado ir al mitin de la cervecería. Pero «había escuchado ya[19] suficientes discursos», dijo, y creyó que el de esa noche sería igual. Sin embargo, tras la cena cambió de opinión y decidió acercarse a la Bürgerbräu. De camino, no obstante, vio que ya había salido la edición vespertina del periódico y supuso que sería más tarde de lo que pensaba. Así que prefirió quedarse en el despacho a trabajar.

Frick dio una explicación para cada uno de los casos en los que la acusación lo acusaba de dejación de sus funciones. El *Vossische Zeitung* de Berlín resumió su estrategia de excusas y evasivas con las siguientes palabras: «No reconoce nada[20] y no admite nada». A pesar de que la noche del golpe se había negado a afrontar ningún peligro, Frick hablaba con la seguridad de quien confía en ser recibido como un héroe.

En opinión de Frick, el peso de la culpa por el fracaso del *putsch* debía caer por completo sobre las espaldas de las autoridades bávaras y, en especial, sobre las del comisionado del Estado Gustav von Kahr. Si éste les hubiera comunicado su cambio de parecer —declaró Frick—, él habría tenido ocasión de transmitir la noticia a los directores de los periódicos durante la rueda de prensa que ofreció a medianoche y se habría podido evitar la carnicería a las puertas del palacio Residenz.

34

LOS PRIMEROS TESTIGOS

> Creo que fue[1] Hitler quien afirmó que el testimonio [de los testigos presentes en la cervecería] tal vez no fuera del todo fiable porque muchos de ellos tal vez se encontraran bajo los efectos del alcohol.
>
> General FELIX LUDWIG, conde de Bothmer

Después de seis sesiones, los acusados habían terminado por fin sus alegatos de apertura. Las críticas por el modo en que se estaba desarrollando la vista arreciaban. Según el *Mü nchener Zeitung*, Hitler y sus secuaces entraban cada día en la sala distendidos, confiados[2] y dispuestos a soltar la misma cantinela política del día anterior. Al parecer, podían hablar tanto como quisieran sin miedo a que nadie los interrumpiese o sumirse en un silencio absoluto cuando les convenía. Y después, en los momentos de mayor tensión, Neithardt intervenía para decretar que la vista se celebrase a puerta cerrada.

La policía se había estado quejando[3] de los repetidos insultos que el departamento estaba teniendo que soportar sin que Neithardt se dignase siquiera «levantar un dedo» para atajarlos. El ejército había protestado por la misma razón, así como también varios miembros del consejo de ministros, que estaban molestos por el espectáculo que se estaba dando.

«Los acusados no eran interrogados; pronunciaban discursos», dijo Franz Schweyer —titular de Interior— en una reunión del gabinete celebrada el 4 de marzo. Podían decir cualquier cosa que se

les pasara por la cabeza. La tolerancia del juez había llegado a tal punto, dijo el ministro, que a uno de los acusados —al Dr. Weber, concretamente— se le había permitido abandonar la prisión durante el fin de semana para dar un paseo por la ciudad.

El juicio era un auténtico festival para la prensa. Un reportero del *Das Bayerische Vaterland* afirmó que de ser él el presidente del tribunal,[4] no dudaría en poner fin de inmediato a semejante farsa. Por otro lado, reconocía que el caso tenía todavía un potencial enorme sin explotar. Las vistas, en su opinión, deberían de haberse grabado y retransmitido por radio (la primera emisora de Alemania había iniciado sus actividades en Berlín hacía tan sólo cuatro meses). Así, el mundo tendría la ocasión de escuchar todas las bufonadas ridículas que soltaban en lugar de conformarse sólo con leerlas, y el tribunal podría aprovechar incluso para poner anuncios durante las emisiones. La voz estentórea de Hitler, bromeaba el periodista, podía servir para promocionar desde una marca de pasta de dientes hasta un tratamiento para las hemorroides.

También Stenglein fue objeto de algunos ataques. *Das Bayerische Vaterland* lo acusó de ser una criatura patética, que permitía a los acusados jactarse de sus actos —mejor dicho, crímenes— *ad nauseam* e insultar a las autoridades bávaras sin miedo a las represalias. El diario socialista *Münchener Post* coincidía con esa opinión y, tras insistir en la relativa oscuridad del fiscal, vaticinó que aquel juicio —al que llamaban su *debut*— sería con toda seguridad su ruina.

Los simpatizantes de Stenglein, por el contrario, advertían de lo arriesgado que era hacer juicios precipitados, al menos hasta que el tribunal escuchara a los testigos que el Ministerio Fiscal había conseguido reunir. El martes 4 de marzo de 1924, con la comparecencia de los primeros testigos y el examen de las pruebas, el juicio entró en su segunda fase.

Esa mañana, sin embargo, se produjo un ligero retraso debido a la enorme variedad de pases y tarjetas de entrada que el personal de seguridad se vio obligado a inspeccionar. Y después vino el

consabido rosario de quejas y reclamaciones. En esta ocasión, Lorenz Roder —el abogado de Hitler— formuló unas objeciones bastante serias.

En primer lugar, Roder quería protestar por los intentos deliberados que se estaban haciendo para destruir pruebas y reducir la influencia de los testigos. Esta situación había dado comienzo el 9 de noviembre de 1923 con la toma de control de los periódicos bávaros, a los que según él —y no sin cierta razón— se les había dado la orden de no publicar ningún relato de los hechos que contradijera la versión oficial sancionada por Gustav von Kahr.

Y, una vez la oposición fue silenciada —dijo Roder—, se empezaron a difundir dos documentos en los que se esbozaba la versión de los hechos aprobada por el gobierno bávaro. Uno de ellos era el conocido como *panfleto blanquiazul*,[5] de autor desconocido y cuarenta y seis páginas de extensión, que debía su nombre a los colores tradicionales de Baviera. El otro era un informe secreto firmado por el general Von Lossow. Tanto el panfleto como el memorando[6] se distribuyeron entre los oficiales de más alto rango del ejército, la policía estatal y en diferentes clubes de oficiales. A todos estos mandos se les mostró cuáles eran los «hechos» probados del caso y se los animó a que compartieran la información con sus respectivos estados mayores.

Roder sacó una copia del informe, que llevaba estampados los sellos de «¡Secreto!» y «¡Confidencial!»,[7] lo hojeó y leyó un pasaje subrayado en el que se ordenaba no realizar ninguna copia o extracto. Había tenido ocasión de examinar el documento —continuó Roder con el público en vilo— y lo había comparado con los interrogatorios a los que habían sido sometidos los testigos durante la instrucción. «Me he dado cuenta[8] —dijo— de que las declaraciones realizadas por el coronel Von Seisser [a lo largo de la instrucción] coinciden con este documento punto por punto, por no decir palabra por palabra.»

A continuación, leyó un pasaje para demostrar su argumento.

El presidente del tribunal, claramente preocupado, intentó interrumpir a Roder y le recomendó que esperase para exponer a los testigos el descubrimiento que había realizado.

Roder recordó que estaba hablando de una campaña continuada para influir sobre los comparecientes del juicio y que el tribunal debía de estar al tanto de ella antes de evaluar la validez de sus testimonios. Aseguró también que, de acuerdo con sus investigaciones, el informe tuvo que haber sido distribuido por el triunvirato bávaro —seguramente por el propio general Von Lossow — y elaborado por el coronel Von Seisser o alguno de sus subordinados en la policía estatal.

Roder quería señalar, además, otras irregularidades. Las leyes alemanas estipulaban que los testigos no podían recibir ningún tipo de ayuda a la hora de realizar sus declaraciones, pero saltaba a la vista que eso no era lo que había ocurrido. Kahr, Lossow y Seisser habían sido interrogados al término de la instrucción y se les había permitido leer e incluso recurrir a sus testimonios anteriores para elaborar sus respectivas declaraciones. Prometió presentar pruebas para probar esas acusaciones tan serias.

Neithardt volvió a interrumpirlo y dijo que esas insinuaciones estaban por completo fuera de lugar.

Roder, sin embargo, insistió. En esta ocasión lo secundó Willibald von Zezschwitz —el abogado principal del equipo que representaba a Ludendorff—, que quiso llevar la discusión un paso más allá. El «parecido asombroso»[9] entre el informe confidencial y el auto de procesamiento probablemente se debiera a que los dos documentos provenían de la misma fuente: el Ministerio Fiscal. Cuatro abogados defensores más coincidieron inmediatamente con él.

Llegados a este punto, Stenglein se puso en pie de un salto y negó rotundamente que hubiera ningún vínculo entre su departamento y el documento. Ni él ni ninguno de sus empleados tenía nada que ver con la elaboración o difusión del informe clasificado.

Con independencia de cuál fuera su origen, terció Walter Luetgebrune —el segundo abogado de Ludendorff—, el documento había sido en efecto enviado a muchos de los testigos citados a declarar. En aras de la justicia, debería ser como mínimo leído en público.

Los jueces se retiraron a deliberar.

Mientras tanto, el corresponsal de la Associated Press reparó con sorpresa en que a los acusados se les permitía[10] deambular por la sala con total libertad. Adolf Hitler, en su papel de galán, se dedicaba a besar las manos de las mujeres que se encontraban entre el público a su «manera relamida»,[11] como señaló el *Allgemeine Zeitung*. También se lo vio hablando con un hombre que llamaba la atención por su vestimenta: un abrigo gris de oficial[12] en el que llevaba prendida una escarapela con los colores negro, blanco y rojo del imperio, lo cual suponía una clara afrenta a la República de Weimar. ¿Habían perdido los magistrados por completo el control de la sala?

Neithardt reapareció para anunciar que por el momento no se leería el panfleto. Se comprometió a permitirlo más adelante, cuando él lo considerase oportuno. Pero ese momento nunca llegó.

Antes de que el juez pudiera llamar a los primeros testigos, el fiscal presentó una moción para que la vista se celebrara a puerta cerrada. El testimonio de los testigos, miembros todos ellos del Reichswehr, podía representar una amenaza para la seguridad nacional.

La defensa protestó. No había razón alguna para que el tribunal se reuniese a puerta cerrada, dijo Zezschwitz, el abogado de Ludendorff; bastaría con que se estableciesen las medidas necesarias para evitar que los miembros del ejército presentes en la tribuna presionasen de forma indebida a los testigos o intentaran intimidarlos. Y, por esa razón, solicitaba que se los expulsase a todos ellos.

Al oír aquello, dos miembros del ejército se pusieron en pie y pidieron permiso para continuar en la sala mientras durasen los testimonios.

El juez se retiró a deliberar por segunda vez esa mañana y, después de cinco minutos, regresó para dar la razón una vez más a la acusación. El público tendría que abandonar la sala. A los militares, sin embargo, no se los obligó a salir.

Protegido por la sesión a puerta cerrada,[13] el primero de los casi doce testigos que estaban citados esa mañana subió al estrado. Se trataba del general Hans Tieschowitz von Tieschowa, el oficial de cincuenta y ocho años que dirigía la Academia de Infantería cuyos cadetes habían apoyado el *putsch*.

El testigo explicó que la aparente traición que habían cometido los alumnos de la academia la noche del 8 de noviembre se debía a que todos ellos creían realmente en la inminencia de un gran levantamiento nacional. Los alumnos se habían dejado llevar por su patriotismo hasta tal punto que no repararon en que estaban atentando contra el Estado.

Cuando las preguntas empezaron a referirse cada vez menos a los acusados a quienes se juzgaba por alta traición y se centraron cada vez más en la posible implicación de los mandatarios bávaros en la intentona, Neithardt le dijo al testigo que podía retirarse. La segunda persona llamada a declarar en el juicio, que seguía celebrándose a puerta cerrada, fue el coronel Ludwig Leupold, el instructor de la Academia de Infantería que se presentó ante Ludendorff el 9 de noviembre a primera hora de la mañana para informarle de que Lossow había dejado de apoyar el *putsch*.

El interrogatorio no parecía conducir a ninguna parte, al menos hasta que Ludendorff intervino para preguntar al testigo si recordaba haberle oído prometer que no dispararían ni a los efectivos del Reichswehr ni a los de la policía estatal y después pedir que se le transmitiera ese mensaje al general Von Lossow.

Leupold asintió.

¿Le había enviado Lossow a Ludendorff un mensaje para advertirle de que las tropas del Reichswehr tenían pensado abrir fuego?

No, no le había enviado ningún mensaje, respondió el testigo.

El presidente del tribunal decidió poner fin al testimonio de Leupold y, al considerar que su comparecencia era innecesaria, ordenó que se retirasen los otros nueve testigos de la Academia de Infantería del Reichswehr. Por primera vez, ni la defensa ni el Ministerio Fiscal presentaron objeciones. Stenglein y Ehard tenían muy poco que ganar con unos testimonios que a buen seguro empañarían la reputación de los mandatarios bávaros —sus principales testigos—, si es que no los implicaban aún más en el *putsch*. Roder y el equipo de abogados defensores vieron, asimismo, que una sesión a puerta cerrada ofrecía escasas oportunidades a las maniobras estratégicas y las bufonadas teatrales que tenían preparadas.

A las 14.52 horas,[14] cuando se reanudó la sesión en audiencia pública, empezó a desfilar ante el tribunal una larga procesión de testigos pertenecientes a las fuerzas de seguridad municipales de Múnich, lo cual llevó a la prensa a bautizar aquella jornada como «el día de la policía».[15] Once personas comparecieron a toda velocidad una detrás de la otra, aunque la mayoría de ellas no hicieron otra cosa que enmarañar aún más el proceso.

Uno de los testigos —Friedrich Bernreuther, el hombre de cuarenta y dos años que dirigía la división política— se vio obligado a reconocer que no había sido informado de los acontecimientos que estaban teniendo lugar en la cervecería a causa de la intervención de Frick. Declaró también que cuando un oficial tenía noticia de una crisis así de grave, estaba obligado a alertar de inmediato a la policía estatal, al comandante de la ciudad, a las unidades antidisturbios y a la policía criminal.

—Desconozco qué sucedió[16] en este caso en concreto —dijo Bernreuther.

Sin embargo, Stenglein y Ehard sí lo sabían: que Frick no había hecho nada de eso.

Otro de los testigos, el Dr. Heinrich Balss —adscrito también a la división política de la policía muniquesa— había visto cómo le ofrecían el puesto de director del cuerpo a Frick. Balss lo había mirado a los ojos en ese momento y, según dijo, le había llamado la atención lo sorprendido y poco entusiasmado que parecía por el ascenso. El testigo confirmó, además, que Frick nunca había empleado ese título para referirse a sí mismo ni había permitido tampoco que nadie lo utilizara para dirigirse a él.

¿Afirmó Hitler en algún momento que se había hecho con el liderazgo político de Alemania o se presentó tan sólo como el tambor del movimiento?, preguntó Ehard.

El testigo contestó que no lo recordaba con claridad. Había leído ya demasiadas cosas en la prensa. Cuando Ehard intentó presionarlo, Hitler tomó la palabra y dijo que por supuesto que había anunciado su intención de «asumir el liderazgo político».[17] Sacó una copia[18] del *Münchner Neueste Nachrichten* y, con todas las miradas en él, la sala tuvo ocasión de presenciar cómo se ponía a leer en voz alta el discurso que había ofrecido en la cervecería.

Hitler se volvió luego hacia el fiscal[19] y, dominado de pronto por el entusiasmo, como si hubiera vuelto a la Bürgerbräu, empezó a gritar:

—¡Mi enfrentamiento[20] con los criminales y la necesidad de ajustar cuentas con ellos siguen siendo dos cuestiones prioritarias para mí, señor fiscal! ¡Puede que no en este mismo instante, pero desde luego lo serán en el futuro!

Sus palabras produjeron un inmenso jaleo en la sala.

35

LAS DESVENTURAS DEL FISCAL

> «No puedo desvelar nada más[1] de lo que se dijo a puerta cerrada»: basta con que en un acto público como éste se realice una afirmación semejante para que, dadas las circunstancias, se desate una ola de especulaciones que puede ser extremadamente perniciosa.
>
> LUDWIG STENGLEIN

A principios de marzo, el carnaval de Múnich estaba en su máximo apogeo, pero para muchos la carnavalada más espectacular[2] que se ofrecía en la ciudad era el juicio de Hitler. El diario *Vossische Zeitung* de Berlín lo definió como el acontecimiento político más extraordinario que había tenido lugar en Alemania en mucho tiempo. Y *L'Écho de Paris* lo calificó de «parodia de la justicia».[3]

Neithardt, el presidente del tribunal, parecía superado por la enorme carga que suponía el juicio. Solía quedarse sentado en su silla casi sin moverse, como si aquella indecible tortura le absorbiese toda la energía, tratando de sacudirse el cansancio e incluso el sueño que se iban apoderando de él a medida que la sala se caldeaba. A algunos periodistas les dio la impresión de que sesteaba durante las declaraciones de los testigos.

Mucho más frecuentes eran las críticas al supuesto trato de favor que Neithardt dispensaba a los letrados de la defensa. Era muy educado y considerado con ellos, sin duda más de lo necesario. Al diario *Le Canada* le sorprendió que a Ludendorff lo llamase siempre «su excelencia».[4] De hecho, Neithardt se dirigía a todos los

acusados por su título. A todos menos a uno: a Adolf Hitler. Como el principal acusado carecía de él, tuvo que conformarse con un parco «Herr Hitler». Aunque es bastante probable que este agravio comparativo no tuviese otro efecto que reforzar aún más su imagen de hombre del pueblo.

Le Petit Parisien se burló también de la ceremonia excesiva con la que el presidente del tribunal habló al acusado por primera vez: «Monsieur Hitler,[5] ¿le importaría responder a unas cuestiones?». Después de eso, según *La Presse*, Neithardt no se atrevió[6] a plantear ni siquiera la más inocente de las preguntas sin adornarla con una ristra de epítetos. Al periodista H. R. Knickerbocker le pareció que el juez temblaba literalmente de pánico —casi podía verse cómo oscilaba su perilla encanecida—[7] en las escasas ocasiones en que lograba armarse de valor y reprendía a alguno de los acusados.

El presidente del tribunal no se molestó tampoco en interrumpir a Hitler o en detener sus frecuentes estallidos de ira, o los del resto de los acusados, ni tan siquiera cuando se referían al monarca depuesto como «su majestad el rey»[8] y menospreciaban a las autoridades de la república. Al diario vienés *Wiener Zeitung* le pareció especialmente denigrante ver a un joven oficial[9] de uniforme como Wagner censurando al presidente de la nación.

Las críticas al juicio llegaron también de otros muchos frentes. La prensa de centro y de izquierdas consideraba que la constante celebración de sesiones a puerta cerrada en aras de la «seguridad nacional» era un recurso innecesario e inefectivo que, además, proyectaba una imagen terrible tanto dentro como fuera de Alemania. Por contra, el diario *Der Tag* —en uno de los escasísimos elogios no relacionados con Hitler que le dedicó al proceso— ensalzó al tribunal por esa misma razón. El periódico concluía que el presidente estaba protegiendo adecuadamente los secretos de Estado de los observadores extranjeros, ansiosos por conocer el número exacto de cañones, armas y material militar que tenía el Reichswehr a su disposición.

A las 9.15 horas del 6 de marzo, Neithardt permitió que el público accediera de nuevo a la sala para asistir a la corta pero tumultuosa octava sesión del juicio. Comenzó leyendo las múltiples cartas de protesta que había recibido por el contenido de algunos testimonios, en especial aquellos en los que se acusaba al ejército y a la policía estatal de haber participado en el *putsch* de la cervecería. El presidente del tribunal accedió a que los representantes de las instituciones que habían sido calumniadas tuvieran la oportunidad de defenderse.

El abogado Walter Luetgebrune se quejó de unas ilustraciones que había publicado el diario francés *Le Matin* en las que su cliente, el general Ludendorff, aparecía caracterizado como un viejo gruñón. Esos «garabatos»[10] sin gracia ni gusto, como él mismo los describió, «no merecían siquiera el calificativo de "caricaturas"». El letrado celebró que Neithardt hubiese decidido expulsar de la sala a la gente de esa calaña.

Luetgebrune protestó también por otros artículos de la prensa internacional en los que se hacía escarnio de Alemania y de sus patriotas más eminentes. El *New York Herald* fue el blanco principal de los ataques. En una crónica titulada «El líder de la revolución cervecera»,[11] el rotativo estadounidense se había burlado de la revuelta por durar menos de media hora y por terminar «con Hitler corriendo despavorido para que no lo mataran y Ludendorff gritando "¡me rindo!"».

Karl Kohl, otro de los miembros de la defensa, también se puso en pie para presentar una queja. No la hacía en nombre de su cliente, el comandante de las Tropas de Asalto en Múnich Wilhelm Brückner, sino en el de su amigo el capitán Wilhelm Weiss. Kohl se refería al antiguo director del diario *Heimatland* —cerrado por las autoridades— y posterior responsable del *Völkischer Kurier*, a quien se había detenido como sospechoso[12] de participar en el *putsch*. El abogado atacó al Ministerio Fiscal por haber desatado una «fiebre persecutoria»[13] contra personas inocentes como Weiss, mientras que a los auténticos culpables se los dejaba en libertad.

El magistrado lo interrumpió:

—El único caso que nos incumbe[14] es el de Hitler y sus colaboradores, no el de Weiss.

Los dos asuntos estaban conectados, insistió Kohl con su voz atronadora de marcado acento bávaro. Se trataba de una situación de abuso de poder sin precedentes por parte de Gustav von Kahr. Si era necesario realizar detenciones, ¿por qué no se había encarcelado también al responsable del derramamiento de sangre del 9 de noviembre?

Parte del público[15] empezó a aplaudir, y Neithardt volvió a amonestar al letrado por sus comentarios insustanciales y ofensivos. Kohl respondió que retomaría la discusión en su alegato final porque era necesario que el tribunal conociese la verdad.

En ese momento, Stenglein se puso de pie[16] visiblemente alterado e incómodo. Después de decir algo ininteligible,[17] la voz del fiscal[18] se tornó clara y precisa. «A lo largo de este proceso[19] he sido objeto de ataques brutales», dijo Stenglein con un tono vacilante y agudo. Su voz fue elevándose y afianzándose mientras hablaba de cómo había intentado mantener por todos los medios la dignidad y de cómo había tratado de responder con el mayor comedimiento a todos los insultos humillantes, y por lo general personales, que se le habían dedicado. «Pero ¡lo de hoy es el colmo!»

El público, que para entonces estaba ya más que acostumbrado a las constantes salidas de tono que se producían en el juicio, se quedó observando con perplejidad lo que sucedió a continuación.

Stenglein, rojo de ira, dijo que no podía seguir participando en el proceso. Se volvió hacia Ehard y le pidió que ocupara su puesto hasta el final. Dicho esto, cogió su maletín y salió de la sala dando un portazo.[20]

Se hizo un silencio absoluto. El público, los acusados y los magistrados empezaron a mirar a su alrededor sin saber muy bien qué hacer. El ayudante del fiscal, desconcertado, solicitó una pausa.

El presidente del tribunal, tratando en vano de evitar que otro escándalo saltara a los titulares de la prensa, reprendió al letrado por sus «comentarios de naturaleza ofensiva».[21]

Kohl aceptó sin rechistar la reprimenda. Pero cuando se disponía a justificar su postura, Ehard lo interrumpió solicitando de nuevo una pausa. Y, a continuación, él también abandonó la sala.

—¡No creo que vayan a faltarnos fiscales![22] —dijo Kohl con recochineo.

La tribuna estalló en una carcajada. Algunas personas se pusieron a aplaudir[23] y a gritar «¡Bravo!».[24]

«El fiscal humillado»[25] rezaban los titulares de la lejana Auckland, en Nueva Zelanda. En las páginas de *The New York Times*, Thomas R. Ybarra afirmaba que el episodio había causado «un alboroto enorme»[26] y añadía que los republicanos alemanes habían empezado a calificar el juicio de Hitler como «el más escandaloso que se había celebrado nunca en Alemania».

La prensa de extrema derecha lanzó otra campaña de ataques personales contra Stenglein y Ehard. Qué «muestra de sensibilidad tan exagerada[27] por parte de la acusación», se burló el *Völkischer Kurier*. Era una ofensa sin precedentes hacia la institución que un fiscal del Estado tirara la toalla y saliera corriendo del juzgado. Hitler, Ludendorff y los demás acusados aguantaban insultos a diario —¡hasta el propio juicio era un insulto!—, pero, aun así, no huían.

Mucha gente, sin embargo, se compadeció del atribulado fiscal, que había tenido que soportar día tras día la atmósfera hostil del tribunal. Un reportero del *Bayerischer Kurier* elogió a Stenglein por haber tenido «la paciencia de un santo».[28] Pero al final no pudo seguir tolerando la falta de imparcialidad que había enturbiado aquel «juicio monstruoso» desde sus inicios.

Los desengaños del fiscal eran como un rayo bajo cuya luz podía verse el verdadero estado en el que se encontraba el proceso, añadió el *Vossische Zeitung*. Hitler y sus compañeros de banquillo se presentaban como unos «héroes de la patria alemana»,[29] mientras que los jueces —bien por complicidad, bien por impotencia—

contemplaban en completo silencio el espectáculo sobrecogedor de un fiscal incapaz de demostrar la culpabilidad de los acusados. Stenglein había hecho bien en marcharse, concluía el *Berliner Tageblatt*. Era la única respuesta digna que podía darse a «un escándalo judicial[30] de semejante calado».

Otras personas suponían que Stenglein habría sentido cierto alivio al librarse de un juicio tan complicado en el que, tarde o temprano, se hubiera visto obligado a asumir la ingrata tarea de imputar a buena parte de la cúpula del gobierno bávaro. La posibilidad de que se hiciera justicia parecía, en todo caso, remota. Muchos reconocían abiertamente que la única solución para el juicio, cuya «naturaleza vodevilesca[31] —según el diario *Le Petit Parisien*— carecía de precedentes», era trasladarlo a cualquier ciudad que no fuera Múnich, lo más lejos posible de la sala presidida por Neithardt.

36

PRIORIDADES

> Se estaba elaborando un plan[1] mucho más ambicioso para modificar la actual Constitución de Alemania que, al parecer, contaba con el apoyo de los sectores nacionalistas más radicales.
>
> *Times* de Londres,
> 13 de marzo de 1924

Como apuntaba el *Vossische Zeitung*, el juicio de Hitler podía leerse como un folletín. El proceso, que en un principio iba a durar sólo quince días, se alargaría alrededor de tres semanas más. Estaba previsto que la acusación llamara a declarar a cerca de ochenta testigos y la defensa a otros ciento cincuenta. Algunos periódicos ofrecían cifras todavía más abultadas. La agencia francesa Havas los superó a todos al situar —debido a una errata— el número total de comparecientes en «más de 2.000».[2]

El 7 de marzo de 1924, Neithardt convocó a los miembros del tribunal. Las disculpas de Kohl en nombre de la defensa —y seguramente también la intervención nada desdeñable[3] de Franz Gürtner, el ministro de Justicia— habían sido suficientes para convencer a Stenglein de que volviera a la sala. El presidente reiteró su deseo de que el juicio se desarrollase de la forma más digna posible y se comprometió a atajar de raíz cualquier incidente que «pusiese en entredicho la honorabilidad de la sala».[4] De no ser así, se vería obligado a juzgar a cada uno de los acusados por separado.

Como señaló con regocijo *L'Écho de Paris*, la situación no tardó en regresar a la calma,[5] como si el resplandor de un cielo azul asomara otra vez entre las nubes después de la tormenta.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos por parte del juez y los abogados para comportarse como si no hubiera pasado nada, muchos periódicos —entre ellos *L'Humanité* — detectaron un inequívoco tufo a escándalo. Esa paz tan repentina e inesperada parecía indicar que los magistrados, los fiscales y los abogados defensores estaban cerrando filas[6] para evitar que el juicio se trasladara al Tribunal Supremo del Estado en Leipzig, lo que muchos críticos veían como la solución más acertada para poner fin al sainete legal que estaba teniendo lugar en Múnich.

De entre todos los diarios, el *Mü nchener Post* era el que observaba con mayor escepticismo esa reconciliación tan superficial. Podían obligar al letrado de la defensa a realizar su propia travesía de penitencia[7] hasta Canossa, dijo el periodista en clara referencia a Enrique IV —el emperador del Sacro Imperio Romano que tuvo que pasar tres días en mitad de una tormenta de arena para entrevistarse con el papa Gregorio VII en 1077—, pero eso no cambiaría en nada el hecho de que la balanza parecía estar inclinada a su favor.

Cuando el presidente de la sala se disponía a llamar al primer testigo de la mañana, Lorenz Roder —el abogado de Hitler— realizó una sugerencia. Aunque reconocía que era prerrogativa del tribunal llamar a los testigos en el orden que considerase más oportuno, en su opinión la sala debía prescindir de todos los que sólo pudiesen declarar acerca de lo que habían visto u oído en la cervecería. En su lugar, Neithardt debía hacer subir al estrado a las tres personas que podían tener un impacto mayor sobre el desarrollo del juicio: Kahr, Lossow y Seisser. Su testimonio permitiría dilucidar si su comportamiento fue «un mero ejercicio de hipocresía»[8] o «una colaboración sin ambages». De esa manera podrían, además, alcanzar lo antes posible un veredicto para poder cumplir con el mandato del Tribunal Popular.

Neithardt hizo caso omiso de la propuesta y, tal y como estaba previsto, llamó al siguiente testigo.

Se trataba de Adolf Schiedt, director del *Mü nchener Zeitung*, jefe de prensa de Kahr y coautor del discurso que el comisionado general del Estado ofreció la noche del *putsch*. Roder objetó que aquel hombre no podía ser imparcial. En tanto que subordinado de Kahr,[9] a Schiedt debía considerárselo más un cómplice en la comisión de un delito de alta traición que un testigo. El juez ignoró al letrado por segunda vez.

Schiedt, que hablaba de forma entrecortada y en voz baja, estaba visiblemente incómodo. Calificó el mitin que había tenido lugar en la cervecería la noche del 8 de noviembre de 1923 de «útil y a todas luces necesario»,[10] ya que había permitido a Kahr mostrar su determinación en la «lucha contra el marxismo». El acto pretendía ser un encuentro con sus seguidores, muchos de los cuales se habían desilusionado al ver que no se avanzaba en la construcción de un régimen nacionalista en Berlín.

Por la tarde, sin embargo, Schiedt se había dado cuenta de que la multitud congregada a las puertas de la cervecería era mucho más numerosa de lo que podía esperarse dada la naturaleza del coloquio. Se abrió paso con dificultad hasta el asiento que tenía reservado en la parte delantera. Cuando llegó Hitler y empezaron los juramentos de fidelidad al nuevo gobierno nacional, Schiedt temió estar en presencia de un estallido revolucionario.

¿Le dio la impresión de que Kahr estaba fingiendo?

El testigo respondió que no,[11] aunque había empezado a hacerse algunas preguntas y finalmente había llegado a la conclusión de que la conducta de Kahr no tenía sentido. Cuando los guardias de asalto liberaron por fin a la multitud, Schiedt salió de la cervecería con una sensación de tristeza e incertidumbre.

Con la clara intención de usar al testigo para atacar a Kahr, el letrado Kohl le preguntó si, en su opinión, el discurso de aceptación como «virrey de la monarquía» que había pronunciado el

mandatario bávaro era compatible con el juramento de lealtad que había prestado a la Constitución de la república.

Neithardt se negó a admitir la pregunta, pero fue interrumpido por las protestas simultáneas de tres abogados.

—¡No pienso tolerar[12] este comportamiento! —respondió Neithardt.

A continuación, Schiedt sorteó como pudo la lluvia de preguntas o, como dijo el corresponsal de *Le Petit Journal*, «la serie de preguntas malintencionadas[13] con la que lo bombardearon doce abogados». Cuando el presidente del tribunal le preguntó si había hablado con alguien antes de organizar el mitin en la cervecería, el testigo vaciló y después se negó rotundamente a responder la pregunta. Para sorpresa de todos, el juez —consciente, como señaló el diario *L'Humanité* , de que el testigo estaba tratando de ocultar un escándalo que salpicaba a Kahr— aceptó su negativa sin rechistar.[14]

El rotativo francés no fue el único que llegó a esa conclusión. En Berlín, el diputado socialdemócrata Rudolf Breitscheid tomó la palabra en el Reichstag y dijo que Kahr, Lossow y Seisser deberían sentarse en el banquillo junto a Hitler. Habría bastado con que las autoridades bávaras hubieran mostrado un mínimo de cautela y capacidad de previsión para que el *putsch* de la cervecería hubiera fracasado. Era fundamental analizar todas las acusaciones que apuntaban a la supuesta complicidad de las máximas autoridades del Estado en un complot para acabar con la república alemana.

A lo largo de la mañana y la tarde, diecisiete testigos comparecieron ante el tribunal en una rápida sucesión. Casi todos ellos se encontraban en la cervecería durante los hechos y eran, por descontado, partidarios fervientes de Kahr, Lossow y Seisser.

El siguiente testigo, el general Felix Graf von Bothmer, era un ejemplo perfecto. «La impresión que me dio aquello[15] —dijo en referencia al ataque de Hitler— fue que se trataba de una emboscada violenta y bien urdida que difícilmente podría haber sido

desbaratada con medidas preventivas.» En su opinión, no había pruebas fehacientes que implicasen a Kahr o al triunvirato en la intentona, dijo con tal seguridad que, como apuntó el diario *Le Gaulois*, por primera vez la defensa no se atrevió[16] a poner en tela de juicio las palabras de un testigo.

Alexander von Müller, el profesor de Historia que se había sentado cerca del escenario durante el asalto a la cervecería, no parecía estar de acuerdo. Ni por un momento se había creído ni él ni ninguno de los que se encontraban a su alrededor que la participación del triunvirato en el golpe fuera un paripé. Hitler, Ludendorff y los mandatarios bávaros eran personas demasiado serias para actuar de ese modo. Daba la impresión de que se estaba haciendo historia.

Otro de los testigos, Karl Sommer —asesor en el Ministerio de Asuntos Exteriores y autor de varios informes sobre el *putsch*—, habló del miedo que sintió cuando Hitler irrumpió en el comedor de la cervecería. En un primer momento, pensó que se trataba de un ataque de la extrema izquiera en respuesta al mitin antimarxsista de Kahr.

—¡El señor asesor[17] parece que esté leyendo un discurso! —objetó el abogado de Hitler.

—No estoy leyendo nada, pero creo que tengo derecho a consultar algunas notas para refrescar la memoria y poder realizar esta declaración.

Ése no era el único documento que había leído el testigo. Sin duda conocía también el panfleto blanquiazul[18] y el memorando confidencial que habían estado circulando entre los partidarios de Kahr, Lossow y Seisser. Casi todos los testigos pertenecientes al ejército que habían comparecido hasta el momento los habían leído.

Daba la impresión de que muchos de ellos estaban más interesados en justificar las acciones de los mandatarios bávaros que en responder a las preguntas sobre el caso que se les planteaban. El resultado fue, tal y como había predicho Roder, una extraña mezcla

de ambigüedad y confusión. Como no dejó de señalar el corresponsal de *Le Temps*, la sesión de aquel día se alargó sin demasiado interés[19] hasta casi las ocho de la tarde.

No obstante, la forma en que el juez manejó los interrogatorios puso en evidencia una importante dinámica. A Neithardt se lo había presentado como un nacionalista que respaldaba a Adolf Hitler, lo cual no era en modo alguno falso. Sin embargo, el presidente del tribunal tenía otra prioridad mucho más importante que con frecuencia se ha pasado por alto. Como no tardaría en verse, su principal preocupación consistía en proteger a Kahr, Lossow y Seisser y, por extensión, el buen nombre de las instituciones que habían dirigido: la administración del Estado, el ejército y la policía. Y fue precisamente esa necesidad de proteger en todo momento a la cúpula del Estado lo que dio a Hitler su gran oportunidad durante el juicio de Múnich.

37

«UNOS INDIVIDUOS PECULIARES»

> Hitler no alcanza a ser[1] ni siquiera un Mussolini con chaleco.
>
> *Arbeiterwille* (Graz, Austria),
> 28 de febrero de 1924

La décima sesión del juicio, celebrada el sábado 8 de marzo de 1924, se inició a puerta cerrada con la advertencia por parte de Neithardt de que el contenido de la vista no podía hacerse público. El plan era permitir posteriormente la entrada de los asistentes e interrogar a los siete testigos restantes, de los cuales seis formaban parte del Reichswehr y uno, de la policía estatal.

El coronel Hans Etzel, el militar de cincuenta y cuatro años que estaba al frente del 20.º Regimiento de Infantería de Ratisbona, subió al estrado en la sesión a puerta cerrada. El día antes de que se produjera el *putsch* de la cervecería, dijo, había asistido a una reunión en el Ministerio de la Guerra. El general Von Lossow se había referido a la posibilidad de que Hitler llevara a cabo el ataque y había asegurado que ordenaría al ejército intervenir en caso de que ese rebelde exaltado decidiera actuar de manera precipitada.

El magistrado presidente le preguntó si recordaba haber oído al general Von Lossow rechazar la intentona de Hitler con las siguientes palabras: «No pensamos participar[2] en esa locura».

Etzel confirmó que, en efecto, Lossow había utilizado la palabra *locura*. Declaró también que el general prefería una dictadura en Berlín encabezada por personas desconocidas antes que un régimen

liderado por Hitler y Ludendorff. El único inconveniente era que nadie parecía estar dispuesto a tomar la iniciativa en el norte.

Neithardt preguntó al testigo si recordaba que Lossow hubiera hecho un par de declaraciones sobre el líder nazi. Una de ellas decía: «En el caso de Hitler,[3] [el éxito] es siempre una incógnita porque cree que puede hacerlo todo por su cuenta». Etzel corroboró que Lossow había hecho esa afirmación.

—¿Y «No hay prueba alguna de que Hitler sea, como él mismo cree, el Mussolini alemán»?

Etzel también recordaba haber escuchado esa frase.

A las diez y media, el presidente de la sala hizo entrar de nuevo al público. El general Ludendorff deseaba hacer una declaración antes de que el siguiente testigo subiera al estrado.

Era necesario, dijo el comandante, rectificar la impresión que el Ministerio Fiscal había intentado dar al tribunal de que él y sus compañeros de banquillo habían atacado al Reichswehr. Nada más lejos de la verdad. Nueve de los diez acusados de traición en el juicio habían servido en el ejército (la única excepción era el Dr. Frick). «Consideramos que el Reichswehr[4] es el heredero del antiguo ejército alemán», aseguró el general.

El principal problema de Alemania, continuó Ludendorff, no eran los acusados sino sus enemigos, todas esas personas que pretendían empañar la reputación del país y de su ejército. «¡Nos enfrentaremos a ellos por amor a la patria, por amor al Reichswehr y por nuestro compromiso con su honor y su gloria!»

Entre el público se escucharon gritos de «¡Bravo!».

¿Quiénes eran esos enemigos a los que Ludendorff se jactaba tanto de querer combatir? ¿Era el Ministerio Fiscal, o se trataba más bien de los comunistas, los judíos y los católicos, a quienes ya se había señalado con anterioridad en el juicio? Consciente tal vez de las muchas críticas que había recibido, Ludendorff se cuidó mucho de identificarlos en esta ocasión.

El general de división Von Hildebrandt subió al estrado con la intención de reparar la reputación de Ludendorff. Mientras repasaba una serie de datos ya conocidos, el testigo añadió un comentario muy revelador sobre la relación entre Ludendorff y Hitler; un comentario que daría pie a un error que repetirían muchos políticos ambiciosos durante el ascenso al poder del líder nazi: que el general creía ser la única persona con influencia sobre Hitler.

Ludendorff no era, añadió Von Hildebrandt, enemigo de los Wittelsbach ni de Baviera. Más bien al contrario: el general sentía el mayor respeto por esas tierras del sur llenas de «montañas, lagos[5] y parajes rurales espléndidos», y por los sanos patriotas que las poblaban. En otras palabras, no encajaba en el estereotipo de oficial prusiano que intentaban ofrecer sus enemigos.

Como colofón, el testigo dijo que él interpretaba las controvertidas palabras de Ludendorff en las que acusaba a los católicos de ser los enemigos del país más como un ataque contra el Partido Católico de Centro que contra el papa, el Vaticano o los creyentes. Hitler, incapaz de seguir un minuto más sin ser el centro de atención, aprovechó ese momento para confesar ante el tribunal[6] que él también era católico.

Igual que en la jornada anterior, los primeros militares de alto rango[7] que prestaron declaración lo hicieron con cautela y comedimiento, como si estuvieran poniendo el máximo cuidado en no salirse de una versión pactada. Algunos, como el teniente coronel Otto von Berchem —jefe de gabinete del Ministerio de la Guerra— se lanzaron a defender al ejército por el papel que habían desempeñado durante la represión de la intentona golpista.

—Creo que,[8] como ustedes mismos comprenderán, ya habíamos tenido que soportar demasiados insultos y menosprecios por un asunto en el que nos limitamos a cumplir con nuestro maldito deber —dijo, e inmediatamente rectificó—: Con nuestro doloroso deber.

El comentario produjo un revuelo considerable en la tribuna.

Apenas unos instantes después, Ludendorff interrumpió al testigo para señalar que la orden de tomar el Ministerio de la Guerra en nombre de Hitler había sido firmada por el mismísimo general Von Lossow.

Berchem vaciló. Era cierto que se había emitido una orden, dijo, pero habían transcurrido ya cuatro meses desde entonces. Él era incapaz de recordar todas las disposiciones que habían pasado por su despacho. «Y usted también,[9] su excelencia.»

Entre el público se oyeron algunos abucheos.

El testigo contestó que se estaba limitando a constatar un hecho. Era imposible que Ludendorff recordase todas las órdenes que había emitido hacía cuatro meses.

Alfred Holl, el abogado de Friedrich Weber, no pudo contener su indignación. Tenía más preguntas para el testigo, pero en vista de la deliberada falta de respeto con la que se dirigía a un héroe alemán, se abstendría de planteárselas. Los espectadores le dedicaron otra ovación.

Los abogados de la defensa eran «unos individuos peculiares»,[10] señaló el *Berliner Tageblatt*. Cuando los testigos como Berchem contestaban a sus preguntas con hechos, se ofendían, y cuando se empeñaban en convertir aquel juicio contra unos traidores confesos en un intercambio de insultos contra el gobierno, el ejército y la policía del Estado, trataban de disuadirlos. El más peculiar de todos, sin embargo, era el juez Neithardt.

¿Por qué no tomó ninguna medida contra los alborotadores que aplaudían a Ludendorff y abucheaban al testigo? Después de todo, el edificio estaba atestado de policías. ¿Por qué no los expulsó o, cuando menos, les retiró los pases? Era evidente que su afinidad con los acusados —o lo que era todavía peor, su renuencia a contrariarlos para que no revelaran las violaciones del Tratado de Versalles que cometían las autoridades del Estado y sus propias maquinaciones contra Berlín— le impedía hacerse con el control del proceso. Si Neithardt era incapaz de preservar la honorabilidad del

tribunal, sostenía el *Berliner Tageblatt*, el gobierno debería poner fin a esa «comedia judicial»[11] y trasladar la causa al Tribunal Supremo de Leipzig, que era donde debía resolverse.

En la sesión que se celebró a última hora de la mañana, se produjeron casi tantos incidentes como revelaciones. El último testigo en subir al estrado esa mañana fue Sigmund Freiherr von Imhoff, el mayor de la policía cuya intervención fue esencial para desbaratar el *putsch*, poniendo en alerta a todas las unidades y reforzando la seguridad en puntos estratégicos de la ciudad. Imhoff también había sido el encargado de detener a los acusados Frick y Pöhner.

Antes de que el juez pudiera terminar de tomarle juramento, el abogado de Hitler pidió que se detuviese el trámite. En un juicio por alta traición como ése, el primero que debería hacer frente a la acción de la justicia era el propio Imhoff. Las acciones de los acusados palidecían en comparación con la gravedad de las traiciones cometidas por quienes ostentaban cargos de responsabilidad esa noche. El público, ajeno a las pruebas que se habían presentado en la sesión a puerta cerrada, no podía imaginar siquiera lo que ese hombre había hecho.

Stenglein protestó.

A pesar de las insinuaciones de la defensa, dijo Imhoff, la policía no había tenido la menor intención de disparar contra los hombres de Hitler ni de unirse a ellos. Su deber era abortar cualquier acción para derribar al gobierno mediante el ejercicio de la violencia, con independencia de cuál fuera el signo político de los sublevados. Roder le preguntó al testigo si el coronel Von Seisser había dado alguna «orden secreta»[12] a la policía estatal.

Imhoff respondió que no podía contestar a esa pregunta en público.

Al ver que el interrogatorio avanzaba sin que el testigo se desdijese, el abogado Walther Hemmeter volvió a insinuar que Imhoff sabía más de lo que había reconocido sobre el apoyo oficial al *putsch*.

—Me gustaría ser muy meticuloso[13] en este punto —dijo Hemmeter, aludiendo de forma ambigua y siniestra a una serie de hipotéticas reuniones con las autoridades del Estado.

—No tengo la menor idea[14] de a qué se está refiriendo —contestó Imhoff.

El letrado estaba intentando aprovecharse una vez más de lo mucho que le preocupaba al juez la seguridad nacional, de su excesiva predisposición a celebrar sesiones a puerta cerrada y de lo poco que el público sabía de cómo funcionaban éstas.

Al final de la jornada, el abogado Holl solicitó al tribunal que prescindiese de todas esas preguntas superfluas y de todos esos testigos insustanciales, y que llamase a declarar a Kahr, Lossow y Seisser para zanjar de una vez por todas las discrepancias. En esta ocasión, para sorpresa y regocijo de muchos espectadores, el magistrado presidente decretó que la defensa comenzaría a interrogarlos el lunes por la mañana.

38

UNA APUESTA ARRIESGADA

> Yo no di la menor importancia[1] al asunto. Era casi como si Hitler se hubiera puesto a repartir cargos y les hubiera dicho: «Tú serás el káiser, tú el papa y tú el rey».
>
> General Otto von Lossow

El 10 de marzo de 1924, el tribunal comenzó a escuchar el testimonio de los mandatarios bávaros, que tanta importancia parecían tener para la defensa. Se respiraba una gran tensión. Los cordones policiales y los controles de seguridad se reforzaron, lo cual dio pie a que las lenguas más viperinas de Múnich bautizasen la sala como «el territorio ocupado».[2]

La sesión matutina se abrió con el consabido rosario de quejas, aclaraciones y rectificaciones. El abogado Georg Götz quiso responder a las acusaciones del *Deutsche Allgemeine Zeitung*, en cuyas páginas se insinuaba que los alegatos estridentes y las constantes interrupciones de la defensa no estaban consiguiendo demostrar nada salvo que era urgente limitar la libertad de los abogados. Su propósito, dijo, no consistía en confundir a los testigos o distraer al tribunal para que no pudiera evaluar las pruebas, sino en presentar una serie de hechos. No era problema suyo si algunos representantes de la prensa se perdían en las complejidades del caso.

Después de mucho insistir para que Kahr, Lossow y Seisser fueran llamados a declarar, no dejó de resultar irónico que Otto Gademann —otro de los letrados de la defensa— protestara cuando

finalmente se decidió dar ese paso. En tanto que «auténticos cerebros de la operación»,[3] dijo, esos hombres sólo deberían comparecer ante el tribunal para responder por los delitos de alta traición que habían cometido.

Lorenz Roder —el abogado de Hitler— no estuvo de acuerdo con su colega. Pero, aun así, reconoció que llevaba razón en algo: los mandatarios bávaros no eran en modo alguno testigos «imparciales y ecuánimes».[4] Roder expresó su deseo de que fueran al menos sinceros, y reconocieran que habían desempeñado un papel importante en la intentona y que compartían con los acusados un grado de responsabilidad parecido o incluso mayor, ya que ellos habían sido quienes habían movido los hilos para que se pusiera en marcha el complot.

Después llegó el turno de las protestas de la acusación. Todas las alegaciones que había presentado la defensa carecían de base, dijo Stenglein. La controversia siguió subiendo de tono hasta que Neithardt llamó al estrado al general Otto von Lossow. La sala se sumió entonces en un silencio absoluto, «casi sepulcral»[5] —en palabras del *Berliner Tageblatt*—, y todas las miradas se quedaron clavadas en la puerta de entrada. El general Von Lossow apareció[6] al cabo de unos instantes y se dirigió lentamente al estrado con un montón de papeles. Era alto, esbelto y llevaba puesto un chaqué de color negro, ya que desde su destitución tenía prohibido vestir de uniforme. A sus cincuenta y seis años, se conservaba en un estado de forma magnífico, parecía que estuviera listo para combatir.

El juez Neithardt le recordó que tenía derecho a no contestar cualquier pregunta que considerase comprometedora para no incriminarse. Y le pidió también que tuviera especial cuidado con la información que pudiera afectar a las relaciones exteriores de Alemania.

Lossow se pasó toda la mañana hablando, muchas veces de forma acalorada. Su voz melodiosa y atronadora llenaba toda la sala; según el corresponsal del *Daily Telegraph*, habría llenado[7] sin dificultad el Albert Hall de Londres. Lossow no se sentó a la mesa de

los comparecientes, como habían hecho la mayoría de los testigos, sino que prefirió pasear por la parte delantera de la estancia y acercarse de vez en cuando al atril que había pedido para colocar sus notas.

Lossow hablaba como un oficial acostumbrado a frecuentar los salones de la alta sociedad bávara. Al mismo tiempo, sin embargo, se alteraba y empezaba a hacer ademanes exagerados y torpes con los que recalcaba las palabras o enseñaba los dientes como un perro dispuesto a atacar. Intentó evitar en todo momento el contacto visual con los acusados, aunque sus ojos se cruzaron en más de una ocasión con los de Hitler o Ludendorff —a quien lanzó varias miradas asesinas a través de sus quevedos—, como para darles a entender, o eso al menos le pareció al corresponsal de *L'Écho de Paris* , que habría preferido «batirse en duelo»[8] con ellos.

El general Von Lossow reconoció desde el principio que había intentado forjar una alianza en el norte con una serie de personas que también deseaban rescatar a Alemania, como él mismo dijo, de «la situación cada vez más difícil[9] en la que se encontraba». Su plan consistía en instaurar un directorio nacional o un régimen de derechas con «poderes dictatoriales». Pero su objetivo, insistió, no era dar un golpe.

En vez de eso, ellos pretendían poner en marcha una maniobra constitucional invocando el artículo 48 de la Constitución de Weimar. Esta disposición, que permitía instaurar de forma temporal una dictadura en circunstancias excepcionales, fue activada ciento treinta y seis veces[10] antes de que concluyera la presidencia de Friedrich Ebert en febrero de 1925, y contribuiría en muy buena medida a la desestabilización política de la república.

El único obstáculo con el que se topó su plan fue la actitud de Berlín. Los políticos de la capital y los socios que tenía allí no se atrevieron a dar el paso y permitieron la entrada en escena de un advenedizo como Hitler. Lossow no se mordió la lengua:

> Estoy hablando de personas[11] a las que, en los mítines políticos y patrióticos, se les llenaba la boca hablando de su compromiso con la causa; personas que, cegadas por un patriotismo enloquecido, habían dejado de pensar con claridad; personas cuya única brújula era la ambición política.

Personas que prestaban sus oídos a los discursos más «pueriles»[12] y parecían haber perdido por completo el juicio. Y Hitler estaba, sin duda, a la cabeza de todos ellos.

Aunque el testigo había conocido al líder nazi tan sólo nueve meses antes del *putsch*, supo ver muy bien al joven impulsivo que en realidad era. «Al principio,[13] su labia me cautivó —dijo Lossow—. Es evidente que llevaba la razón en muchos aspectos, pero cuanto más lo escuchaba, menor era la impresión que me causaba.»

El general detalló después las razones por las que el respeto que sentía por Hitler había ido disminuyendo hasta desaparecer y transformarse en muy poco tiempo en un desprecio casi absoluto:

> Me percaté de que sus peroratas inacabables incluían siempre los mismos argumentos: una parte de sus observaciones resultaban obvias para cualquier alemán que amara a su país, y la otra era una demostración palpable de que él era incapaz de evaluar con la menor sensatez y mesura qué se podía hacer y qué se podía conseguir.

Y así fue cómo perdió, dijo el testigo, todo poder de persuasión sobre las pocas personas cuerdas que aún eran capaces de soportar sus disparates.

Hablar con Hitler tampoco era nada fácil. Era él quien debía llevar el peso de la conversación, y a sus interlocutores les resultaba muy complicado, añadió Von Lossow, realizar cualquier comentario, no digamos ya llevarle la contraria. Hitler no sabía escuchar y tenía unas dificultades enormes para atender a cualquier consejo que no se ajustase a sus ideas o planes.

Al principio, el líder nazi no había mostrado ningún tipo de ambición personal. Solía definirse como *el tambor del movimiento* y afirmaba que su único deseo era allanar el camino para la aparición

del «elegido». En octubre de 1923, Lossow detectó un ligero cambio en su actitud: fue entonces cuando empezó a jactarse de ser el «Mussolini alemán» y la persona llamada a encabezar la regeneración de su patria adoptiva.

Lossow reconoció haber visto a Hitler en varias ocasiones e incluso estar al corriente de sus planes. Justificó esa relación como una oportunidad para tener bajo control a uno de los propagandistas más hábiles del país, el único que parecía capaz de apelar a la clase trabajadora. El objetivo del general era, según sus propias palabras, conseguir que Hitler «volviese a la realidad». Lossow reconoció después, con cierta sinceridad, su participación en la intentona: ellos no querían «sofocar el movimiento de Hitler por medios violentos», sino aprovecharse de lo que llamó su «núcleo sano» para dirigirlo de manera más eficaz hacia la consecución de unos fines plausibles y realistas.

Al final, Lossow llegó a la conclusión de que el líder nazi no estaba preparado para asumir ningún tipo de liderazgo y menos aún el de una dictadura. Puede que fuera útil como tambor de la causa, pero no parecía tener talento para nada más. En lo fundamental, dijo el testigo a modo de conclusión, Hitler sólo era «un aventurero político de segunda fila».[14]

Por desgracia, las opiniones de Lossow sobre la escasa capacidad de liderazgo del líder nazi y las motivaciones que lo impulsaban se perdieron en una mar de titulares sensacionalistas y de especulaciones acerca de su propia implicación en el *putsch*. Aun así, su testimonio nos permite comprender cómo fue posible que un gran número de personalidades influyentes, muchas de las cuales ni siquiera eran antisemitas, cayeran rendidas a los pies de un embaucador violento como Hitler y se prestaran después a protegerlo y adularlo: a cambio, esperaban poder tener más influencia en la calle. Pero era una apuesta arriesgada. Lossow fue uno de los primeros en darse cuenta de ello.

En los alegatos de Hitler y la defensa había, según Lossow, infinidad de errores y tergiversaciones. Para poder refutarlos todos, añadió con un leve asomo de fastidio, «tendría que pasarme días enteros[15] hablando».

Esa jornada en concreto lo siguió haciendo durante varias horas más. Todas las historias sobre su supuesta connivencia con los golpistas o sobre los planes del triunvirato para trasladarse a Berlín eran «meras fantasías».[16] Aquel 8 de noviembre, según declaró, se había acercado a la cervecería con la única intención de asistir a un mitin de Gustav von Kahr. Por eso no se preocupó de tomar ninguna precaución especial ni de llevar pistola, cosa que, por otro lado, jamás se había molestado en hacer.

Cuando Lossow vio a Hitler abriéndose paso hasta el podio, «una oleada de pensamientos[17] y sentimientos encontrados» se apoderó de él. Se sintió «indignado y profundamente asqueado» por ese ataque marrullero que, lejos de ser sólo un acto de traición, amenazaba con desbaratar los planes que él mismo había trazado para el futuro del movimiento nacionalista.

—¿Qué opciones tenía? —preguntó Lossow.

Para empezar, el triunvirato no podía plantar cara a Hitler dentro de la cervecería porque éste contaba con demasiados partidarios armados. Habría bastado el más mínimo desliz o movimiento brusco para que cualquiera de aquellos vándalos se asustara, abriera fuego y desencadenara un «tiroteo generalizado y brutal». Por esa misma razón también descartó la idea de plantar cara al líder nazi en el salón privado.

Los gritos desde la tribuna interrumpieron el testimonio de Lossow. Neithardt amenazó con suspender la vista si no se restauraba el orden.

«Había que salvar a la patria de una amenaza muy seria», dijo Lossow para justificar su comportamiento aquella noche. Su estrategia, aseguró, pasaba por «engañar a Hitler y a sus cómplices igual que [él] nos había engañado a Kahr, a Seisser y a mí».

El plan se le ocurrió mientras estaba sobre el escenario de la cervecería. Por las miradas fugaces que había cruzado con ellos y por los escasos comentarios que se habían intercambiado en susurros, Lossow supuso que Kahr y Seisser colaborarían. Al salir del comedor con los guardias de asalto fue cuando pronunció las famosas palabras: «Hagamos un poco de teatro». Después se habían quedado esperando a poder recobrar la libertad para enfrentarse a Hitler con todos los medios que tenían a su disposición. Por muy desagradable o embarazoso que resultara, ése era su deber.

Lossow no entendía cómo era posible que Hitler y sus hombres hubieran aprovechado sus comparecencias en el juicio para describirlos con verdadero «desprecio [...] [como] unas criaturas patéticas[18] y unos completos idiotas» y, al mismo tiempo, estuvieran dispuestos a «confiarles[19] los puestos más importantes del Estado». ¿Qué explicación tenía esa paradoja?

El enigma no era, sin embargo, tan complejo como Lossow quería dar a entender. Los acusados habían querido contar con Kahr, Lossow y Seisser como aliados en el otoño de 1923. Pero después, al ver que con el asalto a la Bürgerbräu no conseguían el apoyo de las autoridades muniquesas ni mucho menos aún derribar el gobierno de Berlín, no tardaron un segundo en aprovecharse de su hipocresía para culparlos a ellos del desastre.

Cuando Neithardt abrió el turno para que la defensa interrogara al testigo, el letrado Alfred Holl dijo que, aunque tenía una lista con «preguntas de suma importancia»,[20] prefería esperar a que el tribunal escuchase el testimonio de Seisser y Kahr para plantearlas. Ésa era también la intención de Hitler, a pesar de lo cual, se puso en pie de un salto y —para pasmo de la audiencia— soltó a voz en grito:

—¡Las afirmaciones que ha hecho Herr Lossow[21] son falsas y están plagadas de errores!

La sesión se alargó hasta las 18.33 horas.

39

SORTEANDO LOS ESCOMBROS

> En definitiva, mirásemos donde mirásemos[1] no veíamos más que montones de escombros humeantes, ruinas y al final una devastación absoluta.
>
> GUSTAV VON KAHR

Después de semanas nevando, la jornada del 11 de marzo de 1924 —la decimosegunda del juicio— se abrió con un leve atisbo de tiempo primaveral y una expectación enorme.[2] Estaba previsto que Gustav von Kahr, excomisionado general del Estado, subiera al estrado, desmintiese todas las acusaciones que lo relacionaban con el *putsch* y aclarase las múltiples ambigüedades y contradicciones que seguían acechando al proceso. Sin embargo, eso no fue lo que ocurrió.

El coche que trasladaba a Kahr lo dejó en una de las puertas laterales para que pudiera esquivar a los cámaras que pretendían grabar su llegada. Entró en la sala[3] sin que nadie lo viera poco después de las nueve de la mañana —casi al mismo tiempo que el presidente y los demás miembros del tribunal—, saludó a los magistrados con una ligera reverencia y ocupó su lugar en el estrado.

A sus sesenta y un años, Kahr era un hombre bajo y corpulento que en ocasiones se peinaba las puntas de su poblado bigote hacia arriba. Llevaba el pelo engominado[4] y con raya al medio. Hundió la enorme cabeza entre su anchas y cargadas espaldas, y recorrió la

sala con una mirada calculadora y una mueca de disgusto que hizo las delicias de los caricaturistas. Según el diario *L'Ouest-Éclair*, parecía «un verdadero campesino del Danubio».[5]

A muchos les dio la impresión de que, cuando consultaba sus notas, parecía tenso y retraído. Otros, como el *Bayerischer Kurier*, dijeron que ponía la típica cara de póquer y resultaba inescrutable.[6] Hablaba con una voz débil y trémula[7] que en ocasiones se elevaba, aunque nunca perdía su tono monótono. Kahr repasó brevemente el periodo de inestabilidad económica y política que asoló Alemania en el otoño de 1923 y motivó la creación en Baviera del puesto con amplios poderes ejecutivos que él había ostentado.

El juez Neithardt le pidió que no leyera su declaración.

Kahr obedeció y pasó a explicar que él había apostado por buscar soluciones a la crisis más a través de la «acción política»[8] que de la fuerza militar. Su departamento había empezado a oír rumores sobre el *putsch* que preparaban Ludendorff y Hitler en septiembre de 1923, pero les pareció una idea grotesca que podía tener consecuencias «terribles y catastróficas»[9] tanto para Baviera como para Alemania y decidieron rechazarla. En su opinión, de llevarse a cabo desencadenaría una guerra civil y probablemente también un enfrentamiento con Francia y sus aliados.

Kahr se preguntó además si Hitler y sus compinches no se habían dado cuenta de que el ejército carecía de «ropa, calzado, equipamiento,[10] munición, armas y dinero». Este argumento parecía tener como principal objetivo asegurar a la comunidad internacional que Alemania no estaba contraviniendo las disposiciones del Tratado de Versalles que les prohibían reconstruir su fuerza militar.

«Mi primera reacción[11] fue de rabia y pena», dijo en referencia al asalto de la cervecería. No podía soportar que un régimen de firmes principios patrióticos como el suyo fuera objeto de un ataque por parte de unos individuos que decían «amar a su país» y, cuando se percató de que aquel plan descabellado podía ocasionar «una catástrofe sin precedentes tanto en el plano nacional como en el internacional», sintió «una tristeza y una preocupación enormes».

Se le había pasado por la cabeza la idea de intentar ganarse el favor del público que aplaudía su intervención en el comedor de la cervecería. Era evidente que no tenía nada que hacer al lado de un orador consumado como Hitler, pero lo que de verdad lo desanimó fue la presencia de un gran número de guardias de asalto armados y tensos que, en el estado de nerviosismo en el que se encontraban, no tendrían inconveniente en usar sus armas. Tenía miedo de que se produjese una «desgracia irreparable y un baño de sangre».

Kahr contó también que había estado hablando en susurros con Lossow y Seisser en el escenario de la cervecería para instarlos a que buscasen alguna forma de huir. Pero él trató de conservar en todo momento la calma, según dijo, por el bien de la gente. Al final, decidieron que el mejor modo de recuperar la libertad era montar esa arriesgada farsa.

El juez Neithardt volvió a pedirle que dejara de leer[12] la declaración.

Sin embargo, el corresponsal del diario parisino[13] *Le Matin* tenía un motivo diferente para censurar a Kahr. Según él, estaba relatando los mismos hechos que Lossow y prácticamente de la misma manera que él, a veces palabra por palabra.

Kahr siguió justificando sus actos la noche del *putsch*. La forma en que el testigo narraba los hechos tenía como principal objetivo presentarse a sí mismo como un líder benévolo cuya única ambición era trabajar por el bien del pueblo.

En torno a las 11.25 horas, el juez Neithardt se dirigió a las partes para ver si tenían alguna pregunta.

Stenglein propuso que el resto de la sesión se celebrara a puerta cerrada.

Como nadie protestó, Neithardt despejó la sala.

En el curso de una sesión larguísima, Kahr reconoció haber incrementado el tamaño del Reichswehr en Baviera, pero no como preludio del *putsch* —como sostenía la defensa—, sino como medida

de seguridad para evitar un levantamiento comunista. También reconoció haber reforzado algunas unidades del ejército con voluntarios de las sociedades patrióticas. Esta medida se había tomado con el fin de ayudar a la policía a prevenir ataques de insurgentes comunistas procedentes de Sajonia y Turingia, insistió, y no para preparar la marcha sobre Berlín.

Cuando el magistrado presidente abrió el turno de preguntas, Ludendorff quiso saber con cuántos batallones habían dotado las autoridades de Baviera al Reichswehr.

Kahr dijo que no lo sabía.

Antes de responder a su propia pregunta, Ludendorff indicó que la orden de reforzar el Reichswehr mencionada por Kahr se emitió el 9 de octubre, pero no fue ejecutada hasta dos semanas después. Si la movilización se debía realmente a una amenaza comunista, ¿por qué habían tardado tanto en actuar?

Kahr desconocía la causa de ese retraso.

—¿No está usted al corriente de esto?[14] —preguntó Neithardt.

—No.[15]

Ludendorff hizo que surgieran todavía más dudas cuando preguntó a Kahr si sabía que en la orden del Reichswehr[16] (Ia n.º 800/23) se empleaba con insistencia la palabra *operación*, en lugar de *acción*, que era la que habría correspondido usar si realmente se quisiera llevar a cabo una maniobra de naturaleza policial. La palabra *operación*, como señaló Ludendorff, es un término militar.

Kahr respondió que no recordaba la orden.

—Puede que pasara[17] por mis manos, pero no la recuerdo.

Ludendorff destacó después que al Reichswehr no se había incorporado, como insinuaba Kahr, tan sólo un pequeño grupo de voluntarios, sino que se había triplicado su tamaño.[18] ¿Qué razón podía justificar semejante incremento de la fuerza militar?

—Lo desconozco[19] —respondió Kahr.

Cuando le volvieron a preguntar, alegó que no sabía nada o que el asunto no estaba entre sus competencias. Lo único que sabía era lo que le contaba de vez en cuando Seisser.

—¿Y qué le dijo Seisser? —preguntó Neithardt.

—No lo recuerdo.

Kahr siguió negándose a contestar las preguntas, eludiéndolas o fingiendo desconocer su respuesta durante toda aquella sesión larga y complicada. En ocasiones, los abogados de la defensa simulaban no haber oído o entendido una de sus respuestas para hacérselo pasar todavía peor.

Kahr se negó a responder una pregunta sobre las reservas de munición que tenía almacenadas la policía a finales de octubre por razones de confidencialidad. Esta ironía no pasó desapercibida a la defensa, cuyos miembros se vieron obligados a recordar al testigo que estaban reunidos a puerta cerrada.

—Todo esto es verdaderamente increíble[20] —dijo por fin el juez Neithardt, cansado de asistir a esa larga sucesión de preguntas sin respuesta.

En un determinado momento, un Kahr por completo desesperado le dijo al juez:

—Tuve que atender[21] mis responsabilidades oficiales desde por la mañana temprano hasta bien entrada la tarde y no pude ocuparme de semejantes trivialidades.

Después de una pausa de casi tres horas, el juicio se reanudó en audiencia pública a las 16.10 horas para que comenzara el esperado interrogatorio de la defensa a Gustav von Kahr. Éste, sin embargo, acabaría convirtiéndose en otro cóctel cargado hasta los topes de negativas, rodeos y tergiversaciones, cuando no simples mentiras. Las esperanzas de que la comparecencia pudiera servir para arrojar algo de luz sobre el proceso quedaron nuevamente defraudadas.

Neithardt abrió la sesión pidiéndole a la defensa que fuera extremadamente selectiva y sistemática en sus preguntas. Roder preguntó si era posible conseguir una copia del documento que Kahr había estado leyendo esa tarde.

Kahr contestó que se trataba tan sólo de sus notas, aunque era posible —añadió— que hubiera más copias.

Cuando volvieron a preguntarle, Kahr reconoció que le había entregado una a Lossow y otra a Seisser. Tenía que «asegurarme de que[22] todo lo que iba a decir aquí se correspondía con la realidad».

Roder le preguntó si los tres mandatarios habían preparado juntos su testimonio. Kahr lo negó. Y antes incluso de que Roder pudiera seguir con el interrogatorio, el juez lo interrumpió. Hitler lanzó luego una retahíla de preguntas sobre el nombramiento de Kahr como comisionado general del Estado. Neithardt también lo detuvo.

Esta vez, Roder y Hitler no pretendían únicamente sacar provecho de los prejuicios que tenía el público: estaban planteando un cambio de estrategia legal. Como no parecía posible implicar a Kahr y al resto del triunvirato como cómplices activos de la intentona golpista, idearon una línea de ataque alternativa cuyo eje argumental era el siguiente: en el sumario se consideraba a los acusados responsables de querer modificar la Constitución por medio de la fuerza, pero eso no era posible porque la Constitución había dejado de estar en vigor con el nombramiento de Kahr como comisionado general del Estado.

Stenglein protestó de inmediato.

—La autoridad del comisionado general del Estado[23] emana del decreto [de emergencia] —dijo.

En verdad, replicó Roder, él no había podido encontrar ningún fundamento legal para esa interpretación ni en el *Boletín del Estado* ni en ningún otro documento oficial. Tal vez Kahr o alguien del equipo de la acusación fuera tan amable de explicarle al tribunal las razones por las que se había llegado a esa conclusión.

En vista de ese nuevo argumento, Neithardt se retiró a deliberar. Los magistrados regresaron al cabo de unos instantes para comunicar la decisión de que, por motivos de «seguridad nacional», no permitirían que el interrogatorio continuara por esos derroteros. Roder recitó una lista de preguntas que deseaba hacerle a Kahr en

torno a la base legal de su autoridad y la constitucionalidad de sus actos. Una vez más, daba la impresión de que era a Kahr y no a Hitler a quien se estaba juzgando, y el antiguo miembro del gobierno bávaro parecía tener muchas dificultades para refutar la idea de que arrastraba un largo historial de abusos de poder, lo cual —tal y como señaló Hellmuth Mayer, otro de los letrados de la defensa— constituía «el verdadero meollo[24] del juicio».

El tribunal se retiró por segunda vez a deliberar y, después de considerar la situación, regresó para prohibir a la defensa hacer ese tipo de preguntas.

Cuando Roder trató de volver sobre el mismo asunto, Neithardt le dijo por segunda vez que no procedía.

Decidido a dejar claro su argumento, el abogado de Hitler quiso saber después por qué había esperado Kahr casi cinco horas [se trataba más bien de cuatro] para informar al resto de los miembros del gabinete de que no apoyaba el *putsch*, si de verdad estaba, tal y como sostenía, en contra de la operación.

«La cosa no era tan sencilla»,[25] dijo Kahr, aunque fue incapaz de explicarle al tribunal cómo y por qué razones resultó más complicada de lo que daba a entender la defensa.

A pesar de que esa jornada tan dura para la acusación tocaba ya a su fin, la defensa seguía arrojando dudas sobre la credibilidad de Kahr como testigo y sobre su condición de víctima inocente del *putsch*. Neithardt parecía estar tan preocupado por la reputación de aquel destacado político como por la marcha del juicio, y no le faltaban razones.

40

LA JORNADA NÚMERO TRECE

> Supongo que el tribunal[1] estará dispuesto a dejar que hable también el abogado de la defensa.
>
> LORENZ RODER

Con la clara intención de hacerse con los lectores de las cabeceras editadas por el Partido Nazi y la Kampfbund, que habían sido prohibidas, el *Völkischer Kurier* llevaba ya algún tiempo entrecomillando los cargos de los que se acusaba a Hitler, Ludendorff y el resto de los imputados. ¿Constituían realmente sus actos un delito de «alta traición»?[2] La respuesta que daba el diario era tajante: «¡Nos importa un bledo!».

Había, según ellos, factores mucho más importantes en juego, como la gratitud que Alemania debía a sus héroes y los abusos de poder cometidos por el Estado, que no había dudado en apuñalar a su propio pueblo por la espalda y en abrir fuego contra él en la calle. La retórica se endurecía y la prensa se agotaba en cuanto llegaba a los quioscos. En este caso en particular, concluía el *Völkischer Kurier*, la cuestión de la culpabilidad era demasiado importante para dejarla en manos de los jueces y los burócratas del Estado. Era el pueblo quien debía decidirla.

La jornada número trece del juicio de Hitler se centraría en el testimonio del coronel Hans Ritter von Seisser. Aquel hombre alto y delgado de cuarenta y nueve años subió al estrado con una cartera repleta de documentos bajo el brazo poco después de las nueve de la mañana. Vestía el uniforme de la policía estatal, cuerpo del que

había sido responsable, y parecía llegar dispuesto a dar la cara por el ejército, la policía y las autoridades del Estado, cuyas reputaciones habían sido menoscabadas durante el juicio.

Neithardt abrió la sesión con el anuncio de que se había abierto una investigación preliminar contra Seisser, Kahr y Lossow. (Sería discretamente abandonada a las pocas semanas.) El presidente del tribunal le recordó al testigo que fuera breve y que no leyera su declaración. La vista parecía estar envuelta en una suerte de «tensión nerviosa»,[3] escribió Thomas R. Ybarra en *The New York Times*. Al corresponsal de *Le Figaro* le recordó a la atmósfera cargada de electricidad[4] de una tormenta.

Seisser se lanzó de inmediato al ataque. Dijo que Adolf Hitler no era más que un joven que había sucumbido al aplauso de las masas. Al principio parecía conformarse con ser el «tambor»[5] de la causa; pero su ambición había crecido hasta tal punto que ahora se veía a la cabeza del movimiento nacionalista, como «la persona que podía regir en solitario los destinos del país». Baviera, para Hitler, no era «más que un medio[6] para alcanzar otro fin». Su único objetivo era instaurar una dictadura en Berlín y situarse él mismo en la cúspide del poder.

Obviamente, a la mayoría de los periodistas presentes[7] en la sala Seisser les pareció un testigo mucho más sincero y directo que Kahr. Hizo particular hincapié en que el triunvirato nunca podría haber colaborado con Hitler porque, como éste había dejado claro ya, sus objetivos no eran compatibles. El propio líder nazi le había dicho que, mientras el tren de Kahr se dirigía a París, el suyo iba a Berlín y que sólo podrían trabajar juntos si Kahr cambiaba de destino.

Seisser declaró que había asistido a una serie de reuniones en las que el abismo que separaba a los mandatarios bávaros de Hitler se había ensanchado todavía más. Una de las más importantes tuvo lugar el 1 noviembre de 1923. Ese día, después de soltar varios discursos farragosos y repetitivos, Hitler reiteró su compromiso de no dar jamás un golpe. Seisser lo relató así:

> Cuando le advertí del riesgo[8] que entrañaba el uso de la violencia, [...] [Hitler] me hizo varias veces la siguiente promesa: «Nunca tomaré partido en actos violentos dirigidos contra el Reichswehr o la Landespolizei; no soy tan idiota. No daré ningún golpe, se lo prometo».

Siete días después, Hitler incumplió su palabra. Los mandatarios bávaros habían confiado en él y habían caído directamente en su trampa.

Tras desestimar la moción para celebrar la vista a puerta cerrada, Seisser atacó a la defensa por citar las pruebas que se ofrecían en sesión secreta y exagerar después su importancia ante un público ajeno a los particulares del debate.

—Es un método muy simple[9] para tratar de manipular a la opinión pública —dijo Seisser.

Neithardt lo interrumpió educadamente con una voz apenas audible.

Algunos abogados se sobresaltaron y Roder se impuso por encima del revuelo:

—¡Pensaba que[10] se había hecho comparecer al coronel en calidad testigo, no de fiscal!

Cuando le indicaron que podía continuar, Seisser pasó a relatar «el asalto desafortunado e insensato»[11] de la cervecería. Apenas era capaz de ocultar el desprecio que sentía y su voz —que al principio se oía con claridad y nitidez— empezó a elevarse ahora con cierta frecuencia debido a lo indignado que estaba.

Hitler trataba de justificar sus actos presentándolos como un servicio a Alemania, dijo el testigo, pero esa operación supuestamente diseñada para salvar al Reich habría provocado su destrucción definitiva. Francia y Bélgica se habrían movilizado en el oeste, y en el este, los checos y los polacos habrían hecho lo mismo. Alemania habría tenido que hacer frente a una guerra con dos o tal vez tres frentes sin ejército ni recursos. Este énfasis en la falta de preparación militar estaba claramente destinado a la opinión pública. Los Aliados no debían enterarse de ninguna acción clandestina que pudiese contravenir el Tratado de Versalles.

Por lo tanto, concluyó Seisser —que se dirigía tanto a la audiencia nacional como a la extranjera—, Alemania habría tenido que luchar con «poco más que un grupo de incondicionales dispuestos a hacer todo tipo de sacrificios». En tales condiciones, el país habría cosechado otra derrota y se habría visto despojado de «sus últimas posesiones y sus últimas esperanzas». Eso era —según el testigo— lo que más preocupaba a los líderes bávaros cuando se plantearon salir al rescate del país «en el momento más negro de su historia».

Al entrar en la Bürgerbräu, continuó Seisser —que tenía al público pendiente de cada una de sus palabras—, los golpistas habían borrado de un plumazo años enteros de trabajo y planificación en nombre de la causa nacionalista.

Igual que Kahr y Lossow antes que él, Seisser afirmó que había tomado la decisión de enfrentarse a Hitler cuando se encontraba subido a la tarima del salón. Confirmó que, en efecto, Lossow le había susurrado las palabras: «Hagamos un poco de teatro», y reconoció también que se habían comunicado entre ellos por medio de miradas fugaces y gestos discretos con la cabeza.

Seisser planteó después una cuestión que con frecuencia se pasó por alto entre los alardes pirotécnicos del juicio: si Hitler y los miembros del triunvirato habían sellado realmente un acuerdo, ¿qué necesidad tenían de asaltar la cervecería y poner en riesgo la vida de miles de alemanes? El líder nazi nunca fue capaz de esclarecer ese punto y tenía muy buenos motivos. A pesar de los meses que llevaban de negociones con el triunvirato y del nivel considerable de entendimiento que había entre ellos, Hitler decidió dar el paso aquella noche sin contar con su apoyo.

El líder nazi parecía retorcerse de impaciencia mientras escuchaba el testimonio de Seisser.

—¡Menuda desfachatez![12] —dijo instantes después, lo bastante alto para que se oyese en la tribuna.

El coronel Von Seisser, «rojo de ira»[13] —como indicó el corresponsal del diario *Le Gaulois*—, exigió al juez que amonestara a Hitler por esa salida de tono. Los gritos del enfrentamiento[14] que se desató a continuación resonaron por toda la sala. Según el corresponsal extranjero de la Agence Havas, el incidente se alargó unos diez minutos.

Cuando el presidente de la sala recuperó el control, lo primero que hizo fue reprender a Hitler por sus palabras. Roder intentó explicarle que su cliente se estaba limitando a darle algunas instrucciones. Sin embargo, un periodista del[15] *Berliner Tageblatt* los había visto murmurando mientras Seisser testificaba, y recordaba con claridad que Hitler se había vuelto para hacer un comentario. Sea como fuere, tampoco esa nueva salida de tono tuvo consecuencias en la sala presidida por Neithardt.

Seisser pasó a aclarar una duda que muchos tenían con respecto al comportamiento de los mandatarios bávaros: ¿por qué no avisaron a Ludendorff de su cambio de planes con el fin de evitar la masacre? Para Seisser, la respuesta era muy simple. Ninguno de ellos confiaba en el general, de quien sospechaban que seguía siendo fiel a Hitler, y eran conscientes de que no tenían otra opción más que luchar.

—Habría sido[16] un disparate desde el punto de vista militar, además de una completa estupidez, anunciar una batalla sin prepararse antes para afrontarla.

Había demasiadas cosas en juego para arriesgarse a perder.

Además, Hitler y Ludendorff se enteraron de que las autoridades se oponían al *putsch* entre las cinco y las seis de la tarde. Dispusieron, pues, de muchísimo tiempo para cancelar la marcha. En cuanto Seisser terminó de exponer esos argumentos, Stenglein presentó una moción para que se excluyese al público de la vista.

El letrado de la defensa Alfred Holl protestó. La acusación estaba llamando a una serie de testigos para solicitar después, en cuanto terminaban de declarar, que la vista se celebrase a puerta

cerrada. Como consecuencia de ello, la versión presentada por los comparecientes quedaba «sin ser cuestionada en todo[17] el país». Esta visión parcial de los hechos estaba confundiendo a la audiencia.

El juez no se opuso a la táctica de la acusación, que resultaba bastante evidente, sino a la insinuación de que se estaba engañando al público. Las sesiones a puerta cerrada se celebraban únicamente por cuestiones de seguridad, aseguró Neithardt. Si dejaba que el material sensible saliera a la luz pública, estaría incurriendo en un delito de traición.

Holl solicitó a continuación un receso de veinte minutos —que le fue concedido— para preparar la sesión a puerta cerrada que el magistrado acababa de decretar.

Cuando la vista se reanudó, la defensa tomó la palabra sin dilación y se apresuró a realizar una serie de consideraciones aprovechando que el público y la prensa aún estaban presentes.

Hitler, el primero en hablar, negó todas y cada una de las acusaciones vertidas por el coronel contra él y prometió rebatirlas en cuanto tuviera oportunidad. Lo siguió Pöhner, que se lamentó por la manera en que Seisser había «deformado los hechos históricos»,[18] y Ludendorff coincidió con él en que el testigo había adornado su declaración con lo que a todas luces era una «reconstrucción de los hechos».

Luego intervino Roder para precisar que el testimonio de Seisser estaba plagado de imprecisiones y mentiras. Cuando el juez se opuso a sus críticas «injustificadas», Roder se comprometió a demostrar la veracidad de éstas en cuanto concluyera la declaración del testigo. Mientras tanto, dijo, quería protestar por el uso que se estaba haciendo de la seguridad nacional para encubrir al triunvirato o trío de traidores.

—¿Insinúa usted que se está intentando ocultar la traición de estos caballeros?

¿Ese reproche iba dirigido al tribunal?

Después de formular esa acusación, Roder apuntó al fiscal del Estado como nuevo blanco de sus críticas y dijo que el tema de la culpabilidad de los testigos sólo se trataba a puerta cerrada.

Stenglein, fuera de sí, se puso en pie de un salto para negar que se estuviera protegiendo a los mandatarios bávaros.

—¡Menudo escándalo![19] —pudo oírse que murmuraba Ehard, desesperado.

Al ver que la tensión iba en aumento, Neithardt y los demás miembros del tribunal se retiraron a deliberar si había fundamento para celebrar otra sesión a puerta cerrada. Cuando regresaron, el magistrado presidente volvió a dar la razón al fiscal, y el público, una vez más, fue desalojado de la sala.

41

EL *PUTSCH* QUE NO ERA UN *PUTSCH*

> Acusados, testigos, jueces,[1] abogados... En Múnich no hay más que cómplices.
>
> DE VILLEMUS, *L'Écho de Paris*,
> 13 de marzo de 1924

A pesar de todos los chistes que se habían hecho a propósito de su parecido con una ópera bufa, la «aventura de Hitler»[2] había estado muy cerca de provocar una crisis internacional. Cada vez cobraba más fuerza la hipótesis, especialmente fuera de Alemania, de que Kahr, Lossow y Seisser habían decidido abandonar la intentona golpista no tanto por sus escasas posibilidades de éxito sino porque pensaban que no produciría ninguna mejora a largo plazo en el país.

El derrocamiento del gobierno berlinés constituiría una violación del Tratado de Versalles. Se suponía que Baviera sería[3] uno de los primeros lugares que sufriría la invasión extranjera. El ejército alemán, limitado a cien mil hombres, no podría plantar cara a Francia —la mayor potencia militar del continente europeo—, que contaría además con el apoyo de una gran coalición internacional.

Además, ¿cómo podían haber acabado en manos de Hitler las armas, el equipamiento y la munición del Reichswehr? No había respuestas para ese interrogante, y cada vez resultaba más difícil ignorar la frecuencia con la que Neithardt recurría a las sesiones a puerta cerrada cuando algún miembro del ejército subía al estrado.

«Alemania se rearma»,[4] concluía de forma tajante el *Chicago Daily News* en un reportaje sobre los preparativos secretos para la guerra que tenían lugar en todo el país.

Gustav Stresemann, el canciller alemán, trató de calmar las inquietudes de la comunidad internacional, aunque —para indignación de los sectores nacionalistas— culpó a la propia Alemania de haber causado la Gran Guerra con sus bravatas y sus dislates. Pero eso, según él, era cosa del antiguo Reich. La nueva república estaba volviendo a sus orígenes como la nación más pacífica de Europa.

Mientras, el tribunal pasó el resto de la mañana en una sesión a puerta cerrada, escuchando cómo se ponían en entredicho todas las promesas realizadas por el canciller. El coronel Von Seisser hizo una exposición pormenorizada de los preparativos que había llevado a cabo la policía estatal para incorporarse como fuerza auxiliar a la frontera norte del país, que, tal y como sostenía la defensa, ya había sido reforzada con efectivos de algunas sociedades patrióticas, entre ellas la Bund Oberland. Seisser llegó incluso a reconocer que el triunvirato había elaborado un plan para efectuar una purga en la administración pública berlinesa.

Esa misma tarde, un grupo de asistentes al juicio volvía a su casa en tranvía después de la sesión. Muchos de ellos se lamentaron de lo poco que se le estaba contando al público. Todo lo que de verdad importaba tenía lugar a puerta cerrada, donde sospechaban que la defensa había conseguido destapar los planes de las autoridades bávaras para lanzarse sobre Berlín. La desilusión por la marcha del proceso y por la posible implicación de los mandatarios bávaros estaba muy lejos de disminuir.

Gustav von Kahr regresó en la jornada número catorce para someterse públicamente al interrogatorio de la defensa que había quedado pospuesto. Otto Gademann, uno de los abogados defensores que mejor conocían los preparativos militares clandestinos, dio inicio a la sesión con una pregunta relativa al cargo que ocupaba el testigo y a su nivel de responsabilidad.

Kahr eludió la mayoría de las cuestiones, tachándolas de irrelevantes o superfluas, o bien insinuando que ya habían sido contestadas en la sesión a puerta cerrada. Aseguró también que cualquier mención a un *putsch* por parte de las autoridades bávaras debía entenderse como una referencia a su deseo de sofocarlo, no de unirse a él. Después, cuando le preguntaron por el significado de las palabras «hacia Berlín»,[5] Kahr respondió que con esa expresión no pretendía aludir a una marcha sobre Berlín, sino a un plan para evitar que Baviera se separase de Alemania.

En ese instante, Hitler tomó la palabra y acusó al testigo de estar retorciendo la lengua alemana y de estar otorgando significados nuevos a palabras muy simples. La Marcha sobre Berlín no era una marcha sobre Berlín, y el *putsch* no era un *putsch*. «Si se permite[6] que este caballero redefina el significado de palabras y términos perfectamente comprensibles —dijo—, el tribunal no debería condenarlos ni a él ni a ninguno de los acusados.» Sus testimonios estaban basados en unas definiciones que, al parecer, habían dejado de tener validez.

El juez Neithardt impidió en múltiples ocasiones que Hitler y los abogados de la defensa plantearan preguntas, aduciendo cuestiones de «seguridad nacional». Eso permitió que Kahr siguiera negándose a reconocer los hechos, esquivando las cuestiones que le planteaban o desviándolas hacia alguno de sus colegas. Todo lo que hacía era escurrir el bulto y minimizar la importancia de sus propios actos.

Qué curioso, apuntó el abogado Kohl, que este testigo —nada menos que «el Bismarck bávaro»—[7] pareciese no saber nada ni sobre el cargo que ostentaba ni sobre cómo ocultarse detrás de una pantalla de humo. Desesperado, el letrado terminó reconociendo que no podía aguantarlo más.

—Que usted pueda[8] o no aguantarlo resulta completamente irrelevante —dijo el juez Neithardt—. El testigo tiene la obligación de decir la verdad.

La defensa retomó el tema del ya famoso apretón de manos entre Hitler y Kahr en el salón de la cervecería. Puede que pareciera una cuestión menor en el contexto general del caso, pero los abogados trataron de magnificar su importancia hasta límites insospechados. Un éxito en este tema podía compensar un fracaso anterior a la hora de conseguir que Kahr entrase en detalles sobre su implicación en la intentona.

Cuando Kahr negó que hubiera usado ambas manos para hacer el gesto, Hitler se levantó de un salto y procedió a describir el episodio con todo detalle. Estaba empezando a perder el control. Kahr, por su parte, seguía impasible. Cuanto más tranquilo estaba él, más furioso parecía ponerse Hitler, que no tardó en decir casi a gritos:

—¿Me está llamando mentiroso?[9]

Kahr, con la mirada todavía al frente y sin llegar en ningún momento a establecer contacto visual con los acusados, respondió con frialdad que no recordaba aquello como Hitler lo había descrito. El letrado Georg Götz le dijo que todos los que estaban presentes en el salón de la Bürgerbräu lo habían visto.

—¡Yo mismo me seguiré acordando[10] dentro de cien años!

La sala estalló[11] en una salva de aplausos.

Hitler olió la sangre y bombardeó a Kahr con una serie de preguntas sobre lo que había hecho la noche del *putsch*. El juez le rogó que se calmara y bajara la voz porque su comportamiento histérico podía acabar menoscabando «la honorabilidad del tribunal».[12] A los pocos minutos, sin embargo, Hitler estaba otra vez gritando[13] y acusando al testigo de mentir.

Roder se disculpó en nombre de su cliente y explicó que la excesiva fogosidad de éste se debía a que estaba cuestionándose su reputación. Después, tratando de utilizar ese mismo argumento en su provecho, el abogado le pidió al juez que obligara a Kahr a mirar «a los ojos»[14] a Hitler para afrontar la verdad de lo sucedido la noche del 8 al 9 de noviembre. Las palabras de Roder eran una clara alusión al lenguaje corporal del acusado, que a lo largo de toda la

jornada se había quedado sentado en su silla, mirando al suelo, a lo lejos o a cualquier otro lugar para no tener que encontrarse con los ojos de los acusados.

El juez se negó a provocar un enfrentamiento. Pronto se vio obligado, en cambio, a reprender nuevamente a Hitler por su manera de hablar. El charlatán de la cervecería terminó imponiéndose ese día, concluyó el diario *The Outlook*, «por una simple cuestión[15] de potencia pulmonar».

Si Kahr ya parecía algo taciturno e indiferente cuando comenzó su declaración, ahora era —como señaló el *München-Augsburger Abendzeitung*— la viva imagen de la desesperación. Ése fue el veredicto del rotativo nacionalista que, como siempre había hecho, no perdió un solo segundo para ensañarse con el político defenestrado.

Los partidarios de Kahr, por otro lado, dijeron que éste había sorteado con mucha habilidad una sucesión de trampas malintencionadas,[16] a cada cual más retorcida. Con total descaro, la legión de abogados de Hitler y Ludendorff habían convertido la sala en un proceso inquisitorial o en una cámara[17] de tortura medieval.

Según otras opiniones, Kahr había sobrevivido al interrogatorio gracias a su estrategia —una mezcla de desmentidos, evasivas y balones que echaba fuera—, y a la ayuda de Neithardt. Fue él, después de todo, quien le otorgó el privilegio de decidir cuándo podía negarse a declarar en atención a sus «privilegios ejecutivos» y cuándo se estaba poniendo en riesgo «la seguridad nacional». El testigo disfrutaba de una libertad total para contestar o eludir las preguntas según le viniese en gana.

Neithardt había salido con frecuencia en defensa de los mandatarios bávaros y había desestimado todas las preguntas que pudieran implicarlos aún más en la trama golpista. Esta forma de manejar el juicio no le haría ningún bien a la reputación de las autoridades bávaras. Para muchos alemanes, Kahr, Lossow y Seisser parecían haber traicionado al país, a los golpistas o a todos ellos; habían abandonado a los soldados de a pie que dieron la cara por

ellos con el único fin de no afrontar sus responsabilidades. Y ahora, para irritación de ciudadanos de todas las ideologías, esos manipuladores parecían contar también con el amparo del presidente de la sala.

Al salir en defensa de las autoridades y de las instituciones que éstas tenían a su cargo, Neithardt había creado la situación ideal para un agitador como Hitler. Ahora podría presentarse como un rebelde capaz de plantar cara a las figuras poderosas pero impopulares que gobernaban tanto en Berlín como en Baviera, y, de paso, convertir su juicio por alta traición en un espectáculo protagonizado por él mismo, ejerciendo el papel de patriota y mártir de la causa nacional. Su actuación fue recibida con aplausos por el público de la sala y también por la prensa.

42

EL ESTALLIDO

Alemán contra alemán,[1] golpe y contragolpe.
Auckland Star

La jornada número quince fue la señalada para que el general Von Lossow se sometiera a las preguntas de la defensa. Su declaración anterior no había resultado demasiado concluyente. Por un lado, había logrado poner en evidencia la brutalidad y deslealtad de los golpistas. Pero, por otro, había sido incapaz de desmentir que hubiese participado en una conspiración contra la república. El juicio —concluyó el *Berliner Tageblatt*— ofrecía una imagen «muy poco edificante».[2]

Armado con su sarcasmo hiriente y su don para las contestaciones fulminantes, Lossow logró poner en su sitio a acusados y abogados por igual. En primer lugar, quiso dejar claras las diferencias que había entre el programa que él defendía —el establecimiento de un régimen autoritario y legítimo que emanase de los poderes especiales reconocidos por el artículo 48 de la Constitución de Weimar— y esa visión simplista según la cual no quedaba otra opción que dar un *putsch*. Nada le parecía menos apetecible que una dictadura militar, especialmente si en ella estaba involucrado Adolf Hitler.

Lossow intentó sacar partido del fuerte sentimiento contestatario que flotaba en la tribuna y defendió el derecho a rechazar cualquier orden dictada por un gobierno corrupto, en clara

referencia a Berlín. Habló también de la crisis económica y social que se había desatado durante la pesadilla hiperinflacionaria:

> Nuestros soldados[3] no están ahí para pasarse el día entero matando a personas hambrientas sólo porque ustedes [los políticos] son incapaces de formar un gobierno decente.

Igual que habían hecho Kahr y Lossow, dijo que su uso de la palabra *putsch*, o golpe de Estado, debía entenderse sólo como una forma de ejercer presión sobre el gobierno central.

—¿Considera usted entonces[4] —le preguntó el letrado Holl— que los acusados no tenían una visión del golpe muy diferente de la de su excelencia?

Este comentario provocó algunas risas entre los asistentes, muchos de los cuales lucían ahora una gama de accesorios muy distinta: «Entre el público parecían hacer furor todo tipo de broches, collares[5] y colgantes hechos a mano en oro y plata con forma de *hakenkreuz* ["esvástica"]», escribió un periodista del *New York Herald*.

Esa mañana, el público de la sala estalló en carcajadas varias veces y el juez Neithardt se vio forzado a usar el mazo en repetidas ocasiones y a amenazar con expulsar a los alborotadores. Mientras tanto, el equipo de la defensa siguió presionando al testigo para que diera la impresión de que era a él, y no a Hitler, a quien se estaba juzgando.

Christoph Schramm, el abogado que representaba a Röhm, preguntó por qué todos los hilos de la conspiración contra la república convergían en Múnich.

—¿Qué le lleva a pensar eso?[6] —contestó Lossow.

Pero al instante rectificó. Primero dijo que él no creía que todos los hilos convergiesen en Múnich y después afirmó que sabía a ciencia cierta que no era así. La red de la maquinación se había tejido también en Berlín y en otras partes del Reich.

¿No esperaba el testigo que le diesen algún cargo en el nuevo régimen?

—¡No, en absoluto![7] —contestó Lossow, que a continuación pasó a hablar de sí mismo en tercera persona y añadió—: Ya he dicho que el general Von Lossow entró en política en contra de su voluntad y sus deseos, y que espera que llegue pronto el día de abandonarla.

Otro de los abogados le preguntó si era verdad que había dicho que los mandatarios políticos de Berlín no eran más que «una panda de eunucos y castrados[8] demasiado cobardes para tomar una decisión».

Lossow reconoció haber dicho unas palabras muy parecidas a ésas, aunque se lamentaba de que —gracias a la gentileza de la defensa— se hubieran difundido fuera de la sala en la que habían sido pronunciadas. El testigo estaba cada vez más furioso. Pocos minutos después, empezó a golpear la mesa y se negó a contestar más preguntas triviales. El juez le pidió que conservara la compostura.

—¡Agradecería que no se me hicieran[9] más preguntas superfluas! —replicó el testigo.

Como dijo el corresponsal de la agencia Havas, Lossow era un «oponente muy duro».[10] Se pasó la mayor parte del interrogatorio caminando por delante del tribunal con las manos a la espalda y transmitió en todo momento una imagen de fortaleza y seguridad en sí mismo. Sin embargo, igual que Kahr, a veces eludía las preguntas y a veces daba respuestas que generaban muchas dudas sobre su credibilidad.

Cuando Hitler le pidió que identificara a las personas que habían ideado el plan para instaurar un régimen autoritario, en un primer momento Lossow titubeó y se negó rotundamente a contestar. Luego respondió que no lo sabía, pero al final se desdijo y aseguró que se había enterado de todo en «una serie de reuniones confidenciales»[11] que tuvieron lugar a posteriori.

—Tenemos la obligación[12] de revelarle con todo detalle al tribunal cualquier asunto confidencial del que tengamos conocimiento —dijo Hitler.

Y después, a pleno pulmón, le exigió al presidente de la sala que obligase al testigo a contestar.

Neithardt le pidió que se calmase y desestimó su pregunta por carecer de relevancia. En ese momento, el letrado Walther Hemmeter solicitó un breve receso para repensar su estrategia, ya que —según sus propias palabras— el testigo parecía haberse apoderado del juicio.

El magistrado presidente pasó por alto el comentario, pero Hemmeter tenía más cosas que decir. Protestó por la actitud indecorosa de Lossow, que se había dedicado a pasearse por la sala durante toda la sesión y a gritar como si estuviese en un cuartel del ejército.[13] Los abogados de la defensa no eran sus reclutas. Además, ¿qué base legal había para que se negase a contestar las preguntas que se le planteaban?

—El testigo ya le ha explicado[14] que no puede desvelar el contenido de esas conversaciones debido a su carácter confidencial —contestó Neithardt.

—Eso supone una infracción del código procesal.

—Soy consciente de ello —dijo Neithardt, que a continuación denegó la protesta del abogado y rechazó su pregunta por carecer de relevancia para el tribunal.

Al contrario, dijo Holl, la pregunta no sólo era relevante, sino que constituía el verdadero meollo de la defensa. Si los mandatarios bávaros hubiesen diseñado un complot contra el gobierno de Berlín, como dejaron entrever, entonces Hitler, Ludendorff y el resto de los acusados se habrían limitado a cumplir órdenes.

El presidente consideró de nuevo que la cuestión era irrelevante.

Hitler no se amilanó y volvió a la carga. Podía darse el caso de que Lossow desconociera la respuesta. ¿Cabía la posibilidad de preguntarle el nombre de la persona o personas que en su opinión habían concebido la idea de instaurar un régimen dictatorial en Berlín? Neithardt decretó un breve receso para deliberar.

El juez regresó a la sala a las once y cuarto y desestimó la pregunta del acusado.

Hitler perdió los estribos.

—Nada más lejos de mi intención[15] que criticar la decisión del tribunal —empezó a decir con un tono que no tardó en subir hasta transformarse en un grito.

Según él, los hechos sucedidos el día 8 de noviembre eran, simple y llanamente, «resultado de un acto de traición perpetrado por Lossow, Kahr y Seisser».

Se produjo un nuevo alboroto[16] en la tribuna.

—No tiene ningún derecho[17] a hacer esos comentarios —dijo Neithardt—. Acertadamente o no, el tribunal ya ha tomado una decisión.

El juez rogó a los letrados de la defensa que se atuviesen exclusivamente a los hechos, y a Hitler en particular que bajase la voz. A los pocos minutos, sin embargo, Lossow y él estaban otra vez enzarzados en una discusión.

Algún tiempo después, el periodista estadounidense H. R. Knickerbocker recordaría el episodio de la siguiente manera: Hitler se puso en pie de un salto y empezó a gritarle al testigo, pero al cabo de unos instantes, apabullado, tuvo que volver a sentarse, «como si lo hubieran[18] tumbado de un puñetazo». Fue la única vez en toda su carrera como corresponsal en el extranjero —añadió el ganador del Premio Pulitzer— que vio que alguien lograba callar a Hitler. Las palabras de Knickerbocker eran algo exageradas, aunque escondían cierta verdad. Esa escena concluyó con otro incidente.

El «enfrentamiento encarnizado»,[19] como lo definió *Le Figaro*, comenzó cuando Hitler le preguntó a Lossow si se atrevía a declarar bajo juramento que había sido amenazado cuando estuvo en la sala privada de la cervecería. El testigo, según él, había sido tratado como el futuro responsable militar del régimen nacionalista, no como un rehén.

El líder nazi siguió insistiendo y puso especial énfasis en los muchos meses de entendimiento que compartieron sus seguidores y los mandatarios bávaros; unos meses de entendimiento que llegaron a su fin cuando se produjo el *putsch* y los políticos decidieron traicionarlos. A pesar de que todos los presentes en la sala podían entenderlo perfectamente, el juez volvió a pedirle a Hitler que hablara «un poco más despacio».[20]

¿Cuántas veces tendría que reprender Neithardt a Hitler por gritar, interrumpir e insultar a los testigos o por volver a plantear preguntas que el tribunal ya había considerado improcedentes? Fuera de la sala, alguien pudo escuchar a Neithardt quejándose de que resultaba imposible hacer callar a Hitler.[21]

En un determinado momento, el líder nazi reconoció que, en efecto, se había comprometido a no organizar ningún golpe sin avisar antes al coronel Seisser. Pero después pasó al ataque y obligó a Lossow a admitir que se habían establecido ciertas condiciones y salvedades a esa promesa. Una de ellas era que no estaría obligado a cumplirla si tenía lugar algún acontecimiento imprevisto.

El general Von Lossow —que desde el principio había mantenido una actitud arrogante— respondió al acusado con la misma seguridad con la que un oficial de la aristocracia reprendería a un soldado raso. Por muchas salvedades que hubiera, Hitler había incumplido su palabra y los había atacado por la espalda. Sus desmentidos ante el tribunal no significaban nada. Era evidente que se sentía culpable. El público se encrespó.

—¡Teniente general![22] —exclamó Hitler, visiblemente enfadado.

Él no tenía ningún motivo para sentirse culpable, dijo, porque el único que había incumplido su promesa era el propio Lossow. A pesar de que acababa de contradecirse a sí mismo, al público no pareció importarle demasiado. Se desató un estruendoso revuelo en la tribuna, acompañado por una salva de aplausos. El testigo,[23] furioso, cogió sus pertenencias y salió de la sala.

Algunas personas dijeron que Lossow había pedido permiso para retirarse. Pero si realmente lo hizo, muy pocos pudieron oírlo. El juez reprendió a Hitler por su «inexcusable falta de decoro»[24] y suspendió la vista.

Muchos de los presentes vieron al general Von Lossow como el típico militar colérico incapaz de controlarse. Hitler parecía plantar cara una vez más[25] a las mentiras, las traiciones y la cobardía que imperaban en las altas esferas del poder. De Berlín a París, los lectores de izquierdas no sabían muy bien qué les resultaba más execrable, si la actitud de un reaccionario como Lossow, la de un fanático como Hitler o la pasividad del sistema judicial que dirigía ese circo tan bochornoso.

43

INSINUACIONES

> Los testigos de la acusación[1] se habían convertido en testigos de la defensa.
>
> KARL KOHL

Después de que perdiera los nervios y saliera airadamente de la sala, el tribunal decidió programar una nueva comparecencia del general Von Lossow para la mañana del sábado 15 de marzo de 1924. Según el *Bayerischer Kurier*, la primera pregunta[2] que debió de pasarles por la cabeza a prácticamente todos los presentes fue la siguiente: ¿se presentaría el general? La respuesta a ese interrogante llegó a las ocho y media de la mañana, hora en la que el presidente del tribunal abrió la sesión. Al general Von Lossow no se lo veía por ninguna parte.

Neithardt leyó una nota redactada por el testigo ausente en la que explicaba que no tenía intención de regresar a la sala por razones que, según dijo, resultarían «evidentes a cualquiera que[3] hubiera estado presente al término de la sesión [anterior]».

Roder solicitó que el tribunal tomara las medidas oportunas para que Lossow se sometiera a las preguntas de la defensa, pero el magistrado presidente hizo caso omiso de su petición y llamó al primero de una larga serie de testigos intrascendentes. La mañana avanzó con mucha lentitud, lo cual no dejaba de resultar curioso, ya que se rumoreaba que el proceso concluiría a finales de la semana siguiente. Según informaba el *Welt am Montag*, Neithardt había confirmado ese calendario en privado a varios abogados.

El tribunal tenía, en efecto, que darse prisa para alcanzar un veredicto porque el mandato de la institución que juzgaba el caso —el Tribunal Popular—[4] expiraba el 1 de abril de 1924. Ése era el acuerdo al que habían llegado las autoridades de Baviera y Berlín: el juicio podría celebrarse en Múnich a cambio de que el Tribunal Popular desapareciese de manera discreta una vez concluido éste.

Resultaba muy sorprendente que, con el tiempo prácticamente encima, se decidiese llamar a esa avalancha de testigos insustanciales, cuyos testimonios apuntarían con toda seguridad en cualquier dirección menos en la única que pudiese esclarecer los hechos del caso. En lugar de llegar a una conclusión, el juicio parecía estar perdiéndose en una serie de digresiones triviales y absurdas.

Por otro lado, bastaba con echar un vistazo a la lista de testigos que habían sido llamados a declarar hasta ese momento para llegar a la conclusión de que el tribunal estaba centrándose demasiado en el testimonio de los más ricos y poderosos. ¿Y todos los trabajadores, artesanos y jornaleros que se encontraban en Múnich aquella noche de noviembre y a la mañana siguiente? La asociación de peluqueros del Estado de Baviera,[5] sin ir más lejos, había emitido una protesta por el sesgo elitista que había adoptado el juicio. ¿Qué hechos se estaban tratando de silenciar en la sala presidida por Neithardt? Aunque lo que mucha gente se preguntaba era si realmente había llegado a presentarse[6] algún hecho.

L'Écho de Paris vaticinó que los magistrados del juicio de Hitler —como prefirieron llamarlo la mayoría de los diarios en vez de *juicio de Ludendorff*— pasarían a formar parte de las leyendas y las fábulas legales.[7] El término *juicio bávaro* se convertiría en sinónimo de *parodia jurídica*. El diario *L'Humanité* auguraba que aquella farsa acabaría[8] con los propios jueces condenados a pasar diez años de cárcel en la fortaleza penal de Landsberg.

Aun así, el desfile de testigos insignificantes, y por lo general irrelevantes, continuó. La única información reveladora del día la aportó Friedrich von Schirach, un capitán de caballería jubilado de

cincuenta y cuatro años, cuyo testimonio causó un gran asombro entre los presentes.

Mientras explicaba que la marcha sobre Berlín no estaba pensada como un ataque en sentido estricto, el testigo mencionó de pasada que el juez Neithardt le había insinuado que evitara ese tema. A esta sorprendente afirmación no tardaron en seguirle sendas mociones del presidente del tribunal y del fiscal para que el resto de la sesión se celebrase sin público.

Ya a puerta cerrada, Schirach reconoció que estaba al tanto de la orden emitida por el Ministerio de la Guerra [Ia 800, con fecha 26 de octubre de 1923] para reforzar el regimiento de infantería con tres batallones procedentes de las sociedades de combate paramilitares. Se trataba del mismo documento por el que Ludendorff había preguntado anteriormente a Kahr. Convencidos de que esa concentración de tropas suponía el comienzo de la esperada toma de Berlín, los hombres del grupo paramilitar de Schirach —el V.V.V. Múnich— habían reaccionado con verdadero entusiasmo.

Stenglein preguntó si la orden se había ejecutado.

—Los voluntarios se presentaron[9] y se les remitió al Ministerio de la Guerra.

Después tendrían que haber ido al cuartel del 19.º Regimiento de Infantería para pasar revista el 11 de noviembre de 1923 a las diez de la mañana.

—¿Por qué no llegó a ocurrir eso? —preguntó Neithardt.

—Porque los acontecimientos que tuvieron lugar los días ocho y nueve lo impidieron.

Cuando volvieron a preguntarle, Schirach aseguró con rotundidad que había varias sociedades paramilitares dispuestas a marchar junto al ejército bávaro con el fin de unirse después a sus aliados nacionalistas en el norte y persuadir al presidente y a su gabinete de que dimitieran. Si los políticos se resistían, se los obligaría a dejar sus cargos por la fuerza.

Hitler intervino para corroborar la declaración del testigo. Como responsable político, «le llegaban día tras día informes detallados[10] sobre la situación». Todas las personas que tenía a su cargo estaban «completamente convencidas de que aquello representaba un avance y, para ser sinceros, yo también insistí en ello hasta la saciedad», dijo. El líder nazi no creía que se estuviera dando un paso meramente simbólico o imaginario: irían a Berlín.

Lo que terminó de convencer a Hitler fue el despliegue de la artillería. Si su única intención hubiera sido presionar políticamente al gobierno de Berlín, a los mandatarios bávaros no les habrían hecho falta todos esos cañones y obuses.

Lo único que había impedido que el plan se pusiera en práctica, añadió Hitler, había sido Gustav von Kahr. Era un político débil e inseguro que carecía de la habilidad necesaria para llevar sobre sus espaldas el peso de la responsabilidad. Por eso él, en lugar de quedarse esperando a que Kahr fracasara, había decidido asaltar la Bürgerbräu y hacerse con «el liderazgo político»[11] para la batalla que estaba por venir.

Se oyeron algunos gritos[12] procedentes de la parte del estrado donde se encontraba la acusación.

Hitler logró hacerse oír por encima de ellos.

—¡La debilidad [de Kahr][13] podría haber supuesto el hundimiento de Alemania!

Hitler se había pasado años enteros insistiendo en que sólo quería ser el tambor del movimiento nacionalista. Pero en el calor de ese nuevo arrebato había dejado claro que aspiraba a mucho más.

Neithardt, mientras tanto, intentaba impedir que el líder nazi siguiera hablando para que no se ahondase demasiado en las incómodas insinuaciones que se acababan de hacer acerca de la implicación del gobierno bávaro en el *putsch.* También trataba de evitar a toda costa que se propusiese llamar a algún testigo nuevo.

Cerca ya del final de la jornada, Neithardt exasperó todavía más a la defensa negándose a forzar una nueva comparecencia de Lossow. Los letrados Gademann, Holl, Roder y Hemmeter exigieron

que el general subiese otra vez al estrado. Las preguntas que tenían que plantearle, aseguraron, eran esenciales para su estrategia.

Neithardt, imperturbable, condenó a Lossow a pagar una multa de cincuenta marcos por su «ausencia injustificada» o, en caso de no satisfacerla, a una pena de cinco días de cárcel.

A las 13.20 horas,[14] el presidente de la sala dio por concluidas las sesiones hasta la semana siguiente. A mucha gente le pareció increíble que el proceso pudiera terminar en tan sólo cinco días. En el exterior, mientras tanto, un grupo de jóvenes gritaba consignas en contra de Gustav von Kahr y a favor de Adolf Hitler. Un claro presagio de lo que estaba por venir.

44

EL GUARDAESPALDAS DE HITLER SUBE AL ESTRADO

> Éste no es el tipo de juicio[1] que se celebra todas las semanas ante el Tribunal Popular.
>
> ALFRED HOLL,
> a lo que el presidente de la sala contestó:
> «¡Gracias a Dios!»

Edgar Vincent —vizconde D'Abernon y embajador del Reino Unido en Alemania— se reunió en Berlín con Gustav Stresemann, el excanciller de la república al que acababan de nombrar ministro de Exteriores. La conversación no tardó en girar en torno al juicio de Hitler.

Las múltiples «revelaciones»[2] procedentes de Múnich habían dejado a Stresemann perplejo. Era evidente que tanto Europa como Alemania se enfrentaban a un peligro «infinitamente más grave de lo que la opinión pública se atrevía a reconocer». El embajador británico anotó en su diario lo siguiente:

> [Stresemann] siempre había sido consciente de lo cerca que estaba Alemania de sufrir un grave *putsch* orquestado por la derecha, pero los círculos de Berlín habían subestimado hasta el momento la gravedad del peligro al que se enfrentaba el país.

Stresemann sabía que los complots de Kahr contra la república no eran de naturaleza «menos subversiva». Pero el apresurado plan de Hitler los había desbaratado.

La comunidad diplomática acreditada en Múnich también estaba siguiendo con interés el espectáculo judicial. Carl Moser von Filseck, ministro de Württemberg, asistió a una de las sesiones a principios de marzo y dijo que se había sentido asqueado al ver a los acusados entrar en la sala[3] riendo, charlando y saludando al público. Nadie parecía tener intención de llamarles la atención. Los argumentos que esgrimían eran descabellados y, en general, parecía reinar el más absoluto descontrol. Robert Murphy, homólogo de Filseck en la embajada de Estados Unidos, definió más tarde la actitud de los acusados como una «bravuconada indecente».[4]

El lunes 17 de marzo, la revista satírica *Simplicissimus* dedicó su portada[5] al juicio de Hitler. El «Perro rojo», como se conocía popularmente a la publicación, presentaba a un remilgado Hitler con ademán desafiante y una antorcha en la mano, tratando de prender fuego a un edificio del gobierno. Al líder lo llevaba a hombros Ludendorff, que a su vez intentaba mantener el equilibrio sobre la espalda de Gustav von Kahr. Y este último, al mismo tiempo, llamaba a un policía. A lo lejos, una estrella fugaz con forma de esvástica se dibujaba en el firmamento.

Esa misma mañana, el juicio entró en su cuarta semana. Lorenz Roder, el abogado de Hitler, abrió la sesión presentando una queja contra una persona que, según se rumoreaba, estaba escribiendo un libro sobre el procedimiento. El autor, al parecer, colaboraba con un oficial del ejército que, a cambio de una cantidad de dinero diaria y un porcentaje de las ventas, le suministraba toda la información de las sesiones a puerta cerrada a las que él tenía acceso. La intención de estos individuos era destapar todos los entresijos del proceso.

En vista del interés que el caso suscitaba entre la opinión pública y de la cantidad de material sensible que ya se había filtrado a la prensa, Roder creía que el rumor debía ser tomado en consideración. Neithardt accedió a estudiarlo. Como el presunto informador, el coronel Joseph Schraudenbach, se encontraba esa mañana entre el público, la sala tuvo ocasión de asistir a un nuevo espectáculo y ver cómo se interrogaba a uno de los asistentes.

Schraudenbach reconoció sin rodeos que había publicado un anuncio en la prensa para ofrecer sus servicios como escritor y fotógrafo a cualquier persona que estuviera interesada en escribir un libro sobre el juicio. No se molestó en desmentir ninguna de las afirmaciones realizadas por Roder, excepto una: juró que jamás divulgaría la información clasificada.

En cuanto a las notas que había tomado durante las sesiones a puerta cerrada, Schraudenbach aseguró que lo había hecho únicamente para garantizar que su versión fuera fiel a los hechos. Prometió que no se publicaría una sola palabra de ellas.[6] Para evitar que se cometiera un error involuntario, había tomado la precaución de colocar entre paréntesis todos los detalles que pudieran considerarse sensibles. Tanto Roder como Neithardt aceptaron sus explicaciones. Al coronel se le permitió continuar con su colaboración, aunque no tardaría mucho en desligarse del proyecto a raíz de unas desavenencias contractuales.

En Múnich, la opinión pública estaba claramente a favor de Hitler y el resto de los acusados. Los mandatarios bávaros eran vistos como los verdaderos traidores en aquel juicio contra un grupo de patriotas alemanes y, como señaló el corresponsal del diario *Le Temps*, nunca más se atrevieron[7] a aparecer en público. Circulaban rumores de que[8] al general Von Lossow lo habían retado a más duelos de los que podría aceptar en toda su vida. La revista *Time* destacaba que uno de los contendientes[9] era el propio teniente coronel Kriebel.

En la larguísima sesión que tuvo lugar ese día, Roder hizo un movimiento claramente efectista. Para confirmar su idea de que el plan elaborado por Kahr no era en modo alguno una iniciativa metafórica o hipotética, solicitó la comparecencia de cuatro testigos nuevos: Friedrich Ebert, presidente de Alemania; Gustav Stresemann, ministro de Exteriores; el general Von Seeckt, jefe del ejército, y el Dr. Otto Gessler, ministro de Defensa. No existía la menor posibilidad de que el presidente de la sala accediera a su

petición, pero varios periodistas[10] informaron de ella. Las bufonadas sensacionalistas de Roder saltaron a los titulares de la prensa alemana e internacional.

Los ataques salvajes que sufrió la Constitución esa tarde también llenaron algunos titulares. Eberhardt Kautter, un alto asesor del comisionado Kahr, abrió su comparecencia pidiendo permiso para hacer una declaración. Después hizo un recorrido por los orígenes del golpe, que estaba claramente pensado para justificar el comportamiento tanto de Kahr como de Hitler. Nadie protestó, ni en ese momento ni tampoco cuando describió la Constitución de Weimar como «una mordaza para silenciar la voluntad[11] del pueblo».

En la sesión vespertina, Ulrich Graf, el guardaespaldas de Hitler, subió al estrado. Era la primera vez que veía al líder nazi desde que le había salvado la vida durante el *putsch*. Graf había pasado cuatro semanas en un hospital, debatiéndose —tal y como él mismo explicó en sus memorias inéditas— entre la vida y la muerte. Y también deprimido: Hitler estaba en la cárcel, el Partido Nazi parecía haber sido «desarticulado»[12] y los ahorros de toda su vida se habían esfumado a consecuencia de la hiperinflación. «Fueron días difíciles», dijo.

El guardaespaldas no añadió nada nuevo a lo que ya se conocía del asalto a la cervecería, pero sí aportó una serie de detalles poco conocidos sobre las negociaciones que se produjeron en el salón privado. En opinión del *Berliner Volks-Zeitung*, el interrogatorio fue «bastante revelador».[13] Aunque no había podido oír la conversación entera, Graf declaró haber presenciado lo suficiente para concluir que Lossow y Seisser habían alcanzado un acuerdo con Hitler antes incluso de que Ludendorff entrara en la sala.

Y la impresión de que existía cierto entendimiento entre ellos quedó confirmada, dijo, al ver que el Dr. Weber le daba un cigarrillo al coronel Seisser y que el general Von Lossow le pedía otro.

—¿Fue una reunión[14] distendida? —preguntó Neithardt.

Graf respondió que sí y añadió que la atmósfera era muy diferente de como la había descrito la prensa. De hecho, a Hitler le había sido más fácil de lo que esperaba convencer a los miembros del triunvirato. El guardaespaldas recordó haber pensado entonces que ni siquiera le había hecho falta emborracharlos.

En cuanto a la marcha por el centro de la ciudad, el letrado de la defensa Christoph Schramm quiso saber si el testigo había informado a los agentes de la policía estatal desplegados en la Odeonsplatz de que Ludendorff se encontraba con ellos.

Graf contestó que sí y explicó cómo se había puesto a gritar: «¡Ludendorff está aquí![15] ¿Estáis dispuestos a disparar a vuestro general?». Fue en ese momento cuando se produjeron los primeros disparos. Aún podía oír a los manifestantes cantando por detrás de él el *Deutschland über Alles*.

¿Es posible que la policía no lo oyera en medio del ruido y la confusión?

Graf respondió que era imposible.

—No es que lo gritara,[16] es que me desgañité.

El interrogatorio continuó sin que se produjera ninguna otra revelación de importancia hasta que Hitler salió en defensa de su guardaespaldas, al que definió como «el hombre más sincero, leal y honrado que había conocido». Graf, añadió, habría «estado dispuesto en cualquier momento a dar su vida» por él. Y a punto había estado de hacerlo. De hecho, su hermana pequeña, Gretl, aún lo tenía bajo su cuidado. El testigo abandonó la sala emocionado por ese elogio.

La jornada concluiría con una discusión en torno a si el resto de los testigos debía comparecer. El presidente del tribunal estaba intentando cerrar la ronda de testimonios lo antes posible. La acusación, por su parte, quería llamar como mínimo a un testigo más y la defensa tenía su propia lista. Todo aquello amenazaba con convertir el juicio en un laberinto de testimonios y réplicas. El juez suspendió la vista a las 17.12 horas con la promesa de dar a conocer en breve su decisión.

45

UN GIRO DRAMÁTICO

> Yo ya predije que en este juicio,[1] como en todos los grandes juicios públicos, se iba a jugar sucio [...] y se iban a emplear todas las artimañas conocidas.
>
> WALTER LUETGEBRUNE

Al comienzo del proceso, Ludendorff había sido celebrado como un gigante en la línea de Federico el Grande u Otto von Bismarck. Después de dieciocho días, sin embargo, el general estaba perdiendo brillo. Mientras Hitler se dedicaba a vociferar con su «rugido gutural»[2] y concitaba la atención de los medios, Ludendorff se iba desdibujando cada vez más.

La primera comparecencia del general había irritado a un gran número de personas, entre ellas muchos de sus propios seguidores. Como dijo el corresponsal de la agencia United Press, Ludendorff se había revelado como un auténtico «zote para la política»[3] y como un «cobarde moral». El *Augsburger Postzeitung*, por su parte, lo bautizó como «Ludendorff el Inepto».[4] La declaración que estaba a punto de hacer —una vez que Neithardt aceptó llamarlo de nuevo al estrado— no iba a servir, ni mucho menos, para mejorar su reputación.

Ludendorff empezó presentándose como un monárquico que se había dado cuenta de que la corona alemana no se restauraría hasta que el pueblo lo quisiese. Entre tanto, lo que él deseaba era que se estableciese una dictadura de carácter transitorio, similar a la que se había instaurado en Francia, Inglaterra y Estados Unidos durante la

guerra. Al oírlo hablar de los regímenes autoritarios en el mundo occidental, muchos de los asistentes dudaron de que el general estuviera en su sano juicio.

Neithardt le preguntó si sabía cuáles eran los planes de Hitler antes de llegar a la cervecería.

Ludendorff contestó que no, y negó también haberse planteado participar en una «marcha militar[5] sobre Berlín». Su único objetivo era ejercer cierta «presión moral».

El presidente le repitió la pregunta para ver si Ludendorff ratificaba su declaración, ya que ésta contradecía tres aspectos esenciales de su testimonio anterior: que había decidido sumarse a un alzamiento nacional planificado, que se había enterado del complot de camino a la cervecería y que aspiraba a tomar la capital.

—He escuchado ya tantas cosas[6] y le he dado tantas vueltas a todo, que ni siquiera sé qué pasó realmente —contestó Ludendorff.

El corresponsal de *Le Petit Journal* lo expresó de una manera un tanto diferente: «Ludendorff se retracta de su confesión».[7]

La nueva postura del general —sobre todo su argumento de que la marcha sobre Berlín era una simple metáfora— parecía estar en total consonancia con la línea oficial defendida por Kahr, Lossow y Seisser. Algunos diarios, como el *8-Uhr-Abendblatt* de Berlín, ya habían pronosticado hacía mucho tiempo que Ludendorff cambiaría de bando y no tendría inconveniente en dejar en la estacada a sus compañeros para tratar de salvarse.

En algunos momentos, Ludendorff intentaba atenuar las contradicciones que su nueva confesión ponía de manifiesto; pero la mayoría de las veces ni siquiera se molestaba en hacerlo o se limitaba a asegurar que no sabía nada. No, no se había enterado de que los miembros del consejo de ministros estaban retenidos en la cervecería. No, no se había dado cuenta de que Hitler quería destituir al presidente de la república ni de que tal vez tuviera pensado ir más lejos. A muchos periodistas todos esos pretextos y

desmentidos de última hora les parecieron patéticos e indignos de un hombre de su talla. «El valiente general[8] —escribió *L'Humanité* — temblaba de miedo al pensar que podían condenarlo.»

En un determinado momento, Adolf Hitler acudió en su ayuda. A Ludendorff lo habían designado comandante militar, dijo, porque no había nadie que estuviera más preparado que él. En cuanto al liderazgo político, él asumía la culpa por lo sucedido en la cervecería, al tiempo que se atribuía todo el mérito: «Ahora soy el responsable político[9] de la nueva Alemania», anunció. El líder nazi se jactó de haber puesto en marcha el movimiento nacionalista cuatro años atrás y de haberse dedicado desde entonces a recabar cualquier apoyo en su nombre.

Lo que pretendía la noche del 8 al 9 de noviembre de 1923 era lanzar «una campaña de propaganda muy amplia»[10] para hundir al gobierno de traidores socialistas y marxistas que se había establecido en Berlín. En una aventura así, la prudencia y la moderación no tenían cabida, añadió, «el hombre que cree que puede hacer algo tiene la maldita obligación y el maldito deber de actuar». Kahr no estaba a la altura. «A la postre, el arte de gobernar no es una rama de la ciencia política. Es un don con el que se nace.»

Cuando Ehard le recordó al tribunal las terribles repercusiones que aquella acción podría haber tenido tanto dentro como fuera de Alemania, Hitler replicó que ésa había sido precisamente su intención. Quería destruir al gobierno que, en su opinión, había mancillado el honor de Alemania ilegalmente durante cinco largos años y había tenido al país a merced de su proyecto «internacionalista, marxista, derrotista,[11] pacifista y democrático». El *putsch*, insistió, tenía una finalidad patriótica. Si el tribunal no lo veía así, debería decretar la pena de muerte.

La intervención de Hitler causó una profunda impresión en la sala. «El gran juicio por traición de Múnich[12] —escribió Thomas R. Ybarra en *The New York Times*— ha vuelto al punto de partida.» Mientras que el general Ludendorff —un militarista convencido de origen prusiano y un reputado comandante del ejército— intentaba

desligarse de la intentona, Hitler —un simple soldado raso— «reconocía abiertamente su intención de marchar sobre Berlín [...] para derribar por la fuerza al gobierno de la república».

El general había hecho en el estrado lo mismo que cuando escribió su libro: tratar de sacudirse toda la responsabilidad. A Hitler, en cambio, cargar con «la mayor parte de la culpa» parecía engrandecerlo. Ludendorff, la vieja gloria, aseguraba no haber visto, oído ni elegido nada y señalaba con el dedo acusador a cualquier parte menos a sí mismo. Por el contrario, su humilde compinche estaba dispuesto a asumir la responsabilidad tanto de sus propios actos como de los de sus colegas.

Pero, por encima de todo, ese espectáculo surrealista e «increíblemente paradójico» suscitaba una pregunta. Aquel hombre con bigote de cepillo a lo Charlie Chaplin que tanto destacaba en la sala ¿era de verdad el rostro de la «nueva Alemania»?,[13] se preguntaba un periodista del *Vossische Zeitung*.

Ludendorff tuvo el honor de ser la última persona que compareció en el juicio por alta traición de Múnich. A las 10.35 horas, después de permitir muy oportunamente que el general diese a la situación aquel giro dramático, Neithardt anunció su decisión[14] de no llamar a ningún testigo más. A los que quedaban pendientes de declarar y figuraban en la larga lista elaborada por los letrados —ya anticipada a la prensa—, no se los escucharía. El presidente del tribunal —señaló el *Vossische Zeitung* no sin cierta ironía— por fin mostraba algo de firmeza.

A nadie podía extrañarle que aquel juicio suscitara un escepticismo enorme. Eran muchos los que creían que Neithardt estaba protegiendo la reputación de Ludendorff. Y, según algunos periódicos, también estaba intentando evitar que se conociese toda la verdad sobre el *putsch.* El proceso parecía en verdad una sórdida

trama de escándalos, intrigas e injusticias que salpicaba a las altas esferas del Estado y probablemente también al ministro de Justicia, Franz Gürtner.

La siguiente decisión de Neithardt tampoco consiguió aplacar a sus críticos. Después de permitir que se retirara el último testigo, el juez desalojó la sala para discutir una propuesta de la acusación en la que se solicitaba celebrar el resto del juicio a puerta cerrada.

Las deliberaciones durarían cerca de una hora y media. Buena parte de ese tiempo se dedicó a debatir unos argumentos que no se diferenciaban demasiado de los presentados el primer día de juicio. En esta ocasión, sin embargo, Neithardt parecía inclinarse por excluir al público de los alegatos finales. El derecho a un proceso público no es aplicable, dijo, cuando está en peligro «un bien de naturaleza superior»[15] como la seguridad nacional.

Nada menos que seis letrados de la defensa se lanzaron a la desesperada en favor de un proceso público. De nada le servirían los alegatos finales a la opinión pública alemana, que había seguido absorta el proceso y confiaba en que se hiciese justicia, si se realizaban a puerta cerrada. Y lo mismo pasaría, sostuvieron, con la audiencia internacional. Como dijo Schramm, «el mundo entero[16] ha seguido este juicio con auténtica devoción».

Por supuesto, Adolf Hitler también era partidario de que las sesiones fuesen públicas.

Ocultar la información, afirmó, no impediría que la gente quisiese conocer la verdad. Si el tribunal insistía en mantener el proceso en secreto, fuentes mucho más turbias se encargarían de satisfacer la curiosidad de la audiencia con sucedáneos de peor calidad. Es más, cabía la posibilidad de que algunas personas, con la esperanza de ayudar a los acusados, divulgasen información clasificada sin reparar en el daño que eso podía causar a Alemania.

Si ninguno de los argumentos expuestos hasta el momento había logrado convencer a Neithardt, el abogado de Ludendorff, Walter Luetgebrune, tenía uno que tal vez pudiera hacerlo cambiar de parecer: la ley de enjuiciamiento criminal alemana reconocía el

derecho de los acusados a «defenderse a sí mismos[17] en público»; si ese requisito de publicidad no se respetaba, subrayó, el veredicto podría ser revocado.

Este comentario provocó que Hitler volviera a participar en el debate y sus comentarios no tardaron en convertirse en otra dura invectiva. Insistió en que si él y sus colegas habían «cometido algún delito,[18] lo habían hecho de buena fe y por amor a la patria». Desde luego, dijo para tranquilizar a Neithardt, si se permitía que el público escuchase los alegatos finales, él y el resto de los acusados se comprometían a no revelar ningún tipo de información sensible. Ahora bien, añadió, él jamás rehuiría el combate contra quienes habían deshonrado el país. Más bien al contrario, dijo, «¡lo que queremos es proclamarlo a los cuatro vientos!».

Hitler quiso también dejar claro que el principal objetivo de Alemania tenía que ser librarse cuanto antes del Tratado de Versalles. Sólo así, aseguró, podría salvarse al país y levantar una defensa duradera frente a sus enemigos. El líder nazi arremetió después contra el propio proceso por haber enfrentado entre sí a un grupo de buenos patriotas alemanes que se habían tenido que «pelear como nibelungos». Stenglein comprendería perfectamente ese razonamiento, insinuó, ya que el juicio lo estaba obligando «a actuar como fiscal».

Para sorpresa de todos, Stenglein no se molestó en negar o rebatir esa acusación.

Hitler tuvo que pronunciar ese discurso —uno de los más marcadamente políticos de cuantos había ofrecido hasta el momento — a puerta cerrada, para el disfrute exclusivo de los fiscales, los abogados, los magistrados y un reducido grupo de asistentes compuesto en su mayoría por militares. Pero aquello no fue más que un anticipo, casi podría decirse que un ensayo, de la que sería su actuación más importante; siempre y cuando, claro, el tribunal decidiese abrir las puertas al público.

46

«BUENOS TIEMPOS PARA LA TRAICIÓN»

Caballeros,[1] absuelvan a Hitler.

LORENZ RODER

Después de un festivo y una jornada sin sesión, el juicio se reanudó el viernes 21 de marzo a las nueve y cuarto de la mañana. Nada más comenzar, Neithardt quiso salir al paso de unos rumores recientes en los que se insinuaba que las sesiones a puerta cerrada del juicio tenían como finalidad proteger la reputación de una figura influyente.[2] En opinión del *Frankfurter Zeitung*, esa persona no era otra que el príncipe Ruperto, el heredero de la dinastía Wittelsbach.

Tales acusaciones eran absurdas, dijo Neithardt. No tenía conocimiento de que nadie estuviera tratando de inmiscuirse en el proceso, y podía asegurar también que el príncipe heredero no había sido objeto de debate en las sesiones a puerta cerrada. Estos bulos eran producto de la intensa campaña de desinformación que afectaba a las sesiones secretas y constituían también una señal clara de lo que estaba por venir en caso de que el juicio concluyera a puerta cerrada.

Por esa razón, anunció el juez, decidía rechazar la moción que había presentado el fiscal para excluir al público del resto del proceso. El tribunal se reuniría en sesión secreta siempre que fuera necesario. Pero, entretanto, rogaba a las partes que actuaran con la mayor cautela posible a la hora de realizar declaraciones en público.

Había llegado el momento de escuchar los alegatos finales. La acusación sería la primera en intervenir.

Stenglein comenzó prometiendo que se centraría en los hechos y evitaría las opiniones personales, las cuestiones ideológicas y lo que él mismo definió como ese montón de «fruslerías a las que se ha[3] concedido tanta importancia a lo largo de este juicio». Después hizo una detallada exposición del estado en que se encontraba el movimiento patriótico y de las múltiples rencillas y luchas intestinas que lo dividían. Sus facciones rivales convivían en un clima de desconfianza mutua, a pesar de que todas ellas compartían la misma «impaciencia abrasadora y desbordante» por devolver al país su antiguo esplendor.

El movimiento patriótico —como muchas otras manifestaciones de ardor juvenil—haría bien en obrar con mayor cautela y serenidad. Stenglein animaba a que sus seguidores se imbuyesen de una fuerza nueva: «Una paciencia de hierro, inquebrantable y resignada, que actúe desde el interior de cada uno en silencio, para que se pueda disfrutar del presente y confiar en el futuro mientras se espera, aunque sea a regañadientes, a que las semillas den sus frutos y a que se acerque la hora señalada».

La raíz de todos los problemas que aquejaban a la Alemania de entonces se encontraba en la «pérdida de autoridad por parte del Estado»[4] y en la falta de respeto a la ley, lo cual no auguraba nada bueno para el país. Stenglein hizo hincapié en que «la consecución de un fin elevado o incluso legítimo desde un punto de vista moral no justifica la comisión de un delito». Que algo se haga por amor a la patria no quiere decir que ese algo sea necesariamente legal. La Constitución de Weimar seguía siendo «el único fundamento del Reich» y a sus enemigos —por muy justificada que creyesen que estaba— «nunca debería permitírseles recurrir a la violencia para modificarla o transgredirla».

La defensa, continuó Stenglein, quería poner el foco de atención sobre las acciones de los mandatarios bávaros, pero éstas carecían de relevancia para el caso. Esta afirmación causó gran perplejidad entre los presentes: el corresponsal de *Le Petit Parisien* llegó a

calificarla de «pasmosa».[5] Sin embargo, después de sostener que sus actos eran irrelevantes, Stenglein se pasó varios minutos defendiendo el buen nombre de las autoridades.

Al cabo de un rato, el fiscal decidió por fin abordar las acusaciones que pesaban sobre cada uno de los imputados. Sólo ellos, dijo, debían cargar con la «responsabilidad de lo sucedido[6] y de sus consecuencias». Y a la cabeza de todos se encontraba Adolf Hitler. A partir de ese instante, el alegato del fiscal empezó a volverse cada vez más extraño y controvertido:

> A pesar de sus orígenes humildes,[7] Hitler demostró con su valentía en la Gran Guerra que era un auténtico alemán. Sentía un entusiasmo desbordante y genuino por la gran patria alemana. Y, tras la contienda, con mucho esfuerzo, consiguió crear casi de la nada un gran partido: el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores.

«Me reservo mi opinión sobre la ideología de este partido político», añadió Stenglein, que sin embargo acababa de definir como «grande».

Parecía que había elegido cada palabra con el máximo cuidado. Aquel acusado de origen austriaco —que se enfrentaba a una posible deportación— recibió los elogios del fiscal por comportarse como «un auténtico alemán» y por los «esfuerzos abnegados que había dedicado a insuflar fe en la causa alemana». Hitler había dado esperanzas a un «pueblo oprimido y desarmado», afirmó Stenglein a pesar de las muchas pruebas que se habían presentado en las sesiones secretas sobre el rearmamento de Alemania.

El alegato del fiscal[8] sonaba en ocasiones como una apología, casi como un panegírico.[9] En todo caso, se parecía tan poco a una condena que los letrados de la defensa le dieron las gracias[10] después por la semblanza que había hecho del acusado. Stenglein no hizo alusión ni a la pérdida de vidas humanas ni a todas las demás consecuencias de la traición. A menudo se ha dicho que pocos fiscales han hecho nunca un alegato final tan pobre y disparatado.

Stenglein llegó a continuación al meollo de su intervención y lo expuso también como si se lo estuvieran arrancando a la fuerza.

> Como seres humanos,[11] no podemos ocultar el respeto que sentimos por Hitler. Pero su culpabilidad es tan grande como grave es el delito que ha cometido.

El fiscal adoptó un tono de alabanza muy similar con Ludendorff: lo ensalzó como «un hombre de verdad[12] y un soldado valeroso», cuya «fama como general [seguía] intacta». Sin embargo, al margen de su valentía y su heroísmo, el general había transgredido las leyes y, en consecuencia, debía ser castigado. «Él, un modelo de sobriedad y firmeza en el cumplimiento del deber, lo entendería mejor que nadie.»

La única duda era si el general debía ser condenado por traición o como cómplice e inductor de ese delito. Stenglein se decantó por la opción menos dura,[13] ya que según su hipótesis el general no conocía el complot con antelación y sólo se había sumado a él cuando éste ya estaba en marcha. Todas estas conclusiones se basaban en la segunda confesión que el tribunal le había permitido hacer al general.

Después de recapitular el caso contra Hitler y Ludendorff, Stenglein le entregó el alegato de cierre a su ayudante, Ehard, para que terminara de presentar los de los otros ocho acusados. En cuanto éste acabó, propuso las siguientes condenas para cada uno de ellos:

Hitler: ocho años
Pöhner, Kriebel y Weber: seis años
Ludendorff, Röhm y Frick: dos años
Wagner y Brückner: un año y medio
Pernet: quince meses

Todos los acusados cumplirían sus condenas en régimen de «confinamiento en fortaleza», tradicionalmente reservado para los delitos políticos de mayor envergadura. El tiempo que ya hubieran

pasado en prisión mientras esperaban la celebración del juicio se descontaría de las condenas.

Cuando se leyeron las penas que pedía el fiscal, el reportero del *Deutsche Zeitung* notó cómo una suerte de descarga emocional atravesaba la sala. Al público parecía disgustarle especialmente la idea de que Ludendorff fuera encarcelado. Para muchos periódicos, la probabilidad de que tal cosa ocurriera era remota. Como no dejó de recordar *L'Humanité* , Múnich tenía «un sistema judicial bastante clasista».[14]

En opinión del periodista del diario *Vorwärts* que se encontraba en la sala, Stenglein no parecía estar demasiado interesado en procesar a los acusados. Al corresponsal de *L'Humanité* le chocó lo apagada y «poco convincente»[15] que sonaba su voz, al menos cuando no estaba elogiando a los imputados. El *Daily Telegraph* concluyó que la intervención del fiscal presentaba «tantos halagos como reproches».[16] Stenglein parecía hablar con más firmeza y entusiasmo de las «circunstancias atenuantes» que del propio delito de alta traición.

Mucha gente se quedó anonadada al oír el alegato y las penas que se pedían. No hacían justicia ni al tipo de crimen que se había cometido ni a la memoria de las víctimas. Para *Le Matin*, las condenas propuestas parecían simbólicas y una mera formalidad:[17] otra señal más de que en Alemania se vivían «buenos tiempos para la traición»,[18] como señaló el *Berliner Volks-Zeitung*.

Neithardt levantó la sesión y le concedió a Roder casi cuatro horas para que diera los últimos retoques a la defensa de Adolf Hitler. Su alegato final, cuya duración debió de rondar las tres horas y media, constituiría un verdadero prodigio retórico.

Roder dio comienzo a su intervención con una clara referencia al ataque que emprendió Alemania hacia el final de la Primera Guerra Mundial: «Hoy hace seis años,[19] empezó la ofensiva de primavera». Muchos de los acusados habían arriesgado su vida en aquella lucha

por «la grandeza, la libertad y el honor de Alemania», pero esos veteranos de guerra se veían ahora obligados a librar una batalla bien distinta, dijo, en esta ocasión para defender «su propio honor». Los mismos sentimientos de nobleza y patriotismo que los habían llevado a las trincheras del frente occidental habían terminado por conducirlos también hasta ese banquillo en Múnich, acusados de traición.

Para esta nueva batalla los acusados disponían de la que según Roder era el arma más potente y honrosa que un hombre podía esgrimir: la verdad. Pero se trataba de una lucha desigual. Los acusados se enfrentaban a las autoridades del Estado, una fuerza muy superior que los había tenido encarcelados mientras esperaban a que se celebrase el juicio y después se había dedicado a ensuciar su reputación. El régimen de Kahr había censurado los periódicos oficiales, había prohibido la prensa nacionalista y se había dedicado a difundir —de forma más o menos directa— la versión autorizada de los hechos en todo tipo de panfletos propagandísticos y memorandos.

El abogado decidió cambiar de tercio y, dirigiéndose casi tanto a la tribuna como al tribunal, añadió:

> Señorías,[20] han tenido ocasión de escuchar a Hitler en infinidad de ocasiones a lo largo de estas últimas semanas. Han visto su interior, su alma. Han podido comprobar a raíz de sus intervenciones que, lejos de ser una persona cobarde y deshonesta, es alguien dispuesto a decir la verdad sin pararse siquiera a considerar qué es lo que más le conviene. No ha ocultado nada.

Roder dijo que su cliente había «reconocido su culpa y asumido todas las responsabilidades» desde el principio, aunque al mismo tiempo insistió en que era esencial situarlo todo en su contexto. Hitler estaba tratando de hacer frente a la crisis económica, a la invasión del Ruhr por parte de Francia y al constante ninguneo de la comunidad internacional. El país estaba a punto de desmembrarse.

Los enemigos nacionales, mientras tanto, se frotaban las manos. Berlín parecía incapaz de hacer nada y los alemanes de a pie empezaban a sentir un «rencor exacerbado»[21] hacia las autoridades.

—Lo que ocurrió aquí[22] —dijo Roder en alusión al *putsch* de la cervecería— sólo puede comprenderse a la luz de estas circunstancias.

De hecho, si se había cometido un delito de alta traición, continuó Roder, éste no había tenido lugar el 8 de noviembre de 1923 sino muchas semanas antes, en las múltiples reuniones, intrigas y maquinaciones orquestadas desde las altas esferas del gobierno bávaro por Kahr, Lossow y Seisser.

Y, ahora, su cliente —a quien describió como un simple peón en la «guerra que esos individuos habían declarado al gobierno de Berlín»— tenía que cargar con toda la culpa. La situación había sido un disparate desde el principio, aseguró Roder, pero el hecho de que los mandatarios bávaros hubiesen sido llamados a declarar como testigos del delito que ellos mismos habían cometido la había agravado aún más. Deberían haber comparecido ante el tribunal únicamente en calidad de cómplices o, mejor aún, como «responsables principales»[23] de haber iniciado un enfrentamiento que, a la postre, había supuesto el procesamiento de Hitler y el resto de los acusados por alta traición.

Al oír aquello, Neithardt manifestó sus reservas.

Sin embargo, Roder continuó socavando la credibilidad del triunvirato bávaro. Volvió de nuevo sobre los hechos acaecidos en la Bürgerbräu, repasando desde los acontecimientos que tuvieron lugar en el comedor hasta los que se produjeron en el salón privado, y puso particular énfasis en la sintonía que parecía existir entre las autoridades del Estado y los acusados. Sin embargo, después de darles su palabra y sellar el acuerdo con un apretón de manos, los mandatarios bávaros habían llevado a cabo una traición despiadada que Roder no dudó en ilustrar con un pasaje de *El Príncipe* de Maquiavelo acerca del monarca que sabe cómo proyectar una imagen de honestidad para aprovecharla en beneficio propio.

En cuanto a la marcha por el centro de la ciudad, Roder aseguró que no podía considerarse una agresión. No era más que un intento a la desesperada de evitar que las traiciones acabasen con el movimiento patriótico. Los políticos bávaros no se molestaron siquiera en advertir a los acusados de su cambio de parecer, dijo Roder; detuvieron, de hecho, a los emisarios de Hitler para impedir que los informasen. Y ésa era la razón por la que unos jóvenes llenos de orgullo patriótico marcharon de forma pacífica hacia la Odeonsplatz y fueron acribillados mientras cantaban el *Deutschland über Alles*. A nadie podía extrañarle que una población desilusionada y descontenta hubiese acabado echando la culpa de la tragedia a los mandatarios bávaros y acusándolos de asesinato.

Neithardt volvió a interrumpirlo y le pidió que se abstuviera de hacer esos «comentarios agresivos e incendiarios».[24]

Al ver que ya habían dado las siete, Roder se dispuso a presentar sus conclusiones. «Aquí tienen a un hombre[25] —dijo refiriéndose a su cliente— que ha dedicado todas sus energías físicas y mentales a la causa que creía más justa.» Él y sus colegas no hicieron otra cosa, en definitiva, que ponerse a disposición de Kahr, Lossow y Seisser, y nada de lo dispuesto en el Código Penal de Baviera parecía indicar que obedecer las órdenes de las máximas autoridades civiles y militares del Estado constituyese un delito.

Había mucho en juego en ese juicio, dijo Roder.

> En sus manos está permitir que este hombre siga dedicándose en cuerpo y alma al pueblo alemán, al Estado alemán y a la grandeza de Alemania. Les pido que le permitan retomar su trabajo. [...] Él es el único capaz de poner en marcha los cambios que este país necesita; él es el único que puede mostrarnos el camino hacia el renacimiento y la prosperidad de nuestra patria.

—Caballeros, absuelvan a Hitler —les rogó Roder.

47

DE MÚNICH AL VALHALLA

> Hoy en día, cuando los republicanos alemanes[1] tienen pesadillas, sueñan que están en Baviera.
>
> THOMAS R. YBARRA,
> *The New York Times*

El 22 de marzo —vigésima jornada del juicio— fue el turno del alegato final de Alfred Holl, el abogado del Dr. Weber. En otra intervención de marcado carácter nacionalista con la que se ganó los aplausos de un público enardecido, Holl situó los orígenes del *putsch* en la firma de «lo que se conocía como el Tratado de Versalles».[2] Al señalar a Alemania como único culpable de la guerra e imponerle unas sanciones que no tenían parangón en su «retorcimiento sádico», ese documento ignominioso —como él mismo lo llamó— había consagrado en sus páginas «el fraude más gigantesco» de la historia universal.

Los patriotas que estaban sentados en el banquillo habían decidido plantar cara a los políticos ambiciosos de Berlín con la esperanza de poner fin a la deprimente historia de «cobardía y corrupción»[3] en que se había convertido la posguerra. Millones de alemanes tenían también ese objetivo. «¡Si eso es alta traición, va a ser necesario ampliar el banquillo de los acusados varios kilómetros!», dijo Holl.

El presidente del tribunal lo interrumpió y se negó a permitir que empleara palabras como «*cobardía* y *corrupción*».

—No se me ocurren otras —replicó Holl—. En cualquier caso, creo que expresan muy bien el sentir de todos los alemanes.

A los pocos minutos, Holl retomó su ataque contra la República de Weimar. La acusó de ser hija de «la traición y el perjurio»[4] y de no tener un ápice de legitimidad. Nadie protestó, ni en ese momento ni cuando calificó su Constitución de inconstitucional. En cuanto al baño de sangre en la Odeonsplatz, el letrado dijo que mucha gente en la calle se hacía, con toda la razón, la siguiente pregunta: «¿Qué tipo de patria[5] [...] es capaz de ordenar que se abra fuego contra sus jóvenes patriotas?».

Muchos periodistas extranjeros siguieron con perplejidad la intervención de Holl. «Baviera se ha convertido en la bestia negra de Alemania»,[6] escribió Thomas R. Ybarra en su siguiente crónica para *The New York Times*. A juzgar por las reacciones del público, era evidente que en la ciudad de Múnich se estaba mayoritariamente a favor de este antirrepublicanismo que rayaba en lo delictivo.

Cuando Holl terminó, el juez Neithardt anunció una pausa de media hora. Cuatro letrados de la defensa solicitaron más tiempo para preparar sus alegatos. Al ver que el presidente del tribunal no accedía a sus ruegos, Roder aseguró que el aplazamiento era necesario dado que tres de los acusados estaban enfermos (Pöhner, Frick y Röhm). El juez atendió a razones y suspendió la vista dos días.

La policía de Múnich, mientras tanto, estaba recibiendo informaciones que apuntaban a posibles altercados en el caso de que Hitler y Ludendorff fueran declarados culpables. Se cancelaron las vacaciones ya programadas en el ejército bávaro y la policía estatal, y se reforzó la seguridad en las inmediaciones de la Blutenburgstrasse. El veredicto se esperaba para esa misma semana.

A lo largo de las siguientes jornadas, el tribunal escucharía las conclusiones de doce abogados defensores más. La mayoría de estas intervenciones fueron largas, tediosas y repetitivas, y no

hicieron referencia alguna ni a Hitler ni a Ludendorff. Por primera vez en muchas semanas, se vieron algunos asientos vacíos[7] en la tribuna.

Faltaron, incluso, algunos de los acusados. A Wilhelm Brückner y al teniente coronel Kriebel se les dio permiso para ausentarse por supuestos motivos de salud. El martes 25 de marzo se les uniría también Hitler, que al parecer estaba agotado. Seguro que el *Meistersinger*[8] necesitaba descansar un poco la garganta, indicó con sorna el *Mü nchener Post*.

Roder se quejó de que a los acusados les resultaba extenuante asistir diariamente a sesiones de diez horas, como si hubiera sido así siempre. Tal vez el presidente del tribunal pudiera aliviar parte de esa carga concediendo descansos más largos a mediodía.

—¡Los alegatos[9] de la defensa podrían ser también un poco más cortos! —contestó Neithardt para regocijo del tribunal.

Uno de los temas más recurrentes de esas intervenciones volvió a ser el supuesto fracaso de la República de Weimar; otro fue la traición de los mandatarios bávaros. Si el tribunal pretendía alcanzar un veredicto justo, sostuvo Schramm, tendría que haber procesado —además de a los acusados— a Kahr, a Lossow y a Seisser. O bien haber retirado los cargos que pesaban sobre todos ellos. Sin embargo, una vez que se decidió procesarlos, lo justo habría sido encausar a las miles de personas que se encontraban también en la cervecería. El letrado comparó a su cliente, Ernst Röhm, con un partidario más del golpe que se hubiera limitado a servir los cafés, y aseguró que era ridículo señalarlo como a uno de los culpables.

Después Schramm puso otra vez en cuestión la postura de la fiscalía. Esgrimiendo un precedente del Tribunal Supremo que databa del año 1916, el letrado alegó lo siguiente:

> Cuando un ordenamiento jurídico deja de[10] reflejar los sentimientos del pueblo, las leyes carecen de validez y el legislador ya no cumple sus funciones. [...] En dichas circunstancias, la obligación más sagrada de un juez consiste en interpretar las leyes de manera tal que se mitigue la sensación de injusticia que producen.

El letrado afirmó que el juicio era un claro epítome de esa situación y rogó a los jueces que escucharan el clamor unánime con el que la opinión pública alemana rechazaba los cargos.

Karl Kohl fue el encargado de presentar las conclusiones del juicio en nombre de la defensa. Entre un mar de latinajos, apelaciones al público y disquisiciones legales, este abogado directo y deslenguado presentó el *putsch* como una alianza entre un grupo de hombres de acción como Hitler, Ludendorff y el resto de los acusados, y una cuadrilla de farsantes como Kahr, Lossow y Seisser. El equipo de la defensa decidió exponer uno de los aspectos más controvertidos de su argumentación de la manera más cruda posible: «¡Para la mayoría[11] del pueblo alemán, la Constitución de Weimar no es otra cosa que una carga de dinamita pensada para hacer saltar por los aires el Reich!».

Por extraño que parezca, ni los magistrados ni la acusación protestaron.

Kohl puso punto final a su intervención aludiendo a las viejas leyendas teutónicas de las óperas wagnerianas. Hitler era «el segundo Sigfrido[12] de la nueva Alemania, el hombre que estaba llamado a acabar con el dragón del marxismo y a librar a los trabajadores alemanes de la sífilis marxista». Ahora, sin embargo, debía luchar por su honor y su libertad. Pero, dada la abrumadora cantidad de pruebas que se habían presentado a favor de los acusados, dijo Kohl, el líder nazi no solicitaría ni rogaría que lo declarasen culpable: lo exigiría.

La mañana del 27 de marzo de 1924, los periodistas y los invitados acudieron a primera hora al antiguo comedor de la academia con la esperanza de evitar a la multitud que se agolpaba para asistir a la vigesimocuarta y última sesión ordinaria de aquel juicio espectacular. Las partes habían presentado ya sus alegatos finales. Tal y como

estipulaba la legislación alemana, los acusados tendrían la oportunidad de subir al estrado para decir lo que quisiesen antes de que el tribunal se retirase a deliberar.

El teniente coronel Kriebel fue el primero en hacer su alegato.

Debido a su formación militar, dijo, se había decantado por ejercer su derecho a la defensa de la manera más leal posible, tratando en todo momento de no filtrar ningún tipo de información que pudiera poner en peligro la seguridad nacional. Estaba orgulloso de todo lo que había hecho —aunque buena parte de ello sólo pudiera mencionarse a puerta cerrada— y asumía toda la responsabilidad por los actos que cometió los días 8 y 9 de noviembre de 1923.

A Kriebel lo siguió Pöhner, que decidió centrar el debate en torno a una cuestión planteada con anterioridad en el estrado: la legitimidad del gobierno y sus leyes, o la falta de legitimidad de éstos, a partir de 1918. Irónicamente, cargó contra la acusación por haber intentado convertir su caso en un espectáculo y se negó a admitir que hubiese cometido un delito de traición. Monárquico hasta la médula, Pöhner ofendió con descaro a la república y añadió que jamás haría nada que socavase la autoridad legítima del rey.

El acusado aseguró también que la verdadera traición había consistido en derrocar al káiser y dejar que una camarilla de, según sus propias palabras, «judíos, desertores[13] y traidores mercenarios» instaurase una república. Esos individuos carecían de legitimidad, exclamó, porque pertenecían a una «raza extranjera» que había engañado al pueblo y usurpado el poder. Pöhner arrancó algunas carcajadas al público llamando «Fritz»[14] al presidente de Alemania.

El Dr. Frick, estrecho colaborador de Pöhner, fue el siguiente en tomar la palabra. Siguió insistiendo en que la noche del golpe había cumplido con sus obligaciones y que había evitado una catástrofe. Igual que Kriebel, dijo con orgullo que volvería a hacer lo mismo y que esperaba con confianza la decisión del tribunal. Weber recalcó también que él y sus colegas habían actuado en connivencia con las autoridades de Baviera. Era consciente de la gravedad que revestían

sus acusaciones, pero ésa era la única conclusión a la que podía llegarse. Eran, dijo, un grupo de delincuentes desalmados que habían apuñalado a Alemania por la espalda cuando se libraba «la batalla por su supervivencia».[15]

El general Ludendorff, uno de los principales defensores de la teoría de la «puñalada por la espalda», intervino en siguiente lugar. Aseguró que no podía añadir nada a lo que ya habían dicho los letrados y sus distinguidos colegas, y pasó a dar en cambio una breve lección de historia. Recordó al tribunal que él se había ganado el respeto de sus conciudadanos no sólo por las «grandes batallas[16] y las brillantes campañas militares» en las que había participado, sino también por haber sido capaz de predecir las peores catástrofes nacionales. Quería aprovechar la oportunidad para dar la voz de alarma una vez más y pedir a todos los patriotas alemanes que apoyaran al movimiento nacionalista de extrema derecha. En su opinión, era el único que podría sacar a Alemania del atolladero en el que se encontraba.

El general Ludendorff dibujó un panorama desolador de lo que le ocurriría al país si el movimiento fracasaba: «¡Estaremos perdidos,[17] perdidos para siempre!». Alemania sucumbiría a un destino mucho peor que el Tratado de Versalles, por muy humillante e ignominioso que éste hubiera sido. Rogó al tribunal que tuviera en cuenta sus advertencias y que «escuchara el grito[18] de Alemania en favor de su libertad». Los acusados tenían que ser absueltos.

A la larga, sin embargo, el veredicto del tribunal presidido por Neithardt carecería de importancia, dijo Ludendorff. «La historia jamás condenará[19] a quienes sirven a su patria; los envía en cambio al Valhalla», el salón al que iban a parar los héroes caídos en combate según la mitología nórdica.

Esta insólita afirmación saltó a los titulares de todo el mundo: «Ludendorff se pone a la altura de[20] los dioses», decía *The New York Times*. Su corresponsal, Thomas R. Ybarra, aplaudía al mismo tiempo la intervención del general por presentar al menos «un ápice de dignidad y elocuencia». A diferencia de lo que había ocurrido la

última vez que había subido al estrado, el general había prescindido de «sus agotadores esfuerzos para exonerarse y culpar a todos los demás». Con su alegato breve y algo titubeante, añadía Ybarra, Ludendorff se había ganado «la ovación atronadora» de la sala.

El general volvió a sentarse en el banquillo, y sus compañeros Röhm, Brü ckner, Wagner y Pernet renunciaron al derecho a dirigirse por última vez al tribunal. La última palabra la tendría Hitler.

48

ÚLTIMAS PALABRAS

> ¡Huelga decir[1] que me preocupa mucho más ser declarado inocente por mis camaradas que ser absuelto por ustedes [el tribunal]!
>
> ADOLF HITLER

Al ver entrar a Hitler en la sala esa mañana, el público había reaccionado[2] con un entusiasmo desmedido: los hombres se habían puesto firmes y algunas mujeres habían empezado a agitar sus pañuelos. Según Thomas R. Ybarra, corresponsal de *The New York Times*, el líder nazi «dejó escapar un verdadero torrente de retórica»,[3] en su mayor parte, «a voz en grito».

El discurso, que duró más de una hora, fue el más infravalorado de su carrera y con él se puso el colofón a casi cuatro semanas de idilio con la prensa durante las cuales el líder nazi había ido ocupando un papel cada vez más importante, tanto en el desarrollo del propio juicio como en su cobertura mediática. Hitler empezó sacando a colación una serie de temas que ya se habían tratado, aunque los presentó con trazos todavía más gruesos.

Siguió arremetiendo contra la República de Weimar y afirmó que ésta se había fundado a partir de «un delito de alta traición».[4] Después cubrió de elogios a su patria adoptiva durante la época del káiser. Antes de la guerra, dijo, Alemania presumía de tener una administración pública y un ejército que eran la envidia de todo el mundo. Veintiséis naciones se habían conjurado para derrotarla y no

lo consiguieron hasta que, ya al final, el país se derrumbó o —como él prefería verlo— el ejército fue traicionado y «apuñalado por la espalda».[5]

Fue entonces cuando estalló la revolución y sus cabecillas socialistas empezaron a prometer a todo el mundo «menos trabajo y una vida llena de placeres, belleza y dignidad». Qué terrible chasco, dijo Hitler con sorna. Los alemanes, hambrientos y sin hogar, habían sido «arrojados a las calles en un estado de desesperación total». Cuando al gobierno se le agotó la paciencia, esos que se hacían llamar *los representantes del pueblo* ordenaron al Reichswehr que cargara o incluso abriese fuego contra la población. Las masas no tenían adónde ir. La clase media había sido destruida. Los ahorros de toda una vida habían desaparecido, convertidos en montañas de papel sin valor alguno.

Mientras el país sucumbía a una crisis detrás de otra, los responsables políticos de la república seguían al servicio de las potencias aliadas, cantando las virtudes del Tratado de Versalles.

Prometieron la paz mundial, pero ¿qué obtuvo en realidad el pueblo alemán?: «¡Una paz mundial que se levantaba sobre campos y campos llenos de cadáveres!».

Prometieron el desarme, pero se trataba de desarmar únicamente a Alemania para poder así saquearla más con más facilidad. Los otros países siguieron armados hasta los dientes.

¿Y qué había del derecho a la autodeterminación? «¡Cómo no! ¡Un derecho a la autodeterminación del que podía disfrutar cualquier tribu de negros!», dijo Hitler, furioso. Sin embargo, diecisiete millones de alemanes habían sido transferidos a otros países y se encontraban bajo el control de gobiernos extranjeros.

¿Y la tan cacareada Liga de Naciones? En su opinión, su única finalidad era garantizar el cumplimiento de un tratado de paz corrupto, en lugar de trabajar por «un mundo mejor para las generaciones futuras».

Hitler arremetió después contra el supuesto régimen popular de Alemania por no atreverse siquiera a preguntar qué pensaban sus ciudadanos, y por tener como presidente a un individuo al que la mayoría de la población rechazaba. En definitiva, durante los últimos cinco años de república, «Alemania había sido despojada» de casi todo lo que tenía. Sus ciudadanos se habían convertido en «parias de la tierra», y el gobierno de Berlín, en el brazo ejecutor de los tiranos extranjeros.

Y ahora, después de haber dejado este tristísimo legado, el supuesto gobierno de la nación tenía el descaro de llevar «a juicio, encadenados, a los grandes héroes de la historia alemana, [...] unos héroes cuyo único delito había sido luchar por su patria». El líder nazi citó a Clausewitz, un autor al que había estado leyendo en la cárcel, según el cual los hombres con madera de héroe preferían morir luchando con dignidad a tener que aceptar la deshonra de manera voluntaria.

Hitler volvió sobre las quejas que había formulado el fiscal en su alegato sobre la pérdida de autoridad por parte del Estado y el escaso respeto que se tenía por las leyes. Pero ¿quién fue el responsable de crear y salvaguardar esa autoridad? El Estado levantado por los reyes de Alemania, dijo Hitler, respondiendo a su propia pregunta con un guiño dirigido a los sectores monárquicos cuya confianza intentaba ganarse. Esa obra había perdurado en el tiempo, en especial durante los reinados de Federico el Grande y Otto von Bismarck, hasta que la traición que tuvo lugar al final de la guerra dio al traste con ella.

La falta de liderazgo entre los revolucionarios que acabaron haciéndose con el poder reflejaba, y en parte también explicaba, la decadencia del país y la pérdida del respeto por las leyes. El pueblo alemán se dio cuenta de que la ley no trataba a todos por igual. Mientras una gran mayoría de ciudadanos pasaba hambre, aun a pesar de lo mucho que habían trabajado, una minoría se beneficiaba de manera obscena a su costa. Cualquiera podía llegar a la conclusión de que las leyes no se estaban aplicando con

imparcialidad. Cuando en un sistema de esta naturaleza no había inconveniente en atrapar «a quienes robaban por necesidad, pero se hacía la vista gorda con los grandes asesinos de masas», dijo Hitler, era evidente que algo muy grave estaba pasando.

No era en absoluto extraño, exclamó, que esa situación de degradación continuase, ya que el Tratado de Versalles se había convertido en la ley fundamental del país. Ese documento, que promulgaba «la inmoralidad en cuatrocientos cuarenta artículos», era la causa de que muchos ciudadanos cumplidores de la ley se hubieran vuelto de repente unos alborotadores o incluso unos delincuentes. Y, mientras tanto, los verdaderos criminales seguían teniendo en sus manos el control del gobierno, a pesar de haber destrozado el país y haber hundido su economía.

En Alemania no volverían a respetarse las leyes hasta que se superase esa catástrofe, hasta que un fiscal, dijo Hitler golpeando la mesa,[6] plantase cara en un tribunal de justicia al presidente de Alemania, Friedrich Ebert, y a sus compinches, y los acusase de «alta traición y [...] de haber destruido un país con setenta millones de habitantes».

Al escuchar aquello, el juez Neithardt decidió por fin interrumpir al acusado.

Hitler empezó a detallar después las condiciones que debían darse para que se restableciese el imperio de la ley. Uno de los requisitos más chocantes era que, según él, los fiscales del futuro deberían recuperar «el equilibrio entre sus obligaciones y sus sentimientos». Eso suponía acabar con la situación actual, en la que todos ellos se encontraban desgarrados por «un conflicto interno»[7] y tenían que elegir entre «ser abogados o seres humanos». Resulta verdaderamente sorprendente que ni Neithardt ni ninguna de las demás personas presentes en la sala protestaran al escuchar esas palabras.

El líder nazi cambió de tema y pasó a hablar de la época de la posguerra, cuando Alemania no era más que un peón en el tablero de la diplomacia. Puede que las potencias extranjeras hubieran

decomisado sus arsenales, pero jamás conseguirían destruir su espíritu de resistencia. Hitler aseguró que estaba decidido a avivar el sentimiento patriótico al precio que fuera y le importaba muy poco que eso implicase atizar el odio contra los enemigos que habían acorralado a Alemania y luego la habían infestado. Hitler se refirió en particular a los marxistas y a lo que definió como «la tuberculosis racial del contubernio judío internacional».

Ésos eran los enemigos, añadió, que lo habían hostigado y agredido en las cervecerías, los mismos que lo habían llamado «reaccionario, instigador, asesino y genocida». Pero estaba claro que si de algo no podía acusársele era de ser un demagogo. Si lo fuera, aseguró, le habría sido mucho más fácil triunfar. «Créanme, ¡me habrían recibido con los brazos abiertos hasta en el otro bando!»[8] ¿Era este comentario, al que tan poca importancia se ha dado, una extraña alusión a su implicación en el régimen socialista de principios de 1919?

Casi a gritos, Hitler se puso a pontificar sobre lo poco que lo movía el oportunismo y la ambición, a diferencia de la mayoría de los políticos que conocía. En su opinión, dijo, todo se reducía a una cuestión de sentido del deber. Volvió a cargar contra el general Von Lossow por haber dicho de él que «sólo aspiraba a ser un propagandista y un embaucador de masas».[9]

> ¡Qué cortos de miras son siempre los mediocres! Caballeros, puedo garantizarles que un cargo en un ministerio no es, para mí, algo por lo que merezca la pena luchar.

La meta que él pretendía alcanzar era «cien mil veces más importante que un ministerio»: quería ser el tambor del pueblo y el «azote del marxismo». Se burló de las aspiraciones que albergaban quienes sólo buscaban honores. Él, por su parte, prefería seguir el ejemplo de su compositor favorito, Richard Wagner, que no quiso que añadieran ningún título a su lápida.

A diferencia de Kahr, que había demostrado estar hecho de otra pasta, él actuaba de acuerdo con su conciencia. Lo importante era la vocación que tenía cada uno, y él había descubierto la suya, a pesar de que ahora parecía mucho más ambiciosa de lo que acababa de asegurar:

> Según yo lo veo, de igual forma que un pájaro tiene que cantar porque es parte de su naturaleza, un político nato tiene que dedicarse a la política, tanto si está en la cárcel, en un calabozo o en libertad; tanto si está sentado en un cómodo sillón de seda como si tiene que conformarse con un duro banco de madera. Ha nacido para ello [...] y el destino de su pueblo le servirá de acicate desde por la mañana temprano hasta bien entrada la noche.

De igual manera, afirmó, «el dictador nato nunca necesitará que lo alienten, le bastará con su voluntad: no será necesario que lo empujen, él mismo se obligará». Ésa es, de hecho, su obligación.

El acusado reiteró cuáles eran las metas que perseguía la revolución nacional, que, según dijo, no estaba dirigida contra la república, sino contra «su execrable contenido». Pretendía reformar ese régimen, poner en orden las cuentas del país, expulsar a los holgazanes y librar una verdadera guerra contra «los mercados internacionales que tenían esclavizado al país» y contra «la cartelización de la economía». También confiaba en poder romper los «grilletes que imponían los enemigos extranjeros» y restablecer el derecho y la obligación que todo alemán tenía de servir a su patria con las armas.

¿Constituían esos objetivos un delito de alta traición?, se preguntó. Hitler quiso hacer dos últimas peticiones al tribunal. En primer lugar, deseaba asumir personalmente toda la responsabilidad por las acciones de sus hombres, que se habían limitado a cumplir las órdenes que él les había dado con la obediencia incondicional que exigía el partido. En segundo lugar, solicitó al tribunal que, en caso de declararlo culpable, no aplicase el artículo 9 de la Ley para la Protección de la República, en el que se establecía que los extranjeros condenados por traición tenían que ser deportados.

No hacía esa súplica por su bien, aseguró, sino para que el tribunal se ahorrase la vergüenza y la humillación que la historia sin duda reservaría para una decisión tan desafortunada. Después de recordar otra vez al tribunal los servicios que había prestado a Alemania durante la guerra y de insistir en su voluntad de ponerse de nuevo a su disposición, Hitler dijo que no estaba de acuerdo con Stenglein en que el *putsch* de la cervecería hubiera sido un fracaso:

> Para considerarlo un fracaso, habría bastado con que una sola madre se acercara a mí y me dijera: «Herr Hitler, mi hijo ha muerto y espero que lo lleve sobre su conciencia». Pero puedo asegurarles que no he recibido la visita de ninguna madre. Al contrario, diez mil jóvenes —nada menos que diez mil jóvenes— se han unido a nuestras filas.

«Llegará el día en que las masas que ahora lucen nuestra esvástica en las calles [...] se hermanen con quienes se enfrentaron a ellas el día 8 de noviembre.» Qué feliz se había puesto, dijo, al enterarse de que fue la policía, y no el ejército, quien abrió fuego contra sus hombres. En caso contrario, la humillación habría sido insoportable.

Por fin, el juez se decidió a protestar por las acusaciones «denigratorias» que estaba vertiendo contra la policía estatal.

Hitler no le hizo el menor caso.

—Ese ejército al que hemos ofrecido formación crece más rápido cada día, cada hora, y esperamos con orgullo que esas hordas temibles pronto se conviertan en batallones, y los batallones, en regimientos, y éstos, a su vez, en divisiones. Sacaremos del barro las viejas insignias, y volverán a ondear las banderas de antaño.

Algunas personas del público se echaron a llorar.

La retórica de Hitler estaba pensada para seducir a su público objetivo: la población rural y los sectores monárquicos, los estudiantes y los veteranos; los ciudadanos desencantados y frustrados; las personas que se oponían al Tratado de Versalles; la clase media, que había sido arrasada por la hiperinflación; los trabajadores y artesanos, que seguían bregando en un sistema de

clases en el que aún se notaban los estragos de la crisis, y todos los que deseaban poder encontrar cuanto antes algo o alguien a quien poder echarle la culpa de su odio y su resentimiento.

Al mismo tiempo, Hitler estaba bosquejando una visión alternativa del futuro que se basaba en la recuperación del poder y la reputación de Alemania, y en la que él se ofrecía una vez más como tambor o más concretamente —si se prestaba atención a sus palabras— como caudillo. Había puesto mucho cuidado en tratar de evitar los errores que había cometido Ludendorff en el estrado, en especial sus críticas a los católicos. Hitler, por el contrario, había intentado afinar al máximo su mensaje para llegar a su público, que en ese momento se había expandido mucho más allá de las cervecerías de Múnich y la sala de vistas.

Y, mirando a los ojos al presidente del tribunal, Hitler concluyó con las siguientes palabras el que probablemente fuera uno de los discursos más importantes de su carrera:

> Aunque nos condene mil veces, la diosa eterna que preside la corte suprema [de la historia] romperá en mil pedazos la propuesta del fiscal y el veredicto de este tribunal, y, con una sonrisa en los labios, nos declarará inocentes.

Y, dicho esto, volvió a su asiento, y la sala quedó en completo silencio.

—El juicio ha concluido —declaró Georg Neithardt, el presidente de la sala.

Tras terminar la última y agitada sesión de ese juicio que había durado cuatro semanas, el público obsequió[10] a los acusados con una ovación clamorosa. Después de lo que el diario *Le Matin* definiría como una victoria sin paliativos de Hitler,[11] algunas personas salieron corriendo hacia la parte delantera con la esperanza de estrecharle la mano.

El veredicto no se daría a conocer hasta el 1 de abril de 1924 a las diez de la mañana, para lo cual quedaban todavía cinco días. Hasta entonces, el público no tenía más remedio que esperar:

esperar haciendo cábalas y tal vez también, como sugirió el diario *Das Bayerische Vaterland*, al más puro estilo muniqués, bebiéndose una buena cerveza.[12]

49

FINALES Y PRINCIPIOS

> Si Alemania decide meter en la cárcel[1] a alguien como Hitler, una persona a la que el propio fiscal ha descrito como sincera, valiente y generosa, será inevitable pensar que una panda de golfos [está al mando]. [...] Creo que Inglaterra estaría más que contenta de tener a dos hombres como Hitler y Ludendorff.
>
> Una ciudadana británica
> en carta abierta a STENGLEIN,
> *Grossdeutsche Zeitung*

A lo largo de todo el fin de semana, los cafés, las tiendas y las cervecerías se convirtieron en un hervidero de discusiones[2] sobre lo que el *Miesbacher Anzeiger* ya había calificado como el proceso político más relevante[3] de la historia de Múnich. En la Hofbräuhaus, la estrella del cabaret Weiss Ferdl alabó a los acusados ante una multitud impresionante con las siguientes palabras: «Han confesado lo que hicieron [...] con mucha valentía;[4] no han ocultado nada. Decidme, ¿qué es exactamente lo que hicieron? ¿De verdad se considera delito intentar salvar a la patria de la desesperación y el oprobio?».

Durante los últimos días del juicio, Hitler irradiaba una confianza extraordinaria, como si estuviera convencido de su importancia histórica. *Vorwärts* vio en esa «arrogancia desmedida»[5] una prueba de que el líder nazi no era más que un psicópata. El *Frankfurter Zeitung* prefirió centrarse en los efectos que su discurso había causado en el público, y se maravilló de que ese «mago de la

oratoria» un poco corto y semianalfabeto fuera capaz de llevar al éxtasis a las multitudes y «hacer llorar a miles de personas».[6] Hasta conseguirlo, iba tocando todas las teclas: la ira, el dolor, la indignación, el entusiasmo... Poco había de sutil en ese hombre y en sus discursos.

Para Charles Bonnefon, de *L'Écho de Paris*, el juicio de Hitler parecía sacado del siglo XIV. Los jefes de varios clanes rivales, cada uno al frente de su propio ejército personal, se enfrentaban en una «lucha de todos contra todos»[7] y sembraban el caos por todo el país: ahí estaban Hitler y Ludendorff; Kahr y las autoridades del Estado bávaro; el presidente Ebert y su gabinete, el general Von Seeckt y el ejército alemán. ¿Estaban asistiendo a la apoteosis de la era feudal?

El corresponsal del *Public Ledger* de Filadelfia se decantó por una metáfora diferente y definió el juicio como una suerte de *Alicia en el país de las maravillas* muniqués. A todo el elenco —desde Hitler, el aspirante a Mussolini, hasta Kahr, el exdictador— parecía ocurrirle lo mismo que a la Reina de corazones y la baraja de cartas en la novela de Lewis Carroll: «Se desmoronarían en cuanto la gente dejase de tomarlos en serio».[8]

Sin embargo, el *Vancouver Sun* advertía que era fundamental tomarse en serio a esos individuos. Si los magistrados querían volverse a ganar el respeto de la gente, tendrían que emplear mano dura con el general prusiano, con el «pintor de paisajes austriaco» y con su variopinto grupo de secuaces trastornados y resentidos. Una república tan joven como la alemana tenía que «evitar los procesos por alta traición en la medida de lo posible». Pero, una vez que se iniciaban, el sistema judicial «estaba obligado a conducirlos de forma implacable».[9] Y esto era particularmente necesario en un caso como el de esta república, cuya legitimidad había sido puesta en cuestión por una serie de adversarios que hablaban sin ningún miramiento.

Para el diario *Vorwärts*, era imposible que hubiese un caso más claro que éste. Los acusados habían confesado su culpabilidad; es más, se habían jactado de ella. Sin embargo, en vista de cómo había

manejado el juicio Neithardt, ¿podía alguien estar seguro de que esos hombres serían condenados?

Muchos auguraban que sólo condenarían a Hitler,[10] y que lo harían sobre todo por el descaro con el que había desafiado a Berlín, a Baviera y a los países de la Entente. El diplomático estadounidense Robert Murphy, sin ir más lejos, creía que Hitler ingresaría en prisión y que, tal y como establecía la ley, sería deportado a Austria. Y su amigo Eugenio Pacelli, el nuncio del Vaticano y futuro papa Pío XII, coincidía con él. Todo indicaba que, al menos durante un tiempo, Hitler dejaría de dar problemas.[11]

En vista del grado de polarización social que había causado el juicio, las autoridades temían que se produjesen[12] manifestaciones, altercados o incluso disturbios cuando el veredicto fuese anunciado. Esa semana se había prohibido la publicación de algunos periódicos tanto de izquierdas como de extrema derecha, entre ellos el socialista *Mü nchener Post* o el radical *Grossdeutsche Zeitung*. Las autoridades de Múnich habían declarado también ilegal la distribución de todo tipo de panfletos políticos, carteles, octavillas o incluso copias impresas del veredicto.

Por un lado, la policía se alegró de que la decisión del tribunal no se diese a conocer durante el fin de semana,[13] ya que la gente disponía entonces de más tiempo libre y, por lo tanto, aumentaba el riesgo de que se produjeran concentraciones más numerosas de gente o incluso incidentes. Por otro lado, la lectura de la sentencia se había programado para una fecha que también podía resultar problemática: el cumpleaños de un símbolo del nacionalismo alemán como Otto von Bismarck.

Ese fin de semana, varios confidentes informaron a la policía de que se estaba organizando una asonada[14] en la Augustinerbräu y el juez Neithardt recibió un telegrama[15] de Augsburgo en el que se le advertía de que los nazis se opondrían rotundamente a un veredicto de culpabilidad. Llegaban infinidad de cartas con insultos, algunas de

lugares tan lejanos como Estados Unidos, en las que se acusaba a Stenglein de ser, entre otras cosas, un «bastardo patético».[16] Su ayudante, Hans Ehard, llegó a recibir amenazas de muerte.[17] En semejante clima de crispación, las autoridades prefirieron no correr ningún riesgo.

El lunes 31 de marzo, varios responsables de la policía[18] se reunieron en el archivo del cuartel situado en la Ettstrasse con el fin de trazar la estrategia que seguirían para mantener el orden durante la última sesión del juicio. Insistieron en la importancia de prevenir en la medida de lo posible el riesgo de que se produjeran incidentes y en la necesidad de sofocarlos de inmediato si llegaban a darse. La policía no debía tolerar bajo ningún concepto la celebración de protestas ni las muestras públicas de apoyo. Debían evitarse las concentraciones de gente en las inmediaciones de la Blutenburgstrasse, y debía establecerse un dispositivo de vigilancia férreo en las estaciones de tren para controlar todas las llegadas a Múnich.

Se puso al Reichswehr en estado de alerta máxima y se pidieron refuerzos a las ciudades vecinas. En previsión de posibles ataques, se desplegaron agentes por algunos puntos estratégicos de la ciudad, entre ellos el consulado francés,[19] las residencias oficiales de los miembros del gobierno y, sobre todo, los domicilios[20] del juez Neithardt, de los miembros del tribunal y de los fiscales.

La sentencia sería, desde luego, firme. Las decisiones del Tribunal Popular no podían recurrirse. La revista *Time*, por aquel entonces en su primer año de andadura, hizo un resumen de todo el proceso para sus lectores, y sintetizó los argumentos que Hitler y sus compañeros de banquillo habían presentado para explicar por qué «no debían ser decapitados, ahorcados o ajusticiados por traición».

> Su postura era básicamente la siguiente: «Nosotros no hemos sido los únicos [que han delinquido]. Toda la cúpula del gobierno bávaro estaba al tanto de la conspiración, pero se desentendieron de ella cuando vieron que

podía fracasar. Uno de ellos era Kahr, otro Lossow, etc. ¡A ver si se enteran!».[21]

A pesar del tono jocoso del artículo, el periodista reconocía que el razonamiento sonaba coherente.

Había, de hecho, tantas personas implicadas[22] en la conspiración de la cervecería que, según informaba *L'Intransigeant*, el ministro bávaro de Justicia no sabía muy bien qué hacer. Circulaban infinidad de rumores acerca de que estaban llegando a acuerdos secretos para garantizar la absolución de Hitler y el resto de los acusados.

El triunvirato, por su parte, había abandonado Múnich mucho antes de que acabara el juicio. Unos decían que se habían ido a Italia,[23] otros los situaban en Corfú,[24] Grecia[25] o Suiza.[26] Sea como fuere, a nadie le sorprendía. Como señalaba el *Allgemeine Rundschau*, los mandatarios bávaros habían dado muestras sobradas de su mezquindad.[27] En lugar de asumir la responsabilidad de sus actos, habían preferido ocultarse tras un muro de secretos oficiales y habían buscado todo tipo de vacíos legales para ponerse a resguardo. El hecho de que hubieran huido de Múnich ¿no era acaso una clara demostración de su culpabilidad, de su cobardía o de ambas cosas?

Tampoco causó demasiada sorpresa que el tribunal les hubiera permitido salir del país[28] con una investigación en curso sobre su presunta participación en un delito de traición. Neithardt se había mostrado mucho más dispuesto a defender a Kahr, Lossow y Seisser que a proteger la Constitución.

No se recordaba un juicio así[29] en los últimos tiempos, concluía el *Bayerischer Kurier*. El diario *Vorwärts* añadía que el principal acusado se había comportado como un «poseso». El rotativo berlinés contaba también que, durante el juicio, uno de sus periodistas había escuchado a un miembro del público describir a Hitler como un maestro de la oratoria que se elevaba por encima de

todos como un coloso de la antigüedad clásica. Con sólo desearlo, añadía aquel hombre, el acusado «podía hacer que el mundo entero se viniese abajo».[30]

En vista de que Hitler estaba emergiendo de la debacle golpista más reforzado que nunca, el único interrogante que le quedaba por resolver al tribunal era el siguiente: ¿estaría al principio o al final de su carrera política?

50

NOMEN EST OMEN

> Si tuviera que presidir[1] el juicio otra vez, no cambiaría ni un ápice las decisiones que tomé.
>
> GEORG NEITHARDT

La mañana del martes 1 de abril de 1924, la sala de vistas situada en la segunda planta de la antigua academia militar estaba tan abarrotada que ni siquiera los asistentes con pases en regla pudieron acceder a ella. A los periodistas también[2] les costó encontrar asientos libres en la zona que tenían reservada. En la tribuna se situaron los representantes del gobierno, los oficiales del ejército y, como no dejó de señalarse, una enorme cantidad de mujeres. Según el *Berliner Tageblatt*, todo el mundo aguardaba la lectura de la sentencia con «emoción contenida».[3]

La atmósfera[4] era similar a la de una velada en la ópera o a la de un estreno teatral de postín. A Hitler se lo comparó con la estrella principal del espectáculo y no sería raro que lo hubieran equiparado también con un santo. El corresponsal del *Daily Telegraph* pudo escuchar a dos mujeres del público hablando de lo mucho que les gustaría meterse en la bañera del líder nazi.

Mientras en la sala de guardia se acumulaban los ramos de flores[5] para los acusados, éstos se habían reunido[6] en el patio trasero de la academia para hacerse una foto. En ella puede verse a Hitler con su sempiterno traje negro debajo de la gabardina planchada y un sombrero en la mano izquierda. El Dr. Frick también eligió llevar traje.

Todos los demás acusados, en cambio, vestían sus uniformes militares engalanados con todo tipo de cruces, medallas, cordones y con algunas de las distinciones más prestigiosas del país. Incluso el general Ludendorff llevaba puesto el uniforme del ejército alemán que había jurado no volver a lucir. El único acusado que faltaba era Ernst Pöhner, a quien —en atención a sus problemas gastrointestinales— se lo había dispensado de asistir a la lectura de la sentencia.

¿Podían realmente ser condenados por alta traición unos acusados a quienes se había distinguido con esas condecoraciones? La indumentaria del Dr. Friedrich Weber, que se presentó en la sala[7] con la gorra azul de la ilegalizada Bund Oberland y una espada de gala, causó también cierta controversia. A pesar de que su atuendo suponía una flagrante falta de respeto más a las leyes de la república alemana, el juez Neithardt no puso la menor objeción.

El primero de los participantes que ocupó su puesto en el estrado fue Karl Kohl, uno de los letrados más combativos de la defensa. Los acusados entraron en la sala en torno a las diez de la mañana, con Ludendorff al frente, seguido de Hitler y la comitiva de abogados. Los fiscales llegaron muy poco tiempo después.

A las 10.05 horas, el juez Neithardt y los demás miembros del tribunal tomaron asiento en las imponentes sillas de cuero que estaban dispuestas frente a la enorme mesa presidencial de madera. A Neithardt se lo veía tenso y circunspecto. Tras cinco semanas de expectación, la sentencia fue leída[8] sin ninguna ceremonia.

A Hitler —empezó diciendo el juez con voz firme y pausada— se lo declaraba culpable de un delito de alta traición. Se produjo un pequeño revuelo en la tribuna, de donde llegaron también murmullos y gritos de «¡Esto es inaceptable!» y «¡Menudo escándalo!».[9] A pesar de las órdenes que prohibían las concentraciones, en el exterior, al otro lado de las alambradas, se había congregado un gentío enorme. Cuando los redactores, que

salían a toda velocidad[10] de la academia para enviar sus crónicas, les comunicaron la noticia, muchas de esas personas empezaron a gritar y a lanzar insultos.[11]

Tres compañeros de Hitler recibieron la misma sentencia que él: Weber, Kriebel y Pöhner. Todos ellos serían condenados al pago de una pequeña multa y a cinco años de cárcel, de los que se descontaría el tiempo que ya habían pasado en prisión. En el caso particular de Hitler eso supondría una reducción de la condena de cuatro meses y dos semanas.

De acuerdo con el artículo 81 del Código Penal, los acusados por traición debían ser condenados a cadena perpetua, ya fuera en un centro penitenciario o en una fortaleza. Sin embargo, el Tribunal de Múnich consideró que en este caso concurrían una serie de circunstancias atenuantes que permitían rebajar la condena a entre cinco y quince años de cárcel, y se decantó por aplicar la pena mínima. Los magistrados interpretaron la ley de tal manera que Hitler y el resto de los conspiradores podrían solicitar además la libertad condicional tan sólo seis meses después de ingresar en prisión.

A los otros cinco acusados —Brückner, Röhm, Pernet, Wagner y Frick— se los declaró culpables de un delito menor de complicidad e inducción a la alta traición. Aunque técnicamente debería habérseles impuesto una condena de un año y tres meses de cárcel, el juez descontó el tiempo que ya habían pasado en prisión y dictaminó que podrían cumplir el resto en régimen de libertad condicional. Esto quería decir que, si no cometían ninguna falta hasta el 1 de abril de 1928, ninguno de ellos tendría que pasar un solo día más en la cárcel.

El general Ludendorff, por su parte, fue absuelto de todos los cargos.

Se oyeron gritos de «¡Bravo!»[12] entre el público.

—*Heil, Ludendorff!*

La sala estalló en aplausos.

Según lo dispuesto en la legislación alemana, Neithardt dedicó el resto de aquella breve sesión matutina a exponer los fundamentos jurídicos del fallo.[13] Puede que el triunvirato bávaro al que tantas veces se había señalado durante el juicio estuviese implicado en el *putsch*, leyó el presidente del tribunal. Pero aquello era totalmente irrelevante. No eran ellos quienes estaban siendo juzgados. «Lo único que nos compete[14] decidir es si los acusados son inocentes o culpables.»

El tribunal había determinado que Hitler, Kriebel y Weber habían ideado el plan del *putsch* de la cervecería. Pöhner fue incluido entre los autores materiales por participar en la ejecución del complot y aceptar un puesto en el nuevo régimen. El hecho de que Ludendorff hubiera aceptado también uno no fue mencionado.

El tribunal entendía, según explicó Neithardt, que el general había acudido a la cervecería convencido de estar actuando en favor del gobierno de Kahr, aunque esa misma justificación no se aplicó para eximir de su culpabilidad a los demás acusados. Ese razonamiento contradecía también las declaraciones iniciales de Ludendorff, pero Neithardt concluyó sin demasiada convicción que el general no había sido consciente de estar incurriendo en un delito de alta traición:

> Según han declarado infinidad de testigos,[15] Ludendorff estaba tan afectado cuando subió al escenario de la cervecería que apenas era capaz de comprender lo que estaba sucediendo a su alrededor.

El tribunal interpretó los hechos acaecidos en el salón privado de la Bürgerbräu de una manera muy similar y llegó a la conclusión de que Ludendorff pensó que estaba cooperando con el régimen de Kahr, aunque eso no explicaba por qué, si ése era el caso, había pasado tanto tiempo tratando de convencer al propio Kahr de que aceptara un puesto en un gobierno que al parecer ya presidía.

En cuanto al resto de los condenados por traición o por atentar contra el orden constitucional mediante el uso de la fuerza, según lo dispuesto en los artículos 81 y 82 del Código Penal, Neithardt pasó a

detallar los motivos por los que se había apreciado la existencia de circunstancias atenuantes: según él, los acusados habían actuado «con un ánimo puramente patriótico[16] [...] y por los motivos más nobles y desinteresados». Y creían contar, además, con el consentimiento de las autoridades bávaras.

Así pues, a pesar de los riesgos de aquella iniciativa —entre ellos una posible guerra civil y una invasión extranjera—, Neithardt llegó a la conclusión de que bastaba con la pena más leve para castigar los delitos cometidos. Daba la sensación, después de todo, de que las leyes contra la traición le parecían[17] demasiado abusivas. Sin embargo, esa opinión no le había impedido, ni a él ni a otros jueces, dictar sentencias mucho más duras contra algunos conspiradores de izquierdas.

En un juicio celebrado hacía poco en el Tribunal Popular, por ejemplo, el periodista judío y de izquierdas Felix Fechenbach fue condenado a once años de trabajos forzados y a la suspensión de sus derechos civiles por un periodo de diez. A los otros dos acusados, Sigismund Gargas y Karl Heinz Lembke, se les impusieron unas penas de doce y diez años de cárcel, respectivamente. El claro sesgo en favor de los acusados de derechas que presentaban todos estos fallos llevó al historiador alemán Karl Dietrich Bracher a definir el sistema judicial de la República de Weimar como «el germen del Tercer Reich».[18]

El desenlace del juicio complació a los sectores nacionalistas, por lo menos en lo relativo al general Ludendorff, al capitán Röhm y a todos los demás acusados que quedarían en libertad tras el juicio. El diario bávaro *Mü nchen-Augsburger Abendzeitung* y el rotativo berlinés *Deutsche Zeitung* elogiaron al tribunal por haberse atrevido a tomar la decisión que los patriotas alemanes esperaban. El *Berliner Lokal-Anzeiger* calificó el fallo de *salomónico*.

El *Deutsche Tageszeitung* aplaudió el fallo del tribunal en términos legales y emocionales e insistió en que la conducta de los acusados obedecía a los «motivos más nobles». Hitler y sus partidarios no habían hecho otra cosa que reaccionar a la opresión

extranjera y al resurgir del patriotismo nacional. Según el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, el tribunal le había ahorrado a Alemania la vergüenza de tener que contemplar cómo se encarcelaba a sus «soldados más valerosos». Las principales críticas se centraron en la parte del fallo que afectaba a Hitler y a sus colaboradores más cercanos. El diario *Kreuz-Zeitung* se limitó a tachar la decisión de *severa*.

Ahora bien, hubo mucha gente que se quedó horrorizada al conocer la sentencia. Para el *Die Zeit*, todo el asunto parecía de principio a fin —el emplazamiento en una cervecería, el aire de comedia y el ridículo fallo del tribunal— un fenómeno exclusivamente bávaro que sólo podía concebirse como una traición al Estado. Según el *Köln Volkszeitung*, si Hitler y sus compinches hubieran conseguido eludir la acción de la justicia, el Estado habría sufrido un daño mucho menor que el ocasionado por el veredicto. El 1 de abril de 1924 quedaría marcado en los anales de la historia legal bávara y alemana como una «jornada negra».[19]

Nomen est omen![20] ¿No era un presagio bastante evidente de lo que iba a suceder que esa jornada se conmemorase el Día de los Inocentes?*[21] El diario *Vorwärts* de Berlín calificó el desenlace de «broma pesada». «El fallo del juicio por alta traición que se ha celebrado en Múnich es una farsa y una burla»,[22] decía a modo de conclusión el *Frankfurter Zeitung*. El *Neue Zürcher Zeitung* de Zürich, por su parte, recordaba a sus lectores que aquel vergonzoso fallo no era ninguna inocentada, sino «la justicia de Múnich».[23] Según *Le Petit Parisien*, se trataba de una «parodia judicial»[24] sin precedentes.

El *Berliner Tageblatt* recordó que se había derramado sangre, que se había tenido que lamentar la pérdida de vidas humanas y que se había puesto en jaque al sistema constitucional de la república. A pesar de ello, los acusados se jactaron de sus actos[25] delante del tribunal y se comprometieron incluso a volver a hacer lo mismo si era necesario. Y no podía olvidarse que entre ellos había cinco miembros del ejército, un oficial de alto rango de la policía y

un juez. Tal vez los sectores más reaccionarios del país tuvieran algo de lo que alegrarse, señalaba el diario *Das Bild*, pero los republicanos alemanes no podían sentir otra cosa que «vergüenza y pena».[26] ¿Seis meses de prisión era todo el castigo que merecía esa traición al gobierno y a la carta magna?, se preguntaba el *Times* de Londres.

En la prensa más alejada de las posiciones nacionalistas y racistas, las críticas al fallo fueron verdaderamente despiadadas. Para el *Allgemeine Zeitung* de Múnich, la sentencia de Ludendorff sólo podía tener una explicación: que el juez lo hubiese absuelto por demencia o incapacidad mental. ¿Acaso no eran sus balbuceos incoherentes una clara prueba del estado en que se encontraba?

Según el *Augsburger Postzeitung*, era ridículo pensar que el comandante en jefe de las fuerzas armadas alemanas en la Primera Guerra Mundial se hubiera visto tan superado por la confusión reinante en la cervecería como para no percatarse de que había quedado atrapado en una trama golpista. El descontrol durante el juicio de Múnich reflejaba muy bien lo que el *Vossische Zeitung* denominó «el caos político reinante en Baviera».[27] ¿Qué sería de Alemania?

El diario *Germania* se arriesgó a hacer un vaticinio: en cuanto salieran por la puerta del tribunal, todas las personas que habían intentado derrocar a la república volverían con toda seguridad a las cervecerías para planear un golpe más efectivo. El veredicto parecía una clara invitación a que los simpatizantes de extrema derecha cometiesen actos de alta traición. No se trataba tan sólo de una «decisión injusta»,[28] era una catástrofe legal que ponía en entredicho la legitimidad y la autoridad del Estado.

El redactor del diario *Le Petit Bleu*, Alfred Oulman, temía que hubiera más consecuencias. Rogó a la comunidad internacional, en particular a Francia, que extremase las precauciones y actuase con contundencia ante la más mínima señal de agresión por parte de Alemania o ante cualquier movimiento sospechoso en sus fronteras.

En vista de la sentencia y de la rapidez con que podrían solicitar la libertad condicional, un detective de la policía calculó en el dorso de un papel que Hitler y el resto de los condenados por traición conseguirían eludir nueve décimas partes de las condenas ya de por sí benignas que les habían caído.

¿Por qué se le había impuesto a Hitler una pena tan leve? ¿Qué peso habían tenido las simpatías que sentía Neithardt por los acusados? ¿Se le había ofrecido a Hitler algún trato a cambio de que no revelase en público la verdadera dimensión de las maquinaciones urdidas por las autoridades bávaras contra la República de Weimar y el Tratado de Versalles? No es una idea en absoluto descabellada (pues Ernst Röhm afirmó en un momento dado que le habían hecho una oferta para que en el juicio mostrase lo que él mismo definió como «una discreción razonable»).[29] Max Hirschberg, uno de los abogados más prestigiosos de Weimar, llegó a la conclusión de que el fallo, en especial en el caso de Ludendorff, había sido fruto de un acuerdo previo: «La justicia nunca se había comportado[30] tan descaradamente como la ramera del fascismo, ni siquiera en Baviera».

Pero la burla a la justicia[31] no terminó ahí. El artículo 9, párrafo segundo, de la Ley para la Protección de la República establecía que los extranjeros acusados de traición debían ser deportados una vez cumplieran la condena. Neithardt, sin embargo, decidió ignorar ese precepto. Así justificó su dictamen:

> Hitler es austriaco de origen alemán.[32] [!] Se considera a sí mismo alemán. [...] Piensa y siente como un alemán. Sirvió como voluntario en el ejército alemán durante cuatro años y medio y obtuvo una de las condecoraciones de guerra más preciadas que existen por su excepcional valentía. Fue herido y arrastra secuelas físicas desde entonces.

A la luz de todo ello, el juez consideró que la expatriación prevista por la ley no era aplicable en este caso. A Hitler se le permitiría seguir, pues, en territorio alemán. Como indicaron

infinidad de juristas tanto entonces como después, la interpretación que hizo Neithardt suponía una clara violación de la ley.

De la tribuna llegaron unos vítores ensordecedores.[33]

Hitler debió de sentir que se quitaba un gran peso de encima. Pronto renunciaría a la ciudadanía austriaca y no podrían deportarlo en caso de volver a tener que vérselas con la justicia. El líder nazi sería, de hecho, apátrida hasta que se le concediera la ciudadanía alemana en el verano del año 1932, tan sólo seis meses antes de hacerse con el poder.*

A los acusados que habían quedado en libertad bajo palabra se les pidió que aguardasen en la sala hasta que salieran los periodistas y los espectadores. A las 11.10 horas, Neithardt parecía dispuesto a dar el proceso por concluido.

Sin embargo, en ese instante, la mañana pasó de lo absurdo a lo grotesco. El general Ludendorff se puso en pie y empezó a protestar por su absolución. Dijo que deseaba unirse a sus camaradas para poder cumplir con ellos la condena y definió la sentencia como «¡una humillación que este uniforme y estas condecoraciones no merecen!».[34]

Varias personas gritaron *«Heil, Ludendorff!»*[35] desde la tribuna. *«Heil, Hitler!»*

Neithardt tuvo que dar varios golpes con el mazo para hacerse oír por encima de lo que el redactor de la Agence Havas describió como «una tromba de aplausos»[36] y llamar la atención a Ludendorff. Varios corresponsales destacaron que el presidente del tribunal parecía verdaderamente desconcertado[37] por esa nueva salida de tono. Tardó un rato en recuperar el control de la sala. Cuando lo consiguió, ordenó a la policía que identificara a los alborotadores para condenarlos a tres días de cárcel. Los agentes, que al parecer no pusieron demasiado empeño,[38] fueron incapaces de localizarlos.

Cuando Neithardt intentaba despejar la sala, un oficial del ejército se acercó al general Ludendorff para pedirle que saliera por una puerta lateral y se metiera en el coche que lo aguardaba en el patio. La idea era evitar una escena en la entrada principal de la

academia, donde la multitud congregada era cada vez más numerosa. Muchas personas habían empezado ya a gritar *«Heil, Hitler!»* y a cantar himnos nacionalistas.[39]

Ludendorff —«rojo»[40] de ira, según un redactor del *Berliner Volks-Zeitung*— se negó a salir por la puerta lateral y desafió con arrogancia al oficial a que lo detuviese. El presidente del tribunal le ordenó que obedeciera, pero sus palabras al parecer no surtieron ningún efecto.

—Ahora soy un hombre libre[41] —contestó Ludendorff, haciendo caso omiso a las autoridades.

El general se abrió paso por los pasillos, repletos ya de espectadores que aclamaban a los acusados, y salió por la puerta principal, donde, según el corresponsal de *The New York Times* Thomas R. Ybarra, fue recibido con «una ovación apoteósica».[42] A pesar de las advertencias de la policía, la multitud que había en el exterior[43] se lanzó contra las vallas. La mujer de Ludendorff lo esperaba en el coche, que para entonces estaba ya casi completamente cubierto por las flores que había lanzado «aquella muchedumbre de admiradores enfervorizados». En el capó[44] podía verse una pequeña bandera imperial de color negro, blanco y rojo.

En la calle que discurría frente a la academia, la gente aplaudía a los líderes nacionalistas mientras gritaba «¡Abajo la república!».[45] Otros agitaban pañuelos desde las ventanas y proferían insultos contra Kahr, Lossow y Seisser. La turba se fue volviendo cada vez más incontrolable. La policía tuvo que cargar[46] con sus porras de goma contra los manifestantes en la parte noroccidental y, según algunas informaciones, hubo heridos.

A Hitler, mientras tanto, lo habían conducido a una sala de la segunda planta, donde debía esperar a que lo trasladaran a prisión. El líder nazi se acercó a la ventana,[47] esbozó una sonrisa y saludó a la multitud, que estalló en una ensordecedora salva de aplausos.

Tercera parte

LA CÁRCEL

51

EL CÉSAR EN LA CELDA NÚMERO 7

> En el guirigay de[1] la política alemana, era imposible anticipar qué figura o figuras estrambóticas saltarían a la palestra.
>
> *The Saturday Review*,
> 22 de marzo de 1924

Esa misma tarde, la policía de Múnich trasladó de nuevo a Hitler al módulo de fortaleza en el penal de Landsberg. En la pared encalada de la sala común de la segunda planta pronto aparecería una corona de laurel[2] con lazos de color negro, blanco y rojo para conmemorar el éxito que había cosechado en el tribunal presidido por Neithardt.

En la primavera de 1924, el nombre y la imagen de Hitler habían adquirido un significado muy diferente del que tenían tan sólo seis meses antes. Un libro publicado ese mismo año daba cuenta del cambio que había experimentado su perfil público entre un sector cada vez más numeroso de la población. En su obra *Das Volksbuch vom Hitler*,[3] Georg Schott describía al acusado como nada menos que un profeta, un genio, un hombre voluntarioso y humilde, un visionario y el líder de la juventud alemana. El autor empleaba a veces un lenguaje casi místico para expresar la aterradora veneración que sentía por el nuevo héroe nacionalista.

Hitler también había conseguido granjearse el apoyo de sectores sociales mucho más exclusivos. El 8 de mayo de 1924, los premios Nobel de física Philipp Lenard y Johannes Stark escribieron

un artículo a cuatro manos en el *Grossdeutsche Zeitung* donde ponían de manifiesto la admiración que sentían por el líder nazi. «A Hitler, Ludendorff, Pöhner y sus camaradas les tenemos», escribieron los físicos, el mismo respeto que a Galileo, Kepler, Newton y otras eminencias del pasado. Según los físicos, esos individuos habían destacado en el juicio como «emisarios del Señor venidos de un tiempo en el que las razas eran más puras, los pueblos, más orgullosos, y las mentes estaban menos nubladas». Los dos premios Nobel declararon también su intención de seguir a partir de ese instante al nuevo «caudillo del pueblo»[4] alemán.

Llenos de confianza tras el juicio, los miembros de la ilegalizada formación nazi se reagruparon bajo las siglas del Völkisch Block y se hicieron con una victoria aplastante en las elecciones de primavera.[5] Tres de los acusados —Ludendorff, Röhm y Frick— se presentaron al Parlamento y resultaron elegidos. En total, treinta y dos de los treinta y cuatro candidatos que presentaba el antiguo Partido Nacionalsocialista y sus aliados radicales consiguieron un escaño. En las elecciones al Parlamento regional de Baviera que se celebraron tan sólo cinco días después del juicio, la coalición de extrema derecha obtuvo una victoria todavía más abultada: consiguió el diecisiete por ciento de los votos en la región y el apoyo de un tercio de los votantes de Múnich. Fueron los mejores resultados que obtendría la extrema derecha antes de las «elecciones decisivas» que se celebraron en 1930.

Gracias a la manga ancha de Neithardt y a la concienzuda cobertura informativa que realizó la prensa, las intervenciones de Hitler durante el juicio lo convirtieron en una persona mucho más conocida. Y, según un periodista de Múnich, su popularidad «no hizo sino aumentar[6] a raíz de la condena [que se impuso a los acusados] y el martirio al que fueron sometidos».

Asimismo, la reclusión forzada en la cárcel sería mucho más provechosa para el propio Hitler que para Alemania o para la comunidad internacional. El líder nazi dispondría de una cantidad enorme de tiempo para reflexionar sobre los aciertos y los errores

que había cometido en el *putsch* y a lo largo de su toda carrera política —una actividad por la que nunca había sentido particular predilección—, y podría disfrutar también de la admiración incondicional que le profesaban sus partidarios. Los compañeros de prisión de Hitler halagarían su vanidad, alimentarían sus ambiciones y contribuirían de muchas otras maneras a convertir Landsberg en una peligrosa caja de resonancia para el movimiento nacionalsocialista. Y todo eso sucedería, además, tras los espesos muros de la fortaleza, lejos de la oposición o la intervención del mundo exterior.

A Hitler se le había impuesto el régimen de confinamiento en fortaleza, la modalidad de internamiento menos dura de todo el sistema penal alemán. En cuanto fue condenado, se le cambió el número de interno, que pasó a ser el 21, y fue trasladado a una celda más grande, la número 7.[7] Era amplia, luminosa, y desde la ventana podía verse el jardín y, más allá del muro de piedra de seis metros de alto, la campiña y una carretera lejana por la que transitaban algunos vehículos. Hitler, fanático de los coches, no tardaría en empezar a fantasear con automóviles y autopistas.

El teniente coronel Kriebel ocupaba la celda número 8, a la derecha de Hitler, y el Dr. Weber, la número 9, situada no muy lejos y de dimensiones más reducidas que las otras dos. Algunos internos de Landsberg llamaban a esta zona «el módulo del comandante».[8]

Dos prisioneros más serían trasladados allí. El primero fue[9] Emil Maurice, condenado en otro proceso por su participación en el *putsch*, y el segundo Rudolf Hess, que —al enterarse[10] de lo leves que habían sido las sentencias de sus compañeros— se había entregado a la policía de Múnich el 12 de mayo. El día antes de que expirase su mandato, el Tribunal Popular[11] declaró a Hess culpable de alta traición y lo envió a compartir el mismo destino que Hitler.

Sin lugar a dudas, el líder nazi gozaría en Landsberg de las condiciones de vida más agradables que había disfrutado nunca y no tardó en acostumbrarse a una rutina[12] marcada por unos privilegios

inmensos. A las seis de la mañana, cuando los guardias cambiaban de turno, las puertas de su celda se abrían y se le permitía deambular libremente por todo el módulo.

Sus compañeros le servían el desayuno a las siete[13] en la sala común, donde había una mesa dispuesta para seis comensales, generalmente cubierta por un mantel blanco. A pocos metros de la mesa podía verse una estufa, un fregadero doble y un espejo. En un rincón había, además, dos sillas de mimbre. Después del desayuno —que solía constar de café, pan y gachas de avena, aunque también podía comprarse mantequilla y mermelada—, otros internos recogían los platos. Se trataba de los *kalfaktoren*,[14] presos ordinarios de Landsberg, muchos de los cuales se consideraban afortunados de tener ese trabajo. Se encargaban de limpiar las habitaciones, hacer las camas, lustrar los zapatos y recoger los platos después de las comidas, tarea que aprovechaban para quedarse con todas las sobras que pudieran haber quedado.

A las ocho de la mañana, a Hitler y a su círculo de internos del módulo de fortaleza se les permitía utilizar las barras paralelas, el potro y el resto de las instalaciones del gimnasio. En ocasiones, el atlético y esbelto Dr. Weber hacía las veces de entrenador y monitor. Los internos tenían permitido también correr, practicar lucha libre, *jiu-jitsu*[15] o calistenias, y participar en todo tipo de competiciones, desde carreras hasta concursos de lanzamiento de peso con piedras y troncos. Desde su llegada a Landsberg, Rudolf Hess se esforzó al máximo por destacar como atleta en dichos juegos. En uno de ellos se disputaron una edición de las sagas nórdicas encuadernada en cuero y dedicada por Hitler.

También se les ofrecía la posibilidad de practicar boxeo. Edmund Schneider, el miembro de las Stosstrupp Hitler que ocupaba la celda número 2, había convencido al personal de la prisión para que les dejaran tener un saco lleno de tierra con el que poder practicar el golpeo y se dedicó a introducir a sus compañeros en el noble arte del pugilato. En una ocasión, Emil Maurice, el experimentado camorrista de la celda número 6, y Hermann Fobke, el miembro de

las Stosstrupp Hitler que ocupaba la número 11, estuvieron peleando hasta casi perder el conocimiento. Hans Kallenbach aseguró que no recordaba haber visto nunca a Hitler[16] riéndose tanto como ese día. Sin embargo, tras el combate, el líder nazi decidió restringir los deportes de combate a la lucha libre, lo cual no impidió que muchos internos volvieran a la enfermería cojeando.

Hitler no solía participar[17] ni en los entrenamientos ni en las competiciones. O bien se quedaba de simple espectador o bien, como señaló el director de la prisión, hacía de árbitro en los encuentros.[18] Aunque no hubiera tenido el hombro lesionado, es poco probable que Hitler se hubiese unido a sus compañeros mucho rato. No le gustaba el ejercicio físico extenuante y, al parecer, pensaba que ese tipo de actividades podía dañar la imagen que los seguidores tenían de su líder.

Después de la sesión matutina de ejercicio, Hitler y los demás prisioneros podían ir a la biblioteca de la fortaleza o salir al jardín. Algunos se quedaban jugando a las cartas, o a algún otro juego de mesa, y apostando la comida, los puros y los cigarrillos que tenían. Cuando no estaba inmerso en alguna partida de ajedrez, al teniente coronel Kriebel le gustaba trabajar en el jardín, y no era raro verlo atravesar aquellos terrenos a grandes zancadas, vestido con un mono de trabajo y un sombrero de paja como si fuera «el dueño de una plantación brasileña de café».[19] Hess se entretenía a veces cortando leña porque, como contó en una carta a su familia, quería dividir el tiempo a partes iguales entre el «trabajo intelectual» y el «trabajo físico».[20]

Hitler, por su parte, prefería pasear por el camino de grava de unos doscientos metros de longitud que discurría entre el edificio de la prisión y el muro. Dicho sendero, uno de los dos que había en la zona, pasaba junto a un montón de arbustos, arriates de flores y árboles frutales, y bordeaba el jardín que el líder nazi podía contemplar desde la ventana de su celda. Hitler solía dar sus paseos en compañía de Emil Maurice o Rudolf Hess. La vereda no tardaría en ser bautizada como «el sendero de Hitler».[21]

A las once de la mañana se distribuía el correo, que para Hitler siempre era muy abundante. Todos los envíos que llegaban a la prisión eran trasladados a la sala de guardias y abiertos en una enorme mesa dispuesta a tal fin. Supuestamente, se inspeccionaban las costuras de los objetos en apariencia inofensivos, como la ropa, y se hacían algunos cortes en las tartas, las hogazas de pan y las salchichas para comprobar que en su interior no se habían ocultado mensajes, armas o herramientas que pudieran usarse para darse a la fuga. En la práctica, esos controles eran, cómo no, muy poco rigurosos.

Un guardia llamado Hemmrich se tomó la molestia de describir cómo abrían los paquetes cada uno de los internos. Según él, el teniente coronel Kriebel «se lanzaba» sobre los envoltorios como un comandante que concentra todas sus fuerzas sobre el flanco mejor guarnecido de su enemigo, que en su caso era la cuerda más resistente. Weber, por su parte, se enfrentaba a los paquetes como si de un rompecabezas se tratase e iba desatando «cada uno de aquellos benditos nudos[22] con una paciencia y una meticulosidad extremas». En algún punto entre estos dos extremos se encontraba Hitler, que supuestamente cambiaba de método en función del tipo de paquete y del remitente.

El momento más importante de la jornada giraba, por supuesto, en torno a la comida principal, que se servía en la sala común a mediodía. Los presos solían quedarse de pie detrás de las sillas hasta que alguien señalaba con un sonoro «¡Firmes!» la entrada de Hitler, que a continuación se dirigía a la cabecera de la mesa mientras iba dando la mano y saludando a todos los presentes. De la pared que tenían detrás colgaba una bandera de color rojo y negro con una esvástica que habían conseguido colar en la prisión. Cuando oían que se acercaba un guardia, la escondían debajo de un cubo. Los funcionarios solían hacer la vista gorda, ya que la exhibición de dicha bandera contravenía las normas de Landsberg.

Después de la comida, los presos ordinarios[23] recogían de nuevo los platos. Hitler y su camarilla tenían permiso para fumarse entonces un cigarro, para lo cual solían usar las cajetillas usadas como cenicero. Hitler, que no era fumador, prefería tomar algo de fruta o una porción de tarta. Las conversaciones se detenían bruscamente cuando el líder nazi se levantaba de la silla y se retiraba a su celda para leer o responder el correo. A veces dibujaba. Realizó el boceto de un museo imaginario[24] dedicado a la memoria de la Primera Guerra Mundial; bosquejó los planos de un teatro, una biblioteca nacional y una universidad, y diseñó la escenografía para varias óperas de Wagner, para *Turandot* de Puccini y para *Julio César* de Shakespeare.

A primera hora de la tarde, los prisioneros leían, descansaban o echaban una partida a las cartas o a cualquier otro juego. Alrededor de las cuatro y media, después de tomar una taza de té o café, podían salir otra vez al jardín. La cena se les servía en las celdas a las seis. Por lo general, incluía salchichas o arenque en escabeche acompañado de patatas cocidas o ensalada de patata, y podían comprar hasta medio litro de vino o cerveza. Según Hans Kallenbach, esta ración tan exigua suponía un tormento parecido al de Tántalo[25] para los bebedores más empedernidos, y lo siguió siendo a pesar de que la dirección accedió a ampliar el límite diario a cambio de algunas horas de trabajos comunitarios en el jardín o en los terrenos de la prisión.

Por último, los internos de la fortaleza disponían de otra hora de ejercicio para correr, hacer concursos de tirachinas o practicar algún juego de pelota, y después, a última hora de la tarde, volvían a tener la oportunidad de charlar mientras tomaban una taza de té o algún sustituto del cacao con tarta o pasteles. El teniente coronel Kriebel, o «papá Kriebel»,[26] como lo llamaban los prisioneros más jóvenes, hablaba de sus días en China durante el Levantamiento de los bóxers, otros rememoraban sus experiencias en la Primera Guerra Mundial o en los Freikorps luchando contra los comunistas.

Hitler pronunciaba a veces un discurso. Los guardias afines al partido se acercaban a escucharlo y muchos de ellos no tardaron en saludar al líder nazi al grito de *«Heil, Hitler!»*.

Tal programa de actividades dejaba a los internos una enorme cantidad de tiempo libre. Hermann Fobke, un estudiante de Derecho de veinticuatro años oriundo de Stettin, había convertido la celda número 11 de la primera planta en un salón de té al que se conocía como «Salón Thalia»[27] y había organizado otra actividad fundamental para los internos: la misma celda número 11 servía también de imprenta para el periódico clandestino de la prisión, el *Landsberger Ehrenbürger*. Al parecer, el nombre era un juego de palabras relativo al régimen penitenciario del que disfrutaban y significaba tanto «ciudadano honorario de Landsberg» como «hombre libre».

Los guardias probablemente conocían la existencia del periódico mucho antes de que el censor lo descubriera en septiembre de 1924 leyendo, al parecer, la carta de un interno llamado Emil Danneberg en el que éste lo mencionaba. Se cree que todas las copias del periódico fueron destruidas, aunque se conserva al menos un número completo: el seis, una edición especial publicada el 4 de agosto de 1924 para conmemorar el décimo aniversario de la Primera Guerra Mundial. Para ese número, Kriebel escribió un artículo sobre la movilización de su compañía y Weber relató un ataque en las montañas de los Vosgos con su «batallón de esquiadores».[28] Rudolf Hess compuso un poema sobre la masacre de Verdún.

El estilo del periódico era, en general, desenfadado y solían incluir chistes, acertijos, reportajes y las noticias destacadas del día. En ocasiones publicaban también caricaturas de internos o de funcionarios acompañadas de unos versos. Hitler era muchas veces el encargado de escribir el artículo principal, o bien aportaba algún dibujo. Se conserva uno en el que el líder nazi se burlaba del celo excesivo con el que el Dr. Weber dirigía las sesiones de entrenamiento. En él puede verse a sus pupilos esforzándose al

máximo en el gimnasio con los brazos en cabestrillo, las cabezas vendadas y muletas. Los internos procuraban tener el periódico listo para las reuniones que celebraban todos los sábados por la tarde en la sala común.

Las luces se apagaban a las diez en punto de la noche, aunque a Hitler pronto se le daría permiso para quedarse despierto hasta más tarde. La noche solía concluir con una ronda de *«Sieg Heil»* y algunos cánticos nacionalistas. A veces los acompañaba la banda de la prisión.[29] Un miembro de las Stosstrupp Hitler sabía tocar el violín, otros, el laúd, la armónica o el harpa, y alguien tenía incluso un estruendoso *stumpf fiddle*[*] casero hecho con un palo de escoba a cuya parte superior había atado unos cascabeles y unas latas.

«Como verás —escribió Hermann Fobke a un amigo en junio de 1924—, [la vida en Landsberg] es bastante llevadera.»[30]

52

CARA A CARA

Un baluarte político[1] para maleantes nazis.
Münchener Post
sobre la prisión de Landsberg,
5 de noviembre de 1924

Antes del juicio, Hitler se había quejado en muchas ocasiones de que recibía pocas visitas. Ése no fue el caso después. Por el camino de entrada a la prisión discurría ahora un flujo constante de visitantes, a los cuales —tras comprobar su identidad—[2] se los hacía pasar a la oficina del director para que rellenasen la *sprechkarte*[3] y consignasen en ella su nombre, el nombre del recluso al que querían ver y la fecha de la visita. El director de la prisión, Otto Leybold, y su segundo eran los encargados de determinar la duración de la visita y de firmar los pases de entrada. Después, el recién llegado era conducido hasta una de las salas de vis a vis que se encontraban en la segunda planta.

Algunos de los primeros en acudir[4] a Landsberg fueron, por supuesto, viejos colaboradores de Hitler, como Max Amann, y compañeros de banquillo en el juicio, como el capitán Röhm, el Dr. Frick y Wilhelm Brückner. Los tres viajaron juntos en coche la mañana del 10 de abril para mantener un encuentro de una hora con el líder nazi. Muchos otros veteranos del *putsch* y del partido lo visitarían durante aquellos primeros días y regresarían a menudo:

Alfred Rosenberg, Ulrich Graf, Julius Streicher, Hermann Esser, Anton Drexler y Ernst *Putzi* Hanfstaengl. Este último lo visitaría en cinco ocasiones, la primera el 11 de abril.

Su hijo pequeño, Egon, que lo acompañó en una de ellas, creía que Landsberg era una especie de mazmorra donde Hitler dormiría encadenado entre la mugre y las ratas. En cambio, lo que se encontró al llegar fue una celda impoluta y luminosa con vistas al jardín. Aparte de ese detalle, de lo que más se acordaba Egon era de la voz del líder nazi, que en un instante de particular acaloramiento hizo vibrar incluso la mesa de la celda.

El horario de visita era normalmente de nueve a doce de la mañana y de dos a cinco de la tarde. Algunos días, Hitler tenía programada una visita detrás de otra. El 12 de abril, por ejemplo, después de despedirse de Ludendorff —que lo visitaba aquel día por primera vez— tuvo que atender a siete personas más, entre ellas su abogado, Lorenz Roder; su compañero de banquillo Heinz Pernet; el veterano del *putsch* Max Sesselmann, y Heinrich Hoffmann, su fotógrafo. Este último se presentó con una cesta de fruta[5] y su inseparable cámara.

Fue entonces cuando Hoffmann realizó una conocida serie de fotos sobre la vida tras los muros de Landsberg. En una de ellas puede verse a Hitler posando con el tradicional *Lederhose* bávaro mientras lee el periódico. En otra aparecen el propio Hitler, Kriebel, Weber y Emil Maurice, este último con un laúd en la mano, sentados alrededor de una mesita decorada con un jarrón de flores. Estas instantáneas —que sin duda fueron tomadas con la connivencia de la administración— terminaron convirtiéndose en un símbolo de la tolerancia que reinaba en Landsberg.

Aunque las imágenes reflejaban la realidad con bastante verosimilitud, conviene recordar que la razón de que se tratara a Hitler con tanta «indulgencia» tenía más que ver con el tipo de condena que cumplía (es decir, el hecho de que hubiera ingresado en régimen de confinamiento en fortaleza) que con un supuesto trato de favor motivado por las simpatías que despertaba. Lo cual no

quiere decir, por supuesto, que el director Leybold y el personal de la prisión no comulgaran, como de hecho hacían, con las ideas de la extrema derecha.

Que los reclusos, las visitas y al final también los guardias se pasaban el día entero dando coba a Hitler no es ninguna exageración. Ernst Röhm, que lo visitó por segunda vez el 1 de mayo, salió de la cárcel consternado al ver la corte de «intrigantes y aduladores»,[6] como los llamó Ludendorff, que pululaba alrededor del líder nazi adorándolo como si fuera un semidiós. Kurt Lüdecke, que firmó en el registro de Landsberg tan sólo tres días después, supuso que la experiencia terminaría siendo positiva para Hitler. Aunque el interno seguía teniendo la misma mirada de «tragafuegos» de siempre, era evidente que «estaba más tranquilo y seguro de sí mismo».[7]

En total,[8] entre hombres, mujeres y niños, trescientas cincuenta personas fueron a Landsberg para ver a Hitler, con lo que el número de visitas registradas superó con creces las cuatrocientas cincuenta. Según el guardia Otto Lurker, a Landsberg llegaron personas de «toda clase, edad y condición».[9] Desde los Alpes hasta las costas del Báltico, los visitantes se desplazaban a la prisión en tren, en coche o incluso en bicicleta. Muchos procedían de Austria y Checoslovaquia, y una pareja de jóvenes llegó incluso a hacer el viaje a pie desde el norte de Alemania.

Los registros de Landsberg muestran una diversidad geográfica mucho menor[10] que la indicada por el funcionario de prisiones. Como mínimo, ocho de cada diez visitantes eran de Baviera y la mitad de ellos venía de Múnich. Sólo se sabe de veintisiete personas procedentes de Prusia, de las cuales nueve eran de Berlín. Fueron muchas las partes de Alemania de las que no llegó una sola visita. Entre ellas cabe destacar Schleswig-Holstein, que con el tiempo se convertiría en bastión del Partido Nazi, y Prusia Oriental, cuyos *Junkers* y terratenientes llevaban muchos años nutriendo las filas de la extrema derecha alemana.

Lo que todos estos datos ponen de relieve es que, a pesar del crecimiento que había experimentado gracias al juicio, el Partido Nazi seguía siendo una organización de carácter fundamentalmente regional. Con todo, las cosas estaban cambiando. El 23 de octubre de 1924, la editorial F. A. Brockhaus[11] solicitó por carta a las autoridades de Landsberg información sobre Hitler para la decimoquinta edición de su prestigiosa enciclopedia. El volumen dedicado a la letra *H*, que se terminó de redactar en 1931, incluiría por primera vez en la historia las entradas *Hitler*, *Adolf*, y *Hitlerputsch*. En la segunda de ellas se explicaba cómo había recuperado Hitler el control del partido después de la fallida intentona golpista.

El director de Landsberg estaba en lo cierto en cuanto a la gran variedad de oficios que al parecer desempeñaban los visitantes de Hitler. Entre ellos había profesores, médicos, zoólogos, ingenieros, arquitectos, escritores, periodistas y maestros, así como banqueros, bibliotecarios y estudiantes, además de personal del ejército y oficiales de la policía estatal. En sus dos primeros meses de confinamiento, Hitler recibió también a un organista, a un cantante, a un afinador de pianos, a un anticuario de libros, a un fabricante de ropa y a varios mecánicos y cerrajeros. No faltaron tampoco comerciantes de todo tipo de artículos, desde productos para el cabello hasta menaje para el hogar, máquinas de escribir o lápidas.

A Hitler debió de hacerle sin duda mucha ilusión la visita que recibió la tarde del domingo 11 de mayo. Se trataba de Ernst Schmidt,[12] su compañero en el servicio de mensajería del 16.º Regimiento de Infantería junto al que también había servido después de la contienda llevando a cabo una infinidad de trabajos, desde labores de vigilancia hasta la evaluación de mascarillas de gas. Su viejo camarada de guerra trabajaba por aquel entonces como diseñador de interiores en Garching, un pueblecito bávaro situado al este de Múnich. El director le autorizó una entrevista de tan sólo diez minutos, el tiempo que se concedió a la mayoría de las visitas que recibía el líder nazi.

Otro rostro familiar era el de Bruno Büchner, el antiguo ciclista y piloto que regentaba en Obersalzburg uno de los hostales favoritos de Hitler. El líder nazi se había alojado allí pocos meses antes del *putsch* y se quedó prendado de la belleza que transmitían sus parajes montañosos los días de lluvia. Algunos huéspedes del hostal se acordaban también de Hitler, que por aquel entonces se ocultaba bajo el alias «Herr Wolff», blandiendo el látigo para perros que llevaba siempre consigo y despotricando contra el «materialismo judío» que imperaba en Berlín. Büchner lo visitó el 17 de abril en compañía de su joven esposa, Elisabeth.

Son muchas las personas que, tanto entonces como después, se han referido al efecto que Hitler causaba supuestamente en el género femenino y, a tenor de esos comentarios, cabría suponer que las mujeres habían acudido en masa a Landsberg. Sin embargo, es sorprendente el escasísimo número de ellas que en realidad fueron a visitarlo. De acuerdo con los registros de la prisión, sólo cincuenta y siete, menos de una sexta parte del total. Y esta cifra está en cierta manera inflada, ya que en ella se incluye a Angela, la hermana de Hitler; a su sobrina Geli, a su vecina Marie Bechtold, y a su casera, Maria[13] Reichert, que llevó a Antonie, su hija de once años. ¿Es posible que Frau Reichert viajara hasta la prisión para recordar a Hitler que debía pagar el alquiler? Ése fue con toda seguridad el motivo por el que lo visitó otra mujer: Babette Grau, la propietaria del local de la Corneliusstrasse donde tenía sus oficinas el Partido Nazi.

Entre este reducido número de mujeres se encuentra también Kreszenzia Hechenberger, cuyo hijo Anton había sido asesinado en la Odeonsplatz. Por desgracia, los registros de la prisión no ofrecen ningún detalle sobre la visita de diez minutos que realizó el 30 de abril, y resulta imposible saber si la señora Hechenberger se acercó a Landsberg para desmentir o para confirmar una de las muchas bravuconadas que Hitler había soltado durante el juicio: que ninguna madre lo había culpado por la muerte de su hijo durante el *putsch*.

La mayoría de las mujeres que lo visitaron tenían vínculos más estrechos con los colaboradores de Hitler que con el propio líder nazi: Mathilde, la viuda de Scheubner-Richter; la amante y futura esposa de Ludendorff, Mathilde von Kemnitz; Elisabeth, la mujer de Lorenz Roder; Therese, la mujer de Hermann Esser, y Carin, la mujer de Hermann Göring. Esta última fue a Landsberg el 15 de abril[14] con la esperanza de conseguir algún tipo de respaldo económico para ella y su marido. Sin embargo, salió de allí con una fotografía autografiada del líder nazi.

Pero, a pesar del escaso número de mujeres que fueron a verlo, algunas de ellas desempeñaron un papel muy importante en la vida del recluso. Aparte de Geli —a quien, siempre de acuerdo con el relato del director de Landsberg, Hitler había besado en la boca—,[15] una de las visitantes más influyentes fue Helene Bechstein, la esposa de un fabricante de pianos que a punto estuvo de facilitar la huida del líder nazi a Austria antes de que lo detuvieran.

En su primera visita a prisión, el día 15 de mayo, Bechstein se había puesto hecha una furia cuando los guardias empezaron a inspeccionar el regalo que llevaba. Terminó abriendo el paquete ella misma[16] y, al hacerlo, se desparramó por el suelo una cascada de bombones. Seguro que encontraban una ametralladora dentro, les dijo a los guardias a voz en grito. Aunque realizaría un total de doce visitas, ninguna de las cuales duró menos de una hora, no todas fueron igual de memorables. Las dieciocho horas y veinticinco minutos de entrevistas vis a vis que mantuvo Bechstein la convertirían en la visitante más asidua de Hitler. Lotte,[17] su hija de dieciséis años, la acompañó en un par de ocasiones, pero fueron suficientes para que las malas lenguas[18] insinuasen que Bechstein estaba deseando incorporar al líder nazi a su familia como yerno.

Elsa Bruckmann, una princesa rumana casada con el editor Hugo Bruckmann y enfrentada en los círculos sociales a Bechstein, fue otra de las visitantes que posteriormente tendrían un papel relevante en la vida de Hitler. Había sido la anfitriona de un salón literario muy prestigioso al que, desde el siglo XIX, habían acudido

todo tipo de artistas y pensadores, desde Nietzsche hasta Thomas Mann, pasando por Rainer Maria Rilke y Hugo von Hofmannsthal. Hitler y ella se vieron por primera vez en Landsberg, pero la entrevista de apenas ocho minutos[19] que mantuvieron el 22 de octubre de 1924 la llevaría a convertirse en una de las principales benefactoras del líder nazi durante la época de su ascenso al poder.

Hitler destacó la importancia que tuvieron para él Bechstein y Bruckmann de una manera mucho más categórica. Sin esas dos mujeres,[20] dijo al parecer en una ocasión, le habría sido imposible reconstruir el partido al salir de la cárcel.

El correo que le enviaban a Hitler sus admiradores también estaba empezando a acumularse en el despacho del censor. Tres días después de que se leyera la sentencia, llegó a Landsberg una carta remitida por la Aryan Bund[21] de Magdeburgo. Sus miembros querían expresar el «dolor y la furia» que sintieron al conocer la decisión del tribunal, a la que compararon con un «puñetazo en la cara». Aquellos fanáticos pusieron a Hitler tan por las nubes que las autoridades de la prisión decidieron guardarse la misiva. Pero habría otras con un contenido similar que sí llegaron hasta él.

Alguien le envió un ejemplar del diario antisemita sueco *Vidi* para que pudiera comprobar por sí mismo que sus intervenciones en el juicio habían cosechado críticas muy positivas. El rotativo lo elogiaba especialmente por la manera en que había arremetido contra sus enemigos judíos,[22] y llegó a definir su alegato de cierre como «un dechado de la garra y perspicacia lógica». Del resto del proceso dijo que había servido para mostrar «la indecencia, la falsedad y la brutal deshonestidad de ese despreciable trío de judas formado por Kahr, Lossow y Seisser».

Gracias a los privilegios que les otorgaba su régimen penitenciario, los reclusos de Landsberg podían emplear su propio dinero para hacerse con algunas provisiones o costearse ciertos servicios, entre ellos el de la lavandería. Según sus informes de

gasto,[23] las adquisiciones de Hitler solían incluir mantequilla, huevos, patatas, limones, azúcar, vainilla, café, espaguetis, macarrones, aceite para ensaladas, esencia de vinagre, cebollas y, al menos en una ocasión, carne enlatada (Rotti Suppenwü rfel). Emil Maurice, su vecino de celda, echó mano de las nociones elementales de cocina que tenía y se encargó de preparar la comida a Hitler y a los demás ocupantes del «módulo del comandante».[24]

Mayor sorpresa debió de causar otro de los productos que con frecuencia aparecía en su lista de la compra: la cerveza. En julio de 1924, compró un mínimo de treinta botellas y algunas bebidas alcohólicas más. El consumo no se redujo tampoco en otoño; en agosto se cargaron a su cuenta cuarenta y ocho botellas, y en septiembre, sesenta.

A estas compras se sumaban, además, todos los obsequios que les llegaban por correo o les entregaban las visitas. En el caso concreto de Hitler, esto podía incluir desde fruta hasta flores, pasando por libros o brandi. Algunos invitados le llevaron pan, pasteles,[25] salchichas, golosinas, *schnapps*, licor y café en grano[26] procedente de Sudamérica. Como dijo Hess, siempre tenía a su disposición los pepinillos más agrios y las tartas más dulces. Algunas personas le hicieron llegar obras de arte. Helene Bechstein le regaló un gramófono[27] y probablemente también varios discos de su floreciente colección: valses, marchas militares, *Du bist die Ruh*, de Schubert, y *Schmertzen*, de Richard Wagner, entre otros.

El 20 de abril —día del trigésimo quinto cumpleaños de Hitler y Domingo de Resurrección—, el recluso recibió a veintiuna personas en doce visitas diferentes. El guardia Otto Lurker fue incapaz de olvidar la «avalancha de tarjetas,[28] cartas y telegramas» que llegó hasta la prisión junto con un «bosque entero de ramos de flores» y una «montaña de paquetes». Según su compañero Franz Hemmrich, sólo para trasladar las cartas fue necesario usar las cestas de la colada.[29] Los pasteles, las galletas, los bombones y el resto de los regalos quedaron amontonados en las sillas y las mesas de la sala de guardias, y no tardarían en necesitar otra estancia para

almacenarlos. Hanfstaengl, que estuvo de visita en Landsberg dos días después, comparó la celda de Hitler con una tienda de productos gourmet.[30] A Hemmrich le recordó más a una floristería[31] o a un invernadero.

Esta abundancia de regalos permitió a Hitler agasajar en cumpleaños y aniversarios a los demás reclusos y a los guardias, lo cual no puede decirse que sirviera precisamente para enturbiar su relación con el personal de la cárcel.

Al principio, el interno número 21 de Landsberg disfrutó mucho de su recién adquirida fama. A comienzos del verano, sin embargo, las visitas empezaron a resultarle tan latosas y agotadoras que decidió hacer pública su intención[32] de restringirlas. Para entonces, tenía cosas más importantes en las que pensar.

53

MENTIRAS, ESTUPIDEZ Y COBARDÍA

> Los gobernantes de aquel entonces[1] cometieron un error encerrándome. ¡Habría sido mucho más inteligente dejar que estuviera todo el día dando discursos, sin respiro!
>
> ADOLF HITLER,
> 27-28 de julio de 1941

A pesar de la popularidad que había cosechado tras el juicio y las victorias de la derecha radical en las últimas elecciones, el Partido Nacionalsocialista se había debilitado mucho en la clandestinidad y estaba al borde de la disolución. Alfred Rosenberg, el nuevo líder, se comunicaba con su círculo de fieles mediante el alias «Rolf Eidhalt»,[2] un anagrama del nombre[3] Adolf Hitler cuyo apellido venía a significar «cumple tu juramento».

Los nazis operaban de forma encubierta[4] a través de una red de clubes de caza, deporte, senderismo y canto. Pero el principal reto al que se enfrentaba el partido no era la persecución a la que lo sometían las autoridades, sino las tensiones y rencillas que habían surgido dentro de la propia organización.

Había una clara división entre la vieja guardia[5] del partido, que seguía en Múnich, y los cuadros que habían huido al extranjero, la mayoría de ellos —como por ejemplo Esser y Hanfstaengl— a Salzburgo. Unos querían aliarse con otras formaciones de derechas y otros, fragmentarse en grupos más pequeños; unos querían más nacionalismo y otros, más socialismo; unos querían recurrir a la violencia revolucionaria para conseguir sus objetivos y otros,

presentarse a las elecciones parlamentarias como partido político; unos querían acabar con la república y otros, mantener el *statu quo* para evitar el ascenso de la izquierda, que, en su opinión, era una amenaza más peligrosa. Y así hasta el infinito.

Mientras esas guerras internas se recrudecían, Hitler mostraba una actitud distante y ambigua, y procuraba no tomar partido. A mediados de junio de 1924, informó a sus seguidores de que, mientras no pudiera dedicarse a la política en cuerpo y alma, prefería retirarse. Prohibió que cualquiera de las facciones hablara en su nombre.

Tampoco debían visitarlo ni enviarle ninguna comunicación de carácter político. Transmitió su decisión a través de una serie de cartas redactadas por él mismo y por Hermann Fobke, su nuevo «secretario». Como decía en una de ellas, fechada el 16 de junio de 1924, había decidido retirarse «de la política activa»[6] hasta que pudiera recuperar la libertad y volver a actuar como un «líder auténtico».[7] La palabra *auténtico* estaba subrayada.

El 7 de julio, tres semanas después, Hitler hizo pública su postura. Como informó el *Völkischer Kurier*, había decidido «dimitir de todos sus cargos[8] al frente de movimiento nacionalsocialista». Se sentía superado y al mismo tiempo exasperado por lo poco que podía hacer tras los muros de la prisión. Aseguró también que tenía una «sobrecarga de trabajo» enorme y que necesitaba concentrarse en su nuevo proyecto, una «obra exhaustiva» en la que trazaría las líneas maestras de su biografía y su carrera política.

Según los registros de Landsberg,[9] Hitler había recibido un visitante al día en el mes de mayo y casi uno al día en junio. Las visitas se habían reducido desde las doscientas (de ciento sesenta personas distintas) de abril a las sólo noventa y dos (de sesenta y dos personas) de junio. En julio habían caído a veintiséis, menos de una por día. Pero seguían siendo demasiadas para él. El 29 de julio volvió a pedir que no lo molestaran.

A Hitler lo preocupaban también las actividades de Ernst Röhm, que había estado trabajando desde su puesta en libertad para aglutinar a los miembros de las Tropas de Asalto y a sus aliados de la Kampfbund —que habían sido ilegalizados— en una nueva formación llamada Frontbann.[10] Röhm contaría muy pronto con treinta mil afiliados. Hitler se oponía a esta operación por muchas razones, en particular porque la existencia de un cuerpo paramilitar tan poderoso y centralizado otorgaría una capacidad de influencia enorme a su líder, que ya se comportaba con mayor independencia y se mostraba incluso reacio a asociarse con un solo partido político.

Cuando Röhm lo visitó en Landsberg el 17 de junio de 1924, Hitler le pidió que abandonase sus actividades inmediatamente. Röhm no le hizo el menor caso. Continuó trabajando en su Frontbann y reclutó también a un nuevo líder: el general Ludendorff.

A principios del verano, las autoridades de Landsberg permitieron a Hitler disponer de una segunda estancia en prisión, que no tardaría en quedar abarrotada de libros, revistas,[11] periódicos y documentos desperdigados sin orden ni concierto por todas partes. Muchas de esas obras eran regalos. Otras se las había prestado su compañero Hermann Fobke, que dedicaba el tiempo de la condena a terminar su tesis para doctorarse en Derecho. Hitler, como confesó por carta en mayo de 1924, estaba aprovechando esa oportunidad para «leer y formarse».

Por aquel entonces ya estaba totalmente inmerso en su proyecto literario. El 12 de mayo de 1924, cuando lo visitó una delegación de miembros del partido procedente de Salzburgo, estaba trabajando en su manifiesto político. Hans Prodinger, uno de los visitantes, lo definió como «una retrospectiva minuciosa»[12] dirigida contra sus enemigos. La expresión *una retrospectiva* se convertiría posteriormente en el subtítulo del libro. Para finales de mes, Hitler tenía ya un título provisional: *Cuatro años y medio de lucha contra las mentiras, la estupidez y la cobardía*.[13]

En el mes de junio de 1924, un panfleto promocional anunciaba la próxima aparición del libro de Hitler. Entre otras muchas cosas, se suponía que iba a incluir una semblanza autobiográfica acerca de sus comienzos en el mundo de la política, la historia del movimiento nazi y una crónica de primera mano del *putsch* de la cervecería. También prometía abordar varios temas e interrogantes, tales como «La clase media[14] y la cuestión social», «El judaísmo y el marxismo», «¿Quién empezó la revolución?», «¿Crimen o estupidez?», «La bolchevización de Europa» y cómo detenerla. Sin embargo, a medida que Hitler iba avanzando en la redacción del borrador, las diatribas ideológicas terminaron por dejar en un segundo plano el ajuste de cuentas con los enemigos del *putsch*, el asunto que seguramente interesaba más a su editor.

Mucha gente se atribuiría después el mérito de haber sugerido a Hitler que escribiera la que, con el tiempo, se convertiría en la obra ideológica de referencia del Partido Nazi. Otto Strasser dijo que fue su hermano Gregor,[15] un veterano de las Tropas de Asalto de Landshut, quien animó a Hitler a poner por escrito sus ideas, porque estaba cansado de que lo sometieran a todos esos discursos largos y repetitivos y quería dedicarse otra vez a jugar a las cartas. Es una completa invención. A Strasser no lo internaron[16] en Landsberg hasta el 4 de febrero de 1924 y sólo coincidió doce días con Hitler, que sería trasladado posteriormente a Múnich para el juicio. El breve periodo que pasaron juntos se produjo, además, dos meses después de que Hitler le hubiera comentado a Hans Ehard, el ayudante del fiscal del Estado, que estaba pensando en escribir unas memorias.

Tampoco es mucho más creíble la hipótesis de que Hitler habría iniciado el proyecto para quedarse al margen de las rencillas que enfrentaban a sus subordinados y no tener que tomar partido. De hecho, había empezado a escribir el libro mucho antes de su retirada de la política. Su fecha inicial de publicación, después de todo, era julio de 1924.

Hay una tercera hipótesis que resulta más plausible. Según esta teoría, Hitler habría decidido ponerse a escribir[17] para sacar rédito de la fama que le había proporcionado el juicio. Era evidente que a Hitler le vendría muy bien cualquier dinero que pudiera obtener con el libro para pagar las multas y costas legales pendientes, que no eran ninguna minucia. (Según Lorenz Roder, la minuta de cinco mil marcos que se le debía no sería satisfecha hasta el año 1934.) Pero las compensaciones económicas no eran ni el único ni el principal motivo.

Hitler había pensado en escribir un libro ya en el año 1922.[18] El *Völkischer Beobachter* dio cuenta de esa idea, pero por aquel entonces Hitler estaba demasiado ocupado con sus mítines y su labor al frente del partido para poder avanzar a buen ritmo. El reducido espacio de la celda, por el contrario, ofrecía las condiciones ideales para que concentrara todas sus energías en el texto, y eran tantos los sinsabores que le habían dejado el *putsch* y el juicio, que no había duda de que no le faltaban deudas por saldar.

«Dedica muchas horas al día[19] al borrador de su libro», escribió el director Otto Leybold en el otoño de 1924. El estilo del manuscrito se asemejaba mucho al de un discurso, lo cual resultaba lógico dado que éste era su modo de comunicación favorito. Sus dotes oratorias, sin embargo, no parecían adaptarse a la página escrita tan bien como a las cervecerías.

Pomposo, repetitivo y plagado de digresiones farragosas, el texto torpe y grandilocuente de Hitler abundaba en neologismos construidos de forma artificial mediante una increíble acumulación de sustantivos, y avanzaba sin rumbo entre una maraña de frases subordinadas. Para la periodista Dorothy Thompson, la obra tenía el estilo recargado de «un discurso largo»,[20] estaba escrita en un «alemán defectuoso, [con] una autocomplacencia infinita», y se encontraba lastrada por una infinidad de diatribas raciales pavorosas.

En un fragmento donde detalla las penurias que pasó en Viena, por ejemplo, Hitler dice lo siguiente: «Él, a quien[21] esa víbora estranguladora nunca había atrapado entre sus garras, jamás volvería a sufrir sus colmillos envenenados». Esta sencilla frase, como señaló en 1930 desde el exilio Rudolf Olden —uno de los primeros biógrafos de Hitler—, «presenta más errores de lo que es habitual encontrar en un ensayo entero. Las víboras no tienen garras, y las serpientes que matan a sus presas enrollándose alrededor de ellas carecen de colmillos envenenados. Además, una persona estrangulada por una serpiente nunca llegará a sufrir sus colmillos».

Pero hay otra razón por la cual el manuscrito de Hitler se parece tanto[22] a un discurso. Algunos de los pasajes más importantes de *Mein Kampf* —como pasó a titularse en febrero de 1925— están de hecho inspirados en los discursos que realizó Hitler ante el tribunal presidido por Neithardt. Ése es el caso, sobre todo, de la parte autobiográfica. Los tres argumentos acerca de su vida en Viena y las lecciones que aprendió allí, que fueron desgranados en su primera intervención del juicio, aparecen en el texto con una estructura y un tono sorprendentemente parecidos.

Algo similar ocurre también con los comentarios sobre el marxismo (capítulo 7) y la política exterior que hizo en la sesión a puerta cerrada del 28 de febrero y repitió en su alegato final. Los ataques contra los gobiernos británico y francés por su plan para «balcanizar» Alemania acabarían encontrando acomodo en los capítulos 13 y 14 del segundo volumen de *Mein Kampf*.

Durante muchos años, los historiadores han creído que Hitler dictó el texto a alguno de sus compañeros de prisión, a Emil Maurice primero y luego a Rudolf Hess. Sin embargo, Ilse Pröhl[23] —que por aquel entonces era la prometida de Hess y luego se convirtió en su esposa— insistió durante mucho tiempo en que se trataba de un error, y el historiador alemán Othmar Plöckinger lo ha confirmado en sus estudios pioneros sobre el texto. Hitler empezó a escribirlo a mano, pero a principios de junio de 1924 pasó a utilizar una

máquina —una Remington portátil nueva que, según se cree, le regaló Helene Bechstein— y lo mecanografió él mismo con dos dedos.

El director le proporcionó una mesita[24] barnizada para colocar la máquina de escribir y grandes cantidades de papel. Winifred Wagner también le envió[25] papel, así como un paquete con plumas, tinta, gomas de borrar y papel carbón. Alguien le hizo llegar después algo de papel con una esvástica de membrete; restos, seguramente, de los artículos de papelería del partido que habían sobrevivido al registro de la policía. Gracias a los privilegios adicionales que le concedió el director de la prisión, a cambio de una pequeña cantidad de dinero, Hitler pudo tener la luz de su celda encendida dos horas más. Se levantaba también bastante temprano, aunque no tenía costumbre de hacerlo ni antes del *putsch* ni en los meses posteriores. Varios reclusos recuerdan oírlo escribiendo a máquina en torno a las cinco de la mañana.

A veces, después de redactar un fragmento, se lo llevaba a Rudolf Hess, que ocupaba la celda número 5, y lo comentaban mientras bebían una taza de té. El 29 de junio de 1924, Hess escribió a su prometida Ilse acerca de los progresos que estaba haciendo Hitler, que para entonces había llegado ya a la parte en la que narraba sus experiencias durante la Primera Guerra Mundial, en el capítulo 5. Hitler —o «el Tribuno»,[26] como lo llamaba Hess— había empezado a leerle el pasaje, pero de repente había comenzado a ir cada vez más despacio, a titubear más y a hacer pausas más largas,[27] hasta que al final había terminado tirando la página al suelo entre sollozos.

A finales del mes siguiente, Hitler había concluido ya el capítulo sobre su época en Viena y su llegada a Múnich. Sentado en una silla de mimbre en el rincón de la celda de Hess, le leyó la parte que acabaría convirtiéndose en los capítulos 3 y 4 de *Mein Kampf*. Hess, según dijo, sintió cómo se le aceleraba el pulso y se quedó

extasiado, casi sin aliento. Para su sorpresa, el estilo le pareció maravilloso y tuvo la sensación de que estaba escuchando a «la gran promesa»[28] de Alemania.

Cuando el volumen de visitas se redujo, el líder nazi empezó a avanzar en el manuscrito con mayor rapidez. La primera semana de agosto le pidió a Rudolf Hess que corrigiera el texto. Y luego, después de las sesiones privadas de lectura, empezó a repetir sus actuaciones en la sala común ante un grupo más numeroso. Éstas eran las veladas que los funcionarios de la prisión recordaban haber oído desde las escaleras, y puede que éste fuera también el origen de la leyenda[29] que afirmaba que Hitler había dictado el texto a sus compañeros.

Cuando llegó agosto, creía que sólo le quedaban una o dos semanas para terminar el manuscrito. Ya había pedido ayuda a Hess para elegir la mejor combinación de colores para la portada y la cubierta más apropiada para la edición de lujo que tenía pensada. Pero agosto vino igual que se fue. Hitler pensó luego que podría tener terminado el libro para octubre, y también lo creyó así el director de Landsberg. De hecho, la dedicatoria a los dieciséis «mártires del *putsch*» que se encuentra al comienzo de la obra está fechada el 16 de octubre de 1924.[30]

Sin embargo, ese otoño quedó claro[31] que la nueva fecha de publicación era también prematura. Peor que la incapacidad de Hitler para calcular la cantidad de trabajo que le quedaba fueron los problemas económicos de su editor, Franz Eher-Verlag, y las cuestiones legales. Como estaba convencido de que le concederían la libertad condicional muy pronto, no quería arriesgarse a que la revocasen. Ese manuscrito, que supuraba odio por los cuatro costados, desmentía en casi cada página la afirmación de que se había retirado de la política.

Hitler, de hecho, no terminaría de escribir *Mein Kampf* en 1924, ni siquiera lo acabaría en la prisión. Según Emil Maurice, consiguieron sacar el manuscrito de Landsberg oculto en la funda de madera de un gramófono que había donado Helene Bechstein. Como

recompensa por sus servicios, Bechstein recibió al parecer[32] el manuscrito original del texto o, al menos, una de las versiones mecanografiadas. A Maurice, por su parte, le regalaría la máquina de escribir[33] y la copia número diez de la edición de lujo, firmada por el autor y con la siguiente dedicatoria: «A mi fiel y valiente[34] escudero».

Hitler terminaría el manuscrito en abril de 1925 en Obersalzburg, donde el tomo de setecientas ochenta y dos páginas sería también reorganizado y dividido en dos volúmenes. Josef Stolzing-Cerny, el crítico musical del *Völkischer Beobachter*, e Ilse Pröhl, la prometida de Hess, hicieron la mayor parte del trabajo de edición. El primer volumen de *Mein Kampf* lo publicó Franz Eher-Verlag, la editorial del partido, el 18 de julio de 1925. El segundo salió a la venta el 11 de diciembre de 1926. Cuando acabó la Segunda Guerra Mundial, se habían vendido doce millones de ejemplares en dieciocho idiomas diferentes.

54

«UNA AMENAZA CONSTANTE»

> Dejad a Alemania sola frente al[1] mundo y el mundo no podrá doblegarla.
>
> *Landsberger Ehrenbürger*,
> periódico de los reclusos

Fuera de los muros de la prisión, la república parecía avanzar en la dirección adecuada. Con la introducción de una nueva moneda, se había conseguido atajar por fin el drama de la hiperinflación. El país había recibido una gran cantidad de ayudas internacionales y contaba con la confianza de la mayoría de los inversores extranjeros. Bajo la dirección del banquero estadounidense Charles G. Dawes, el Comité de Londres elaboró un plan para restablecer el pago de las reparaciones de guerra y reducir la deuda a corto plazo. Weimar estaba en los albores de una gran eclosión cultural.

Hitler, mientras tanto, seguía recluido en su celda de Landsberg. El libro y el encarcelamiento no eran las únicas razones por las que seguía al margen de las luchas intestinas que desgarraban al partido. También estaba comportándose de manera ejemplar. El 1 de octubre de 1924 —el primer día para que se le concediera la libertad condicional— se acercaba y el líder nazi estaba convencido de que su excarcelación[2] se produciría entonces.

El 13 de septiembre escribió una carta a Jakob Werlin, un compatriota austriaco que trabajaba como vendedor de coches en el concesionario que Benz tenía en la Schellingstrasse, no muy lejos de las oficinas donde el periódico del Partido Nazi —el *Völkischer*

Beobachter— había llevado a cabo sus actividades antes de que lo prohibieran. Werlin había visitado al líder nazi en Landsberg el día anterior en compañía de Adolf Müller, el dueño de la imprenta donde pronto vería la luz *Mein Kampf*. Después de la visita, Hitler decidió redactar a toda prisa una nota para Werlin que planeaba hacerle llegar con la ayuda de otro visitante asiduo: Wolfram, el hijo de dieciocho años del teniente coronel Kriebel. Sin duda, aquello contravenía las normas de Landsberg, según las cuales toda comunicación escrita tenía que ser aprobada por el censor.

El líder nazi quería comprar un Benz de color gris de gran cilindrada y llantas metálicas, a poder ser el modelo 11/40 o el 16/50. El único problema, según dijo, era su situación económica. No esperaba obtener ningún ingreso por las ventas del libro hasta por lo menos mediados de diciembre (!), y sólo las costas procesales y los honorarios de su abogado bastaban para ponerle «los pelos de punta».[3] Pidió al vendedor que le hiciera un descuento en el precio del automóvil y que tuviera uno preparado para cuando se supiera algo de su futuro, que según él sería muy pronto.

A medida que los rumores sobre la libertad condicional crecían, los reclusos de la fortaleza tenían cada vez más claro que sus condenas terminarían pronto y empezaron a intercambiarse notas para celebrar el tiempo que habían compartido en Landsberg. «Nada podrá[4] impedir que sigamos trabajando juntos para librar a Alemania de sus enemigos internos y externos», garabateó en una de ellas Wilhelm Briemann, un convicto de las Stosstrupp Hitler, el 21 de agosto de 1924 desde su celda en la planta baja del módulo B. El Dr. Weber escribió al capitán Röhm, a espaldas de los censores, para decirle que confiaba en que las esperanzas de que lo liberasen «no fueran en vano».[5]

Los dos requisitos principales para obtener la libertad condicional eran la «buena conducta»[6] en prisión y una evaluación judicial en la que se determinase que no había riesgo de reincidencia. Otto Leybold, el director de Landsberg, intercedió en

favor de Hitler. Dos semanas antes de que se supiera algo sobre el futuro de los reclusos, escribió una carta de recomendación en la que ensalzaba al célebre prisionero por su conducta ejemplar:

> Hitler ha demostrado ser[7] un hombre de orden y disciplina, no sólo en lo que respecta a su propia persona, sino también con los otros reclusos. Es alegre, humilde y de trato fácil. No tiene exigencias de ningún tipo, es tranquilo, razonable, serio, no se comporta de forma grosera y está siempre dispuesto a cumplir de manera escrupulosa las restricciones impuestas por la sentencia. Carece de vanidad personal, no se queja de la comida de la cárcel, no fuma ni bebe y, a pesar de la camaradería, sabe cómo hacerse respetar por los demás reclusos.

Leybold añadía que Hitler trataba con educación a los guardias y a los funcionarios. Se mostraba discreto con las visitas, al parecer evitaba discutir de política y la mayor parte de su correspondencia consistía en simples notas de agradecimiento.

El director sostenía, en definitiva, que Landsberg había conseguido rehabilitar al recluso y que éste merecía ser puesto en libertad:

> Durante los diez meses de prisión preventiva y durante el cumplimiento de la condena, se ha convertido en un hombre mucho más maduro y sensato de lo que era antes. No existe el menor riesgo de que cuando se reincorpore a la vida en sociedad pretenda vengarse de quienes se enfrentaron a él en noviembre de 1923 y truncaron sus planes. No agitará a las masas contra el gobierno y no se opondrá a otros partidos políticos de ideología nacionalista. Insiste en lo convencido que está de que un Estado no puede sobrevivir sin un orden interno y un gobierno firmes.

Ludwig Stenglein, sin embargo, no estaba de acuerdo. Después de su mediocre actuación en el juicio, el fiscal parecía empeñado en conseguir que Hitler se quedara entre rejas. Nunca explicó los motivos de ese cambio de actitud, aunque actuaba como si por fin se hubiera dado cuenta de los errores que había cometido. Es muy probable que su ayudante, Hans Ehard —que ya había demostrado ser un enemigo acérrimo del nazismo—, lo hubiera animado a dar

ese paso. Ehard definiría algún tiempo después la sentencia del juicio como una «derrota del orden constitucional[8] y [...] de la justicia».

El 23 de septiembre de 1924, el fiscal presentó una solicitud para que no se le concediera la libertad condicional a Hitler. Según sostenía Stenglein en ese documento de nueve páginas —redactado con casi total seguridad por su ayudante—, el *putsch* había supuesto un riesgo enorme para Baviera y Alemania. Los fiscales hacían hincapié en los daños económicos, los ataques a la policía, los robos en las imprentas, la amenaza de una guerra civil y, por supuesto, la pérdida de vidas humanas.

Como había quedado demostrado en sus larguísimos alegatos ante el tribunal, Hitler no había cambiado de opinión. Más bien al contrario: había hecho alarde de sus crímenes y se había comprometido a repetirlos en cuanto se le ofreciera la primera oportunidad. La conclusión era evidente.[9] Si se lo ponía en libertad, advertían Stenglein y Ehard, retomaría sus conspiraciones contra el Estado en el punto en el que las había dejado.

La fiscalía contaba con el completo respaldo de la policía de Múnich.[10] El 16 de septiembre de 1924, unos agentes habían registrado los domicilios de Wilhelm Brückner y de uno de sus colaboradores, y se habían incautado de una serie de cartas[11] sacadas clandestinamente desde Landsberg, entre las cuales se encontraba la nota que Hitler había enviado con la colaboración de Wolfram Kriebel.

Era evidente que los reclusos de Landsberg habían estado comunicándose con sus antiguos compañeros de banquillo Ernst Röhm y Wilhelm Brü ckner para reconstruir las sociedades paramilitares y reagruparlas en la Frontbann. Según Stenglein y Ehard, todo eso confirmaba, en definitiva, lo que la policía de Múnich acababa de demostrar: que Hitler y los reclusos de Landsberg suponían «una amenaza constante[12] para la seguridad interior y exterior del Estado».

El escrito de los fiscales se envió por correo urgente a la Sala de lo Penal del Tribunal Superior de Justicia de Múnich. Fue sellado en el registro de entrada a las 12.10 horas del 25 de septiembre de 1924. Poco antes, sin embargo, el tribunal ya se había manifestado a favor de conceder la libertad condicional a los reclusos.[13] Hitler sería excarcelado junto con Kriebel y Weber. A menos, claro, que el fiscal del Estado decidiera recurrir, cosa que —según anticipaba el *Allgemeine Zeitung*— era poco probable.[14]

Y eso fue exactamente lo que Stenglein y Ehard hicieron. Cuatro días más tarde, después de un largo fin de semana, Stenglein presentó[15] otro recurso —redactado seguramente también por Ehard— para impedir la excarcelación de los reclusos.

Para sorpresa y decepción de Hitler y sus seguidores, esta vez la maniobra de los fiscales sí surtió efecto. El Tribunal de Apelación de Baviera revocó la decisión del Tribunal Superior de Justicia. Stenglein, Ehard y la policía de Múnich consiguieron evitar la puesta en libertad de Hitler, al menos por el momento.

Sin embargo, la batalla por la excarcelación de Hitler estaba lejos de haber terminado. Sus partidarios hicieron circular una petición[16] por Múnich, Landsberg y otras zonas de Baviera para exigir la puesta en libertad inmediata del líder nazi. El documento no tardaría en alcanzar las dos mil firmas. Página tras página, firmantes de toda clase y condición demostraban la enorme popularidad que Hitler había alcanzado tras el juicio.

Para principios de octubre, los abogados del líder nazi, de Kriebel y de Weber habían presentado cada uno de ellos un recurso contra la decisión judicial por la que se denegaba la libertad condicional a sus clientes. Los tres reclusos habían firmado asimismo una declaración en la que daban fe de que el líder nazi se había retirado de la política y ofrecían como prueba las solicitudes que había hecho para que se respetara su intimidad. Pero le llegó también un apoyo bastante inesperado.

Philipp Herrmann y Leonhard Beck, dos de los tres magistrados no profesionales del juicio, habían reconocido que accedieron a tomar lo que definieron como esa «decisión tan extraordinariamente difícil»[17] —¡el veredicto de culpabilidad!— sobre el supuesto de que a Hitler y a los demás acusados se les concedería la libertad condicional lo antes posible. Con sus limitados conocimientos legales (Herrmann trabajaba como vendedor de seguros y Beck tenía una papelería), no habían siquiera reparado en que la acusación podía interponer un recurso para bloquear la decisión del tribunal. Su deseo era que, tal y como habían supuesto que sucedería, Hitler fuera excarcelado cuanto antes.

El intercambio de argumentos continuó hasta que, el 6 de octubre de 1924, el Tribunal Supremo de Baviera desestimó el recurso de los fiscales y decidió conceder la libertad condicional a Hitler. Ludwig Stenglein y Hans Ehard se dispusieron entonces a librar su particular batalla contra el líder nazi. Trabajando sin parar día y noche —más Ehard que Stenglein, probablemente—, redactaron un recurso de última hora para evitar la excarcelación de Hitler y sus colaboradores.

Por supuesto, los fiscales eran conscientes de que, aun en el caso de que consiguieran impedir otra vez que Hitler obtuviese la libertad condicional, no podrían posponer su excarcelación de manera indefinida y optaron por una estrategia diferente: solicitar que el reo fuese deportado si se lo ponía en libertad. Para entonces, tanto la policía de Múnich como la del Estado de Baviera habían dado con la misma solución.

Ya el 26 de marzo de 1924, en vísperas de que se conociera el fallo, la policía de Múnich había escrito a las autoridades austriacas para preguntar si estarían dispuestas a aceptar a Hitler en caso de que se decretase su deportación. El gobierno regional de Linz confirmó que reconocía la nacionalidad austriaca del acusado y su derecho a residir en la ciudad. Las autoridades locales austriacas se habían preparado[18] para recoger a Hitler en Passau y cruzar la frontera.

El problema estribaba en que, al llegar el otoño y acercarse la fecha para que se le concediese la libertad condicional, el gobierno austriaco había cambiado[19] de parecer. El canciller Ignaz Seipel y su Partido Socialista Cristiano sostenían ahora que la deportación del recluso supondría «una seria amenaza[20] para la política interior y exterior [de Austria]». Esto se debía, en particular, a que éste abogaba por la unificación de Austria y Alemania y, de suceder, eso significaría el derrocamiento del gobierno y el fin de la independencia austriaca.

Así pues, el 30 de septiembre de 1924, Seipel y su consejo de ministros denegaron la entrada de Hitler al país.

Austria había dado con una justificación bastante oportuna para su nueva postura: que el servicio militar de Hitler planteaba dudas sobre la validez de su nacionalidad. Eso era completamente irrelevante, contestó Baviera, ya que el recluso no había renunciado de un modo formal a su pasaporte austriaco. Además, había sido voluntario en el ejército de Alemania, aliado de Austria, y Austria había permitido con anterioridad que ese servicio valiese a sus ciudadanos para cumplir con sus obligaciones militares. ¿Por qué era el caso de Hitler diferente?

A principios de octubre, Múnich envió a Viena a un representante para ver si lograba avanzar con el tema de la deportación, pero el canciller Seipel y el gobierno austriaco no dieron su brazo a torcer. Y en ese punto se encontraba la cuestión a principios de diciembre, cuando el Tribunal Supremo de Baviera tenía previsto volver a reunirse para estudiar la libertad condicional de Hitler.

El 5 de diciembre de 1924, Stenglein y Ehard presentaron el que se convertiría en su último intento para evitar[21] que el líder nazi obtuviese la libertad condicional. Repasaron una vez más los muchos peligros que representaba y las muchas normas que había violado en Landsberg. A petición del tribunal, el director Otto Leybold contestó con otro informe en el que se alababa la conducta en teoría impecable del recluso.

Antes de enviarlo, Leybold entrevistó a varios guardias[22] y tomó nota de sus observaciones. Todas eran abrumadoramente positivas. Tanto Josef Pfeffer como Stefan Schuster elogiaron al recluso por ser franco y no ocultar secretos. Franz Schön añadió que siempre se mostraba educado y correcto en el trato. Su única infracción demostrada, escribió Leybold en el informe oficial, había consistido en enviar una carta «bastante inocente»[23] a un vendedor de coches sin el permiso del censor. Hitler era, en definitiva, un «idealista político» y un prisionero modelo.

El 19 de diciembre de 1924, el Tribunal Supremo de Baviera desestimó los argumentos de la fiscalía en contra de que se concediera la libertad condicional a Hitler. Resulta sorprendente que no se conserve el documento original con la decisión de los magistrados. Muchos estudiosos del Derecho han señalado al ministro del Interior Fran Gürtner como posible responsable, a pesar de sus insistentes desmentidos. Por supuesto, Gürtner borró muy bien sus huellas y los bombardeos al término de la Segunda Guerra Mundial destruyeron otros fondos documentales. Pero, aun así, sobreviven algunos indicios de sus injerencias.

Uno de ellos es un informe confidencial elaborado por la policía para el Ministerio del Interior en 1930 que el gran abogado de Weimar Robert M. W. Kempner, exasesor legal de la policía prusiana, logró sacar clandestinamente de Alemania. El documento traza la historia de las actividades subversivas de Hitler y concluye con una referencia a la intervención por parte del «antiguo ministro de Justicia bávaro,[24] Franz Gürtner» para evitar que la policía presentara objeciones a la puesta en libertad del líder nazi. Desde luego, está lejos de ser una prueba concluyente. Pero, teniendo en cuenta las circunstancias, no parece que las acusaciones sean descabelladas. Hitler nombraría después a Gürtner ministro del Interior del Tercer Reich.

Pero hay otro factor que probablemente explique por qué las autoridades bávaras estaban ahora más dispuestas a considerar la puesta en libertad de Hitler y a dejar de presionar para que Austria

acogiese al recluso en caso de que fuese deportado: las elecciones al Reichstag,[25] que habían vuelto a celebrarse el 7 de diciembre de 1924.

Con la reforma monetaria y la mejora de las condiciones económicas, las formaciones de signo más radical, como el bloque nacionalista y racista, habían sufrido un duro revés en las urnas. El aumento de popularidad que había experimentado la coalición de derechas inmediatamente después del juicio parecía haberse frenado y, enfangada en sus disputas y luchas intestinas, parecía tener muchas dificultades para conservar el rédito electoral que había sacado del juicio. Sus votantes se redujeron a la mitad: pasaron de 1.918.300 a 907.300. En Baviera la situación era incluso peor. Los nacionalistas de derechas perdieron un setenta por ciento de su apoyo electoral. Muchos comentaristas pensaban que la derecha estaba otra vez en caída libre. Otros decían que ni siquiera Hitler sería capaz de detenerla.

Estas elucubraciones pudieron muy bien ser utilizadas como argumento de conveniencia por los miembros del Ministerio de Justicia que presionaban para que se excarcelase a Hitler, y puede también que minasen la confianza de sus oponentes.

Las noticias de la inminente liberación[26] de Hitler llegaron a Landsberg el 20 de diciembre por la mañana. Según recordaba el funcionario de prisiones Hemmrich, el rumor empezó a correr por la cárcel como la pólvora. «Se produjeron grandes manifestaciones de júbilo.»[27] Los reclusos se intercambiaron felicitaciones. Hitler recogió sus pertenencias, regaló algunos objetos y dio las gracias al personal por su apoyo.

«Cuando me fui de Landsberg[28] —diría más tarde— todo el mundo lloraba. [El director] y otros miembros del personal. [...] Los habíamos ganado para la causa.»

Hitler apenas había cumplido ocho meses y medio de una sentencia de cinco años. Un funcionario de la fiscalía calculó que saldría de la cárcel tres años, trescientos treinta y tres días,[29]

veintiuna horas y cincuenta minutos antes de lo que debería. ¿Qué habría pasado si hubiera seguido entre rejas hasta 1928, o si hubiera tenido que cumplir una sentencia más acorde con sus delitos?

El 20 de diciembre de 1924, a las doce y cuarto de la mañana, Hitler estaba en libertad a las puertas de Landsberg. El fotógrafo Heinrich Hoffmann y Adolf Müller, el futuro impresor de su manuscrito, habían ido a recogerlo. Eran, de hecho, el segundo grupo de personas que llegaba con esa intención. Los primeros, Anton Drexler y Gregor Strasser —que pretendían llevar al líder nazi a la casa de Ludendorff—, habían sido rechazados. «La competición por el favor de Hitler[30] había empezado antes de lo que yo me esperaba», diría Hess más tarde de las diferentes facciones que se peleaban por conseguir su atención.

Hoffmann, por supuesto, quiso inmortalizar el momento. Cuando los guardias de Landsberg amenazaron con requisar la cámara si la montaba en la prisión, decidieron trasladarse[31] hasta una de las antiguas puertas de la ciudad para tomar allí la célebre fotografía. «Date prisa,[32] Hoffmann, o esto se llenará de gente», dijo Hitler con impaciencia mientras posaba con el sombrero en la mano, unos calcetines hasta la rodilla y una gabardina, bajo la cual se suponía que llevaba un *Lederhose.* «Además, ¡hace un frío de mil demonios!»

Hicieron el viaje de regreso a Múnich y llegaron al apartamento del líder nazi en la Thierschstrasse, donde los esperaba un grupo de amigos. Cuando Hitler se bajó del asiento trasero de aquel coche de color negro, seguramente se vio ya igual que lo veían sus seguidores: como un líder, un Führer, destinado a regir los destinos del país.

EPÍLOGO

El 8 de noviembre de 1923, un joven con una gabardina holgada había irrumpido en un mitin que se estaba celebrando en una cervecería y había declarado el derrocamiento del gobierno. Esa noche, dijo, sólo podía acabar en triunfo o en muerte. Sin embargo, diecisiete horas después no se había producido ni lo uno ni lo otro. Hitler había abandonado el escenario de una derrota deshonrosa. Desde las páginas de diarios como *The New York Times* o el *Frankfurter Zeitung*, muchos comentaristas perspicaces[1] dieron por hecho que ese fracaso supondría el final de su carrera. Y eso es lo que probablemente habría ocurrido de no ser por el juicio que se celebró en Múnich.

Georg Neithardt, el presidente del tribunal, había forzado, retorcido e ignorado con descaro las leyes para evitar que el público llegase a conocer las maquinaciones que habían urdido las autoridades bávaras contra la república alemana y el Tratado de Versalles. Neithardt pretendía, sobre todo, proteger su reputación y la de las instituciones a cuyo cargo habían estado los tres bávaros, y eso fue justo lo que dio a Hitler su gran oportunidad. Se le concedió total libertad para que hiciese y dijese lo que quisiera, siempre y cuando no revelara ninguna información que pudiera dañar los intereses de Baviera y Alemania. Por supuesto, el hecho de que Neithardt compartiese el ideario nacionalista del líder nazi tuvo también su importancia.

Si se hubiera hecho cargo del caso el tribunal federal de Leipzig —que era el competente para juzgarlo según la legislación alemana —, seguramente la sentencia de Hitler hubiera sido de algo más que la pena mínima. Sólo por el asesinato[2] de cuatro policías, podrían

haberlo condenado a muerte. En Múnich, sin embargo, fue acusado únicamente de una parte de los delitos que cometió durante el *putsch.*

Además de la muerte de esos cuatro agentes, se incluían los siguientes: detención ilegal de miembros del gobierno, concejales del ayuntamiento y ciudadanos judíos; intimidación a las personas retenidas en la Bürgerbräu; atraco a las imprentas de papel moneda; hurtos y destrozos en la sede del periódico rival, e incitación a cometer actos vandálicos. Pero, debido a la particular insistencia del tribunal en el delito de traición, las demás tropelías se olvidarían muy pronto.

Aun así, Hitler no fue procesado de acuerdo con lo dispuesto en la ley. El tribunal dictó la sentencia más leve posible y después, en lugar de deportarlo, se mostró favorable a que se le concediese la libertad condicional. El líder nazi estaba fuera de la cárcel para finales de año. Tal y como habían advertido los fiscales Stenglein y Ehard, retomó sus actividades donde las había dejado, aunque para entonces representaba una amenaza mucho mayor para la república. Tenía una visión más clara del futuro, un plan más detallado de cómo llegar hasta él y se percibía a sí mismo como un líder dotado de cualidades excepcionales.

Hitler diría después que su paso por la cárcel fue lo que le proporcionó esa «fe intrépida,[3] ese optimismo y esa confianza en nuestro destino que nada ni nadie podrá quebrantar nunca». Landsberg fue sin duda un periodo importante en su vida, pero si hubiera abandonado por un momento ese triunfalismo autocomplaciente y narcisista, tal vez habría reparado en la existencia de otro factor decisivo para forjar su renovado sentido del deber.

Debería haber dado las gracias al juez Georg Neithardt por su transigencia a lo largo del proceso, por la levedad de la sentencia y, sobre todo, por tomar la insólita decisión de permitir que se quedara en Alemania. Hitler tendría, de hecho, ocasión de hacerlo: en 1937, cuando Neithardt se jubiló, le envió una nota de agradecimiento por

sus años de servicio en la judicatura. También debería haber dado las gracias a Franz Gürtner y al ministro de Justicia bávaro por las presiones que ejercieron para que se le concediera la libertad condicional. Gracias a todos ellos, cuando estalló la Gran Depresión, Hitler ni estaba en la cárcel ni había sido deportado. Era un hombre libre, dispuesto a sacar partido de una economía destruida y una república socavada.

El juicio de Adolf Hitler no es la historia de su ascenso al poder, es sólo uno de los muchos episodios que hicieron posible ese ascenso. Gracias al proceso judicial, un líder político local prácticamente desconocido fue catapultado a la escena nacional. El testimonio y los discursos que ofreció en la sala presidida por Neithardt constituyen su primer esbozo autobiográfico de importancia, y gracias a ellos pudo trascender los escenarios de las cervecerías muniquesas para llegar a una audiencia que hasta entonces no le había prestado la menor atención. Hitler no tardó en convertir el estrado en un trampolín para sí mismo y para su partido y en aprovecharse de la situación para someter a juicio a la propia república alemana.

Durante veinticuatro días, el líder nazi había arremetido contra el gobierno y sus responsables políticos con gran vehemencia: su voz gutural y estridente subía y bajaba de tono, en ocasiones parecía a punto de ahogarse de la emoción, se comía las sílabas y a veces, mientras soltaba una retahíla de ataques contra sus acusadores, su bigote de cepillo se llenaba de saliva. Empleó todo su arsenal de recursos retóricos y escénicos, y entre las actuaciones que ofreció en el antiguo comedor de la academia se encuentran algunos de los discursos más memorables e influyentes de su carrera.

Periodistas de Alemania, del resto de Europa y de países tan lejanos como Argentina y Australia dieron cuenta con todo detalle de sus bufonadas. Fue una campaña de publicidad que ningún alborotador local podría haberse permitido o soñado siquiera con protagonizar en ese momento de su carrera.

Entretanto, Hitler había conseguido transformar el fiasco de la cervecería en un triunfo personal y político. Ya no era el bufón que había arruinado el *putsch*; se había convertido, a los ojos de un número cada vez mayor de seguidores, en un patriota que se había levantado en nombre del pueblo alemán para luchar contra la opresión a la que lo tenían sometido los traidores de Berlín, contra la cobardía de Baviera y contra el constante ninguneo de las potencias aliadas. Para sus partidarios, era un mártir que había aceptado cargar con la culpa de sus hombres, mientras sus colaboradores más distinguidos trataban de ponerse a resguardo o, como en el caso de Ludendorff, culpaban a todos los demás por sus errores.

«¡Qué bien habla[4] ese Hitler!», dijo un veterano de guerra cuya admiración por él había nacido en la sala de vistas de Múnich. «Empecé a tener fe en Hitler durante los días del juicio. Desde entonces, no puedo quitármelo de la cabeza.» Opiniones como ésas fueron repetidas a lo largo de los años veinte por mucha gente que terminó uniéndose al Partido Nazi porque veían a su líder como un «hombre de acción» que prometía lo mejor para el futuro de Alemania.

Hubo otra persona que se fijó en Hitler gracias a sus actuaciones en el juicio: un joven recién doctorado en Literatura Alemana que estaba redactando por aquel entonces una novela; se llamaba Joseph Goebbels. Había tenido ocasión de seguir el proceso día a día desde su casa en Rheydt —en la cuenca del Ruhr— y, como hizo constar en su diario, Hitler le pareció un «idealista»[5] clarividente. Mientras leía las palabras de Hitler en el periódico, sintió que «se elevaba hasta el cielo».

Goebbels se apresuró a redactar una carta para el líder nazi. «Lo que usted ha dicho[6] allí es el catecismo del nuevo credo político que está surgiendo entre las ruinas de este mundo secularizado.» Y, para dar cuenta del entusiasmo que sentía, citó a Goethe: «Un dios te ha dado a ti el don de la palabra para que expreses nuestros

sufrimientos». Ése fue el comienzo de una alianza aterradora que duraría hasta la muerte de ambos en el búnker de la Cancillería en abril de 1945.

La vida del líder nazi —desde sus inicios como aspirante a artista hasta su transformación en genocida de masas— está plagada de conjeturas. Su juicio por traición es sólo una de ellas. Adolf Hitler podría haber sido borrado del mapa y condenado al olvido en aquel juzgado de Múnich. En cambio, esa inquietante perversión de la justicia allanó el camino para el surgimiento del Tercer Reich y permitió que Hitler sometiera a la humanidad a un sufrimiento inimaginable.

AGRADECIMIENTOS

Es un verdadero placer para mí poder dar las gracias a todas las personas que me ofrecieron su ayuda mientras escribía este libro. En primer lugar, me gustaría nombrar a Suzanne Gluck, mi agente en William Morris Endeavor, por el apoyo abrumador que brindó a este proyecto. ¡Suzanne es la mejor agente del mundo! También me siento increíblemente afortunado y agradecido de haber podido contar con la editorial W. W. Norton y con John A. Glusman como editor. John es un editor brillante y trabajar a su lado ha sido maravilloso. John y Suzanne forman un equipo de ensueño, y yo no podría haber escrito este libro sin ellos.

Me gustaría dar las gracias a los bibliotecarios y documentalistas del Bayerisches Hauptstaatsarchiv (Archivos Centrales del Estado de Baviera); el Staatsarchiv München (Archivo del Estado en Múnich), el Institut für Zeitgeschichte München (Instituto de Historia Contemporánea de Múnich), los National Archives (Archivo Nacional de Estados Unidos), el Hoover Institution of War and Peace (Instituto Hoover para la Guerra y la Paz), la Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt, la Biblioteca Pública del Condado de Jessamine y de muchas otras instituciones que me facilitaron a través de su servicio de préstamo interbibliotecario infinidad de libros y microfilms de difícil acceso. Quisiera dedicar un agradecimiento especial al Dr. Christoph Bachmann, a Lukas Herbeck, a André Geister, a Rita Williams y a todos los trabajadores del Staatsarchiv München, por permitirme consultar los recursos de incalculable valor bibliográfico que tienen a su cuidado, en particular los documentos de la acusación y los apasionantes archivos sobre Adolf Hitler que recientemente se han descubierto en el penal de Landsberg; gracias al Dr. Gerhard Hetzer y a los documentalistas del

Bayerisches Hauptstaatsarchiv, por poner a mi disposición una cantidad enorme de materiales, entre ellos los documentos privados del ayudante del fiscal Hans Ehard, las memorias inéditas del juicio que escribió éste, una colección de entrevistas realizadas antes de su muerte en 1980 y muchas otras sorpresas, como la tarjeta de identificación que usó Ehard durante el juicio; gracias también a Jeannette Eggert, del Bayerisches Hauptstaatsarchiv, por facilitarme los documentos relativos a la investigación parlamentaria, que me permitieron conocer una gran cantidad de detalles sobre el *putsch* de la cervecería; estoy en deuda también con el personal del Institut für Zeitgeschichte München, que siempre se comportó con una amabilidad y una profesionalidad exquisitas y me proporcionó un entorno de trabajo agradable en el que poder analizar su vastísimo catálogo. Jamás podré olvidar la emoción que sentí al abrir la caja que contenía las memorias inéditas de Ulrich Graf, el guardaespaldas de Hitler, o las notas manuscritas de Franz Hemmrich, el guardia de la cárcel de Landsberg. Gracias también a los bibliotecarios y documentalistas de la Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt, por su ayuda y por facilitarme una copia de las memorias manuscritas en las que Helen Niemeyer detalla cómo escondió a Hitler en su desván cuando éste trataba de dar esquinazo a la policía. Querría dar las gracias también a Susan Hormuth, por poner a mi disposición sus conocimientos fotográficos para reproducir algunos documentos del Archivo Nacional y de la Biblioteca del Congreso, y a Ron Basich, por sus magníficas imágenes de los fondos que se encuentran en la Colección Robert D. Murphy, sin las cuales no habría podido llegar a comprender del todo los despachos que el vicecónsul envió al Departamento de Estado desde Múnich. El Dr. Ron Critchfield y el equipo de expertos bibliotecarios que trabajan en la Biblioteca Pública del Condado de Jessamine me animaron de manera incansable a seguir con la investigación y gracias a su servicio de préstamo interbibliotecario pude tener acceso a documentos y microfilms de incalculable valor, desde archivos alemanes confiscados por el ejército de Estados Unidos al

término de la Segunda Guerra Mundial en Passau y Neumarkt-St. Veit, hasta informes diplomáticos y consulares elaborados en Múnich durante los años veinte. Siguieron facilitándome todo tipo de documentos, a pesar de encontrarse inmersos en un proyecto de reforma monumental que al final ha terminado convirtiendo la biblioteca en un faro que ilumina la pradera estadounidense con una luz más potente que antes. Los directores, bibliotecarios y documentalistas de todas estas instituciones se desvivieron para dejarme acceder a un verdadero tesoro de fuentes documentales y me dieron otra razón más para amar el oficio de historiador.

El juicio de Adolf Hitler empezó como una conferencia para el curso de Historia Europea que impartía en la Universidad de Kentucky. Me acordé mucho de esas charlas mientras paseaba por Múnich para tratar de localizar los lugares donde tuvo lugar la historia de crimen y castigo que compone el núcleo del libro: mientras recorría la ruta que siguieron los golpistas desde la Rosenheimerstrasse hasta la Odeonsplatz; mientras reconstruía, a partir de informes policiales y declaraciones de testigos, los movimientos que realizaron las fuerzas de seguridad cuando esperaban a los manifestantes que se acercaban a la Feldherrnhalle, y mientras transitaba por las mismas calles que tomaron los hombres de la Reichskriegsflagge liderada por Ernst Röhm para reunirse con Hitler y hacerse con una jarra de cerveza gratis. Sin duda, uno de mis sitios favoritos es el barrio en el que se encuentra la Blutenburgstrasse. Allí fue donde se celebró el juicio y donde una multitud de espectadores, periodistas, fotógrafos, cámaras y curiosos se congregaba todos los días entre policías armados, alambradas y barreras. No son pocas las sorpresas que me llevé visitando las zonas de Múnich donde transcurrieron aquellos acontecimientos entre 1923 y 1924. La planta baja del primer inmueble en el que vivió Hitler cuando se trasladó a la ciudad en 1913 está ocupada hoy por un próspero comercio. Y el edificio donde tenía su apartamento durante el *putsch* y el juicio es hoy una tienda maravillosa especializada en música, arte y libros checos. Me

gustaría dedicar un agradecimiento especial al funcionario de prisiones Josef Hagenbusch, por compartir conmigo unas anécdotas fascinantes de su época en Landsberg, y por contarme tantas leyendas acerca de los directores y funcionarios que trabajaron allí durante el internamiento de Adolf Hitler, entre ellos Otto Leybold. No tengo ninguna duda de que ésa fue una de las experiencias más imborrables de cuantas viví en Baviera. Mientras deambulaba por las zonas donde se desarrolló el *putsch* y el juicio de Múnich, me acordé también de otras personas que me ayudaron y quisiera tener unas palabras de agradecimiento para ellas. En primer lugar, debo mencionar a los difuntos Raymond F. Betts y Jane Vance. Soy plenamente consciente de lo mucho que les debo y siempre llevaré conmigo su recuerdo y su ejemplo. Debo dar las gracias también al profesor David Olster, por lo mucho que aprendí de él no sólo acerca del proceso de investigación, sino sobre lo que significa ser historiador. No puedo dejar de mencionar tampoco a mi querido amigo Matthew Slatkin, que siempre estaba ojo avizor para localizarme cualquier libro raro sobre Hitler que pudiera incorporar a mi biblioteca.

Quiero dar las gracias a Alexa Pugh y a Lydia Brents, de la editorial W. W. Norton en Nueva York, por haber tomado a su cuidado el libro desde que era tan sólo un manuscrito hasta su publicación definitiva. También quisiera dar las gracias a Georgina Morley, la editora de Macmillan en Londres, por el entusiasmo y cuidado con que preparó la edición británica de *El juicio de Adolf Hitler.* Querría dar las gracias a Job Lisman y al equipo de la editorial Uitgeverij Prometheus de Ámsterdam, que preparó la traducción holandesa; a la editorial Seix Barral, de Barcelona, por la edición española; a Novo Seculo, de São Paulo, por la traducción al portugués; al equipo de la editorial Gyldendal, de Copenhague, por la traducción danesa; a la firma Cappelen Damm, de Oslo, por la edición noruega, y a la editorial Otavo, de Helsinki, por la traducción finlandesa. Además de Suzanne Gluck, para quien nunca tendré suficientes palabras de elogio, me gustaría trasladar mi más sincero

agradecimiento a Simon Trewin, de la agencia William Morris Endeavor, en Londres, a Anna DeRoy, en Beverly Hills, y a Laura Bonner, Eve Atterbom, Clio Seraphim y Samantha Frank, en Nueva York.

Me alegra mucho poder dar las gracias a mi familia por haber soportado mis obsesivas investigaciones y mis constantes desapariciones en el Múnich de los años veinte. Como siempre, quisiera dedicarles a todos ellos un enorme «os quiero»: a mi hija, Julia, que hoy es una estrella académica y una loca de los animales; a mi hijo, Max, deportista infatigable y delantero brillante, que estaba deseando volver a jugar conmigo al fútbol en el jardín y se ha pasado mucho tiempo contando los días que me quedaban para terminar el libro; a mi madre, Cheryl King, por su amor y por haberme inculcado desde muy pequeño un profundo respeto por la magia de los libros y el poder de la palabra, y a Annika Levander, mi suegra. Aún guardo los billones de marcos alemanes (de 1923, por desgracia) que me dio y, todavía más importante, los imborrables recuerdos que compartí con ella. La echo mucho de menos.

Y, sobre todo, querría dar las gracias a mi mujer, Sara, que me ayudó con el libro de muchas maneras, tantas que soy incapaz de enumerarlas todas. Siempre es la primera crítica, la primera lectora de mis manuscritos y la primera persona a la que le expongo mis ideas, por muy rudimentarias e imprecisas que sean, y jamás ha titubeado a la hora de darme su opinión. El texto mejoró considerablemente gracias a su fino olfato editorial. Me siento muy afortunado de estar casado con una persona tan inteligente y maravillosa, que además resulta ser una mujer bella y una compañera ideal.

Me gustaría dar las gracias por último a mi padre, Van King, por su sabiduría, su cariño y su inagotable generosidad. Fue un partidario incondicional de este proyecto desde que oyó hablar de él por primera vez. Murió de cáncer en 2013, pero vivió lo suficiente para enterarse de que el libro era recibido con los brazos abiertos por la editorial Norton en Estados Unidos, por Macmillan en Reino

Unido y por muchas otras a lo largo y ancho del mundo. Poder compartir con él esa noticia fue el único momento de felicidad que viví en aquella época tan triste. Siempre estaré agradecido por el tiempo que pasamos juntos. Este libro está dedicado a él, con todo mi amor y admiración.

NOTAS Y FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

No existía hasta la fecha ningún libro dedicado por entero al estudio del juicio de Hitler, no ya en inglés, sino en cualquier otro idioma que no fuera el alemán. Esta circunstancia no deja de resultar sorprendente, dado el alcance histórico del acontecimiento y la abundancia de fuentes documentales disponibles: desde los registros judiciales y los informes policiales hasta los documentos de la acusación y la defensa y, por supuesto, las transcripciones del propio juicio, que por sí solas ocupan cerca de tres mil páginas.

Las memorias, los diarios, la correspondencia y las diversas crónicas de los hechos ofrecidas por testigos oculares fueron material de enorme importancia a la hora de encontrar alusiones al comportamiento del público, a las opiniones de los magistrados, acusados y testigos, así como a cualquiera de los pequeños incidentes que se produjeron en la sala de vistas y no quedaron reflejados en las actas. También me he basado en la amplísima cobertura informativa que se dio a las sesiones del juicio en la prensa de Alemania, Austria, Suiza, Francia, los países escandinavos, Reino Unido, Canadá, Estados Unidos y muchos otros lugares, desde Australia hasta Argentina. He recurrido asimismo a los despachos de diversas agencias de noticias, entre las cuales cabe destacar las siguientes: Wolffs Telegraphisches Bureau, Telegraphen-Union, Süddeutsches Korrespondenzbureau, Jewish Telegraphic Agency, Correspondance Internationale, Agence Havas, Agence Radio, Reuters, International News Service, Australian Press Association, Associated Press, United Press y British United Press.

Me impresionó mucho que, mientras me encontraba inmerso en la investigación para este proyecto, llegaran al Staatsarchiv München, el Archivo Estatal de Múnich, quinientos documentos

relativos al paso de Hitler por la prisión de Landsberg que aparecieron por casualidad en un mercado de segunda mano de Núremberg. Estos expedientes del archivo de la prisión —que se creían perdidos o destruidos desde hacía décadas— no han sido reproducidos hasta la fecha ni en inglés ni en ninguna otra lengua que no sea el alemán. Constituyen una fuente documental de primer orden —gracias a la cual se han podido esclarecer algunas leyendas sobre la vida diaria de Hitler en la cárcel— y se unen a otras fuentes primarias de enorme valor, como los informes sobre el comportamiento de Hitler elaborados por Otto Leybold, el director del centro penitenciario, o la única copia que se conserva del *Landsberger Ehrenbürger*, el periódico que los internos de la prisión editaban en la celda número 11.

Conviene mencionar también las memorias inéditas de Franz Hemmrich, uno de los guardias de la prisión, que pueden consultarse en el Institut für Zeitgeschichte München junto a la extensa entrevista que Hemmrich concedió a un periodista en 1934; las memorias de Otto Lurker, otro de los guardias de Landsberg; las memorias del interno Hans Kallenbach, y la correspondencia de algunos convictos, como Hermann Fobke, Rudolf Hess y Adolf Hitler. Las personas que visitaron a este último en prisión también dejaron constancia de esos encuentros. Cabe destacar entre ellas a Ernst Hanfstaengl, Kurt G. W. Lüdecke, Heinrich Hoffmann, Ludwig Ess, Ernst Hohenstatter y Fritz Patzelt, que aprovechó la visita para llevarle el primer modelo de la «camisa parda» que vestirían las Tropas de Asalto. Me resultó tremendamente satisfactorio encontrar entre la múltiple documentación recogida en el NSDAP Hauptarchiv, el Archivo Central del Partido Nacionalsocialista Alemán, un documento de la prisión de Landsberg erróneamente datado en 1925 pero que en realidad era de 1924 y contenía notas de varios internos que cumplían condena al mismo tiempo que Hitler, entre ellos Rudolf Hess.

Entre el ingente material de archivo existente, se encuentran asimismo las memorias inéditas de Helen Niemeyer, la mujer en cuya casa se escondió Hitler durante la persecución policial. En sus notas manuscritas se ofrece una descripción detallada del periodo que pasó Hitler en su desván mientras intentaba burlar a la policía tras la marcha a la Odeonsplatz. Existen infinidad de memorias, descripciones y relatos personales en los que se da cuenta de lo ocurrido durante ese episodio tan crucial. Me gustaría destacar entre todos estos documentos las memorias redactadas por Ulrich Graf, el guardaespaldas de Hitler, y por el asistente de Max Edwin von Scheubner-Richter, el hombre que marchaba al lado de Hitler aquel 9 de noviembre de 1923; el diario y los informes de Gottfried Feder, el candidato propuesto para ocupar la cartera de Economía en el nuevo gobierno nazi; los documentos inéditos redactados por Lorenz Roder, el representante legal de Hitler, y por otros abogados de la defensa, como Christoph Schramm. Entre los documentos privados del fiscal Hans Ehard a los que tuve acceso se pueden encontrar también unas memorias inéditas relativas a su participación en el juicio.

El Partido Nacionalsocialista confiscó todos los expedientes relativos a Hitler que figuraban por aquel entonces en la Polizeidirektion München (Dirección General de la Policía de Múnich), en el Amtsgericht München (Juzgado de primera instancia de Múnich) y en el Bayerisches Staatsministerium des Innern (Ministerio del Interior del Estado de Baviera) y los incorporó a su propio archivo, el NSDAP Hauptarchiv. Entre ellos se encuentran los informes y las notas de la investigación policial que se llevó a cabo antes del juicio, una recopilación de las entrevistas y los cuestionarios a los que fueron sometidos quienes participaron o presenciaron los hechos ocurridos entre el 8 y el 9 de noviembre de 1923, así como algunas memorias y crónicas elaboradas por éstos. La policía interrogó a Alfred Rosenberg, Ernst Röhm, Heinrich Himmler, Heinrich Hoffmann, Hans Frank, Ulrich Graf y a otros muchos sospechosos —tanto principales como secundarios— que fueron arrestados después de la intentona golpista. Siguen sin

publicarse las más de mil setecientas páginas de conclusiones (MA 103476/1-4, BHStA) a las que llegó la comisión parlamentaria encargada de investigar el *putsch*, y ello a pesar de la cuantiosa información que puede encontrarse en ellas sobre el contexto en el que se gestó éste, incluyendo los testimonios del magistrado Neithardt, el presidente de la sala, del fiscal Stenglein y del ministro del Interior bávaro Franz Gürtner. (El resumen elaborado por Wilhelm Hoegner, y publicado anónimamente con el título de *Hitler und Kahr. Die bayerischen Napoleonsgrössen von 1923. Ein im Untersuchungsausschuss des Bayerischen Landtags aufgedeckter Justizskandal* [1928], no cubre más que una mínima parte de la investigación completa.) Los archivos del juicio de las Stosstrupp Hitler fueron destruidos en un bombardeo, pero se conserva una copia del veredicto (Proz.Reg.Nr. 187/1924, JVA 12436, StAM) y otros documentos relevantes del proceso en el NSDAP-Hauptarchiv, concretamente en: HA 67/1493, 67/1494, 68/1494, 68/1498 y 80/ 1603. Gracias a estos informes policiales, judiciales y parlamentarios ha sido posible esclarecer ciertos crímenes que se cometieron durante el *putsch* y que, sin embargo, fueron omitidos en el juicio.

También me fueron de gran ayuda, en especial para comprender el clima de inestabilidad política que se respiraba en la época, algunos panfletos publicados entre 1923 y 1924, como por ejemplo *Der 9. November 1923 im Lichte der völkischen Freiheitsbewegung* (K. Rohm, Lorch Württemberg, 1923), de Albrecht Hoffmann. Muchos de estos panfletos, entre ellos *Der Fall Kahr* (Mohr, Tubinga, 1924), de Karl Rothenbücher, fueron prohibidos a instancias de las autoridades estatales por criticar la actitud de los mandatarios bávaros durante el *putsch*; otros, difundidos sin duda por militares de alto rango y funcionarios, desempeñaron un pequeño papel en el propio juicio, como el famoso *Ludendorff in Bayern oder Der Novemberputsch* (Veduka-Verlag, Leipzig, 1924), de Veni Vidi, también conocido como el *panfleto blanquiazul*. Cabe destacar también la obra de Ludwig Ernst *Nachdenkliches aus dem Hitler-Prozess* (Dr. Franz Pfeiffer & Co., Múnich,1924), así como los

agudos análisis jurisprudenciales que aparecieron en diversas publicaciones de la época, en especial el artículo que Alexander Graf zu Dohna publicó en el *Deutsche Juristen-Zeitung*, 29 (1924), Heft 9/10, con el título «Der Münchener Hochverratsprozess». Entre las múltiples fuentes primarias se encuentran también las reflexiones que publicaron los miembros de la nutrida comunidad diplomática en Múnich, como las del nuncio del Vaticano Eugenio Pacelli; las del cónsul general británico, el general R. H. Clive; las del representante del Estado de Württemberg Carl Moser von Filseck, y las del vicecónsul de Estados Unidos Robert Murphy, quien —además de escribir unas memorias tituladas *Diplomat Among Warriors*— decidió donar todos sus documentos al Hoover Institution of War and Peace. Algunos de los despachos políticos que Murphy envió desde Múnich en 1924 (como el número 43.7, por ejemplo) fueron retirados en junio de 2005 «por cuestiones de seguridad nacional», aunque aún se conserva una copia en microfilm dentro de los registros del Departamento de Estado relativos a los asuntos internos de Alemania, 1910-1929, RG 59, M336, archivo 862.00, n.º 19 y n.º 20, recogidos en los fondos del Archivo Nacional de Estados Unidos.

No quisiera dejar de mencionar también las innumerables obras académicas que consulté con el fin de acercarme a la figura de Hitler y comprender mejor el *putsch*. Cabe destacar en primer lugar *Der Hitler-Prozess 1924. Wortlaut der Hauptverhandlung vor dem Volksgericht München I*, I-IV (1997-1999), la excelente edición alemana de las transcripciones del juicio publicada bajo los auspicios del Institut für Zeitgeschichte, con los comentarios eruditos de Lothar Gruchmann, Reinhard Weber y Otto Gritschneder. Estas autoridades académicas de reconocido prestigio han publicado infinidad de textos sobre la historia legal de Alemania, y sus aportaciones tanto a esta edición como a otras muchas obras han sido de un valor incalculable para la ejecución de este proyecto. Su trabajo sigue siendo una fuente imprescindible para todos los

investigadores del derecho y los historiadores que pretendan comprender adecuadamente el sistema legal de la República de Weimar.

En lo que respecta a la vida de Adolf Hitler, he recurrido a las biografías ya clásicas de Ian Kershaw, Joachim C. Fest, John Toland y Alan Bullock, y a algunas de las obras que se han incorporado más recientemente a este canon, como la semblanza de Peter Longerich *Hitler Biographie* (Siedler, Múnich, 2015) y *Adolf Hitler Biographie. Band 1: Die Jahre des Aufstiegs* (S. Fischer, Frankfurt, 2013). También he repasado las primeras biografías que se le dedicaron, como los estudios de Konrad Heiden, antiguo corresponsal del *Frankfurter Zeitung*, y de Rudolf Olden, director del *Berliner Tageblatt*, publicados ambos en el exilio durante los años treinta, el primero en Zúrich y el segundo en Ámsterdam; la obra pionera de Ernst Deuerlein —a cuyo trabajo volveré a referirme más adelante— *Hitler. Eine politische Biographie* (List, Múnich, 1969), y la biografía *Adolf Hitler. Eine Biographie* (Steingrüben-Verlag, Stuttgart, 1952), de Walter Görlitz y Herbert A. Quint, seudónimos tras los cuales se escoden Otto Julius Frauendorf y Richard Freiherr v. Frankenberg. Con el fin de encontrar entrevistas con personas que hubiesen conocido al líder nazi, confesiones de testigos o referencias a publicaciones internacionales surgidas después de los primeros éxitos parlamentarios del Partido Nacionalsocialista, me vi obligado a consultar también muchas de las semblanzas biográficas prohitlerianas de carácter apologético que aparecieron en la década de los treinta. De entre todas ellas me gustaría destacar *Hitler, ou le guerrier déchaîné*, de Frédéric Hirth (Éditions du Tamourin, París, 1930), y el artículo «Vackre Adolf», publicado por Arne Melgård en la revista sueca *Hemmets Journal* (1931). En un libro indiscutiblemente pronazi publicado en 1934 por un periodista británico que se hacía llamar «Heinz A. Heinz» puede encontrarse, por ejemplo, una entrevista con la primera casera de Hitler en Múnich, Frau Popp (Anna Popp), y otra con el guardia de la prisión de Landsberg Franz Hemmrich. El testimonio de este último complementa, y en algunos

aspectos corrige, las notas manuscritas llenas de inexactitudes que Hemmrich publicaría décadas más tarde y que se conservan en el Institut für Zeitgeschichte.

Para estudios más breves pero igualmente reveladores, recomiendo en especial los siguientes: Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, trad. de Ewald Osers, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1979 (trad. española: *Anotaciones sobre Hitler*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2002); Eberhard Jäckel, *Hitler's World View: A Blueprint for Power*, trad. de Herbert Arnold, Harvard University Press, Harvard, MA, 1981; John Lukcas, *The Hitler of History*, Vintage Books, Nueva York, 1998 (trad. española: *El Hitler de la historia: juicio a los biógrafos de Hitler*, Turner, Madrid, 2003); Ron Rosenbaum, *Explaining Hitler: The Search for the Origins of His Evil*, Harper-Perennial, Nueva York, 1999 (trad. española: *Explicar a Hitler*, RBA, Barcelona, 2012), y William Carr, *Hitler: A Study in Personality and Politics*, Edward Arnold, Londres, 1978. Existen otros análisis de la vida de Hitler, o de algún aspecto específico de ella, que son de particular interés para el periodo que nos ocupa, como por ejemplo: Laurence Rees, *Hitler's Carisma: Leading Millions into the Abyss*, Pantheon Books, Nueva York, 2012 (trad. española: *El oscuro carisma de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2013); Andrew Nagorski, *Hitlerland: American Eyewitnesses to the Nazi Rise to Power*, Simon & Schuster, Nueva York, 2012; Timothy W. Ryback, *Hitler's Private Library: The Books That Shaped His Life*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2008 (trad. española: *Los libros del gran dictador*, Destino, Barcelona, 2010); Yvonne Sherratt, *Hitler's Philosophers*, Yale University Press, New Haven, 2013 (trad. española: *Los filósofos de Hitler*, Cátedra, Madrid, 2014); Stefan Ihrig, *Atatürk in the Nazi Imagination*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2014, y Detlev Clemens, *Herr Hitler in Germany. Wahrnehmung und Deutungen des Nationalsozialismus in Grossbritannien 1920 bis 1939*, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga, 1996. También me fueron de gran ayuda algunas obras controvertidas pero muy sugerentes entre las que me gustaría

destacar *The Hidden Hitler*, de Lothar Machtan, trad. de John Brownjohn, Basic Books, Nueva York, 2001 (trad. española: *El secreto de Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2001), y una serie de semblanzas biográficas ya antiguas que, a pesar de sus muchas inexactitudes y del lugar un tanto discreto que puedan ocupar en la historiografía hitleriana, tienen un valor indiscutible. Cabe destacar entre ellas las obras de Werner Maser, William L. Shirer, Robert G. L. Waite, Robert Payne y Walter C. Langer, que se sirvió de su experiencia en la OSS —la organización de espionaje que existía en Estados Unidos antes de la CIA— para publicar un libro titulado *The Mind of Adolf Hitler: The Secret Wartime Report* (Basic Books, Nueva York, 1972). También me he basado en los múltiples expedientes de la OSS sobre Hitler (conocidos con el nombre de *OSS Sourcebook*) que figuran en los Archivos Nacionales y que fueron desclasificados gracias al trabajo del propio Langer, así como en los documentos de contrainteligencia elaborados por el espionaje soviético y recogidos en el libro *The Hitler Book: The Secret Dossier Prepared for Stalin from the Interrogations of Hitler's Personal Aides*, eds. Henrik Eberle y Matthias Uhl, trad. de Giles MacDonogh, con prólogo de Richard Overy, Bristol Park Books, Nueva York, 2005 (trad. española: *El informe Hitler*, Tusquets Editores, Barcelona, 2008). Cabe destacar también los estudios de Hugh R. Trevor-Roper —un antiguo agente del MI6 que posteriormente trabajó como profesor de Historia en la Universidad de Oxford—, en particular el ensayo «The Mind of Adolf Hitler» («La mente de Adolf Hitler»), que aparece como introducción en el libro *Hitler's Secret Conversations 1941-1944*, Farrar, Straus and Young, Inc., Signet, Nueva York, 1953, 1961 (trad. española: *Las conversaciones privadas de Hitler*, Editorial Crítica, Barcelona, 2004).

Para más información sobre la juventud de Hitler, recomiendo sobre todo las siguientes obras: Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, Herbig, Múnich, 2000; Brigitte Hamann, *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship*, trad. de Thomas Thornton, Oxford University Press, Oxford, 1999; Franz

Jetzinger, *Hitler's Youth*, trad. de Lawrence Wilson, Hutchinson, Londres, 1958; Albrecht Tyrell, *Vom "Trommler" zum "Führer". Der Wandel von Hitlers Selbstverständnis zwischen 1919 und 1924 und die Entwicklung der NSDAP*, Wilhelm Fink Verlag, Múnich, 1975; Thomas Weber, *Hitler's First War: Adolf Hitler, the Men of the List Regiment, and the First World War*, Oxford University Press, Oxford, 2010 (trad. española: *La primera guerra de Hitler: Adolf Hitler, los hombres del Regimiento List y la I Guerra Mundial*, Taurus, Madrid, 2012); Geoffrey Pridham, *Hitler's Rise to Power: The Nazi Movement in Bavaria, 1923-1933*, Hart-Davis MacGibbon, Londres, 1973; Bradley F. Smith, *Adolf Hitler: His Family, Childhood, and Youth*, Hoover Institution, Stanford, 1967; Eugene Davidson, *The Making of Adolf Hitler*, Macmillan Publishing Co., Nueva York, 1977 (trad. española: *Cómo surgió Adolf Hitler: Nacimiento y ascenso del nazismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981); Charles Bracelen Flood, *Hitler: The Path to Power*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1989, y muchas de las obras publicadas por Othmar Plöckinger, en especial los análisis de *Mi lucha* a los que me referiré más adelante. Véanse también Ernst Deuerlein, ed., «Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», *Vierteljahrshefte fur Zeitgeschichte* 7, 1959, pp. 177-227; Reginald H. Phelps, «Hitler als Parteiredner im Jahre 1920», *Vierteljahrshefte fur Zeitgeschichte* 11, 1963, pp. 274-330, y el estudio que Theodore Abel realizó para la Universidad de Columbia sobre seiscientos miembros de las Tropas de Asalto, posteriormente publicado con el título de *Why Hitler Came into Power: An Answer Based on the Original Life Stories of Six Hundred of His Followers*, Prentice-Hall, Nueva York, 1938.

En lo que respecta al *putsch*, resultan de especial interés la introducción de Ernst Duerlein a la obra *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, y los documentos que él mismo compiló para ese volumen, así como el libro de Harold J. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton University Press, Princeton, 1972. Me gustaría destacar también las siguientes obras: Richard

Hanser, *Putsch!: How Hitler Made Revolution*, Pyramid Books, Nueva York, 1971 (trad. española: *Putsch: cómo hizo Hitler la revolución*, Battle Books, Barcelona, 2014); John Dornberg, *Munich 1923: The Story of Hitler's First Grab for Power*, Harper & Row, Nueva York, 1982; Hans Hubert Hofmann, *Der Hitlerputsch. Krisenjahre deutscher Geschichte 1920-1924*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1961; Didier Chauvet, *Hitler et le putsch de la brasserie: Munich, 8/9 novembre 1923*, L'Harmattan, París, 2012; Georg Franz-Willing, *Putsch und Verbotszeit der Hitlerbewegung November 1923-Februar 1925*, Verlag K.W. Schütz, Preussisch Oldendorf, 1977, y Georges Bonnin, *Le putsch de Hitler: à Munich en 1923*, Bonnin, Les Sables-d'Olonne, 1966. Son muchos los libros en los que se hace referencia a los acontecimientos posteriores al *putsch*, entre ellos cabe destacar los siguientes: los análisis de Lothar Gruchmann, Reinhard Weber y Otto Gritschneder a los que me he referido más arriba; Otto Gritschneder, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. Der Hitler-Putsch und die bayerische Justiz* (Verlag C. H. Beck, Múnich, 1990); del mismo autor, *Der Hitler-Prozess und sein Richter Georg Neithardt: Skandalurteil von 1924 ebnet Hitler den Weg*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 2001; Klaus Gietinger y Werner Reuss, eds., *Hitler vor Gericht. Der Prozess nach dem Putsch 1923-Fakten, Hintergründe*, *Analysen*, BR-Alpha, Múnich, 2009, y David Jablonsky, *The Nazi Party in Dissolution: Hitler and the Verbotzeit, 1923-1925*, F. Cass, Londres, 1989, obra que parte de la tesis doctoral que su autor defendió en la Universidad de Kansas. En los capítulos siete y ocho del estudio de Peter Rose Range *1924: The Year That Made Hitler*, Little, Brown, Nueva York, 2016, se trata el juicio de los golpistas. Entre las valiosas compilaciones de documentos de ese periodo destacan las siguientes: Eberhard Jäckel y Axel Kuhn, eds., *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1980; Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962; editado por el mismo autor, *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*, Deutscher Taschenbuch

Verlag, Düsseldorf, 1978; Peter Fleischmann, ed., *Hitler als Häftling in Landsberg am Lech 1923/1924*, Verlag Ph. C. W. Schmidt, Neustadt del Aisch, 2015; Werner Jochmann, ed., *Adolf Hitlers Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944*, Heyne, Múnich, 1982; editado por el mismo autor, *Nationalsozialismus und Revolution. Ursprung und Geschichte der NSDAP in Hamburg 1922-1933. Dokumente*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1963; Werner Maser, ed., *Hitler's Letters and Notes*, Bantam, Nueva York, 1976; Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham, *Nazism, 1919-1945: A Documentary Reader*, University of Exeter, Exeter, 1998; Othmar Plöckinger y Florian Beierl, eds., «Neue Dokumente zu Hitlers Buch Mein Kampf», en *Vierteljahrshefte fur Zeitgeschichte* 57, Heft 2 (2009), pp. 261-318, así como los documentos que pueden encontrarse en las páginas finales de los estudios elaborados por Georges Franz-Willing (1977) y Georges Bonnin (1966). En otras compilaciones de documentos figuran algunas versiones de los hechos ofrecidas por testigos oculares a las que tal vez habría de prestarse una mayor atención, como por ejemplo los despachos que Joseph Roth redactó para el diario *Vorwärts*; los de Victor Serge para la agencia Correspondance Internationale; los de Carl Christian Bry para la *Argentinische Tag- und Wochenblatt*; los del periodista catalán Eugeni Xammar (que escribía para varios periódicos de Madrid y Barcelona), y los que escribió para el *Daily Herald* el periodista Morgan Philips Price (que anteriormente había trabajado como enviado especial del *Manchester Guardian* y en febrero de 1924 cumplía su quinto año en Alemania). Fuera del mundo del periodismo, destacan las cartas que Carin, la primera mujer de Hermann Göring, escribió a su familia en Estocolmo, Suecia.

Salvo que se indique expresamente lo contrario, todas las citas de las actas del juicio que aparecen en este libro provienen de las transcripciones literales que aún se conservan (transcripción del Amtsgericht München, NA T84 EAP 105/7). El ejército estadounidense se incautó de estos documentos en 1945 y los trasladó a Washington, D. C., de donde, tras ser microfilmados,

regresaron a Alemania para su conservación definitiva en el Bundesarchiv (Archivo Federal). Dispongo de una copia de estos expedientes en mi colección personal. También me he servido de las transcripciones del juicio recopiladas en los volúmenes *Der Hitler-Prozess vor dem Volksgericht in München*, Knorr & Hirth, Múnich, 1924 —del que también poseo una copia— y *Der Hitler-Prozess. Auszüge aus den Verhandlungsberichten mit den Bildern der Angeklagten nach Zeichnungen von Otto von Kursell*, Deutscher Volksverlag, Múnich, 1924, al cual tuve acceso gracias a un generoso préstamo. A diferencia de la transcripción de los juzgados de primera instancia, estas dos últimas compilaciones presentan versiones muy abreviadas y, como puede deducirse por la fecha de publicación, sus autores no tuvieron acceso a las múltiples sesiones a puerta cerrada que se celebraron durante el juicio. Otra de las ediciones que consulté fue *The Hitler Trial Before the People's Court in Munich* (trad. H. Francis Freniere, Lucie Karcic y Philip Fandek, University Publications of America, Arlington, VA, 1976), también abreviada y sin comentario alguno. Los lectores que deseen saber más sobre este particular deberían acudir a la edición alemana de las actas publicada por el Institut für Zeitgeschichte a la que me he referido más arriba, así como a la ingente producción académica de sus editores, Lothar Gruchmann, Reinhard Weber y Otto Gritschneder. Para más información sobre el sistema legal de la República de Weimar, sería conveniente consultar la obra de Richard J. Evans, Heinrich Hannover, Elisabeth Hannover-Drück, Henning Grunwald, Benjamin Carter Hett y Douglas G. Morris, entre otros muchos eruditos en la materia.

A quienes deseen conocer el mundo legal muniqués a través de los ojos de uno de sus más brillantes abogados, les recomiendo la obra de Max Hirschberg *Jude und Demokrat. Erinnerungen eines Münchener Rechtsanwalts 1883 bis 1939*, en la edición de Reinhard Weber (R. Oldenbourg Verlag, Múnich, 1998). Robert M. W. Kempner, que fue asesor legal de la policía prusiana en los años veinte, consiguió sacar ilegalmente del país una serie de documentos

en los que se detallan las distintas iniciativas que se idearon para deportar a Hitler y anular su libertad condicional. Estos informes me fueron de gran ayuda a la hora de redactar los capítulos sobre el paso de Hitler por la cárcel (*Research Studies of the State College of Washington*, XIII, n.º 2, junio de 1945). Para conocer más detalles sobre el periodo histórico en el que tuvieron lugar tanto el *putsch* como el juicio, véase también el manuscrito inédito que se encuentra en los archivos personales de Ehard, en especial la carpeta número 3. Las memorias inéditas sobre el juicio que elaboró este mismo autor —y a la que me he referido más arriba— ofrece una perspectiva bastante novedosa de las actas. Andreas Stenglein escribió un análisis breve pero valioso en una obra titulada *Ludwig Stenglein, der Anklager im Hitler-Prozess 1924* (Selbstverlag, Bamberg-Gaustadt, 2000), de la que existen ediciones posteriores con información actualizada (la página web en alemán del autor puede consultarse en la siguiente dirección: <andreas-stenglein.de>), y también son de interés las aportaciones de Stenglein al informe de la comisión parlamentaria que he citado más arriba y que se encuentra en los archivos del BHStA. Natalie Willsch escribió una obra sobre otro de los abogados que estuvo presente en el juicio titulada *Hellmuth Mayer (1895-1980). Vom Verteidiger im Hitler-Prozess 1924 zum liberal-konservativen Strafrechtswissenschaftler. Das vielgestaltige Leben und Werk des Kieler Stafrechtslehrers*, Nomos Verlagsgesellschaft, Baden-Baden, 2008. Para más información sobre las discusiones legales en torno a la deportación y los enfrentamientos entre Baviera y Berlín, véanse los artículos de D. C. Watt, «Die bayerischen Bemühungen um Ausweisung Hitlers 1924», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 6 (1958), pp. 270-280, y de Bernd Steger, «Der Hitlerprozess und Bayerns Verhältnis zum Reich 1923/1924», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 23 (1977), pp. 441-466.

Quienes deseen conocer más detalles sobre la vida cultural de Múnich, deberían consultar las siguientes obras: David Clay Large, *Where Ghosts Walked*: *Munich's Road to the Third Reich*, W. W.

Norton, Nueva York, 1997; Rainer Metzger, *Munich: Its Golden Age of Art and Culture 1890-1920*, Thames & Hudson, Londres, 2009, y el catálogo de setecientas cincuenta páginas de la exposición que se celebró en el Münchner Stadtmuseum (Museo de la Ciudad de Múnich) entre los meses de mayo y septiembre de 1979 editado por Christoph Stölzl con el título *Die Zwanziger Jahre in München*. También me fueron de gran utilidad algunos tratados de historia de la República de Weimar, en especial las obras de Richard J. Evans, Eric D. Weitz, Heinrich August Winkler, Eberhard Kolb, Hans Mommsen, Detlev J. K. Peukert, Peter Gay, Henry Ashby Turner Jr., Gordon A. Craig, James M. Diehl, John W. Wheeler-Bennett, Erich Eyck, Otto Friedrich, Pierre Broué, Frederick Taylor, F. L. Carsten, Paul Bookbinder y Gerald D. Feldman, tanto su *The Great Disorder: Politics, Economics, and Society in the German Inflation, 1914-1924* (Oxford University Press, Oxford, 1997), como su estudio *Hugo Stinnes. Biographie eines Industriellen 1870-1924* (Verlag C. H. Beck, Múnich, 1998). Otra fuente de primer orden es *Die Verratene Republic. Deutsche Geschichte 1919-1933* (Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1979), la obra que Wilhelm Hoegner empezó a redactar en 1934, durante su exilio en Suiza, y no terminó hasta finales de la década de los cincuenta, después de ocupar el puesto de primer ministro de Baviera. Me fueron de gran ayuda también una serie de textos en los que se analizan aspectos específicos de la cultura de Weimar y me gustaría destacar entre ellos los siguientes: Brigitte Hamann, *Winifred Wagner oder Hitlers Bayreuth* (Piper, Múnich, 2002); Wolfgang Martynkewicz, *Salon Deutschland. Geist und Macht 1900-1945* (Aufbau, Berlín, 2009), y Anna Maria Sigmund, *Des Führers bester Freund. Adolf Hitler, seine Nichte Geli Raubal und der «Ehrenarier» Emil Maurice – eine Dreiecksbeziehung* (Heyne, Múnich, 2003). Para más información sobre *Mi lucha*, conviene consultar el libro de Othmar Plöckinger titulado *Geschichte eines Buches. Adolf Hitlers «Mein Kampf» 1922-1945* (Oldenbourg, Múnich, 2006 y la edición revisada de 2011); el estudio que el propio Plöckinger realizó en colaboración con Florian

Beierl, «Neue Dokumente zu Hitlers Buch Mein Kampf» para la revista *Vierteljahrshefte fur Zeitgeschichte* 57, Heft 2 (2009), pp. 261-318; la obra de Sven Felix Kellerhoff, «*Mein Kampf». Die Karriere eines deutschen Buches* (Klett-Cotta, Stuttgart, 2015); Barbara Zehnpfennig, *Adolf Hitler. Mein Kampf. Studienkommentar* (Wilhelm Fink Verlag, Paderborn, 2011); Christian Zentner, *Adolf Hitlers Mein Kampf. Eine kommentierte Auswahl* (List, Múnich, 1974), y la edición anotada en dos volúmenes, *Mein Kampf. Eine kritische Edition* (Institut für Zeitgeschichte, Múnich, 2016), publicada recientemente por Christian Hartmann, Thomas Vordermayer, Othmar Plöckinger y Roman Töppel. En lo que respecta al propio juicio —y al intervalo de tiempo comprendido entre el *putsch* y el ingreso en prisión de los condenados—, se trata de un periodo sorprendentemente poco estudiado al que con toda justicia se le podrían aplicar las palabras que el vicecónsul estadounidense Robert Murphy dedicó a su estancia en Múnich: «No hubo otro lugar en Europa en toda la década de los años veinte donde se revelara de una forma tan dramática el ayer, el hoy y el mañana del continente».

Archivos

BHStA, Bayerisches Hauptstaatsarchiv (Archivo Central del Estado de Baviera).

FDR, Franklin D. Roosevelt Presidential Library (Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt).

HA. NSDAP Hauptarchiv (Archivo Central del Partido Nacionalsocialista Alemán).

HI, Hoover Institution, Stanford (Instituto Hoover, Stanford).

IfZ, Institut für Zeitgeschichte, München (Instituto de Historia Contemporánea de Múnich).

NA, National Archives, Washington, D. C. (Archivo Nacional de Estados Unidos, Washington, D. C.).

StAM, Staatsarchiv München (Archivo Estatal de Múnich).

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

Frontispicio La cervecería Bürgerbräu, Múnich, 1923 (fotografía en b/n) / © SZ Photo / Bridgeman Images

En páginas interiores

1. NSDAP Hauptarchiv
2. Miembros del Partido Nazi armados y dispuestos a entrar en Múnich después del golpe de Hitler, o «golpe de la cervecería» (8 de noviembre de 1923) / Fotografía © PVDE / Bridgeman Images
3. El golpe de Hitler, 1923 (fotografía en b/n) / © SZ Photo / Scherl / Bridgeman Images
4. El golpe de Múnich, 1923 (fotografía en b/n) / Fotógrafo alemán (s. xx) / Colección privada / Peter Newark Historical Pictures / Bridgeman Images
5. Policía a caballo después del fracaso del golpe de Hitler, 1923 (fotografía en b/n) / © SZ Photo / Knorr & Hirth / Bridgeman Images
6. Archivo Nacional de Estados Unidos
7. Biblioteca del Congreso, División de Grabados y Fotografías
8. Biblioteca del Congreso, División de Grabados y Fotografías
9. Biblioteca del Congreso, División de Grabados y Fotografías
10. Biblioteca del Congreso, División de Grabados y Fotografías
11. akg-images / Interfoto
12. El juicio de Adolf Hitler, 1924 / © SZ Photo / Bridgeman Images
13. El juicio de Hitler y Ludendorff, 26 de febrero de 1924 (fotografía en b/n) / © SZ Photo / Scherl / Bridgeman Images

14. Erich Ludendorff y Adolf Hitler (fotografía en b/n) / © SZ Photo / Scherl / Bridgeman Images

15. Archivo Nacional de Estados Unidos

16. El juicio de los golpistas de Múnich (fotografía en b/n) / Fotógrafo alemán (s. xx) / Colección privada / Peter Newark Military Pictures / Bridgeman Images

17. La celda de Hitler durante su estancia en la prisión de Landsberg (fotografía en b/n) / © SZ Photo / Scherl / Bridgeman Images

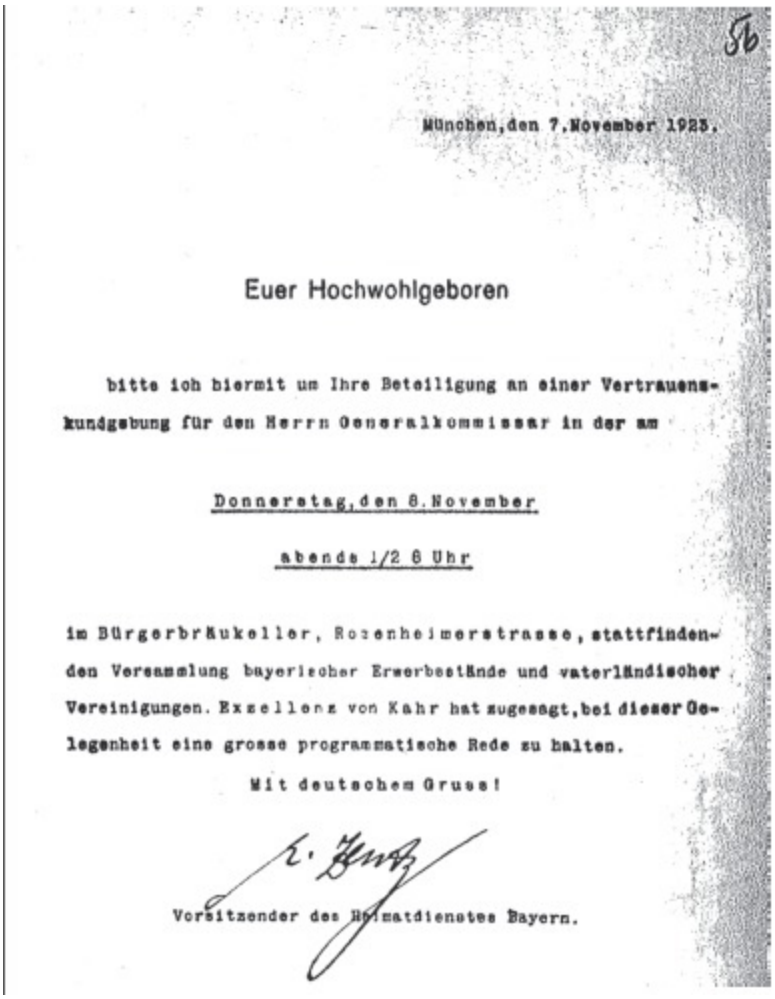
18. Adolf Hitler en la prisión de Landsberg, 1924 (fotografía en b/n) / Fotógrafo alemán (s. xx) / Colección privada / Peter Newark Historical Pictures / Bridgeman Images

19. Adolf Hitler en la cárcel de Landsberg (fotografía en b/n) / © SZ Photo / Bridgeman Images

20. Biblioteca del Congreso, División de Grabados y Fotografías

21. Archivo Nacional de Estados Unidos

22. Adolf Hitler el 20 de diciembre de 1924 / Photo © Tallandier / Bridgeman Images



München, den 7. November 1923.

Euer Hochwohlgeboren

bitte ich hiermit um Ihre Beteiligung an einer Vertrauenskundgebung für den Herrn Generalkommissar in der am

Donnerstag, den 8. November

abends 1/2 8 Uhr

im Bürgerbräukeller, Rosenheimerstrasse, stattfindenden Versammlung bayerischer Erwerbsstände und vaterländischer Vereinigungen. Exzellenz von Kahr hat zugesagt, bei dieser Gelegenheit eine grosse programmatische Rede zu halten.

Mit deutschem Gruss!

E. Hanz

Vorsitzender des Heimatdienstes Bayern.

Una de las pocas copias que se conservan de las invitaciones para asistir a la Bürgerbräu la noche del 8 de noviembre de 1923.



Las Stosstrupp Hitler, las tropas de intervención rápida que redujeron a las fuerzas policiales y tomaron el control de la cervecería.



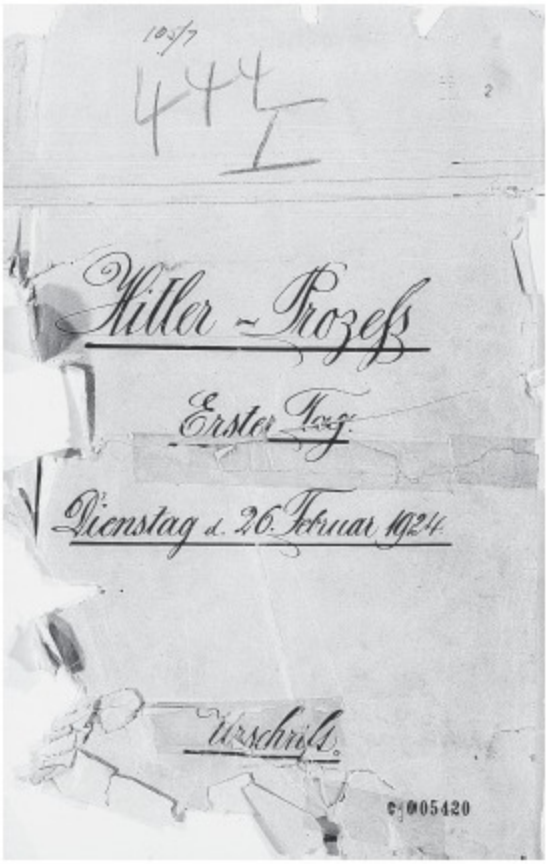
Efectivos de las Stosstrupp Hitler toman como rehenes a los concejales del ayuntamiento de Múnich.



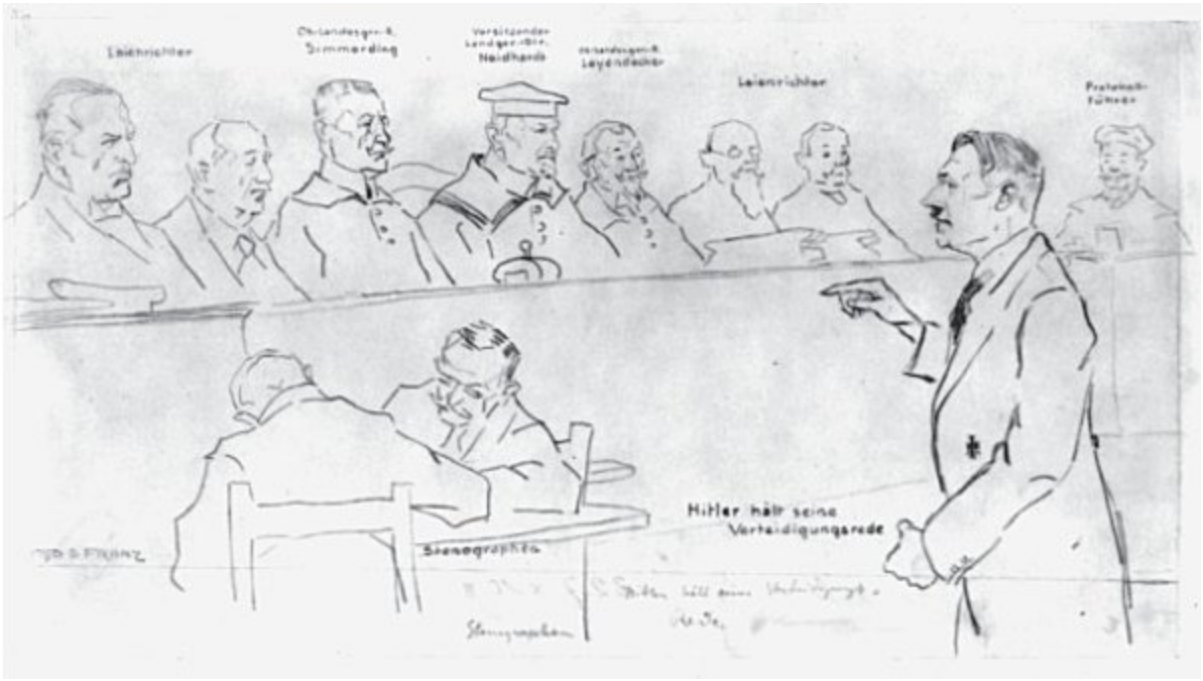
Las tropas del capitán Ernst Röhm acordonan el recién tomado Ministerio de la Guerra. El joven soldado que sostiene la bandera es Heinrich Himmler.



Policías a caballo despejan las calles la mañana del 9 de noviembre de 1923. Circulaban rumores de que Hitler había sido asesinado o se había replegado para conseguir más apoyos y atacar de nuevo.



La transcripción oficial del juicio de Hitler ocupa cerca de tres mil páginas.



Hitler se dirige al tribunal. En la mesa pequeña que tiene delante, los taquígrafos toman nota para que conste en acta.



Hitler y su abogado, Lorenz Roder (derecha), que no recibió los honorarios por su asesoramiento legal hasta que el líder nazi llegó al poder. Tanto este dibujo como los dos siguientes son obra del artista Otto D. Franz.



El ayudante del fiscal Hans Ehard (derecha) tuvo que enfrentarse a desafíos enormes para intentar procesar a Hitler. A su izquierda se encuentra el fiscal jefe Ludwig Stenglein.



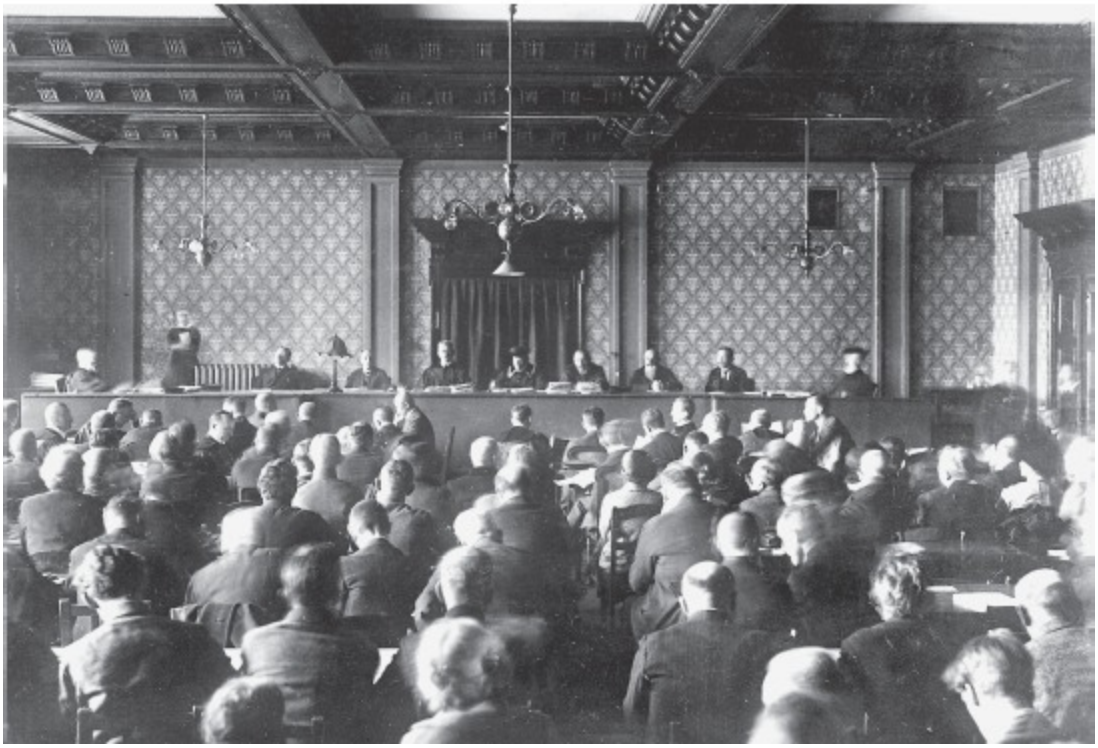
El presidente de la sala, el juez Georg Neithardt. Gracias a sus inclinaciones derechistas y a la amplia cobertura informativa que tuvo el juicio, Hitler pudo llegar a la audiencia más amplia que había tenido hasta el momento.



Boceto de Carl August Jäger, inédito hasta la fecha, en el que puede verse a Hitler desencajado ante la posibilidad de ser deportado de Alemania.



¿A quién se estaba juzgando —se preguntaban los críticos—, a Hitler o a la República de Weimar? Esta ilustración de una de las acaloradas sesiones no se ha vuelto a reproducir desde que el *Münchner Neueste Nachrichten* la publicara en 1924.



Dentro de la sala estaba prohibido hacer fotografías, pero algunos consiguieron pasar con su cámara. Ésta es la mejor imagen que existe de las sesiones del tribunal.



Hitler, Ludendorff y otros acusados hablando durante una de las pausas.



La seguridad tuvo que ser reforzada de nuevo a medida que el juicio se acercaba a su final.



Adolf Hitler y el resto de los acusados reunidos en el patio antes de que se diese a conocer el veredicto: (de izquierda a derecha) Heinz Pernet, Friedrich Weber, Wilhelm Frick, Hermann Kriebel, Erich Ludendorff, Adolf Hitler, Wilhelm Brückner, Ernst Röhm y Robert Wagner. El único que falta es Ernst Pöhner.



Imagen de la celda de Hitler. Posteriormente se decoraría con una máquina de escribir y una bandera nazi. Después de que fuera puesto en libertad, su compañero Ernst Pöhner ocuparía esta misma celda por un breve periodo.



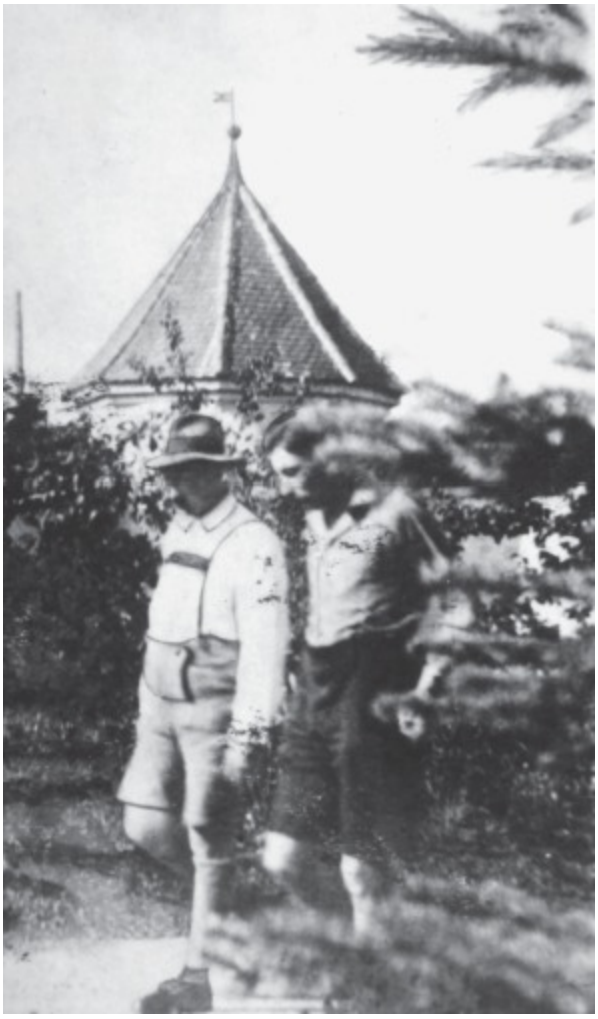
Hitler en su celda de Landsberg.



En Landsberg, Hitler tuvo ocasión de leer, recibir visitas y trabajar en su libro, *Mi lucha.* El líder nazi definió su paso por la cárcel como unos estudios universitarios pagados por el Estado.



Adolf Hitler y otros internos pasando el rato en Landsberg. Emil Maurice, que se encuentra de pie a su espalda, tocaba en la banda de la prisión. Hermann Kriebel, con una taza en la mano, escribía en el periódico de los reclusos. En una ocasión, los internos realizaron una parodia del juicio en la que se acababa condenando a Hitler a ser deportado... de Landsberg.



Hitler pasea por el jardín en compañía de Emil Maurice, su chófer y primer responsable de las Tropas de Asalto. En Landsberg dispusieron de una gran cantidad de tiempo para examinar (y reinventar) el pasado y planear el futuro.



El 20 de diciembre de 1924, Hitler sale de Landsberg.

Notas

1 **sin el pase correspondiente y un documento de identidad con foto:** *Sicherungsmassnahmen anlässlich des Prozesses gegen Hitler u. Genossen*; 23 de febrero de 1924, HA 68/1498.

2 **una pequeña sala:** *Sicherheitsvorkehrungen für das Kriegsschulgebäude während der Zeit des Hitler-Prozesses*; 15 de febrero de 1924, HA 68/1498.

3 **granadas en las bolsas:** *The New York Times*, 27 de febrero de 1924.

4 **del esperado juicio por alta traición:** *München-Augsburger Abendzeitung*, 28 de enero de 1924; *Vorwärts*, 24 de febrero de 1924; *Prager Tagblatt* (Praga), 26 de febrero de 1924, y *Münchner Neueste Nachrichten*, 27 de febrero de 1924.

5 **de acuerdo con algunas informaciones:** Informe, 8 de febrero de 1924, MA 104221, BHStA, y notas preliminares, MINN 73699, BHStA.

6 **«recogemocos»:** El término alemán es *Rotzbremse*.

7 **Medía un metro setenta y cinco:** *Aufnahme-Buch für Schutzhaft, Untersuch. u. Festungshaft-Gefangene*; 1919 JVA 17, StAM.

8 **Aun así parecía:** *Vossische Zeitung*, 26 de febrero de 1924, Abend Ausgabe, y *Le Petit Parisien*, 27 de febrero de 1924.

9 **se detuvo a besar:** *L'Écho de Paris*, 27 de febrero de 1924.

10 **su educación austriaca:** *Le Matin*, 27 de febrero de 1924.

11 **«con aire orgulloso y expresión de suficiencia»:** United Press, 26 de febrero de 1924.

12 **«una torre que desafía al mundo entero»:** Kurt G. W. Ludecke, *I Knew Hitler: The Story of a Nazi Who Escaped the Blood Purge*; Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1938, p. 65. En esta edición, se adapta al inglés el apellido del autor: Lüdecke.

13 **«ópera bufa bávara»:** *The New York Times*, 10 de noviembre de 1923.

14 **vio a Hitler y Ludendorff dándose la mano:** Associated Press, 27 de febrero de 1924, y *Hamburger Anzeiger*, 26 de febrero de 1924.

15 **el desenlace que él más temía:** Otto Gritschneder, *Der Hitler-Prozess und sein Richter Georg Neithardt. Skandalurteil von 1924 ebnet Hitler den Weg*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 2001, p. 52, nota 25 y p. 145.

1 ***En el extrarradio de las grandes ciudades:*** Citado en David Clay Large, *Where Ghosts Walked: Munich's Road to the Third Reich*; W. W. Norton, Nueva York 1997, p. 32.

2 **un dolor intenso:** Egon Hanfstaengl, memorias inéditas, p. 101, y comentarios sobre los días en que Ulrich Graf —el guardaespaldas de Hitler— le dio clases de tiro, caja 45, John Toland Papers, FDR.

3 **una pequeña habitación alquilada que daba al patio interior:** Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters*, R. Piper, Múnich, 1970, p. 52, y Kurt G. W. Ludecke, *I Knew Hitler: The Story of a Nazi Who Escaped the Blood Purge*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1938, pp. 271-272. Las dimensiones del apartamento están extraídas de una entrevista con su casero que puede encontrarse en Heinz A. Heinz, *Germany's Hitler*, Hurst & Blackett, Londres, 1938, pp. 240-241. Según los informes de la policía, Hitler se mudó a esa dirección el 1 de mayo de 1920. Antonie Reichert, la hija de sus caseros, confirmó la fecha el 9 de septiembre de 1952, ZS 287, IfZ.

4 **se veía como:** Concebía su tarea como una forma de «profundización teórica». Interrogatorio por parte de la policía de Múnich a Alfred Rosenberg, VIa 2500/23, 6 de junio de 1924, HA 67/1493.

5 **enfrascado en una conversación:** Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, W. W. Norton, Nueva York, 1999, p. 206 (trad. española: *Hitler: 1889-1936*, Ediciones Península, Barcelona, 1999).

6 **cinco mil millones de marcos:** *Völkischer Beobachter*, 8 de noviembre de 1923.

7 **tres mil millones menos:** *Münchener Post*, 8 de noviembre de 1923.

8 **«¿Dónde está el capitán Göring»:** Hanfstaengl (1970), p. 129.

9 **aquejada de neumonía:** Björn Fontander, *Carin Göring skriver hem*, Carlssons, Estocolmo, 1990, p. 107.

10 **una edición especial:** Interrogatorio a Alfred Rosenberg, VIa 2500/23, 6 de junio de 1924, HA 67/1493.

11 **«El momento de la verdad ha llegado»:** Hanfstaengl (1970), p. 129.

12 **Alrededor de las ocho:** *Bericht an das Staatsministerium des Innern München*, 5 de diciembre de 1923, HA 67/1491.

13 **desprovista de estrellas:** *Vorgänge beim Stab der 7. Division am 8.11. abends und 9.11. vom Verlassen des Bürgerbräukellers bis zur Wiederinbesitznahme des Kriegs-Ministeriums*, Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 182, Anlage 4, p. 507.

14 **Benz:** En muchas otras versiones se hace referencia a un Mercedes, pero es un error: se trataba de un Benz.

15 **una popularidad inmensa como centros de reuniones:** Large (1997), pp. xii-xiii.

16 **«asediado por una muchedumbre inmensa»:** NA T84 EAP 105/7, p. 96.

17 **como simple invitado que era:** Informe policial, *Wahrnehmung im Bürgerbräukeller*, 22 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

18 **se dirigió directamente:** De acuerdo con algunas fuentes, Anton Drexler acompañaba a Hitler en el coche, Hans Hubert Hofmann, *Der Hitlerputsch. Krisenjahre deutscher Geschichte 1920-1924*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1961, p. 160. Hofmann cita a Walter Görlitz y Herbert A. Quint (*Adolf Hitler: Eine Biographie*, Steingrüben-Verlag, Stuttgart, 1952, p. 201), pero éstos no ofrecen ninguna prueba. Drexler tampoco lo confirma en ninguna de las múltiples conversaciones que mantuvo con la prensa o la policía, y ni uno sólo de los testigos oculares consultados por las fuerzas de seguridad declaró que los viera llegar juntos. Es probable que Drexler llegara, como él mismo señaló más tarde, con Max Amann.

19 **toda la élite política y patriótica:** *Münchener Zeitung*, 9 de noviembre de 1923.

20 **Los dos mandatarios se las arreglaron:** *Bericht über meine Tätigkeit in der Zeit von 8-9. November*, HA 67/1490.

21 **de la «plaga», de la «encarnación del mal por excelencia»:** Discurso de Gustav von Kahr, «Vom Volk zur Nation!», MA 104221, BHStA, publicado también en el *Münchner Neueste Nachrichten*, el 9 de noviembre de 1923.

22 **llena de paja:** Informe confidencial sin fechar, *Der Putsch vom 8.Nov.1923*, HA 67/1491.

23 **«¿Sabe alguien de qué está hablando Kahr?»:** Johann Aigner, memorias inéditas, *Ein Beitrag zur Geschichte der nationalen Erhebung im November 1923*, p. 6, HA 5/114II.

24 **«En Múnich nadie habría pensado»:** Ernst Hanfstaengl, *Hitler: The Memoir of a Nazi Insider Who Turned Against the Führer*, introducción de John Willard Toland, Arcade Publishing, Nueva York, 1957, reimpresión de 2011, p. 96.

25 **contrabandista de tabaco:** Informe policial n.º 2673, *Persönliche Wahrnehmung vor dem Bürgerbräukeller in der Nacht v. 8/9.11.23*, 20 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

26 **repartiendo rifles:** Johann Georg Maurer, VI a F 413/24, 21 de noviembre de 1923, HA 67/1494, Walter Hewel, VI a F 425/24, 22 de febrero de 1924, HA 67/1494 y MA 103476/3, p. 1217, BHStA.

27 **Sus cerca de ciento veinticinco efectivos:** Harold J. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton University Press, Princeton, 1972, p. 270.

28 **«misiones especialmente peligrosas»:** Entrevista a Josef Berchtold, Heinz (1938), p. 150.

29 **el núcleo original de las SS:** Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich*, Penguin Books, Nueva York, 2003, p. 228 (trad. española: *La llegada del Tercer Reich*, Península, Barcelona, 2012). Las SS se convertirían con el tiempo en lo que Heinz Höhne calificó como «la guillotina de una banda de psicópatas obsesionados con la pureza racial». Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Penguin Books, Nueva York, 2000, p. 3 (trad. española: *La orden de la calavera*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977).

30 **«*madame* de un burdel»:** Rebecca West, «Greenhouse with Cyclamens I» (1946), en *A Train of Powder*, Ivan R. Dee, Chicago, 1955, p. 6.

31 **«servicio de protección del local»:** O «servicio de defensa del local», fundado el 24 de febrero o en torno a esa fecha de 1920, Bruce Campbell, *The SA Generals and the Rise of Nazism*, The University Press of Kentucky, Lexington, 1998, p. 20.

32 **Las Tropas de Asalto vestían uniforme de color gris:** Karl A. Kessler, *Der 9. November 1923 in München. Erlebnisse eines SA Mannes*, Walter, Múnich (1933), p. 8.

33 **no se incorporaron al uniforme oficial:** Kershaw (1999), p. 698, nota 81. Fritz Patzelt fue la persona encargada de mostrarle a Hitler uno de los primeros modelos de camisa parda para las SA. Ocurrió en Landsberg en junio del año 1924. De acuerdo con los registros del centro penitenciario, la supuesta visita se produjo el día 9 de junio, 143140, STA 14344, StAM. Las gorras pardas vinieron después y aparecieron como muy tarde en febrero del año 1927, Stabsführer der Oberstern SA-Führung, Akten-Vermerk, 6 de noviembre de 1935, HA 5/129.

34 **«¡Muerte a los judíos!»** y **«los matones más violentos»:** Truman Smith, *Berlin Alert: The Memoirs and Reports of Truman Smith*, Ed. Robert Hessen, Hoover Institution Press, Stanford CA, 1984, p. 57.

35 **«La crueldad impresiona»:** Joachim C. Fest, *Hitler*, trad. Richard y Clara Winston, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1974, p. 144 (trad. española: *Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2005).

36 **«a menos que sea con los pies por delante»:** Eberhard Jäckel y Axel Kuhn, eds., *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Deutsche Verlags-Anstalt, 1980, Stuttgart, n.º 312 y 513. Véase también la descripción que se hace de ellos como «ariete» en el *Völkischer Beobachter*, del 14 de agosto de 1921, Detlef Mühlberger, *Hitler's Voice: The Völkischer Beobachter, 1920-1933*, Peter Lang, Nueva York, 2004, vol. I, p. 55.

37 **había conseguido por fin dispersar a la multitud:** Informe policial, *Wahrnehmung im Bürgerbräukeller*, 22 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

38 **miró su reloj:** Entrevista a Berchtold en Heinz (1938), p. 154.

39 **el resplandor de unos faros:** Johann Aigner, memorias inéditas, *Ein Beitrag zur Geschichte der nationalen Erhebung im November*, 1923, 6, HA 5/114II.

40 **«¡Vosotros, quitaos de en medio!»** y **«desconcertadas y muy poco preparadas»:** Entrevista a Berchtold, Heinz (1938), p. 154.

41 **algunos policías:** Véase la descripción que Max Beckerbauer hace de la llegada de las tropas en *Bericht über gemachte Wahrnehmungen anlässlich der Versammlung der vaterländischen Verbände am 8. November, 1923*, 22 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

42 **Göring desenvainó la espada:** Informe policial, n.º 2364, *Bericht über meine gemachten Wahrnehmungen im Saale des Bürgerbräukellers am 8.11.23 abends*, 22 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

43 **Gritó algo:** Informes policiales n.º 1415, *Wahrnehmungen i[n] der Nacht vom 8/9.11.23 am Bürgerbräukeller*, 20 de noviembre de 1923, HA 67/1490, y n.º 1609, *Wahrnehmungen [ü]ber die Vorgänge im Bürgerbräukeller am 8. November 1923*, 21 de noviembre de 1923.

44 **la estampó contra el suelo:** Marc Sesselmann, declaración inédi ta, *Bericht*, 1 de noviembre de 1935, HA 5/116. El incidente fue también registrado por un detective en *Überwachung der Versammlung im Bürgerbräukeller am Donnerstag, den 8.11.1923*, 20 de noviembre de 1923, HA 67/1490 y MA 103476/3, p. 1222, BHStA.

45 **Browning:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1255.

46 **su guardaespaldas:** Ulrich Graf, memorias inéditas, 7, F14, IfZ.

47 **«Presta atención»:** NA T84 EAP 105/7, p. 98.

48 **«un pasillo estrecho»:** NA T84 EAP 105/7, p. 1344.

49 **que se trataba de alborotadores comunistas:** Kahr (NA T84/2 EAP 105/7, p. 1344); Lossow (NA T84/2 EAP 105/7, p. 1255), y también Georg Stumpf, *Hitlerputsch im Bürgerbräukeller am 8.11.23*, 23 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

50 **«¡Alto! ¡Atrás!»:** *Münchener Zeitung*, 9 de noviembre de 1923. También se hace referencia al revuelo en el informe policial *Teilnahme an der Versammlung im Bürgerbräukeller am 8.XI.1923*, 21 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

51 **iban derribando las mesas y las sillas a su paso:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 97, y Theodor Singer, *Versammlung der vaterl. Vereine im Münchener Bürgerbräukeller vom 8. November 1923*, 21 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

52 **la confusión y el pánico:** Johann Aigner, memorias inéditas, *Ein Beitrag zur Geschichte der nationalen Erhebung im November 1923*, HA 5/114II.

53 **habían montado la ametralladora:** NA T84 EAP 105/7, p. 125.

54 **un segundo disparo:** Las fuentes históricas hablan a menudo de un solo disparo, pero son muchos los testigos que se refieren a una segunda detonación, como por ejemplo: Friedrich Bernreuther, NA T84 EAP 105/7, p. 829; Georg Stumpf, *Hitlerputsch im Bürgerbräukeller am 8.11.23*, 23 de noviembre de 1923, HA 67/1490, y Ludwig Weber, un oficial fuera de servicio, en *Schilderung der Vorgänge in der Vaterländischen Versammlung am 8.11.23 im Bürgerbräukeller*, 21 de noviembre de 1923, HA 67/1490. Algunos analistas, como Eugeni Xammar en *La Veu de Catalunya* del 17 de noviembre de 1923, afirman que fue Hitler quien realizó los dos disparos, pero son muchas las personas presentes aquella noche que señalan que fue un hombre situado cerca de Hitler quien lo hizo, *Teilnahme an der Versammlung im Bürgerbräukeller am 8.XI.1923*, 21 de noviembre de 1923, HA 67/1490. En NA T84/2 EAP 105/7, pp. 961 y 964, puede encontrarse incluso una descripción de ese segundo pistolero. Los ejemplos se multiplican si se tienen en cuenta las declaraciones que figuran tanto en los informes policiales como en la prensa. De igual manera, algunos historiadores incluyen la mesa y la silla en un mismo incidente, y otros se decantan por una en detrimento de la otra. Sin embargo, muchos de los testigos presenciales que se encontraban cerca de la parte delantera se refieren a dos episodios distintos.

55 **se interpuso en su camino:** Hitler diría después que Hunglinger era el único oficial al que respetaba, NA T84 EAP 105/7, pp. 806-807.

56 **«¡La revolución nacional ha estallado!»:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, pp. 3-4, StAM; *Münchner Neueste Nachricht en*, 9 de noviembre de 1923, y el informe policial de Johannes Müller, *Bericht über den Verlauf der Versammlung am 8. November 23*, 21 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

57 **había reservado ese mismo día:** Rudolf Hess, *Briefe 1908-1933*, ed. Wolf Rüdiger Hess, Langen Müller, Múnich, 1987, 8 de noviembre de 1923, p. 311.

58 **no tardarían más de:** NA T84 EAP 105/7, p. 977.

59 **Los mandatarios dudaron:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1257.

1 ***Resultaba muy emocionante:*** Robert Murphy, *Diplomat Among Warriors*, Doubleday & Company, Garden City, Nueva York, 1964, p. 25.

2 **Su población había aumentado vertiginosamente:** David Clay Large, *Where Ghosts Walked: Munich's Road to the Third Reich*, W. W. Norton, Nueva York, 1997, p. xviii. En 1923, su población era de 630.711 habitantes, *General Information Concerning District of American Consulate at Munich, Germany*, caja 6, carpeta 11, HI.

3 **«Atenas del Isar»:** Albrecht Hoffmann, *Der 9. November 1923 im Lichte der völkischen Freiheitsbewegung* (1923), p. 14. Para más información, véase especialmente Large (1997); Rainer Metzger, *Munich: Its Golden Age of Art and Culture 1890-1920*, Thames & Hudson, Londres, 2009, y Christoph Stölzl, ed., *Die Zwanziger Jahre in München: Katalog zur Ausstellung im Münchner Stadtmuseum Mai bis September 1979*, Münchner Stadtmuseum, Múnich, 1979.

4 **«cerdo prusiano»:** NA T84 EAP 105/7, p. 2361. Para más información sobre el tema del resentimiento contra Prusia, véase, por ejemplo, Volker Ullrich, *Adolf Hitler Biographie. Band 1: Die Jahre des Aufstiegs 1889-1939*, S. Fischer, Frankfurt, 2013, p. 81.

5 **nabo:** *Kohlrübenwinter* o «invierno de los nabos», término con el que habitualmente se hace referencia al invierno de 1916-1917.

6 **aguachirle:** Ernst Toller, *Eine Jugend in Deutschland*, Querido Verlag, Ámsterdam, 1933: Rowohlt, Hamburgo, 1998, p. 82 (trad. española: *Una juventud en Alemania*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2017).

7 **cerca de setecientas cincuenta mil personas:** Frederick Taylor, *The Downfall of Money: Germany's Hyperinflation and the Destruction of the Middle Class*, Bloomsbury Press, Nueva York, 2013, pp. 18-19.

8 **fue altísimo:** Richard Bessel, *Germany After the First World War*, Clarendon Press, Oxford, 1993, p. 6.

9 **Alemania sería despojada de un plumazo:** Margaret MacMillan, *Paris 1919: Six Months That Changed the World*, Random House, Nueva York, 2002, pp. 465-467. La cifra de los treinta y tres mil millones de dólares aparece en la página 480 (trad. española: *París 1919: seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets Editores, Barcelona, 2011).

10 **«paz de la vergüenza»:** Erich Malitius, *Der 8. u. 9. November 1923. Die Geschichte von Treue und Verrat der deutschen Jugend*, Handel, Breslavia, 1935, p. 4.

11 **«democracia sin demócratas»:** Dietrich Orlow, *A History of Modern Germany 1871 to Present*, Prentice Hall, Upper Saddle River, Nueva Jersey, 2002, p. 137.

12 **la pérdida de los muchos privilegios:** David Jablonsky, *The Nazi Party in Dissolution: Hitler and the Verbotzeit, 1923-1925*, F. Cass, Londres, 1989, pp. 1-2.

13 **«resistencia pasiva»:** Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, W. W. Norton, Nueva York, 1999, p. 191 (trad. española: *Hitler: 1889-1936*, Ediciones Península, Barcelona, 1999).

14 **hiperinflación:** Gerald D. Feldman, *The Great Disorder: Politics, Economics, and Society in the German Inflation, 1914-1924*, Oxford University Press, Oxford, 1997, p. vii.

15 **El precio de un solo huevo:** Hans Hubert Hofmann, *Der Hitlerputsch. Krisenjahre deutscher Geschichte 1920-1924*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1961, p. 311, nota 332.

16 **«¡el peor grupo de delincuentes y estafadores!»:** Taylor (2013), p. 249.

17 **Benito Mussolini era el modelo:** Kershaw (1999), p. 180. Una semana después de la «Marcha sobre Roma de Mussolini», Hermann Esser ya comparaba a Hitler con el líder italiano, discurso del 3 de noviembre de 1922, St.R.V. 14/1922 ff, 23, HA 4/90.

18 **«Si en Alemania apareciera un Mussolini»:** *Daily Mail*, 3 de octubre de1923. Algunos fragmentos de este artículo pueden encontrarse en Eberhard Jäckel y Axel Kuhn, eds., *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1980, n.º 580, p. 1027.

19 **«vendedor de humo»:** F. L. Carsten, *Britain and the Weimar Republic: The British Documents*, Batsford Academic and Educational Ltd, Londres, 1984, p. 116.

20 **el plan inicial:** MA 103476/3, pp. 1207-1208, BHStA.

21 **El 7 de noviembre:** De acuerdo con las declaraciones de Hitler (NA T84/2 EAP 105/7, p. 93), del anfitrión del acto en la cervecería, el teniente coronel Kriebel (NA T84/2 EAP 105/7, pp. 402-403 y 2621), y de acuerdo también con el sumario, la decisión se tomó en una reunión celebrada ese mismo día; Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlun*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 15, StAM. Ulrich Graf lo recuerda también de esa manera en sus memorias inéditas, p. 60, F14, IfZ.

22 **el plan del propio Kahr:** Para más información sobre sus propuestas políticas, véase *Die Politik des Bayerischen Volkspartei*, HA 5/114II, y la edición anotada de las *Lebenserinnerungen* [«Memorias»] de Kahr (NL Kahr 51, BHStA) que publicarán próximamente Ferdinand Kramer y Matthias Bischel.

23 **Hitler llegó a la conclusión:** *Erklärung des Herrn Oberstlandesgerichtsrats Ernst Pöhner über die Vorgänge vom 8/9. November 1923*, 14 de diciembre de 1923, HA 5/120, y la obra inédita de Lorenz Roder *Herr Hitler hat kein Ehrenwort gebrochen*, HA 5/126.

1 ***Las Tropas de Asalto nacionalsocialistas:*** NA T84 EAP 105/7, p. 429.

2 **tuvieron que sortear la ametralladora:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1346 y 1489.

3 **compuesto por cerca de mil quinientos efectivos:** Harold J. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton University Press, Princeton, 1972, p. 271, nota 7.

4 **Se trataba de Rudolf Hess:** Dietrich Orlow, «Rudolf Hess: Deputy Führer», en Ronald Smelser y Rainier Zitelmann, *The Nazi Elite*, trad. Mary Fischer, Nueva York University Press, Nueva York, 1993, p. 74-84.

5 **una lista con los nombres:** MA 103476/3, p. 1389, BHStA.

6 **Todos ellos iban a ser detenidos:** NA T84 EAP 105/7, pp. 401-402. Algunos autores, entre los que se encuentran reputados expertos como Gordon (1972), p. 290, sitúan la toma de prisioneros en un momento posterior de la noche. Pero se trata de un error, como demuestran infinidad de atestados policiales y crónicas periodísticas, así como los testimonios de algunos testigos oculares, entre ellos el del propio Rudolf Hess, que es quien efectúa las detenciones (carta a Klara y Fritz Hess del 8 de noviembre de 1923, y alusiones posteriores en las del 16 de noviembre y el 4 de diciembre de 1923, en Rudolf Hess, *Briefe 1908-1933*, ed. Wolf Rüdiger Hess, Langen Müller, Múnich, 1987, pp. 311-312). Véase también la declaración de Johann Kress, VI a F 2601/23, del 7 de diciembre de 1923, HA 67/1493; el *Münchner Neueste Nachrichten*, del 9 de noviembre de 1923, y el *Bayerische Staatszeitung*, del 10 de noviembre de 1923.

7 **casi nunca miraba a los demás a los ojos:** Véase, por ejemplo, Kurt G. W. Ludecke, *I Knew Hitler: The Story of a Nazi Who Escaped the Blood Purge*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1938, p. 587.

8 **una «misión noble y trascendental»:** Carta de Rudolf Hess a Klara y Fritz Hess del 8 de noviembre de 1923, y alusiones posteriores en las del 16 de noviembre y el 4 de diciembre de 1923, n.º 322, en Hess (1987), p. 310.

9 **por una escalera angosta:** Informe policial, *Meldungen über die Vorkommnisse in der Nacht vom 8/9.11.1923*, HA 67/1490 y VI a F 168/24, 30 de enero de 1924, HA 67/1494.

10 **En el piso de abajo, mientras tanto:** Esta escena en la pequeña sala privada ocupa un lugar muy destacado en el escrito de la acusación, en las declaraciones previas al juicio y en los testimonios que prestaron a lo largo de éste ocho de las personas que estuvieron allí recluidas, así como también en algunos panfletos —*Die Wahrheit* (1923), de Friedrich Weber—, en ciertas crónicas periodísticas —entre las que destaca la aparecida en el *Bamberger Tagblatt* el 13 de noviembre de 1923—, y en las memorias de Erich Ludendorff, *Auf dem Weg zur Feldherrnhalle. Lebenserinnerungen an die Zeit des 9.11.1923 mit Dokumenten in fünf Anlagen*, Ludendorff, Múnich, 1937, p. 61.

11 **Ulrich Graf le dio a Hitler:** Testimonio de Graf, 25 de noviembre de 1924, Zur Pistolenkomödie HA 5/117. Graf se refiere de pasada a esta escena en sus memorias inéditas, pp. 61-62, F14, IfZ.

12 **«¡Nadie saldrá de aquí vivo!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1346, y NA T84/2 EAP 105/7, p. 1489.

13 **sudando:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1262.

14 **«Sé que todo esto es muy difícil»** y **«Eso fue lo que prometí»:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, pp. 4-5, StAM, y NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1262, 1346 y 1490.

15 **Kahr estaba junto a la ventana:** NA T84 EAP 105/7, p. 163.

16 **«Me parece indignante»:** NA T84 EAP 105/7, p. 229. Hitler y sus seguidores afirmaron que no hubo amenaza ninguna, según le contó Weber a su padre en una carta fechada el 8 de diciembre de 1923, HA 5/114I.

17 **«Seguro que no logran ponerse de acuerdo»:** John Dornberg, *Munich 1923: The Story of Hitler's First Grab for Power*, Harper & Row, Nueva York, 1982, p. 92.

18 **«¿Es ésta la famosa lealtad alemana?»** y **«¿Es ésta la famosa unidad alemana?»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 972.

19 **«Sudamérica»** y **«paripé»:** NA T84 EAP/2 105/7, p. 978.

20 **su chaqué negro:** *Münchener Zeitung*, 9 de noviembre de 1923. Para la alusión al *maître* y el resto de las comparaciones véase, por ejemplo, Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters*, R. Piper, 1970, Múnich, p. 137, y Ludecke (1938), p. 185.

21 **«¡las intenciones más nobles!» [...] «¿Qué otra cosa podría preocuparlos?»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 956-957. Esta cita aparece también, aunque con ligeras diferencias, en el *Münchner Neueste Nachrichten*, 9 de noviembre de 1923.

22 **«demudados en una especie de trance»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1258.

1 ***Esto es más:*** Peter Gay, *Weimar Culture: The Outsider as Insider*, Penguin Books, Londres, 1992, p. 9.

2 **ir a buscar a Ludendorff:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 7, StAM. Véase también, NA T84/2 EAP 105/7, p. 98.

3 **se había trasladado:** Mathilde von Scheubner-Richter, 18 de agosto de 1952, ZS 292, IfZ.

4 **conocer de primera mano el genocidio:** Paul Leverkuehn, *A German Officer During the Armenian Genocide: A Biography of Max von Scheubner-Richter*, trad. Alasdair Lean, Gomidas Institute, Londres, 2008, lxxxvi, pp. 18-29. Para más información sobre la indignación que sintió Scheubner-Richter, véase *The Armenian Genocide: Evidence from the German Foreign Office Archives*, *1915-1916*, ed. Wolfgang Gust, Berghahn Books, Nueva York, 2014.

5 **en cuanto a táctica y organización:** Harold J. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton University Press, Princeton, 1972, p. 18.

6 **de acuerdo con estimaciones actuales:** De los 1.672 afiliados que el NSDAP tenía el 9 de noviembre de 1923 o, mejor dicho, de los 994 cuya fecha de nacimiento era conocida, casi dos tercios se encontraban por debajo de los treinta y un años, Gordon (1972), pp. 68-72.

7 **«Todos son prescindibles, menos él»:** Georg Franz-Willing, *Putsch und Verbotszeit der Hitlerbewegung November 1923-Februar 1925*, Verlag K. W. Schütz, Preussisch Oldendorf, 1977, p. 15. Según Mathilde Scheubner-Richter, Hitler pronunció estas palabras en 1931 o 1932, 18 de agosto de 1952, ZS 292, IfZ. Véase también Hermann Esser, entrevista, 5 de marzo de 1964, Band II, y 6 de marzo de 1964, Band I, 21, ED 561/4, IfZ.

8 **De entre las múltiples lecciones:** Véase Michael Kellogg, *The Russian Roots of Nazism: White Émigrés and the Making of National Socialism, 1917-1945*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, y Stefan Ihrig, *Atatürk in the Nazi Imagination*, Harvard University Press, Cambridge MA, 2014.

9 **Lo acompañaban tres personas:** manuscrito inédito de Johann Aigner, *Ein Beitrag zur Geschichte der nationalen Erhebung im November 1923*, HA 5/114II.

10 **La campanilla de un tranvía:** Declaraciones de Johann Bruckmeier, informe policial n.º 1609, *Wahrnehmungen [ü]ber die Vorgänge im Bürgerbräukeller am 8. November 1923*, 21 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

11 **dando vueltas:** Margarethe Ludendorff, *My Married Life with Ludendorff*, trad. de Raglan Somerset, Hutchinson, Londres, c.1929, p. 248.

12 **«se requería urgentemente»:** 9 de noviembre de 1923, NL Ehard 94, BHStA. Esta referencia puede encontrarse también en NA T84 EAP 105/7, p. 531.

13 **«diez káiseres»** y **«el enimgático Ulises»:** *Atlantic Monthly*, junio de 1917.

14 **«alegre y despreocupada» [...] «se había convertido en un témpano de hielo»:** Margarethe Ludendorff (1929), p. 19.

15 **«El káiser se ha deshecho de mí» [...] «al frente de una dictadura»:** Margarethe Ludendorff (1929), pp. 172, 178, 180-181 y 280. Ludendorff menciona este asunto de pasada en su obra *Auf dem Weg zur Feldherrnhalle. Lebenserinnerungen an die Zeit des 9.11.1923 mit Dokumenten in fünf Anlagen*, Ludendorff, Múnich, 1937, pp. 4-5. Para más información, véase Robert B. Asprey, *The German High Command at War: Hindenburg and Ludendorff Conduct World War I*, Quill, Nueva York, 1991, p. 484, y Will Brownell y Denise Drace-Brownell, con la colaboración de Alex Rovt, *The First Nazi: Erich Ludendorff*, *the Man Who Made Hitler Possible*, Counterpoint, Nueva York, 2016.

16 **se subió a un tren con destino a Múnich:** Ludendorff aseguró, de forma muy poco convincente, que se había trasladado a esa ciudad para vivir más cerca de una de sus hermanas, Ludendorff (1937), p. 8, y NA T84/2 EAP 105/7, p. 496.

17 **coincidió por primera vez con Adolf Hitler:** Muchos historiadores afirman que los presentó Rudolf Hess, pero lo cierto es que Scheubner-Richter había facilitado un encuentro entre ellos alrededor de cuatro meses antes.

18 **«comandante más grande de Alemania»:** Posteriormente se lo describiría como «el general más importante de la guerra», *LIFE*, 17 de enero de 1938. Para más información sobre los elogios que se le dedicaron a Ludendorff y las imprecisiones que contenían, véase Brownell, Brownell y Rovt (2016).

19 **«determinación firme»** y **el único líder político:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 525.

20 **el «constante ir y venir de un palomar»:** Margarethe Ludendorff (1929), p. 245. Hermann Esser ofreció más detalles sobre el uso de la casa de Ludendorff como centro de actividades en la entrevista del 3 de marzo de 1964, Band II, 30-32, ED 561/3, IfZ.

21 **entró en la casa con Heinz Pernet:** En un primer momento, Pernet negó ir a bordo del coche, pero acabó admitiéndolo, NA T84 EAP 105/7, p. 694. Johann Aigner, otra de las personas que se encontraban en el vehículo, lo confirmó en su interrogatorio, VI a F 36/24, 5 de enero de 1924, HA 68/1494. El rumor que situaba también en el coche al hijo de Pöhner era falso.

22 **una chaqueta de caza de *tweed* marrón:** Algunos historiadores —entre ellos algunos expertos de la talla de Kershaw (1999), p. 207, y Gordon (1972), p. 288— insisten en que Ludendorff llevaba puesto su uniforme militar. Sin embargo, como prueban los testimonios de muchos testigos presentes aquella noche, se trata de un error. La indumentaria de Ludendorff no es un detalle menor, ya que puede servir para determinar el grado de premeditación con el que actuaba.

23 **noche neblinosa:** Johann Aigner, *Ein Beitrag zur Geschichte der nationalen Erhebung im November 1923*, p. 8, HA 5/114II.

24 **«velocidad endiablada»:** NA T84 EAP 105/7, p. 531.

25 **Había empezado a nevar:** Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*, intr. de Eleanor Hancock y trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, p. 142, y *Völkischer Beobachter*, 9 de noviembre de 1923.

1 ***Me he visto obligado:*** NA T84 EAP 105/7, p. 532.

2 **«criminales de noviembre»** y **«empezar el avance hacia Berlín»:** Anz. Verz. XIX 421/23, Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung *der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 6, StAM.

3 ***«Heil, Hitler!»*:** *Münchner Neueste Nachrichten*, 9 de noviembre de 1923.

4 **«estaban tratando de tomar una decisión»** y **«¿Puedo decirles que cuenten con vosotros?»:** Karl Alexander von Müller, *Im Wandel einer Welt. Erinnerungen Band Drei*, *1919-1932*, Süddeutscher, Múnich, 1966, pp. 162-163, y Harold J. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton University Press, Princeton, 1972, p. 288.

5 **«vulgar, tosco y escandaloso»:** *Neue Zürcher Zeitung*, 10 de noviembre de 1923, Zweites Morgenblatt.

6 **el público asintió entre vítores:** Karl Rothenbücher, *Der Fall Kahr*, Mohr, Tubinga, 1924, p. 6; *Salzburger Volksblatt*, 9 de noviembre de 1923, y *Berchtesgadener Anzeiger*, 12 de noviembre de 1923.

7 **«los había vuelto del revés»:** NA T84 EAP 105/7, p. 978.

8 **hasta el salón privado:** Para las fuentes primarias acerca de lo que sucedió en el salón privado, véanse las notas al capítulo 3.

9 **En opinión de Sesselmann:** Crónica inédita de Marc Sesselmann (su nombre auténtico era Max), *Bericht*, 1 de noviembre de 1935, HA 5/116.

10 **«¡Firmes!»:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 7, StAM.

11 **El general Ludendorff acababa de llegar:** Erich Ludendorff, *Auf dem Weg zur Feldherrnhalle. Lebenserinnerungen an die Zeit des 9.11.1923 mit Dokumenten in fünf Anlagen*, Ludendorff, Múnich, 1937, p. 61.

12 **Karl August Ritter von Kleinhenz:** NA T84 EAP 105/7, p. 1046.

13 **Hitler salió a recibir a Ludendorff:** Hitler probablemente confirmó lo que Scheubner-Richter le había contado al general de camino a la cervecería. Interrogatorio de Ludendorff, 9 de noviembre de 1923, NL Ehard 94, BHStA.

14 **«Caballeros, yo estoy tan sorprendido» [...] «cooperen con nosotros»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1266, 1348 y 1492.

15 **muchos años después:** Heinz Pernet, el hijastro de Ludendorff, afirmó que el general estaba al corriente de todos los detalles de la intentona. Conversaciones con Georg Franz-Willing en marzo de 1967, en *Putsch und Verbotszeit der Hitlerbewegung November 1923-Februar 1925*, Verlag K.W. Schütz KG, Preussich Oldendorf, 1977, p. 67, nota 6.

16 **Kahr replicó:** Lorenz Roder, *Herr Hitler hat kein Ehrenwort gebrochen*, HA 5/126.

17 **«Sí, sí, pero a mí me parece que son muy pocos»:** Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*, intr. de Eleanor Hancock, trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, pp. 46-47.

18 **«Me es imposible participar»** y **«su excelencia»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1362-1363.

19 **«muy angustiado»** e **«incómodo silencio»:** *Erklärung des Herrn Oberstlandesgerichtsrats Ernst Pöhner über die Vorgänge vom 8/9. November 1923*, 19 de diciembre de 1923, HA 5/120.

20 **«más que un error»:** John Dornberg, *Munich, 1923: The Story of Hitler's First Grab for Power*, Harper & Row, Nueva York, 1982, p. 103.

21 **«virrey del régimen monárquico»:** NA T84 EAP 105/7, p. 1348.

22 **«Hagamos un poco de teatro»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1260 y 1755. Lossow afirmó haber dicho esto tanto en el escenario como camino del salón privado. Por supuesto, Hitler, Weber, Pöhner y Ludendorff lo pusieron en duda. Véase la discusión que se produjo al respecto en el juicio.

23 **«no hay vuelta atrás»:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 7, StAM, y NA T84/2 EAP 105/7, p. 101.

1 ***Antes, esta ciudad tan agradable y bella:*** Lion Feuchtwanger, *Erfolg. Drei Jahre Geschichte einer Provinz*, Gustav Kiepenheuer Verlag, Berlín, 1930, y Aufbau-Verlag, Berlín, 1993, pp. 31-32.

2 **una maleta de color negro:** Carta de Karl Honisch, 31 de mayo de 1932, en carpeta HA 1/17.

3 **«habitaciones amuebladas»:** Entrevista a Anna Popp, en Heinz A. Heinz, *Germany's Hitler*, Hurst & Blackett, Londres, 1938, p. 49.

4 **Rudolf Häusler:** Un testigo llamado Karl Honisch declaró haber visto a Hitler saliendo de Viena en compañía de una persona cuyo nombre, sin embargo, no pudo precisar: 31 de mayo de 1939, HA 1/17. El historiador alemán Anton Joachimsthaler fue quien logró identificar a ese individuo en los años noventa del siglo pasado. Véase la edición revisada de su obra, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, Herbig, Múnich, 2000, pp. 17 y 80-81.

5 **más pintores y escultores:** David Clay Large, *Where Ghosts Walked: Munich's Road to the Third Reich*, W. W. Norton, Nueva York, 1997, p. xvi. Peter Gay definió Múnich como la «capital europea de los pintores» en *Weimar Culture: The Outsider as Insider*, Penguin Books, Londres, 1992, p. 7.

6 **la palabra *kitsch*:** Rainer Metzger, *Munich: Its Golden Age of Art and Culture 1890-1920*, Thames & Hudson, Londres, 2009, p. 195.

7 **que le conseguía:** Testimonio de Josef Popp, mayo de 1966, en Werner Maser, *Hitler: Legend*, *Myth & Reality*, trad. de Peter y Betty Ross, Harper Torchbooks, Nueva York, 1974, p. 133.

8 **«los más felices» [...] «esa Babilonia racial»:** Adolf Hitler, *Mein Kampf*, trad. de Ralph Manheim, Houghton Mifflin Company, Boston, 1943, p. 126 (trad. española: *Mi lucha*, Ojeda, Barcelona, 2007).

9 **Karl Marx:** No se tiene noticia de que las obras de Karl Marx figurasen entre los libros de Hitler, al menos en 1924, Timothy W. Ryback, *Hitler's Private Library: The Books That Shaped His Life*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2008, pp. 67-68 (trad. española: *Los libros del gran dictador*, Destino, Barcelona, 2010). Sin embargo, a Hitler sí que le regalaron una colección de obras de Schopenhauer en cinco volúmenes publicada en 1920, 1 de diciembre de 1923, Staatsanwaltschaften 3099, StAM.

10 ***De la guerra*, de Clausewitz:** Josef Popp, en Maser (1974), p. 133.

11 **«Querida Frau Popp»:** Entrevista a Anna Popp, en Heinz (1938), p. 52.

12 **«época dorada»:** Para más información sobre el Múnich de la época, véase la introducción a las notas.

13 ***Casa de muñecas*:** El primer borrador con el comienzo y los primeros tres actos de esta obra fue redactado, sin embargo, durante unas vacaciones en Roma a finales de la primavera o principios del verano del año 1878. Michael Meyer, *Ibsen: A Biography*, Doubleday & Company, Garden City, Nueva York, 1971, pp. 446-453.

14 **«pintura pura»** y **Jinete Azul:** Peg Weiss, *Kandinsky in Munich: The Formative Jugendstil Years*, Princeton University Press, Princeton, 1979, p. 3, y Frank Whitford, *Kandinsky*, Paul Hamlyn, Londres, 1971.

15 **«pintores, escultores, escritores»:** *El secreto de Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2001.

16 **Oswald Spengler:** Rainer Metzger, *Munich: Its Golden Age of Art and Culture 1890-1920*, Thames & Hudson, Londres, 2009, pp. 64-65 y 191.

17 **Zúrich:** El Cabaret Voltaire estaba situado frente al apartamento de otro antiguo residente de Múnich, V. I. Lenin.

18 **una caja de puros:** Hans Hubert Hofmann, *Der Hitlerputsch. Krisenjahre deutscher Geschichte 1920-1924*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1961, p. 38.

19 **«¿No es maravilloso?»:** Volker Ullrich, *Adolf Hitler Biographie. Band 1: Die Jahre des Aufstiegs 1889-1939*, S. Fischer, Frankfurt, 2013, p. 91.

20 **la «idea que cualquier persona inculta»:** Richard Hanser, *Putsch!: How Hitler Made Revolution*, Pyramid Books, Nueva York, 1971, p. 56 (trad. española: *Putsch. Cómo hizo Hitler la revolución*, Battle Books, Barcelona, 2014). Puede encontrarse otra descripción en Ernst Toller, *Eine Jugend in Deutschland*, Querido Verlag, Ámsterdam, 1933, y Rowohlt, Hamburgo, 1998, p. 86 (trad. española: *Una juventud en Alemania*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2017). Para más información sobre Kurt Eisner, véase Bernhard Grau, *Kurt Eisner 1867-1919. Eine Biographie*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 2001.

21 **«reino de luz, belleza y razón»:** Joachim C. Fest, *Hitler*, trad. de Richard y Clara Winston, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1974, p. 109 (trad. española: *Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2005).

22 **«el telón acabará cayendo y todo terminará»** y **«tiene que convertirse en un prado»:** Hanser (1971), pp. 141 y 167.

23 **«anarquistas de café»:** Richard M. Watt, *The Kings Depart: The Tragedy of Germany: Versailles and the German Revolution*; Barnes & Noble Books, Nueva York, 2000, p. 326.

24 **reformas burguesas:** Pierre Broué, *The German Revolution*, *1917-1923*, trad. de John Archer y prólogo de Eric D. Weitz, Haymarket Books, Chicago 2005, p. 280.

25 **gimnasio Luitpold:** David Luhrssen, *Hammer of the Gods: The Thule Society and the Birth of Nazism*, Potomac Books, Washington, D. C., 2012, p. 9.

26 **de unos seiscientos «bolcheviques»:** Heinrich August Winkler, *Weimar 1918-1933. Die Geschichte der ersten Deutschen Demokratie*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 1998, p. 81.

27 **saludados como auténticos libertadores:** Toller (1933; 1998), p. 116.

28 **«célula de ley y orden»:** Wilhelm Hoegner, *Die verratene Republik. Deutsche Geschichte 1919-1933*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1979, p. 109.

29 **Einwohnerwehren:** Tanto el comunicado de los Aliados que publicó el *Münchner Neueste Nachrichten* el 30 de octubre de 1920 como la respuesta de Kahr pueden encontrarse en Carl Moser von Filseck, *Politik in Bayern 1919-1933. Berichte des württembergischen Gesandten Carl Moser von Filseck*, ed. Wolfgang Benz, Schriftenreihe der Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte Nummer 22/23, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1971, n.º 211, p. 68. Para más información acerca de la milicia, véase David Clay Large, *The Politics of Law and Order: A History of the Bavarian Einwohnerwehr 1918-1921*, American Philosophical Society, Filadelfia, 1980.

30 **Kahr se había comprometido a apoyar:** *Der Oberbayer*, 1920 de noviembre de 1923.

31 **comisionado general del Estado:** Generalstaatskommissar, *Niederschrift der Ministerratssitzung*, 26 de septiembre de 1923, reproducido en Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 12, pp. 180-182, y *Chronik der Bayerischen Justizverwaltung*, pp. 267-270, NL Ehard 90/3, BHStA.

32 **paraguas:** *Zeitübersicht zur nationalen Erhebung und zu deren Missbrauch*, HA 5/127.

33 **una nueva «monarquía del Danubio»:** Se trata de un término que estaba muy en boga en la época y que podemos encontrar, por ejemplo, en el *Grossdeutsche Zeitung* del 25 de marzo de 1924.

1 ***Hay una diferencia enorme:*** Ernst Hanfstaengl, *The Memoir of a Nazi Insider Who Turned Against the Führer*, intr. de John Willard Toland, Arcade Publishing, Nueva York, 2011, primera edición de 1957, p. 31.

2 ***Putzi* o *Canijo*:** El apodo se lo puso su niñera Kati. Peter Conradi, *Hitler's Piano Player: The Rise and Fall of Ernst Hanfstaengl, Confidant of Hitler, Ally of FDR*, Carroll & Graf Publishers, Nueva York, 2004, p. 14.

3 **la editorial familiar especializada en libros de arte:** Rainer Metzger, *Munich: Its Golden Age of Art and Culture 1890-1920*, Thames & Hudson, Londres, 2009, p. 198.

4 **«siete cuerdas de las notas más graves»** y **«casa de locos»:** Hanfstaengl (2011, 1957), pp. 27 y 30.

5 **ofreció un préstamo:** Se encontró una copia del contrato durante un registro en las oficinas del *Völkischer Beobachter* tras el golpe, Staatsanwaltschaften 3099, StAM. Véase también MA 103476/1, p. 114, BHStA. Sobre la importancia del préstamo para las finanzas del partido: Detlef Mühlberger, *Hitler's Voice: The Völkischer Beobachter, 1920-1933*, Peter Lang, Nueva York, 2004, pp. I y 21. Y sobre el papel que el periódico desempeñó en la estrategia de Hitler: Dietrich Orlow, *The History of the Nazi Party: 1919-1933*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1969, p. 21.

6 **el periódico de Hitler empezó a expandirse:** Horst J. Weber, *Die deutsche Presse, insbesondere die völkische, um den Hitlerprozess. Ein Beitrag zur Lehre von der Parteipresse*, tesis doctoral, Universidad de Leipzig, 1930, p. 10.

7 **al ilustrador [...] «Trabajo y pan»:** *Völkischer Beobachter*, 29 de agosto de 1923, Conradi (2004), p. 53.

8 **muy goloso:** Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters*, R. Piper, Múnich, 1970, p. 44.

9 **como mojar una onza de chocolate:** Helen Niemeyer, «Notas», p. 279, expediente «Ernst Hanfstaengl (1)», John Toland Papers, FDR.

10 **«la flor y nata»:** Kurt G. W. Ludecke, *I Knew Hitler: The Story of a Nazi Who Escaped the Blood Purge*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1938, p. 95.

11 **«sombrero de matón»:** Kershaw (1999), p. 188.

12 **«aquel ridículo churrete»:** Hanfstaengl (1957, 2011), p. 67.

13 **«No pude evitar echarme a reír»:** H. R. Knickerbocker, *Is Tomorrow Hitler's?: 200 Questions on the Battle of Mankind*, Reynal & Hitchcock, Nueva York, 1941, pp. 1-2.

14 **caviar, faisán y frambuesas con nata:** Conradi (2004), p. 57.

15 **«guinda informativa»:** Hanfstaengl (1970), p. 130.

16 **observaba el desarrollo de los acontecimientos:** Informe policial, 19 de noviembre de 1923, HA, 67/1490; Fritz Stumpf, informe policial, *Putsch der Nat. Sozialisten in der Nacht v. 8/9. 23*, 13 de noviembre de 1923, HA 67/1490, y MA 103476/3, p. 1223, BHStA; Sigmund Freiherr von Imhoff, 15 de noviembre de 1923, Handakt der GSK, MA 104221, BHStA; testimonio de Wilhelm Frick, NA T84/2 EAP 105/7, pp. 714-719, y *Bericht über den Verlauf der Nacht vom 8/9 November 1923*, HA 67/1490 y NA T84 EAP 105/7, pp. 868-871.

17 **«no podía hacer absolutamente nada»:** Informe policial, *Meldungen über die Vorkommnisse in der Nacht vom 8/9.11.1923*, HA 67/1490.

18 **«En efecto, no hay nada que usted pueda hacer»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 871.

19 **Le recordó también:** Diversos informes: Abteilung VIa, *Polizeiliche Massnahmen aus Anlass von Versammlungen*, del 19 de noviembre de 1923, y el informe elaborado por Fritz Stumpf el 13 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

20 **«evitar un baño de sangre»:** MA 103476/3, p. 1223, BHStA.

21 **«Esperemos instrucciones»:** John Dornberg, *Munich*, *1923: The Story of Hitler's First Grab for Power*, Harper & Row, Nueva York, 1982, p. 80.

22 **se había ido abriendo camino:** Reinhard Weber, «"Ein tüchtiger Beamter von makelloser Vergangenheit." Das Disziplinarverfahren gegen den Hochverräter Wilhelm Frick 1924», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 42 (1994), Heft 1, pp. 129-150; las declaraciones del propio Frick, en NA T84/2 EAP 105/7, pp. 700-703; el interrogatorio que se le practicó el 10 de noviembre de 1923, en Sonderakt Frick, HA 5/114I, y el estudio de Albert Krebs, *The Infancy of Nazism: The Memoirs of Ex-Gauleiter Albert Krebs 1923-1933*, ed. y trad. de William Sheridan Allen, New Viewpoints, Nueva York, 1976, pp. 259-262.

1 ***Tenemos que darle un buen susto a la chusma:*** Joachim C. Fest, *Hitler*, trad. de Richard y Clara Winston, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1974, p. 133 (trad. española: *Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2005).

2 **de *Guillermo Tell*, de Friedrich Schiller:** Karl Alexander von Müller, NA T84/2 EAP 105/7, p. 981. Véase también NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1676-1677, así como el informe confidencial sin fechar *Der Putsch vom 8.Nov.1923*, HA 67/1491.

3 **«No sin un gran pesar» [...] «virrey de la monarquía»:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 9, StAM.

4 **«no descansaría en paz» [...] «Alemania grande y poderosa»:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 8, StAM.

5 ***«Heil, Hitler!»*:** *Münchner Neueste Nachrichten*, 9 de noviembre de 1923.

6 **ese aire suyo tan característico de «yo me enteré primero»:** Associated Press, 10 de noviembre de 1923.

7 **«punto de inflexión en nuestra historia»:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 9, StAM, y Erich Ludendorff, *Auf dem Weg zur Feldherrnhalle. Lebenserinnerungen an die Zeit des 9.11.1923 mit Dokumenten in fünf Anlagen*, Ludendorff, Múnich, 1937, pp. 61-62.

8 **El profesor Müller pudo ver:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 980.

9 **el aplauso más atronador:** *Berchtesgadener Anzeiger*, 12 de noviembre de 1923.

10 **desde la declaración:** *Erklärung des Herrn Oberstlandesgerichtsrats Ernst Pöhner über die Vorgänge vom 8/9. November 1923*, 19 de diciembre de 1923, HA 5/120.

11 **allí sólo faltaba:** Informe confidencial sin fechar, *Der Putsch vom 8.Nov.1923*, HA67/1491.

12 **dejar a los presentes en libertad:** Berchtold, 17 de abril de 1924, MA 103476/3, p. 1216, BHStA; en cuanto a la búsqueda de presuntos socialistas o comunistas entre la multitud, véase el informe policial del 8 de marzo de 1924, HA 68/1494, y sobre la detención de los rehenes, Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 11, StAM.

13 **Les pidió disculpas:** Eugen von Knilling a Carl Moser von Filseck, *Politik in Bayern 1919-1933. Berichte des württembergischen Gesandten Carl Moser von Filseck*, ed. Wolfgang Benz, Schriftenreihe der Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte Nummer 22/23, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1971, 14 de noviembre de 1923, n.º 322, p. 144. Véase también el testimonio de Alfred Rosenberg, VIa 2500/23, 6 de junio de 1924, HA 67/1493.

14 **«por su falta de escrúpulos y por su naturaleza terrorista y cerril»:** St.R.V. 14/1922 ff, 19, HA 4/90. Véase también, Franz Schweyer, *Politische Geheimverbände. Blicke in die Vergangenheit und Gegenwart des Geheimburdwesens*, Herder, Friburgo, 1925.

15 **ante las que Hitler se había comprometido, hacía tan sólo un año:** Tanto Hitler como su abogado, Lorenz Roder, aseguraron posteriormente que esa promesa se hizo con ciertas condiciones. Véase, por ejemplo, Roder, *Herr Hitler hat kein Ehrenwort gebrochen*, HA 5/126.

16 **«como un maestro enfadado»:** Fest (1974), p. 778, nota 48.

17 **Después ordenó a Hess:** NA T84 EAP 105/7, p. 873.

1 ***Si las personas diligentes pudieran:*** Ernst Toller, *Eine Jugend in Deutschland*, Querido Verlag, Ámsterdam, 1933, y Rowohlt, Hamburgo, 1998, p. 153 (trad. española: *Una juventud en Alemania*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2017).

2 **El gentío:** *Ereignisse von der Nacht vom 8/9.11.23*, 20 de noviembre de 1923, HA 67/1493.

3 **vicecónsul de Estados Unidos:** Pronto sería ascendido a la categoría de cónsul de clase 7, aunque siguió ocupando el puesto de vicecónsul. Murphy al secretario de Estado, el 21 de diciembre de 1923, Robert D. Murphy Papers, caja 6, HI.

4 **«una oficina fría y casi sin amueblar»:** Entrevista a Robert Murphy, *People*, 8 de marzo de 1976.

5 **cincuenta mil:** Comparecencia de Robert Murphy, 11 de diciembre de 1975, *US Intelligence Agencies and Activities: Intelligence costs and fiscal procedures*, US Congress House, Select Committee on Intelligence, 1976, p. 1868.

6 **un barrio deprimido de Milwaukee:** *The News and Courier*, 10 de agosto de 1958.

7 **El trabajo de Murphy en el consulado:** American Consular Service, *Summary of Business*, documento n.º 243, Robert D. Murphy Papers, caja 6, carpeta 10, HI. Véase también Robert D. Murphy, *Diplomat Among Warriors*, Doubleday & Company, Garden City, Nueva York, 1964, p. 15.

8 **«urgente»**, **«confidencial»** y **«Según Hitler»:** Murphy al secretario de Estado, 8 de noviembre de 1923, M336, 862.00/1338, n.º 19, NA.

9 **«velada de confraternización»:** *Völkischer Beobachter*, 8 de noviembre de 1923.

10 **aquejado de ictericia:** Entrevista a Hermann Esser, 6 de marzo de 1964, Band II, 11, ED 561/4, IfZ. Esto queda confirmado por un informe policial fechado el 11 de abril de 1924, HA 67/1493, y por las declaraciones de Heinrich Hoffmann, que habló con él esa noche, en *Hitler Was My Friend*, trad. del teniente coronel R. H. Stevens, Burke, Londres, 1955, p. 54 (trad. española: *Yo fui amigo de Hitler*, Caralt Editores, Barcelona, 1973).

11 **para que lo sustituyera:** NA T84 EAP 105/7, p. 575.

12 **«un charlatán diabólico»:** Joachim C. Fest, *Hitler*, trad. de Richard y Clara Winston, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1974, p. 136 (trad. española: *Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2005).

13 **«las grandes empresas judías»:** Informe policial, VId/131, Versammlung der «Reichskriegsflagge» im Löwenbräukeller am Donnerstag, den 8. November 1923 abends 8 Uhr, 27 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

14 **«Entrega realizada con éxito»:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 35, StAM.

15 **La llamada:** Albert Simmerding, 19 de enero de 1924, y su declaración en VI a F, 22 de febrero de 1924, HA 67/1494.

16 **El mensaje:** NA T84 EAP 105/7, p. 576, y la referencia al chófer entrando a toda velocidad en la cervecería puede encontrarse en NA T84 EAP 105/7, pp. 882-883.

17 **antiguo oficial del Estado Mayor:** Sobre la dimisión de Röhm y su posterior aceptación, 17 de noviembre de 1923, HA 5/114I, y también Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*; intr. de Eleanor Hancock y trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, pp. 112-115. Para conocer todos los pormenores de este episodio, véase Eleanor Hancock, *Ernst Röhm: Hitler's SA Chief of Staff*, Palgrave Macmillan, Londres, 2008, pp. 55-57.

18 **unas cicatrices profundas:** Röhm (2012), pp. 1-2, y Hancock (2008), p. 2.

19 **«la viva imagen de la guerra»:** Kurt G. W. Ludecke, *I Knew Hitler: The Story of a Nazi Who Escaped the Blood Purge*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1938, p. 245.

20 **Era una de las pocas personas:** Franz Xaver Schwarz, 21 de julio de 1945, ZS 1452, IfZ.

21 **el «Rey de las metralletas»:** Este apodo era particularmente popular en la prensa de izquierdas, Hans Hubert Hofmann, *Der Hitlerputsch. Krisenjahre deutscher Geschichte 1920-1924*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1961, p. 75.

22 **le susurró algo al oído:** Friedrich Mayer, testimonio en VI a F 404/24, 13 de febrero de 1924, HA 68/1494.

23 **Esser comunicó:** Varios historiadores señalan que Röhm transmitió la noticia al público, pero fue Esser quien se encargó de hacerlo, informe policial, VId/131, 27 de noviembre de 1923, HA 67/1490. También lo afirmaron varios testigos oculares y participantes, entre ellos el propio Esser, entrevista del 6 de marzo de 1964, Band II, 27, ED 561/4, IfZ.

24 **arrancaron las insignias de la república:** IV a F 2671/23, 6 de diciembre de 1923, HA 67/1493. Véase también Röhm, *Denkschrift über die Ereignisse des 8/9. November 1923*, 17 de noviembre de 1923, HA 5/114I.

25 **de una de las bandas:** NA T84 EAP 105/7, pp. 576-577. Sobre la celebración en las calles, NA T84/2 EAP 105/7, p. 716. Y con respecto a la gente que salía de los cafés, NA T84/2 EAP 105/7, p. 609.

26 **Al frente del grupo:** Interrogatorio a Heinrich Himmler, A.V.I.209/23, 30 de abril de 1924, HA 68/1494. Por aquel entonces era miembro de la Reichskriegflagge y no se afiliaría al Partido Nacionalsocialista hasta el 2 de agosto de 1925.

27 **portaba la bandera de la sociedad de combate:** Peter Longerich, *Heinrich Himmler*, trad. de Jeremy Noakes y Lesley Sharpe, Oxford University Press, Oxford, 2012, pp. 68-69.

28 **la abadía franciscana de Santa Ana:** Informes policiales incluidos en VIa 2500/23, Staatsanwaltschaften 3099, StAM; informes policiales de los días 10 y 13 de noviembre de 1923, HA 67/1493.

29 **Brückner condujo:** Informe policial n.º 138, 13 de noviembre de 1923, HA 67/1494, y también Friedrich Mayer, VI a F 404/24, 13 de febrero de 1924, HA 68/1494.

30 **café:** A. Winderl, inédito, *Der Weg zur Feldherrnhalle*, HA 4/100.

31 **almacenadas en el Corpshaus Palatia:** Testimonio de Karl Osswald, 3 de febrero de 1924, HA 67/1493.

32 **en la bolera:** Interrogatorio de Andreas Mutz, VI a F 317/24, 8 de febrero de 1924, y de Karl Hühnlein, VIa 2500/23, 3 de mayo de 1924, HA 67/1493.

33 **continuar la marcha hacia la Bürgerbräu:** Testimonio de Johann Sebastian Will, IV a F 2671/23, 5 de diciembre de 1923, HA 67/1493.

34 **tomar el Ministerio de la Guerra:** Röhm, XIX 466/23, 3 de enero de 1924, HA 67/1493; Röhm (2012), pp. 145-146, y NA T84/2 EAP 105/7, p. 2207. Ludendorff negó haber dado la orden, interrogatorio Ludendorff-Ehard, 22 de diciembre de 1923, HA 5/114I.

35 **los más de cien hombres que lideraba:** Generalstaatskommissar Kahr an die Vorstandschaft der Bay. Offiziers-Regiments-Vereine, 14 de noviembre de 1923, Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 125, p. 385.

36 **una de las organizaciones paramilitares más grandes:** Wilhelm Hoegner, *Die Verratene Republic. Deutsche Geschichte 1919-1933*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1979, p. 132. Véase también Friedrich Weber, 16 de noviembre de 1923, MA 103476/3, pp. 1123-1124, BHStA, y Kameradschaft Freikorps und Bund Oberland, *Für das stolze Edelweiss. Bild und Textband zur Geschichte von Freikorps Oberland und Bund Oberland*, reimp., Brienna-Verlag, Múnich, 1999.

37 **tenía programadas unas maniobras:** Informe policial, *Bericht zur mündlichen Einvernahme durch Herrn Obereg. Rat Thenner*, 13 de noviembre de 1923, HA 67/1490. Muchos miembros de la Bund Oberland confirmarían después este hecho a la policía.

38 **«la chusma judía»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 165.

39 **en el cuartel del Cuerpo de Ingenieros:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, pp. 20-21, StAM, y VI a F 2500/23, Hans Oemler, 18 de diciembre de 1923, HA 67/1493, Gordon (1972), pp. 289, 296-298. Véase también el interrogatorio a Julius Schreck, VI a F 23/24, 5 de enero de 1924, HA 67/1493.

40 **Hitler descubrió:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 25, StAM.

41 **el general Ludendorff había llegado a la conclusión:** Erich Ludendorff, *Auf dem Weg zur Feldherrnhalle. Lebenserinnerungen an die Zeit des 9.11.1923 mit Dokumenten in fünf Anlagen*, Ludendorff, Múnich, 1937, p. 62.

42 **Hitler nunca se habría imaginado:** Es probable que al principio no le preocupara mucho, como generalmente suelen señalar los biógrafos y estudiosos del golpe, entre los que cabe destacar a Werner Maser, *Der Sturm auf die Republik. Frühgeschichte der NSDAP*, Ullstein Sachbuch, Frankfurt, 1981, p. 452, y Hans Hubert Hofmann, *Der Hitlerputsch. Krisenjahre deutscher Geschichte 1920-1924*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1961, p. 169. De hecho, ésa es la impresión que Hitler quiso dar en diciembre de 1923, pero esas declaraciones parecen ser una versión elaborada a posteriori en la que traslucen enfrentamientos entre Ludendorff y Hitler que se conocerían más tarde. Véase también el testimonio de Ulrich Graf durante su interrogatorio, VI a F 244/23-24, 8 de febrero de 1924, HA 67/1494. Como señalaban ya algunos de sus seguidores, uno de los primeros errores de Hitler fue confiar en Kahr, *Salzburger Volksblatt*, 9 de noviembre 1923.

43 **Ludendorff le prohibió:** Testimonio de Friedrich Weber, NA T84/2 EAP 105/7, p. 168.

1 ***Los líderes del Partido Nacionalsocialista:*** VI a F 2500/23, 18 de diciembre de 1923, HA67/1493.

2 **una «verdadera locura»** y **«¿Quién es el responsable?»:** Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters*, R. Piper, Múnich, 1970, pp. 138-139. Véase también la entrevista a Esser del 6 de marzo de 1964, Band II, 33-35, ED 561/4, IfZ, y lo que señala Heinrich Hoffmann, que tuvo ocasión de hablar con él no mucho tiempo después, en *Hitler Was My Friend*, trad. del teniente coronel R. H. Stevens, Burke, Londres, 1955, pp. 55-56 (trad. española: *Yo fui amigo de Hitler*, Caralt Editores, Barcelona, 1973).

3 **Tampoco Putzi podía dar crédito:** Hanfstaengl (1970), pp. 138-139, y Helen Niemeyer, «Notas», 305, carpeta «Ernst Hanfstaengl (1)», John Toland Papers, FDR.

4 **los trozos de la jarra de cerveza:** Sesselmann, *Bericht*, 1 de noviembre de 1935, HA 5/116.

5 **Prefirió regresar:** Karl Rothenbücher, *Der Fall Kahr*, Mohr, Tubinga, 1924, pp. 21-22.

6 **saludó a su hija:** NA T84 EAP 105/7, p. 1351.

7 **Kahr parecía nervioso:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2052.

8 **él mismo había movilizado:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1404-1405. Para más información sobre la hora y otros detalles, como la idea de abolir la Constitución, véase NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2050-2053, y *Die Drahtzieher in München*, HA 5/116. Kahr reconoció este hecho, NA T84/2 EAP 105/7, p. 1711.

9 **«¿Qué es lo que quiere Hitler realmente?»** y **«Realizar la famosa marcha sobre Berlín»:** NA T84 EAP 105/7, p. 1352. Los datos relativos a la hora aproximada en que se produjo la conversación se encuentran en NA T84 EAP 105/7, p. 1440.

10 **Ratisbona:** Telegramm aus Regensburg 9.11 2 Ur 40, HA 67/ 1491, y Rothenbücher (1924), pp. 22-23.

11 **en torno a las nueve y cuarto de la noche:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1167-1168; Fritz Stumpf, informe policial, *Putsch der Nat. Sozialisten in der Nacht v. 8/9. 23*, 13 de noviembre de 1923, HA 67/1490, y Harold J. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton University Press, Princeton, 1972, p. 277.

12 **«casi sin resuello»:** Mayor Imhoff, 15 de noviembre 1923, MA 104221, BHStA. Repitió la misma declaración en NA T84/2 EAP 105/7, p. 1167.

13 **Danner se presentó de inmediato:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1168-1169. Para más información sobre la conversación que mantuvieron, véase el registro de la Kommandantur München, n.º 4453/I, 19 de noviembre 1923, StAM, y el informe del propio Danner, *Ereignisse und Anordnungen am 8. November 1923*, Staatsanwaltschaften 3098, StAM.

14 **«un hombre patético»:** Testimonio del capitán Hans Bergen, NA T84/2 EAP 105/7, p. 1872, y la versión de los hechos ofrecida por Danner en 1943-1951.

15 **«un prisionero»:** También se creía que Kahr y Seisser estaban presos, Jakob von Danner, *Ereignisse und Anordnungen am 8. November 1923*, Staatsanwaltschaften 3098, StAM. Y sobre las órdenes en su nombre, NA T84/2 EAP 105/7, p. 1941.

1 ***Si no tomamos la iniciativa:*** Richard Hanser, *Putsch. Cómo hizo Hitler la revolución*.

2 **número 2 de la Holzkirchnerstrasse:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 11, StAM, y NA T84 EAP 105/7, pp. 829-830.

3 **por recomendación de su yerno:** Declaración de Friedrich Weber en Gefängnis Stadelheim, XIX 466/23, 9 de enero de 1924, HA 67/1493.

4 **«Les ruego que se consideren»:** John Dornberg, *Munich 1923: The Story of Hitler's First Grab for Power*, Harper & Row, Nueva York, 1982, p. 156. Para más información, véase MA 103476/3, p. 1367, BHStA.

5 **«fue un regalo envenenado»:** Harold J. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton University Press, Princeton, 1972, p. 290, nota 66.

6 **«conspiraciones e intrigas»:** Ernst Hanfstaengl, *Hitler: The Memoir of a Nazi Insider Who Turned Against the Führer*, intr. de John Willard Toland, Arcade Publishing, Nueva York, 1957, reimpr. de 2011, p. 44.

7 **que cenaran temprano:** Else Gisler, 19 de noviembre de 1923, HA 67/1493; Anna Schürz, 20 de noviembre de 1923, HA 67/ 1493.

8 **Max Amann:** MA 103476/3, pp. 1243-1246, BHStA. La información sobre su trabajo en el banco puede encontrarse en el interrogatorio al que fue sometido el 6 de diciembre de 1946, ZS-809, IfZ.

9 **seguía comportándose como si aún lo fuera:** Albert Krebs, *The Infancy of Nazism: The Memoirs of Ex-Gauleiter Albert Krebs 1923-1933*, ed. y trad. de William Sheridan Allen, New Viewpoints, Nueva York, 1976, p. 246.

10 **«despiadado, testarudo»:** Helen Niemeyer, «Notas», 287, carpeta «Ernst Hanfstaengl (1)», John Toland Papers, FDR. Hermann Esser lo describió de una manera muy parecida en una entrevista fechada el 2 de marzo de 1964, Band I, ED 561/3, IfZ. Véase también Ludwig Ess, carta a Adolf Hitler, 6 de marzo de 1925, HA 4/85.

11 **cogió en brazos:** Gordon (1972), p. 60.

12 **«un hombre rudimentario»:** Thomas Weber, *La primera guerra de Hitler*.

13 **vivía en la cuarta planta:** Informe policial, VId 1659 VId/131, HA 69/1500.

14 **Él fue el encargado:** Hitler le dedica algunos elogios en *Mein Kampf*, trad. de Ralph Manheim, Houghton Mifflin Company, Boston, 1943, pp. 210 y 215 (trad. española: *Mi lucha*, Ojeda, Barcelona, 2007).

15 **del nuevo comité financiero:** Gottfried Feder, diario inédito, *Tagebücher*, ED 874/5, 20, IfZ. El anuncio se hace en el diario *Völkischer Beobachter* del 9 de noviembre de 1923, del que puede encontrarse una copia en HA 5/119.

16 **retirar los fondos:** Esta información fue confirmada por un empleado del banco y puede encontrarse en VI a F 161/24, 21 de enero de 1924, HA 67/1494. Véase también el *Münchner Neueste Nachrichten* del 23 de noviembre de 1923 y el *Völkischer Kurier* del 14 de mayo de 1924.

17 ***Der Stürmer*:** Horst J. Weber, *Die deutsche Presse, insbesondere die völkische, um den Hitlerprozess. Ein Beitrag zur Lehre von der Parteipresse*, tesis doctoral, Universidad de Leipzig, 1930, p. 20.

18 **Streicher se había trasladado:** Informe policial, 1 de diciembre de 1923, HA 67/1493.

19 **la nota para proclamar el nuevo gobierno:** Philipp Bouhler, 31 de enero de 1924, HA 67/1492.

20 **«el periodo más vergonzoso»:** *An die Münchner Bevölkerung!*, copia en HA 67/1492.

21 **una de las primeras referencias conocidas:** Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, W. W. Norton, Nueva York, 1999, p. 208 (trad. española: *Hitler: 1889-1936*, Ediciones Península, Barcelona, 1999).

22 **canciller del Reich alemán:** *An alle Deutschen!*, copia en HA 67/1492.

23 **«abierta la veda» [...] «vivos o muertos»:** Texto de la orden emitida por un miembro de las Stosstrupp Hitler, recabada posteriormente por una comisión de investigación parlamentaria. Puede encontrarse una copia en HA 69/1500A. Véase también el *Völkischer Beobachter* del 9 de diciembre de 1923.

24 **«veleta»:** NA T84 EAP 105/7, p. 209.

25 **«enérgico, audaz y muy rápido»:** Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*, intr. de Eleanor Hancock, trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, p. 34.

26 **una rueda de prensa que se celebraría a medianoche:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 721; informe policial, 7 de diciembre de 1923; Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 174, p. 475; *Erklärung des Herrn Oberstlandesgerichtsrats Ernst Pöhner über die Vorgänge vom 8/9. November 1923*, 19 de diciembre de 1923, HA 5/120, así como las entrevistas a Paul Egenter y Fritz Gerlich, dos de los participantes, y otras muchas personas en HA 67/1493.

27 **«disciplina»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 348.

28 **abrió el turno de preguntas:** Interrogatorio realizado los días 30 de enero y 20 de marzo de 1924, HA 67/1493, y también Eugen Mündler, 2 de febrero de 1924, HA 67/1493.

29 **Wassermann había sido detenido:** Declaración del Dr. Ludwig Wassermann, 21 de noviembre de 1923, HA 5/114I, y también los informes policiales, VI a F 566/24, 21 de marzo de 1924, HA 68/1494 y MA 103476/3, p. 1439, BHStA.

30 **ni siquiera se inmutó:** MA 103476/3, p. 1231, BHStA.

1 ***Carecemos del derecho:*** David Clay Large, *Where Ghosts Walked*: *Munich's Road to the Third Reich*, W. W. Norton, Nueva York, 1997, p. 179.

2 **«¡y sin judíos!»:** Informe policial, *Hitlerputsch im Bürgerbräukeller*, 22 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

3 **«genocidas ucranianos» [...] «¡Qué pena!»:** Jewish Telegraphic Agency, 14 de noviembre de 1923.

4 **«Ludendorff y Hitler declaran la guerra»:** Jewish Telegraphic Agency, 5 de noviembre de 1923.

5 **«publicación judía»:** Georg Fuchs, memorias inéditas, HA 5/114I, p. 71.

6 **«la peste muniquesa»:** Entrevista a Berchtold en Heinz A. Heinz, *Germany's Hitler*, Hurst & Blackett, Londres, 1938, p. 157.

7 **«fábrica de veneno»:** Este calificativo se repite con mucha frecuencia, como puede verse, por ejemplo, en Karl A. Kessler, *Der 9. November 1923 in München. Erlebnisse eines SA Mannes*, Walter, Múnich, 1933, p. 15, y en Erich Malitius, *Der 8. u. 9. November 1923. Die Geschichte von Treue und Verrat der deutschen Jugend*, Handel, Breslavia, 1935, p. 12. Para más información sobre esta metáfora, véase la excelente obra de Ron Rosenbaum, *Explaining Hitler: The Search for the Origins of His Evil*, Harper-Perennial, Nueva York, 1999, p. 38 (trad. española: *Explicar a Hitler: los orígenes de su maldad*, RBA, Barcelona, 2012).

8 **Una vez dentro:** *Münchener Post*, 27 de noviembre de 1923, y *Münchner Neueste Nachrichten*, 10 de noviembre de 1923.

9 **los cuatro ventanales enormes:** *Münchener Zeitung*, 9 de noviembre de 1923; *Vorwärts*, 21 de mayo de 1924, y *Münchener Post*, 27 de noviembre de 1923, fecha en la que por fin pudo volver a publicarse. Las razones de que no pudiera salir a la calle hasta esta fecha tan tardía fueron, por un lado, la destrucción de sus oficinas y, por otro, la prohibición que decretó Hitler el 9 de noviembre de 1923. Véase también la versión de Hans Kallenbach, uno de los participantes: *Mit Adolf Hitler auf Festung Landsberg*, Kress & Hornung, Múnich, 1939, pp. 26-27.

10 **se hicieron postales:** Se conservan algunas copias en HA 5/125 y 67/1491.

11 **«Forzamos la puerta de entrada»:** Entrevista a Berchtold en Heinz (1938), p. 157.

12 **cualquier retrato o busto:** *Salzburger Volksblatt*, 10 de noviembre de 1923.

13 **Aunque es mucho más probable:** MA 103476/3, p. 1217, BHStA.

14 **Las Stosstrupp Hitler se llevaron:** Ferdinand Mürriger gegen Berchtold, Maurice et al., A.V. XIX 466/29, 24 de diciembre de 1923, Staatsanwaltschaften 3098, StAM.

15 **las ruedas de repuesto:** Proz.Reg.Nr. 187/1924 (juicio de los miembros de las Stosstrupp Hitler), Gründe des Urteiles, 3 de mayo de 1924, HA 67/1493.

16 **una esvástica sobre fondo rojo y blanco:** Se izó a través de una ventana rota. Informe en VI a F 425/24, 22 de febrero de 1924, HA 67/1494.

17 **«un montón de ruinas humeantes»:** *Der Zerstörung der «Münchener Post»*, HA 5/116. Para más información, véase MA 103476/3, pp. 1232-1234, BHStA.

18 **Emil Maurice:** Copia de su carnet de identidad, HA 4/94.

19 **el primer responsable:** Maurice estuvo al frente de la Sección de Deportes y Gimnasia, véase el informe policial del 27 de septiembre de 1921, HA 65/1483; el manuscrito inédito, *Regiment München*, *II Batallion*, *6 Kompanie*, HA 4/100, y su declaración ante el Tribunal Militar Internacional del 16 de marzo de 1946, ZS 270, IfZ. Para más detalles sobre el trabajo que desempeñó Maurice en el Servicio de Defensa, véase también Bruce Campbell, *The SA Generals and the Rise of Nazism*, University Press of Kentucky, Lexington, 1998, p. 20. Información más amplia de su relación con Hitler puede encontrarse en Anna Maria Sigmund, *Des Führers bester Freund. Adolf Hitler*, *seine Nichte Geli Raubal und der «Ehrenarier» Emil Maurice – eine Dreiecksbeziehung*, Heyne, Múnich, 2003.

20 **«¿Dónde está su marido?»** y **«Ahora mandamos nosotros»:** Testimonio de Sophie Auer, Anz. Verz. XIX. 592/23, *Akt Hübner Ernst u. Gen. wegen Landfriedensbruch*, HA 67/1491.

21 **decidieron llevarse como premio:** Proz.Reg.Nr. 187/1924 (juicio de los miembros de las Stosstrupp Hitler), Gründe des Urteiles, 3 de mayo de 1924, HA 67/1493.

22 **para tenerlo de rehén en su lugar:** NA T84 EAP 105/7, p. 1607.

23 **Al frente de uno de los grupos [...] «judíos y otros enemigos»:** MA 103476/3, pp. 1056-1057, 1070, 1234-1235 y 1447, BHStA.

24 **«¡Que salgan todos los judíos!»:** Anz. Verz. XIX. 592/23, *Akt Hübner Ernst u. Gen. wegen Landfriedensbruch*, HA 67/1491.

25 **los informes policiales:** Tanto en la prensa como en los atestados policiales, las detenciones de judíos ocupan un lugar mucho menos importante que otros delitos cometidos esa noche. Véase el archivo policial *Meldungen über die Vorkommnisse in der Nacht vom 8/9.11.1923*, HA 67/1490, y el informe policial que le entregaron a Kahr el 7 de diciembre de 1923 y que aparece recogido en Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 174, pp. 474-475.

26 **una tienda o charcutería judía:** Fue Richard J. Evans quien señaló este error en su libro *Lying About Hitler: History*, *Holocaust*, *and the David Irving Trial*, Basic Books, Nueva York, 2002, pp. 46-49. El testimonio de Hofmann se puede encontrar en NA T84 EAP 105/7, pp. 886-887. Para más información sobre los antecedentes de Hofmann, en especial su afiliación al Partido Nazi, véase la investigación parlamentaria en MA 103476/2, p. 788, BHStA. Los detalles sobre la visita de Hofmann a Landsberg pueden encontrarse en *Sprechkarte*, carpeta n.º 4, JVA 17.000, StAM.

27 **una noche de terror:** Relato de los hechos ofrecido por una de las personas apresadas aquella noche, informe del 18 de noviembre de 1923, HA 5/114I; declaración de Ludwig Wassermann del 21 de noviembre de 1923, HA 5/114I; *Vorwärts*, 26 de noviembre de 1923, e informe policial redactado por el capitán Johann Salbey el 22 de noviembre de 1923 y reproducido en Deuerlein (1962), n.º 136, Beilage C, 421. Véase también MA 103476/3, p. 1439, BHStA.

28 **Según el historiador Erich Eyck, hasta veinticuatro:** Erich Eyck, *A History of the Weimar Republic*, trad. de Harlan P. Hanson y Robert G. L. Waite, Harvard University Press, Cambridge MA, 1962, I, p. 276. También se habla de veinte detenidos en Georg Franz-Willing, *Putsch und Verbotszeit der Hitlerbewegung November 1923-Februar 1925*, Verlag K.W. Schütz, Preussisch Oldendorf, 1977, pp. 82-83. Tanto la cifra que aparece en las memorias inéditas como las palabras «custodia provisional» han sido tomadas de Johann Aigner, *Ein Beitrag zur Geschichte der nationalen Erhebung im November 1923*, p. 15, HA 5/114II. Una cifra similar a las anteriores (cincuenta y ocho) puede encontrarse en MA 103476/3, p. 1236, BHStA.

1 ***Es preciso desplumar:*** Leonard Mosley, *The Reich Marshal: A Biography of Hermann Goering*, Dell Publishing Co., Nueva York, 1975, pp. 57-58.

2 **Hotel Continental:** Gustav von Stresemann, *Vermächtnis. Der Nachlass in Drei Bänden*, Ullstein, Berlín, 1932, I, p. 204.

3 **«un *putsch* en Múnich»:** *Akten der Reichskanzlei Weimarer Republik. Die Kabinette Stresemann I u. II*, Band II (1978), n.º 231, 997-998. Véase también el informe n.º 264, 11 de noviembre de 1923, HA 5/114II.

4 **un gabinete de crisis:** Kabinettsitzung von 9. November 1923, 12 Uhr, R 43 I/1389 Bl 81-82 en *Akten der Reichskanzlei Weimarer Republik. Die Kabinette Stresemann I u. II*, Band II (1978), pp. 998-1000.

5 **«algo de temerario» [...] «podría haber sido»:** Vizconde Edgar Vincent D'Abernon, *The Diary of an Ambassador*, Doubleday, Doran & Company, Garden City, Nueva York, 1929-1931, III, p. 10.

6 **«había trabajado»:** Carl Schorske, *German Social Democracy*, *1905-1917: The Development of the Great Schism*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1955, ed. 1983, p. 123.

7 **«Señor presidente»:** Jonathan Wright, *Gustav Stresemann: Weimar's Greatest Statesman*, Oxford University Press, Oxford, 2002, p. 248.

8 **el monóculo:** Friedrich von Rabenau, *Seeckt. Aus seinem Leben 1918-1936*, Hase & Koehler, Leipzig, 1940, p. 374.

9 **«la Esfinge»:** Frédéric Hirth, *Hitler*, *ou le guerrier déchaîné*, Éditions du Tambourin, París, 1930, p. 135, y F. L. Carsten, *The Reichswehr and Politics 1918-1933*, University of California Press, Berkeley, 1973, p. 104.

10 **«la seguridad pública y el orden constitucional»:** Artículo 48 de la Constitución de la República de Weimar.

11 **en ciento treinta y seis ocasiones:** Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich*, Penguin Books, Nueva York, 2003, p. 80 (trad. española: *La llegada del Tercer Reich*, Península, Barcelona, 2012).

12 **instaurarían en su lugar un régimen dictatorial:** Carsten (1973), p. 187.

13 **«burdo pretexto»** y **«consecuencias imprevisibles»:** Bayerische Gesandtschaft beim Hl. Stuhl an das Staatsministerium des Äussern, 9 de noviembre de 1923, Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 91, pp. 317-318.

14 **«militarismo prusiano»** y **«dictadura nacional»:** *The New York Times*, 9 de noviembre de 1923. Véase también *Münchner Neueste Nachrichten*, 9 de noviembre de 1923, *Le Petit Parisien*, 9 de noviembre de 1923, Reuters, 8 de noviembre de 1923, y Deuerlein (1962), n.º 267, p. 657.

15 **dar instrucciones a voz en grito:** Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*, intr. de Eleanor Hancock y trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, p. 147

16 **Hitler tampoco estaba demasiado preocupado:** Varios historiadores afirman lo contrario, pero parece poco probable que fuera así, al menos en ese momento. Véase, entre las muchas versiones ofrecidas por testigos oculares, la de Ulrich Graf, VI a F 244/23-24, HA 67/1494.

17 **«[dar vueltas] de un lado para otro como un poseso»:** Ernst Hanfstaengl, *Hitler: The Memoir of a Nazi Insider Who Turned Against the Führer*, intr. de John Willard Toland, Arcade Publishing, Nueva York, 1957, reimpr. de 2011, p. 102.

18 **«Todo esto no ha sido más que un farol»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1272 y 1942. Véase también la versión de Lossow, del 22 de noviembre de 1923, en Staatsanwaltschaften 3099, StAM.

19 **«asalto traicionero»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1942

20 **«tremendamente irritado y nervioso»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1871.

21 **el contingente más numeroso de la ciudad:** Harold J. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton University Press, Princeton, 1972, pp. 271-273.

1 ***No quiero mostrar:*** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2505.

2 **no mucho después:** Ésta es la opinión más extendida, aunque el abogado defensor Alfred Holl señaló que la reunión había tenido lugar a la una y cuarto de la madrugada como muy tarde, NA T84/2 EAP 105/7, p. 1747. Véase Kommandantur München, n.º 4453/I, del 19 de noviembre de 1923, Staatsanwaltschaften 3098, StAM, y Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, p. 100.

3 **el príncipe heredero Ruperto de Baviera:** *Neue Zürcher Zeitung*, 10 de noviembre de 1923, Erstes Morgenblatt. Véase también el informe sobre política interior bávara enviado por el vicecónsul R. D. Murphy el 23 de noviembre de 1923, M336, 862.00, n.º 19, NA, y el ensayo de Graf von Soden en el *Münchner Neueste Nachrichten* del 21 de marzo de 1924.

4 **el general Von Seeckt:** Georges Bonnin, *Le putsch de Hitler: à Munich en 1923*, Bonnin, Les Sables-d'Olonne, 1966, p. 111. Véase también la carta que Seeckt envió a Kahr el 5 de noviembre de 1923 —en vísperas del golpe— citada en Didier Chauvet, *Hitler et le putsch de la brasserie: Munich*, *8/9 novembre 1923*, L'Harmattan, París, 2012, p. 126-27.

5 **«un motín disparatado»:** *The New York Times*, 9 de noviembre de 1923.

6 **A las 2.50 horas:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1275. Seisser dató erróneamente el documento a las dos y cuarto de la madrugada, NA T84/2 EAP 105/7, p. 1499.

7 **«El comisionado general del Estado»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1276 y 1356.

8 **«engañado y haber incumplido su palabra»:** *Aufruf*, 9 de noviembre de 1923, puede encontrarse una copia en HA 67/ 1492.

9 **Ordenanza n.º 264:** Puede encontrarse una copia en HA 68/1495. Véase también *Münchner Neueste Nachrichten*, 10 de noviembre de 1923, y David Jablonsky, *The Nazi Party in Dissolution: Hitler and the Verbotzeit*, *1923-1925*, F. Cass, Londres, 1989, pp. 28-30.

10 **una orden posterior:** Kommandantur München, No. 4453/I, 19 de noviembre de 1923, Staatsanwaltschaften 3098, NA T84/2 EAP 105/7, p. 1092.

11 **«gravísimo riesgo»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 930.

12 **«se prohibía la publicación de todos los diarios de la mañana»:** Deuerlein (1962), n.º 182, Anlage 7, p. 513. Véase también Horst J. Weber, *Die deutsche Presse, insbesondere die völkische, um den Hitlerprozess. Ein Beitrag zur Lehre von der Parteipresse*, tesis doctoral, Universidad de Leipzig, 1930, p. 51.

13 **El director llamó después:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 242-243, *Erklärung des Herrn Oberstlandesgerichtsrats Ernst Pöhner über die Vorgänge vom 8/9. November 1923*, 29 de diciembre de 1923, HA 5/120.

14 **intentó llamar:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 243.

15 **sonó el timbre de la puerta:** Ibíd., y memorias inéditas de Johann Aigner, *Ein Beitrag zur Geschichte der nationalen Erhebung im November 1923*, p. 12, HA 5/114II.

1 ***Me temo que tu sueño:*** 2 de enero de 1924, HA 5/114I.

2 **la detención de Wilhelm Frick:** Mayor Imhoff a I. Staatsanwalt beim Landgericht München I, 15 de noviembre de 1923, MA 104221, BHStA.

3 **su misión:** Los detalles sobre el arresto de Frick están sacados de los testimonios de Imhoff (NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1172-1173) y de Frick (NA T84 EAP 105/7, pp. 725-726), de las notas de Roder (*Herr Hitler hat kein Ehrenwort gebrochen* en HA 5/126 y en NA T84 EAP 105/7, p. 2694), y del informe *Bericht an den Herrn Generalstaatskommissar München*, 7 de diciembre de 1923, HA 67/1491.

4 **«Lo siento mucho, Herr Frick»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1173.

5 **«¿Quién lo ordena?» [...] «¿Qué gobierno, coronel?»:** John Dornberg, *Munich 1923: The Story of Hitler's First Grab for Power*, Harper & Row, Nueva York, 1982, p. 209.

6 **llegaron al Ministerio de la Guerra:** En torno a las cuatro y media de la madrugada o, como muy tarde, a las cinco. NA T84/2EAP 105/7, p. 243.

7 **para ofrecer sus discursos:** MA 103476/3, p. 1349, BHStA.

8 **«Propaganda y nada más que propaganda»:** Hans Hubert Hofmann, *Der Hitlerputsch. Krisenjahre deutscher Geschichte 1920-1924*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1961, p. 194.

9 **«La revolución de los criminales de noviembre»** y **«Hay que ser idiota»:** *Völkischer Beobachter*, 9 de noviembre de 1923.

10 **donde Alfred Rosenberg lo estaba:** Interrogatorio a Alfred Rosenberg, VIa 2500/23, 6 de junio de 1924, HA 67/1493.

11 **«Se terminó»:** Heinrich Hoffmann, *Hitler Was My Friend*, trad. del teniente coronel R. H. Stevens, Burke, Londres, 1955, pp. 55-56 (trad. española: *Yo fui amigo de Hitler*, Caralt Editores, Barcelona, 1973).

12 **Leupold se presentó:** Esta escena está inspirada en los testimonios de las personas presentes en aquella sala: el coronel Ludwig Leupold (NA T84 EAP 105/7, 195, pp. 802-804); Adolf Hitler (NA T84/2 EAP 105/7, pp. 110-111); Erich Ludendorff (NA T84/2 EAP 105/7, pp. 538-540); en un informe policial fechado el 22 de noviembre de 1923, HA 68/1494, y en los argumentos de la acusación durante el juicio (Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, pp. 28-29, StAM). Por supuesto, algunas de las personas que se encontraban a las órdenes de Hitler y Ludendorff se habían percatado de la oposición del triunvirato muchas horas antes. Richard Kolb, *Bericht über den 8. und 9. November 1923*, HA 5/116.

13 **«preparado para luchar» [...] «derecho a existir»:** NA T84 EAP 105/7, p. 804.

14 **Decidieron trasladarse:** Walther Lembert, A.V. XIX 421/23, 3 de enero de 1924, HA67/1493.

1 ***Cuando la gente le ofrecía consejo:*** Margarethe Ludendorff, *My Married Life with Ludendorff*, trad. de Raglan Somerset, Hutchinson, Londres, c.1929, p. 284.

2 **los cerca de mil hombres:** Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens*, F. A. Beck, Múnich-Gräfelfing, 1953, p. 61, y el interrogatorio a Walter Hewel, VI a F 425/24, 22 de febrero de 1924, HA 67/1494.

3 **salchichas:** Interrogatorio de Julius Schaub, 25 de abril de 1924, HA 68/1494. La referencia al café solo ha sido tomada de Karl A. Kessler, *Der 9. November 1923 in München. Erlebnisse eines SA Mannes*, Walter, Múnich, 1933, p. 18.

4 **«La cosa pinta muy mal»:** Ulrich Graf, memorias inéditas, p. 63, F14, IfZ.

5 **«claramente nervioso y agotado» [...] «la gloria que aguardaba a la nueva Alemania»:** *The New York Times*, 12 de noviembre de 1923.

6 **Firma Parcus:** Fritz Stahl, crónica inédita, *Bericht*, 18 de enero de 1938, HA 5/116, *Münchener Post*, 27 de noviembre de 1923, y Mühltaler, informe policial, *Meldungen über die Vorkommnisse in der Nacht vom 8/9.11.1923*, HA 67/1490.

7 **14.605 billones:** Buchdruckerei und Verlagsanstalt Gebrüder Parcus an das Generalstaatskommissariat, 19 de noviembre de 1923, reproducido en Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 137, p. 423.

8 **mandar a un emisario personal:** Max Neunzert, H.B.No.170/24, 17 de abril de 1924, HA 67/1493, y *Das Bayerische Vaterland*, 22 de enero de 1924.

9 **la nieve seguía cayendo:** Respuesta de Karl Kessler, pregunta n.º 47, *Fragebogen über Ereignisse an der Feldherrnhalle in München am 9. November 1923*, enero de 1936, HA 5/115.

10 **La ciudad de Múnich no parecía:** *Münchener Zeitung*, 9 de noviembre de 1923.

11 **«EL TRIUNFO DE LA ESVÁSTICA» [...] «nueva Alemania nacionalsocialista»:** *Völkischer Beobachter*, 9 de noviembre de 1923.

12 **una crónica vibrante:** *Münchner Neueste Nachrichten*, 9 de noviembre de 1923.

13 **el general Ludendorff se había:** *Le Matin*, 9 de noviembre de 1923.

14 **el temor a que los revolucionarios:** *Le Petit Parisien*, 9 de noviembre de 1923.

15 **alertaban de que Alemania:** *Times*, 9 de noviembre de 1923. Muchos otros periódicos reprodujeron esta historia, como por ejemplo el *Weekly Times* de Melbourne en su edición del 10 de noviembre de 1923, que recogía a su vez las advertencias publicadas por el *Manchester Guardian*.

16 **«Adolph [sic] Hitler»:** *The New York Times*, 9 de noviembre de 1923.

17 **«ayudante de Ludendorff»:** John Dornberg, *Munich 1923: The Story of Hitler's First Grab for Power*, Harper & Row, Nueva York, 1982, p. 195.

18 **«Hittler»:** Este error ortográfico persistiría algún tiempo, aunque se vería cada vez con menos frecuencia a medida que se iba desarrollando el juicio.

19 **un monárquico bávaro:** *Time*, 23 de julio de 1923. Otra variante fue «cabecilla de los nacionalistas bávaros», *Illustrated London News*, 17 de noviembre de 1923.

20 **«el general Hitler»:** *La Croix*, 10 de noviembre de 1923.

21 **«solo, abandonado y desconcertado»:** Dornberg (1982), p. 274. Véase también Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*, intr. de Eleanor Hancock y trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, pp. 147-148.

22 **cerca de cuatro mil hombres:** Harold J. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*,Princeton University Press, Princeton, 1972, p. 273.

23 **«desesperada»** y **«retirada ordenada»:** NA T84 EAP 105/7, p. 435.

24 **Rosenheim:** Fue fundada el 21 de abril de 1920 y se considera la primera delegación del partido fuera de Múnich.

25 **«camino de barro»:** NA T84 EAP 105/7, p. 542.

26 **llegaron informaciones:** Erich Ludendorff, *Auf dem Weg zur Feldherrnhalle. Lebenserinnerungen an die Zeit des 9.11.1923 mit Dokumenten in fünf Anlagen*, Ludendorff, Múnich, 1937, p. 65.

27 **«Los cielos se abrirán antes»:** Declaración de Graf Helldorff, 11 de enero de 1924, HA 5/114I.

28 **«Es hora de marchar»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 114, y Ludendorff (1937), pp. 65-66.

1 ***Como soy una persona:*** Richard Hanser, *Putsch. Cómo hizo Hitler la revolución*.

2 **«el partido de rojos más rojo de todos»:** NA T84 EAP 105/7, p. 435.

3 **el avance de esos cerca de cincuenta hombres:** *Die 6. Kompanie-ehemalige 4. Hundertschaft des Regiments München der SA der NSDAP am 8. und 9. November 1923*; HA 4/93, y 1 de diciembre de 1923, HA 67/1493.

4 **«¡colgará a los especuladores judíos!»:** David Clay Large, *Where Ghosts Walked*: *Munich's Road to the Third Reich*, W. W. No r t o n , Nueva York, 1997, p. 187.

5 **«¡Se acabaron las humillaciones!»** y ***«Heil, Hilter!»*:** *Münchner Neueste Nachrichten*, 10 de noviembre de 1923.

6 **el destacamento de las Stosstrupp Hitler:** Proz.Reg.Nr. 187/ 1924 (juicio a los miembros de los Stosstrupp Hitler), Gründe des Urteiles, 3 de mayo de 1924, HA 67/1493, y *Münchner Neueste Nachrichten*, 10 de noviembre de 1923.

7 **entró en el edificio:** Entrevista a Berchtold, Heinz A. Heinz, *Germany's Hitler*, Hurst & Blackett, Londres 1938, p. 159.

8 **«¿Qué es para usted un socialista?»:** Julius Schaub, 25 de abril de 1924, HA 68/1494.

9 **concejal Albert Nussbaum:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1960-1961 y *Meldungen über die Vorkommnisse in der Nacht vom 8/9.11.1923*, HA 67/1490.

10 **tuvo ocasión de hacer una instantánea:** Heinrich Hoffmann, *Hitler Was My Friend*, trad. del teniente coronel R. H. Stevens, Burke, Londres, 1955, p. 56 (trad. española: *Yo fui amigo de Hitler*, Caralt Editores, Barcelona, 1973).

11 **«hermanos de sangre hasta la muerte»:** Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*, intr. de Eleanor Hancock y trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, p. 151.

12 **con banderas blancas:** Walther Lembert, A.V. XIX 421/23, 3 de enero de 1924, HA 67/1493.

13 **antiguo comandante y mentor:** Röhm (2012), pp. 16-17 y 29. En la página 75 se hace referencia a los roces que tuvieron. Para conocer lo que Epp opinaba del golpe, en especial sobre lo mucho que podría beneficiar a Francia y a los enemigos de Alemania, véase *Berchtesgadener Anzeiger*, 17-18 de noviembre de 1923. Para más información sobre este personaje, véase Katja-Maria Wächter, *Die Macht der Ohnmacht. Leben und Politik des Franz Xaver Ritter von Epp (1868-1946)*, P. L a n g , Frankfurt, 1999.

14 **y había recaudado:** Albrecht Tyrell, «Exkurs. Zur Vorgeschichte der Erwebung des "Völkischen Beobachters" durch die NSDAP», en su obra titulada *Vom "Trommler" zum "Führer". Der Wandel von Hitlers Selbstverständnis zwischen 1919 und 1924 und die Entwicklung der NSDAP*, Wilhelm Fink Verlag, Múnich, 1975, p. 177.

15 **no tenía sentido resistirse:** Hildolf Freiherr von Thüngen, 6 de febrero de 1924, HA 67/1493.

16 **«en clara desventaja numérica y armamentística»:** La traducción se encuentra en John Dornberg, *Munich 1923: The Story of Hitler's First Grab for Power*, Harper & Row, Nueva York, 1982, p. 276. Para más información sobre el contenido de las negociaciones, véase *Umsturzversuch in der Nacht vom 8. auf 9.11.1923*, 22 de noviembre de 1923, HA 68/1494.

17 **«rendición honrosa»:** Röhm (2012), p. 153.

18 **se oyeron algunos disparos:** Testimonio de Alfred Andersch, Zum Akt Röhm, 19 de diciembre de 1923, HA 5/114I.

19 **diecisiete disparos:** NA T84 EAP/2 105/7, p. 1076.

20 **Dos soldados del Reichswehr:** Georg Träger se encontraba en ese momento en el garaje, informe policial, 17 de diciembre de 1923, HA 5/116. Helene Perutz también pudo ver a los soldados heridos, informe policial, 20 de diciembre de 1923, HA 5/116.

21 **Martin Faust:** Zum Akt Röhm, 19 de diciembre de 1923, HA 5/114I, y el testimonio de Wilhelm Greiner, PV19, 29 de diciembre de 1923, HA 5/116.

22 **en el patio oriental:** NA T84 EAP/2 105/7, pp. 1067-1068. Para más información, véanse las diferentes descripciones de la ametralladora que había en el tercer piso del garaje que se ofrecen en el informe policial del 17 de diciembre de 1923, HA 5/116; los bocetos del patio que se recogen en HA 5/114II, y el informe *Leutnant Casella's und Faust's Tod in Wehrkreiskommando am 9 November 1923*, HA 5/114I. La admisión de Röhm puede leerse en Röhm (2012), pp. 153-154.

23 **levantó la mano derecha:** 11 de enero de 1924, HA 5/114II. La referencia al momento en que se acerca para asistir al herido se encuentra en *Leutnant Casella's und Faust's Tod im Wehrkreiskommando am 9 November 1923*, HA 5/114, y en el informe policial VI a F 2546/23, 28 de noviembre de 1923, HA 67/1493.

1 ***No sigan adelante:*** Alfred Rosenberg, *Memoirs of Alfred Rosenberg*, ed. Serge Lange y Ernst von Schenck, trad. de Eric Posselt, Ziff-Davis, Chicago, 1949, p. 72.

2 **«fuga de capitales por parte de la población judía»:** Marc (Max) Sesselmann, *Bericht*, 1 de noviembre de 1935, HA 5/116.

3 **«¿Es que no se ha enterado todavía?» [...] «Escóndanse»:** Sesselmann, *Bericht*, 1 de noviembre de 1935, HA 5/116. La información relativa al registro del apartamento por parte de la policía puede encontrarse en Abt VIa, Betreff Pöhner, Ernst, 10 de noviembre de 1923, Staatsanwaltschaften 3099, StAM.

4 **Pöhner, en efecto, había sido detenido:** *Vernehmung Pöhner*, 10 de noviembre de 1923, HA 5/120, testimonio de Imhoff, NA T84 EAP 105/7, p. 1173.

5 **«un verdadero mazazo»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 244.

6 **¿en cuál de ellos se encontraban?:** *Berliner Tageblatt*, 9 de noviembre de 1923, Abend Ausgabe.

7 **unos dos mil hombres:** Esta cifra parece mucho más verosímil que las generosas estimaciones ofrecidas por el propio Hitler, desde cuya posición, en cabeza de la marcha, debía de resultar muy complicado calcular el número de asistentes, NA T84/2 EAP 105/7, p. 2075. Hitler también aseguró que en la Bürgerbräu se congregaron cinco mil personas, lo cual resulta completamente desproporcionado, NA T84/2 EAP 105/7, p. 98.

8 **A su izquierda:** Muchos historiadores, entre ellos John Dornberg (*Munich 1923: The Story of Hitler's First Grab for Power*, Harper & Row, Nueva York, 1982, pp. 283-284), sitúan a Scheubner-Richter a la derecha, pero en realidad se encontraba a la izquierda. Eso es lo que señalan tanto Johann Aigner —el ayudante de Scheubner-Richter— en sus memorias inéditas (*Ein Beitrag zur Geschichte der nationalen Erhebung im November 1923*, p. 14, HA 5/114II), como el guardaespaldas de Hitler en las suyas (F14, p. 67, IfZ) y en la respuesta número dos al cuestionario al que el NSDAP lo sometió en febrero de 1936 (HA 5/115). Muchas otras personas presentes en la concentración coincidieron con ellos.

9 **«la decisión más desesperada y temeraria de toda mi vida»:** Esta cita pertenece a un discurso pronunciado el 11 de noviembre de 1935, en *Putsch. Cómo hizo Hitler la revolución*.

10 **«La cosa no pinta bien»:** Robert Cecil, *The Myth of the Master Race: Alfred Rosenberg and Nazi Ideology*, Dodd Mead & Company, Nueva York, 1972, p. 41.

11 **la última vez que paseaban juntos:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 113. Johann Prem también recordó habérselo escuchado y así lo hizo constar en una crónica inédita, *Bericht über den 9. November 1923*, HA 5/115.

12 **unos débiles rayos de sol:** Pregunta n.º 47, Karl Kessler y Lisbeth Kessler, Fragebogen HA 5/115.

13 **el amanecer de la Alemania libre:** A. Rossmann, crónica inédita, *Der neunte November 23*, HA 5/116.

14 **quería que el alcalde y los concejales:** Proz.Reg.Nr. 187/1924 (juicio de las Stosstrupp Hitler), 3 de mayo de 1924, HA 67/1493.

15 **«ejecutar a los rehenes»:** XIX 466/23, 15 de febrero de 1924, HA 67/1494, y memorias inéditas de Ulrich Graf, F14, p. 64, IfZ.

16 **no «valían ni una bala»:** Johann Georg Maurer puso en duda la verosimilitud de esta frase, VI a F 413/24, 21 de noviembre de 1923, HA 67/1494, pero la mayor parte de la documentación existente demuestra que sí se pronunció; si no con esas mismas palabras, sí al menos con ese sentido. Véanse, por ejemplo, XIX 466/23, 22 de febrero de 1924, HA 67/1494; el testimonio de Adalbert Stollwerck, VI a F 416/24, 21 de febrero de 1924, HA 68/ 1494, y la edición del *Münchener Post* del 30 de octubre de 1925.

17 **ordenó que los prisioneros regresaran:** Heinrich von Knobloch, VI a F, 20 de febrero de 1924, HA 67/1494.

18 **No quería mártires:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 115.

19 **«EL *PUTSCH* DE HITLER: UNA AGRESIÓN A KAHR»:** *Münchener Zeitung*, 9 de noviembre de 1923. Adolf Schiedt, el director del diario, era quien ayudaba a Kahr a redactar sus discursos y por ello no resulta en absoluto extraño encontrarse con esta misma frase en el comunicado que este último hizo público el 9 de diciembre de 1923, MA 104221, BHStA.

20 **«igual que un enjambre de abejas»:** NA T84 EAP 105/7, p. 438.

21 **«el entusiasmo desbordante»** y **«allí había trabajadores»:** Hans Hinkel, *Einer unter Hunderttausend*, Knorr & Hirth, Múnich, 1938, trad. en David Clay Large, *Where Ghosts Walked*: *Munich's Road to the Third Reich*, W. W. Norton, Nueva York, 1997, p. 185.

22 **un joven estudiante de Derecho:** Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens*, F. A. Beck, Múnich-Gräfelfing, 1953, p. 61; véase también Martyn Housden, *Hans Frank: Lebensraum and the Holocaust*, Palgrave Macmillan, Londres, 2003, p. 22.

23 **«policía verde»:** Este sobrenombre se debía al uniforme verdinegro que vestían. Harold J. Gordon Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton University Press, Princeton, 1972, p. 124.

24 **al puente:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 115; Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, pp. 31-32, StAM; *Münchener Post*, 27 de noviembre de 1923.

25 **«¡No disparéis a vuestros camaradas!»:** Georg Höfler, 10 de noviembre 1923, reproducido en Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 98, p. 332.

26 **veintiocho policías:** Proz.Reg.Nr. 187/1924, 3 de mayo de 1924, HA 67/1493. La afirmación de que se trataba de un acto de reconocimiento puede encontrarse en Karl A. Kessler, *Der 9. November 1923 in München. Erlebnisse eines SA Mannes*, Walter, Múnich, 1933, p. 15.

27 **«El clima que se respira en la ciudad»:** Johann Aigner, memorias inéditas, *Ein Beitrag zur Geschichte der national Erhebung im November 1923*, 10, HA 5/114II.

28 **«un valeroso general del antiguo ejército alemán»:** Large (1997), p. 186.

29 **«una chusma anárquica»:** Karl Alexander von Müller, *Im Wandel einer Welt*, Süddeutscher, Múnich, 1966, p. 166, y NA T84/2 EAP 105/7, p. 983.

30 **«un ejército derrotado»:** Otis C. Mitchell, *Hitler's Stormtroopers and the Attack on the German Republic*, *1919-1933*, McFarland, Jefferson, NC, 2008, p. 78.

31 **como un segundo Oktoberfest:** Para más información acerca de sus opiniones, véase Carl Zuckmayer, *A Part of Myself*: *Portrait of an Epoch*, trad. de Richard y Clara Winston, Harcourt, Brace, Jovanovich, Nueva York, 1970, pp. 272-273 (trad. española: *Como un trozo de mí mismo*, Aguilar, Madrid, 1972).

1 ***Si cruzas el Rubicón:*** *Vossische Zeitung*, 27 de febrero de 1924, Morgen Ausgabe.

2 **«preparar la huida»:** Ernst Hanfstaengl, *Hitler: The Memoir of a Nazi Insider Who Turned Against the Führer*, intr. de John Willard Toland, Arcade Publishing, Nueva York, 1957, reimpr. de 2011, p. 105.

3 **«Es horrible»:** Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters*, R. Piper, Múnich 1970, p. 144. Esa mañana circularon rumores de que se habían producido víctimas mortales. Véase, por ejemplo, Anton Zahner, VI a F 405/24, 14 de febrero de 1924, HA 68/1494; Margarethe Ludendorff, *My Married Life with Ludendorff*, trad. de Raglan Somerset, Hutchinson, Londres, c.1929, pp. 251-252; NA T84/2 EAP 105/7, p. 1143; *Münchener Zeitung*, 10-11 de noviembre de 1923, o *Dalpilen* (Falun, Suecia), 13 de noviembre de 1923.

4 **«En determinadas ocasiones»:** NA T84 EAP 105/7, p. 543.

5 **un policía alertó a Ludendorff:** Decidió cambiar la dirección de la marcha después de recibir el chivatazo en la esquina de la Theatinerstrasse con la Perusastrasse, Richard Kolb, Fragebogen, 30 de enero de 1936, HA 5/116. Kriebel, que se encontraba bastante lejos y no pudo oír la advertencia, se quedó perplejo al descubrir ese cambio de rumbo.

6 **supuestamente:** La marcha discurría como una operación militar que tenía como objetivo los flancos y la retaguardia, NA T84/2 EAP 105/7, p. 1281.

7 **Michael Freiherr von Godin:** Informe confidencial en Akt Freiherr v. Godin, Akt. n.º 121, *Akten der Geheimen Staatspolizei*, Staatspolizeistelle Innsbruck, HA 5/117.

8 **Su hermano:** Para más información sobre Emmerich von Godin, véase Thomas Weber, *Hitler's First War: Adolf Hitler, the Men of the List Regiment, and the First World War*, Oxford University Press, Oxford, 2010, p. 215 (trad. española: *La primera guerra de Hitler*, Taurus, Madrid, 2018). Godin hizo la solicitud para que le concedieran la medalla a Hitler el 31 de julio de 1918.

9 **«¡No disparen!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 172.

10 **Hitler cogió del brazo a Scheubner-Richter:** Mathilde Scheubner-Richter, crónica inédita en la que se cita a Hitler como fuente, *Bericht*, 4 de abril de 1936, HA 5/116.

11 **«las culatas de los fusiles y las porras»:** Michael von Godin, 10 de noviembre de 1923, MA 104221, BHStA.

12 **Una maestra jubilada:** VIa, *Umsturzversuch 8/9. November 1923—hier Vorgänge am Odeonsplatz*, 3 de marzo de 1924, HA 68/1494.

13 **«completamente horizontal»:** Arno Schmidt, VI a F 489/24, 1 de marzo de 1924, HA 68/1494.

14 **y no los hombres de Hitler:** *Der Oberbayer*, 19 y 20 de noviembre de 1923, y Anton Reithinger, *Umsturzversuch 8/9. November 1923—hier Vorgänge am Odeonsplatz*, 3 de marzo de 1924, HA 68/1494.

15 **Algunos veteranos del *putsch*:** Muchos aseguraron que no habían sido ellos quienes habían disparado, entre ellos Erich Ludendorff, *Auf dem Weg zur Feldherrnhalle. Lebenserinnerungen an die Zeit des 9.11.1923 mit Dokumenten in fünf Anlagen*, Ludendorff, Múnich, 1937, p. 68. Walter Hewel fue uno de los pocos que afirmó lo contrario, MA 103476/3, p. 1347, BHStA.

16 **sin golpear:** Lorenz Roder, crónica inédita, *Herr Hitler hat kein Ehrenwort gebrochen*, HA 5/126.

17 **les había ordenado que vaciaran los cargadores:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 170. La segunda compañía de las SA recibió esa orden durante la marcha, Karl Kessler, pregunta n.º 23 del cuestionario, HA 5/115. Sin embargo, según se descubrió después, muchas armas estaban cargadas: MA 103476/3, pp. 1353-1357, BHStA.

18 **«una aterradora ráfaga de metralleta»** y **«todo fue caos»:** Entrevista a Berchtold en Heinz A. Heinz, *Germany's Hitler*, Hurst & Blackett, Londres, 1938, p. 160.

19 **desde la parte delantera de la marcha:** *Deutsches Tageblatt*, 13 de noviembre de 1923.

20 **«a la velocidad del rayo»:** NA T84 EAP 105/7, p. 544.

21 **Scheubner-Richter, que había sido alcanzado:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 117. La información sobre el lugar en el que recibió el disparo se ha extraído de Johann Aigner, *Ein Beitrag zur Geschichte der nationalen Erhebung im November 1923*, p. 17, HA 5/114II.

22 **se dislocó el hombro:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 117.

23 **cuando intentaba protegerlo:** Carta de Adolf Hitler desde Landsberg, junio de 1924, Eberhard Jäckel y Axel Kuhn, eds., *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart 1980, n.º 640, p. 1235.

24 **Los disparos alcanzaron a Graf:** *Das geschah am 9. November 1923*, HA 5/116, y memorias inéditas, F14, pp. 67-68, IfZ.

25 **Göring, por su parte, resultó herido:** Carta de Carin Göring a su madre, Huldine, 13 de noviembre de 1923, Björn Fontander, *Carin Göring skriver hem*, Carlssons, Estocolmo, 1990, pp. 108-109.

26 **«Con cada uno de los disparos»:** NA T84 EAP 105/7, p. 442.

27 **no paraba de maldecir:** Sesselmann también vio a Kriebel gritando y levantando el puño. Sesselmann, *Bericht*, 1 de noviembre de 1935, HA 5/116.

28 **una mujer con un abrigo de piel:** Carta de Hans Rickmers desde el hospital, 16 de noviembre de 1923, HA 5/116.

29 **«la más repugnante»** y **«completamente destrozado»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 618.

30 **Bauerngirgl:** Otto Engelbrecht, cuestionario, respuesta a la pregunta n.º 36, HA 5/115.

31 **llegó hasta el Ministerio del Interior:** Johann Prem, *Bericht über den 9. November 1923*, HA 5/115.

32 **una cafetería cercana:** Karl A. Kessler, *Der 9. November 1923 in München. Erlebnisse eines SA Mannes*, Walter, Múnich, 1933, p. 33.

33 **«¡Esto es una locura!»:** Richard Kolb, crónica inédita, *Bericht über den 8. und 9. November 1923*, HA 5/116.

34 **el porte erguido con el que supuestamente avanzaba:** Esta referencia puede encontrarse en muchos estudios, por ejemplo, Richard Hanser, *Putsch. Cómo hizo Hitler la revolución*; Hans Hubert Hofmann, *Der Hitlerputsch. Krisenjahre deutscher Geschichte 1920-1924*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1961, p. 212. También aparece en infinidad de biografías de Hitler, entre las que cabe destacar la de Ulrich (2013), p. 178. Varios testigos, sin embargo, señalan lo contrario. Aparte de la crónica de Robert Murphy citada más abajo, conviene consultar también los siguientes periódicos: *The New York Times*, 11 de noviembre 1923; *Le Petit Parisien*, 13 de noviembre de 1923; *Le Matin*, 13 de noviembre de 1923; *Boston Daily Globe*, 11 de noviembre de 1923, y el *Münchener Post*, 27 de noviembre de 1923. El diario *Vorwärts,* por su parte, aseguró que Ludendorff se quedó tendido en el suelo mientras sus partidarios huían. También hubo muchas críticas hacia él por parte de quienes estaban convencidos de que Ludendorff conservó un porte erguido y desafiante.

35 **«el último gesto»:** John W. Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power: The German Army in Politics 1918-1945*, St Martin's Press, Nueva York, 1954, p. 176.

36 **«Se tiró al suelo para tratar de esquivar»:** Robert Murphy, *Diplomat Among Warriors*, Doubleday & Company, Garden City, Nueva York, 1964, p. 22.

37 **cuando al parecer saltaba:** fue Hermann Kriebel quien proporcionó esta información, 12 de julio de 1938, HA 5/116.

38 **notó que algo tibio le resbalaba:** Johann Aigner, *Ein Beitrag zur Geschichte der nationalen Erhebung im November 1923*, p. 16, HA 5/114II.

39 **las balas, al rebotar:** Chirugische Universitäts-Klinik, *Leichendiagnose des Schraut Otto*, 13 de noviembre de 1923, HA 5/118.

40 **«La gente caía abatida por todas partes»:** Entrevista a Berchtold en Heinz (1938), p. 161. La referencia al «baño de sangre», como lo llamó Gottfried Feder, puede encontrarse en sus diarios inédi tos *Tagebücher*, ED 874/5, p. 20, IfZ.

41 **rompió a llorar:** Friedrich Weber, NA T84/2 EAP 105/7, p. 173.

42 **el propietario de una juguetería:** James y Suzanne Pool, *Who Financed Hitler: The Secret Funding of Hitler's Rise to Power 1919-1933*, Dial Press, Nueva York, 1979, p. 15 (trad. española: *Quién financió a Hitler*, Plaza & Janés, Barcelona, 1981), y Joachim C. Fest, *Hitler*, trad. de Richard y Clara Winston, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1974, p. 166 (trad. española: *Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2005).

43 **por salvar la vida:** Dr. Ferdinand Sauerbruch, GStK.Nr. 15, BHStA, reproducido en Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 90, pp. 316-317.

44 **que había recibido un disparo en la cabeza:** Johann Prem, *Bericht über den 9. November 1923*, HA 5/115.

45 **no pudieron identificarlo:** Se trataba del camarero Karl Kuhn, *München-Augsburger Abendzeitung*, 12 de noviembre de 1923, y *Münchener Zeitung*, 12 de noviembre de 1923.

46 **«batalla campal»:** Suzanne St. Barbe Baker, *A Wayfarer in Bavaria*, Houghton Mifflin, Boston, 1931, p. 36, en Charles Bracelen Flood, *Hitler: The Path to Power*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1989, p. 555.

47 **Se negó a que lo llamasen:** Así lo hizo constar A. Rossmann en su crónica inédita *Der neunte November 23*, HA 5/116, y el propio Ludendorff en la sobria versión de los hechos que ofreció posteriormente en sus memorias (1937), pp. 68-69.

48 **al que muchos confundieron con Ludendorff:** Ludendorff (1937), p. 69.

49 **«campos de internamiento»:** Theodor von der Pfordten, *Verfassungsentwurf*, art. 16, MA 103476/3, p. 1174, BHStA, reproducido también en Hofmann (1961), Anhang, p. 288.

1 ***Ludendorff, arrestado:*** *Daily Mail* (Brisbane), 11 de noviembre de 1923.

2 **ponerse a salvo:** Dr. Walter Schultze, MA 103476/3, pp. 1358-1359, BHStA.

3 **Un testigo pudo ver:** *Münchner Neueste Nachrichten*, 10 de noviembre de 1923.

4 **«Adolf, el engreído»:** Robert G. L. Waite, *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Germany 1918-1923*, W. W. Norton, Nueva York, 1952, p. 259.

5 **De acuerdo con este rumor:** Karl A. Kessler, *Der 9. November 1923 in München. Erlebnisse eines SA Mannes*, Walter, Múnich, 1933, p. 30, y *Die Vorgänge im München am 8. und 9. November 1923*, HA 5/116. Posteriormente aparecería un muchacho como prueba del supuesto rescate por parte de Hitler, aunque hay motivos más que sobrados para dudar de que fuera cierto, véase Joachim C. Fest, *Hitler*, trad. de Richard y Clara Winston, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1974, p. 190 (trad. española: *Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2005).

6 **dos vecinos de origen judío:** Tobias Mahl, «Die 'Arisierung' der Hofmöbelfabrik Ballin in München», en Angelika Baumann y Andreas Heusler, eds., *München arisiert. Entrechtung und Enteignung der Juden in der NS-Zeit*, C. H. Beck, Múnich, 2004.

7 **«parcialmente cubiertos de sangre»:** Dr. Emil Neustadt, 24 de abril de 1934, HA 5/116.

8 **esconder armas:** Kessler (1933), p. 33. Véase también Erich Malitius, *Der 8. u. 9. November 1923. Die Geschichte von Treue und Verrat der deutschen Jugend*, Handel, Breslavia, 1935, p. 13.

9 **La policía detuvo:** Polizei Direktion an Generalstaatskommissar, 13 de noviembre de 1923, MA 104221, BHStA.

10 **Röhm se rindió:** Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 182, Anlage 4, p. 511, y el testimonio del teniente coronel Theodor Endres, en Didier Chauvet *Hitler et le putsch de la brasserie: Munich, 8/9 novembre 1923*, L'Harmattan, París, 2012, pp. 153-154.

11 **«Estaba a punto de perder la cabeza»** y **«Se me revolvieron las tripas»:** Johann Aigner, *Ein Beitrag zur Geschichte der nationalen Erhebung im November 1923*, p. 18, HA 5/114II. Podemos encontrar otra descripción de esta imagen en el documento inédito *Tatsachenbericht vom 9. November [23] bei der Feldherrnhalle München*, HA 5/116.

12 **Muchos diarios:** Entre otros muchos, los siguientes: *Vossische Zeitung*, 9 de noviembre de 1923, Abend Ausgabe; *Le Figaro*, 10 de noviembre de 1923; *Times* de Londres, 10 de noviembre de 1923, y *Newcastle Sun*, 10 de noviembre de 1923.

13 **el cuartel Prince Arnulf:** *Le Petit Parisien*, 10 de noviembre de 1923.

14 **podría haber escapado:** *Daily Mail* de Londres y Australian Cable Service, 10 de noviembre de 1923; las informaciones de la agencia Wolff que aparecen en *La Croix*, 11 de noviembre de 1923, y *Chicago Daily Tribune*, 12 de noviembre de 1923.

15 **Troenum:** *The New York Times*, 11 de noviembre de 1923. La información relativa al valle del Isar apareció en *The New York Times* del 12 de noviembre de 1923.

16 **grupúsculos monárquicos se habían concentrado:** *Chicago Sunday Tribune*, 11 de noviembre de 1923.

17 **«Bien está lo que bien acaba»:** *Le Petit Parisien*, 11 de noviembre de 1923.

18 **como muchos otros:** Gerhard Rossbach, otro de los golpistas, se hizo pasar por director de cine para llegar a Austria, Gerhard Rossbach, *Mein Weg durch die Zeit. Erinnerungen und Bekenntnisse*, Vereinigte Weilburger Buchdruckereien, Weilburgo-Lahn, 1950, p. 82.

19 **«grupos descontrolados» [...] «seguiría luchando»:** Helen Niemeyer, «Notas» inéditas, 307-309, carpeta «Ernst Hanfstaengl (1)», John Toland Papers, FDR.

20 **El médico y el ordenanza:** Dr. Walter Schultze, 10 de diciembre de 1923, HA68/1497A, y MA 103476/3, pp. 1357-1359, BHStA.

21 **mantas de viaje inglesas:** Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters*, R. Piper, Múnich, 1970, p. 149.

22 **reformado el verano anterior:** Helen Niemeyer, «Notas», 297, carpeta «Ernst Hanfstaengl (1)», John Toland Papers, FDR.

1 ***Querido Rosenberg:*** Alfred Rosenberg, *Memoirs of Alfred Rosenberg*, ed. Serge Lange y Ernst von Schenck, trad. de Eric Posselt, Ziff-Davis, Chicago, 1949, p. 73. También Drexler pudo ver la nota, según él mismo confesó a la policía el 30 de noviembre de 1923: HA 68/1497A.

2 **Bella Ballin:** Cuando los nazis llegaron al poder, Göring ayudó a los Ballin a salir del país y agilizó los trámites para que pudieran emigrar a Suiza en octubre de 1941. Más tarde se embarcarían rumbo a Argentina. Por desgracia, Bella falleció durante el viaje. Robert, Martin y Thekla, la mujer de este último, lograrían establecerse finalmente en Estados Unidos. Para más información, véase el estudio de Tobias Mahl, «Die "Arisierung" der Hofmöbelfabrik Ballin in München», en Angelika Baumann y Andreas Heusler, eds., *München arisiert: Entrechtung und Enteignung der Juden in der NS-Zeit*; Beck, Múnich, 2004.

3 **«pieles y mantas»:** Carin Göring, carta a su madre, Huldine, 13 de noviembre de 1923, Björn Fontander, *Carin Göring skriver hem*, Carlssons, Estocolmo, 1990, p. 109.

4 **lista de fallecidos:** «Den toten Kameraden!», *Münchner Neueste Nachrichten*, 15 de noviembre de 1923.

5 **«sería la víctima número veinte»:** *München-Augsburger-Abendzeitung*, 14 de noviembre de 1923.

6 **un agente de las Stosstrupp Hitler:** Eduard Schmidt y Albert Nussbaum, XIX 466/23, 15 de febrero de 1924, HA 67/1494.

7 **«Una sola palabra más»:** Testimonio de Albert Nussbaum, NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1964-1965. Heinrich von Knobloch confirmó que se les dio la orden de no hablar, VI a F, 20 de febrero de 1924, HA 67/1494.

8 **se temieron lo peor:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1965.

9 **los sombreros:** Walter Hewel, VI a F 425/24, 22 de febrero de 1924, HA 67/1494, y NA T84/2 EAP 105/7, p. 1966.

10 **que había estado siguiendo al camión de las Tropas de Asalto:** *Bayerische Staatszeitung*, 10 de noviembre de 1923, y *Das Ende des Münchener Staatsstreichs*, n.º 265, 13 de noviembre de 1923, HA5/114II.

11 **en el primer tren:** *Meldungen über die Vorkommnisse in der Nacht vom 8/9.11.1923*, HA 67/1490. Y con respecto al viaje de vuelta en coche, MA 103476/3, pp. 1380-1381, BHStA.

12 **«un disparo en la cabeza»:** NA T84 EAP 105/7, p. 830.

13 **a un refugio o a la cabaña de unos esquiadores:** Rudolf Hess a Klara y Fritz Hess, 8 de noviembre de 1923, y de nuevo el 16 de noviembre y el 4 de diciembre de 1923, en Rudolf Hess, *Briefe 1908-1933*, ed. Wolf Rüdiger Hess, Langen Müller, Múnich, 1987, p. 312.

14 **A las 16.10 horas:** MA 103476/3, p. 1368, BHStA.

15 **el ministro temió:** Franz Schweyer hizo referencia a este episodio en el testimonio que prestó algún tiempo después ante el Juzgado de Primera Instancia de Múnich por una causa diferente, *Zeugen-Vernehmung in der Privatklagesache Hitler gegen Dr. Strausse wegen Beleidigung*, 5 de enero de 1929, HA 69/1507. El ministro de Württemberg, que se enteró gracias a la información proporcionada por Eugen von Knilling y Carl Moser von Filseck, también lo menciona en *Politik in Bayern 1919-1933. Berichte des württembergischen Gesandten Carl Moser von Filseck*, ed. Wolfgang Benz. Schriftenreihe der Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte Nummer 22/23, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1971, 14 de noviembre de 1923, n.º 322, p. 144, y MA 103476/3, pp. 1370-1372, BHStA.

16 **Y así fue como terminó:** *Meldungen über die Vorkommnisse in der Nacht vom 8/9.11.1923*; HA 67/1490.

17 **en el chalé del editor:** Informe policial, VI a F, 16 de enero de 1924, HA 68/1494, *Münchner Neueste Nachrichten*, 11 de noviembre de 1923, y MA 103476/3, pp. 1368-1369, BHStA.

1 **criminales de noviembre:** Se trata de una expresión que Hitler utilizó con frecuencia desde, por lo menos, el discurso que pronunció el 18 de septiembre de 1922. Éste aparece reproducido en E. Jäckel y A. Kuhn, eds., *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1980, n.º 405, p. 692.

2 **Era incapaz:** Otto Strasser, *Hitler and I*, trad. de Gwenda David y Eric Mosbacher, Houghton Mifflin Company, Boston, 1940, p. 42.

3 **de armas y munición:** Johann Salbey, 10 de noviembre de 1923, MA 104221, BHStA.

4 **el gerente de la Bürgerbräu:** Bürgerbräu an das Herrn Generalstaatskommissar Dr. v. Kahr, 19 de noviembre de 1923, HA 68/1497.

5 **Cerca de las tres de la tarde:** Informe, 18 de noviembre de 1923, HA 5/114I.

6 **«Su excelencia, el *putsch* orquestado»:** 10 de noviembre de 1923, HA 5/114I.

7 ***«Heil, Hitler!»*** y **«¡Abajo Kahr!»:** *München-Augsburger Abendzeitung*, 10 de noviembre de 1923, y *Washington Post*, 11 de noviembre de 1923. La información sobre la reacción de los oficiales puede encontrarse en Carl Moser von Filseck, *Politik in Bayern 1919-1933. Berichte des württembergischen Gesandten Carl Moser von Filseck*, ed. Wolfgang Benz. Schriftenreihe der Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte Nummer 22/23, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1971, 10-14 de noviembre de 1923, n.os 1221-1224, pp. 142-144.

8 **«traidores» [...] «defensores de los judíos»:** Johann Salbey, 10 de noviembre de 1923, MA 104221, BHStA. Para más información sobre los insultos que recibieron, *Beschimpfung der Landespolizei*, 13 de noviembre de 1923, HA 67/1491.

9 **«gritaba, silbaba, abucheaba y amenazaba»:** Johann Salbey, 10 de noviembre de 1923, MA 104221, BHStA.

10 **dieciocho jarras:** *Tatsachenbericht vom 9. November [23] bei der Feldherrnhalle München*, HA 5/116.

11 **La policía solicitó [...] «seguidores de Hitler»:** Informe policial, *Meldungen über die Vorkommnisse in der Nacht vom 8/9.11.1923*, HA 67/1490.

12 **Kufstein:** *Neue Zürcher Zeitung*, 12 de noviembre de 1923, Erstes Morgenblatt.

13 **reunir a sus partidarios:** Véase, por ejemplo, Konrad Linder, *Familiengedenkblatt zum 9. November 1923*, HA 5/116.

14 **policías a caballo:** *Chicago Sunday Tribune*, 11 de noviembre de 1923.

15 **«cosacos del Danubio»:** Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*, intr. de Eleanor Hancock y trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, p. 164.

16 **«pura cobardía reaccionaria»** y **«traición a la causa»:** Entrevista a Josef Berchtold en Heinz A. Heinz, *Germany's Hitler*, Hurst & Blackett, Londres, 1938, p. 148. Véase también la carta de Berchtold a los miembros de las Stosstrupp Hitler fechada en diciembre de 1923 que la policía encontró durante el registro del domicilio de Hans Wegelin, 14 de enero de 1924, HA 67/1493. Muchas otras fuentes realizaron comparaciones entre el momento en que se creía que Kahr apoyaba el golpe de Hitler y la reacción que se produjo cuando éste fue sofocado: *Illustrated London News*, 17 de noviembre de 1923; reportaje n.º 265, *Das Ende des Münchener Staatsstreichs*, 13 de noviembre de 1923, HA 5/114II, y *Sturmglocke* de Ausgsburgo, 24 de noviembre de 1923.

17 **Se prohibieron las concentraciones:** Esta medida no se aplicó de forma rigurosa, *München-Augsburger Abendzeitung*, 10 de noviembre de 1923.

18 **«general Von Ludendorff» [...] «desinflado como un globo pinchado»:** *New York World*, 10 de noviembre de 1923.

19 **«el final de aquella astracanada»** y **«segundo *putsch* encabezado por Ludendorff»:** *Berliner Tageblatt*, 10 de noviembre de 1923, Morgen Ausgabe.

20 **«agitador de origen extranjero»** y **«alemán de Alemania»:** *The New York Times*, 10 de noviembre de 1923.

1 ***Una promesa rota por aquí:*** *München-Augsburger Abendzeitung*, 12 de noviembre de 1923.

2 **«gitanos»:** Véase la lista que se incluye en la carpeta HA 68/1495.

3 **Un miembro del partido:** Ludwig Ess a Adolf Hitler, 6 de marzo de 1925, HA 4/85. Ess envió los listados al NSDAP, 10 de noviembre de 1925, carpetas 215 y 1220, HA 4/85.

4 **las autoridades tenían ya pruebas concluyentes:** Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 151, pp. 445-447, n.º 181, pp. 486-487, n.º 188, p. 522, y la edición del rotativo vienés *Die Rote Fahne* del 8 de enero de 1924.

5 **«acuerdo preliminar»:** *The Nation*, 19 de diciembre de 1923.

6 **«un histérico»:** *Berliner Tageblatt*, 16 de noviembre de 1923.

7 **el hombre más odiado:** *München-Augsburger Abendzeitung*, 12 de noviembre de 1923, y *Münchner Neueste Nachrichten*, 15 de noviembre de 1923.

8 **una reunión de su gabinete:** Deuerlein (1962), n.º 92, pp. 318-320.

9 **«¡Abajo Kahr!»:** Ibíd., p. 320.

10 **En Uffing:** «Notas» inéditas de Helen Niemeyer, 315-317, carpeta «Ernst Hanfstaengl (1)», John Toland Papers, FDR.

11 **Hitler había conocido:** MA 103476/1, p. 89, BHStA.

12 **Bechstein se había convertido:** Max Amann, *Zeugen-Vernehmung in der Privatklagesache Hitler gegen Dr. Strausse wegen Beleidigung*, Juzgado de Primera Instancia de Múnich, 5 de enero de 1929, HA 69/1507. Para más información sobre Bechstein, véase Wolfgang Martynkewicz, *Salon Deutschland. Geist und Macht 1900-1945*, Aufbau, Berlín, 2009, pp. 401-403.

13 **«alguien que se hospedaba en la casa» [...] «¡Ya no hay nada que hacer!»:** «Notas» inéditas de Helen Niemeyer, 317-323, carpeta «Ernst Hanfstaengl (1)», John Toland Papers, FDR. Para más información sobre el mensaje de Ludendorff que el extraño decía llevar, véase, por ejemplo, *Salzburger Volksblatt*, 13 de noviembre de 1923.

14 **«Hoy mismo»:** John Dornberg, *Munich 1923: The Story of Hitler's First Grab for Power*, Harper & Row, Nueva York, 1982, p. 326.

15 **«llave de *jiu-jitsu*»:** Ernst Hanfstaengl, *Hitler: The Memoir of a Nazi Insider Who Turned Against the Führer*, intr. de John Willard Toland, Arcade Publishing, Nueva York, 1957, reimpr. de 2011, p. 108. Conviene tener en cuenta que su marido contó años después una versión un tanto diferente —y bastante más parecida a la que ofreció Helen sobre cómo «dejó Hitler que le quitaran el arma»— en la crónica de los acontecimientos que elaboró para la OSS. En esta última versión no hay referencia alguna a la llave de *jiu-jitsu*: *Information obtained from Ernst Hanfstaengl*, OSS Sourcebook. Aun así, la absurda versión inicial de Hanfstaengl puede encontrarse en algunas biografías.

16 **Helen, por su parte [...] «mientras quedara tiempo»:** «Notas» inéditas de Helen Niemeyer, 323-325, carpeta «Ernst Hanfstaengl (1)», John Toland Papers, FDR.

17 **«testamento político»:** Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters*, R. Piper, Múnich, 1970, p. 149.

18 **«toda la organización»:** Joachim C. Fest, *Hitler*, trad. de Richard y Clara Winston, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1974, p. 187 (trad. española: *Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2005).

19 **«con mucho cuento»:** HA 68/1497A.

20 **«para las cuestiones organizativas»:** Alfred Rosenberg, *Memoirs of Alfred Rosenberg*, Serge Lange y Ernst von Schenck, eds., trad. de Eric Posselt, Ziff-Davis, Chicago, 1949, p. 73.

21 **la decisión de forma apresurada:** Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, W. W. Norton, Nueva York, 1999, pp. 225-226 (trad. española: *Hitler: 1889-1936*, Ediciones Península, Barcelona, 1999). La alusión a la fama que tenía Rosenberg puede encontrarse en Georg Franz-Willing, *Putsch und Verbotszeit der Hitlerbewegung November 1923-Februar 1925*, Verlag K.W. Schütz, Preussisch Oldendorf, 1977, p. 193. Conviene tener presente también que, en este momento, Hitler no podía imaginarse que sería llevado a juicio y que sería condenado a la pena que finalmente se le impuso. Para conocer un punto vista alternativo, véase la obra de Alan Bullock. Según él, la decisión de Hitler fue deliberada para evitar que surgiera un rival capaz de disputarle el liderazgo, *Hitler: A Study in Tyranny*, Harper & Row, Nueva York, 1971, p. 65. Y también, *Hitler and Stalin: Parallel Lives*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1992, p. 150.

22 **«En la habitación se encontraba»:** Die Regierung von Oberbayern an das Generalstaatskommissariat, 13 de noviembre de 1923, reproducido en Deuerlein (1962), n.º 118, p. 372. Cabe la posibilidad de que la policía no reflejase la pataleta que según algunas fuentes le dio a Hitler y las acusaciones que al parecer empezó a lanzar contra el gobierno.

23 **«hombres malvados»** y **«tío Dolf»:** «Notas» inéditas de Helen Niemeyer, 329, carpeta «Ernst Hanfstaengl (1)», John Toland Papers, FDR.

24 **el coche de los Bechstein:** Ibíd., y Volker Ullrich, *Adolf Hitler Biographie. Band 1: Die Jahre des Aufstiegs 1889-1939*, S. Fischer, Frankfurt, 2013, p. 178.

1 ***Tenemos que ser muy cuidadosos:*** *The New York Times*, 15 de noviembre de 1923.

2 **Estaba cayendo tal tromba de agua:** Franz Hemmrich, memorias inéditas, *Erinnerungen eines Gefängnisbeamten*, ED 153-1, p. 6, IfZ, así como la entrevista que puede encontrarse en Heinz A. Heinz, *Germany's Hitler*, Hurst & Blackett, Londres, 1938, p. 169.

3 **un telegrama:** Die Regierung von Oberbayern an das Generalstaatskommissariat, 12 de noviembre de 1923, Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 107, p. 352.

4 **Tenían que organizarlo todo:** Franz Hemmrich, memorias inéditas, *Erinnerungen eines Gefängnisbeamten*, ED 153-1, pp. 6-8, IfZ; entrevista en Heinz (1938), pp. 169-170. Véase también Otto Lurker, *Hitler hinter Festungsmauern. Ein Bild aus trüben Tagen*, E. S. Mittler & Sohn, Berlín, 1933, p. 4.

5 **«pérdida de libertad»:** Peter Fleischmann, ed., *Hitler als Häftling in Landsberg am Lech 1923/1924*, Verlag Ph. C. W. Schmidt, Neustadt del Aisch, 2015, p. 24, donde se cita la tesis doctoral que Wilfried Otto presentó en 1938 en la Universidad Friedrich Schiller de Jena, *Die Festungshaft: Ihre Vorläufer, Geschichte und Zukunft*, p. 235. La excelente obra de Fleischmann contiene más información sobre la cárcel de Landsberg.

6 **un uniforme de color azul oscuro:** *Fränkischer Kurier*, 27 de abril de 1924.

7 **«Un mechón de pelo oscuro» [...] «la celda de los famosos»:** Hemmrich, ED 153-1, p. 9, IfZ. Véase también las entrevistas a Hemmrich que aparecen en Heinz (1938), p. 170, y Lurker (1933), pp. 5-6.

8 **«Católico, treinta y cuatro años»:** Schutzhaftanstalt Landsberg, Haftpapiere, Hitler, Adolf n.º 45, archivo 3/1, JVA 17, StAM, y Fleischmann (2015), p. 83.

9 **celda número 5:** Hemmrich, ED, pp. 27, 113, 153-161, IfZ.

10 **«el paciente sufre una luxación» [...] «le producirán»:** Informe Brinsteiner, 8 de enero de 1924, y Lurker (1933), pp. 10-11.

11 **el médico descubrió algo más:** *Aufnahme-Buch für Schutzhaft, Untersuch. u. Festungshaft Gefangene 1919*, JVA 15124, StAM. Para más información sobre el hallazgo de este documento, véase la introducción a estas notas.

12 **El primero en presentar este hallazgo:** Lev Bezymenski, *The Death of Adolf Hitler*, Michael Joseph, Londres, 1968, p. 46. De acuerdo con el informe elaborado por el equipo soviético que dirigía el patólogo forense Dr. Faust Shkaravski, «el testículo izquierdo [de Hitler] no pudo encontrarse ni en el escroto ni en el cordón espermático del conducto inguinal ni tampoco en la pelvis». Según el historiador alemán Werner Maser, los rusos tenían que haberse equivocado de cuerpo. Pero, aun en el caso de que no hubiera sido así, ¿cómo podían extraer semejantes conclusiones teniendo en cuenta la cantidad de tejido que había quedado calcinada y que sólo trabajaban con restos óseos? Es más, ninguno de los muchos médicos que examinaron a Hitler señaló jamás la existencia de esta enfermedad y, cuando se les preguntó por ella, todos aseguraron de forma tajante que sus genitales no presentaban ninguna anomalía. El Dr. Eduard Bloch, el médico que trató a Hitler en su consulta de Linz en los años 1906 y 1907, afirmó en el interrogatorio al que lo sometió la OSS que su paciente no tenía ninguna «deformidad física» (5 de marzo de 1943, OSS). El Dr. Erwin Giesing, que tuvo ocasión de examinar al líder nazi en otoño de 1944, respondió exactamente lo mismo a sus interrogadores estadounidenses. No obstante, Giesing era el especialista en otorrinolaringología de las SS y, según reconoció él mismo, se había limitado a hacer un examen muy superficial en el que, probablemente, no se habría podido detectar ese problema. Los comentarios de Block (*Colliers*, 15 de marzo de 1941) se referían a hechos ocurridos casi cuarenta años antes, y contenían tal cantidad de imprecisiones que el entrevistador de la OSS llegó a preguntarse si esas rememoraciones no estarían inspiradas en la biografía de Hitler que había escrito Konrad Heiden. Hugh Trevor-Roper, el titular de la cátedra Regius de Historia Moderna de la Universidad de Oxford al que el MI6 encomendó en 1945 la misión de encontrar pruebas fehacientes de la muerte de Hitler, describió el informe médico del equipo soviético como un documento de naturaleza científica, pero también política. El informe del Dr. Brinsteiner supone, por lo tanto, un verdadero hallazgo. Curiosamente, sin embargo, mientras que para los médicos soviéticos el testículo que no había descendido era el izquierdo, para el médico de Landsberg se trataba del derecho. Puede que la discrepancia se debiera a un simple error de perspectiva —¿la derecha del médico o la del paciente?— o a un despiste a la hora de consignar la información por escrito. En otro de sus cuadernos, Brinsteiner había escrito primero que se trataba del testículo izquierdo, pero luego lo tachó y anotó que era el derecho.

13 **«Típico de Múnich»:** Carl Christian Bry, *Der Hitler-Putsch. Berichte und Kommentare eines Deutschland-Korrespondenten (1922-1924) für das «Argentinische Tag- und Wochenblatt»*; ed. Martin Gregor-Dellin, Greno, Nördlingen, 1987, p. 145.

14 **«preciosa gema» [...] un «final tan precipitado»:** Bry (1987), pp. 150 y 157.

15 **«Este golpe de Estado de la Bürgerbräu» [...] «ópera bufa»:** *The New York Times*, 10 de noviembre de 1923.

16 **mero vodevil:** *Le Petit Parisien*, 11 de noviembre de 1923. Véase también el artículo de John Clayton en el *Chicago Daily Tribune*, 10 de noviembre de 1923.

17 **«aventura carnavalesca»:** *Le Matin*, 10 de noviembre de 1923.

18 **«charlatán»:** *Vossische Zeitung*, 9 de noviembre de 1923, Abend Ausgabe.

19 **la necrológica del partido:** *Frankfurter Zeitung*, 10 de noviembre de 1923.

20 **«el golpe frustrado y chapucero de Múnich»:** *The New York Times*, 10 de noviembre de 1923.

21 **gracias en gran parte:** Deuerlein (1962), p. 102.

22 **«poderes extraordinarios»:** *Niederschrift der Ministerratssitzung vom 12.11.1923*, reproducido en Deuerlein (1962), n.º 105, p. 342.

23 **Prohibieron todos los periódicos de derechas:** Horst J. Weber, *Die deutsche Presse, insbesondere die völkische, um den Hitlerprozess. Ein Beitrag zur Lehre von der Parteipresse*, tesis doctoral, Universidad de Leipzig, 1930, pp. 12-13 y 20.

24 **un rico comerciante judío:** *Münchner Neueste Nachrichten*, 13 de noviembre de 1923. En alguna ocasión se mencionó que el precio habían sido veinte alfombras, *Der Oberbayer*, 19-20 de noviembre de 1923.

25 **«Por todas partes podía verse»:** Entrevista a Franz Hemmrich, Heinz (1938), p. 170.

26 **el ruido metálico de las armas:** Lurker (1933), p. 6.

27 **Hitler aseguró:** Die Regierung von Oberbayern an das Generalstaatskommissariat, 13 de noviembre de 1924, Deuerlein (1962), n.º 118, p. 373.

28 **inició una huelga de hambre [...] «se limitaba a quedarse sentado»:** ED 153-1, p. 20, IfZ.

29 **El Dr. Brinsteiner anotó:** 8 de enero de 1924, OSS.

30 **«Ya he tenido suficiente»:** Esta cita está sacada de una conversación de 1988 con Alois Maria Ott, el antiguo psicólogo de Landsberg, que por aquel entonces tenía noventa y ocho años. Otto Gritschneder, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. Der Hitler-Putsch und die bayerische Justiz*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 1990, p. 35. En febrero de 1924, Hitler aseguraría delante del tribunal que lamentaba no haber muerto durante la marcha como el resto de sus compañeros, NA T84/2 EAP 105/7, p. 119.

31 **«Cada vez más débil, más delgado»** y **«Estaba completamente desesperado»:** Entrevista a Drexler en Heinz (1938), pp. 164-165. Anton Drexler se atribuyó el mérito por el fin de la huelga de hambre de Hitler no en 1933, sino, al parecer, un año más tarde. Para más información, véase Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches. Adolf Hitlers "Mein Kampf" 1922-1945*; Oldenbourg, Othmar Plöckinger, Múnich, 2011, pp. 30-31, y Esser, entrevista, 16 de marzo de 1964, Band I, 2, ED 561/5, IfZ.

32 **«terriblemente deprimido»:** Knirsch en el diario checo *Der Tag*, citado por Albrecht Tyrell, *Vom "Trommler" zum "Führer". Der Wandel von Hitlers Selbstverständnis zwischen 1919 und 1924 und die Entwicklung der NSDAP*, Wilhelm Fink Verlag, Múnich, 1975, p. 277, nota 178.

33 **«le preguntó tímidamente»:** John Toland, *Adolf Hitler*, Ballantine Books, Nueva York, 1976, p. 246 (trad. española: *Hitler. Una biografía narrativa*, Ediciones B, Barcelona, 2009).

34 **«derecho a continuar viviendo»** y **«matarse de hambre»:** Robert Payne, *The Life and Death of Adolf Hitler*, Popular Library, Nueva York, 1973, p. 184 (trad. española: *Vida y muerte de Adolf Hitler*, Editorial Torres de Papel, Barcelona, 2015). Pueden encontrarse referencias a esta visita en Deuerlein (1962), n.º 168, p. 465. Véase también Brigitte Hamann, *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship*, trad. de Thomas Thornton, Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 259-260.

35 **«ahora se matase de hambre»:** Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters*, R. Piper, Múnich, 1970, p. 154.

36 ***Wolf*****:** *Sprechkarte*, 3 de diciembre de 1923 en Lurker (1933), pp. 18-20. En la página 8 se describe la reacción de alegría que le produjo la llegada del perro. Véase también Franz Hemmrich, *Erinnerungen eines Gefängnisbeamten*, ED 153-1, p. 20, IfZ.

37 **como regalo de cumpleaños:** Ulrich Graf, memorias inéditas, p. 13, F14, IfZ.

1 ***Debo confesar:*** Hans Ehard, memorias inéditas, p. 37, NL Ehard 99, BHStA.

2 **trabajó mucho más entonces:** Erich Ludendorff, *Auf dem Weg zur Feldherrnhalle. Lebenserinnerungen an die Zeit des 9.11.1923 mit Dokumenten in fünf Anlagen*, Ludendorff, Múnich, 1937, pp. 69-70 y 73.

3 **la mesita de café:** *Eine halbe Stunde bei Ludendorff*, visita del 2 de diciembre de 1923, HA 5/116.

4 **«Daba una importancia enorme»** y **«parte de un mosaico»:** Margarethe Ludendorff, *My Married Life with Ludendorff*, trad. de Raglan Somerset, Hutchinson, Londres, c.1929, p. 260.

5 **«Un buen soldado que naufragó»:** Associated Press, 11 de noviembre de 1923.

6 **a consecuencia, quizá, de la mugre:** Eso es lo que dijo Carin Göring en la carta que envió a su familia desde Innsbruck el 13 de noviembre de 1923, en Björn Fontander, *Carin Göring skriver hem*, Carlssons, Estocolmo, 1990, pp. 108-109.

7 **imaginaba que seguía luchando:** Cartas de Carin Göring a su hermana Lily el 30 de noviembre y el 8 de diciembre de 1923, ibíd., pp. 114 y 116.

8 **Ésa fue la primera vez que le administraron morfina:** O eso es al menos lo que Carin Göring le contó a su amiga Helen Niemeyer, «Notas» inéditas, 291, carpeta «Ernst Hanfstaengl (1)», John Toland Papers, FDR. La propia Carin también hizo referencia a ello el 20 de diciembre de 1923, Fontander (1990), p. 118. Para más información sobre la adicción de Göring, véase Richard Overy, *Goering*, Barnes & Noble Books, Nueva York, 2003, p. 7.

9 **«pálido como la cera»:** Carin Göring a su padre, 28 de diciembre de 1923, en Fontander (1990), p. 119.

10 **tenían su casa vigilada:** Stenglein a la policía, 12 de noviembre de 1923, 3099, StAM. También Bezirksamt Garmisch menciona este detalle en *Meldungen über die Vorkommnisse*, 12 de noviembre de 1923, HA 67/1490.

11 **sus cuentas bancarias:** Así lo señalan los documentos de la carpeta que puede consultarse en HA 68/1497. Véase también el informe policial del 19 de noviembre de 1923, HA 68/ 1496.

12 **«mendigos»:** Ernst Hanfstaengl, *Hitler: The Memoir of a Nazi Insider Who Turned Against the Führer*, intr. de John Willard Toland, Arcade Publishing, Nueva York, 1957, reimpr. de 2011, p. 110.

13 **«patillas de hacha al estilo del emperador» [...] elegante:** Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters*, R. Piper, 1970, Múnich, pp. 145 y 153.

14 **para visitar a su hermanastro en la cárcel:** Otto Lurker, *Hitler hinter Festungsmauern. Ein Bild aus trüben Tagen. Miterlebt und nach amtlichen Aktenstücken*, E. S. Mittler & Sohn, Berlín, 1933, p. 59.

15 **Lo encontró:** Carta de Angela Raubal en John Toland, *Adolf Hitler*, Ballantine Books, Nueva York, 1976, p. 248 (trad. española: *Hitler. Una biografía narrativa*, Ediciones B, Barcelona, 2009). Puede encontrarse una reproducción de la carta entre las fotografías que se incluyen a partir de la página 302. Según informaba el diario *Tages-Post* de Linz el 3 de enero de 1924, otros visitantes también lo encontraron mejor de salud.

16 **Parecía tener mejor el brazo:** Ehard se percató de que seguía teniendo dolores, protocolo, 14 de diciembre de 1923, NL Ehard, 94, BHStA.

17 **una edición en cinco volúmenes:** 1 de diciembre de 1923, Staatsanwaltschaften 3099, StAM.

18 **una manta de lana:** Brigitte Hamann, *Winifred Wagner oder Hitlers Bayreuth*, Piper, Múnich, 2002, pp. 96-97.

19 **«En absoluto se trata»:** *The New York Times*, 15 de noviembre de 1923.

20 **De hecho, muchos simpatizantes pedían al gobierno:** Circulaban por Múnich una gran cantidad de propuestas. Véase, por ejemplo, Robert Murphy, *Confidential Political Report*, 12 de noviembre de 1923, M336, 862.00/1371, n.º 19, NA.

21 **En un memorando interno del gobierno:** *Aktenvermerk des Staatsministerium des Äusser: "Die bayerischen staatspolitischen Notwendigkeiten, die sich aus den Ereignissen vom 8. und 9. Nov. 1923 ergeben"*, 15 de noviembre de 1923 (probablemente), Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 126, pp. 386-390.

22 ***tableau vivant*:** Heinrich Hoffmann, *Hitler Was My Friend*, trad. del teniente coronel R. H. Stevens, Burke, Londres, 1955, p. 57 (trad. española: *Yo fui amigo de Hitler*, Caralt Editores, Barcelona, 1973).

23 **«Mucha gente cree»:** Richard Hanser, *Putsch. Cómo hizo Hitler la revolución*.

24 **Murphy, vaticinaban:** Robert Murphy, *Diplomat Among Warriors*, Doubleday & Company, Garden City, Nueva York, 1964, p. 22, y p. 17 de su *Confidential Political Report*, 10 de marzo de 1924 (fecha de envío: 3 de abril de 1924), M336, 862.00/1469, n.º 20, NA.

25 **haciendo muchos progresos:** Franz Hemmrich, memorias inéditas, ED 153, IfZ.

26 **llevaba en el cargo de ayudante:** Hans Ehard, memorias inéditas, p. 16, NL Ehard 99, BHStA.

27 **«Conócete a ti mismo»** e **«Identifica lo importante»:** *Dr. Hans Ehard 1887-1980. Eine Ausstellung des Bayerischen Hauptstaatsarchivs aus dem Nachlass des Bayerischen Ministerpräsidenten anlässlich seines 100. Geburtstages*, eds. Ludwig Morenz y Michael Stephan, Bayerisches Haupstaatsarchiv, Múnich, 1987, p. 21.

28 **cogió un tren con destino a Landsberg:** Entrevista de Ehard con Guido Fuchs en *Abendzeitung*, 25 de febrero de 1974, NL Ehard 98, BHStA.

29 **«intentar sacarle algo a Hitler» [...] «fríos y desagradables»:** Hans Ehard, memorias inéditas, pp. 36-37, NL Ehard 99, BHStA.

30 **«iba a comérselo vivo»:** John Dornberg, *Munich 1923: The Story of Hitler's First Grab for Power*, Harper & Row, Nueva York, 1982, p. 328. La cita aparece fechada erróneamente el día 12 de noviembre; en realidad se produjo el 13 de diciembre de 1923.

31 **«un huevo crudo»:** Entrevista a Ehard en *Abendzeitung*, 25 de febrero de 1974. Puede encontrarse una copia de esta entrevista entre los documentos de Ehard, NL Ehard 98, BHStA.

32 **«No tengo nada que decir» [...] «como por ensalmo»:** Traducción, Dornberg (1982), pp. 328-329.

33 **un paraguas:** *Hans Ehard über den Prozess gegen Adolf Hitler in Jahre 1924*, NL Ehard 98, BHStA.

34 **duró cerca de cinco horas:** Según otros autores fueron diez (Dornberg, 1982, p. 329), o incluso doce (Charles Bracelen Flood, *Hitler: The Path to Power*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1989, p. 571). En la copia del protocolo del 14 de diciembre de 1925 por el que me he guiado, se indica que fueron cinco horas, *Bericht des II. Staatsanwalts Dr. Ehard*, 14 de diciembre de 1923, NL Ehard 94, BHStA.

35 **esa «conversación tan esclarecedora»:** Dornberg (1982), p. 329.

36 **ocuparía unas quince páginas:** *Bericht des II. Staatsanwalts Dr. Ehard*, December 14, 1923, NL Ehard 94, BHStA.

37 **el juicio de Adolf Hitler:** En los días previos a la apertura de la vista oral, muchas publicaciones se referían al proceso como el «juicio Ludendorff» o el «juicio Ludendorff-Pöhner». *Münchener Post*, 29 de enero de 1924. Estas denominaciones fueron cayendo en desuso a medida que pasaba el tiempo, aunque algunos diarios —como por ejemplo el *Miesbacher Anzeiger*— siguieron usándolas.

38 **Staatsgerichtshof:** El Tribunal de Leipzig tenía jurisdicción sobre este tipo de casos, a pesar de que el gobierno bávaro intentó arrebatársela por medio de una ley aprobada el 24 de julio de 1922, tan sólo tres días después. Para más información sobre este particular, véase el análisis que hizo en 1924 el profesor de Derecho Alexander Graf en «Der Münchener Hochverratsprozess», en *Deutsche Juristen-Zeitung* 29, 1924, Heft 9/10, p. 333 y ss. Y para más detalles sobre la posición de Baviera, que veía al Tribunal de Leipzig como una amenaza a su soberanía, véase Bernd Steger, «Der Hitlerprozess und Bayerns Verhältnis zum Reich 1923/1924», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 23, 1977, p. 442, nota 3. Puede encontrarse información adicional sobre esta disputa legal en la monumental obra de Otto Gritschneder, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. Der Hitler-Putsch und die bayerische Justiz*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 1990, pp. 49-50.

39 **el Tribunal Popular:** *Chronik der Bayerischen Justizverwaltung*, pp. 342-344, NL Ehard 90/3, BHStA. Puede encontrarse más información sobre la disputa con Berlín en las páginas 291-295 y 317-318. Véase también *Akten der Reichskanzlei Weimarer Republik. Die Kabinette Stresemann I u. II.* Band II (1978), n.º 248, pp. 1055-1056, y n.º 268, 19 de noviembre de 1923, p. 1126, y en Otto Gritschneder, «Das missbrauchte bayerische Volksgericht», en Lothar Gruchmann, Reinhard Weber y Otto Gritschneder, eds., *Der Hitler-Prozess 1924. Wortlaut der Hauptverhandlung vor dem Volksgericht München I*, K. G. Saur, Múnich, 1997, vol. I, pp. xvii-xli.

40 **«reyes judiciales»:** Esta expresión pertenece al abogado Philipp Loewenfeld y está sacada de Douglas G. Morris, *Justice Imperiled: The Anti-Nazi Lawyer Max Hirschberg in Weimar Germany*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2008, p. 45. Véanse también las memorias de Max Hirschberg, *Jude und Demokrat. Erinnerungen eines Munichener Rechtsanwalts 1883 bis 1939*, ed. Reinhard Weber, R. Oldenbourg Verlag, Múnich, 1998.

41 **seguro que habría sido necesario recurrir:** Gritschneder (1990), p. 51. Para más información sobre el desinterés que mostraron las autoridades berlinesas, en especial Seeckt y Stresemann, y sobre la inestabilidad del gobierno, véase Bernd Steger, «Der Hitlerprozess und Bayerns Verhältnis zum Reich 1923/1924», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 23 (1977), pp. 444, 447-448 y 455.

42 **Straubing:** *Voralberger Tagblatt*, 8 de enero de 1924. En cuanto al resto de las ciudades que se barajaron como posible emplazamiento, *Münchner Neueste Nachrichten*, 9 de enero de 1924.

43 **o incluso en la cárcel de Landsberg:** Franz Hemmrich, memorias inéditas, *Erinnerungen eines Gefängnisbeamten*, ED 153-1, pp. 25-28, IfZ.

44 **había sido clausurada:** Se trasladó a la ciudad de Ohrdruf, en Turingia. Allí fue donde, en marzo de 1924, Seeckt reprendió a los cadetes y los llamó «rebeldes», John W. Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power: The German Army in Politics 1918-1945*, St Martin's Press, Nueva York, 1954, p. 178, nota 1.

45 **Dr. Frankenstein:** *The New York Times*, 13 de enero de 1924.

46 **«¿Qué pueden hacerme?»:** Hanfstaengl (1970), p. 156. La referencia a Egon se encuentra en Hanfstaengl (1957, reimpr. de 2011), p. 113. Hitler ya había amenazado anteriormente con contar todo lo que sabía acerca de los programas secretos de entrenamiento, en Lothar Gruchmann, «Hitlers Denkschrift an die bayerische Justiz vom 16. Mai 1923», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 39, 1991, pp. 305-328.

47 **fue suspendida de repente:** Informe, 11 de febrero de 1924, HA 5/114I; *Münchner Neueste Nachrichten*, 11 de febrero de 1924, y *Regensburger Tagblatt*, 12 de febrero de 1924.

48 **habían dimitido:** *Chronik der Bayerischen Justizverwaltung*, pp. 328-329, NL Ehard 90/3, BHStA. Seisser se mantuvo en su puesto, pero según algunas opiniones también debería haber dimitido, *Neue Freue Volkszeitung*, 17 de mayo de 1924.

49 **«de rebeldía»:** R. D. Murphy, *Confidential Political Report*, enviado el 16 de enero de 1924 (erróneamente fechado en 1923), M336, 862.00/1397, n.º 20, NA. Véase también *Germania*, 20 de octubre de 1923.

50 **solicitó la intercesión del mismísimo:** *Münchener Zeitung*, 25 de febrero de 1924. La negativa de Hindenburg a intervenir puede encontrarse en *Prager Tablatt*, 24 de febrero de 1924; en el *Times*, 25 de febrero de 1924, y en el informe n.º 49, 27 de febrero de 1924, HA 5/114II.

51 **¿todas las sesiones a puerta cerrada?:** *L'Écho de Paris* , 25 de febrero de 1924, o al menos las más importantes, *Tages-Post* (Linz, Austria), 27 de febrero 1924.

52 **contratar a un guardaespaldas:** Carl Christian Bry, *Der Hitler-Putsch. Berichte und Kommentare eines Deutschland-Korrespondenten (1922-1924) für das «Argentinische Tag- und Wochenblatt»*, ed. Martin Gregor-Dellin, Greno, Nördlingen, 1987, p. 163. La referencia a las amenazas puede encontrarse en *Neue Zürcher Zeitung*, 12 de noviembre de 1923, Erstes Mittagblatt.

53 **se negaba a asistir:** *The New York Times*, 10 de febrero 1924.

54 **De acuerdo con algunas informaciones:** Associated Press, 26 de febrero de 1924.

55 **muchos de los acusados:** *Münchner Neueste Nachrichten*, 24 de febrero de 1924. Pöhner, en concreto, arrastraba problemas de salud desde hacía algún tiempo; como mínimo —según su ficha médica— desde enero de 1924, Der Vorstand der II. med. Klinik, Anz. Verz. Nr. Ib 235/24, 7 de octubre de 1924, HA 69/ 1503. Algunos periódicos dieron cuenta de esta enfermedad, como por ejemplo el *München-Augsburger Abendzeitung*, 28 de enero 1924, y el *Völkischer Kurier*, 6 de febrero de 1924. Al parecer, llegó incluso a contagiársela a algunos testigos, *Chicago Daily Tribune*, 26 de febrero de 1924.

56 **debía recibir asistencia psiquiátrica:** *Le Petit Parisien*, 27 de noviembre de 1923. El Dr. Brinsteiner reconoció la depresión, pero consideró que estaba en condiciones de afrontar el juicio, *Gutachten über den Geisteszustand des Untersuchungsgefangenen Adolf Hitler*, 8 de enero de 1924, pp. 19-20, OSS.

57 **insomnio:** Reinhard Weber, «"Ein tüchtiger Beamter von makelloser Vergangenheit". Das Disziplinarverfahren gegen den Hochverräter Wilhelm Frick 1924», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 42, 1994, Heft 1, p. 131.

58 **envenenado:** *Daily Mail* (Brisbane), 8 de febrero de 1924.

59 **se habían declarado también:** En vísperas del juicio, también Kriebel estaba ingresado en un hospital, VI a F 406/24, 20 de febrero de 1924, HA 67/1494.

60 **grupos de nazis violentos y fanatizados:** *Neue Freie Presse*, 24 de febrero de 1924. La policía desbarató un plan para forzar la suspensión del juicio, 8 de febrero de 1924, MA 104221, BHStA, y notas preliminares en MINN 73699, BHStA.

1 ***Que se haga justicia:*** Anz. Verz. XIX 421/1923, Proz.Reg.Nr. 20, 68, 97/1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 23, StAM. Neithardt omitió, sin embargo, la palabra *et* («y») de esta cita latina. Para más información, véase Lothar Gruchmann, Reinhard Weber y Otto Gritschneder, *Der Hitler-Prozess 1924. Wortlaut der Hauptverhandlung vor dem Volksgericht München I*, I-IV (1997-1999), I, p. 353, nota 9.

2 **mañana gélida y nevada:** *Berliner Tageblatt*, 26 de febrero de 1924.

3 **pases oficiales:** *Sicherungsmassnahmen anlässlich des Prozesses gegen Hitler u. Genossen*, 23 de febrero de 1924, HA 68/1498. Se conserva una copia del pase de Ehard entre sus documentos, NL Ehard 97, BHStA.

4 **los cordones de la policía:** *Sicherheitsvorkehrungen für das Kriegsschulegebäude während der Zeit des Hitler-Prozesses*; 15 de febrero de 1924, HA 68/1498.

5 **«No había visto»:** *Le Gaulois*, 27 de febrero de 1924. Entre los muchos periódicos que se refirieron a las medidas de seguridad cabe destacar los siguientes: *Die Welt am Samtag*, 24 de febrero de 1924; *Nordre Bergenhus Amtstidende*, 27 de febrero de 1924, y *Prager Tagblatt*, 28 de febrero de 1924.

6 **un resplandor anaranjado:** *Vossische Zeitung*, 26 de febrero de 1924, Abend Ausgabe, y *Münchner Neueste Nachrichten*, 24 de febrero de 1924.

7 **demasiadas mujeres:** *Das Bayerische Vaterland*, 27 de febrero de 1924.

8 **demasiados extranjeros:** *Markt Grafinger Wochenblatt*, 29 de febrero de 1924. Al parecer, se oía hablar mucho en inglés: *Münchner Neueste Nachrichten*, 27 de febrero de 1924, y *Völkischer Kurier*, 27 de febrero de 1924.

9 **la sala:** *Skizze des Sitzungssaales für der Infanterieschule Blutenburgerstr. 3/I*, MINN 73699, BHStA.

10 **la acústica:** *Berliner Tageblatt*, 26 de febrero de 1924, Morgen Ausgabe.

11 **sólo sesenta:** No.292/24, 19 de febrero de 1924, NL Ehard 97, BHStA. La demanda fue mucho mayor, tal y como indicó por ejemplo el *Arbeiter-Zeitung* (Viena), 26 de febrero de 1924.

12 **en medio de la tribuna:** *Le Petit Parisien*, 27 de febrero de 1924.

13 **con ropa cara:** *L'Écho de Paris*, 27 de febrero 1924. Esto no resulta en absoluto sorprendente, teniendo en cuenta el elevado número de solicitudes que se presentaron para conseguir los pases, HA 68/1498.

14 **estaba inicialmente reservado:** *Münchener Post*, 27 de febrero de 1924.

15 **Al frente:** *Miesbacher Anzeiger*, 26 de febrero de 1924, y *Deutsche Allgemeine Zeitung*, 26 de febrero de 1924.

16 **un traje de color azul oscuro:** Se ha dicho en infinidad de ocasiones que Ludendorff ese día llevaba puesto su uniforme, pero no es verdad. Así lo indican, entre otras muchas, las siguientes fuentes: *Vossische Zeitung*, 26 de febrero de 1924, Abend Ausgabe; *Le Matin*, 27 de febrero de 1924, y Reuters, 26 de febrero de 1924.

17 **le pareció nueva:** *L'Ouest-Éclair*, 27 de febrero de 1924.

18 **«¿Ese dandi de provincias?»:** Edgar Ansel Mowrer, *Germany Puts the Clock Back*, William Morrow, Nueva York, 1933, p. 252. Véase también el Manual de la OSS, p. 642, y las descripciones de Lilian T. Mowrer en su excepcional obra *Journalist's Wife*, William Morrow, Nueva York, 1937, p. 186.

19 **un «enjambre de abejas»:** *Vossische Zeitung*, 26 de febrero de 1924, Abend Ausgabe.

20 **El presidente del tribunal:** Neithardt ostentaba el cargo de presidente del Tribunal Supremo desde 1920. Otto Gritschneder, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. Der Hitler-Putsch und die bayerische Justiz*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 1990, p. 63.

21 **Y mucho menos en una sala:** *L'Humanité* , 25 de febrero de 1924, y *Tages-Post* (Linz), 23 de febrero de 1924.

22 **los tres jueces no profesionales:** Algunos historiadores los confunden con los suplentes, pero ésta era la verdadera composición del tribunal.

23 **trescientos veintiséis de los trescientos cincuenta y cuatro casos:** E. J. Gumbel, *Vier Jahre politischer Mord*, Verlag der Neuen Gesellschaft, Berlín-Fichtenau, 1922, pp. 73-78. Los datos sobre los acusados de izquierdas pueden encontrarse en las páginas 79-80.

24 **A las 8.52 horas:** NA T84 EAP 105/7, p. 3.

25 **un escritor residente en Múnich:** Hitler ya se definía a sí mismo como *escritor* el 22 de agosto de 1909, fecha en la que se mudó al número 58 de la Sechshauserstrasse en Viena. Volker Ullrich, *Adolf Hitler Biographie. Band 1: Die Jahre des Aufstiegs 1889-1939*, S. Fischer, Frankfurt, 2013, p. 52.

26 **empezaron a circular:** NA T84 EAP 105/7, p. 204; *Vossische Zeitung*, 28 de febrero de 1924, Morgen Ausgabe. Para más información sobre el rumor que pudo escuchar Hans von Hülsen, véase Ernst Deuerlein, ed., *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*, Deutscher Tashenbuch Verlag, Düsseldorf, 1978, p. 205.

27 **a varias personas sonriendo:** *Le Petit Parisien*, 28 de febrero de 1924. Véase también *L'Ouest-Éclair*, 28 de febrero de 1924.

28 **En enero de 1922:** MA 103476/1, p. 74, BHStA. La participación de Hitler en la protesta que tuvo lugar el 1 de mayo de 1923 debería haber supuesto la revocación inmediata de su libertad condicional, Gritschneder (1990), p. 58.

29 **un rival:** La persona a la que Hitler atacó se llamaba Otto Ballerstedt y era el líder de la Bayernbund. Fue asesinado el 30 de junio de 1934, en la conocida como «Noche de los Cuchillos Largos».

30 **un solo mes en prisión:** Ullrich (2013), p. 134.

31 **«El 8 de noviembre de 1923»:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 2, StAM, y el texto que está leyendo el fiscal en ese momento puede encontrarse en *Der Hitler-Prozess vor dem Volksgericht in München*, Knorr & Hirth, Múnich, 1924, I, p. 2. En ese documento no figuran los cargos presentados contra el teniente coronel Kriebel y Heinz Pernet, los dos últimos en ser añadidos a la lista de imputados. Para consultarlos, véase Stenglein, *Nachtragsanklage*, 24 de enero y 7 de febrero de 1924, Staatsanwaltschaften 3099, StAM.

32 **parecía lo más indicado:** *Münchner Neueste Nachrichten*, 27 de febrero de 1924.

33 **debía de haberse encargado seguramente:** Memorias inéditas de Ehard, pp. 41-42, NL Ehard 99, BHStA.

34 **el cráneo más privilegiado:** *Bayerischer Kurier*, 17 de marzo de 1924.

35 **«trampolín» [...] «En nuestra opinión»:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts*, pp. 4, 6, 32 y 33, Staatsanwaltschaften 3098, StAM.

36 **más de una hora:** Associated Press, 27 de febrero de 1924; un poco más según el *Miesbacher Anzeiger*, 26 de febrero de 1924, y un poco menos según el informe n.º 50, 28 de febrero de 1924, HA 5/114II.

37 **«una amenaza para la seguridad nacional»:** NA T84 EAP 105/7, p. 3. En cuanto a la sorpresa que produjo, véase, por ejemplo, el *Prager Tagblatt* de Praga, 28 de febrero de 1924, y el *Reichspost* de Viena, 28 de febrero de 1924.

38 **«juzgando el caso»:** NA T84 EAP 105/7, p. 10.

39 **«No estaría mal»:** NA T84 EAP 105/7, p. 13. Los antecedentes de Holl pueden consultarse en n.º 72, 25 de marzo de 1924, HA 5/114II.

40 **«monstruosos»:** NA T84 EAP 105/7, p. 16.

41 **«una honda impresión»:** NA T84 EAP 105/7, p. 24.

42 **«Si yo fuera fiscal» [...] «Me parece que eso sería excederse»:** NA T84 EAP 105/7, p. 24.

43 **«no tenemos la menor intención de perjudicar a Alemania»:** NA T84 EAP 105/7, p. 25. Hitler ya había amenazado con revelar que sus hombres habían sido entrenados por el Estado para evitar que lo llevaran a juicio tras las celebraciones del Primero de Mayo: Lothar Gruchmann, «Hitlers Denkschrift an die bayerische Justiz vom 16. Mai 1923», VfZ, 39 (1991), pp. 305-328.

44 **«interés público»:** NA T84 EAP 105/7, p. 26.

45 **«la acusación actuará en consecuencia»** y **«¡La acusación no tolerará!»:** NA T84 EAP 105/7, p. 31.

46 **en medio del barullo:** Ibíd.

47 **«El juicio se celebrará»** y **«El tribunal se reserva»:** NA T84 EAP 105/7, p. 32.

1 ***He tomado la decisión:*** NA T84/2 EAP 105/7, p. 120.

2 **unos dedos largos y finos:** G. Ward Price, 17, en OSS Sourcebook, y G. Ward Price, *I Know These Dictators*, George G. Harrap, Londres, 1937, p. 18.

3 **«bastante apuesto»:** *Allgemeine Rundschau*, 20 de marzo de 1924.

4 **«Cuando me trasladé a Múnich»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 33-34.

5 **sino un año después:** Algunos periódicos sí fecharon correctamente la llegada de Hitler a Múnich en 1913, como por ejemplo el *Salzburger Volksblatt* en su edición del 10 de noviembre de 1923, pero lo hicieron después de que el líder nazi aprovechara la ocasión para divulgar sus mentiras ante el tribunal. Otras personas se percataron también de este detalle, entre ellas Kurt G. W. Ludecke, *I Knew Hitler: The Story of a Nazi Who Escaped the Blood Purge*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1938, p. 47, pero la fecha correcta fue desvelada por Franz Jetzinger, paisano de Hitler y miembro del Partido Socialdemócrata austriaco, en su obra *Hitler's Youth*, trad. de Lawrence Wilson, Hutchinson, Londres, 1958, en concreto en las páginas 156-159. En las páginas 175-182 cuenta cómo el líder nazi evitó que la Gestapo se hiciera con esos documentos.

6 **sin presentarse para cumplir el servicio militar:** Ley del Servicio Militar Obligatorio de 1889. Para más información, véase Jetzinger (1958), p. 145.

7 **«no apto ni para el combate»:** Jetzinger (1958), p. 155. La conclusión puede encontrarse en las páginas 157 y 158. Kershaw coincide en que el servicio militar fue la principal razón de que Hitler saliera de Austria: Ian Kershaw, *Hitler: 1889-1936*, Ediciones Península, Barcelona, 1999. Y también parece ser de la misma opinión Thomas Weber, *La primera guerra de Hitler*.

8 **La impresión:** A medida que iba haciéndose famoso, algunos periodistas empezaron a cuestionar la historia que había ofrecido acerca de su servicio militar. Véase, por ejemplo, la serie de artículos que aparecieron a partir de enero de 1924 en el *Münchener Post* y posteriormente en el *Echo der Woche.* Para un análisis más detallado de esta controversia y de la demanda que presentó Hitler, véase Lothar Machtan, *The Hidden Hitler*, trad. de John Brownjohn, Basic Books, Nueva York, 2001, pp. 6588, y Weber (2010), pp. 282-287 (trad. española: *El secreto de Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2001).

9 **«gorrino de retaguardia»:** Weber (2010), p. 91, y el análisis de la experiencia bélica de Hitler que se hace sobre todo en las páginas 91-105.

10 **«luchando por el pueblo alemán»:** Hitler asistió, desde luego, a los combates, especialmente el día 29 de octubre de 1914 en Ypres, fecha en la que trescientos cuarenta y nueve hombres del Regimiento List fueron asesinados. Lo ascendieron a *gefreiter* el 3 de noviembre de 1914 y seis días después lo nombraron mensajero del cuartel general del regimiento.

11 **«Durante la guerra»** y **«completamente ciego»:** NA T84 EAP 105/7, p. 34.

12 **el 5 de octubre:** Hitler no mencionó la fecha de su primera herida durante el juicio y en *Mein Kampf* se refiere al día 7 de octubre. Pero es mucho más probable que se produjera el día 5, Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, Herbig, 2000, Múnich, pp. 163-164; Weber (2010), p. 154, y Peter Longerich, *Hitler. Biographie*, Siedler, Múnich, 2015, p. 48. Puede encontrarse una copia de su ficha hospitalaria en HA 4/96.

13 **la policía condujo:** *Wache anlässlich des Hitler-Prozesses*, 20 de febrero de 1924, HA 68/1498.

14 **ocho habitaciones:** *Sicherheitsvorkehrungen für das Kriegsschulegebäude während der Zeit des Hitler-Prozesses*, 15 de febrero de 1924, HA 68/1498. El *Die Welt am Samtag* ofreció un breve avance de los preparativos en su edición del 24 de febrero de 1924, y el *Fränkischer Kurier* dio una información un poco más detallada el 4 de marzo de 1924.

15 **no estaban obligados a quedarse:** *Sicherungsmassnahmen anlässlich des Hitlerprozesses*, 21 de febrero de 1924, HA 68/1498.

16 **«Señoría»:** NA T84 EAP 105/7, p. 36.

17 **«genio»:** *Vossische Zeitung*, 27 de febrero de 1924, Morgen Ausgabe.

18 **con corrección:** *Berliner Tageblatt*, 26 de febrero de 1924, Abend Ausgabe, y *Prager Tageblatt*, 28 de febrero de 1924.

19 **casi como si estuviera nervioso:** *Times* de Londres, 27 de febrero de 1924, y *Völkischer Kurier*, 27 de febrero de 1924

20 **su actuación fue deslumbrante:** *Markt Grafinger Wochenblatt*, 29 de febrero de 1924.

21 **tribuno de la plebe:** *La Croix*, 28 de febrero de 1924.

22 **un charlatán:** *L'Écho de Paris*, 28 de febrero de 1924.

23 **no costaba nada:** *Le Petit Parisien*, 27 de febrero de 1924.

24 **Hitler hablaría:** Según algunas estimaciones, duró cuatro horas. Véase, por ejemplo, *Hamburger Anzeiger*, 27 de febrero de 1924; *Der Landsmann*, 27 de febrero de 1924, y *Das Bayerische Vaterland*, 28 de febrero 1924. Según otras fuentes, el alegato fue ligeramente más largo, *Die Rote Fahne* (Viena), 27 de febrero de 1924.

25 **«excelente» [...] «un antisemita convencido»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 36-37, y *Vorwärts*, 27 de febrero de 1924.

26 **«teniente coronel Hitler»:** *Auckland Star*, 28 de febrero de 1924.

27 **«Herr von Hitler»:** United Press (Gran Bretaña), 29 de febrero de 1924, y Reuters, 26 de febrero de 1924.

28 **hecho a sí mismo:** *Hamburger Illustrierte Zeitung*, n.º 9, 1924.

29 **«el fundamento sólido»:** Adolf Hitler, *Mein Kampf*, trad. de Ralph Manheim, Houghton Mifflin Company, Boston, 1943, p. 22 (trad. española: *Mi lucha*, Ojeda, Barcelona, 2007).

30 **resulta imposible encontrar pruebas concluyentes:** Brigitte Hamann, *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship*, trad. de Thomas Thornton, Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 347-357, y Joachimsthaler (2000), pp. 10 y 96. Sus comentarios en Lechberg, agosto de 1919, Volker Ullrich, *Adolf Hitler Biographie. Band 1: Die Jahre des Aufstiegs 1889-1939*, S. Fischer, Frankfurt, 2013, p. 100. El primer ensayo conocido de Hitler sobre «La cuestión judía», se lo encargó Karl Mayr y no lo terminó hasta el 16 de septiembre de 1919. Véase también Ernst Deuerlein, ed., «Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 7 (1959), pp. 177-227.

31 **septiembre de 1907:** Kershaw (1999), p. 37, y Hamann (1999), p. 30. A veces se menciona como posible fecha de su regreso el mes de febrero de 1908, después de que alquilara el apartamento en el número 31 de la Stumpergasse.

32 **Hitler no había regresado:** Fue Anton Joachimsthaler quien descubrió este dato. Véase el análisis que hace de las elecciones en la edición revisada de su estudio, Joachimsthaler (2000), pp. 190-216.

33 ***vertrauensmann*****:** Vertrauensmann der sozialistischen Propaganda-Abteilung des 2.Inf. Rgt., Joachimsthaler (2000), pp. 83, 198-202, 210-212.

34 **Muchos compañeros de Hitler:** Esser, por ejemplo, fue socialdemócrata hasta que se convirtió en el afiliado número 881 del NSDAP el 8 de marzo de 1920 (tras la refundación del partido, en marzo de 1925, pasaría a ser el número 2). Heinrich Hoffmann reconoció haber llevado un brazalete rojo, *Hitler Was My Friend*, trad. del teniente coronel R. H. Stevens, Burke, Londres, 1955, pp. 35-37 (trad. española: *Yo fui amigo de Hitler*, Caralt Editores, Barcelona, 1973). Para más información sobre el círculo de izquierdas que rodeaba a Hitler, véase Hellmuth Auerbach, «Hitlers politische Lehrjahre und die Münchner Gesellschaft 1919-1923», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 25 (1977), pp. 1-45.

35 **Hitler nunca reconoció:** Hubo algunas pistas. Ernst Toller dijo haber escuchado algunos rumores, *Eine Jugend in Deutschland*, Querido Verlag, Ámsterdam, 1933, y Rowohlt, Hamburgo, 1998, p. 148 (trad. española: *Una juventud en Alemania*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2017). En 1953, Hermann Esser le reconoció a Werner Maser que Hitler seguramente había llevado un brazalete rojo en la primavera de 1919, Maser, *Hitler: Legend, Myth & Reality*, trad. de Peter y Betty Ross, Harper Torchbooks, Nueva York, 1974, p. 367, nota 153. Según le dijo a Werner Maser, también el historiador Ernst Deuerlein llegó a la conclusión de que Hitler quiso afiliarse al Partido Socialdemócrata Independiente, *Hitler's Mein Kampf*: *An Analysis*, trad. de R. H. Barry, Faber and Faber, Londres, 1970, p. 203, nota 2. Algunos historiadores señalan como prueba un vídeo de mala calidad descubierto hace poco en el que se ve a «Hitler» en el funeral de Kurt Eisner, aunque no hay consenso entre los expertos sobre si la persona que aparece en las imágenes es o no el líder nazi. Pero ni la presencia de Hitler en el funeral ni su ausencia sirven, desde luego, para confirmar o refutar la hipótesis principal según la cual Hitler había asumido esa responsabilidad en aquel momento.

36 **«¡Alemania no estará a salvo!»:** NA T84 EAP 105/7, p. 41.

37 **«socialismo para bobos»** y **«en la desesperación y en la confusión»:** Horst J. Weber, *Die deutsche Presse, insbesondere die völkische, um den Hitlerprozess. Ein Beitrag zur Lehre von der Parteipresse*, tesis doctoral, Universidad de Leipzig, 1930, p. 48.

38 **propaganda nazi:** *Bozner Nachrichten*, 7 de marzo 1924.

39 **la multitud:** *Times* de Londres, 27 de febrero de 1924; *The Independent*, 1 de marzo de 1924, y *Le Petit Journal*, 26 de febrero de 1924.

40 **«para hacerse con unos cuantos escaños» [...] «cada hora»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 52-53.

41 **segura de sí misma:** *L'Impartial*, 29 de febrero de 1924.

42 **un grupo de seis personas:** NA T84 EAP 105/7, pp. 39 y 43-44, y las pruebas que contradicen su afirmación de que él había sido el séptimo miembro en la lista de afiliados del Partido Nacionalsocialista pueden encontrarse en *Mitglieder Liste*, HA 8/171. Donde sí había seis miembros era en el comité de dirección, pero eso no fue lo que Hitler dijo o dio a entender en la sala.

43 **«Debo dejar claro»:** *The Hitler Trial Before the People's Court in Munich*, trad. de H. Francis Freniere, Lucie Karcic y Philip Fandek, University Publications of America, Arlington VA, 1976, vol. I, p. 58.

44 **«¡Si alguien!»:** NA T84 EAP 105/7, p. 73.

45 **«el arrojo para dar»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 86-87.

46 **«A lo largo de todos estos meses»:** NA T84 EAP 105/7, p. 82.

47 **«No he venido a esta sala»:** NA T84 EAP 105/7, p. 120.

48 **«¡levantarse contra los traidores!» [...] quería «lo mejor»:** NA T84 EAP 105/7, p. 122.

49 **«irrefutables»** y **«El interrogatorio»:** NA T84 EAP 105/7, p. 127.

1 ***Para entonces:*** NA T84 EAP 105/7, p. 218.

2 **A los fotógrafos y a los equipos de cámaras:** *Sicherheitsmassnahmen anlässlich des Hitlerprozesses*, 21 de febrero de 1924, y *Sicherungsmassnahmen anlässlich des Prozesses gegen Hitler u. Genossen*, 23 de febrero de 1924, HA 68/1498.

3 **Un venedor de motos:** Staatsministerium des Innern, n.º 2004 k a a 539, 21 de noviembre de 1924, HA 68/1498.

4 **pases que daban acceso: «**Der Präsident des Landgerichts München I an den Herrn Präsidenten der Polizeidirektion München», 19 de febrero de 1924, n.º 292/24, HA 68/1498. Pueden encontrarse copias de las tarjetas en HA 5/114I, y el pase de Ehard se conserva entre sus documentos, NL Ehard 97, BHStA.

5 **«la escoria de la turba hitleriana»:** *Allgemeine Zeitung*, 7 de marzo de 1924.

6 **La presencia policial:** *Berliner Tageblatt*, 27 de febrero de 1924, Abend Ausgabe.

7 **«estado de sitio»:** NA T84 EAP 105/7, p. 908.

8 **«patriotas de la cerveza»:** United Press, 25 de febrero de 1924.

9 **«revolución de la cervecería»:** *Ingolstädter Anzeiger*, 1 de marzo de 1924.

10 **«Muchos consideran el juicio una broma»:** *Vancouver Sun*, 27 de febrero de 1924.

11 **«ridículo golpe en una bodega de cervezas»:** United Press, publicado en el *Berkeley Daily Gazette*, 25 de febrero de 1924.

12 **«checoslovaco»:** *Le Petit Journal*, 26 de febrero de 1924.

13 **«En la Blutenburgstrasse, era cuestión de actuar o morir»:** *Das Bayerische Vaterland*, 27 de febrero 1924.

14 **«viejo Hitler»:** *Das Bayerische Vaterland*, 27 de febrero de 1924. Los judíos eran objeto de ataques en casi todos los discursos que se pronunciaban en aquella época, Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936, Hubris*, W. W. Norton, Nueva York, 1999, p. 151 (trad. española: *Hitler: 1889-1936*, Ediciones Península, Barcelona, 1999).

15 **«una farsa»** y **«el lavado de imagen de Ludendorff»:** Muchos periódicos se hicieron eco de los cargos gracias a las notas de la Australian Press Association, entre ellos el *Telegraph* de Brisbane, el *Argus* de Melbourne, el *Morning Herald* de Newcastle, así como el *Mercury* y el *Advocate* de Hobart y Burnie (Tasmania). En todos ellos fueron publicados el 27 de febrero de 1924.

16 **«¿Por qué no ha sido detenido Kahr?»:** *Vossische Zeitung*, 27 de febrero de 1924, Morgen Ausgabe. Véase también el *Hamburger Illustrierte Zeitung*, n.º 9, 1924.

17 **publicara una foto:** *L'Humanité* , 27 de febrero de 1924.

18 **uno de los grupos paramilitares más solventes:** MA 103476/3, p. 1124, BHStA. Para más información sobre la vida de Weber, véase Svantje Insenhöfer, *Dr. Friedrich Weber. Reichstierärzteführer von 1934 bis 1945* (tesis doctoral presentada en Hannover, 2008).

19 ***The Truth*:** Dr. Weber, *Die Wahrheit* (1923).

20 **difíciles de rebatir:** *Der Oberbayer*, 14-15 de noviembre de 1923.

21 **seguía pareciendo un estudiante:** *Allgemeine Rundschau*, 20 de marzo de 1924.

22 **«gran discurso»:** *Vossische Zeitung*, 27 de febrero de 1924, Abend Ausgabe.

23 **El público:** *Le Petit Parisien*, 28 de febrero de 1924.

24 **«poder romper las cadenas»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 138-139.

25 **«el marxismo, los judíos» [...] «iniciar una cruzada»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 139-140.

26 **«no le quedaría otro remedio»:** NA T84 EAP 105/7, p. 151.

27 **«¿Cuándo recibió usted?»** y **«No recibimos ningún»:** NA T84 EAP 105/7, p. 169.

28 **«no hubiesen incumplido su palabra»:** NA T84 EAP 105/7, p. 175.

29 **«perseguir nuestros propios objetivos» [...] «Por el amor de Dios»:** NA T84 EAP 105/7, p. 193.

30 **«¿No estaba usted al corriente?»:** NA T84 EAP 105/7, p. 194.

31 **«¡Esto es intolerable!»:** *Das Bayerische Vaterland*, 28 de febrero de 1924.

32 **vio a Ludendorff ponerse de pie:** *Le Matin*, 28 de febrero de 1924.

33 **«Perfecto, eso es»** y **«No, en realidad, usted quería»:** NA T84 EAP 105/7, p. 195.

34 **se puso en pie de un salto:** N.º 51, informe, 29 de febrero de 1924, HA 5/114II.

35 **Los asistentes le dedicaron otra ovación:** Así consta en la transcripción que se encuentra en NA T84 EAP 105/7, p. 195. El estado de ánimo del público se menciona en muchas de las crónicas de este episodio, como por ejemplo en el *Vossische Zeitung*, 27 de febrero de 1924; *Le Petit Parisien*, 28 de febrero de 1924, y en la transcripción del juicio publicada en el año 1924, *Der Hitler-Prozess. Auszüge aus den Verhandlungsberichten mit den Bildern der Angeklagten nach Zeichnungen von Otto von Kursell*, Deutscher Volksverlag, Múnich, 1924, p. 33.

36 **¿No había un guardia? [...] «¿Para que?»:** NA T84 EAP 105/7, p. 198. La respuesta de Weber se reproduce en *Der Hitler-Prozess vor dem Volksgericht in München*, Knorr & Hirth, Múnich, 1924, vol. I, p. 35.

37 **más aspecto de bohemio:** *Vossische Zeitung*, 26 de febrero de 1924, Abend Ausgabe.

38 **Pöhner no hizo el menor esfuerzo por ocultar:** En vista de la declaración que había realizado antes del juicio, los argumentos que presentó en el estrado no causaron la menor sorpresa, *Erklärung des Herrn Oberstlandesgerichtsrats Ernst Pöhner über die Vorgänge vom 8/9. November 1923*, 9 de diciembre de 1923, HA 5/120. Pöhner había tenido ya ocasión de exponer esas mismas ideas tres años antes, tal y como señaló el ministro del Estado de Württemberg, Carl Moser von Filseck, *Politik in Bayern 1919-1933. Berichte des württembergischen Gesandten Carl Moser von Filseck*, ed. Wolfgang Benz, Schriftenreihe der Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte Nummer 22/23, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1971, 8 de julio de 1920, n.º 149, p. 64.

39 **la víspera del *putsch*:** La reunión tuvo lugar la mañana del 8 de noviembre y no el día 7 como figura en el auto.

40 **Pöhner hablaba:** *Vossische Zeitung*, 28 de febrero, Morgen Ausgabe, y *Hamburger Illustrierte Zeitung*, 1924, n.º 9.

41 **«haciendo teatro»:** NA T84 EAP 105/7, p. 235.

42 **«sencillamente incomprensible»:** NA T84 EAP 105/7, p. 257.

43 **«No creo»:** NA T84 EAP 105/7, p. 258.

44 **una sonrisa de superioridad:** *Berliner Tageblatt*, 28 de febrero de 1924, Morgen Ausgabe.

45 **«¡Llevamos cinco años!»:** NA T84 EAP 105/7, p. 273. En la transcripción también se señala el alborozo del público.

1 ***He intentado:*** NA T84 EAP 105/7, p. 379.

2 **La nieve cubría:** *L'Ouest-Éclair*, 28 de febrero de 1924, y British United Press, 28 de febrero de 1924.

3 **el coche de Ludendorff:** NA T84 EAP 105/7, p. 278; *Münchner Neueste Nachrichten*, 29 de febrero de 1924; *Prager Tagblatt*, 29 de febrero de 1924, y *Daily Mail*, 29 de febrero de 1924. Al *Times* de Londres, por su parte, la excusa del general le suscitó ciertas dudas, 29 de febrero de 1924.

4 **se habían perdido:** Agencie Havas, 29 de febrero de 1924.

5 **Sala 130:** VId, *Sicherungsmassnahmen anlässlich des Prozesses gegen Hitler und Genossen*, 19 de febrero de 1924, HA 68/ 1498.

6 **«coloso bávaro»:** *Le Petit Parisien*, 29 de febrero de 1924.

7 **«un enemigo despiadado e implacable» [...] «criminales de noviembre»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 281-282.

8 **«Hittler»:** *L'Action Française*, 29 de febrero de 1924.

9 **seguían escribiendo mal:** *Le Gaulois*, United Press, y la agencia Telegraphen-Union continuaban llamándolo «Hittler».

10 **«¡Nos vemos en unos años!» [...] «no descansaría»:** NA T84 EAP 105/7, p. 282.

11 **«bávaro de pura cepa»** y **«la Austria alemana»:** NA T84 EAP 105/7, p. 286.

12 ***Le Petit Parisien creía*:** *Le Petit Parisien*, 29 de febrero de 1924. El *Argentinische Tag- und Wochenblatt* coincidía en que los datos más importantes se desvelaban sólo a puerta cerrada, 12 de marzo de 1924, Carl Christian Bry, *Der Hitler-Putsch. Berichte und Kommentare eines Deutschland-Korrespondenten (1922-1924) für das «Argentinische Tag- und Wochenblatt»*, ed. Martin Gregor-Dellin, Greno, Nördlingen, 1987, p. 186.

13 **«la gran guerra de liberación»:** NA T84 EAP 105/7, p. 288.

14 **«gobierno de delincuentes»:** NA T84 EAP 105/7, p. 290.

15 **«¡Teniente coronel!»:** NA T84 EAP 105/7, p. 291.

16 **«increíble fuerza»:** NA T84 EAP 105/7, p. 296.

17 **«Es imposible librar»:** NA T84 EAP 105/7, p. 295.

18 **«guardia fronteriza»:** NA T84 EAP 105/7, p. 305.

19 **«nadie tenía la menor duda»:** NA T84 EAP 105/7, p. 306.

20 **sacó la orden:** *Befehl des Deutschen Kampfbundes* («Grenzschutzbefehl»), 16 de octubre de 1923, reproducida en Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 42, pp. 221-223.

21 **«¿Tiene que ser ahora?» [...] «A mí no me sorprende»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 307-308.

22 **Uno de los jueces:** NA T84 EAP 105/7, p. 312. Pöhner también se mostró de acuerdo, aunque la transcripción señala que era Frick quien estaba en el uso de la palabra [NA T84 EAP 105/7, pp. 310-312]. Sin embargo, dadas las constantes referencias a su intervención del día anterior y la repetición de algunas de sus expresiones más características, como *«Ich mache keinen Hehl»*, se trata sin duda de Pöhner.

23 **«¿Fueron entrenados?» [...] «¿Oficiales del Reichswehr estaban al cargo de la instrucción?»:** NA T84 EAP 105/7, p. 313.

24 **«todo el mundo se volvería»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 347-348.

25 **«cuando se iniciase la movilización»:** NA T84 EAP 105/7, p. 363.

26 **«Yo creo que»:** NA T84 EAP 105/7, p. 366.

27 **«balcanizar Alemania»:** NA T84 EAP 105/7, p. 369.

28 **«Primero fue España»:** NA T84 EAP 105/7, p. 370.

29 **«recurrir a un uso desmedido y sin precedentes de la fuerza» [...] «El delito de alta traición»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 373-375.

30 **«No piensen»:** NA T84 EAP 105/7, p. 377.

1 ***Ludendorff está por encima:*** NA T84 EAP 105/7, p. 418.

2 **«un paseo»** y **«tragedia de Múnich»:** *Rosenheimer Anzeiger*, 1 y 2 de marzo de 1924. Estas mismas metáforas se reproducirán en el *Bayerischer Kurier*, 11 de marzo de 1924, y en otras publicaciones, como por ejemplo *Der Hitler-Prozess. Auszüge aus den Verhandlungsberichten mit den Bildern der Angeklagten nach Zeichnungen von Otto von Kursell*, Deutscher Volksverlag, Múnich, 1924, pp. 3 y 5-6.

3 **Muchos temían:** *Münchener Zeitung*, 29 de febrero de 1924.

4 **«Si las sesiones en audiencia pública»:** *Times* de Londres, 29 de febrero de 1924.

5 **«alguien con apariencia de búlgaro»** y **«esos individuos»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 384-385.

6 **una indeleble sonrisa de suficiencia:** El artículo al que se alude no pudo ser identificado, pero lo más probable es que apareciera en el *Berliner Lokal-Anzeiger*, 27 de febrero de 1924.

7 **«un trampolín»** y **«un ligero empujón»:** NA T84 EAP 105/7, p. 402.

8 **«Entrega realizada con éxito»:** NA T84 EAP 105/7, p. 408. Para más información sobre el descubrimiento del mensaje, véase XIX 466/23, 28 de diciembre de 1923, HA 67/1494.

9 **«informar primero a Frick» [...] «Ah, bueno, si esa»:** NA T84 EAP 105/7, p. 409.

10 **«Lo mejor»:** NA T84 EAP 105/7, p. 419.

11 **«¡Es indignante!»:** Esta interrupción por parte del público consta en la transcripción, NA T84 EAP 105/7, pp. 419-420.

12 **«¡Vergonzoso!»** y **«¡No es digno de llamarse!»:** N.º 53, 2 de marzo de 1924, HA 5/114II.

13 **«Me gustaría» [...] «No creo»:** NA T84 EAP 105/7, p. 420.

14 **«muy duro»:** *Berliner Tageblatt*, 29 de febrero de 1924, Abend Ausgabe.

15 **«Esto está yendo»:** NA T84 EAP 105/7, p. 421.

16 **«Jamás me habría atrevido»:** NA T84 EAP 105/7, p. 460.

17 **«De acuerdo con el sentir popular»:** NA T84 EAP 105/7, p. 472.

18 **como una bomba:** *Völkischer Kurier*, 4 de marzo de 1924.

1 ***¿Es Ludendorff un verdadero patriota?:*** *Calgary Daily Herald*, 27 de febrero de 1924.

2 **El general:** *Vossische Zeitung*, 1 de marzo de 1924, Abend Ausgabe; *L'Écho de Paris* , 1 de marzo de 1924; *Le Petit Parisien*, 1 de marzo de 1924; *Chicago Daily Tribune*, 1 de marzo de 1924; *Le Figaro*, 1 de marzo de 1924; n.º 53, 2 de marzo de 1924, HA 5/114II; Erich Ludendorff, *Auf dem Weg zur Feldherrnhalle. Lebenserinnerungen an die Zeit des 9.11.1923 mit Dokumenten in fünf Anlagen*, Ludendorff, Múnich, 1937, p. 80.

3 **un traje de color azul:** *Washington Post*, 1 de marzo de1924. Otras fuentes señalaron que parecía viejo y cansado, *Bozner Nachrichten*, 4 de marzo de 1924.

4 **gafas de carey:** *Cairns Post*, 3 de marzo de 1924, y Reuters, 3 de marzo de 1924.

5 **«Soy incapaz de expresarme» [...] «iban en detrimento de sus intereses»:** NA T84 EAP 105/7, p. 482.

6 **señaló a tres enemigos:** En una transcripción del juicio con un claro sesgo prohitleriano publicada en 1924 se destacó muy especialmente el pasaje dedicado a «La cuestión judía», mientras que las partes donde se recogían las acusaciones vertidas por Ludendorff contra los católicos tenían epígrafes mucho más pequeños. Los elogios que el general dispensó a católicos y protestantes por su valentía se reprodujeron también en negrita. *Der Hitler-Prozess. Auszü ge aus den Verhandlungsberichten mit den Bildern der Angeklagten nach Zeichnungen von Otto von Kursell*, Deutscher Volksverlag, Múnich, 1924, p. 52.

7 **con un silencio sepulcral:** *Le Canada*, 1 de marzo de 1924, y Ludendorff (1937), p. 82.

8 **«un nuevo hito»:** *Rosenheimer Anzeiger*, 1 y 2 de marzo de 1924.

9 **«una obra maestra de la ignorancia política»:** *The New York Times*, 2 de marzo de 1924.

10 **«absoluta confianza»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 514-515.

11 **«una manifestación pedagógica»:** NA T84 EAP 105/7, p. 543.

12 **«un acto de deslealtad, una traición y un intento» [...] «Lo que queremos»:** NA T84 EAP 105/7, p. 545.

13 **«Lo que hice»:** NA T84 EAP 105/7, p. 547. La palabra *nur* («sólo») fue añadida a mano a la transcripción.

14 **los trabajadores de la Löwenbräu:** *Volksblatt*, 8 de marzo de 1924. También le dedicaron una ovación en el exterior de la cervecería. *Times* de Londres, 1 de marzo de 1924.

15 **tenía muy poco de lo que quejarse:** Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*, intr. de Eleanor Hancock, trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, pp. 201-202.

16 **el antiguo dormitorio:** *Sicherheitsvorkehrungen für das Kriegsschulegebäude während der Zeit des Hitler-Prozesses*, 15 de febrero de 1924, HA 68/1498.

17 **volvieran a declararse en huelga de hambre:** O que se pusiera fin a la que, según se rumoreaba, ya había comenzado, Associated Press, 27 de febrero de 1924.

18 **«la senda de la humillación y el arrepentimiento»:** Röhm (2012), p. 202. Según él, Hitler y Brückner también esperaban poder hacer lo mismo. Röhm atribuyó a Kohl el mérito de haber reparado en que esto sólo podría lograrse si sus abogados colaboraban estrechamente.

19 **«Señoría»:** NA T84 EAP 105/7, p. 551.

20 **Röhm empleó un tono:** *Le Gaulois*, 2 de marzo de 1924.

21 **«bastante anodino»:** *Berliner Tageblatt*, 1 de marzo de 1924, Abend Ausgabe. También fue comparado con el típico soldado prusiano en *La Justice*, 1 y 2 de marzo de 1924.

22 **«Soy un oficial y un soldado»:** NA T84 EAP 105/7, p. 551.

23 **un «ruido extraño, similar a un resoplido»:** Para más información sobre la herida que sufrió en la nariz y la rudimentaria operación de cirugía estética que se le realizó, véase Eleanor Hancock, *Ernst Röhm: Hitler's SA Chief of Staff*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2008, pp. 2 y 18.

24 **«muy desalentadores»:** NA T84 EAP 105/7, p. 556.

25 **por su obediencia ciega:** *Allgemeine Rundschau*, 20 de marzo de 1924.

26 **«camarada Ebert»:** NA T84 EAP 105/7, p. 566.

27 **«Fuera, el frío»:** *L'Écho de Paris*, 2 de marzo de 1924.

28 **«Su alegría es comprensible» [...] «Estábamos verdaderamente entusiasmados»:** NA T84 EAP 1 05/7, p. 589.

29 **La lista de bienes robados:** Br.B.Nr. 11223, 24 de noviembre de 1923, HA 67/1493.

30 **«charlatán incoherente»:** *Vossische Zeitung*, 1 de marzo de 1924, Abend Ausgabe.

31 **«lucha despiadada» [...] «toda su fe»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 605-607.

32 **«Debo decir»:** NA T84 EAP 105/7, p. 619.

33 **muchos periodistas:** *Berliner Tageblatt*, 1 de marzo de 1924, Abend Ausgabe; *Times* de Londres, 1 de marzo de 1924; *L'Ac t i o n Française*, 2 de marzo de 1924, y *Le Temps*, 3 de marzo de 1924, entre otros muchos, aunque los acusados seguían contando con el favor del público, *La Siècle*, 2 de marzo de 1924.

1 ***Nos ayudó:*** NA T84 EAP 105/7, p. 655.

2 **«libro de difuntos»:** *Vorwärts*, 29 de febrero de 1924.

3 **«triviales»** y **«pedantería y ambición»:** NA T84 EAP 105/7, p. 627.

4 **«¡No cabe ninguna duda!»:** NA T84 EAP 105/7, p. 631.

5 **«Un exaltado»:** *Times* de Londres, 7 de marzo de 1924.

6 **Cuando tomaba la palabra:** *Völkischer Kurier*, 4 de marzo de 1924.

7 **«una investigación preliminar»:** NA T84 EAP 105/7, p. 633.

8 **«sargento Ebert»:** NA T84 EAP 105/7, p. 638. Para más información sobre el desmentido de esta historia, véase *Vorwärts*, 9 de marzo de 1924.

9 **«conferencias internacionales y negociaciones»:** NA T84 EAP 105/7, p. 639.

10 **algunos oficiales:** *Vossische Zeitung*, 3 de marzo de 1924, Abend Ausgabe.

11 **«carecía de validez»:** NA T84 EAP 105/7, p. 668. Neithardt se refería aquí a la afirmación realizada por Wagner que puede encontrarse en NA T84 EAP 105/7, pp. 643 y 668.

12 **«¿Eso es una pregunta?»** y **«la diferencia de edad»:** NA T84 EAP 105/7, p. 670.

13 **«desde el comandante»:** NA T84 EAP 105/7, p. 673.

14 **estuvo entre:** Agencie Havas, 4 de marzo de 1924.

15 **le iba como anillo al dedo:** *Bayerischer Kurier*, 4 de marzo de 1924.

1 ***Mandé a casa a todos:*** NA T84/2 EAP 105/7, p. 724.

2 **«Una comedia, una comedia lamentable»:** *La Presse*, 2 de marzo de 1924.

3 **«vaguedades, vaguedades»** y **«un sonoro guantazo»:** *The New York Times*, 2 de marzo de 1924.

4 **«fantasmagoría»:** *Neue Zürcher Zeitung*, 2 de abril de 1924, Erstes Morgenblatt.

5 **«vulgar y violenta»:** Eugenio Pacelli a Pietro Gasparri, Dokument n.º 1091, 14 de noviembre de 1923, «Kritische Online-Edition der Nuntiaturberichte Eugenio Pacellis (1917-1929)», en <www.pacelli-edition.de>.

6 **«guerra contra Roma»:** Véase también la cobertura informativa de esta controversia en los diarios *Berliner Börsen-Zeitung*, 4 de marzo de 1924, Morgen Ausgabe; *La Croix*, 11 y 13 de marzo de 1924; *Hennefer Volks-Zeitung*, 6 de marzo de 1924, y *Meraner Zeitung*, 14 de marzo de 1924. Véase también *Der Landsmann*, 5 de marzo de 1924.

7 **«torpemente concebida»:** *Time*, 10 de marzo de 1924.

8 **«poner en evidencia su verdadera naturaleza»:** *Germania*, 1 de marzo de 1924.

9 **«un hombre impulsivo y ambicioso»:** *L'Écho de Paris*, 26 de febrero de 1924.

10 **el «enredo Hitler-Ludendorff»:** *Vorwärts*, 3 de marzo de 1924.

11 **el rumor:** United Press, 5 de marzo de 1924. En cuanto a la decisión de no presentarse, de la que se informó después del juicio, véase, por ejemplo, el *Meraner Zeitung*, 4 de abril de 1924.

12 **su creciente popularidad:** La ciudad de Múnich apoyaba mayoritariamente a Hitler y Ludendorff, *La Siècle*, 2 de marzo de 1924.

13 **«dejación de funciones»:** Anz. Verz. XIX 421/23, *Antrag des I. Staatsanwalts beim Volksgericht München I auf Anberaumung der Hauptverhandlung*, 8 de enero de 1924, Staatsanwaltschaften 3098, pp. 35-36, StAM. Para más información sobre Frick, véase Reinhard Weber, «"Ein tüchtiger Beamter von makelloser Vergangenheit". Das Disziplinarverfahren gegen den Hochverräter Wilhelm Frick 1924», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte 42* (1994), Heft 1, pp. 129-150.

14 **elegante:** *Le Petit Parisien*, 27 de febrero de 1924.

15 **«alto y delgado»:** *Berliner Tageblatt*, 26 de febrero de 1924.

16 **«Sin [él], el Estado» [...] un «balón dividido»:** NA T84 EAP 105/7, p. 700.

17 **«aún muy pequeña»:** NA T84 EAP 105/7, p. 704.

18 **«una clase trabajadora contaminada»** y **el «germen del renacimiento alemán»:** NA T84 EAP 105/7, p. 704. Georg Fuchs desarrollaría posteriormente esta figura de la «célula germinal» en un ensayo inédito sobre los primeros años del Partido Nazi, que está basado a su vez en algunas reflexiones realizadas por Pöhner y Frick, *Zur Vorgeschichte der nationalsozialistischen Erhebung*, HA 4/113.

19 **«había escuchado ya»:** NA T84 EAP 105/7, p. 714.

20 **«No reconoce nada» [...] hablaba con la seguridad:** *Vossische Zeitung*, 4 de marzo de 1924, Morgen Ausgabe.

1 ***Creo que fue:*** NA T84 EAP 105/7, p. 961.

2 **distendidos, confiados:** *Mü nchener Zeitung*, 1-2 de marzo de 1924.

3 **La policía se había estado quejando [...] «Los acusados no eran»:** Actas del consejo de ministros, 4 de marzo de 1924, Ernst Deuerlein, ed., *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Düsseldorf, 1978, pp. 215-217. Se dio cumplida cuenta de las simpatías de Neithardt. Véase, por ejemplo, *Vorwärts*, 6 de marzo de 1924, y Carl Moser von Filseck, *Politik in Bayern 1919-1933. Berichte des württembergischen Gesandten Carl Moser von Filseck*, ed. Wolfgang Benz, Schriftenreihe der Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte Nummer 22/23, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1971, 2 de marzo de 1924, n.º 75, p. 153.

4 **de ser él el presidente del tribunal:** *Das Bayerische Vaterland*, 7 de marzo de 1924.

5 **el conocido como *panfleto blanquiazul*:** Se trataba de un panfleto escrito por «Veni Vidi» y titulado *Ludendorff in Bayern, oder Der Novemberputsch*, Veduka-Verlag, Leipzig, 1924.

6 **el memorando:** «Der Putsch am 8. November 1923. Vorgeschichte und Verlauf», reproducido en Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.º 182, pp. 487-515. Pueden encontrarse algunas apreciaciones adicionales en los anexos 4a y 4b, pp. 530-535.

7 **«¡Secreto!»** y **«¡Confidencial!»:** NA T84 EAP 105/7, p. 750.

8 **«Me he dado cuenta»:** NA T84 EAP 105/7, p. 750.

9 **«parecido asombroso»:** NA T84 EAP 105/7, p. 760.

10 **a los acusados se les permitía:** *Le Gaulois*, 5 de marzo de 1924.

11 **a su «manera relamida»:** *Allgemeine Zeitung*, 7 de marzo de 1924.

12 **un abrigo gris de oficial:** *Time*, 17 de marzo de 1924, y conversación con Hitler, Associated Press, 5 de marzo de 1924.

13 **Protegido por la sesión a puerta cerrada:** NA T84 EAP 105/7, p. 774.

14 **A las 14.52 horas:** NA T84 EAP 105/7, p. 817.

15 **«el día de la policía»:** *Vossische Zeitung*, 5 de marzo de 1924, Morgen Ausgabe.

16 **«Desconozco qué sucedió»:** NA T84 EAP 105/7, p. 828.

17 **«asumir el liderazgo político»:** NA T84 EAP 105/7, p. 861. Se señala a menudo que Hitler adquirió este nuevo sentido de la responsabilidad durante su paso por la cárcel, pero pasar de tambor a líder político fue un proceso mucho más complejo y comenzó mucho antes de lo que afirma la leyenda, según la cual el cambio se produjo en Landsberg.

18 **Sacó una copia:** El artículo que cita fue publicado en el *Mü nchner Neueste Nachrichten* el 9 de noviembre de 1923.

19 **se volvió luego hacia el fiscal:** N.º 57, 7 de marzo de 1924, HA 5/114II, y *Vorwärts*, 5 de marzo de 1924.

20 **«¡Mi enfrentamiento!»:** NA T84 EAP 105/7, p. 862.

1 ***«No puedo desvelar nada más»:*** NA T84 EAP 105/7, p. 2133.

2 **la carnavalada más espectacular:** *Vossische Zeitung*, 6 de marzo de 1924, Abend Ausgabe.

3 **«parodia de la justicia»:** *L'Écho de Paris*, 4 de marzo de 1924.

4 **«su excelencia»:** *Le Canada* (Montreal), 1 y 6 de marzo de 1924.

5 **«Monsieur Hitler»:** *Le Petit Parisien*, 27 de febrero de 1924.

6 **no se atrevió:** *La Presse*, 6 de marzo de 1924.

7 **perilla encanecida:** H. R. Knickerbocker, *Is Tomorrow Hitler's?: 200 Questions on the Battle of Mankind*, Reynal & Hitchcock, Nueva York, 1941, p. 11.

8 **«su majestad el rey»:** *Berliner Tageblatt*, 1 de marzo de 1924, Abend Ausgabe.

9 **ver a un joven oficial:** *Wiener Zeitung*, 6 de marzo de 1924.

10 **«garabatos»:** NA T84 EAP 105/7, p. 908. Es probable que se trate de las ilustraciones publicadas en el diario *Le Matin* el 2 de marzo de 1924.

11 **«El líder de la revolución cervecera»:** NA T84 EAP 105/7, p. 908.

12 **a quien se había detenido como sospechoso:** Telegraphen-Union, 4 de marzo de 1924; *Berliner Börsen-Zeitung*, 5 de marzo de 1924. Véase también VIa H.B.123/24, 28 de febrero de 1924, y HA 68/1494.

13 **«fiebre persecutoria»:** NA T84 EAP 105/7, p. 911.

14 **«El único caso que nos incumbe»:** Ibíd.

15 **Parte del público:** *Le Matin*, 7 de marzo de 1924.

16 **Stenglein se puso de pie:** *Prager Tagblatt*, 7 de marzo de 1924.

17 **algo ininteligible:** *L'Écho de Paris*, 7 de marzo de 1924.

18 **la voz del fiscal:** *Vossische Zeitung*, 6 de marzo de 1924, Abend Ausgabe; *Berliner Tageblatt*, 6 de marzo de 1924, Abend Ausgabe, y *Le Petit Parisien*, 7 de marzo de 1924.

19 **«A lo largo de este proceso»:** NA T84 EAP 105/7, p. 912.

20 **dando un portazo:** *Vossische Zeitung*, 6 de marzo de 1924, Abend Ausgabe.

21 **«comentarios de naturaleza ofensiva»:** NA T84 EAP 105/7, p. 912.

22 **«¡No creo que vayan a faltarnos fiscales!»:** NA T84 EAP 105/7, p. 913.

23 **Algunas personas se pusieron a aplaudir:** En mitad de ese revuelo, el presidente del tribunal tardó un buen rato en hacerse oír, *Times* de Londres, 7 de marzo de 1924.

24 **«¡Bravo!»:** Este comentario aparece reflejado en la edición abreviada de las actas que se publicó en 1924, *Der Hitler-Prozess. Auszü ge aus den Verhandlungsberichten mit den Bildern der Angeklagten nach Zeichnungen von Otto von Kursell*, Deutscher Volksverlag, Múnich, 1924, p. 85.

25 **«El fiscal humillado»:** *Evening Post* (Auckland, Nueva Zelanda), 7 de marzo de 1924.

26 **«un alboroto enorme»** y **«el más escandaloso que se había celebrado»:** *The New York Times*, 7 de marzo de 1924.

27 **«muestra de sensibilidad tan exagerada»:** *Völkischer Kurier*, 8 de marzo de 1924.

28 **«la paciencia de un santo»:** *Bayerischer Kurier*, 7 de marzo de 1924.

29 **«héroes de la patria alemana»:** *Vossische Zeitung*, 6 de marzo de 1924, Abend Ausgabe.

30 **«un escándalo judicial»:** *Berliner Tageblatt*, 6 de marzo de 1924, Abend Ausgabe. Pueden encontrarse más comentarios sobre la dignidad del fiscal, por ejemplo, en el *Vancouver Sun*, 9 de marzo de 1924. Y algunas críticas al ataque de Kohl en el *Mü nchner Neueste Nachrichten*, 8 de marzo de 1924, y en el *Mü nchener Post*, 7 de marzo de 1924.

31 **«naturaleza vodevilesca»:** *Le Petit Parisien*, 7 de marzo de 1924. Fueron muchos los periódicos que dudaron sobre la continuidad del juicio. Cabe destacar entre ellos el diario *L'Humanité*, 7 de marzo de 1924. Pueden encontrarse también algunos comentarios sobre la incertidumbre en torno al regreso del fiscal, Reuters, 8 de marzo de 1924, y sobre la dificultad de dar con un sustituto, *Arbeiter-Zeitung* de Viena, 7 de marzo de 1924.

1 ***Se estaba elaborando un plan:*** *Times* de Londres, 13 de marzo de 1924.

2 **en «más de 2.000»:** Agence Havas, 6 de marzo de 1924.

3 **nada desdeñable:** Esto es lo que dio a entender Ehard en la descripción que ofreció en sus memorias inéditas de la reunión celebrada en el Ministerio de Justicia, p. 41, NL Ehard 99, BHStA. Gürtner reconoció haberse reunido con el resto de los abogados en aquel momento del juicio, *Chronik der Bayerischen Justizverwaltung*, p. 384. Puede encontrarse una copia de este documento en NL Ehard 90/3, BHStA.

4 **«pusiese en entredicho la honorabilidad»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 917.

5 **la situación no tardó en regresar a la calma:** *L'Écho de Paris*, 8 de marzo de 1924.

6 **estaban cerrando filas:** *L'Humanité* , 8 de marzo de 1924.

7 **su propia travesía de penitencia:** *Mü nchener Post*, 8 y 9 de marzo de 1924.

8 **«un mero ejercicio de hipocresía» o «una colaboración sin ambages»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 918.

9 **En tanto que subordinado de Kahr:** *Berliner Tageblatt*, 7 de marzo de 1924, Abend Ausgabe, y *Le Matin*, 8 de marzo de 1924.

10 **«útil y a todas luces necesario»** y **«lucha contra el marxismo»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 920.

11 **El testigo respondió que no:** El hecho de que la persona encargada de redactar los discursos de Kahr no supiera nada de sus tejemanejes era muy revelador. ¿Qué le impidió hacerle a él los mismos guiños y gestos que, según afirmaba, le habían servido para comunicarse con Lossow y Seisser?, se preguntó el corresponsal extranjero Carl Christian Bry, *Der Hitler-Putsch. Berichte und Kommentare eines Deutschland-Korrespondenten (1922-1924) für das «Argentinische Tag- und Wochenblatt»*, ed. Martin Gregor-Dellin, Greno, Nördlingen 1987, p. 195.

12 **«¡No pienso tolerar!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 945.

13 **«la serie de preguntas malintencionadas»:** *Le Petit Journal*, 8 de marzo de 1924.

14 **sin rechistar:** *L'Humanité* , 8 de marzo de 1924. El testigo se acogió al derecho que tenía como funcionario público de negarse a contestar una pregunta para no contravenir los acuerdos oficiales de confidencialidad que había suscrito [párrafo 53 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal]. Pero, como encargado de redactar los discursos de Kahr, ¿era realmente un empleado público o un asistente personal del comisionado? El juez no quiso presionar al testigo. Para más información, véase Gruchmann, Weber y Gritschneder (1998), II, p. 576, nota 4.

15 **«La impresión que me dio aquello»:** *The Hitler Trial Before the People's Court in Munich*, trad. de H. Francis Freniere, Lucie Karcic y Philip Fandek, University Publications of America, Arlington, VA, 1976, II, p. 24.

16 **la defensa no se atrevió:** *Le Gaulois*, 8 de marzo de 1924.

17 **«¡El señor asesor!» [...] «¡No estoy leyendo nada!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 990. Para más información sobre la posibilidad de que estuviera leyendo, véase el *Berliner Tageblatt*, 8 de marzo de 1924, Morgen Ausgabe.

18 **el panfleto blanquiazul:** Se hace aquí referencia al texto de «Veni Vidi» titulado *Ludendorff in Bayern, oder Der Novemberputsch*, Veduka-Verlag, Leipzig, 1924.

19 **sin demasiado interés:** *Le Temps*, 9 de marzo de 1924. La alusión a la ausencia de revelaciones importantes puede encontrarse en el informe n.º 57, del 7 de marzo de 1924, HA 5/114II.

1 ***Hitler no alcanza a ser:*** *Arbeiterwille*, 28 de febrero de 1924.

2 **«No pensamos participar»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1111.

3 **«En el caso de Hitler»** y **«No hay prueba alguna»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1113-1114.

4 **«Consideramos que el Reichswehr»** y **«¡Nos enfrentaremos a ellos!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1130.

5 **«montañas, lagos»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1146.

6 **confesar ante el tribunal:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1148. Véase también Eberhard Jäckel y Axel Kuhn, eds., *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1980, n.º 602, p. 1059. A lo largo de los meses siguientes, Hitler seguiría intentando marcar distancias con Ludendorff en todo lo relativo a los insultos vertidos por éste contra los católicos.

7 **los primeros militares de alto rango:** La mayoría de los testigos pertenecientes al ejército no suscitaron demasiado interés, *Journal des débats politiques et littéraires*, 10 de marzo de 1924.

8 **«Creo que»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1154.

9 **«Y usted también»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1158.

10 **«unos individuos peculiares»:** *Berliner Tageblatt*, 9 de marzo de 1924, Morgen Ausgabe.

11 **«comedia judicial»:** *Le Matin*, 22 de marzo de 1924. Este comentario tuvo, por supuesto, infinidad de variantes, entre las que cabe destacar las siguientes: «la bufonada de la Bürgerbräu», *Vorwärts*, 9 de marzo de 1924, o «la grotesca bufonada», *Mü nchener Post*, 6 de marzo de 1924.

12 **«orden secreta»:** NA T84 EAP 105/7, p. 1180.

13 **«Me gustaría ser muy meticuloso»:** NA T84 EAP 105/7, p. 1185.

14 **«No tengo la menor idea»:** Ibíd.

1 ***Yo no di la menor importancia:*** NA T84 EAP 105/7, p. 1239.

2 **«el territorio ocupado»:** *The New York Times*, 11 de marzo de 1924. En una foto publicada por el diario *Der Welt Spiegel* el 9 de marzo de 1924 y también por el *Hamburger Illustrierte Zeitung* en la portada de su número 9, puede verse a varios guardias armados y a varios cámaras en una de esas jornadas a primera hora de la mañana.

3 **«auténticos cerebros de la operación»:** NA T84 EAP 105/7, pp. 1215-1216.

4 **«imparciales y ecuánimes»:** NA T84 EAP 105/7, p. 1217.

5 **«casi sepulcral»:** *Berliner Tageblatt*, 10 de marzo de 1924, Abend Ausgabe. El público era más numeroso de lo habitual, Reuters, 10 de marzo de 1924.

6 **El general Von Lossow apareció:** *Mü nchener Post*, 11 de marzo de 1924; *Le Petit Parisien*, 11 de marzo de 1924, y *Le Figaro*, 11 de marzo de 1924.

7 **habría llenado:** *Daily Telegraph*, 11 de marzo de 1924.

8 **«batirse en duelo»:** *L'Écho de Paris*, 11 de marzo de 1924.

9 **«la situación cada vez más difícil»** y **«poderes dictatoriales»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1221.

10 **ciento treinta y seis veces:** Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich*, Penguin Books, Nueva York, 2003, p. 80 (trad. española: *La llegada del Tercer Reich*, Península, Barcelona, 2012).

11 **«Estoy hablando de personas»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1225.

12 **«pueriles»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1226.

13 **«Al principio» [...] «núcleo sano»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1234-1237.

14 **«un aventurero político de segunda fila»:** *The New York Times*, 11 de marzo de 1924.

15 **«tendría que pasarme días enteros»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1240.

16 **«meras fantasías»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1252.

17 **«una oleada de pensamientos» [...] miradas fugaces:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1257-1260.

18 **«desprecio [...] [como] unas criaturas patéticas»:** *The Hitler Trial Before the People's Court in Munich*, trad. de H. Francis Freniere, Lucie Karcic y Philip Fandek, University Publications of America, Arlington, VA, 1976, II, p. 159.

19 **«confiarles»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1270.

20 **«preguntas de suma importancia»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1286.

21 **«¡Las afirmaciones que ha hecho Herr Lossow!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1287.

1 ***En definitiva, mirásemos donde mirásemos:*** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1329.

2 **una expectación enorme:** *Mü nchener Zeitung*, 11 de marzo de 1924, y *Le Gaulois*, 12 de marzo de 1924.

3 **Entró en la sala:** *Berliner Tageblatt*, 11 de marzo de 1924, Abend Ausgabe, y *Mü nchener Zeitung*, 11 de marzo de 1924.

4 **Llevaba el pelo engominado:** Carl Christian Bry, 11 de marzo de 1924, *Der Hitler-Putsch. Berichte und Kommentare eines Deutschland-Korrespondenten (1922-1924) für das «Argentinische Tag- und Wochenblatt»*, ed. Martin Gregor-Dellin, Greno, Nördlingen, 1987, p. 181.

5 **«un verdadero campesino del Danubio»:** *L'Ouest-Éclair*, 12 de marzo de 1924.

6 **resultaba inescrutable:** *Bayerischer Kurier*, 12 de marzo de 1924.

7 **Hablaba con una voz débil y trémula:** *L'Écho de Paris* , 12 y 13 de marzo de 1924, *Mü nchener Post*, 12 de marzo de 1924.

8 **«acción política»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1327. La referencia a que no se trataba de un ataque militar contra Berlín puede encontrarse en NA T84/2 EAP 105/7, p. 1339.

9 **«terribles y catastróficas»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1327.

10 **«ropa, calzado, equipamiento»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1329.

11 **«Mi primera reacción» [...] «catástrofe sin precedentes»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1344-1345.

12 **volvió a pedirle que dejara de leer:** Muchas son las fuentes que presentan a Kahr leyendo, *Grossdeutsche Zeitung*, 12 de marzo de 1924, y *Allgemeine Zeitung*, 12 de marzo de 1924.

13 **el corresponsal del diario parisino:** *Le Matin*, 12 de marzo de 1924.

14 **«¿No está usted al corriente de esto?»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1372.

15 **«No»:** Ibíd.

16 **la orden del Reichswehr:** Ia n.º 800/23, MA 103476/2, 989, BHStA. Puede encontrarse una reproducción también en Ernst Deuerlein, ed., *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Dü sseldorf, 1978, p. 189.

17 **«Puede que pasara»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1373.

18 **había triplicado su tamaño:** Actas de la sesión, 6 de noviembre de 1923, informe, *Zur Vorgeschichte des 8. Novembers 1923*, HA 5/127. Véase también, F. L. Carsten, *The Reichswehr and Politics 1918-1933*, University of California Press, Berkeley, 1973, p. 179.

19 **«Lo desconozco»** y **«No lo recuerdo»** y otras evasivas a lo largo de la sesión**:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1372-1387.

20 **«Todo esto es verdaderamente increíble»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1387.

21 **«Tuve que atender»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1393.

22 **«asegurarme de que»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1414.

23 **«La autoridad del comisionado general del Estado»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1423. Para más información sobre este ardid, véase el informe del letrado Hellmuth Mayer, 19 de febrero de 1924, HA 5/114I, así como su artículo «Mü nchner Hochverratsprozess», en *Der Gerichtssaal* 91 (1925), pp. 93-124. Para más información sobre este abogado, véase el estudio de Natalie Willsch, *Hellmuth Mayer (1895-1980). Vom Verteidiger im Hitler-Prozess 1924 zum liberalkonservativen Strafrechtswissenschaftler. Das vielgestaltige Leben und Werk des Kieler Strafrechtslehrers*, Nomos Verlagsgesellschaft, Baden-Baden, 2008, basado en la tesis doctoral que defendió en la Christian-Albrechts-Universität zu Kiel.

24 **«el verdadero meollo»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1431.

25 **«La cosa no era tan sencilla»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1441.

1 ***Supongo que el tribunal:*** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1508.

2 **«alta traición»** y **«¡Nos importa!»:** *Völkischer Kurier*, 23 y 24 de febrero de 1924; 29 de febrero de 1924, Erste Beilage, y 14 de marzo de 1924, Erste Beilage.

3 **«tensión nerviosa»:** *The New York Times*, 13 de marzo de 1924.

4 **la atmósfera cargada de electricidad:** *Le Figaro*, 13 de marzo de 1924.

5 **«tambor»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1463.

6 **«más que un medio»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1464.

7 **a la mayoría de los periodistas presentes:** *Das Bayerische Vaterland*, 13 de marzo de 1924; *Mü nchener Post*, 13 de marzo de 1924. Véase también *Le Matin*, 13 de marzo de 1924, y *L'Humanité* , 13 de marzo de 1924.

8 **«Cuando le advertí del riesgo»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1473.

9 **«Es un método muy simple»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1481.

10 **«¡Pensaba que!»:** Ibíd.

11 **«el asalto desafortunado» [...] «en el momento más negro»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1482-1483.

12 **«¡Menuda desfachatez!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1490. Algunas fuentes atribuyen esta cita a Stenglein o a Ehard, pero las transcripciones y el contexto dejan claro que pertenece a Hitler.

13 **«rojo de ira»:** *Le Gaulois*, 13 de marzo de 1924.

14 **Los gritos del enfrentamiento:** Agence Havas, 13 de marzo de 1924.

15 **un periodista del:** *Berliner Tageblatt*, 12 de marzo de 1924, Abend Ausgabe.

16 **«Habría sido»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1501.

17 **«sin ser cuestionada en todo»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1503.

18 **«deformado los hechos históricos» [...] «¿Insinúa usted?»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1506-1509.

19 **«¡Menudo escándalo»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1510. Al principio no estaba del todo claro que Ehard pronunciara estas palabras, pero él mismo lo reconoció, como puede leerse en la página 1510 y de nuevo en la 1512.

1 ***Acusados, testigos, jueces:*** *L'Écho de Paris* , 13 de marzo de 1924.

2 **la «aventura de Hitler»:** *Le Petit Parisien*, 10 de noviembre de 1923.

3 **Se suponía que Baviera sería:** *The New York Times*, 14 de marzo de 1924. Véanse también las declaraciones anteriores de los mandatarios bávaros, 8 de diciembre de 1923, HA 5/114I.

4 **«Alemania se rearma»:** La prensa europea también se hizo eco de la conclusión a la que llegó el *Chicago Daily News*. Véase, por ejemplo, *Le Matin*, 15 de marzo de 1924.

5 **«hacia Berlín»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1624.

6 **«Si se permite»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1637.

7 **«el Bismarck bávaro»:** R. D. Murphy, informe político confidencial, enviado el 16 de enero de 1924 (erróneamente fechado en 1923), M336, 862.00/1397, n.º 20, NA.

8 **«Que usted pueda»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1640.

9 **«¿Me está llamando mentiroso?»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1678-1679.

10 **«¡Yo mismo me seguiré acordando!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1679.

11 **La sala estalló:** *Berliner Tageblatt*, 14 de marzo de 1924, Morgen Ausgabe. La transcripción recoge también el revuelo que se produjo (NA T84/2 EAP 105/7, p. 1679).

12 **«la honorabilidad del tribunal»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1695.

13 **Hitler estaba otra vez gritando:** *Vorwärts*, 14 de marzo de 1924.

14 **«a los ojos»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1697.

15 **«por una simple cuestión»:** *The Outlook*, 26 de marzo de 1924.

16 **una sucesión de trampas malintencionadas:** Esto se había dicho antes, cuando Kahr subió al estrado por primera vez, *Bayerischer Kurier*, 12 de marzo de 1924.

17 **en un proceso inquisitorial o en una cámara:** *Vossische Zeitung*, 14 de marzo de 1924, Morgen Ausgabe, y *Le Matin*, 14 de marzo de 1924.

1 ***Alemán contra alemán:*** *Auckland Star*, 12 de marzo de 1924.

2 **«muy poco edificante»:** *Berliner Tageblatt*, 11 de marzo de 1924, Morgen Ausgabe.

3 **«Nuestros soldados»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1734.

4 **«¿Considera usted entonces?»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1735.

5 **«broches, collares»:** cita del *New York Herald* reproducida por el *Washington Post*, 15 de marzo de 1924. Véase también *The Sentinel*, 18 de abril de 1924

6 **«¿Qué le lleva a pensar eso?»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1737.

7 **«¡No, en absoluto!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1740.

8 **«una panda de eunucos y castrados»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1751. Para más información sobre las palabras de Lossow, véase la declaración de Graf Helldorff, 11 de enero de 1924, HA 5/114I.

9 **«¡Agradecería que no se me hicieran!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1757.

10 **un «oponente muy duro»:** Agence Havas, 16 de marzo de 1924. Pueden encontrarse más referencias al tono sarcástico de Lossow en el *Mü nchener Post*, 11 y 13 de marzo de 1924. El interrogatorio se asemejó a un duelo, *Vossische Zeitung*, 15 de marzo de 1924.

11 **«una serie de reuniones confidenciales»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1768.

12 **«Tenemos la obligación»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1769. El diario *Le Temps* fue uno de los muchos que dieron cuenta del nerviosismo de Hitler, 16 de marzo de 1924.

13 **cuartel del ejército:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1769. El *Völkischer Kurier* también reprodujo estas palabras, 15 de marzo de 1924.

14 **«El testigo ya le ha explicado» [...] «Soy consciente de ello»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1769.

15 **«Nada más lejos de mi intención»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1773.

16 **Se produjo un nuevo alboroto:** Así quedó reflejado en la edición abreviada de las actas que se publicó en 1924, *Der Hitler-Prozess. Auszü ge aus den Verhandlungsberichten mit den Bildern der Angeklagten nach Zeichnungen von Otto von Kursell*, Deutscher Volksverlag, Múnich, 1924, p. 182.

17 **«No tiene ningún derecho»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1773.

18 **«como si lo hubieran»:** H. R. Knickerbocker, *Is Tomorrow Hitler's?: 200 Questions on the Battle of Mankind*, Reynal & Hitchcock, Nueva York, 1941, p. 12.

19 **«enfrentamiento encarnizado»:** *Le Figaro*, 15 de marzo de 1924.

20 **«un poco más despacio»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1805.

21 **resultaba imposible hacer callar a Hitler:** Ernst Deuerlein, ed., *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Dü sseldorf, 1978, p. 216.

22 **«¡Teniente general!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1806.

23 **El testigo:** *Völkischer Kurier*, 15 de marzo de 1924, y *The Sun* (Sídney), 16 de marzo de 1924.

24 **«inexcusable falta de decoro»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1806.

25 **Hitler parecía plantar cara una vez más:** La ovación y los gritos de «¡Bravo!» dedicados a Hitler y a los letrados de la defensa continuaron un buen rato, *Münchner Neueste Nachrichten*, 15 de marzo de 1924.

1 ***Los testigos de la acusación:*** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1609.

2 **la primera pregunta:** *Bayerischer Kurier*, 17 de marzo de 1924.

3 **«evidentes a cualquiera que»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1853.

4 **el Tribunal Popular:** *Chronik der Bayerischen Justizverwaltung*, pp. 342-344, NL Ehard 90/3, BHStA. Para conocer más detalles sobre esta institución, véase Otto Gritschneder, «Das missbrauchte bayerische Volksgericht», en Lothar Gruchmann, Reinhard Weber y Otto Gritschneder, eds., *Der Hitler-Prozess 1924*, K. G. Saur, Múnich, 1997, pp. xxxvii-xl.

5 **del Estado de Baviera, sin ir más lejos:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1610-1611.

6 **si realmente había llegado a presentarse:** En su edición del 11 de marzo de 1924, el *Argentinische Tag- und Wochenblatt*, por ejemplo, criticaba la ausencia de revelaciones, especialmente en las sesiones públicas, Carl Christian Bry, *Der Hitler-Putsch. Berichte und Kommentare eines Deutschland-Korrespondenten (1922-1924) für das «Argentinische Tag- und Wochenblatt»*, ed. Martin Gregor-Dellin, Greno, Nördlingen, 1987, p. 183.

7 **las leyendas y las fábulas legales:** *L'Écho de Paris*, 7 de marzo de 1924.

8 **aquella farsa acabaría:** *L'Humanité* , 18 de marzo de 1924.

9 **«Los voluntarios se presentaron» [...] «Porque los acontecimientos»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 1914-1915.

10 **«informes detallados»** y **«completamente convencidas»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1923.

11 **«el liderazgo político»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1930.

12 **Se oyeron algunos gritos:** Ibíd. En las actas se le atribuyen a Ehard.

13 **«¡La debilidad [de Kahr]!»:** *The Hitler Trial Before the People's Court in Munich*, trad. de H. Francis Freniere, Lucie Karcic y Philip Fandek, University Publications of America, Arlington, VA, 1976, vol, III, p. 37.

14 **A las 13.20 horas:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1974.

1 ***Éste no es el tipo de juicio:*** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2161.

2 **«revelaciones» [...] «menos subversiva»:** Edgar Vincent, vizconde D'Abernon, *The Diary of an Ambassador*, Doubleday, Doran & Company, Garden City, Nueva York, 1929-1931, III, p. 56.

3 **al ver a los acusados entrar en la sala:** Carl Moser von Filseck, *Politik in Bayern 1919-1933. Berichte des württembergischen Gesandten Carl Moser von Filseck*, ed. Wolfgang Benz, Schriftenreihe der Vierteljahrshefte fü r Zeitgeschichte Nummer 22/23, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1971, 13 de marzo de 1924, n.º 86, pp. 155-156.

4 **«bravuconada indecente»:** R. D. Murphy, informe político confidencial, 10 de marzo de 1924 (fecha del envío: 3 de abril de 1924), M336, 862.00/1469, n.º 20, NA. Murphy repetiría esta misma expresión en las memorias que publicaría algún tiempo después: *Diplomat Among Warriors*, Doubleday & Company, Garden City, Nueva York, 1964, p. 22.

5 **su portada:** «The Hitler Trial or How Kahr Saved the Fatherland», *Simplicissimus*, 17 de marzo de 1924.

6 **una sola palabra de ellas:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 1978, y para conocer más información acerca del contrato, pp. 2039-2040. Véase también el *Münchener Post*, 1 y 2 de marzo de 1924.

7 **nunca más se atrevieron:** *Le Temps*, 15 de marzo de 1924.

8 **Circulaban rumores de que:** United Press, 6 de marzo de 1924.

9 **uno de los contendientes:** *Time*, 17 de marzo de 1924.

10 **pero varios periodistas:** *Berliner Börsen-Zeitung*, 17 de marzo de 1924, Abend Ausgabe, y *Le Matin*, 18 de marzo de 1924, entre otros muchos diarios.

11 **«una mordaza para silenciar la voluntad»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2047.

12 **«desarticulado»** y **«Fueron días difíciles»:** Ulrich Graf, memorias inéditas, p. 68, F14, IfZ.

13 **«bastante revelador»:** *Berliner Volks-Zeitung*, 18 de marzo de 1924, Morgen Ausgabe.

14 **«¿Fue una reunión distendida?»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2070.

15 **«¡Ludendorff está aquí!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2080.

16 **«No es que lo gritara»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2081.

1 ***Yo ya predije que en este juicio:*** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2136.

2 **«rugido gutural»:** Ésta es la expresión que emplea su biógrafo, Konrad Heiden, que tuvo ocasión de escuchar a Hitler hablando en Múnich cuando era estudiante y corresponsal del *Frankfurter Zeitung*.

3 **«zote para la política»** y **un «cobarde moral»:** United Press, 21 de marzo de 1924.

4 **«Ludendorff el Inepto»:** *Augsburger Postzeitung*, 17 y 21 de febrero de 1924.

5 **«marcha militar»** y **«presión moral»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2108-2109.

6 **«He escuchado ya tantas cosas»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2111.

7 **«Ludendorff se retracta de»:** *Le Petit Journal*, 19 de marzo de 1924. Y, en efecto, así era. Compárense sus declaraciones, en especial las de las páginas 2108-2114, con las afirmaciones que realizó en el primer interrogatorio al que lo sometió Ehard, 9 de noviembre de 1923, NL Ehard 94, BHStA.

8 **«El valiente general»:** *L'Humanité* , 19 de marzo de 1924. Véanse también las críticas al «repliegue» de Ludendorff en el *Berliner Tageblatt*, 18 de marzo de 1924, Abend Ausgabe, y en el *Frankfurter Zeitung*, 19 y 20 de marzo de 1924.

9 **«Ahora soy el responsable político»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2120.

10 **«una campaña de propaganda muy amplia» [...] «A la postre»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2123.

11 **«internacionalista, marxista, derrotista»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2131. Un taquígrafo prohitleriano incluyó la palabra *judío* en esta declaración, *Der Hitler-Prozess. Auszüge aus den Verhandlungsberichten mit den Bildern der Angeklagten nach Zeichnungen von Otto von Kursell*, Deutscher Volksverlag, Múnich, 1924, p. 218. Sin embargo, no figura en la transcripción del Amtsgericht Münchens.

12 **«El gran juicio por traición de Múnich» [...] «increíblemente paradójico»:** *The New York Times*, 19 de marzo de 1924. El periodista Thomas R. Ybarra tendría ocasión de encontrarse con Hitler nueve años después y entrevistarlo en su despacho, *Colliers*, 1 de julio de 1933. Hay una copia (extractada) también en el OSS Sourcebook, NA.

13 **«nueva Alemania»:** *Vossische Zeitung*, 19 de marzo de 1924, Morgen Ausgabe.

14 **anunció su decisión:** El anuncio produjo una gran sorpresa, *Berliner Volks-Zeitung*, 18 de marzo de 1924, Morgen Ausgabe.

15 **«un bien de naturaleza superior»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2137.

16 **«el mundo entero»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2135.

17 **«defenderse a sí mismos»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2151.

18 **«cometido algún delito» [...] «a actuar como fiscal»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2153-2155.

1 ***Caballeros:*** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2291.

2 **una figura influyente:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2167. Neithardt se refería probablemente al artículo publicado en el *Frankfurter Zeitung*, 1 de marzo de 1924.

3 **«fruslerías a las que se ha» [...] «Una paciencia de hierro, inquebrantable»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2169.

4 **«pérdida de autoridad por parte del Estado» [...] «nunca debería permitírseles»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2170-2172.

5 **«pasmosa»:** *Le Petit Parisien*, 22 de marzo de 1924.

6 **«responsabilidad de lo sucedido»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2175.

7 **«A pesar de sus orígenes humildes» [...] «pueblo oprimido y desarmado»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2185-2186.

8 **El alegato del fiscal:** *Le Temps*, 23 de marzo de 1924, y *Berliner Lokal-Anzeiger*, 21 de marzo de 1924.

9 **panegírico:** *Le Petit Parisien*, 22 de marzo de 1924, o una exaltación, 22 de julio de 1924, HA68/1498. Véase también la crítica en el *Nordhäuser Volkszeitung*, 24 de marzo de 1924.

10 **los letrados de la defensa le dieron las gracias:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2312.

11 **«Como seres humanos»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2189.

12 **«un hombre de verdad»** y **«un modelo de sobriedad»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2189 y 2193.

13 **se decantó por la opción menos dura:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2216-2217.

14 **«un sistema judicial bastante clasista»:** *L'Humanité* , 25 de marzo de 1924.

15 **«poco convincente»:** *L'Humanité* , 22 de marzo de 1924.

16 **«tantos halagos como reproches»:** *Daily Telegraph*, 22 de marzo de 1924, y Reuters, 22 de marzo de 1924.

17 **simbólicas y una mera formalidad:** *Le Matin*, 22 de marzo de 1924.

18 **«buenos tiempos para la traición»:** *Berliner Volks-Zeitung*, 22 de marzo de 1924.

19 **«Hoy hace seis años» [...] «su propio honor»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2219.

20 **«Señorías» [...] «reconocido su culpa»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2228-2232.

21 **«rencor exacerbado»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2235.

22 **«Lo que ocurrió aquí»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2232.

23 **«responsables principales»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2262.

24 **«agresivos e incendiarios»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2287.

25 **«Aquí tienen a un hombre» [...] «Caballeros»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2289-2291.

1 ***Hoy en día, cuando los republicanos alemanes:*** *The New York Times*, 25 de marzo de 1924.

2 **«lo que se conocía como el Tratado» [...] «retorcimiento sádico»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2293.

3 **«cobardía y corrupción» [...] «No se me ocurren»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2294, 2333-2334.

4 **«la traición y el perjurio»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2369.

5 **«¿Qué tipo de patria?»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2382.

6 **«Baviera se ha convertido»:** *The New York Times*, 25 de marzo de 1924.

7 **algunos asientos vacíos en la tribuna:** *Journal des débats politiques et littéraires*, 27 de marzo de 1924.

8 **el *Meistersinger*:** *Mü nchener Post*, 28 de marzo de 1924.

9 **«¡Los alegatos!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2570.

10 **«Cuando un ordenamiento jurídico deja de»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2607.

11 **«¡Para la mayoría!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2805.

12 **«el segundo Sigfrido»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2838. Esta metáfora aparecería antes en la prensa, por ejemplo, en el *Deutsches Tageblatt*, 13 de noviembre de 1923.

13 **«judíos, desertores»** y **«raza extranjera»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2849.

14 **«Fritz»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2850. Se repite dos veces más en la página 2853 y de nuevo en la 2855. La carcajada se refleja en una de las transcripciones abreviadas que se publicaron en 1924 en *Der Hitler-Prozess. Auszü ge aus den Verhandlungsberichten mit den Bildern der Angeklagten nach Zeichnungen von Otto von Kursell*, Deutscher Volksverlag, Múnich, 1924, p. 258.

15 **«la batalla por su supervivencia»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2865.

16 **«grandes batallas»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2867.

17 **«¡Estaremos perdidos!»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2870.

18 **«escuchara el grito»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2871.

19 **«La historia jamás condenará»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2869. Ludendorff parecía «la viva encarnación de Marte», *Evening Post*, 29 de marzo de 1924, y su intervención resultó demasiado pomposa, *Le Temps*, 29 de marzo de 1924.

20 **«Ludendorff se pone a la altura de» [...] «la ovación atronadora»:** *The New York Times*, 28 de marzo de 1924.

1 ***¡Huelga decir!:*** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2144.

2 **el público había reaccionado:** *Le Figaro*, 28 de marzo de 1924.

3 **«dejó escapar un verdadero torrente»:** *The New York Times*, 28 de marzo de 1924.

4 **«un delito de alta traición»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2871.

5 **«apuñalado por la espalda» [...] «la inmoralidad en cuatrocientos cuarenta artículos»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2876-2887.

6 **golpeando la mesa:** A lo largo de la sesión, Hitler golpeó la mesa varias veces más aparte de ésta, de la que se da cuenta en la edición abreviada de las transcripciones publicada en 1924 en *Der Hitler-Prozess. Auszü ge aus den Verhandlungsberichten mit den Bildern der Angeklagten nach Zeichnungen von Otto von Kursell*, Deutscher Volksverlag, Múnich, 1924, p. 265.

7 **«alta traición» [...] «un conflicto interno»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2888-2889.

8 **«la tuberculosis racial» [...] «Créanme»:** NA T84/2 EAP 105/7, p. 2895.

9 **«sólo aspiraba a ser» [...] «El juicio ha concluido»:** NA T84/2 EAP 105/7, pp. 2897-2916.

10 **«el público obsequió»:** Reuters, 27 de marzo de 1924.

11 **victoria sin paliativos:** *Le Matin*, 28 de marzo de 1924.

12 **bebiéndose una buena cerveza:** *Das Bayerische Vaterland*, 20 de marzo de 1924.

1 ***Si Alemania decide meter en la cárcel:*** carta, 22 de marzo de 1924, Staatsanwaltschaften 3099, StAM.

2 **un hervidero de discusiones:** *Neue Freie Presse*, 29 de marzo de 1924, entre otros muchos periódicos.

3 **más relevante:** *Miesbacher Anzeiger*, 26 de febrero de 1924. La prensa utilizó este calificativo en infinidad de ocasiones, tanto antes de que se celebrara el juicio, *Der Landsmann*, 26 de febrero de 1924, como durante su celebración, *Vossische Zeitung*, 6 de marzo de 1924, Abend Ausgabe.

4 **«con mucha valentía»:** David Clay Large, *Where Ghosts Walked: Munich's Road to the Third Reich*, W. W. Norton, Nueva York, 1997, p. 193. Para más información, véanse Robert Eben Sackett, *Popular Entertainment, Class and Politics in Munich, 1900-1923*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1982, y Jeffrey S. Gaab, *Munich: Hofbräuhaus & History-Beer, Culture, & Politics*, Peter Lang, Nueva York, 2006, p. 67. La idea original del libro de Gaab surgió durante el seminario de historia económica que impartió en el verano de 1997 en la Universidad de Múnich.

5 **«arrogancia desmedida»:** *Vorwärts*, 28 de marzo de 1924.

6 **«mago de la oratoria»** y **«hacer llorar a miles de personas»:** *Frankfurter Zeitung*, 28 de marzo de 1924.

7 **«lucha de todos contra todos»** y **apoteosis:** *L'Écho de Paris* , 8 de marzo de 1924.

8 ***Alicia en el país de las maravillas*** **[…] «Se desmoronarían en cuanto»:** *Public Ledger*, 21 de marzo de 1924.

9 **«pintor de paisajes austriaco»** y **«estaba obligado a conducirlos»:** *Vancouver Sun*, 9 de marzo de 1924.

10 **sólo condenarían a Hitler:** *Le Petit Parisien*, 22 de marzo de 1924. Ésa fue la conclusión a la que llegaron también muchos expertos legales, como el profesor de Derecho Karl Rothenbücher, *Der Fall Kahr*, Mohr, Tubinga, 1924, p. 30. La mayor parte de la prensa francesa pensaba que Ludendorff, al menos, sería absuelto o recibiría tan sólo una condena simbólica, *L'Écho de Paris*, 22 de marzo de 1924; *La Croix*, 26 de marzo de 1924, y *L'Action Française*, 26 de marzo de 1924.

11 **Hitler dejaría de dar problemas:** Robert Murphy, *Diplomat Among Warriors*, Doubleday & Company, Garden City, Nueva York, 1964, p. 22.

12 **las autoridades temían que se produjesen:** Kommando der Landspolizei München, Abtlg. A/Nr.678, Kommandobefehl für Dienstag, 1.4.24, 31 de marzo de 1924, HA 69/1499, y se repite otra vez en «Letzte Warnung!», 1 de abril de 1924. Véanse también, entre otras, las siguientes fuentes: *The New York Times*, 25 de marzo de 1924; *Le Gaulois*, 25 de marzo de 1924; *Vorwärts*, 29 de marzo de 1924; *Le Temps*, 30 de marzo de 1924; *Mü nchener Zeitung*, 31 de marzo de 1924, y United Press Association (Reino Unido), 1 de abril de 1924. Las medidas policiales pueden consultarse también en MINN 73699, BHStA.

13 **durante el fin de semana:** *Sicherung des Hitler-Prozesses*, 12 de marzo de 1924, HA 68/1498.

14 **se estaba organizando una asonada:** VId, Überwachung, 29 de marzo de 1924, HA 68/1498. A la opinión pública le llegaron más rumores de incidentes, *Berliner Tageblatt*, 28 de marzo de 1924, Abend Ausgabe. En cuanto a las presiones que se estaban recibiendo, véanse el *Frankfurter Zeitung*, 28 de marzo de 1924, y el *Bayerischer Kurier*, 29 de marzo de 1924. Y, con respecto a las amenazas de liberar a los acusados, véase *L'Écho de Paris*, 2 de abril de 1924.

15 **recibió un telegrama:** Telegramm aus Augsburg 2658. 33/31.W, 31 de marzo de 1924, informe policial, VIa 1010/24, fechado el mismo día, HA 68/1498.

16 **«bastardo patético»:** Éste y otros muchos pueden encontrarse recopilados en StAnW 3099, StAM.

17 **amenazas de muerte:** Hans Ehard, memorias inéditas, p. 30, NL Ehard 99, BHStA.

18 **varios responsables de la policía:** *Zusammenfassung der Ergebnisse der Besprechung am 31.März 1924 vormittags 9 ¼ Uhr in die Bücherei der Polizeidirektion*, HA 68/1498.

19 **el consulado francés:** Kommando der Landspolizei München, Abtlg. A/Nr.678, Kommandobefehl für Dienstag, 1.4.24, 31 de marzo de 1924, HA 69/1499. Para más información sobre el dispositivo de seguridad que se diseñó antes de que se dictara la sentencia, véase *Sicherung des Urteilsverkundigung*, 31 de marzo de 1924, MINN 73699, BHStA.

20 **los domicilios:** Ibíd., y las memorias inéditas de Ehard, p. 30, NL Ehard 99, BHStA.

21 **«no debían ser decapitados»** y **«Su postura era básicamente»:** *Time*, 24 de marzo de 1924.

22 **Había, de hecho, tantas personas implicadas:** *L'Intransigeant*, 21 de marzo de 1924.

23 **Italia:** Telegraphen-Union, 29 de marzo de 1924; *Allgemeine Zeitung*, 29 de marzo de 1924; *Dalpilen* (Falun, Suecia), 1 de abril de 1924. También se afirmaba esto, y de manera categórica, en el *Berliner Börsen-Zeitung*, 29 de marzo de 1924, Abend Ausgabe.

24 **Corfú:** NA T84 EAP 105/7, pp. 2825-2826. Esta información gozó de una amplísima difusión, véanse, por ejemplo: *Das Bayerische Vaterland*, 1 de abril de 1924; *Le Figaro*, 2 de abril de 1924, y Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*, intr. de Eleanor Hancock y trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, p. 202.

25 **Grecia:** Carl Moser von Filseck, *Politik in Bayern 1919-1933. Berichte des württembergischen Gesandten Carl Moser von Filseck*; ed. Wolfgang Benz, Schriftenreihe der Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte Nummer 22/23, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1971, 26 de marzo de 1924, n.º 101, p. 157

26 **Suiza:** *Northern Standard* (Darwin, Territorio del Norte, Australia), 1 de abril de 1924.

27 **mezquindad:** *Allgemeine Rundschau*, 20 de marzo de 1924.

28 **les hubiera permitido salir del país:** *Frankfurter Zeitung*, 31 de marzo de 1924, y *Völkischer Kurier*, 9 de abril de 1924.

29 **No se recordaba un juicio así:** *Bayerischer Kurier*, 15 de marzo de 1924.

30 **«poseso»** y **«podía hacer que el mundo entero»:** *Vorwärts*, 7 de marzo de 1924.

1 ***Si tuviera que presidir:*** Georg Neithardt, *Einige Bemerkungen des Vorsitzenden im Hitler-Prozess über die Prozessleitung*, abril de 1924, Nachlass Hans Ehard 97, BHStA.

2 **A los periodistas también:** *Deutsche Allgemeine Zeitung*, 2 de abril de 1924, y Telegraphen-Union, 1 de abril de 1924.

3 **«emoción contenida»:** *Berliner Tageblatt*, 1 de abril de 1924, Abend Ausgabe. Otros periódicos emplearon expresiones similares, como por ejemplo el *Grossdeutsche Zeitung*, 2 de abril de 1924.

4 **La atmósfera:** *L'Écho de Paris*, 2 de abril de 1924.

5 **ramos de flores:** *Daily Telegraph* (Quebec), 1 de abril de 1924; *Münchner Neueste Nachrichten*, 2 de abril de 1924; *Volksblatt*, 5 de abril de 1924, y Hans Ehard, memorias inéditas, p. 29, NL Ehard 99, BHStA.

6 **se habían reunido:** Algunos expertos reputados han señalado erróneamente que la foto se realizó en un momento posterior, pero fue tomada sin lugar a dudas antes de que diera comienzo la sesión, Hans Ehard, memorias inéditas, pp. 28-29, NL Ehard 99, BHStA, y la versión ofrecida por el acusado Robert Wagner, 12 de septiembre de 1924 HA 69/1501. Muchos historiadores olvidan también que la foto no está completa: falta Pöhner.

7 **que se presentó en la sala:** Por descontado, Weber no se puso la gorra dentro de la sala, Landgericht München I, informe, 2 de septiembre de 1924, HA 69/1501. Como apuntó acertadamente el *Mü nchener Post* (19 y 20 de abril de 1924), el escándalo de los uniformes no fue nada en comparación con lo que llevaba sucediendo en la sala a lo largo de las últimas semanas.

8 **la sentencia fue leída:** Anz. Verz. XIX 421/1923, Proz.Reg.Nr. 20, 68, 97/1924, Staatsanwaltschaften 3098, StAM.

9 **«¡Esto es inaceptable!» y «¡Menudo escándalo!»:** *L'Écho de Paris*, 2 de abril de 1924.

10 **los redactores, que salían a toda velocidad:** *Mü nchner Neueste Nachrichten*, 2 de abril de 1924, y *Grossdeutsche Zeitung*, 2 de abril de 1924.

11 **a gritar y a lanzar insultos:** *Der Landsmann*, 2 de abril de 1924. Y con respecto a las escenas de histeria que se vivieron, *The Sentinel*, 4 de abril de 1924.

12 **«¡Bravo!»:** *L'Écho de Paris* , 2 de abril de 1924, y *Neue Zürcher Zeitung*, 2 de abril de 1924, Erstes Morgenblatt.

13 **los fundamentos jurídicos del fallo:** Este documento no es más que una chapuza llena de erratas, errores gramaticales, incongruencias, omisiones y expresiones legales sin sentido. Para más información, véase Otto Gritschneder, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. Der Hitler-Putsch und die bayerische Justiz*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 1990, p. 61.

14 **«Lo único que nos compete»:** Anz. Verz. XIX 421/1923, Proz. Reg.Nr. 20, 68, 97/1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 13, StAM; en las páginas 28-30 hay más detalles sobre la resolución.

15 **«Según han declarado infinidad de testigos»:** Anz. Verz. XIX 421/1923, Proz.Reg.Nr. 20, 68, 97/1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 40, StAM.

16 **«con un ánimo puramente patriótico»:** Anz. Verz. XIX 421/1923, Proz.Reg.Nr. 20, 68, 97/1924, Staatsanwaltschaften 3098, p. 42, StAM.

17 **le parecían:** Anz. Verz. XIX 421/1923, Proz.Reg.Nr. 20, 68, 97/1924, Staatsanwaltschaften 3098, pp. 43-44, StAM. Para más información sobre el fallo, véase Otto Gritschneder, *Der Hitler-Prozess und sein Richter Georg Neithardt. Skandalurteil von 1924 ebnet Hitler den Weg*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 2001, pp. 93-95.

18 **«el germen del Tercer Reich»:** Henning Grunwald, *Courtroom to Revolutionary Stage: Performance and Ideology in Weimar Political Trials*, Oxford University Press, Oxford, 2012, p. 2.

19 **«jornada negra»:** *Berliner Volks-Zeitung*, 1 de abril de 1923, Abend Ausgabe, y *Bayerischer Kurier*, 3 de abril de 1924.

20 ***Nomen est omen!***: *Mü nchener Post*, 28 de marzo de 1924.

* En muchos países, el Día de los Inocentes, o *April's Fool's Day* en inglés —literalmente, «día de los tontos»—, se celebra el 1 de abril. *(N. del t.)*

21 **Día de los Inocentes:** *Neue Zü rcher Zeitung*, 2 de abril de 1924, Erstes Morgenblatt.

22 **«El fallo»:** *Frankfurter Zeitung*, 2 de abril de 1924.

23 **«la justicia de Múnich»:** *Neue Zürcher Zeitung*, 2 de abril de 1924, Erstes Morgenblatt.

24 **«parodia judicial»:** *Le Petit Parisien*, 2 de abril de 1924.

25 **se jactaron de sus actos:** *Berliner Tageblatt*, 1 de abril de 1924, Abend Ausgabe.

26 **«vergüenza y pena»:** *Das Bild*, 1 de abril de 1924, y *Berliner Volks-Zeitung*, 2 de abril de 1924, Morgen Ausgabe.

27 **«el caos político reinante en Baviera»:** *Vossische Zeitung*, 2 de abril de 1924, Morgen Ausgabe. *The Spectator* (5 de abril de 1924) estaba de acuerdo en que parecía más un veredicto político que una sentencia judicial.

28 **«decisión injusta»:** *Vorwärts*, 2 de abril de 1924.

29 **«discreción razonable»:** Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*, intr. de Eleanor Hancock y trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, p. 200.

30 **«La justicia nunca se había»:** Max Hirschberg, *Jude und Demokrat. Erinnerungen eines Münchener Rechtsanwalts 1883 bis 1939*, ed. Reinhard Weber, R. Oldenbourg Verlag, Múnich, 1998, p. 242.

31 **Pero la burla a la justicia:** Alexander Graf von Dohna, «*Der Mü nchener Hochverratsprozess*», en *Deutsche Juristen-Zeitung* 29 (1924) Heft 9/10, 335.

32 **«Hitler es austriaco de origen alemán»:** Anz. Verz. XIX 421/ 1923, Proz.Reg.Nr. 20, 68, 97/1924, Staatsanwaltschaften 3098, 44, StAM.

33 **vítores ensordecedores:** *Neue Zürcher Zeitung*, 2 de abril de 1924, Erstes Morgenblatt.

* A pesar de que Hitler lo desmintió en múltiples ocasiones, sus asesores estuvieron un tiempo tratando de concertar un matrimonio con una ciudadana alemana para que obtuviese la nacionalidad y pudiese evitar el riesgo de ser deportado.

34 **«¡una humillación que este uniforme!»:** Lothar Gruchmann, Reinhard Weber y Otto Gritschneder, eds., *Der Hitler-Prozess 1924. Wortlaut der Hauptverhandlung vor dem Volksgericht Mü nchen I*, K. G. Saur, Múnich, 1997, IV, p. 1593.

35 ***«Heil, Ludendorff!»*:** *Berliner Volks-Zeitung*, 1 de abril de 1924, Abend Ausgabe.

36 **«una tromba de aplausos»:** Agence Havas, 2 de abril de 1924, y *Meraner Zeitung*, 2 de abril de 1924.

37 **parecía verdaderamente desconcertado:** *The New York Times*, 2 de abril de 1924.

38 **al parecer no pusieron demasiado empeño:** Según otro testigo, los policías se negaron a buscar a los alborotadores, *Der Hitler-Prozess. Auszü ge aus den Verhandlungsberichten mit den Bildern der Angeklagten nach Zeichnungen von Otto von Kursell*, Deutscher Volksverlag, Múnich 1924, p. 272.

39 **a cantar himnos nacionalistas:** *Bericht über die Vorfälle an der Pappenheimstrasse anlässlich der Urteilsverkü ndung im Hitler-Prozess*, 1 y 2 de abril de 1924, HA 69/1499.

40 **«rojo»:** *Berliner Volks-Zeitung*, 1 abril de1924, Abend Ausgabe.

41 **«Ahora soy un hombre libre»:** *Berliner Tageblatt*, 1 de abril de 1924, Abend Ausgabe.

42 **«una ovación apoteósica»** y **«aquella muchedumbre»:** *The New York Times*, 2 de abril de 1924. Ludendorff en la puerta principal, informe policial, Kommando der Schutzmannschaft, n.º 1306, 16 de abril de 1924, HA 69/1499.

43 **la multitud que había en el exterior:** *Münchner Neueste Nachrichten*, 2 de abril de 1924, y *Grossdeutsche Zeitung*, 4 de abril de 1924.

44 **En el capó:** *Le Petit Parisien*, 2 de abril de 1924.

45 **«¡Abajo la república!»:** *Daily Telegraph* (Quebec), 1 de abril de 1924.

46 **La policía tuvo que cargar:** Para más información, véanse los archivos policiales, en particular HA 69/1499, y la cobertura informativa, por ejemplo, el *Grossdeutsche Zeitung*, 5 y 6 de abril de 1924.

47 **se acercó a la ventana:** Algunos biógrafos apuntan que Hitler salió a la calle después de la sesión, o incluso mientras se leía la sentencia, y se acercó a un coche que había aparcado en las inmediaciones (John Toland, *Adolf Hitler*, Ballantine Books, Nueva York, 1977, p. 261 [trad. española: *Hitler. Una biografía narrativa*, Ediciones B, Barcelona, 2009]), pero no es cierto. Hitler siguió esperando en la sala hasta el final y después se acercó a la ventana: *Münchner Neueste Nachrichten*, 2 de abril de 1924; *The New York Times*, 2 de abril de 1924; *Frankfurter Zeitung*, 3 de abril de 1924; *Le Gaulois*, 2 de abril de 1924, y Hans Ehard, memorias inéditas, p. 28, NL Ehard 99, BHStA, por citar sólo unas pocas fuentes.

1 ***En el guirigay:*** *The Saturday Review*, 22 de marzo de 1924.

2 **una corona de laurel:** Otto Gritschneder, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. Der Hitler-Putsch und die bayerische Justiz*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 1990, p. 47. También le enviaron bastantes ramos de flores, *Berliner Tageblatt*, 3 de abril de 1924, Abend Ausgabe.

3 **En su obra *Das Volksbuch*:** El *Völkischer Kurier*, 17 de diciembre de 1924, incluía el libro en la lista de lecturas recomendadas para la Navidad de ese año.

4 **«A Hitler» [...] «caudillo del pueblo»:** *Grossdeutsche Zeitung*, 8 de mayo de 1924.

5 **las elecciones de primavera:** David Jablonsky, *The Nazi Party in Dissolution: Hitler and the Verbotzeit*, *1923-1925*, F. Cass, Londres, 1989, pp. 81-86.

6 **«no hizo sino aumentar»:** David Clay Large, *Where Ghosts Walked: Munich's Road to the Third Reich*, W. W. Norton, Nueva York, 1997, p. 194.

7 **la número 7:** Otto Lurker, *Hitler hinter Festungsmauern. Ein Bild aus trüben Tagen*, E. S. Mittler & Sohn, Berlín, 1933, p. 16, y Franz Hemmrich, *Erinnerungen eines Gefängnisbeamten*, ED 153 1, 27, 113, IfZ.

8 **«el módulo del comandante»:** Así lo indican tanto los internos como los propios guardias, entre ellos, Hans Kallenbach, *Mit Adolf Hitler auf Festung Landsberg*, Kress & Hornung, Múnich, 1939, p. 56, y Franz Hemmrich, memorias inéditas, ED 153-1, 28, IfZ. También se ha traducido en ocasiones como «la colina del comandante», debido probablemente a una lectura incorrecta de la caligrafía gótica, en el caso de Kallenbach, o de la letra, en el caso de Hemmrich.

9 **El primero fue:** Juicio de las Stosstrupp Hitler: Proz.Reg.Nr. 187/1924, May 3, 1924, HA 67/1493.

10 **al enterarse:** Rudolf Hess a Klara Hess, 11 de mayo de 1924, en Rudolf Hess, *Briefe 1908-1933*, ed. Wolf Rüdiger Hess, Langen Müller, Múnich, 1987, p. 322.

11 **el Tribunal Popular:** Esta institución no desapareció con el juicio de Hitler, como ha señalado, entre otros muchos autores, Hans Hubert Hofmann, *Der Hitlerputsch. Krisenjahre deutscher Geschichte 1920-1924*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1961, p. 245. El último juicio que celebró fue el de Hess. Para más información, véase *Chronik der Bayerischen Justizverwaltung*, pp. 342-345, 356, NL Ehard 90/3, BHStA.

12 **una rutina:** Rudolf Hess a Fritz Hess, 17 de agosto de 1924 en Hess (1987), p. 349; Kallenbach (1939), pp. 73-74, 78-79, 101 y 104; Lurker (1933), pp. 17-19, 51-53 y 55; Hermann Fobke a Ludolf Haase, 23 de junio de 1924, reproducida en Werner Jochmann, *Nationalsozialismus und Revolution. Ursprung und Geschichte der NSDAP in Hamburg 1922-1933. Dokumente*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1963, pp. 91-92.

13 **el desayuno a las siete:** Franz Hemmrich, memorias inéditas, ED 153-1, 110, IfZ.

14 ***kalfaktoren*:** ED 153-1, 27, 31, 40, 59-60, 113, IfZ.

15 ***jiu-jitsu*:** Kallenbach (1939), p. 80, y Hemmrich, ED 153-1, p. 34, IfZ. Los dos utilizan la grafía clásica *jiu-jitsu* que se conserva en la variante brasileña de este deporte [*jiu-jitsu* brasileño] que surgió en Río de Janeiro en los años veinte.

16 **no recordaba haber visto nunca a Hitler:** Kallenbach (1939), p. 79.

17 **Hitler no solía participar:** Ibíd. Un líder no puede arriesgarse a perder en un juego, Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters*, R. Piper, Múnich, 1970, p. 157.

18 **árbitro en los encuentros:** Hemmrich en Heinz (1938), pp. 174 y 183.

19 **«el dueño de una plantación brasileña de café»:** Lurker (1933), p. 24.

20 **«trabajo intelectual»** y **«trabajo físico»:** Rudolf Hess a Fritz Hess, 17 de agosto de 1924, Hess (1987), p. 349.

21 **«el sendero de Hitler»:** Kallenbach (1939), p. 95, y Hemmrich, ED 153-1, pp. 36-37, IfZ.

22 **«aquellos benditos nudos»:** entrevista a Hemmrich en Heinz (1938), p. 175.

23 **los presos ordinarios:** Los *kalfaktoren*, ED 153-1, 27, 31, 40, 59-60, 113, IfZ.

24 **Realizó el boceto de un museo imaginario:** Rudolf Hess a Ilse Pröhl, 18 de mayo de 1924, en Hess (1987), pp. 326-327.

25 **un tormento parecido al de Tántalo:** Kallenbach (1939), p. 95.

26 **«papá Kriebel»:** Kallenbach (1939), p. 65. Otro de sus apodos era «China», ED 153-1, 31, IfZ.

27 **«Thalia»:** Kallenbach (1939), p. 71. Fobke se encontraba en la celda número 11 y no en la 1 como se ha sostenido en muchas ocasiones, John Toland, *Adolf Hitler*, Ballantine Books, Nueva York, 1976, p. 267 (trad. española: *Hitler. Una biografía narrativa*, Ediciones B, Barcelona, 2009).

28 **«batallón de esquiadores»:** *Landsberger Ehrenbürger*, 4 de agosto de 1924. Puede encontrarse una copia en HA 4/92.

29 **la banda de la prisión:** Lurker (1933), p. 34.

* Este instrumento de percusión típico de la música *folk* consiste en un poste largo con címbalos u otros cascabeles en la parte superior y una sola cuerda atada a cada lado y estirada sobre un resonador generalmente de hojalata. También se conoce como *devil's violin*, o «violín del diablo». *(N. del t.)*

30 **«Como verás»:** Carta de Hermann Fobke a Ludolf Haase, 23 de junio de 1924, reproducida en Jochmann (1963), p. 92.

1 ***Un baluarte político:*** *Mü nchener Post*, 5 de noviembre de 1924.

2 **tras comprobar:** *Fränkischer Kurier*, 27 de abril de 1924, y ED 153-1, 47-48, IfZ.

3 ***sprechkarte*****:** carpeta n.º 4, JVA 17.000, StAM.

4 **Algunos de los primeros en acudir:** La lista de visitas puede consultarse en 143140, STA 14344, StAM.

5 **con una cesta de fruta:** Heinrich Hoffmann, *Hitler Was My Friend*, trad. del teniente coronel R. H. Stevens, Burke, Londres, 1955, pp. 58-59 (trad. española: *Yo fui amigo de Hitler*, Caralt Editores, Barcelona, 1973).

6 **«intrigantes y aduladores»:** *General Ludendorff über die Vorgänge in München*, HA 5/116.

7 **«tragafuegos»** y **«estaba más tranquilo»:** Kurt G. W. Ludecke, *I Knew Hitler: The Story of a Nazi Who Escaped the Blood Purge*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1938, p. 233.

8 **En total:** La relación de visitas puede consultarse en 143140, STA 14344, StAM. El listado sólo llega hasta octubre de 1924. Es poco probable, sin embargo, que Hitler recibiera muchas visitas entre noviembre y diciembre, ya que tenía la esperanza de conseguir pronto la libertad condicional y estaba centrado en la escritura de su manuscrito.

9 **«toda clase, edad y condición»:** Otto Lurker, *Hitler hinter Festungsmauern. Ein Bild austrüben Tagen*, E. S. Mittler & Sohn, Berlín, 1933, p. 57. Véase también el informe que remitieron las autoridades de Landsberg al Ministerio de Justicia el 18 de septiembre de 1924, HA 69/1501.

10 **una diversidad geográfica mucho menor:** Para más información sobre este asunto, véase Fleischmann (2015), pp. 50-51.

11 **F. A. Brockhaus:** 23 de octubre de 1924, JVA 17.000, StAM.

12 **Ernst Schmidt:** *Sprechkarte*, 11 de mayo de 1924, carpeta n.º 4, JVA 17.000, StAM. Según Lothar Machtan, Schmidt fue el «amigo especial» o amante masculino de Hitler, *El secreto de Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2001. Thomas Weber considera que la afirmación de Machtan es muy sugerente, pero no ha podido encontrar prueba alguna de que Hitler y Schmidt mantuvieran una relación íntima, *La primera guerra de Hitler*. No hay un solo dato, ni en los registros de la prisión ni en las memorias de los reclusos, que permita confirmar, desmentir o arrojar algo de luz sobre este particular.

13 **su casera, Maria:** Solicitó el pago de las mensualidades correspondientes a noviembre y diciembre de 1923, Ernst Deuerlein, ed., *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9. November 1923*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1962, n.os 258 y 628.

14 **el 15 de abril:** Björn Fontander, *Carin Göring skriver hem*, Carlssons, Estocolmo, 1990, p. 154, y 15 de abril de 1924, 143140, STA 14344, StAM.

15 **besado en la boca:** ED 153-1, 48, IfZ.

16 **Terminó abriendo el paquete ella misma:** ED 153-1, 48-49, IfZ.

17 **Lotte:** 15 de mayo de 1924 y 5 de agosto de 1924, *sprechkarte*, carpeta n.º 4, JVA 17.000, StAM, y 143140, STA 14344, StAM.

18 **las malas lenguas:** Según un empleado del Vier Jahreszeiten llamado Josef Lampersberger (febrero de 1960, P.II.c. n.º 1176, ZS 3146, IfZ), Bechstein intentaría liar a su hija con Hitler en el salón de té del hotel pocos años después.

19 **la entrevista de apenas ocho minutos:** *Sprechkarte*, 22 de mayo de 1924, carpeta número 4, JVA 17.000, StAM.

20 **Sin esas dos mujeres:** OSS Sourcebook, 47, NA, basado a su vez en Otto Dietrich, *Mit Hitler in die Macht. Persönliche Erlebnisse mit meinem Führer*, F. Eher, Múnich, 1934, pp. 142-143.

21 **Aryan Bund [...] un «puñetazo en la cara»:** Aryan Bund, carta a Hitler, 4 de abril de 1924, reproducida en Lurker (1933), pp. 25-26.

22 **enemigos judíos [...] «la indecencia»:** Lurker (1933), pp. 29-30.

23 **Según sus informes de gasto:** JVA 15162/17, StAM.

24 **«módulo del comandante»:** En algunas ocasiones se ha traducido como «la colina del comandante» debido probablemente a una lectura incorrecta de la caligrafía gótica o de la letra que aparece en los documentos de Landsberg. Véase la nota 8 del capítulo 51.

25 **pasteles:** Carta de Hitler a Frau Deutschenbauer, 1 de octubre de 1924, Eberhard Jäckel y Axel Kuhn, eds., *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1980, n.os 661 y 1245.

26 **café en grano:** ED 153-1, 115, IfZ.

27 **un gramófono:** Rudolf Hess a Ilse Pröhl, 14 de octubre de 1924, en Rudolf Hess, *Briefe 1908-1933*, ed. Wolf Rüdiger Hess, Langen Müller, Múnich, 1987, p. 353.

28 **«avalancha de tarjetas» [...] «montaña de paquetes»:** Lurker (1933), p. 20. Puede encontrarse también una descripción del correo en el *Fränkischer Kurier*, 27 de abril de 1924.

29 **las cestas de la colada:** ED 153-1, 46, IfZ.

30 **una tienda de productos gourmet:** Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters*, R. Piper, Múnich, 1970, p. 157.

31 **una floristería:** entrevista a Hemmrich en Heinz A. Heinz, *Germany's Hitler*, Hurst & Blackett, Londres, 1938, p. 172. La referencia al invernadero puede encontrarse en sus memorias, ED 153-1, 47, IfZ.

32 **decidió hacer pública su intención:** *Völkischer Kurier*, 15 de julio de 1924.

1 ***Los gobernantes de aquel entonces:*** *Las conversaciones privadas de Hitler*, Editorial Crítica, Barcelona, 2004.

2 **«Rolf Eidhalt»:** 5 de diciembre de 1923, HA 4/90, y 15 de enero de 1924, HA 68/1497A.

3 **un anagrama del nombre:** Alfred Rosenberg, *Memoirs of Alfred Rosenberg*, ed. Serge Lange y Ernst von Schenck, trad. de Eric Posselt, Ziff-Davis, Chicago, 1949, p. 77.

4 **de forma encubierta:** Informe policial, *Illegale Fortführung des verbotene Organisationen*, HA 68/1497, y David Jablonsky, *The Nazi Party in Dissolution: Hitler and the Verbotzeit, 1923-1925*, F. Cass, Londres, 1989, p. 48.

5 **una clara división entre la vieja guardia:** El partido que lideraba Rosenberg había pasado a llamarse Grossdeutsche Volksgemeinschaft, o Comunidad Nacional de la Gran Alemania (GVG). Esser, Streicher y sus aliados consiguieron desbancar a Rosenberg. Ludendorff, por su parte, creó el Deutschvölkische Freiheitspartei, o Partido Nacionalsocialista de la Libertad (DVFP).

6 **«de la política activa»:** Hitler a Ludolf Haase, 16 de junio de 1924, carta reproducida en Werner Jochmann, *Nationalsozialismus und Revolution. Ursprung und Geschichte der NSDAP in Hamburg 1922-1933. Dokumente*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1963, p. 78. La decisión de Hitler se refería sólo al tiempo que durase su internamiento en la fortaleza, como le explicó Hermann Fobke al Dr. Adalbert Volck en una carta fechada el 18 de julio de 1924 de la que puede encontrarse una copia en HA 15A/1632 y una reproducción en Jochmann (1963), p. 94. Véanse también las palabras de Hitler sobre este episodio en el *Völkischer Beobachter*, 26 de febrero de 1925.

7 **un «líder auténtico»:** Hitler a Ludolf Haase, 16 de junio de 1924, en Jochmann (1963), p. 78.

8 **«dimitir de todos sus cargos» [...] «obra exhaustiva»:** *Völkischer Kurier*, 7 de julio de 1924.

9 **Según los registros de Landsberg:** 143140, STA 14344, StAM.

10 **una nueva formación llamada Frontbann:** Rudolf Hess, *Erklärung*, 9 de octubre de 1924. Puede encontrarse otro resumen de las diferencias en XIX 734/24, 1 de diciembre de 1924, HA 69/1501. Para más información sobre la Frontbann, véanse los archivos en HA 15A y 16A/1627-37; el análisis que hace Eleanor Hancock en *Ernst Röhm: Hitler's SA Chief of Staff*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2008, pp. 71-81, y Ernst Röhm, *The Memoirs of Ernst Röhm*, intr. de Eleanor Hancock y trad. de Geoffrey Brooks, Frontline Books, Londres, 2012, pp. 221-222.

11 **libros, revistas:** Wilhelm Laforce, *Leipziger Neueste Nachrichten*, 9 de agosto de 1933, citado en Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches. Adolf Hitlers «Mein Kampf» 1922-1945*, Oldenbourg, Múnich, 2011, p. 61.

12 **«retrospectiva minuciosa»:** *Volksruf*, 17 de mayo de 1924, citado en Plöckinger (2011), p. 34.

13 ***Cuatro años y medio de lucha*:** Puede encontrarse una copia del folleto en la carpeta n.º 3/1, JVA 17.000, StAM.

14 **«La clase media» [...] «La bolchevización de Europa»:** Ibíd.

15 **fue su hermano Gregor:** Otto Strasser, *Hitler and I*, trad. de Gwenda David y Eric Mosbacher, Houghton Mifflin Company, Boston, 1940, p. 53.

16 **A Strasser no lo internaron:** Strafgefängnis Landsberg a. Lech, del 4 al 26 de febrero, HA 3/66.

17 **Hitler habría decidido ponerse a escribir:** Julius Schaub, 27 de julio de 1951, ZS 137-1, IfZ.

18 **ya en el año 1922:** Para más información, véase Plöckinger (2011), pp. 11-15.

19 **«Dedica muchas horas al día»:** Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, W. W. Norton, Nueva York, 1999, p. 235 (trad. española: *Hitler: 1889-1936*, Ediciones Península, Barcelona, 1999), y Ernst Deuerlein, ed., *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Dü sseldorf, 1978, p. 238.

20 **«un discurso largo»** y **«alemán defectuoso»:** Peter Kurth, *American Cassandra: The Life of Dorothy Thompson*, Little, Brown and Company, Boston, 1990, p. 159.

21 **«Él, a quien»** y **«presenta más errores»:** Joachim C. Fest, *Hitler*, trad. de Richard y Clara Winston, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1974, p. 203 (trad. española: *Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2005).

22 **el manuscrito de Hitler se parece tanto:** Para más información, véase Plöckinger (2011), p. 22.

23 **Sin embargo, Ilse Pröhl:** Ilse Hess carta a Werner Maser, fechada el 29 de junio de 1965, Werner Maser, *Hitler's Mein Kampf: An Analysis*, trad. de R. H. Barry, Faber and Faber, Londres, 1970, p. 23. Pöhl aseguró que Hitler había mecanografiado el texto él mismo con dos dedos, por lo menos el primer volumen. Emil Maurice también había afirmado lo mismo algún tiempo atrás, por ejemplo, el 23 de junio de 1951, ZS 270, IfZ, y Max Amann dijo que lo había escrito primero a mano, 13 de agosto de 1945, G.N.S., ZS-809, IfZ. La mayoría de los biógrafos de Hitler han señalado, por el contrario, que dictó el texto. Una de las pocas excepciones fue John Toland, que sabía que lo había mecanografiado, *Adolf Hitler*, Ballantine Books, Nueva York, 1976, p. 266 (trad. española: *Hitler. Una biografía narrativa*, Ediciones B, Barcelona, 2009), aunque él también insinuó que en ocasiones se lo dictaba a Hess. Otra excepción fue la biografía de Otto Julius Frauendorf y Richard Freiherr von Frankenberg, que escribían con los seudónimos de Walter Görlitz y Herbert A. Quint, *Adolf Hitler. Eine Biographie*, Steingrü ben-Verlag, Stuttgart, 1952, p. 236. Véase también Dr. Ha/Ku, 14 de agosto de 1940, HA 3/63.

24 **una mesita:** Hemmrich, ED 153-1, p. 39, IfZ.

25 **Winifred Wagner también le envió:** Brigitte Hamann, *Winifred Wagner oder Hitlers Bayreuth*, Piper, Múnich, 2002, p. 99.

26 **«el Tribuno»:** A Hitler debió de gustarle ese apodo por otra razón: era el título que usaba el héroe de *Rienzi*, su ópera favorita de Wagner.

27 **pausas más largas:** Rudolf Hess a Ilse Pröhl, 29 de junio de 1924, en Rudolf Hess, *Briefe 1908-1933*, ed. Wolf Rüdiger Hess, Langen Müller, Múnich, 1987, p. 342.

28 **«la gran promesa»:** Rudolf Hess a Ilse Pröhl, 23 de julio de 1924, en Hess (1987), p. 347.

29 **fuera también el origen de la leyenda:** Plöckinger (2011), pp. 122-125. La idea de que Hitler dictó el texto se repite mucho en las crónicas de los guardias de Landsberg (Otto Lurker, *Hitlerhinter Festungsmauern. Ein Bild aus trüben Tagen*, E. S. Mittler & Sohn, Berlín, 1933, p. 56, y Franz Hemmrich), aunque, curiosamente, no pasa lo mismo con las que elaboraron los prisioneros.

30 **fechada el 16 de octubre de 1924:** Adolf Hitler, *Mein Kampf*, trad. de Ralph Manheim, Houghton Mifflin Company, Boston, 1943, dedicatoria (trad. española: *Mi lucha*, Ojeda, Barcelona, 2007).

31 **ese otoño quedó claro:** Según algunas estimaciones, el manuscrito tenía una extensión de unas cuatrocientas páginas a principios de noviembre, *Fränkischer Kurier*, 6 de noviembre de 1924.

32 **Bechstein recibió al parecer:** El director del NSDAP Hauptarchiv intentó, sin éxito, hacerse con el manuscrito o, al menos, con algunas páginas o, cuando menos, con una fotografía para una exposición que se celebraría al cabo de un tiempo, NSDAP Hauptarchiv, archivo HA 3/63. La sugerencia de que Bechstein tenía una copia puede encontrarse antes, por ejemplo, en G. Ward Price, *I Know These Dictators*, George G. Harrap & Co. ltd, Londres, 1937, pp. 83-84, y también algo después, Max Amann, 13 de agosto de 1945, ZS-809, IfZ.

33 **le regalaría la máquina de escribir:** Anna Maria Sigmund, *Des Führers bester Freund. Adolf Hitler, seine Nichte Geli Raubal und der «Ehrenarier» Emil Maurice – eine Dreiecksbeziehung*, Heyne, Múnich, 2003, p. 81.

34 **«A mi fiel y valiente»:** Puede encontrarse una imagen de la inscripción en Sigismund (2003), p. 73.

1 ***Dejad a Alemania sola frente al:*** *Landsberger Ehrenbürger*, 4 de agosto de 1924.

2 **el líder nazi estaba convencido de que su excarcelación:** Hermann Fobke al Dr. Adalbert Volck, 29 de julio de 1924, reproducido en Werner Jochmann, *Nationalsozialismus und Revolution. Ursprung und Geschichte der NSDAP in Hamburg 1922-1933. Dokumente*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1963, p. 124. La esperanza de obtener pronto la libertad condicional persistía, Fobke a Ludolf Haase, 21 de agosto de 1924, p. 134.

3 **«los pelos de punta»:** Hitler a Jakob Werlin, 13 de septiembre de 1924, STA 14344, StAM.

4 **«Nada podrá»:** Wilhelm Briemann, 21 de agosto de 1924, HA 4/92.

5 **«no fueran en vano»:** Friedrich Weber, nota, HA 4/92.

6 **«buena conducta»:** Otto Gritschneder, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. Der Hitler-Putsch und die bayerische Justiz*, Verlag C. H. Beck, 1990, Múnich, pp. 97-98.

7 **«Hitler ha demostrado ser»** y **«Durante los diez meses»:** Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936: Hubris*, W. W. Norton, Nueva York, 1999, p. 235 (trad. española: *Hitler: 1889-1936*, Ediciones Península, Barcelona, 1999). El original alemán fue publicado por Otto Lurker, *Hitler hinter Festungsmauern. Ein Bild aus trüben Tagen*, E. S. Mittler & Sohn, Berlín, 1933, pp. 60-62.

8 **«derrota del orden constitucional»:** Ehard, memorias inéditas, 41, NL Ehard 99, BHStA.

9 **La conclusión era evidente:** Jewish Telegraphic Agency, 19 de septiembre de 1924.

10 **el completo respaldo de la policía de Múnich:** informe policial (VIa), 16 de septiembre de 1924, HA 68/1497A, y 27 de septiembre de 1924, STA 14344, StAM.

11 **se habían incautado de una serie de cartas:** Las copias de las cartas incautadas, entre ellas una de Kriebel a Röhm y otra de Friedrich Weber a Mathilde Weber, se encuentran en STA 14344 StAM y HA 69/1501.

12 **«una amenaza constante»:** Polizeidirektion München, VIa 2427, 23 de septiembre de 1924, STA 14344, StAM.

13 **ya se había manifestado a favor de conceder la libertad condicional:** Beschluss Anz. Verz. XIX 421/1923, 25 de septiembre de 1924, STA 14344, StAM.

14 **era poco probable:** *Allgemeine Zeitung*, 26 de septiembre de 1924.

15 **Stenglein presentó:** Anz. Verz. XIX 421/23, 29 de septiembre de 1924, STA 14344, StAM, y Kershaw (1999), p. 237.

16 **Sus partidarios hicieron circular una petición:** HA 14A/1500, y para la campaña de prensa, véase, por ejemplo, *Völkischer Kurier*, 23 y 24 de noviembre de 1924.

17 **«tan extraordinariamente difícil»:** N.º 26899, 6 de julio de 1924, Staatsanwaltschaften 3099, StAM. Hitler reconocería más tarde la contribución de estos magistrados no profesionales, al menos la de Philipp Herrmann, a quien en una conversación informal definió como un «hombre displicente y engreído», 3 y 4 de febrero de 1942, *Las conversaciones privadas de Hitler*.

18 **Las autoridades locales austriacas se habían preparado:** D. C. Watt, «Die Bayerischen Bemühungen um Ausweisung Hitlers 1924», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 6 (1958), p. 272.

19 **el gobierno austriaco había cambiado:** Jewish Telegraphic Agency, 15 de octubre de 1924.

20 **«una seria amenaza»:** La información sobre los intentos de Austria para impedir la deportación puede encontrarse en Franz Jetzinger, *Hitler's Youth*, trad. de Lawrence Wilson, Hutchinson, Londres, 1958, pp. 163-164. Jetzinger fue diputado socialdemócrata en la asamblea regional de Alta Austria hasta que Dolfuss prohibió el partido en 1934. Jetzinger trabajó también como bibliotecario en el Archivo Provincial de Alta Austria, en Linz. Para más información sobre este asunto, véase también D. C. Watt, «Die Bayerischen Bemühungen um Ausweisung Hitlers 1924», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 6 (1958), pp. 270-280.

21 **su último intento para evitar:** Der erste Staatsanwalt, 5 de diciembre de 1924, 154151, STA 14344, StAM.

22 **Leybold entrevistó a varios guardias:** Carpeta n.º 3/1, JVA 17.000, StAM.

23 **«bastante inocente»** e **«idealista político»:** Leybold, 14 de diciembre de 1924, 152149, STA 14344, StAM.

24 **«antiguo ministro de Justicia bávaro»:** Robert M. W. Kempner, «Blueprint of the Nazi Underground-Past and Future Subversive Activities», *Research Studies of the State College of Washington*, XIII, n.º 2, junio de 1945, Documento B. El abogado de Weimar Max Hirschberg también destacó en sus memorias la intromisión del ministro, *Jude und Demokrat. Erinnerungen eines Münchener Rechtsanwalts 1883 bis 1939*, ed. Reinhard Weber, R. Oldenbourg Verlag, Múnich, 1998, p. 242. Para conocer más insinuaciones sobre las injerencias de Gürtner, véase la continuación de las memorias inéditas de Ehard, que puede encontrarse en sus documentos NL Ehard 99, 6, BHStA. También hicieron afirmaciones similares Wilhelm Hoegner, *Die Verratene Republic. Deutsche Geschichte 1919-1933*, Nymphenburger Verlagshandlung, Múnich, 1979, p. 190, y Otto Gritschneder, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. Der Hitler-Putsch und die bayerische Justiz*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 1990, p. 107. Este último concluyó que la decisión sólo pudo ser política. El inverosímil desmentido de Gürtner sobre su intervención en el proceso fue publicado antes del juicio, entre otros medios, por la agencia Telegraphen-Union, 25 de febrero de 1924.

25 **las elecciones al Reichstag:** Bernd Steger, «Der Hitlerprozess und Bayerns Verhältnis zum Reich 1923/1924», *Vierteljahrshefte fü r Zeitgeschichte* 23 (1977), nota 66, p. 463.

26 **Las noticias de la inminente liberación de Hitler:** Dringendes Telegramm, XIX 421/23, 20 de diciembre de 1924, STA 14344, StAM.

27 **grandes manifestaciones de júbilo:** Entrevista a Hemmrich en Heinz A. Heinz, *Germany's Hitler*, Hurst & Blackett, Londres 1938, p. 193.

28 **«Cuando me fui de Landsberg»:** 3 y 4 de febrero de 1942, *Las conversaciones privadas de Hitler*.

29 **tres años, trescientos treinta y tres días:** A.V.XIX 421/1923, 18 de marzo de 1926, HA 69/1501.

30 **«La competición por el favor de Hitler»:** Rudolf Hess a Ilse Pröhl, 20 de diciembre de 1924, en Rudolf Hess, *Briefe 1908-1933*, ed. Wolf Rüdiger Hess, Langen Müller, Múnich, 1987, p. 359.

31 **decidieron trasladarse:** ED 153-1, 63, IfZ.

32 **«Date prisa»** y **«Además»:** Heinrich Hoffmann, *Hitler Was My Friend*, trad. del teniente coronel R. H. Stevens, Burke, Londres, 1955, p. 61 (trad. española: *Yo fui amigo de Hitler*, Caralt Editores, Barcelona, 1973).

1 ***muchos comentaristas perspicaces:*** *The New York Times*, 10 de noviembre de 1923, y *Frankfurter Zeitung*, 10 de noviembre de 1923.

2 **Sólo por el asesinato:** Otto Gritschneder, *Der Hitler-Prozess und sein Richter Georg Neithardt. Skandalurteil von 1924 ebnet Hitler den Weg*, Verlag C. H. Beck, Múnich, 2001, p. 51. Véanse también Alexander Graf zu Dohna, «Der Münchener Hochverratsprozess», en *Deutsche Juristen-Zeitung* 29 (1924), 333ff, y la propia respuesta de Neithardt, abril de 1924, Nachlass Hans Ehard 97, BHStA.

3 **esa «fe intrépida»:** John Toland, *Adolf Hitler*, Ballantine Books, Nueva York, 1976, p. 274 (trad. española: *Hitler. Una biografía narrativa*, Ediciones B, Barcelona, 2009). Véase también H. R. Trevor-Roper, «La mente de Adolf Hitler», en *Las conversaciones privadas de Hitler*.

4 **«¡Qué bien habla!»** y **«Empecé a tener fe»:** Entrevista publicada en Theodore Abel, *Why Hitler Came into Power: An Answer Based on the Original Life Stories of Six Hundred of His Followers*, Prentice-Hall, Nueva York, 1938, p. 70.

5 **«idealista»** y **«se elevaba hasta el cielo»:** Toby Thacker, *Joseph Goebbels: Life and Death*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2010, p. 33 (trad. española: *Joseph Goebbels: vida y muerte*, Ariel, Barcelona, 2010). Thacker define el juicio de Hitler como «un punto de inflexión» en la vida de Goebbels, p. 34, y según Peter Longerich este «giro político» se produjo el 4 de abril de 1924, *Goebbels: A Biography*, trad. de Alan Bance, Jeremy Noakes y Lesley Sharpe, Random House, Nueva York, 2015, pp. 36-39 (trad. española: *Goebbels*, RBA, Barcelona, 2012).

6 **«Lo que usted ha dicho»** y **«Un dios te ha dado»:** Joachim C. Fest, *Hitler*, trad. de Richard y Clara Winston, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1974, p. 200 (trad. española: *Hitler*, Editorial Planeta, Barcelona, 2005).

El juicio de Adolf Hitler
David King

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Trial of Adolf Hitler*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Ullstein bild / Getty Images

© David King, 2017
Derechos mundiales de la obra reservados por el propietario

© de la traducción, Íñigo F. Lomana, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-322-3552-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com